

# AZANA

Edición de  
**VICENTE ALBERTO SERRANO**  
y  
**JOSÉ MARÍA SAN LUCIANO**

**JORGE GUILLÉN    JOSÉ BERGAMÍN**  
**FRANCISCO AYALA    ERNESTO GIMÉNEZ CABALLERO**

**FRANCO MEREGALLI    JUAN MARICHAL**  
**JOSÉ MARÍA MARCO    MANUEL TUÑÓN DE LARA    SANTOS JULIÁ**  
**MANUEL ARAGÓN    GABRIEL JACKSON    PAUL PRESTON**  
**HUGH THOMAS    SENÉN FLORENSA**

**JEAN BECARUD    JOSÉ CARLOS MAINER    FRANCISCO VILLACORTA**



# AZANA



Edición de  
**VICENTE ALBERTO SERRANO**  
y  
**JOSÉ MARÍA SAN LUCIANO**



---

Ante El problema Español,  
*un texto recuperado* Vicente Alberto Serrano  
José María San Luciano

EL PROBLEMA ESPAÑOL MANUEL AZAÑA

---

### EL HOMBRE

*En el homenaje a Manuel Azaña* Jorge Guillén  
*Los tres Azañas burlados*  
*(diseño epigramático)* José Bergamín  
*Azaña* Francisco Ayala  
*Azaña desde hoy (1980)* Ernesto Giménez Caballero

### EL POLÍTICO

*Manuel Azaña* Franco Meregalli

---

*Manuel Azaña, Un año de dictadura* Juan Marichal

UN AÑO DE DICTADURA MANUEL AZAÑA

---

*Apelación a la República, Un discurso*  
*de Manuel Azaña.* José María Marco

*La «modernidad» de Azaña* Manuel Tuñón de Lara

*Manuel Azaña y su idea*  
*de la República* Manuel Aragón

*Manuel Azaña: la razón, la palabra*  
*y el poder* Santos Juliá



# AZAHARA

Edición de  
**VICENTE ALBERTO SERRANO**  
y  
**JOSÉ MARÍA SAN LUCIANO**

**JORGE GUILLÉN    JOSÉ BERGAMÍN**  
**FRANCISCO AYALA    ERNESTO GIMÉNEZ CABALLERO**

**FRANCO MEREGLI    JUAN MARICHAL**  
**JOSÉ MARÍA MARCO    MANUEL TUÑÓN DE LARA    SANTOS JULIÁ**  
**MANUEL ARAGÓN    GABRIEL JACKSON    PAUL PRESTON**  
**HUGH THOMAS    SENÉN FLORENZA**

**JEAN BECARUD    JOSÉ CARLOS MAINER    FRANCISCO VILLACORTA**







EXCMO. AYUNTAMIENTO  
DE ALCALA DE HENARES



ORGANISMO AUTÓNOMO  
DE CULTURA  
AYUNTAMIENTO DE  
ALCALA DE HENARES

SERVICIO MUNICIPAL DE ARCHIVOS Y BIBLIOTECAS  
COMISION DE CULTURA

Comunidad de  Madrid  
Consejería de Cultura **CE y AC**

**MINISTERIO DE CULTURA**



CONGRESO DE LOS DIPUTADOS



Biblioteca Virtual  
CONSEJERÍA DE EDUCACIÓN  
Comunidad de Madrid

# AZANA







# AZANA

Edición de  
VICENTE ALBERTO SERRANO  
Y  
JOSÉ MARÍA SAN LUCIANO



**Comunidad de  
Madrid**

Consejería de Educación  
**SECRETARÍA GENERAL TÉCNICA**  
Servicio de Publicaciones  
C/ Alcalá, n.º 30-32  
28014 MADRID

JORGE GUILLÉN    JOSÉ BERGAMÍN  
FRANCISCO AYALA    ERNESTO GIMÉNEZ CABALLERO

FRANCO MEREGALLI    JUAN MARICHAL    JOSÉ MARÍA MARCO  
MANUEL TUÑÓN DE LARA    MANUEL ARAGÓN    SANTOS JULIÁ  
GABRIEL JACKSON    PAUL PRESTON    HUGH THOMAS    SENÉN FLORENSA  
JEAN BECARUD    JOSÉ CARLOS MAINER    FRANCISCO VILLACORTA

Ref.: 0315

  
**FUNDACION  
COLEGIO DEL REY**  
ORGANISMO AUTÓNOMO DE CULTURA  
AYUNTAMIENTO DE ALCALÁ DE HENARES



Primera edición: 1980 (Ediciones Edascal)

Segunda edición, corregida y aumentada: febrero, 1991



Esta versión digital de la obra impresa forma parte de la Biblioteca Virtual de la Consejería de Educación de la Comunidad de Madrid y las condiciones de su distribución y difusión de encuentran amparadas por el marco legal de la misma.

[www.madrid.org/edupubli](http://www.madrid.org/edupubli)

[edupubli@madrid.org](mailto:edupubli@madrid.org)

© Herederos de don Manuel Azaña Díaz, Jorge Guillén, José Bergamín y Ernesto Giménez Caballero.

Francisco Ayala, Franco Meregalli, Juan Marichal, José María Marco, Manuel Aragón, Manuel Tuñón de Lara, Santos Juliá, Gabriel Jackson, Paul Preston, Hugh Thomas, Senén Florensa, Vicente Alberto Serrano, Jean Becarud, José Carlos Mainer y Francisco Villacorta.

© De la edición literaria: Vicente Alberto Serrano y José María San Luciano

Traducciones: Mercedes Corral, Tomás Ramos Orea y Florentino Trapero

Fotos: F. Aguayo (Archivo Gral. de la Administración).

Diseño gráfico y maquetación: V.A.S.

Edita: Fundación Colegio del Rey - Servicio Municipal de Archivos y Bibliotecas.  
Excmo. Ayuntamiento de Alcalá de Henares.

Imprime: Algorán. Fotocomposición: Lufercomp.

I.S.B.N.: 84-87153-25-9

Dep. L.: M-44802-1990

# SUMARIO



Prólogo a la segunda edición		11
<i>Ante El problema Español, un texto recuperado</i>	Vicente Alberto Serrano José María San Luciano	15
<i>EL PROBLEMA ESPAÑOL</i>	MANUEL AZAÑA	25

## EL HOMBRE

<i>En el homenaje a Manuel Azaña</i>	Jorge Guillén	63
<i>Los tres Azañas burlados (diseño epigramático)</i>	José Bergamín	69
<i>Azaña</i>	Francisco Ayala	75
<i>Azaña desde hoy (1980)</i>	Ernesto Giménez Caballero	92

## EL POLÍTICO

<i>Manuel Azaña</i>	Franco Meregalli	115
<i>Manuel Azaña, Un año de dictadura</i>	Juan Marichal	173
<i>UN AÑO DE DICTADURA</i>	MANUEL AZAÑA	179



Apelación a la República, <i>Un discurso de Manuel Azaña.</i>	José María Marco	211
La «modernidad» de Azaña	Manuel Tuñón de Lara	225
<i>Manuel Azaña y su idea de la República</i>	Manuel Aragón	241
<i>Manuel Azaña: la razón, la palabra y el poder</i>	Santos Juliá	267
<i>Sobre la trayectoria política de don Manuel Azaña</i>	Gabriel Jackson	281
<i>Manuel Azaña y la creación del Frente Popular (1933-1936)</i>	Paul Preston	291
<i>El presidente desposeído</i>	Hugh Thomas	309
<i>España frente a la gran depresión. Cambios, precios y comercio exterior bajo la II República</i>	Senén Florensa	319

## EL ESCRITOR

<i>El Joven Azaña (1880-1910)</i>	Vicente Alberto Serrano	341
<i>Una novela inacabada de Manuel Azaña: Fresdeval</i>	Jean Becarud	353
<i>Manuel Azaña y la crítica de la cultura</i>	José Carlos Mainer	373
<hr/>		
<i>Azaña y el Ateneo de Madrid. Una memoria olvidada</i>	Francisco Villacorta	407
MEMORIA DE LA JUNTA GENERAL ATENEISTA	MANUEL AZAÑA	427
<hr/>		
ALCALÁ, LA GUERRA	MANUEL AZAÑA	439
<i>Reportaje fotográfico</i>	F. Aguayo	445
Cronología		457
Bibliografía		475





## PRÓLOGO A LA SEGUNDA EDICIÓN

*En* septiembre de 1975, la hermana de Máximo de Francisco, donó a la familia San Luciano, parte de la importante hemeroteca local que aquel abogado alcalaíno había ido recopilando a lo largo de su vida. José María San Luciano, profundo conocedor de la obra de Manuel Azaña, intuyó que entre tan abundante documentación tal vez se podrían encontrar ejemplares del semanario La Avispa; apareció, efectivamente, una colección casi completa de aquella publicación de 1910 y con ella el sorprendente hallazgo de un único ejemplar de El Problema español. Rápidamente se puso en contacto con Juan Marichal que, desde Harvard, celebró tan importante recuperación al tiempo que sugería su inmediata publicación. Fue entonces cuando San Luciano, generosamente, me invitó a compartir aquella atractiva aventura de dar a conocer un texto que, hasta entonces perdido, se consideraba sin embargo eje central del pensamiento político de Azaña. La publicación Historia 16 que acababa de aparecer por aquellas fechas, nos dio toda clase de facilidades para reproducir el texto inédito, pedimos a Marichal una introducción y en el número tres de la revista se publicaron por primera vez amplios fragmentos de aquella importante conferencia.



*Desde ese momento entendimos que deberíamos conseguir la publicación del texto íntegro y, a ser posible, en edición facsímil, dentro de un proyecto más ambicioso que bien podría tener como marco el cercano centenario del nacimiento de don Manuel Azaña. Le remitimos a Marichal el esbozo de la idea, y a vuelta de correo nos devolvió nuestra lista de posibles colaboradores, engrosada por figuras que nosotros creíamos poco menos que inalcanzables, ofreciéndose como aval para llegar a conseguir sus firmas; desde ese momento y a lo largo de un año fuimos elaborando pacientemente la estructura para un libro-homenaje, basado en la idea de que ante la optimista evolución política que se estaba produciendo en nuestro país, era posible que por vez primera un centenario sirviese para algo más que una difunta conmemoración, podría ser el punto de arranque para recuperar y conocer la trayectoria política e intelectual de un personaje calculadamente olvidado en largos años de páramo.*

*Encontramos incluso un editor que se comprometió a poner en pie nuestro proyecto a través de Edascal, una incipiente empresa editorial de fugaz trayectoria, queremos pensar que no por culpa nuestra. José Luis Gómez, artífice del mejor homenaje que se produjo en aquel centenario, nos cedió el Teatro Bellas Artes; y el decorado de La Velada en Benicarló sirvió para reunir a casi todos los colaboradores del libro en una presentación algo desangelada, apenas recordada, si no fuera por la anécdota de un incidente esperpéntico protagonizado por Ernesto Giménez Caballero. Presentación e incidente que apenas si llegó a tener eco en la prensa pues curiosas coincidencias habían logrado que aquel 3 de diciembre de 1980, a la misma hora y a pocos metros de allí, en el Ateneo, Felipe González, por entonces número uno de la oposición, estuviese presentando una biografía de Azaña escrita por la periodista Josefina Carabias. Tampoco hubo abundancia de reseñas en los suplementos literarios, sin embargo, a lo largo de una década, el libro ha servido esencialmente para lo que se concibió; como elemento de trabajo de investigadores y curiosos que, lentamente, consiguieron agotar aquella primera edición.*

*De nuevo una conmemoración, el cincuentenario de la muerte de don Manuel Azaña, ha logrado recuperar la actualidad de su figura; en este caso parece ser que con menos precipitación y de modo más racional. Alcalá de Henares, su ciudad natal, se ha sumado a estos actos, elaborando un amplio programa que durante tres meses ha pretendido, esencialmente, recuperar la figura de Azaña como patrimonio cultural de la ciudad. Como resumen a esos actos, la Fundación Colegio del Rey y el Servicio Municipal de Archivos y Bibliotecas, dependientes ambos del Excmo. Ayuntamiento, nos ofrecieron la oportunidad de reeditar este libro, corregido y aumentado; corregido en el difícil esfuerzo de erradicar hasta lo imposible el máximo de erratas y, sobre todo, poder cumplir los deseos de Franco Meregalli, que pidió una nueva traducción de su texto en una posible segunda edición. Hemos respetado, sin*





*embargo, todas las alusiones que se hacen al año 1980, pues, al fin y al cabo, como homenaje a aquella fecha se concibió el libro. Aumentado porque se han añadido dos nuevas colaboraciones, una de ellas de José María Marco, que a lo largo de estos años ha destacado por su esfuerzo en la recuperación de la figura de Azaña; asimismo hemos suprimido las ilustraciones que abrían cada capítulo, por considerar que una publicación paralela a ésta ha logrado dejar una contundente memoria gráfica<sup>1</sup> que es innecesario repetir aquí; sin embargo, como homenaje a la imagen y al pueblo de Alcalá, incluimos un apéndice fotográfico en el que, a través de la cámara de F. Aguayo, se visualiza a ritmo casi cinematográfico, la emotiva última visita de don Manuel Azaña a su ciudad. Una detallada cronología y una actualizada bibliografía cierran este libro que pretende cumplir, por lo menos durante otros diez años, los propósitos de su anterior edición.*

V.A.S.

---

<sup>1</sup> *Azaña. Memoria Gráfica (1880-1940)*. Edición de José María Marco y Vicente Alberto Serrano. Fundación Colegio del Rey. Alcalá, 1990.





# Ante «EL PROBLEMA ESPAÑOL», un texto recuperado





CINCO etapas perfectamente delimitadas marcan la trayectoria vital de Manuel Azaña. De las cinco jornadas, compuesta cada una de ellas por algo más de diez años, es la segunda (1898-1911) la que de forma más clara nos descubre el lento y oscuro proceso que va desde su formación intelectual a su vocación política.

Sin embargo, y para una perfecta comprensión del que creemos período esencial en la formación de Azaña, faltaba un documento que se intuía como epílogo y resumen de esos años oscuros, a la vez que perfecto y sintetizado ideario de su futuro político. Juan Marichal, al que tenemos que agradecer, entre otras muchas cosas, el haber perfilado con toda exactitud la figura de Azaña —figura de tantas formas velada y manipulada en los últimos años—, certeramente así lo creía cuando en el prólogo a las Obras completas (Ediciones Oasis, Méjico) se lamenta de no haber podido conseguir ninguna copia del texto de una conferencia que con el título. *El Problema Español* diera el más tarde presidente de la Segunda República a los socialistas de Alcalá en la recién inaugurada Casa del Pueblo; pocos meses antes de marchar becado a Francia y en el límite de cerrarse la que, repetimos, se considera etapa esencial en el pensamiento y formación de ese «desconocido» que fuera don Manuel Azaña Díaz.



La conferencia, pronunciada el 4 de febrero de 1911, se publicó aquel mismo mes en un folleto de 38 páginas, editado por la imprenta «La Cuna de Cervantes», avalado por la sección de propaganda de la Casa del Pueblo de Alcalá de Henares y pagado mediante suscripción entre amigos, particulares y admiradores del conferenciante.

Entre los papeles de uno de aquellos amigos, encontramos un único ejemplar de *El Problema Español*, que hoy reproducimos íntegro y en edición facsímil en un intento de homenaje en el centenario del nacimiento de Manuel Azaña. Aparte por considerarlo de interés para la comprensión de su figura como político e intelectual, por creer también que la totalidad de los puntos expuestos, paradójicamente a pesar de sesenta y nueve años de distancia, continúan en plena vigencia; aquel «problema español» de 1911 en muchos aspectos, hoy, sigue siendo el mismo.

*Madrid, 30 enero 1911*

*Amigo Pepe:*

*Me pides demasiadas cosas a un tiempo. En primer lugar no he concluido de preparar la conferencia; hasta el miércoles o jueves no estarán atados los numerosos cabos que esto tiene. En segundo y como resultado, no puedo todavía copiar nada; no parece sensato mandar imprimir cosas que no sé si al fin diré. Después debes tener en cuenta que, dada la situación del arte de Gutenberg en nuestro pueblo, es completamente imposible que en dos o tres días compongan, corrijan y tiren más de 60 cuartillas que calculo tendrá todo el trabajo. Yo había pensado hacer un folleto de pequeño tamaño y tirar un par de miles de ejemplares para repartirlo por ahí y aquí. Para esto no era necesario que estuviese hecho a los dos días, aunque se publicase ocho días después no perdía nada; la información periodística puede hacerse mediante un extracto intenso.*

*¿Cómo has organizado eso de la impresión? De todos modos, si pudiera hacerse, casi mejor repartirlo como hoja dentro de «El Herald».* Pero a mí me gusta más lo del folleto. *¿Podrían hacerlo ahí en ocho días? Contéstame con lo que pensáis. Tuyo:*

AZAÑA



## LA SITUACION LOCAL

Alcalá a principios de siglo era tan sólo una ciudad eminentemente agrícola con algo más de diez mil habitantes y un problema esencial: el mal reparto de la tierra. Sus recursos estaban en manos de unas pocas familias que lograban por ello dominar toda la política local. Otros dos puntos básicos existían además en la vida social alcaláina: la Milicia y el Clero; desde que en octubre de 1836 se realizó el definitivo traslado de la Universidad Complutense a Madrid, todos los edificios que habían sido colegios universitarios se fueron destinando a dependencias militares y penitenciarias. En cuanto al clero, se sabe que ya en tiempos de Cisneros se elevó la antigua Colegiata a Magistral, aumentando con ello en número los miembros del cabildo, después y de modo paulatino, se fueron asentando diferentes conventos para el 1911 poder llegar a contabilizar un seminario, congregación de Padres Filipenses, Colegio de Escolapios, y doce conventos de monjas, nueve de ellos de clausura. El resto de la población, la gran mayoría, dependía del trabajo que pudieran proporcionarles las principales familias, al margen, claro está, de ciertas profesiones manuales independientes y los exiguos puestos en la Administración.

*«Alcalá fue en otro tiempo copioso vivero de insignes religiosos. En los míos era un pueblo secularizado, abundante en canónigos pobres y sin demasiado celo proseliúta, adscritos a la nómina, que iban a ganarse el sueldo cantando en el coro de la Magistral, como otros iban a la Administración subalterna o al Archivo»<sup>1</sup>.*

Algunas tendencias e inquietudes —entre el abandono y la apatía general— seguían manteniéndose en la población, sin duda debido a la fuerte secuela cultural que de forma irremediable debió dejar el paso de la Universidad. Tendencias e inquietudes que plasmaban sus ideas en publicaciones de vida más o menos efímera: *El Heraldo de Alcalá*, *El Eco Complutense*, *El Amigo del Pueblo*, *Alcalá-Chinchón*, *Justicia* o *La Avispa*, decenario que apareció el 7 de enero de 1910, fundado por el propio Azaña y el albañil y concejal socialista Antonio Fernández Quer; publicación de vida aún más fugaz que las demás a causa de las presiones que las autoridades municipales hicieron para detener aquel vuelo rasante de una avispa que aguijoneaba las conciencias cada diez días. En su cabecera se podía leer: *Yo soy la Avispa discreta. Que a todos distinguiré. Al bueno le haré justicia. Y al malo le picaré. Picará los días 7, 17 y 27 de cada mes y, si fuera necesario, más frecuentes picotazos*. En sus artículos, firmados bajo distintos seudónimos, se podía adivinar el estilo azañista

<sup>1</sup> *El jardín de los frailes*, pág. 29.



en la inédita faceta de incisivo fustigador y corrosivo comentarista de la política municipal y la vida social alcalaína. Ocho números, más un suplemento al número tres, conoció el popular decenario que el 17 de marzo de 1910 salía a «picar» por última vez.

## LA FAMILIA AZAÑA

Entre las diversas familias que dominaban la vida local figuraban la de los Azaña que, procedentes de la provincia de Toledo, se establecieron en Alcalá a principios del pasado siglo. El dominio que ejercieron no era sólo debido en este caso al peso de la posesión de la tierra, sino también, de forma muy especial, a la valía personal de sus miembros.

El viejo caserón de la calle de la Imagen acoge el recuerdo grato y romántico de un linaje liberal que entronca directamente con la historia local del siglo XIX; su bisabuelo, notario y secretario del primer Ayuntamiento liberal, proclamó la Constitución Doceañista en 1920; su abuelo, también notario, mandó el batallón alcalaíno de la Milicia Nacional.

De Esteban Azaña Caterineu le va a quedar a su hijo el recuerdo de una discutible personalidad ambigua en la que se debatió toda su vida. Su imagen no puede llegar a imprimir el carácter fuerte y rotundo de sus antepasados. Su liberalismo está soterrado por el peso y compromiso con un Ayuntamiento de la Restauración canovista. Como auténtico hombre de Cánovas, todo su afán se basa en reconciliar en los alcalaínos el pasado liberal con la devoción religiosa ante el temor de una guerra civil. No quiere decir esto que él no admirase a su padre —autor de una monumental, aunque no del todo imparcial *Historia de Alcalá*, promotor de que la ciudad erigiese un monumento digno a Cervantes y que se alzara de nuevo el del Empecinado destruido en 1823—; sin embargo, conforme va comprendiendo ese afán exagerado de unir la creencia religiosa a la fuerte ideología liberal que pesaba en la tradición familiar, sufre la ingenua autodecepción que le hace inclinarse hacia los abuelos y bisabuelos envueltos en un halo de misterio y romántico heroísmo mucho más válido, hasta el punto que les servirán para convertirlos en personajes de su inacabada novela *Fresdeval*.

No sólo se limitó la familia a las labores agrícolas y las actividades políticas, sino que con inquietud —aunque no con mucho éxito— experimentaron de lleno en el naciente mundo de la industria: fábricas de jabón, tejares y más tarde una fábrica de electricidad. Fue en aquel ambiente de burguesía liberal, de posición desahogada e inquietudes intelectuales donde creció y se formó el autor de esta conferencia.





## LA CONFERENCIA

Para los actos culturales que siguieron a la inauguración de la Casa del Pueblo fue elegido el joven doctor en derecho, y ya entonces funcionario del Ministerio de Justicia, Manuel Azaña Díaz. El porqué de su elección es fácil de imaginar: no era sólo por aquello de pertenecer a una familia «prestigiosa» y a la vez liberal, sino porque en Alcalá era un hombre conocido; su talante progresista y su genialidad literaria se venía dejando ver desde hacía ya tiempo; aquellas colaboraciones en *Brisas del Henares*, *Gente Vieja* o su conocido protagonismo en la aventura de *La Avispa* el año anterior. Si bien durante la época de estudios estaba ausente de la ciudad, los veranos los pasa aquí, entre tertulias de los amigos de siempre, donde es claro que tuvo tiempo para demostrar los progresos oratorios, que como él mismo cuenta más tarde en *El Jardín de los Frailes*, le había inferido el agustiniano Escorial. Después existe ese extraño paréntesis que va desde que termina sus estudios hasta las oposiciones al Ministerio de Justicia, paréntesis de largas temporadas en Alcalá, ante todo por la obligación que le supone la administración de los negocios familiares. No era un desconocido por tanto, y no es de extrañar que los socialistas, a través de un miembro del partido como era el concejal Fernández Quer, amigo y compañero de *La Avispa*, le invitasen para exponer sus opiniones y el esbozo de un programa político para el futuro.

## GENERACION DE 1914

En los primeros párrafos de la conferencia, Azaña se enmarca, se sitúa, no como un elemento solitario formado en la subterranidad y al margen de la estéril realidad cotidiana, sino como miembro de una generación que está llegando en esos momentos a la vida pública. Se trata de la generación a que posteriormente se vendrá a denominar «del catorce» (Ortega, Juan Ramón Jiménez, Picasso, Gómez de la Serna, Américo Castro, Marañón...) y que toman del *noventayocho* el interés por el estudio de la realidad interior a través del análisis exhaustivo de los problemas nacionales, rechazando de aquéllos, sin embargo, todo negativo pesimismo. Una generación nueva que analiza y llega a entristecerse con la realidad interior, pero que ve con gran esperanza la posible solución.

El concepto de decadencia (el libro de Spengler: *La decadencia de Occidente*, publicado por estos años, es una muestra del carácter europeo del término) se venía barajando desde Cervantes, Quevedo y todos los escritores del Siglo de Oro. En los últimos decenios del siglo XIX es el tema central el pensamiento español. Costa, las krausistas, Azaña y, sobre todo Ortega, le dedicaron buena



parte de su producción literaria y su actividad política. Lo usual en los hombres de esta generación era buscar causas muy parciales de la decadencia española: la Inquisición, la falta de libertad intelectual, la expulsión de los judíos y moriscos, la Contrarreforma, etcétera.

La pretensión de Azaña de modificar la sociedad española se registra en sus primeros escritos, idea que comparte con las «élites reformistas» intelectuales de su época. Esta corriente reformadora y regeneracionista arranca, por lo menos, del arbitrarismo de los siglos XVI y XVII, de la Ilustración, Cádiz, y más cerca, el krausismo y la generación del 98.

Para Azaña la decadencia española presenta características especiales con respecto al resto de Europa. Para él, y para la mayor parte de su generación, el acabar con la tradición, entendida como «oscurantismo», constituye el primer objetivo de cualquier activismo político.

## CONTEMPLACION DE LA REALIDAD PRESENTE

Analiza y se compadece, más tarde, de lo infecto de la vida política alcaláina. Su pensamiento ha sufrido una gran transformación, tal vez por condicionantes exteriores que le hacen, poco a poco, tener que ir tomando una postura más práctica ante la realidad. Los negocios de Alcalá van hacia la ruina y como primera solución se ve obligado a preparar y ganar unas oposiciones para resolver el problema económico de elemental subsistencia. Bruscamente han terminado los bellos años de bohemia respaldada por jugosa fortuna, los años de dedicación por entero a la literatura y el estudio sin preocupación futura, y es natural que ante este cambio brusco su manera de pensar tenga que evolucionar de un nivel netamente literario a una práctica política que comienza con el primer análisis de lo que le rodea, la realidad alcaláina con el conservadurismo de los caciques de siempre para llegar a la conclusión de que es, a través de las clases inferiores como se podría conseguir la transformación del Estado.

Esta realidad presente piensa que tiene como solución la democracia entendida a la manera de Azcárate, con lo cual enlaza con las doctrinas de la Institución Libre de Enseñanza, que más tarde expondría en lo relativo a educación y enseñanza cuando tuvo oportunidad, a lo largo de su bienio de gobierno, de 1931 a 1933.

La idea de cómo debe ser entendida la acción a realizar la configura de forma conjunta, a base del esfuerzo común de todos, tratando de comprender la voluntad de la masa según las ideas que ya había expresado antes en su tesis doctoral: *La responsabilidad de las multitudes*.



## LA ENSEÑANZA

Se entiende como armazón de la conferencia la idea de que España está demasiado alejada de la civilización europea y que ese distanciamiento, así como las causas que lo motivan, es fuente principal del atraso y de la situación española.

Analiza las causas que han motivado el atraso y sitúa en primer lugar la enseñanza y su peculiar forma de desarrollo durante un largo período de tiempo.

La cultura, la instrucción, es para Azaña el motor fundamental de cambio y reforma. La educación racional será la gran panacea solucionadora que aparecerá profusamente durante su vida pública. La polarización del Estado hacia la cultura está entroncada, en resumen, con su concepto de «modernización social». *Lo que nos separará de los países más civilizados* —opinará Azaña— *es la insuficiencia de nuestro sistema educativo*. Basta señalar que la política educacional republicana fue una de las más importantes emprendidas por cualquier gobierno europeo en cualquier época.

*Aquí* —dice Azaña— *no se enseña nada contra el prejuicio religioso ni contra determinadas instituciones políticas*. Este tipo de enseñanza la conoció él en su carne mientras duró la educación en los escolapios de Alcalá hasta 1893 y entre los agustinos del El Escorial hasta 1898.

Ya queda reflejado en esta conferencia el porqué quitar de las manos de los religiosos la enseñanza de los jóvenes, idea que volverá a remachar en su discurso del 13 de octubre de 1931 defendiendo el artículo 26 de la Constitución Republicana.

## PROPOSICION DE UNA FORMA DE GOBIERNO

En cuanto a la forma que deberá tener el Estado, no se define Azaña aún en este texto de 1911. No llega a hacer siquiera distinción entre Monarquía o República; hasta entonces parece sólo admirar las instituciones británicas. Azaña se hará republicano claramente en 1924, saliéndose del Partido Reformista y fundando Acción Republicana en 1925.

Más tarde, durante el gobierno (1931-1933) expondrá hasta la saciedad lo que entendía por este sistema para explicar las coaliciones con el Congreso. En el momento concreto de la conferencia, Azaña pedía que terminara de una vez el que las elecciones para diputados fueran la farsa mejor representada de la época. Conocía a la perfección los métodos utilizados en Alcalá por los diputados que se presentaban: Lucas del Campo y Atilano Casado, que pertenecían a las dos familias más influyentes de la ciudad; por eso él mismo



no tuvo más remedio que retirarse de estas elecciones ya que sabía que las tenía perdidas de antemano. Prácticamente casi todos los puestos de trabajo dependían de una forma o de otra de aquellos dos señores; si además compraban el voto, las elecciones tenían un mecanismo muy simple y no dejaban lugar a dudas.

### FUTURO ESPERANZADOR

En Azaña existió siempre una esperanza y así lo expone al final de la conferencia, que toda ella, por otra parte, es una invitación al cambio desde la crítica sincera y serena. A través de la visión de aquellos que hayan tomado conciencia de los problemas, en una palabra, a través de la unión del pueblo, que, sin embargo, tardará veinte años en ver realizada, pretende el cambio de las estructuras económicas, sociales y tributarias. Las vías por las que debe comenzar esta reforma son: el sentimiento democrático local y posteriormente el Estado. Está en vísperas de marcharse a conocer países nuevos en una ocasión histórica: la Primera Gran Guerra. Partidario de los aliados, va a poder observar directamente cómo regímenes que permanecieron durante siglos son renovados en virtud de su vejez e ineptitud para acomodarse a los tiempos modernos.

Sus tesis en general son de amarga esperanza al contemplar la enorme tarea a realizar. No teme, sin embargo, los problemas venideros, sólo con sentido realista contempla la dificultad de los mismos. Veinte años más tarde, en el primer discurso ante sus compañeros republicanos recordará de alguna forma estos comienzos al aclarar que su meta es conseguir una España libre a la que podamos servir sin amargura.

Vicente-Alberto Serrano  
José-María San Luciano



CASA DEL PUEBLO DE ALCALA DE HENARES

PROPAGANDA

---

---

# EL PROBLEMA ESPAÑOL

I.

CONFERENCIA

PRONUNCIADA POR

**D. MANUEL AZAÑA DÍAZ**

EL DÍA 4 DE FEBRERO DE 1911 EN EL LOCAL DE  
AQUELLA SOCIEDAD.



## ERRATAS QUE SE HAN ADVERTIDO

---

Pág. 2, línea 23; dice: *vivo*, debe decir *mio*.

Pág. 3, línea 1.<sup>a</sup>; dice: *todas las masas*, debe decir *todo la masa*.

Pág. 10, línea 10; dice: *los hechos económicos*, debe decir *las luchas económicas*.

Pág. 11, línea 23; dice *cuantos están*, debe decir *cuantas están*.





Me propongo, cediendo á vuestra cariñosa invitación, hablaros en esta y en sucesivas conferencias de unos cuantos temas que, á mi juicio, os deben interesar. De esta manera al mismo tiempo que organizo y expongo en forma polémica mis ideas, contribuyo en la medida de mis fuerzas á la prosperidad de esta Casa, que ahora comienza á vivir. Siempre os agradeceré que me hayáis proporcionado esa doble satisfacción moral.

Pertenezco á una generación que está llegando ahora á la vida pública; que ha visto los males de la patria y ha sentido al verlos tanta vergüenza como indignación, porque las desdichas de España, más que para lamentarlas ó execrarlas, son para que nos avergoncemos de ellas como de una degradación que no admite disculpa. Yo recuerdo los tiempos en que nos hacíamos hombres, cuando comenzaban á llegar á nuestros oídos los primeros ecos de la vida nacional, y recuerdo, como recordaréis todos, que solo percibíamos palabras infames: derrota, venalidad, corrupción, inmoralidad... Y era lo más triste que el pueblo parecía conforme con este oprobio y se revolcaba satisfecho en un cenagal sin creer en sí mismo, ni en sus hombres, ni en su destino histórico; solo creyó en su miseria; recreándose en ella lo negó todo: la justicia y el derecho



cuando vió impunes los crímenes de lesa patria; la libertad porque la sombra de ella consignada en las leyes no le impidió la caída y suspiró por un amo que le hiciera marchar á latigazos ya que él no era capaz de andar solo; negó también la historia (una historia ficticia, inventada por el fanatismo para nutrir la superstición) y, por último, se negó á sí mismo, rehusándose el derecho á vivir, y temió ó esperó, no se sabe, una ingerencia extranjera ó una repartición.

De todas las numerosas y antiguas causas que produjeron en la nación española este estado moral, nosotros, los hombres de mi generación, somos absolutamente irresponsables. Nos horroriza el pasado, nos avergüenza el presente; no queremos ni podemos perder la esperanza en el porvenir, y, con toda la energía y toda la razón del que por culpas ajenas se ve envuelto en desgracias no merecidas, hemos alzado la voz de nuestra protesta y trabajamos porque el mal no se perpetúe. Comprenderéis perfectamente que solo por este medio conservaremos nuestro derecho á la crítica; no podremos erigirnos en jueces si nos hacemos culpables de las mismas faltas que tratamos de condenar. De ahí nuestro propósito y el empeño vivo de esta noche, de correr en misión la tierra española queriendo persuadir á nuestros conciudadanos de que hay una patria que redimir y rehacer por la cultura, por la justicia y por la libertad.

Por la cultura he dicho y si lo meditáis bien comprenderéis que lo he dicho todo. Porque el milagro realizado en aquellos españoles que han logrado disipar las espesas tinieblas que al espíritu nacional envuelven desde hace siglos, queremos que se extienda en sus





efectos y vivifique á todas las masas del pueblo. Lo queremos por necesidad íntima y cordial de nuestra alma, lo queremos por la salud de la patria. Ya es tiempo de que la nación española deje de ser un pueblo ignorante y aborregado, que no sabe de sí absolutamente nada, ni de sus cualidades ni de sus defectos, ni de lo que le debe la civilización universal ni de las deudas que á su vez tenga para con la civilización misma. Es preciso reconstruir la conciencia nacional para que el solar patrio deje de ser un campo de desolación sobre el que de vez en cuando se levanta un alma grande á llorar los desengaños y las desventuras y á profetizar otras mayores: unas veces con la desconsolada burla de Cervantes, en cuyo libro palpita un pueblo que se ha sentado al borde del camino de la historia, renunciando á su destino; otras con la desgarrada procacidad de Quevedo; que, en tiempos más próximos halla su expresión en la amarga protesta de Fígaro y en nuestros días suena en los discursos y en los escritos de Joaquín Costa con los acentos de una maldición.

Este espectáculo, ya secular, de un pueblo inerme, que fluctúa entre deseos que no sabe expresar, á merced de corrientes espirituales que le envuelven y que desconoce, sintiendo dentro de sí energías que se disipan por falta de empleo, es preciso que concluya. Es preciso que el pueblo español tenga, como Saulo, su camino de Damasco; que se horrorice de su lepra, que llore lágrimas de sangre por un ideal de vida que, de momento, no podrá alcanzar, que luche y forcejee, en suma: que prepare los caminos á las generaciones que vendrán, contentándose con ver desde muy lejos la tierra prometida. Tal es el móvil inspirador de esta cam-



paña. Una vez expuesto no necesito deciros que no vengo á soliviantar las pasiones, ni á provocar un estallido de los rencores latentes, ni á producir un fugaz y pasajero movimiento de protesta. Sí quiero que pase á vuestro corazón una chispa de este convencimiento que arde en el mío con tan viva llama, quiero ayudaros á razonar vuestro descontento, á señalar las causas de él, á desbrozar el camino por donde se va al remedio. Más que una momentánea adhesión, busco y deseo que en vosotros quede un germen, un sedimento, que en vuestra soledad y en vuestro vivir cotidiano iréis elaborando por la reflexión tranquila; si llega á echar raíces y á ser la norma de vuestra conducta, el fruto de esta campaña se habrá conseguido.

Comprenderéis que pensando de este modo mi puesto estaba entre vosotros, cooperando desde el primer día á los fines de esta Casa. Comprenderéis, también, que su fundación me llenase de júbilo, porque la Casa del Pueblo de Alcalá, sin perjuicio y al mismo tiempo de ser una piedra más llevada á un gran edificio nacional y hasta universal, un pequeño arroyo que viene á engrosar una corriente ya poderosísima, puede ser, debe ser, y yo espero que será, en esfera más reducida, un soplo de aire vivo, que rice y purifique las aguas infectas de este pantano que es la vida política alcalaína. Y lo será, porque estas casas son los hogares del progreso, especificado en una de sus más irresistibles tendencias: la que poniendo atención, prestando oídos á las reivindicaciones de las clases bajas, quiere hacer obra de justicia social, difundiendo la cultura y el bienestar por la práctica de la democracia pura, entendiendo por democracia, con Azcárate, no una clase que haya de sobre-



ponerse á las demás ni un procedimiento más ó menos violento de llevar á cabo y realizar estas ó las otras ideas, y sí esta fuerza nueva, este nuevo principio, este nuevo sentido del Derecho y de la vida política, más amplio, más universal, más humano, que ha encarnado en la conciencia de los pueblos después de haber sido madurado en la esfera del pensamiento y que está hoy inspirando á las sociedades modernas. Aquí han de prepararse las luchas políticas y económicas y esa preparación no puede ser otra que la organización de la victoria. No basta que cada uno de nosotros, aisladamente sienta la necesidad de la reforma impulsado por un ideal; no basta, aunque ya es mucho, que cada cual por sí quiera ejercer sus funciones de ciudadano. Es necesaria la cohesión, la unidad del esfuerzo. Nosotros somos como las varas de un haz que, una por una, cualquiera nos romperá, pero si nos atamos y nos ligamos con fuerza, estrechamente, nada ni nadie será bastante fuerte para doblegarnos. A esta verdad profundamente humana, responden estas instituciones; agrupan, cuentan, auxilian á los hombres, para que tengan quien los anime y quien los vigile, para que nunca se vean solos con sus pequeñas pasiones, con sus cobardías, ni con sus desgracias, ni abandonados al empuje brutal de la codicia ajena, en cualquiera de sus formas. Responden además á este hecho, que cualquiera puede comprobar: que los hombres de poca fibra moral, es decir, la mayoría de los hombres, traicionan con más facilidad á sus ideas, profesadas en secreto, que á sus compañeros y correligionarios cuando públicamente se les ha proclamado tales.

Todo esto, que constituye á grandes rasgos y sin



descender á menudencias, la orientación y el significado de una casa del pueblo, debemos proponernos. Fuerza es decir que ya es hora de que nos lo propongamos.

Parece que estamos en un momento crítico de la historia. Diríase que la civilización en su marcha, va á cerrar uno de los grandes ciclos en que se desenvuelve y á abrir otro nuevo; que hemos llegado á la plenitud de los tiempos. En el mundo civilizado todo está en cuestión, todo está en crisis; los dogmas religiosos estudiados como otros tantos fenómenos históricos, se desnudan, se aclaran y se explican á la luz de las más recientes investigaciones de la filología y la psicología; la organización económica, en todos sus aspectos, es condenada en nombre de un principio de justicia más alto, que no puede sancionar la aspereza y brutalidad del régimen capitalista; las instituciones políticas, no ya en sus formas históricas, monárquicas y republicanas, sino en su esencia misma, en su principio democrático inspirador de cuya eficacia se duda, son llamadas á juicio; como lo son, igualmente, la moral tradicional, y la ciencia, y hasta las puras y desinteresadas especulaciones de la filosofía, obligadas todas á mostrar los títulos que tengan al respeto y al acatamiento de la conciencia humana. La razón es incansable en su obra y, puesta á examinarlo todo, se pregunta á sí misma cual es la validez de sus afirmaciones, y hay muchos que desconocen y niegan la razón en nombre de ella misma. En esta fiebre, en esta zozobra universal, en medio de la que busca la humanidad un rumbo nuevo, quedan indestructibles dos hechos, de índole diversa, que han de servir de instrumento el uno y de orientación el otro,



à saber: las conquistas positivas, visibles y palpables del progreso material que prometen otras infinitamente mayores y esa fermentación, ese clamor que sube desde lo más hondo de las sociedades, donde una humanidad misérrima, dolorida, expuesta á todas las intemperies, que come su pan amasado con odio, pide con voz que ya es terrible, una urgente y decisiva mejora en su condición. Los efectos de este mal son visibles donde quiera; en el más espléndido cuadro hallaréis una sombra imborrable. Fijáos en un solo ejemplo: en Londres, capital del más poderoso imperio que ha existido sobre la tierra, dueño de riquezas incalculables, de una industria perfectísima, cifra y compendio de una civilización prodigiosa servida por ciudadanos entusiastas y por gobernantes sabios y muy capaces, en Londres, digo, una masa de millares y millares de hombres sin trabajo, pasea su hambre por las calles ó se muere bajo los puentes del río ó en sus antros inmundos, sin que á este enjambre de desdichados, la mayor parte alcohólicos, inútiles para toda obra de provecho, pueda decirseles más que estas palabras: no hay solución. En el estado de crisis que os he descrito antes, cuando todo se discute en nombre de qué principio, con qué autoridad respetable vamos á decir á esos infelices que se aguanten? Otro ejemplo: Francia ve disminuir su natalidad, y con su natalidad todas las esperanzas del mañana, porque los matrimonios franceses esquivan, á costa de todas las inmoralidades, imponerse el sacrificio de criar, educar y mantener á muchos hijos. Repito mi pregunta, ¿quién, cómo y en nombre de qué, va á corregir eso? Quiere esto decir, que llevamos en nosotros mismos abierta una llaga, pero como hay que se-



guir viviendo, como las esencias de la civilización es preciso salvarlas á toda costa, imaginad qué infinita prudencia, qué tacto, qué disciplina, qué abnegación no serán precisas en el que gobierna y en los gobernados, para que el mundo continúe su marcha progresiva, para que no gastemos las fuerzas en luchas estériles y no nos devoremos unos á otros como fieras salvajes.

Estos problemas, ya de por sí graves, se complican de un modo particular cuando se estudian con referencia á España, como cualquier enfermedad es mucho más alarmante si se ceba en un organismo mal constituido que si ataca á un individuo normal y sano. España con anterioridad á esos otros males á que antes aludía, padece: en lo económico, anemia secular, producida por falta de explotación de sus recursos naturales, por la mala gerencia de los que explota, por la codicia ininteligente de su régimen fiscal, fundado en el aplastamiento del más débil, y que se refleja en la pobreza de todos y en la sangría irrestañable de la emigración, fenómeno sencillísimo: donde no se cuece pan más que para uno, es imposible que coman tres y que los tres queden hartos, porque el milagro de los panes y los peces, que sepamos, no ha vuelto á repetirse.

En lo moral padecemos un absoluto y universal desconocimiento de los deberes de cada uno para con sí mismo y los demás, lo cual origina: la rapacidad egoísta en los de arriba, la abyección infrahumana de los de abajo, la depresión de ánimo consiguiente á todo sér, hombre ó pueblo, absolutamente desorientado y que no sabe lo que quiere ni lo que le conviene.

Y, por último, como causa y efecto á un tiempo mis-



mo, expresión la más humillante de nuestro estado, una ignorancia é incultura espesísimas, que alcanza á todos, que se refleja en las conversaciones, en los modales, en los libros, en los periódicos, en los discursos y hasta en los juegos y distracciones y que á veces se delata en hechos de una fuerza brutal, que parecen del siglo X: no hace muchos días han denunciado los periódicos que en Andalucía hay un pueblo de 400 habitantes, donde nadie, absolutamente nadie, desde el alcalde hasta el enterrador, sabe leer ni escribir.

No hay que esforzarse en demostrar qué fenómenos tan extraños ocurrirán cuando en un pueblo así constituido, que padece estos males (sobre los que luego volveré) se inyectan los virus peligrosísimos de que antes hablaba y que lleva anejos la orientación moderna de las ideas. Los más graves trastornos son de temer. Así ocurre, por ejemplo, que España, país sin industria, que apenas comienza á vencer los obstáculos que se oponen á su desarrollo normal y próspero, es de las naciones en que proporcionalmente se registran más huelgas, donde adquieren mayor violencia los conflictos entre el capital y el trabajo, eso que apenas hay trabajo ni capital empleado en la grande industria; así ocurre que en España, donde la masa general de los agricultores vive pereciendo y empieza ahora á enterarse de que hay medios científicos de labrar la tierra, el problema agrario, aunque no se ha formulado todavía de un modo serio, deja sentir sus efectos con la misma violencia que en cualquier país en que el desnivel entre colonos ó cultivadores y propietarios sea más grande; y en otro orden de ideas, ocurre que cuando aún no hemos concluído de organizar ni de crear la patria ya hay



quien la niega, y cuando no hemos conocido todavía el mecanismo de una democracia abominamos de ella y como es la recién venida á nuestra casa, sobre ella echamos la culpa de nuestro malestar y poca ventura.

De suerte que el problema de España es doble. Por una parte tenemos ante nosotros todas las cuestiones de índole moral, intelectual y económica surgidas de la urdimbre de nuestra historia y que recibimos como un arrastre de cuentas pasadas; por otra hemos de afrontar las dificultades que los hechos económicos, morales é intelectuales característicos de la edad contemporánea han de suscitar al plantearse entre nosotros. De la fusión y compenetración de ambos elementos ó causas de conflicto surge el problema español, peculiar, especialísimo, único. Este problema se formula en pocas palabras de este modo: ¿Podrá España incorporarse á la corriente general de la civilización europea? ¿Se podrá vivir aquí, dentro de esas condiciones? La especialidad consiste en que de ningún otro pueblo europeo se ha hecho pregunta semejante. Y supuesta una contestación afirmativa como es la mía, surge inmediatamente esta cuestión: ¿Qué hay que hacer, qué medios habrán de emplearse para que esa transformación se verifique?

Así se plantea el problema para todo aquel que desinteresadamente, desapasionadamente, estudia y observa. Por desgracia son muy pocos los que observan y estudian; los que emprenden esta labor sin interés ni pasión son todavía menos. Así ocurre que cada español siente pesar sobre sí un cúmulo de desgracias inexplicadas, de contrariedades, de obstáculos, cuya verdadera causa desconoce y, puesto á discurrir, cada cual los atribuye á los motivos más diversos, sin que acierte á verlos de



una manera clara. ¿Porqué es esto así? Muy sencillo: Porque el único medio de que la masa general de la nación adquiriera un conocimiento exacto de sus necesidades reales, de los obstáculos que se oponen á su satisfacción y de los medios útiles de removerlos, es una instrucción, una enseñanza bien orientada y firmemente dada desde la escuela hasta la Universidad, y en España, la enseñanza no solo no sirve para eso, si no que es una de las principales causas de desconcierto y confusión. Y lo seguirá siendo mientras continúe montada de este modo, que hace de ella: por su organización, una industria; por su técnica, es decir, por los procedimientos empleados para enseñar, una mutilación del espíritu; por su contenido, es decir, por lo que se enseña, una mistificación, un engaño. El resultado es estafar á la juventud sus días más alegres, sus años mejores, y, además, en la mayoría de los casos, inutilizarla para todo estudio serio en el porvenir.

Que es una industria, lo comprenderéis con solo fijaros en que el Estado hace artículo de renta, fuente de ingresos lo que en todas partes es la misión más ardua, más delicada y que más respeto infunde á la conciencia de todo hombre honrado, de cuantos están confiados á los poderes oficiales. El Estado convierte la Instrucción Pública en una oficina de expendición, mediante ciertas sumas, de títulos académicos que son patentes de corso para echarse á navegar por las turbias aguas de la administración, y cuando no usa de este monopolio es para entregarlo á manos mercenarias, á espíritus cerriles y mal orientados, y el daño es entonces mucho mayor.

El ambiente que hay para estas cuestiones en Espa-

ña, aparece muy claro en este hecho: No hace mucho tiempo, en una capital de provincia se promovió una fuerte protesta y casi un conflicto de orden público, porque algunos catedráticos de su Universidad, contra su costumbre, dieron en ser muy rigurosos, con lo cual el número de alumnos disminuía y las casas de huéspedes y los establecimientos de recreo de todas clases que viven de los estudiantes, no ganaban dinero por falta de clientes.

Que es una mutilación del espíritu no es menos evidente, porque no se estudia para saber, sino para aprobar, y no se enseña á discurrir ni se procura formar la inteligencia si no que se obliga á los muchachos á recitar de coro ridículos manuales, llenos de insensateces, lo cual basta para conseguir el ansiado sobresaliente, que llena de satisfacción y orgullo á la familia del estudiante, y que probablemente no es si no un paso más en la carrera de asno perpetuo.

En cuanto á su contenido que he calificado de mistificación y engaño, vosotros mismos podéis comprobar la verdad de mis afirmaciones. En general á los muchachos en España no se les enseña nada que pueda ir contra el prejuicio religioso, ni contra determinadas instituciones políticas; para ello no se tienen escrúpulos en faltar descaradamente á la verdad, ó en presentar las obras, los trabajos y los descubrimientos de los enemigos (como sí en una labor verdaderamente científica pudiera haberlos) villanamente adulterados. Para probarlo basta un solo ejemplo, del cual todos vosotros sois mártires, esto es, testigos. Recordad como nos enseñaban en la escuela la Historia de España, qué concepto nos hacían formar de nuestro pasado.



Un optimismo fundamental presidía á estas nociones, que servían para formar lo que llamo la «paradoja hispánica.» Sin saber como, de aquellos primeros estudios sacábamos el convencimiento de que las dotes naturales de España y sus moradores eran inmejorables. El suelo era fertilísimo y para demostrarlo, acudíamos, no á las estadísticas de nuestra producción, comparándola con la de otras naciones, sino al testimonio de viajeros y geógrafos de hace dos mil años ó más, que es lo mismo que si dentro de veinte siglos, se pretendiera probar la fertilidad de Cuba, entonces, por el testimonio de los españoles de ahora; para creernos fuertes, invencibles, dotados de sobresalientes cualidades militares, nos autorizábamos con Hernán Cortés y el Gran Capitán y para no dudar de nuestro predominio en las Artes, teníamos á Velázquez, á Cervantes y á tantos otros. Además, fortuna inmensa, éramos el pueblo elegido por Dios, poseíamos la religión verdadera y debíamos dar gracias á la Providencia porque nuestra misión en la tierra consistiera en extenderla é imponerla. Es decir, en pocas palabras, que así como el espíritu español se paró en su marcha ascendente después del siglo XVI, se paró también nuestra historia y suprimimos el conocimiento de todo lo demás; en torno de aquella época, de aquellas ideas, de aquellas luchas, mal entendidas, absurdamente interpretadas, se ha hecho girar la inteligencia de muchas generaciones de españoles, como si no tuvieran otra cosa que hacer sino echar de menos el pasado y aguardar su regreso por ensalmo. De tal modo es esto cierto, con tanta fuerza penetró esta semilla que, ahora mismo, cuando hemos querido incorporarnos é iniciar un movimiento expansional en

Africa, no se nos ha ocurrido cosa más chusca para justificar nuestras miras, que sacar á relucir á Isabel la Católica y su testamento, á Cisneros y todos los demás tópicos de nuestra gran bisutería histórica. Lo cual, además de ser innecesario, porque las empresas de los fuertes, cuando lo son de veras, se justifican por sí solas (Inglaterra no se ha tomado todavía el trabajo de justificar su posesión de Gibraltar) y todo el mundo las respeta, es ridículo; como lo hizo palpable aquel diplomático francés que, siguiéndonos el humor decía que si nosotros habíamos tenido las victorias de Cisneros, ellos habían vencido en Poitiers unos cuantos siglos antes, y que si nosotros habíamos conquistado á Orán, ellos lo tenían y lo dominaban ahora.

Pues bien, á lo que iba: apesar de aquel optimismo fundamental, apesar de aquellas condiciones tan felices, apesar de la especial predilección de Dios, el pueblo español se encontraba y se encuentra uno de los más infelices y desventurados del mundo culto. ¿Por qué? Como las historias aquellas no lo explicaban ó lo explicaban de disparatada manera, nos devanábamos los sesos para averiguarlo, y no lo conseguíamos, y nos indignaba la aspereza y mal trato que otros pueblos nos daban, pareciéndonos que por envidia desconocían nuestros méritos y llegábamos á creer que todos los pueblos de la tierra se habían conjurado contra nosotros y éramos víctimas de una injusticia atroz. Nos aferrábamos cada vez más al pasado y esperando que un milagro nos restituyera á nuestro esplendor, hablábamos un lenguaje que los demás pueblos no entendían. Así se fueron formando generaciones y generaciones de gentes atónitas, sin esperanzas, sin rumbo, y por eso toda

nuestra historia contemporánea ha sido una lucha incesante contra ese tradicionalismo analfabeto, el más cerrado, el más pétreo de cuantos movimientos regresivos han surgido en la historia.

Cuando de este modo se orienta á un pueblo y se cuida como flor de estufa su ignorancia el mal es gravísimo, casi imposible de remediar. Porque, después que se sale de las escuelas, generalmente ya no hay tiempo para el estudio, hay que atender á ganarse la vida, á los negocios, á la familia que uno se crea; har-to será que conozcamos bien las cosas de nuestro oficio. Gentes así dispuestas son incapaces de pesar favorablemente en los destinos de su patria; serán rehacias á toda palabra de verdad, hostiles á muchas cosas por parecerles peligrosas novedades, aunque sean viejas y comprobadas, ó correrán como locos detrás de cualquier señuelo, y sobre el pedestal de su carne levantará la ambición política las estatuas de sus falsos ídolos. Gentes nocivas, en uno y otro caso, á la buena gobernación del Estado. Añádase á esto la deformación y rebajamiento del carácter que produce la educación perniciosa que se nos da, la cual no se encamina á formar el carácter, poniendo su centro de gravedad en la propia conciencia, adoctrinando á los hombres en los fueros eternos del respeto de sí propios, de su dignidad personal y del respeto que á los otros es debido, sino que se funda toda entera en el dogmatismo religioso, de donde resulta que cuando la fe se pierde, desaparecen también para la mayoría de los hombres los motivos que antes tuvieron para ser honrados y cabales.

Y ahora yo os pregunto: ¿comprendéis el drama íntimo que se desarrollará en la conciencia de un hom-



bre que, por sus circunstancias, por haber tenido tiempo, medios ó inclinación, llegue á darse cuenta de todo esto? Comprenderéis la indignación que ha de sentir cuando llegue á percatarse de que ha sido vilmente engañado y de que si quiere formar su criterio y sus ideas necesita echar por la ventana todo su trabajo de los mejores años, de lo cual no puede retener nada como no sea para aborrecerlo? La desesperación de recuperar el tiempo perdido, la contemplación de la magnífica carrera que su inteligencia pudo recorrer y que á la mayoría de los españoles se nos cierra, le amargará toda su vida. Sentirá vergüenza y dolor, tendrá lástima de sí, de sus contemporáneos y de la patria que entre todos destruimos. No podrá hacer en obsequio suyo más que evitar que otros sean víctimas y dará la voz de alarma.

Cuanto llevo dicho, señores, sirve para asentar mi tesis, á saber: que estamos ante un conflicto producido por la ineducación é incultura nacionales; que esto es una herencia del pasado, fruto del estancamiento secular de España y de su divorcio de la corriente general del pensamiento europeo, y que durante nuestro sueño, las demás naciones han inventado una civilización, de la cual no participamos, cuyo rechazo sufrimos, y á la que hemos de incorporarnos ó dejar de existir.

Ese apartamiento, ese divorcio entre nosotros y el resto de Europa, se inicia en pleno siglo XVI, en el siglo español de la historia. La civilización nuestra en aquel tiempo puede ser comparada á un río muy ancho, caudalósísimo, de corriente impetuosa, pero de curso muy corto; la civilización en el resto de Europa siguió otra marcha más sinuosa, más accidentada, pero



engrosando su vena constantemente hasta formar este caudal poderosísimo de nuestros días y del que apenas si nos llegan á nosotros algunas filtraciones.

España hizo su unidad política próximamente cuando todas las nacionalidades modernas se constituyeron, y lo hizo por los mismos medios é implicando la misma transformación social que en todas partes, pese á los que quieren presentarnos á los Reyes Católicos como unos taumaturgos bajados del cielo. La nobleza se somete, los municipios caen en tutela, el Poder Real se alza sobre todos; la nación estaba pletórica de fuerzas y se desbordó en una expansión prodigiosa en la que fué guiada por su instinto, por su teología y por el interés de la Casa reinante.

Por su instinto hizo la conquista y colonización de América. Italia, que era lo histórico, y Africa, que era la continuidad geográfica de la patria, no hablaban á la imaginación del pueblo con tanta fuerza como los misteriosos países del oro, donde podía saciar la sed de aventuras y de riquezas que le dominaba.

Por su teología hizo España las guerras de religión. Toda nuestra política interior y exterior de aquel entonces se defiende con textos de Santo Tomás. El fragor de las batallas no es más que un remedo de las ruidosas luchas teológicas entre luteranos, calvinistas y católicos. Supuesto que poseíamos la verdadera fé, era necesario imponerla á fuerza de armas. Durante un siglo el poderío español fué el mayor obstáculo á la libertad de conciencia.

El interés de los reyes era el mismo de la religión; jefes naturales de la Casa de Austria, todas las fuerzas y recursos de España se emplearon en hacer la política de



esta familia, la más poderosa de Europa, y contra la cual subieron en tremendo asalto los demás poderes políticos del continente y de las islas.

Este sistema de uno contra todos, prolongado sin tregua solo podía conducir á la bancarrota y hundimiento de la nación. Ya en el mismo siglo XVI comienza á palidecer nuestra estrella; la gran Armada contra Inglaterra perece sin combatir y perece estúpidamente, por desaciertos de un almirante inepto. Durante las treguas el país no se rehace ni el tesoro se nutre. El agotamiento de la raza es rapidísimo, la ceguera del gobierno absoluta, y cuando Europa se da cuenta de nuestra ineptitud, todos quieren llevarse algún despojo. No tenemos soldados; no hay generales españoles capaces de mandarlos. Los últimos campeones que añaden unos días de gloria á nuestra historia militar de entonces son extranjeros; la raza de los Alba, de los Alarcones, de los Mendoza, se ha disipado. Los tercios tan ilustres pasean su hambre y sus andrajos por Europa, faltos de pagas. En Italia se hace proverbial la frase «el socorro de España», alusión á un socorro y ayuda que no llegan jamás y que cuando llegan para nada sirven. Esta decadencia era un efecto mecánico inevitable, como si á un hombre, por fuerte que sea, le echamos encima diez toneladas de peso. En la Paz de Westfalia tuvimos que reconocer que aquello en cuyo favor habíamos luchado siglo y medio y por lo que nos habíamos arruinado, era una irrealizable quimera.

Pero acaso era esta una debilidad, una decadencia que pasaría; tal vez si nuestro poder militar cedía, el vigor nacional se mantenía en otros órdenes. Nada me-





nos cierto. Igual esterilidad y fracaso en lo intelectual y económico, como así tenía que suceder, siendo como es el brillo y ostentación política de un país, resultado de su esfuerzo mental y de su aplicación al trabajo.

El movimiento filosófico español del siglo XVI, si muy variado y activo, no se distingue por la originalidad. Aparte de Vives, apenas puede citarse otro nombre de aquella época que haya influido en el pensamiento filosófico de Europa. Nuestros teólogos filosofaban para hacer una filosofía católica, retocando, ampliando ó comentando, la adaptación que en la Edad Media se había hecho de Aristóteles al dogma. Y esta labor, como todas las de su clase, se acaba en sí misma, no es progresiva, porque dada la pauta de la fé, por mucha que sea la sutileza que en ello se ponga, siempre ha de llegar un momento en que haya que decir: todo está explicado. Y hecha la explicación filosófica, se incorpora á la misma creencia religiosa y viene á ser tan intangible como la creencia. De donde nace la paralización y la muerte del libre espíritu de investigación.

En la vida material el desastre era inmenso. No solo las guerras, sino la política colonial y comercial absurdas, el régimen fiscal, el afán de atesorar, etc., trajeron al país al mayor extremo de pobreza. Basta hojear las obras literarias de aquel tiempo para convencernos de que el hambre era la calamidad, la preocupación nacional, el tema favorito de muchos escritores, inspirador de obras famosísimas. La mitad de nuestra literatura está destinada á contar las aventuras de los hambrientos, sus fatigas y las diabluras que inventan para saciar su apetito sin trabajar. Aquel hidalgo del «Lazarillo de Tormes» que desparrama por sus barbas unas



migas de pan para hacer creer que ha comido, siendo así que no probaba bocado desde días antes, quedará como la más cruel y exacta representación de la miseria nacional. Como quedará representando nuestro fanatismo y nuestra incorregible impericia el hecho de que al sitiar los ingleses á Manila, ya en el siglo XVIII, los jesuitas asegurasen en nombre de la patrona de la ciudad, que ésta no sería tomada, y una vidente proclamó que aquellos herejes venían empujados por la Providencia para convertirse y que si atacaban, San Francisco los ahuyentaría con su cordón. Todos lo creyeron menos los ingleses, que atacaron y tomaron la ciudad y además no se convirtieron.

Mientras así nos íbamos muriendo ¿qué pasaba fuera? La razón triunfaba; la corriente filosófica que tenía sus fuentes en el Renacimiento, iba engrosando; la crítica y el libre exámen se aplicaban á todos los órdenes. Se revolucionaba el concepto del Universo, probando el movimiento de la tierra en torno del Sol; el Derecho natural, la religión natural, eran los primeros frutos de la especulación racional libre; las ciencias de aplicación á las comodidades de la vida progresaban rápidamente, y mientras en España, los reyes, aliados á los pueblos, destruían á los nobles, y luego, ayudados por el ejército permanente borrarán todas las franquicias y libertades locales, cuna de las libertades políticas, última salvaguardia suya, en Inglaterra, los nobles aliados con el pueblo, aniquilaron la tiranía, descabezaron á Carlos I, ensancharon la constitución, y sobre las antiguas libertades comunales, de las que en nuestra patria ya no quedaba memoria, levantaron ese admirable edificio na-



cional británico, prueba imperecedera de lo que es capaz un pueblo consciente de sus destinos.

Sería un error creer que este apartamiento de la vida cultural de Europa ha cesado para España. Sería un error creer que por alumbrarnos con luz eléctrica y viajar en ferrocarril y hablarnos por teléfono, estamos ya en la misma corriente de ideas que ha producido esos inventos; como sería equivocado afirmar que por tener una ley de sufragio universal y un Parlamento y un Jurado, vivimos en democracia. No; en la historia de las ciencias aplicadas faltan los nombres españoles; ninguna de esas modificaciones y manipulaciones de las fuerzas naturales se ha inventado en nuestra casa; y esto, no por incapacidad natural, que sería absurdo suponerla, sino por otra razón más sencilla y más vergonzosa: por la razón de que el telégrafo eléctrico y los motores á vapor y la vacuna y las aplicaciones de la electricidad y los telares mecánicos, no son cosas que se hagan ó descubran casualmente, ni por inspiración de Dios, sino que son el resultado de una manera especial de entender y amar la vida, de una corriente de ideas más profunda, cuya manifestación y cristalización definitiva y práctica, visible para el vulgo, son todas esas llamadas maravillas de la ciencia. Y nosotros amamos el fruto pero odiamos la labor que lo produce; queremos estar á las maduras pero no á las duras, en lo cual nos equivocamos enteramente y resulta la inversa, porque en virtud de ese abandono original, dejando infecundo y en barbecho nuestro propio espíritu, á cambio de esas migajas, perdemos nuestra independencia económica, porque ellos son más hábiles y audaces en sus empresas, y no tenemos técnica industrial, y no sabe-



mos ni podemos hallar los medios de hacer respetable nuestra independencia política. Que es el mismo caso de los indígenas antillanos que á cambio de baratijas y abalorios de cristal, entregaban su oro á los descubridores.

Estas verdades se comprueban facilmente. No tenéis más que observar cómo esa desorientación se refleja: en los fines colectivos de la vida española; en la práctica cotidiana de la vida pública; en la economía pública y privada.

¿Hay alguien que pueda hablar de fines, de propósitos en la vida nacional española? Seguramente que no, porque esos propósitos no existen. Toda esta máquina formidable del Estado moderno, para nada nos sirve, no sabemos qué hacer de ella. Nos es tan inútil como un arma perfecta de precisión, en manos de un ciego. Creemos que no hay luz porque no la vemos, y no viéndola mal podremos ir hacia ella. De ahí una política incierta, blanducha, de tanteo, de concesiones cobardes, de transigencias absurdas, con raptos de furor y acometidas frenéticas de toro bravo; de ahí que el presupuesto haya aumentado un 50 por 100 en diez años y nadie sabe para qué; de ahí que nos resistamos á dar nuestro dinero, que nos repugne dar nuestra sangre para fines y empresas desconocidas, ó que sirven para el medro personal y para la vanagloria de los interesados.

Si la vida española carece de una orientación colectiva ¿cómo podrá funcionar el mecanismo político construido para servirla? No funcionará de ningún modo ó será tal que cause asombro. Esencialmente la organización democrática exige: Un cuerpo de votantes; un

cuerpo de representantes que aquéllos eligen; un corto número de hombres de gobierno sacados de entre los que representen la opinión de la mayoría. De este modo, en la democracia, como es natural, los ciudadanos electores son los que imprimen á la vida nacional sus orientaciones generales, como un resultado de su voluntad, porque, al fin y al cabo, la nación son ellos y siempre son dueños de cambiarla. Ese cuerpo de electores es la base natural é indispensable del régimen, porque ¿cómo habrá gobierno del pueblo por el pueblo si no hay pueblo?

Decidme ahora si nuestra democracia funciona de este modo. En primer término, carecemos de una masa electoral que sepa sus intereses y los defienda. Es decir, que no tenemos pueblo organizado; y en esa palabra entramos todos, chicos y grandes, pobres y ricos. Como no hay ideal nacional, vivimos en castas: unas odian, otras temen; unas devoran su furia, otras explotan á los furiosos, y así estamos, arma al brazo, esperando la hora de destrozarnos. Nadie cree posible que su derecho se respete; nadie se cree obligado á cumplir con su deber; las leyes son cosa de juego y el fabricarlas una diversión. Estos sentimientos que anidan en el alma nacional, formando su más íntima substancia, destruyen en sus cimientos toda obra bien intencionada de restauración liberal. ¿Qué son nuestras costumbres electorales? Un padrón de ignominia; y el Parlamento que nace de ellas ¿qué puede ser? Un escenario de la vanidad y de la nulidad, de la impotencia y de la mojiganga; una costra que encubre una llaga; un lugar donde se dicen frases pomposas, que nadie cree; donde se ejercita la función soberana de disponer de vidas y

haciendas, á espaldas de un pueblo ausente y olvidadizo, donde la tarea de aplicar los recursos extraídos del trabajo colectivo se convierte en una francachela, en un desatamiento de todas las codicias, donde el sudor nacional sirve para sostener los vicios y las lujosas vanidades de unos pocos privilegiados. Y nuestros partidos de gobierno no son más que unas cuantas familias que viven acampadas sobre el país, presidiendo esta orgía, transmitiéndose de generación en generación, de nulidad en nulidad, los grandes puestos, con una impudicia execrable, que toman en boca los nombres de patria, justicia y libertad para sostener la mentira sin que se quemen sus labios y que incurren á sabiendas en la más tremenda responsabilidad, porque ellos harán justas, y naturales y necesarias las más violentas revanchas que el pueblo cuando despierte pueda tomar.

Y esto ha sido posible y se mantiene, porque esas clases llamadas directoras no se contentan con su actual usurpación, sino que han tratado siempre de conservarla para mañana y han matado todo impulso generoso sembrando el escepticismo y la desconfianza en el corazón del pueblo. De este modo, á ese pueblo que debiera ser su juez, lo han hecho su lacayo. Dos armas han puesto y ponen en juego para este fin: la una se emplea con los indigentes del bolsillo, con los pobres, y es el dinero, la corrupción del sufragio por la compra de votos. La otra se emplea con los indigentes del calete, con los pazguatos, con los que se deslumbran ante cualquier necesidad brillante, y es una idea encerrada en esta frase: ¿Qué pedazo de pan le dais al pueblo con la libertad política? También se expresa de este modo:



El pueblo no quiere libertades, ni sufragio, sino trabajo, canales, industria, etc.

No sé cual de los dos procedimientos es más cobarde y villano: ¿Para qué gastar tiempo en anatematizar la corrupción electoral? La compra de votos es un acto degradante del que todo buen liberal debe avergonzarse; quien no lo sienta así es indigno de acercarse al festín de la cultura. No es á los corruptores á quienes hay que dirigirse sino á los infelices corrompidos, á aquellos que cuando reciben un puñado de pesetas por su voto creen haber realizado una hombrada y aún se quedan riendo del comprador al que juzgan haber engañado. Y no son más que unos necios, víctimas de su ignorancia, porque al enemigo más cruel le entregan la única arma que tienen para defenderse. Si las masas populares tienen hoy la libertad política, necesitan reivindicar la libertad económica, derrocar el capitalismo, sacudir el yugo del dinero, y en lugar de hacerlo así, permiten que en la hora decisiva, el dinero mismo, con su poder desmoralizante, impida que la batalla se libre y se gane. Los que compran sus actas á peso de oro, todavía las compran muy baratas porque, merced á ello, el régimen subsiste; y no se diga que el trabajador, vendiendo su voto, tal vez lleve á su casa el pedazo de pan que le falta, porque, aparte de que nadie vive de limosna, si el trabajador pasa necesidad, lo que le conviene es arrancar las causas de que esa necesidad se origina, pero no contribuir á que se perpetúen, con lo cual tendrá pan para un día y hambre para varios años.

En cuanto á la ocurrencia esa: ¿qué pedazo de pan dais al pueblo con la libertad política?, apenas merece contestarse. De pasada conviene hacer observar: Pri-



mero: Que ya un antiguo amigo de los pobres, cuya autoridad no rechazarán las clases conservadoras, dijo que no solo de pan vive el hombre. Segundo: Que ni al pueblo ni á nadie, hay que darle pedazos de pan, así como de limosna, sino organizar la sociedad sobre bases justas que permitan que ese pedazo de pan se lo gane el pueblo mismo; y Tercero: Que precisamente para conseguir esa más justa organización sirve la libertad política, porque teniendo el sufragio universal, la nación entera es su propio ministro de Hacienda, el pueblo es el dueño de los cuartos y puede disponer de ellos, reformar la repartición de los impuestos, y la circulación de la riqueza. Un ejemplo está á la vista en Inglaterra á la que siempre hay que volver en busca de enseñanzas políticas. El gobierno liberal presentó varios proyectos que alteraban las bases de las contribuciones, llamando á tributar á los más ricos. Naturalmente, las clases altas se opusieron, una lucha terrible se entabló, y el pueblo inglés fué llamado á decidir con sus votos. De las urnas salió una mayoría para el Gobierno y los nuevos impuestos se establecieron. Decidme, ¿les ha servido de algo el voto á los necesitados y trabajadores ingleses? De suerte que cuando todo el que viva de su trabajo oiga preguntar: ¿Qué pedazo de pan te han dado con el voto?, debe responder en el acto: Me han dado, ó me ganaré el pedazo de pan que á tí te sobra!

En este cuadro cuya exactitud podéis comprobar vosotros mismos cada día ¿queda algún lugar abierto á la esperanza? Indudablemente, sí queda. Para afirmarlo basta tener presente que ninguna incapacidad natural aflige á nuestro pueblo que le impida acelerar el pa-



so y recuperar el puesto perdido. No se trata de un liado, sino más bien de un enfermo de la voluntad que no acierta a determinarse, que no se decide á comenzar su obra. De ahí que sea necesario cortar el nudo, resolver la dificultad primordial un poco violentamente, dando al que está parado una serie de empujones para que aún contra su voluntad se mueva y esto le demuestre que sabe y que puede andar. ¿Y quién ha de dar este impulso sino aquellos que están convencidos de la necesidad y posibilidad de realizar la obra? A tal fin y propósito responde, aparte de otras iniciativas, y dentro de nuestra modesta esfera de acción, la fundación de esta Casa con toda la amplitud de horizonte y complejidad de miras á que al principio he aludido. Ciego será quien juzgue mezquinos los comienzos, ó desproporcionado el esfuerzo para la tarea que debemos realizar, porque en esta clase de luchas, donde solo energías morales se ponen en juego, la acción tiene una fuerza tan poderosamente educativa que el menor conato de ella fructifica, centuplicado, en nuevos estímulos y en más grande ardimiento. Vamos, pues, á trabajar sobre el pueblo. Pero, supuesto que nos escuche propicio, ¿qué camino le mostraremos? Vosotros mismos podréis decirlo recordando los tres aspectos ó puntos de vista desde los que he encaminado el problema de España. Queremos una transformación de nuestro régimen económico, público y privado, constituido hasta el presente sobre la base del monopolio: Se monopoliza la tierra, y mientras 160.000 españoles huyen de su patria cada año, un solo español tiene media provincia inculta, destinada á coto de caza; se monopoliza la industria: para qué unos cuantos fabricantes impre-



visores y otros cuantos negocios mal calculados subsistan, los productos alimenticios alcanzan precios fabulosos; se monopolizan, en general, los recursos todos nacionales, porque de los 1.200 millones del presupuesto, los dos tercios se invierten en cosas absurdas ó improductivas, arrastre de equivocaciones pasadas, y los llamados gastos reproductivos lo son de nombre, sirviendo en realidad para saciar el apetito de una corrompida clase y mantener su influjo. Queremos variar el sistema tributario, de suerte que quien más tenga pague más; queremos acercar el trabajo al trabajador, que el trabajo sea reproductivo é imposible la vida del parásito, llámese como quiera.

En lo político necesitamos, como una condición indispensable, la revisión de todas las instituciones democráticas en nombre de su principio de origen, limpiándolas, purificándolas de todos los falsos valores que sobre ellas ó á sus expensas se han creado, ni más ni menos que como en el siglo XVI se intentó la Reforma del Cristianismo, no para destruirlo, sino para restaurarlo, invocando las intenciones primeras y los principios puros de la Iglesia primitiva. ¿Democracia hemos dicho? Pues democracia. No caeremos, en la ridícula aprensión de tenerla miedo: restaurémosla, ó mejor, implantémosla, arrancando de sus esenciales formas todas las escrescencias que la desfiguran. No odiéis ni os apartéis de la política, porque sin ella no nos salvaremos. Si política es arte de gobernar á un pueblo, hagamos todos política y cuanta más mejor, porque solo así podremos gobernarnos á nosotros mismos é impedir que nos desgobernén otros.

En la enseñanza queremos fundar la instrucción y

educación sobre bases rigurosamente científicas. El cultivo de la inteligencia, la formación del carácter, constituyen una ciencia con principios tan firmes y tan demostrables como los teoremas de la geometría; si esos principios se quebrantan todo se viene al suelo. Por lo tanto debe proscribirse de la enseñanza cuanto vaya contra su propio fin; todo prejuicio, todo dogmatismo, todo propósito anticipado que no sea el único de ilustrar y dar á conocer. Así como no hay una manera atea y otra mahometana de explotar las minas ni trabajar el hierro, tampoco hay un sistema católico, ni cismático, ni budista de aprender la física, ni en general, de aguzar el espíritu, de ponerle en aptitud de llegar á enterarse, que es de lo que se trata. Esta tarea, que es la más larga, es la decisiva. «Dadme la Universidad—decía Renán—y lo demás os lo abandono todo.»

Como yo no vengo á hacer aquí un programa político, no tengo para qué extenderme en detallar la serie de reformas y cambios que esas orientaciones implican. Esa labor es extraña á mi propósito de esta noche. Otros con más autoridad que yo se encargarán de ella. Señalada la orientación á mí me resta únicamente hablar de las fuerzas que han de ponerse en juego para que el efecto se logre. Sobre esto voy á decir os cuatro palabras, antes que vuestra paciencia se agote.

Un sentimiento, que es una fuerza, un organismo, que es un instrumento, son los medios que han de operar nuestra transformación; el sentimiento es el «localismo», el amor, el apego á lo local; el organismo es el Estado.

Este localismo, esta afición que nunca se desarraiga, tiene un doble origen. De una parte es una inclinación



natural, un movimiento instintivo, porque nuestro concejo, nuestro municipio, es la sociedad política más inmediata á nosotros, en cuyo contacto entramos desde luego, cuya corriente tradicional nos envuelve, de ordinario, para toda la vida, y en donde se funden y amasan todas las sugerencias de la vida familiar, de la edad infantil, y donde se sufren las primeras iniciaciones de la existencia. De otra parte, ese localismo es una reminiscencia histórica, un girón de gloria. El municipio es una célula en torno de la que fué tejiéndose toda nuestra historia política, jugándose una ardua y empeñada partida en que el Rey, los nobles y los concejos desempeñan los primeros papeles. La época, tan breve como espléndida, en que los municipios alcanzaron su mayor poderío por el afianzamiento y desarrollo de las libertades locales, es también la de mayor robustez de la vida nacional, en que ésta se desenvuelve más espontánea, más segura de sí misma, sobre bases más sólidas. La medalla que entonces se acuñó subsiste todavía; sus contornos están gastados, borrosas la líneas, cubierta de herrumbre, pero es posible descubrir aún, limpiándola del molho, la efigie antigua. ¿No sentís esto en vosotros mismos? Aquí donde tantas fibras han ido muriendo, donde un apocamiento idiota nos hace pasar por infinitas arbitrariedades, ¿no sentís latir todavía vuestro corazón de alcalaínos cuando alguna ofensa ó algún descomedimiento graves, hieren lo que considerais honor y gloria de nuestra ciudad? Es que, esa cualidad de alcalaíno, como la de ciudadano de cualquier otro lugar, vale por un segundo carácter, y, á veces, se antepone y aprecia en más que la de ciudadanos de la nación.



Este sentimiento es utilísimo, si le sabemos encauzar; pero tiene dos desviaciones peligrosas. Como se ha perdido el ideal nacional, como los españoles carecemos de un propósito colectivo hacia el cual dirijamos nuestros esfuerzos y que sirva al mismo tiempo de ligadura entre todos, ese localismo degenera: ó en kabilismo, es decir, en un sentimiento de hostilidad y hosquedad de lugar á lugar, de ciudad á ciudad, de región en región, que se niegan á comprender sus respectivas ideas y aspiraciones particulares haciendo imposible su conciliación superior; ó en un tradicionalismo sentimental y huero que vive del recuerdo, del culto á unas cuantas figuras del pasado, artificialmente hechas ó contrahechas, y que juzga haber cumplido todos los deberes del hombre y del ciudadano con unas cuantas lápidas conmemorativas y otras tantas lamentaciones por lo que fué y ya no podrá ser. Suicida manera de sentir la historia. Por volver la cabeza atrás la mujer de Lot quedó convertida en piedra.

No es eso lo que nosotros queremos. Yace en el corazón del pueblo ese apego á lo local, como un rescoldo, y sobre él es preciso soplar hasta que alce llama. ¿Para qué? Para hacer del municipio una escuela de ciudadanos. No se trata ya, como en los tiempos medios, de una lucha entre poderes rivales, que se disputan hilo á hilo el manto de la soberanía. Proclamada la soberanía de la nación, dentro de ella estamos todos y de ella participamos todos, sin que ningún poder se alce para disputarla. Pero esa soberanía que reside en nosotros, que está á la merced del mayor número, es necesario ejercerla: cuando se abandona en medio de la calle el primer truhán que pase la recogerá y se



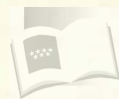
adornará con ella. Y no la ejerceréis nunca, jamás seréis soberanos, si antes no venís á vuestro concejo á que se escuche vuestra voz. Si no os interesa, si no os importa que vuestras calles no se empiedren, ó que vuestros abastos no se vigilen, ó que vuestros enfermos no tengan asistencia, ¿cómo queréis, como podréis interesaros, por ejemplo, en que se reformen los tributos y los aranceles, en que la marina sea eficaz y la enseñanza gratuita y verdadera? Si no tenéis alientos para elegir vosotros mismos á vuestros inmediatos regidores, nombrando á los más aptos, rechazando las añagazas ridículas de los subdiáconos y acólitos del caciquismo, ¿cómo vais luego, en la representación política, á sobreponeros á la arbitrariedad y al despotismo de los caciques máximos, de los pontífices del caciquismo? Si no sabemos residenciar, si no sabemos proscribir á tantos como, en España, del cargo concejil hicieron grangería ¿cómo vamos luego á dirigir nuestros golpes á lo alto, contra aquellos que fabrican leyes por subasta, favorecedoras del mejor postor, ó contra los que van á administrar una provincia con remedio de su bolsillo? Contra todo esto, el íntimo amor á lo local, la participación en el gobierno y administración de las ciudades, es un viento de justicia que lo barrerá. Es fragua y cimiento: porque en ese amor se templará el carácter, y porque sobre él se asentará el gran edificio de las libertades públicas.

El otro instrumento de la transformación que deseamos es el Estado mismo, como órgano propugnador y defensor de la cultura y como definidor de derechos. El Estado moderno, tan fuerte, tan poderoso, con su organización complicadísima, con sus medios técnicos cada

vez más perfectos, que extiende á diario su esfera de acción en todos los órdenes de la vida humana, no es una creación de nuestros días, sino el resultado, el fruto, de una obra lenta de varios siglos. El Estado moderno es tan absoluto y absorbente como el antiguo Estado de las monarquías puras, absolutismo que no ha sido creado por las teorías liberales, sino que data de la formación y organización de las naciones modernas. Los Reyes Europeos del principio de la Edad Moderna, invocando el interés de sus pueblos y con la mira de cortar abusos destruyeron y aniquilaron todos aquellos organismos sociales que pudiendo ser una rémora al libre desenvolvimiento individual, hacían también sombra á la Corona. Disuelto todo intermediario entre el Poder Real y el individuo, éste no fué á su vez destruído porque como el átomo (es el átomo social), es irreductible.

En la revolución francesa, la más enérgica protesta contra el antiguo régimen que se ha conocido, se abolieron todas las trabas, pero la Convención y el abrumador centralismo que llevaba consigo, fueron una continuación del absolutismo y absorción monárquicas que tomaban una nueva forma. La declaración de derechos del hombre fué la defensa y la barrera que se levantó frente á la omnipotencia del Estado por el individuo indefenso. Así, al mismo tiempo que se extremaba ese poder y ese absolutismo, nacía y se consagraba el respeto á la individualidad y se proclamaban sus facultades.

Pues bien, todo este inmenso poder, este absolutismo del Estado, debe encaminarse y conducirse en pró de nuestra obra; queremos infundir en ese organismo san-



gre nueva, para que el mismo Estado, á cuyo amparo viven todavía los privilegios, sea en reparación magnífica, el restaurador del alma del pueblo, quien haga posible una nutrición fisiológica é intelectual y quien dispense la última y definitiva justicia. Porque de él, de ese Estado, con todos sus defectos de organización, con su ceguedad y su parsimonia, es del único Dios de quien podemos esperar que ese milagro se verifique. ¿De quien, si nó, vamos á recibir la justicia? O esperamos, acaso, que el codicioso, el explotador, el privilegiado, renuncien voluntariamente á su privilegio, á su explotación ó á su codicia? Nunca se vió tal; ¿ó esperamos que todos esos hombres endiosados, á quienes la soberbia endurece el corazón, que creen que Dios creó el mundo solo para que ellos fuesen poderosos y respetados y para que los pobrecitos les besen humildemente el borde de su túnica, esperamos que tales hombres sientan ablandarse su corazón por un calor de humanidad? No debemos esperar, como tampoco debemos esperar que aquellos que encuentran en la improductividad actual del trabajo un medio de enriquecerse, mejoren las condiciones del trabajo mismo, ni que aquellos que encuentran en la ignorancia del pueblo una defensa de sus privilegios más fuerte que los fusiles, vayan á propagar una cultura que, por dignificar á los hombres y darles idea del valor de su personalidad, es esencialmente niveladora. Todo esto ha de ser misión del Estado; pero hay que arrancar sus resortes de las manos concupiscentes que lo vienen guiando. Este despojo, esta desposesión, solo puede hacerse de dos modos: ó bien aceptando este nuevo espíritu á fuerza de propaganda, de ejemplaridad y de energía en la lucha,





ó bien de un modo violento, entre sangre y lágrimas, sin propósito definido y con un incierto mañana. Entre éstos dos caminos no hay término medio posible; que los que puedan pensar mediten sobre las ventajas de cada uno, pero que nadie piense que las cosas continúen como hasta aquí, porque esa continuación implica sencillamente la pérdida y acabamiento de España.

\* \* \*

Quisiera yo, señores, que la invocación de nuestra cualidad de españoles obrase sobre todos como un cáustico; quisiera que esa invocación produjese sobre los perezosos, sobre los cobardes y sobre los escépticos el efecto de un trallazo que los hiciera erguirse para lanzarlos después á ese formidable asalto; quisiera que fuese para nosotros tan necesario como el aire que respiramos, pertenecer á una patria grande y respetada, grande por su espíritu, respetada por sus justas leyes. Y lo que digo de nuestra cualidad de españoles lo digo también de nuestra condición de alcalaínos, porque al fin y al cabo, el lugar donde nacimos y la nación, son dos círculos concéntricos, de tamaño distinto, pero hechos de la misma substancia y viviendo vida idéntica. Cuanto se afirma del uno puede afirmarse del otro; es cuestión de distancia y de punto de vista. Si nos acercamos mucho, si particularizamos mucho, veremos nuestra ciudad, nuestros problemas, nuestras luchas y nuestras esperanzas locales; si nos apartamos y nos remontamos, si vemos las cosas desde lejos y desde alto, contemplaremos el panorama español, dentro del cual nuestro lugar no es más que una leve pincelada. Nuestro lema es este: Patria y trabajo. Patria, esto es: el ara



á donde podemos llevar la ofrenda de nuestros desvelos, porque sin ella ¿quien recogerá el fruto del sacrificio? El que no ha visto su sangre reproducida ¿para quien atesora? El que no conoce posteridad ¿para quien se afana? ¿Para qué labra su jardín el que no espera ver las flores de primavera? Así nosotros—según el dicho del poeta—haremos la miel, como las abejas, pero no para nosotros. ¿Y cómo podría ser esto, cómo empeñarnos en un trabajo ingrato cuyos frutos no hemos de ver maduros si no supiéramos que una descendencia espiritual sabrá cogerlos y gozarlos y bendecir á los sembradores? Esa esperanza nos anima. Además nos impulsa otro sentimiento: nos impulsa la indignación. ¿Vosotros no la sentís? ¿Vamos á consentir siempre que la púrpura cuelgue de hombros infames? ¿Vamos á consentir que la inmensa manada de los vividores, de los advenedizos manchados de cieno usurpe la representación de un pueblo y lo destroce para saciar su codicia? En nuestro museo han entrado unos pícaros y la dalmática más espléndida, recamada por una historia ilustre, la van deshilachando para remendarse los calzones.

Trabajemos, pues, todos en esa obra redentora y pongamos cara alegre al trabajo que ha dejado de ser una cosa maldita. En la primeras páginas de la Biblia, se impone el trabajo al hombre como expiación y castigo. Pues bien: nuestra moral y toda la organización que apetecemos parte del supuesto contrario: el trabajo, la necesidad espiritual de trabajar, es el signo de superioridad más evidente, de «fecundidad de la voluntad.» Los organismos que entre nosotros—dice un filósofo contemporáneo—son los restos todavía vivos del hom-

bre primitivo, es decir, los criminales, tienen en general por rasgo distintivo el horror al trabajo.

Redimamos al trabajo de sus actuales cadenas y el trabajo nos engrandecerá, y engrandeceremos á la patria por el reinado de la justicia.



*Fué impresa la presente conferencia  
en Alcalá de Henares, Imprenta  
La Cuna de Cervantes, en Fe-  
brero de 1911 por suscripción  
entre amigos particulares  
y admiradores del  
conferenciante.*







# En el Homenaje a Manuel Azaña

JORGE GUILLÉN







EL conflicto entre «las dos Españas», desenlazado en la guerra civil, lo enturbió y desfiguró todo, y por no sé qué sino adverso, la figura de Manuel Azaña. Es necesario acudir a las verdades elementales para restablecer la historia verdadera.

Azaña —yo lo sé porque me honró con su amistad— era ante todo un carácter serio, recto, honesto, a veces áspero a causa de esa rectitud. Su posible altivez estaba compensada por sus modales corteses: un firme castellano. Esa aura más bien austera, correspondía a su conducta, íntegra, al servicio de una vocación intelectual. Su revista *La Pluma*, patrocinada por Amós Salvador, hijo, expresaba perfectamente aficiones compartidas por un grupo sin aspiración de gran publicidad ni de bambolla durante aquellos años 20.

Azaña procuraba con todo rigor conseguir una escritura de tono culto, a un nivel elevado. Quizá fuese Pérez de Ayala el prosista de entonces que mejor respondía al gusto y al criterio de nuestro alcalaíno-escurialense. «Durable, la



creación desinteresada, la hermosura que se realiza por alto entendimiento de la vida. Shakespeare, Cervantes son inmunes a la burla. No podría reírme de ellos, por ganas que tenga de reír». Decía en *El Jardín de los Frailes*.

Jardín, apenas. Azaña nos instruye sobre la evolución de un adolescente que pasa de lo religioso a lo incrédulo a través de una enseñanza clerical. El libro desarrolla una terrible diatriba contra un país que se juzga retrógrado con palabras sarcásticas de un humor sombrío. «El español bueno no tiene que devanarse los sesos: ser castizo le basta». Los impulsos son generosos. «Cuánto me han reconciliado con la vida: el amor o el arte, el afán de saber o la amistad, el apoyo a la acción por la acción misma y el estímulo de añadir al mundo moral alguna criatura de mi mano». Más tarde. «El amor a la vida crece en fuerza y nobleza con la madurez del espíritu». No desmiente Azaña su origen alcalaíno por su comprensión de Cervantes.

Recuérdese cómo comenta el encuentro de Sancho con Ricote, el morisco de su misma aldea. Expulsado por ser morisco, vuelve a su verdadera patria: «ruego siempre a Dios me abra los ojos del entendimiento». Sancho, piadoso, entiende este lenguaje, no se le ve, ardiendo en ira, despedazar al infiel, encubre el delito de Ricote. Parten el pan, beben de la misma bota. ¿Dónde paran, en el sabroso almuerzo del morisco y del cristiano las rencillas de secta? Azaña es el joven liberal que se imagina el progreso de su país por reforma, no por violencia.

La base humanística de aquel hombre fundamentaba clásicamente una literatura de reflexión y rara vez de imaginación creadora. Era un asiduo trabajador intelectual que se interesaba por la suerte de su país. Léanse sus *Memorias*. Aunque «políticas y de guerra», nunca ofrecen una visión oficial y como exterior de los acontecimientos en que resultó protagonista. Ese diario íntimo se desarrolla según el modo de los diarios íntimos. Se discurre con espontánea y sincera neutralidad relatando conversaciones reservadas, presentando a las gentes con absoluta franqueza, a menudo con humorismo. La actividad de enérgica honradez se mantiene sin cesar. Día tras día, sin propósito expreso, Azaña logra más y más relieve, que despierta en unos admiración, en otros hostilidad creciente hasta el odio. No era exhibicionista. «Paseamos por la Castellana y nos sentamos en un café de Recoletos. Echo de menos el incógnito». Vuelve con frecuencia a El Escorial. «¡Cómo ha resucitado y se ha impuesto el Monasterio al declinar la luz!». Azaña cambiaba —sin dejar de ser el mismo—. «Alcalá y El Escorial, he aquí las raíces primeras de mi sensibilidad, como París fue más tarde donde se afinó».



Poco a poco, y ya en el 31, se llega a... proyectar un homenaje. «Espero que no cunda, tendría que oponerme, y no sé cómo lo haría para no parecer descortés. Si ahora se pone de moda alabar al adusto Azaña, ¡me he divertido! Es decir, «me cuesta trabajo dejar de ser un hombre para convertirme en un personaje histórico».

Tenía que fracasar el intento democrático. Esta Península era profundamente reaccionaria. Consecuencia fatal: una guerra civil espantosa. Espantosa de Norte a Sur, de Este a Oeste. Son muchos los indígenas feroces, ciudad por ciudad, pueblo por pueblo. La República murió asesinada en todas partes. Las últimas *Memorias* muestran un Azaña vigoroso, nunca abatido, que se defiende y razona: confesión auténtica. Estaba en el punto más alto de la jerarquía civil como si fuese un rey que reina y no gobierna, retirado en su rincón valenciano. Allí, las visitas de ministros y amigos iban informándole —confusamente— de la marcha desastrosa de la guerra. Hubo asesores que no vieron claro ni siquiera en los últimos días. El Presidente, pese a momentos de depresión, guardaba una certera serenidad: «lo peor es que lo tomen a uno por taimado y astuto, no siéndolo». Jamás se creyó un «predestinado». «Es prudente desconfiar de los salvadores de sociedades y de los creadores de mundos nuevos. A través de la historia, esos oficios han consistido en beberse la sangre de los prójimos». No tenía que declarar el amor a su patria. «Me siento vivir en ella, expresado por ella, y si puedo decirlo así, indiviso». Más aún: «su destino trágico me avasalla». Algunos le instaban a «la conveniencia de asumir un poder personal. Lo tomaba a broma. Bonita manera de trabajar por España: ¡aherrojlarla!». Jamás desmintió su rectitud interior. «Mi espíritu repele la pasión rencorosa como mi organismo repele el alcohol. ¡Nunca podría ahogar mis penas en vino!».

No me es posible traer aquí a colación ni una sola línea epistolar. No tuve más remedio que someter al fuego todo mi epistolario, para mí tan honroso (en cuanto volví a Sevilla aquel verano, 1936, hice desaparecer ese riesgo mortal: una sola carta de Azaña). Nada saciaba el odio de los vencedores.

¿Por qué se concentró en aquel político —ni siquiera socialista— una saña tan atroz? Nuestro alcaláino-escurialense era el Intelectual —sin otra meta que una mayor libertad, o sea, una mayor justicia según la ley—. Sus consejeros a última hora le instaban a trasladarse al centro de la República, a Madrid: error absoluto. Al abandonar La Pobleta valenciana, al Presidente —al aún Presidente— le preocupaba no sólo su salvación, sino la de la pintura del Prado. Repetidamente llamé la atención de Negrín: «El Museo del Prado —le



dije— es más importante para España que la República y la Monarquía juntas». ¡Qué contraste con la politización actual! «Todo lo que soy lo llevo conmigo. Por lo visto, conservo un casticismo de indiferencia estoica, y me digo como Sancho: *Desnudo nací, desnudo me hallo, ni pierdo ni gano...* Mi duelo de español se sobrepone a todo».

Dios deparó a Manuel Azaña la mejor fortuna: murió en Francia, Montauban, el año 40. España —¡no toda!— se empeñó una vez más en no ser un pueblo civilizado, y lo consiguió. Esperemos que no lo consiga ahora.

*Málaga, septiembre de 1980*



# Los tres Azañas burlados (Diseño epigramático)

JOSÉ BERGAMÍN





**M**UY pocos vieron, como vió Miguel Maura, que había tres Azañas. O dicho a modo teologal: tres Azañas distintos y un solo Azaña verdadero. Pero no sucesivos como creo que los veía Miguel Maura, sino simultáneos y permanentes; como nosotros los vimos y se nos aparece en su diario memorable. Parafraseando a San Agustín (a cuya lectura no debió ser muy aficionado pese a sus frailes educadores en El Escorial, o por eso mismo), Azaña hubiera podido decir y a mí me parece que lo dice en su Diario: «yo soy tres y estoy en cada uno de los tres por entero». Por entero y por verdadero. Porque entera y verdaderamente lo era (lo estaba) por su personalidad extraordinaria.

Como el personaje romántico de la novela del gran alemán Juan Pablo Richter, que tenía tres almas (un alma irónica, otra filosófica y otra sentimental), Azaña las tenía y con esa misma o muy parecida caracterización. Azaña fue pensador pesaroso de España. La pesaba y medía con sus palabras, que le pesaban en el corazón porque lo pensaban y medían a él al decirlas. La triple dimensión de su personalidad integraba su fisonomía de escritor, orador y



político. Y las tres pudorosamente enmascaradoras de su entereza verdadera: entereza y verdad de corazón, como la del «alma sentimental» del personaje de Juan Pablo, enmascarada de ironía y de filosofía; y en Azaña, de solitaria y dantesca desdeñosidad.

Azaña, trino y uno, pero no trivial (porque no lunático) tenía en su aspecto exterior lo bastante para caricaturizarlo como el personaje valle-inclanesco de «feo, católico y sentimental». Caricatura que, al exagerar su expresión, lo mitificó históricamente —mintiéndolo con la verdad, diríamos— sin desdeñarlo ni traicionarlo. Un Azaña que no podía pasar a la historia porque se quedaba en ella, para polemizar consigo mismo sin contradecirse; para soliloquearse como Don Quijote y Segismundo a la vez; para triplicarse, y no sólo desdoblarse, como en su Diario íntimo, proyectando castizamente su figura en legendarias lejanías.

Se dijo que Azaña pudo haber sido el Cánovas de la República. Tal vez le faltó la picardía andaluza del malagueño. Y también imaginación, como creía Valle-Inclán. Por eso no fue tampoco un Castelar. Yo creo que, a pesar de posibles semejanzas, fue lo contrario de los dos. Si acaso con Cánovas podríamos encontrarle cierta coincidencia profunda por su sentimiento descorazonado de España; por su escepticismo y pesimismo español. Como en alguna de sus más amargas frases se expresa. Nos suena al Cánovas del «son españoles todos los que no pueden ser otra cosa», aquello de que haber nacido español «no es cosa del otro jueves». Frases reversibles. La de Cánovas, porque implica el no poder ser cosa mejor, ni peor. La de Azaña, porque su «otro jueves» se parece mucho al «mañana será otro día» y al «¡tan largo me lo fiáis!» del burlador don Juan. Por que cada día son todos los días, y para él lo fueron de verdad. «Solamente es digno de la libertad y de la vida el que es capaz de conquistarlas cada día», afirmó Goethe. Entiéndase, de pelear por ellas.

El sentimiento español de Azaña, el de su «alma sentimental» (sin sentimentalismo) era como el «me duele España» de Unamuno: dolor de corazón, verdad de corazón, de pesaroso pensamiento. «Los sentimientos —pensaba Don Miguel— son pensamientos en conmoción». Y nada más conmovedoramente español que un discurso de Azaña en el que nos parece sentir que tiemblan el pensamiento en «palabras desnudas» —que diría Fray Luis—; palabras dolorosamente españolas. Yo le oí, entre otras, aquellas con que contestó a Fedor Kelin, el hispanista ruso, quien se le había presentado tímidamente diciéndole que «tenía dos patrias: la suya y España». A lo que Azaña contestó «feliz usted, yo no tengo más que una, y me pesa mucho».





El patriotismo de Azaña, tan de raíz, tan hondo, tan verdadero, como el de sus contemporáneos mejores (Ortega y Gasset, Antonio Machado, Unamuno...) era pudorosamente español. «El patriotismo es pudoroso —escribía Barrés— porque el misterio de su origen nacional debe mantenerse secreto como algo sagrado e intocable». En un estupendo texto de Cánovas leemos (cito textualmente): «que vuestro patriotismo sea callado, melancólico, paciente: aunque intencionado, constante, implacable». ¿No nos parece oír en estas temblorosas «palabras desnudas» las voces españolas de Azaña, de Ortega y Gasset, de Antonio Machado, de Unamuno...? Callado, intencionado, en Azaña. Melancólico, constante, en Ortega y Machado. Paciente, implacable, en Unamuno. Y en los tres —como de los tres Azañas— burlado por su quijotesco desengaño. Como el de España misma.

*Abril 1980*





Azaña

FRANCISCO AYALA



Biblioteca Virtual

COMISIÓN DE EDUCACIÓN  
Comunidad de Madrid



POCAS biografías como la de Manuel Azaña son capaces de infundir con tan escalofriante poder la sensación de misterio que gobierna los destinos humanos. Durante la Edad Media y en el Renacimiento, la imagen de la tornadiza Fortuna acudía en seguida a todas las conciencias para dar razón de las más espectaculares mudanzas en la vida de los personajes históricos; luego, ya en la época del cientificismo burgués, se ha propendido a escrutar el carácter del personaje en busca de explicación plausible para esas sorprendentes alternativas en los mecanismos de una relación entre causa y efecto. Y no hay duda de que los resortes de toda acción humana, y así el origen de sus consecuencias, se encuentran en el carácter del individuo; pero también es evidente que las actividades del hombre público, como las de todo bicho viviente, engranan dentro de un curso de acontecimientos sobre los que sin duda influye, y, por cierto, de modo decisivo, su índole personal, pero que al mismo tiempo le son, sin embargo, ajenos y, en el fondo último, están sustraídos a su arbitrio.

Recuerdo a este propósito cuán plásticamente me hizo ver, hace ya muchísimo tiempo, esa realidad cierta narración breve donde el autor, un novelista inglés, confronta a sus lectores con un Napoleón Bonaparte que, habiendo nacido en fecha distinta de la que en verdad naciera quien, para transformar el mundo, llegó a ser emperador de los franceses, pasea ahora por las playas de un balneario sus ocios de coronel retirado... Es la misma idea que inspiró a Stendhal su concepción de *Le rouge et le noir* y a Dostoyewsky la de *Crimen y castigo*.



A don Manuel Azaña lo conocí yo hacia el año 1925, cuando, en los diecinueve de mi edad y habiendo publicado una primera novela, entré en contacto con los ambientes literarios madrileños. Creo (sí, estoy casi seguro) que fue Melchor Fernández Almagro quien me presentó a él. Fuimos juntos una tarde a la tertulia que Azaña mantenía en el café de La Granja El Henar, y allí lo encontramos, instalado en su rincón. Era nuestro hombre un escritor oscuro, no sólo porque su fama estaba restringida todavía entonces a los dichos ambientes sin alcanzar al gran público, sino oscuro también porque, vistiendo siempre colores apagados y un tanto lúgubres, sobrio en sus palabras, severo de ademanes, frío, su estampa toda estaba impregnada de esa austeridad —y esa autoridad— que hizo proverbial en Europa durante siglos pasados el «sosiego» castellano o español. Era, sin duda, un escritor oscuro, pero —eso sí— muy respetado. Y, además, temido por el vigor de su inteligencia. Y, por lo mismo, detestado de algunos. Adusto de temple con un áspero y —pudiera decirse— intransigente sentimiento de la dignidad, intalado en la altura de su orgullo, no se avenía a disimular el desprecio que la estupidez ajena, la pequeñez y la vileza le merecían.

Aunque su nombre era conocido y reconocido, y estaba bien establecido en el campo de las letras, ni se tenía a sí mismo ni apenas era tenido por los demás como un profesional de ellas, en cuanto que el escribir y publicar no constituía su *modus vivendi*: vivía, según entiendo, de algunas rentas y, principalmente, de su sueldo en el Ministerio de Gracia y Justicia, donde era funcionario de elevada categoría. Para el tiempo en que yo lo conocí, Azaña se encaminaba ya hacia la cincuentena de su edad, y era sabido que desde antiguo había sentido inclinación a la política activa, por más que las condiciones institucionales del país no le hubieran permitido el acceso a cargos de representación pública. Durante el régimen de la monarquía constitucional —al que ahora, con la dictadura militar de Primo de Rivera, se designaba como «antiguo régimen»— había militado en el partido reformista de Melquiades Álvarez e intentado —en vano— obtener un acta de diputado. Ahora, bajo esa dictadura con la que Alfonso XIII se había jugado el trono que a la postre iba a perder, el país se encontraba en un compás de espera. Tranquilamente —con esa tranquilidad que desde su exilio denostaría, exasperado, Unamuno— aguardábamos todos a que la fruta cayera del árbol madura, o ya podrida: se tenía la certidumbre de que la monarquía había de desplomarse por sí sola, aunque desde luego contribuyera mucho a acelerar el proceso de su descomposición interna la atmósfera enrarecida que a su alrededor crearon aquellos grupos de la sociedad española capaces de concitar la opinión pública hasta formar un consistente estado de conciencia.



Uno de los centros donde se fraguaba esa suerte de oposición sorda —cuyo instrumento apenas si podía ir más allá de los desahogos verbales de una sátira antes desdeñosa que iracunda— era el viejo Ateneo de Madrid, donde se reunían intelectuales de toda laya, escritores, periodistas, profesores, estudiantes, políticos, y donde Azaña había tenido desde siempre vara alta, pues ya entre los años 1913 y 1920 fue secretario de la entidad, y luego, en 1930, sería elegido para presidirla. En representación del grupo opositor centrado en el Ateneo entraría a formar parte del comité revolucionario que, desaparecida la monarquía, asumió el gobierno de la República española. Correspondió a Azaña desempeñar en ese gobierno la cartera de Guerra, pues, movido de una vieja afición, tenía hechos estudios previos en asuntos militares...

Pero no me propongo reseñar aquí —sería algo muy fuera de lugar— los pasos de su ascenso hasta la cumbre del poder. Las vicisitudes por las que llegó a la jefatura del gobierno y a la presidencia de la república son historia, y en las páginas de la historia están registradas. Sólo quiero subrayar esto: que sin la serie de acontecimientos nacionales conducentes a la quiebra del sistema institucional montado por Cánovas del Castillo en la Restauración, don Manuel Azaña Díaz hubiera teminado los de su vida como un apacible burócrata y escritor de escaso relieve, aunque de calidades muy estimables, interesado, entre otras cosas, como cualquier ciudadano particular, por lo relativo al bien público. (Caso análogo, pues, al de un supuesto Napoleón nacido a deshora, y retirado a la postre con el grado de coronel del ejército).

Fueron así circunstancias históricas independientes de su voluntad y por completo sustraídas a su control las que permitirían a nuestro hombre asumir el papel trágico a que estaba destinado. Ahora bien, ¿por virtud de qué condiciones de carácter personal hubo este héroe de tragedia, don Manuel Azaña, de asir por el cabello la ocasión única y engranar con la rueda de la Fortuna que, en alucinantes giros, iba a encumbrarlo y a hundirlo en seguida en la miseria por dos veces consecutivas en un período de escasos seis años?

Retrospectivamente, me veo sentado en su tertulia del café, allá por los años de 1925, 26, 27 cuando publicó *El jardín de los frailes* y tuvo la bondad de dedicarle a este jóven principiante un ejemplar del libro; me lo veo sentado allí, en la penumbra de su rincón habitual, al fondo, taciturno más bien, usando en todo caso de pocas y precisas palabras, irónico, sarcástico, y cada vez que hablaba, hablando desde un pensamiento rico, elaborado, articulado y congruente. Sus dichos podían adoptar acaso un escueto tono apodíctico e incluso acuñar las agudas y punzantes abreviaturas del epigrama, pero siempre comunicaban una idea cabal, sin incurrir jamás en esa ligereza volátil tan frecuente en el flojo descuido de las charlas donde exhibe la gente, como



paños menores de la mente, opiniones fútiles, juicios imprecisos y pensamientos crudos o a medio cocinar. Con Azaña sabía uno en todo caso lo que quería decir, porque en todo caso decía lo que quería exactamente.

Siendo así, no es milagro que tan pronto como las circunstancias nacionales le ofrecieron la oportunidad de actuar en el terreno de la realidad política, donde la garrulería de tantos suele ser mero eco del flato mental y preludeo de la chapucera improvisación, la voz de Azaña sonará con los tonos de una seriedad que, en seguida, había de distinguirlo y conferirle autoridad personal indisputable. Su voz digo, y debo señalar, sin embargo, que esa voz no era, en sí misma, lo que se dice grata, ni mucho menos; y al aludir a su tono me doy cuenta de que no he querido apuntar hacia el sonido de las palabras y frases que pronunciaba, sino al contenido significativo que ellas transmitían. Esto era lo que daba peso, firmeza, fuerza de persuasión a su oratoria: la sensación de que tras el discurso, y respaldándolo, había una persona consciente que, sin ninguna clase de trucos ni triquiñuelas, proponía honestamente sus convicciones a quienes lo escuchaban.

Ya proclamaba la república, y en un parlamento donde actuaban otros oradores famosos, esa nueva oratoria suya, densa y clara al mismo tiempo, al mismo tiempo reposada y tensa, lograba mantener sin fatiga la atención del oyente en discursos que duraban tres horas o más, y moverlo desde lo más profundo. Las piezas oratorias de Azaña están publicadas hoy, y publicados están sus escritos. Quien compare aquellas con éstos hallará en unas y otros la misma textura, el mismo estilo sobrio, elegante, la misma exactitud en la expresión. Pero, sin duda, los discursos políticos tienen en estremecimiento caliente de la vida, pues son obra de pensamiento, pero no de la reflexión pura y demorada en gabinete solitario, sino de un pensamiento vertido en acción viva, apasionada y vibrante, de un pensamiento animado por la inminencia del destino que al pronunciarlos estaba en juego.

Si el estilo literario de Azaña, con toda su nobleza y elegante eficacia, no había de marcar ningún hito en la historia de nuestras letras, su oratoria, en cambio, traería consigo una verdadera innovación, arrumbando por fin las florituras de la tradición castelarina, tan distantes ya entonces del gusto moderno. En las Cortes de la república, donde no faltaban los picos de oro, esa nueva oratoria suya entró a competir con las de tres grandes tribunos cuyo renombre de tales venía de la época anterior a la dictadura militar: dos andaluces, Niceto Alcalá-Zamora, el antiguo ministro de la monarquía y ahora jefe del gobierno republicano, y Alejandro Lerroux, caudillo del viejo partido radical, ambos «retóricos» en grado sumo, cada cual a su modo; y un vasco, Indalecio Prieto, tempestuoso y arrollador en su elocuencia, pero no demasiado





cuidadoso de la forma. La elocuencia de Azaña, impecable, ceñida, ordenada, precisa y preñada de ideas, ofrecía un contraste admirable, no sólo con la de esos acreditados políticos, sino también con los discursos espléndidos de otros filósofos y literatos, como Unamuno y Ortega y Gasset, que en su momento tuvieron intervenciones parlamentarias sensacionales, preparadas de antemano con vistas a un tema particular. En Azaña, el trasfondo intelectual que dotaba a las suyas de análoga solidez y respetable gravedad acudía con espontaneidad fácil a la urgencia de improvisar, es decir, a la operación inmediata de la política candente en el debate planteado.

De Azaña se ha dicho —sobre todo, después de que la rueda de la Fortuna hubo de ponerlo por los suelos— que sus excelencias de intelectual fueron precisamente la causa de sus deficiencias en cuanto hombre de acción; que, en general, el hombre de pensamiento resulta ser un mal gobernante; y en ello puede haber quizá algo de cierto. Una de las propensiones casi invencibles del intelectual es la que tiende a proclamar sin disimulo aquello que considera ser verdad, mientras que el político vigila sus expresiones y atiende a la oportunidad con una astucia casi instintiva, cultivando el arte de hablar a tiempo y de callar a tiempo. A Azaña, con toda su autoridad y todo su dominio de las situaciones, más de una vez le vimos sucumbir a esa propensión intelectual, formulando juicios que —sustentados sobre la base teórica muy firme, si bien oculta en el plano superficial— podían resultar inoportunos y dar lugar a malas interpretaciones susceptibles de volverse en contra suya. Ejemplo estupendo de ello lo ofrece la famosa frase: «España ha dejado de ser católica», que desencadenaría una de las más graves crisis del incipiente y azaroso régimen republicano y que a él terminaría por costarle, en último término, la pérdida de poder. Objetivamente, lo que esa frase enuncia no es sino una verdad palmaria: que la gente española (incluidos los católicos practicantes de misa el domingo y comunión pascual; incluidos los católicos militantes que, con ánimo agresivo, hacían de la religión arma política) había dejado ya para aquellas fechas —y no por cierto en aquel preciso momento, sino desde bastante tiempo atrás— de vivir católicamente, esto es, de ajustar sus valores y sus modos de comportamiento en la existencia cotidiana a la concepción católica del mundo; en fin, que la religión no era ya en la sociedad española el centro de inspiración y el eje de la conducta, habiendo quedado reducida, aun para quienes la confesaban o proclamaban, a un sector particular dentro de su actividad diaria, cuando no a mera ideología. Esta realidad básica y, como digo, obvia: la laicización de la sociedad española, imponía y daba justificación a las reformas que el régimen republicano quiso introducir en las relaciones entre el Estado y la Iglesia. Pero es claro que reformas tales tenían que herir,



inevitablemente, los intereses de ésta; y tras de la crisis que por lo pronto elevó a Azaña a la presidencia del gobierno, dieron lugar a que se movilizara el clero en una campaña encarnizada contra la república, atizada todavía por las provocaciones de un anticlericalismo que era tradicional reacción española contra el dominio eclesiástico desde las matanzas de frailes en la primera mitad del siglo XIX, y que ahora se había exacerbado de nuevo. En medio de situación tan difícil, exaltados los ánimos e unos y de otros, se levanta en las cortes la voz del gobierno para proclamar que España había dejado de ser católica... ¿Quién podía entender en aquella coyuntura declaración tal sino como arrogante desafío a la Iglesia y sus huestes, como la pretensión absurda de que, por decreto, la nación abandonaba su fe antigua y renunciaba así a su pasado histórico? Si algunos —en uno u otro bando— captaron el auténtico alcance de la frase (y no serían muchos, de cualquier modo), lo cierto es que los adversarios del gobierno y del régimen no desaprovecharon la ventaja que ella les proporcionaba para levantar en su contra una tormenta emocional de fuerza devastadora.

Así, el intelectual traicionó esta vez en Azaña al político. El afán de poner las cosas en su adecuada perspectiva socio-cultural y de dar a las medidas del gobierno republicano una justificación de solidez imbatible, le jugó una mala pasada. La palabra era su fuerte, y por su palabra se perdió.

¿Hasta qué punto puede ser acertada la común creencia de que el intelectual, el hombre de pensamiento, es inepto por esencia para llevar a cabo lo que la política práctica exige en cada momento? (Se ha podido afirmar que si Maquiavelo hubiese sido un político maquiavélico se hubiera abstenido de escribir *El príncipe*). Sea como quiera, supongo que el sí o el no en respuesta a esa cuestión dependerá de cuál sea la exigencia del momento histórico en que al hombre de pensamiento le ha tocado entrar en escena. Por cuanto a Azaña concierne, ya quedó indicado que, en tiempos de la monarquía constitucional, había pretendido en vano ser elegido diputado a Cortes. Y yo me complazco en imaginarlo como gobernante dentro de un sistema establecido y firme; no, desde luego, bajo las condiciones de aquella concreta monarquía en aquella particular fase y bajo aquel rey imposible, don Alfonso XIII, sino en condiciones análogas a las que permitieron en Inglaterra a un Disraeli, no menos literato que Azaña, renovar las instituciones políticas de su país a compás de cambios sociales de la época y edificar el imperio británico.

Pero el destino de Azaña fue otro muy distinto; el suyo era un destino trágico. A él le tocó entrar en danza a la hora de las terribles convulsiones que, iniciadas con el conflicto español, desembocarían en la segunda guerra



mundial. Pisó, en efecto, la escena pública para abrir desde nuestra Península una de las crisis mayores de la historia universal; y es evidente que, al desempeñar su papel, no estuvo a la altura de las circunstancias. Cuestión aparte sería la de saber o conjeturar en qué medida y en qué sentido hubiera podido influir sobre ellas con una actuación diferente; pero si en todo caso era ineludible que sobreviniera la catástrofe mundial, no hay duda de que los datos de su planteamiento hubieran quedado alterados caso de haberse podido evitar el conflicto armado en España. Y estoy persuadido de que, contra lo que postula el título de un libro escrito por otro de los personajes de aquella hora, el señor Gil Robles, nuestra guerra civil *sí* hubiera podido evitarse. Mucho me pesa tener que decirlo, pero pienso que sólo una actuación distinta por parte de Azaña hubiera podido evitarla. Un análisis de conjunto, siquiera sea muy sumario, de los factores en juego revela —según más adelante hemos de ver— que sólo Azaña estaba en condiciones de dominar el curso de los acontecimientos, encauzándolo por vías constructivas. En un momento preciso, únicamente él disponía de la autoridad y de los medios para imponer una dirección positiva a las fuerzas sociales desencadenadas al romperse los equilibrios político-institucionales de la nación española.

Que hubiera podido lograrlo o no, es cosa que queda librada a la mera conjetura; pero el hecho lamentable es que no lo intentó siquiera. A más de un lector le chocará si añado que, entre otros aspectos de su carácter y temperamento, fue el espíritu conservador de nuestro prohombre lo que le impidió actuar de manera ajustada a las exigencias de la situación en que se encontraba envuelto, hacer lo que esa situación requería. No por casualidad evoqué la figura de Disraeli como un parangón de lo que hubiera podido ser Azaña gobernando en condiciones diferentes de aquellas en que le tocó gobernar. En condiciones de normalidad institucional el espíritu conservador funciona a la perfección: empeñado en mantener el *statu quo*, sólo poco a poco y con resistencia cede a las necesidades de cambio. Se aferra a los términos de la realidad vigente y a los principios por los que esta realidad actual se encuentra regida, y carece de la audacia imaginativa indispensable para inventar soluciones nuevas a los nuevos problemas que una movilidad político-social acelerada, tal vez vertiginosa, plantea perentoriamente. Pues las épocas agitadas, de equilibrios socio-políticos inestables, reclaman en los conductores de la historia una valentía que es por completo ajena al espíritu conservador. Fiel a su concepción liberal conservadora de la vida civil, Azaña no fue capaz de cumplir la tarea que la suerte le había encomendado, y se replegó a los asaltos feroces de una situación que, sin duda, juzgaba indomitable.



Quizá venga aquí otra vez a cuento la impedimenta que, para el ejercicio del gobierno, puede representar una carga intelectual demasiado grave. Azaña tenía en su cabeza un modelo muy claro, muy completo, perfecto y cabal de lo que debería ser la república, de cómo tendrían que funcionar sus resortes y de cómo habían de comportarse los encargos de promover su funcionamiento. Recuerdo bien —y es, si se quiere, un detalle mínimo pero revelador— la irritación que le producía el que Alcalá-Zamora, jefe del Estado, careciera a su entender de aquella grandeza de tono correspondiente a la dignidad del cargo, y le indignaba, por ejemplo, que el buen señor ahorrara en el presupuesto asignado a la Casa presidencial para devolver los remanentes al Tesoro. «Su deber es gastarlo», murmuraba Azaña. Hubiera querido él, como dramaturgo que era, que todos los actores del drama nacional desempeñaran bien su papel, y que también el público supiera conducirse adecuadamente... Pero muchos de los actores eran bastante torpes, y en cuanto al público, se mostraba inquieto, desasosegado, impredecible y temible. Cuando éste dictó en las elecciones de 1933 el veredicto que desalojaría del poder a las izquierdas, debió él de sentir una desilusión muy amarga. Significaba ello el fracaso de su obra, de su pieza teatral predilecta; su construcción estaba en ruinas. Las ideas del intelectual habían sido desmentidas por los hechos.

Sin embargo, no hacía falta ser ningún intelectual para sufrir los efectos devastadores de esa derrota electoral. Sus efectos más traumáticos —y más perniciosos para el país— se acusaron en el ánimo de un hombre, no de pensamiento como lo era Azaña, sino de un obrero manual, persona de carácter moral excelente, pero de mentalidad simplista, el líder sindical Largo Caballero, que durante toda su vida había creído que la reforma paulatina era la única vía hacia el socialismo —hasta el punto de aceptar, con escándalo incluso de sus compañeros de partido, el puesto de consejero de Estado, ofrecido por el dictador Primo de Rivera—, y que al proclamarse la república se había aplicado a intrumentar como ministro de Trabajo los postulados de esa política. Ahora al ver desecho de un manotazo, como castillo de naipes, todo su edificio legal, cambió de repente Largo Caballero sus inveteradas convicciones y, con igual tozudez dogmática, se mostró convencido desde ahí en adelante de que era imposible llegar al socialismo por medios que no fueran violentos. Y consecuencia de esta nueva convicción suya sería la revolución de octubre de 1934, que, con la represión subsiguiente, iba a abrir aún más la zanja entre los españoles haciendo irreconciliables sus bandos.

La intentona revolucionaria postulada, preparada y promovida por Largo Caballero, a quien ya sus partidarios apellidaban «el Lenin español», con la asistencia y estímulo de un grupito de periodistas, entre los cuales Luis



Araquistain llevaba la voz cantante, era por supuesto desaprobada y resistida en el campo republicano por cuantos, temiendo en todo caso sus consecuencias y previendo su fracaso, la considerábamos insensata, temeraria y suicida. Y no hay que decirlo: Azaña era de esta opinión, e hizo cuanto pudo por disuadir a su proyecto al influyente dirigente obrero y antiguo compañero suyo de gabinete ministerial.

Pero la campaña demagógica destinada a ambientar el movimiento, al que serían por fin arrastrados, muy a pesar propio, el partido socialista y toda la izquierda, avanzaba inexorablemente. Para darle respetabilidad intelectual, Araquistain había lanzado una revista, *Leviatán*, de muy buena apariencia material y pretensiones serias, para la que a mí, igual que a otros varios escritores, me pidió colaboración. Contesté entonces a su pedido que no pensaba darle nada para su revista porque estaba seguro de que no había que insertar en ella lo que yo escribiese; y ante su insistencia, y más que nada por hacer la prueba, redacté un ensayo donde —aún a sabiendas de que era trabajo perdido— hacía un fuerte alegato contra el proyecto revolucionario en marcha. Y claro está que mi ensayo nunca vió la luz pública en las páginas de *Leviatán* (título éste que ya de por sí delataba bien la tendencia totalitaria del periódico). Si aduzco esta pequeña anécdota personal es no más que para ilustrar con un ejemplo nimio la tensión interna que se estaba produciendo en el seno de la oposición izquierdista contra el gobierno de signo marcadamente reaccionario salido de las elecciones de 1933 e instalado ahora de modo legítimo en la república — un gobierno que, no obstante su legitimidad querían algunos derribar por la violencia.

En fin, la cosa era inevitable: estalló la revolución (uno de cuyos efectos más funestos sería el dejar dividido al partido socialista); y en la brutal represión que siguió a su fracaso fueron incluidas personalidades que —como Azaña mismo, en primer término— se habían esforzado, aunque sin éxito, por detener el descabellado intento.

Ya lo advertí antes: no me propongo resumir aquí acontecimientos que están reseñados en las páginas de la historia. Y por cuanto se refiere a este particular episodio, el propio Azaña dejó un dolorido relato en el libro que titularía con sarcasmo *Mi rebelión en Barcelona*. Resulta interesante —más aún, fascinante— observar de pasada cómo este hombre, sumido en el fragor de la lucha política, era capaz en todo momento no sólo de tomar distancia frente a los hechos —según corresponde a su irrenunciable condición de intelectual— para contemplarlos y reflexionar sobre ellos, sino también de hallar la holgura suficiente para darle a sus reflexiones forma escrita. Las obras de su pluma redactadas al hilo de la acción —y de la pasión— forman



un cuerpo muy considerable de literatura política, a la vez que ofrecen impresionante documentación de las reacciones, meditaciones y tribulaciones de un espíritu excepcional. *La velada de Benicarló*, último de tales escritos, quizá sea también el más patético de todos. Pero si resultaría fútil empeño el de trazar aquí un resumen de lo ocurrido con Azaña a raíz de la frustrada revolución de 1934, sí convendría recordar que ella suministró el pretexto a sus enemigos —es decir, a las fuerzas político-sociales de derecha, quienes no podían perdonarle su pretendida traición de clase a ese burgués cuya tónica conservadora era, con todo, demasiado evidente y cuya soberbia superioridad les ofendía—; les procuró —digo— la ocasión de vengarse muy cruelmente. Así, se prevalieron de las circunstancias para descargar sobre su cabeza los más venenosos rencores, infringiéndole vejaciones y sometiéndolo a vilipendios que hoy, a la distancia, parecen inconcebibles.

Esto no impidió, sin embargo, que tan pronto como las elecciones de febrero de 1936 dieron de nuevo a las izquierdas, congregadas en el Frente Popular, una mayoría parlamentaria, esas mismas fuerzas de derecha —no sin razón aterrorizadas— vieran en Azaña la única esperanza y encomendaran su salvación a la única figura en la que hallaban —con entera razón también— el poder y la capacidad de ejercerlo autoritariamente.

De que tenía poder, no hay la menor duda. Dentro de los partidos republicanos, ¿quién hubiera pensado en disputar a don Manuel Azaña la primacía? En el partido socialista las diferencias internas de criterio se habían convertido, por efecto de la desastrada intentona revolucionaria, en abierta y enconadísima lucha de facciones. En cuanto a las masas populares, si unos seguían a Prieto y otros al derrotado Lenin español, Largo Caballero, todos, con unanimidad, reconocían y acataban la autoridad de Azaña como indiscutible y suprema. En el período pre-electoral habían acudido muchedumbres inmensas a escuchar su palabra, y —ahora que también las derechas se agarraban a él como tabla de salvación— la nación entera esperaba su orientación y guía; sobre todo, el efectivo ejercicio de un poder del que todo el mundo le consideraba investido.

Pero ¿era de veras capaz de ejercerlo? Cuanto a este respecto se diga será materia de simple especulación. Lo único cierto es que no lo hizo, quién sabe si porque no quiso o porque no pudo.

Sabido es que, tras las amargas experiencias de su primera caída, hubiera deseado Azaña que las elecciones en perspectiva diesen a la izquierda no el triunfo arrollador que de hecho obtuvo, sino una minoría parlamentaria lo bastante poderosa para hacerse respetar mientras tanto que unos y otros se acostumbraban a la libre y civilizada convivencia política en que los regímenes



democráticos se asientan. En aquellos multitudinarios mítines pre-electorales, las personas próximas al orador pudieron —sorprendidas y extrañadas— atestiguar en sus comentarios el mal humor que en él despertaba concurrencia tan entusiasta, tan abrumadora. No, no eran las responsabilidades del poder lo que él apetecía, sino más bien una posición de seria vigilancia crítica; y, sin duda, esta expectación suya era muy sensata, muy razonable. Pero una vez más los hechos de la realidad se negaban a acomodarse dentro del esquema ideal formado en su mente, y así fue que el fardo indeseado del poder público se le vino encima de golpe.

Fue, según antes dije, el momento en que, levantado y sostenido sin discrepancia por todos los sectores de la izquierda, volvieron a él sus ojos las derechas como única esperanza razonable de moderación. En un mensaje al pueblo español emitido por radio el 20 de febrero se había comprometido, ya como jefe de gobierno, el poco antes tan perseguido, insultado y maltratado Azaña, al «cumplimiento de la ley y del orden» sin persecuciones ni venganzas; y el día siguiente comentaba el diario *ABC* en su artículo editorial: «España está en las manos del gobierno del señor Azaña... Es el gobierno de toda España. Para defender al país, para que haga cesar cuanto antes el peligro, cuente con nuestro apoyo incondicional y con el de todos los buenos españoles, republicanos y monárquicos, sin distinción de ideologías». A no dudarlo, era un programa de convivencia democrática el que, con el poder ya en sus manos, se proponía aplicar Azaña. Pero las intenciones por él enunciadas requerían una ejecución enérgica. Había sonado la hora de las grandes decisiones, de las medidas drásticas llevadas a la práctica con mesurado y sereno, pero implacable rigor. Después de tanta violencia, el cuerpo social necesitaba y el país reclamaba ante todo que el orden público fuese mantenido con pulso firme contra las perturbaciones provocadas por los extremistas de la derecha y de la izquierda. Esto era lo que se esperaba de Azaña; esto era lo que Azaña prometía; esta era la tarea que el Destino le había encomendado a Azaña. Tarea ardua, pero no imposible. Que eventualmente hubiera podido cumplirse lo demuestra el caso del doctor Negrín, quien —no mucho más tarde y en condiciones bastante más difíciles, ya en plena guerra civil y dentro del campo republicano— logró restablecer la disciplina social poniendo término a los desmanes que en aquella zona —conviene recordarlo— nunca habían sido respaldados ni cohonestados por las autoridades; o bien, el caso de De Gaulle, quien supo sacar a Francia de la crisis argelina, más grave que la padecida por España en 1936.

Pero Azaña —con desmayo lo vimos cuantos confiábamos en su acción ( y en su acción había confiado la inmensa mayoría de los españoles)— no



respondió a las expectativas cifradas en su nombre. Después de declarar sus buenos propósitos, Azaña se cruzó de brazos. Pero aún: dejando la posición ejecutiva al frente del gobierno, huyó a refugiarse en la Presidencia de la República. Su decisión de asumir la jefatura del Estado causó en mi ánimo la misma sorpresa e igual perplejidad que en todos sus amigos y, supongo, también en los que no lo eran. ¿Qué significaba aquello? En la Constitución entonces vigente, la Presidencia de la República era un cargo de muy limitadas facultades, más representativo, y aun decorativo, que ejecutivo. Pero, con todo, las instituciones tienen un margen de flexibilidad que consiente actuaciones variables según las circunstancias y las personalidades que las encarnan. En aquellas particulares circunstancias, y dada la prestigiosa autoridad de Azaña, quise hacerme todavía la ilusión, quizá por no abandonarlas todas, de que se habría propuesto —una vez eliminado el probable estorbo del anterior presidente— gobernar desde tan eminente posición a través de hombres sumisos por entero a su mandato y susceptibles de ser sustituidos conforme el ejercicio ejecutivo los fuese desgastando.

En seguida pudo advertirse que tal cosa no iba a ocurrir. Manifiestamente, el interés de Azaña consistía en mostrar con su ejemplo, por contraste con la conducta previa del señor Alcalá-Zamora, cómo debe portarse un Presidente de la República, y eso, desde observar la más escrupulosa abstención en los asuntos de política práctica hasta los minúsculos detalles del protocolo.

Se trataba, en efecto, de una huida; de lo que en lenguaje taurino se llama una espantada. Estaba claro ya que Azaña no iba a hacer uso del poder enorme que la suerte, buena o mala, le había conferido: quería actuar como un Presidente-modelo dentro de un régimen de tranquila normalidad, y todavía, quizá por ese prurito de ajustarse estrictamente a las convencionales reglas del juego constitucional, o por desdén, o por cansancio, o por una combinación de todo ello, vino a designar como jefe de gobierno a una persona débil de carácter, mediocre de inteligencia y carente de capacidades ejecutivas. Por si hiciera falta apoyar esta afirmación de algo demasiado ostensible en testimonio de parte interesada, podemos espigarlo en las páginas del libro *Retrato de un desconocido (Vida de Manuel Azaña)*, publicado en el exilio por Cipriano de Rivas-Xerif, quien, en sus no siempre fidedignas noticias e interpretaciones, deja traslucir tal vez más de lo que hubiese querido. Como es notorio, Rivas Cherif era el amigo íntimo, y luego cuñado, de don Manuel Azaña; y la debilidad que éste, desmintiendo por excepción su fama de frialdad hosca, sentía por aquél fue el talón de Aquiles de nuestro héroe. Pues bien, ante la sublevación de julio de 1936, y hablando de la imprevisión del gobierno, declara: «Mi cuñado se atribuía mucha parte de la culpa por haberse rendido





a la fatiga del esfuerzo anterior y a la tentadora molicie de aquel pequeño descanso campestre, desentendiéndose hasta cierto punto de los negocios del Estado en aquello que no le competía directamente; fiado en la confianza con que la Cámara subrayaba la confianza del Presidente del Consejo».

Demasiado aventurado sería sostener que, llegadas las cosas al punto a que habían llegado, hubiese bastado, que hubieran sido suficientes los esfuerzos de una voluntad resuelta en hombre cuya inteligencia, recta intención y honestidad moral nadie de buena fe ponía en duda, para impedir que estallara la guerra civil. La situación era en verdad muy grave, pero también la autoridad personal de Azaña era enorme, y la nación esperaba de él que, en lugar de permitir que esa situación continuara deteriorándose, tomase la iniciativa para abrir caminos nuevos por donde hallarle remedio. Sólo él podía hacerlo; y es evidente que ni siquiera lo intentó.

Preguntarse acerca del por qué equivale a tratar de inquirir en el misterio recóndito de su personalidad. ¿Escepticismo de una mente crítica, intensificado por la amargura de las atroces experiencias padecidas? ¿Desengaño del intelectual cuyos esquemas han sido desmentidos por la realidad de los hechos una vez tras otra? ¿Desazón y asco ante el espectáculo de la vileza y de la estupidez humanas? ¿Desconfianza o impaciencia con respecto a las dotes de aquellos a quienes podía encargar de llevar a cabo las tareas indispensables? ¡Quién sabe!

Como quiera que sea, el hecho histórico es que, por obra de las famosas circunstancias —es decir, a consecuencia de una situación político-social tremendamente tempestuosa (y aquí se impone, ineludible, la vieja metáfora de la nave del Estado)—, las crestas del temible oleaje alzaron por dos veces a Azaña hasta una altura de vértigo para hundirlo en seguida una vez tras otra en el más desesperado naufragio. En esta segunda oportunidad nuestro hombre se vió elevado a una cumbre que ni apeteció ni había buscado y para la que no se sentía dispuesto en lo íntimo. La furia de la tempestad lo puso, contrariando su deseo, en una posición cuyas responsabilidades no estaba dispuesto a asumir; una posición de la que escapó como pudo, recluyéndose, para lo externo, en los aspectos ceremoniales del cargo y para lo privado en la secreta actividad del escritor.

Melancólicamente, acude a propósito suyo a mi memoria un pasaje de la *Divina Comedia* que siempre me impresionó mucho. Entre las sombras que habitan el vestibulo de su infierno, destaca Dante la de aquel *che fece per viltate il gran rifiuto*, aquel que por apocamiento hizo la gran renuncia, dedicándole pocas y desdeñosas palabras sin dignarse tan siquiera mencionar su nombre. La Iglesia exaltaría luego a los altares al Papa Celestino V, cuya renuncia a la tiara pontificia había merecido el desprecio del poeta.



Yo, que procuro siempre abstenerme de juzgar al prójimo, siento cada vez que lo considero frente al caso de Azaña el estremecimiento de respetuosa compasión que produce el espectáculo de un destino trágico. Me imagino al hombre, contemplando de antemano, con la terrible lucidez de su conciencia clarísima, desde la cima del poder a que la rueda de la Fortuna lo había encumbrado —un poder inútil, que él se abstendría de ejercer—, la inevitable caída que le aguardaba, y aceptándola con pasiva resignación.



# Azaña desde hoy (1980)

ERNESTO GIMÉNEZ CABALLERO



# LEY DE LOS SINDICATOS (1980)

El presente texto es una reproducción de la Ley de los Sindicatos de 1980, que establece el marco legal para el funcionamiento de los sindicatos en España. El texto describe los derechos de los trabajadores a afiliarse a un sindicato, las obligaciones de los sindicatos, y el procedimiento para la elección de representantes sindicales en el ámbito de la empresa.

El texto continúa detallando las funciones de los sindicatos, como la negociación colectiva, la representación de los trabajadores en los órganos de dirección de la empresa, y el procedimiento para la resolución de conflictos laborales. También se mencionan las sanciones aplicables a los sindicatos que no cumplan con las obligaciones establecidas en la ley.

ERNESTO GIMÉNEZ CABALLERO



HE hablado de *Azaña desde hoy* en Madrid, en Cáceres, en Valencia y ahora aquí. Mi resumen sería éste: «La figura de Azaña es perfectamente actual en estos momentos. Se diría que la situación política española está, sin saberlo, imitándole. La democracia tiene sus pasos contados, sus fórmulas no hacen más que repetirse: Azaña decía que, ante todo, había que alejar el tiempo pasado para instaurar la democracia, como hoy se dice; que había que transformar el Estado en una nueva sociedad; que la democracia debería ser regida con humanidad; solicitaba respeto a la tradición, pero «corregida por la razón»; defendía a su partido, como Adolfo Suárez defiende al suyo». En este sentido fue el precursor de UCD, afirmando que si hubiese sido ministro de Alfonso XIII hubiese hecho una Monarquía republicana.

Interpretando la visita del Rey Juan Carlos a la viuda de Azaña en Méjico, pienso que si el Presidente de la República no pudo hacer una Monarquía republicana, quién sabe si Suárez lo intenta ahora con el Rey.

## ¿CÓMO FUE AZAÑA?

Conocía yo poco a Manuel Azaña. Su ascensión a la Presidencia del gobierno republicano me hizo volver la cara hacia él, más que con sorpresa, con insistencia.



Y diré que con cierta emoción. Sólo en momentos así se ve que los escritores, los intelectuales en España formamos, en el fondo, una casta. Y que cualquier suceso en esta casta tiene repercusiones familiares, emotivas.

He repasado los datos personales que tenía suyos. Muy pocos. Y he revisado los textos de su literatura, ya que también muy poco los conocía. Yo no sé si con este método sumario —pero único por el momento— he llegado a figurarme una aproximación de lo que Manuel Azaña fuera.

A Manuel Azaña yo le conocía —de vista— desde que empecé a frecuentar el Ateneo, es decir, desde mi adolescencia. El Ateneo y Azaña fueron desde entonces para mí dos términos ecuacionables. Aquel Ateneo de la barba de Dubois, de Cipri, de Ardavin, de Valle-Inclán, de Romanones...

Azaña paseaba mucho por los corredores con las manos en los bolsillos del pantalón. Me impresionó siempre su faz esteárica, exangüe, decolorada, obsesa. Una noche lo vi entrar en el Ateneo con una maleta, desembarcado de un viaje electoral fracasado. Aquella demostración palmaria de tomar el Ateneo por su casa, de entregarle la intimidad de su ropa usada me dejó una imagen cuyo sentido sólo recobro ahora, ahora que sé lo que el Ateneo acogía en la maleta de Azaña. Después me lo encontré muchas veces por la calle, en su época de grandes paseos con Rivas Cherif. Y a veces, solo.

Creo que la primera vez que hablé yo con él fue una mañana de 1926. Estaba en el barandal último del Ministerio de Gracia y Justicia, como empleado que era de dicho Ministerio. Cipriano se hallaba con él. Y él, siempre con las manos en los bolsillos. (A Azaña y Cherif yo les estaba agradecido por la acogida que dieron en *España* y *La Pluma* a mi primer libro sobre Marruecos).

Recuerdo perfectamente que le pregunté:

—¿Y usted, Azaña, no escribe ahora?

A lo que me contestó:

—¡Ahora! ¿Para qué?

Estaba yo a punto de flotar *La Gaceta Literaria*. También Rivas Cherif con Azaña, Díez Canedo y un cubano desde la legación de Méjico querían lanzar otro periódico como el mío, titulado *Letras*.

—En la *Gaceta Literaria* —le afirmaba yo a Azaña— *se hará política*.

—*Imposible* —me respondió él—, *ahora todo es imposible*.

(Ese *ahora* suyo, obsesionante, era el de la Dictadura).

—Pero mi política será de tipo cultural y formador. Yo creo que se puede sacar una Generación juvenil que —aunque apolítica por el momento— desemboque mañana en magnífico tropel sobre los problemas españoles. Y en direcciones divergentes, hostiles y fecundas.



—*Imposible, imposible* —me remató Azaña.

El periódico *Letras* no llegó a aparecer. *La Gaceta Literaria* salió el 1 de enero, a los pocos días. La constitución de una sociedad, o registro de su título, me llegó refrendada oficialmente por una firma del Estado: esta firma de mi publicación era *la de Manuel Azaña*.

Desde entonces no le volví a escuchar hasta 1930, en el viaje de «los intelectuales a Barcelona», que organicé con Estelrich.

Azaña pasó casi desapercibido por Barcelona. Junto a un Fernando de los Ríos, un Ossorio, un Ortega, un Marañón, un Asúa, un Albornoz, Azaña parecía no significar gran cosa ante los catalanes. En los quintales de discursos que se pronunciaron entonces —desde balcones, vagones, mesas, etc., paladeando el futuro próximo Parlamento—, la voz de Azaña no sonó, como si nada tuviese que decir.

En la vuelta a Madrid no sentamos en la misma mesa del vagón restaurante. Gutiérrez Abascal y Luis Bello enfrente; Azaña a mi lado. Habíamos apenas desdoblado las servilletas y apenas el mozo nos había servido las botellas bebestibles del propincuo condumio. Azaña debía, quizá, tener sed. Agarró su botella correspondiente y miró al pasillo intermesil. El Camarero pasaba y repasaba sirviendo a los demás comensales.

- ¡*A ver, camarero, abra esto!* - exclamó enérgicamente.

Me volví con curiosidad hacia su impaciencia.

El camarero no oyó, no pudo o no quiso acudir.

Entonces Azaña cogió un cuchillo y, amenazando el gollete de la botella, exclamó completamente decidido al camarero:

—*¡O la abre o la rompo!*

Me quedé tan estupefacto de su decisión que no pude por menos que decirle tímidamente:

—*¡Pero Azaña, usted es un tirano! ¡Pobre camarero!*

—*Cada cual hace lo que le viene cómodo!* —me contestó, sin mirarme, con frase exacta que no he olvidado.

Leyendo luego un ensayo sobre *La inteligencia y el carácter en la acción política*, encontré esta afirmación cuya tan aclaratoria de aquella escena: «Yo soy un demócrata violento; es decir, que reconozca el derecho (el ajeno y el mío), y soy inflexible dentro de los límites de mi derecho».

Allí se me anunció por vez primera el hombre que iba a meter en cintura al agua mineral, al camarero y a los bazaros generales de España.



## ERA UN MANCHEGO

Manuel Azaña nació el 10 de enero de 1880 en Alcalá de Henares, zona manchega de Cervantes y de Cisneros, Castilla pura, ciudad nodriza de Madrid.

Manuel Azaña era un manchego. El mismo declaró cabalmente su prosapia: «Del reino de Toledo (donde era hace tres siglos la policía del bien hablar) mis abuelos, posesionados en la Sagra o en las vegas que se abren al Tajo, ascienden en derechura hasta el carpetano idólatra, anterior a la venida de las legiones; con un cuarterón de sangre vascongada (la raíz en Elgoibar) y un tronque en Arenys de Mar, soy español como el que más lo sea». Y español con ejecutoria doceañista de mis abuelos. Manuel Azaña: un manchego. De tierras del *Quijote*. «Leo en el *Quijote* a libro abierto; en él todo se me antoja transparente y jocundo».

La vida de Azaña se dividió en tres partes: una infancia con todos los instintos reclusos. Una juventud con todos esos instintos sueltos. Y luego una madurez, donde no se supo ni predominó la infancia o la juventud.

De niño estudió en Alcalá. Como un hijodalgo del siglo xvii. Sus recuerdos alcaláinos son rencorosos, tristes, desolados. «No gusto yo, con afición egoísta, del tiempo pretérito. Me apiado de la mocedad verdadera, ignorante de su virtud».

La infancia de Manuel Azaña —la infancia y la adolescencia— se resumió más que en la palabra *Alcalá*, en la palabra *Escorial*.

## EL ESCORIAL

Azaña publicó en 1927 su *Jardín de los frailes*. Casi fue su primer libro. Pues el único anterior —hecho en 1919— era una compilación de *política militar francesa contemporánea*, conferencias pronunciadas en el Ateneo en medio de cierta indiferencia y aburrimiento y que, sin embargo, iban a constituir la base de esa *reforma Azaña* que le dió fama y poder.

*El jardín de los frailes* apareció en una sazón propicia. Cuando se había puesto de moda ese tipo de confesiones de colegial a lo James Joyce. Y cuando El Escorial, como piedra nacional, irradiaba prestigios. No sólo por los que le prestaba el dictador con sus visitas frecuentes, sino por la analogía reformista que le había dedicado tiempo atrás Ortega y Gasset en sus *Meditaciones del Quijote*.

A pesar de todo, se advertía en él —contra su propio deseo— que El Escorial marcó, con hierro de res brava, su alma para siempre. Y que esa marca, clerigada, frailería, católica, de orbe cerrado y de intransigencia trascendente le iba a permanecer de por vida mucho más que «una raya en la arena».





Sólo en los últimos capítulos tiene una decisión, momentos antes de irse del colegio a la vida libre: la decisión de *no confesarse*. Por cierto, que se asombra mucho al ver que los padres no se asombran de su asombro, de su audacia.

Es más, el hombre que iba a expulsar legalmente a las órdenes religiosas tiene un capítulo epilógico que da una sospecha indecible, y es ese del «Hijo pródigo». Cuando se confiesa con el padre Mariano un día, ya después de los años, en la galería del jardín, una vez que fue de paseo allá, de visita accidental:

—«Desde el nacer me acompaña un personaje, que no debe ser un ángel, rezongando de continuo, descontento de mí, como si yo pudiese darle mejor vida, sin acabar de decirme quién es ni qué pretende. Estoy, al cabo, aburrido de él. Matarlo sería un placer, y no puedo. Lo empujo con el pie, y se revuelve como Segismundo antes de soñar su reino. Es un monstruo. Sólo se me alcanza ponerlo en ridículo».

—«Dios haga que escuches al monstruo y seas un día nuestro hijo pródigo»  
—le contesta el padre Mariano.

A lo que Azaña no respondió nada entonces.

## CARÁCTER Y TRADICIÓN, DEMOCRACIA FRAILUNA

El fondo católico de Azaña se reveló en muchos pormenores que podría yo aducir.

Es natural, por tanto, que en política sólo admitiera como eficientes dos fuerzas netamente sectarias, reaccionarias, escorialenses: *carácter y tradición*. Carácter y tradición como fuerzas de resistencia.

Dogma tradicional; interpretación *característica*, arbitraria, he aquí la democracia de Azaña, que —con todo el sentido profundo y castizo adquirido en nuestra tierra— deberá llamarse en adelante «democracia frailuna».

## AZAÑA Y EL 98

Históricamente, Manuel Azaña es un epígono del 98 que corta amarras con cuchillo propio. Y, por otro lado, es un presentidor de la generación técnica, europeísta que vendría tras él.

Manuel Azaña, históricamente, está polarizado entre Unamuno y Ortega. Entre la guerra de Cuba y la guerra europea. Entre Costa y los jóvenes de Marburgo. Entre el energumenismo de Ganivet y el reformismo neokantista. Entre *El Idearium* y la fundación de *El Sol* en 1917. Entre los «europeizantes» y «europeizados».



Por eso el reino ideal de su expresión se ancló en dos fondeaderos complementarios: la revista *España* y el *Ateneo*. O sea, en torno al año 1915. En torno a los comienzos de esa era histórica de la gran guerra.

El Ateneo trajo la República segunda a España. Pero el Ateneo era Manuel Azaña.

## LA CABEZA

Lo más poderoso de Azaña era su cabeza. Por eso sus enemigos intentaron ponerla precio.

Era una abultada palidez con gafas. Cabeza de intelectual. Pero sin fatiga. Quizá más que de intelectual, de solitario.

La cabeza de Azaña era una cabeza de cera. El Museo Grevin tenía la copia de sus rostros convulsos de *sans-culottes*.

A la cabeza de Azaña le iba muy bien la cogulla. Nació destinada para fraile.

Muy romana, muy castellana, muy de busto antiguo esa cabeza.

Rasgos abultados, blandos, sensuales, sin aridez alguna. Se dirían rasgos de un tímido y linfático. Pero los labios: carniceros. La sonrisa, voraz y sin misericordia. La mirada, glacial, fina, profunda, lejana, implacable.

La boca de Azaña era lo que solía suscitar el centro de atención a los caricaturistas. Señal de que en ella residía un secreto. Los dientes, abandonados y algo sueltos. Alguna que otra verruga, guardaba el antro bucal, como perros de caverna ayudando a dar pavor a ese rostro, que no huía de ser pavoroso. Un pelo ya blanco, con calvimechones, armonizando su plata con la del rostro.

Y, sin embargo, este rostro —que asustaba a los niños de España— tenía momentos de serenidad trascendente, de beatidad patriarcal.

La cabeza de Azaña era cabeza de tribuna y de mesa presidencial. También cabeza cenobial de celda. (Un carnaval, Azaña la disfrazó con traje de cardenal, con veste inquisitiva). Para disimularla en la calle, en la tremenda calle democrática, la travestía con un flexible, un sombrero blando, mediocre, indiferente.

## EL CUERPO

El cuerpo de Azaña vestía hopalanda. Vestía unas haldas sacerdotales. Vestía amplia toga de foro grecolatino. Tuvo un día que quitarse ese ropaje suelto, abundante y largo, y se quedó como se quedan los cuerpos de los canónigos al quedarse de paisano: despistados, torpes, gruesos, excesivos,



tímidos y sin saber qué hacer ni cómo andar. Sus pantalones, casi siempre arrugados, plisados por el sedentarismo y el olvido del cuerpo, le denunciaban siempre ese fenómeno sacerdotal. Azaña lo aprovechó para ejemplarizar sobre la democracia, sobre lo democrático y ejemplar que resulta en una República llevar arrugas en el rostro y en el traje, sobre lo bien que sienta parecerse a un Herriot, en lo estudiantemente desgarbado, fachoso y campechano.

Los brazos de Azaña solían caer siempre a lo largo del cuerpo, relajadamente, como hechos de trapo y sin músculo, con bamboleo inmóvil de muñeco, enseñando el dorso laxo y blando de las manos.

## LA VOZ

La voz de Azaña era clara y fría. Como una fuente.

Claridad pertinaz, metálica. Tan metálica que se aceraba en cuchillo, y se clavaba en los cuellos y en los costados. Apuñalaba. Fría y honda.

## ALCALÁ

Alcalá de Henares es como una matriz madrileña. (Madrid tiene tres oviductos: el político es El Escorial. El histórico, Toledo. El rural y universitario, Alcalá).

La calle central de Madrid, su columna vertebrada, como se sabe, es la de Alcalá (Madrid sale de la calle de Alcalá. Se remansa en la puerta del Sol —corazón de todo— y se biparte hacia la calle de Toledo y el camino de El Pardo y de El Escorial).

Alcalá se cierce sobre Madrid con las sombras de Cisneros y de Cervantes. Alcalá es sobre Madrid un perfume de abolengo incalculable.

Alcalá se quedó en poblachón manchego, en ciudad rural, en villa de tierra y cielo, de campesinos y conventos, en un vivir sin fecha.

Alcalá quedó cuajada definitivamente en uno de esos lugarones hidalgos de Castilla, donde Dios y el Estado se reparten la agonía de una vida histórica. Cuarteles, iglesias, eras, labores, huertas. Y un poco de comercio y de pleitos, para que, con la banda de música del quiosco en la plaza central, la ciudad bulla con algunos ruidos más que los del bieldo, la campana y la corneta.

Manuel Azaña nació al lado de un convento, en una casa de escribanos, y a la par de labradores.

Azaña simbolizó en su nacer todo el sentido romano, originario y circunscrito de Alcalá (labradores y juristas).

Nació un 10 de enero. Del año 1880.



La casa familiar daba, y da todavía, a dos calles. La de la Imagen y la Nueva. Las dos, callecitas cortas, silenciosas, que arrancan perpendicularmente de la Mayor o camino real. La casa de los Azaña, una casa de dos pisos en el número 3 de la calle de la Imagen (Imagen de Nuestra Señora del Carmelo, aneja al caserón solariego). Este caserón, de dos pisos. En el bajo, cuatro rejas y un portalón. En el alto, tres balcones flanqueados de dos miradores. Desde ellos se otea, lejos, la torre de las Monjas del Palo. La casa roja, desconchada, simple, como casa de burgueses que han perdido ínfulas de linaje; casa de notarios. Cuando la vi estaba cerrada. Maderas y persianas, inmóviles y clusas. Por detrás, esta casa se abría en huerto íntimo y breve a la calle Nueva.

Azaña quedó en ella huérfano antes de rasar la decena de años. Entregado a su orfandad, su soledad, su retraimiento precoz. Castellano por los cuatro costados —solía repetir Azaña con orgullo—, tenía un cuarterón de sangre vascongada (la raíz en Elgoibar) y un entronque catalán, Catarineu (en Arenys de Mar).

La madre de Azaña, doña Josefina Díaz, debió dejarle, más que un recuerdo imborrable, otra huella más imborrable todavía: la sensibilidad, la sustancia decisiva y alerta de un talante. Se contaba de ella que era mujer lista, leída, fina, excepcional. El padre de Azaña, don Esteban, no había estudiado carrera por dedicarse al negocio. Tenía una fábrica de chocolate y otra de jabón. Pero como le venía de casta el letraje, llegó a escribir una Historia de Alcalá. Se metió en política local, y fue alcalde. Los que conocieron al abuelo de Azaña, don Gregorio, dicen que Azaña se fue pareciendo mucho a este abuelo en corpulencia y aplomo. Don Gregorio era escribano y descendía de escribanos. En el protocolo notarial, que se conservaba en el archivo del pueblo, se encuentran Azañas lecionistas en siglos añejos. (Azaña no traicionó a la estirpe, siguiendo el oficio de su puesto de Registros y Notarías del Ministerio madrileño de Gracia y Justicia).

Los Azaña, católicos, tradicionales, hijosdalgos del lugar, poseyeron siempre una tendencia liberal propia de su profesión de lecionistas y escribanos. (Mi abuelo «doceañista», decía Azaña con orgullo).

Azaña tuvo tres hermanos. Gregorio, Josefa y Carlos. Carlos murió y murió niño.

Los hermanos quedaron solos en la casa. Bajo la tragedia de una orfandad. Y una orfandad complicada de otra tragedia, que debió ser decisiva para la formación sentimental de Azaña: una madrastra casada en artículo mortis con el padre moribundo.



Caserón vacío: sombras y voces de muertos queridos; una abuela, Doña Concha, vagando por la casa; un grave consejo de familia, de tiempo en tiempo; y un tío materno, muy católico, muy genial y bastante loco, que se propone a todo trance deshacer el artículo mortis fatídico, revolviendo Roma con Santiago (vivía en la calle de Santiago, y apeló a Roma) y trayendo como consecuencia una evaporación del patrimonio de los huérfanos en legajos y tribunales. Salas solitarias. Libros. Sentimientos precoces. Todo este fue el panorama de su infancia. Como el de un cuadro —negro, morado, purulento y zuluaguesco— de Solana.

Las primeras y las segundas letras las estudió Azaña en una callejita no lontana de su caserón: la de Escritorios. Algo arreglado el edificio se conservó casi intacto. Escuela de Don Miguel María Alonso.

A Azaña le llamaban el *Pozón* y le gustaba mandar sobre los demás chicos.

Los exámenes del grado los hacía en Madrid y en el instituto congruente a la ciudad de Alcalá: el del Cardenal Cisneros. (El mío, donde gané mi cátedra).

El Instituto del Cardenal Cisneros es una parte secundaria —en fachada y enseñanza— de la Universidad Central. Como la Universidad Central, es la transmigración del alma de la Universidad Complutense, que en el siglo XIX arrancó a la villa de Cisneros.

Azaña salía de Alcalá para examinarse. ¡Magnífica fidelidad terrícola y radicada!

Terminado el grado —y según una cierta tradición muy en boga entre los hijosdalgo alcalaínos—, Azaña pasó a mayores estudios letrados en la Universidad católica de El Escorial.

En el Escorial estudió su abogacía, que terminó en Zaragoza. Y el doctorado en Madrid.

Su vida de colegio, y de colegio canobínico, le sumió en graves crisis de adolescencia y sexualidad. Los complejos perversos y desviados —frecuentes en la juventud colegial encerrada y frailuna— pasaron más de una vez con agritud ante sus ojos.

Azaña tenía su peña de amigos en Alcalá. Su amistad de muchachez se caracterizó por cierta reserva, cierta hurañez misteriosa, que le venía de un trauma familiar en su ánimo, y una tendencia grande a la soledad y a la lectura.

He visto un retrato de Azaña a los diecisiete años. Con sus amigos y camaradas, los redactores de la importante revista local *Brisas del Henares*, que fundaron el 2 de septiembre de 1897, tirando veinte números y saliendo



cada diez días este gran órgano «festivo literario». Azaña está en segunda fila, vestido de claro, con el pelo a lo novicio, los rasgos gordezuelos y linfáticos y los ojos medio perdidos, absortos, con ese aire característico de Azaña y de todos los soñadores, que es un parecer dormidos y bobos cuando están más despiertos y alertas. Lo que se explica por una disociación de *Cara y Espíritu*. El rostro, al no ser lo suficiente ágil y elástico para seguir las expresiones de la fantasía, se fatiga, se inmoviliza y se entontece. Casi todos los grandes listos en literatura tienen caras de grandes tontos.

Sin embargo, Azaña era jovial y procuraba adaptarse a la tonalidad ética y diversiva de la ciudad. Iba a toros, ferias, romerías, pascos y demás ritos de su mundo circundante. Debíó tener sus merenditas y cafés golosinados en la pastelería de los Salinas —aún intacta— (espejos de flores, estatuas áureas). Bajo los soportales. Una pastelería que encierra para mí un gran secreto alcaláino: *lo turco, lo oriental* de Alcalá. Espíritu de Oriente que recogería Azaña, este Mustafá manchego, que no vacila en obrar con violencias de Mustafá para imponer lo que el Oriente llama libertad: unos mandarinatos.

En esas *Brisas del Henares*, Azaña debíó hacer sus primeras armas literarias. Se firmaba: «Salvador Rodrigo». Tuvo secciones, ya muy características en él: «Rasguños», *La Crónica*, política local. En la sección política, con estilo punzante y larresco, se mete con los guardias, con el alcalde, el quiosco de la plaza (verdadera obsesión alcaláina de su tiempo).

En ese decenario hay también un rasgo del humor de Azaña. Al preguntarle los redactores qué le han echado los Reyes el 6 de enero, responde: «Un frasco de hígado de bacalao y la correa de un agustino». Pero hay en esta revista deliciosa, provincial y romántica, algo más significativo. Entre las respuestas a interviús de aroma cachupinero y encantador que hacían los redactores a las señoritas amadas del pueblo: hay unas contestaciones que retratan a una muchachita de enorme importancia para la sentimentalidad de Azaña: una pariente suya, que luego —como la Angela Deshorties de Robespierre— le postergaría por un militar.

Desde Zaragoza —en su albergue de «Las Cuatro Naciones»— deja traslucir a los amigos que alterna los exámenes con expansiones naturales de su edad.

Pero es ya en Madrid, y sobre todo en París, donde da suelta libre a todos sus instintos eróticos reclusos.

Llegó a excesos de dinero y de fuerzas físicas. Tuvo que refugiarse en Alcalá grandes temporadas por las dos razones. El médico le había recomendado sosiego a *tanta expansión natural* como decía él en cartas de amigos.



## PERIODISTA Y ESCRITOR, CON UNA BIBLIOGRAFÍA

Manuel Azaña intentó varias veces ser periodista, sin llegar a cuajar en la profesión. La culpa, tal vez, no fue suya, si es una culpa no llegar a periodista en España. Escribió en *El Imparcial* y en *El Liberal*. Fue corresponsal de guerra. Hubiera sido un gran articulista político, como lo demostraron sus artículos publicados en el semanario *España*, por ejemplo. Algunos de los cuales —y otros de *La Pluma*— están recogidos en su libro *Plumas y palabras*.

Manuel Azaña debió ser un articulista básico de *El Sol*, fundado en 1917. Pero no lo fue. ¿Por qué? Yo sé por qué. Pero no quiero revelárselo a los demás, a los demás que no lo sepan. Perdonen. Sólo advertiré que algunas de las modificaciones del personal directivo del trust de prensa realizado bajo su gobierno tuvieron una lejana polvareda de aquellos lodos.

## TERTULIANO

Azaña fue un gran tertuliano. Azaña fue en eso un típico español, un terne madrileño. Lo que caracteriza en última instancia al hombre español en su sentido anárquico, antisocial, hurraño, unido a una frenética voluptuosidad por hablar unas horas al día en un coro de amigos, casi siempre enemigos. El español se reúne con los demás no para sosegarse plácidamente de una noble lucha viril (¡amistad, amor divino!), sino precisamente para comenzar a luchar con la boca, después de haber estado durmiendo. Piénsese que la Revolución española, más que un movimiento de ideas o de estómagos fue de bocas. Los millones de tertulios que tenía España se dedicaron a masticar un régimen, como los conejos su forrajillo y los ratoncetes su queso. (Ya he dicho más de una vez que la verdadera etimología de Madrid debería ser la de País de madrigueras. Y que los madrileños deberían llamarse madrigueros, gentes de covachuela, de café, de antro, de cavernilla, de sacristía, de conventículo. El café es la sacristía laica).

## POLÍTICO

Ya desde adolescente pensó en política. Su padre fue alcalde. Y él criticó a los alcaldes de su pueblo siendo todavía muchachete. Se destacó como orador en los banquetes de camaradería. Pero, sobre todo, en uno al cacique alcalaíno don Lucas del Campo.

Azaña se hizo político a fuerza de leer política en su pueblo y olfatearla en Madrid.



Azaña se apoderó del Ateneo como de la mejor escuela política de España. ¡Cuánto aprendió allí! Allí aprendió lo mejor de todo, de todo lo que se puede aprender en política: esperar la hora.

A veces quiso adelantarla. Quiso ser diputado por Alcalá sin llegar a presentarse. Y dos veces, por Puente del Arzobispo, presentándose. Pero como si no se hubiese presentado.

Cuando en 1913 se fundó el Reformismo, fue reformista, hasta que en 1923 se separó.

A don Melquiades le admiró primero y le detestó después. Llegó a escribir contra él una cosa violenta y feroz: *El hombre con las manos en los bolsillos*.

En 1925 entró en la Alianza; en 1930 llegó a presidente de Acción Republicana.

Azaña se entrenó toda su vida para político, aunque él creyera entrenarse para escritor. No puso en práctica eficaz su aprendizaje hasta casi un año antes del triunfo.

En Azaña no creía nadie. El mismo debió tener sus horribles tragedias íntimas. Tuvo la obsesión de no meterse en nada, porque donde tocasen sus dedos fracasaría todo.

En la obra de Azaña hay un verbo que nos da la clave profunda de su estilo y su angustia. Es el verbo *frustrar*. Aparece innumerables veces a través de sus palabras. Ya sabemos, según la estilística, que ciertas reiteraciones verbales tienen un secreto expresivo, una fenomenología. ¡*Frustrar, lo frustrado!* El Azaña fracasado hasta los cincuenta años.

Momentos antes de elegirse presidente del Ateneo, en 1930, derrotado Marañón, nadie piensa en proponer a Azaña. Y cuando lo proponen, todos creen que es de poca talla.

Y, sin embargo, Azaña arranca de ahí. El hace retroceder a policías; organiza motines, huye, se esconde, aparece, conspira, se deja prender, va a la cárcel, saca la votación del 14 de abril, inaugura la República, se revela en el Ministerio de la Guerra, salta a la Presidencia.

## AZAÑA Y SUS MINISTROS

Pero ¿tuvo ministros el presidente del Gobierno republicano, don Manuel Azaña?

Porque hubo gentes que aseguraban sordamente que fueron los ministros —algunos ministros de la República— los que tuvieron a Azaña.

Gentes que presentaban a Azaña como un simple representante. Como a esos grandes fetiches de madera amarilla que usan en el Oriente algunos





cautos sacerdotes para imponer al pueblo sus voluntades, hablando por boca de ídolo: escondidos tras su gesticulación hierática, inmóvil, escalofriante e inocua. (Algo de dios Buda —enigmático, grueso y amarillo— sí que tuvo Azaña).

Por el contrario, hubo opiniones que creían lo opuesto. O sea: que Azaña utilizó a los ministros como personajes de un drama que él había soñado.

Un drama y un sueño de que dio testimonio aquel pasaje suyo, vago y profético, de *La Corona*:

*Los sucesos me han hecho militar... Soy hijo de mis obras. Todo lo hecho, y más que haría, lo soñaba...*

*¡Soñaba mandar! ¡Ejércitos innumerables! ¡Escuadras en los mares! Y también un reino pacífico, ciudades nuevas y monumentos grandes levantados por mí.*

## AZAÑA Y SUS AMIGOS

Lo mismo que nos preguntamos: pero ¿tuvo Azaña ministros?, con mucha más oportunidad nos podríamos demandar: ¿amigos? Pero ¿tuvo Azaña amigos?

El ya lo había dicho espontánea y netamente en su discurso de Santander: *Yo no quiero amigos.*

Azaña, sin embargo, a pesar suyo, tuvo amigos, muy pocos, pero amigos.

Azaña: el caso típicamente español del hombre solitario, del alma robinsónica, antisocial y hasta antipática —estilo Ganivet, Silverio Lanza, Baroja, Unamuno y tantos otros— que llega a gobernar un país sin necesidad de una preparación de salones y conveniencias sociales. Yo creo que ese fenómeno sólo se da en España. Sólo en España puede escribirse un *Quijote*, darse un Goya, un Cajal a solas y sin escuela y sin academia preparatoria. Todavía el artista supone soledad y apartamiento. Pero ¡el político!

Claro está que luego Azaña tuvo infinitos amigos. Innumerables. Amigos suyos todos esos que se pasaron su vida riéndose de él, llamándole fracasado, y antipático, y ogro, y mal escritor, y mal educado.

Azaña los conocía. Y una de las cosas que más contribuyeron a dar a su rostro una expresión feliz y hasta guapa —aparte de su matrimonio— era esa carcajada continua que tenía dentro de sí, viendo bailar el agua a sus antiguos enemigos de profesión y de ideas. Placer de dioses esa vindicación continua, insaciable.

## LOS ADVERSARIOS DE AZAÑA

Así como para los amigos tuvimos que hacer una previa pregunta: «Pero ¿tuvo amigos Azaña?», ahora, para los adversarios, no tenemos más que



convertir en negativa esa misma proposición interrogante y demandarnos: «Pero ¿Azaña no tuvo amigos?». Azaña tuvo cuatro amigos. Quizá cinco. Y tal vez de esos cuatro o cinco le sobrepasaron los cuatro o los cinco. Entonces, ¿sólo adversarios?

¡Ah, señores! ¿Pero es que Orestes en el lago de Nemi pudo tener otra clase de relaciones con las gentes que la oposición, la lucha, el odio y el peligro? ¡Ah, señores! ¿Es que creen ustedes posible la existencia en el mundo de muchos seres capaces de vivir en odio y admiración de los demás sin ahogarse? Eso los dioses lo conceden a excepcionales, privilegiados hijos suyos. A los «reyes naturales» sólo los ama Diana la cazadora, la casta Luna; los ama en secreto, por la noche, a la luz loca del lago, en la sombra infinita y azul del cosmos; y, como los quiere para ella sola, ella sola los pierde y los destroza. Haría falta ser un *Lamark* de las pasiones para clasificar la *Oceanografía de hostilidad* que despertó Azaña en su entorno. Para distinguir, especificar, generizar sus adversarios.

En España, el antecedente tolstiano, rousseaniano y pastoral de la revolución republicana hay que verlo en el solitario *Giner de los Ríos*, el robinsón del Guadarrama, que se reduce a una vida austera y recogida de fundador de órdenes monásticas.

Cuando Azaña dijo, pocos meses antes de la revolución: *Hay que buscar los brazos del hombre natural, la bárbara robustez del instinto elevado a la tercera potencia a fuerza de injusticias*, no hizo sino invitar a la acción — con principios ideales sembrados ya— a los partidos obreros y a las gentes humildes y elementales de España. Toda revolución se caracteriza, según Stoddard, por estas tres etapas: primera, *crítica destructora*; segunda, *teoría y agitación*, y tercera, *acción revolucionaria*.

En la revolución española, la primera etapa, larvada durante tres siglos, estalla en el *Generación del 98 o crítica destructora*; la segunda, *Teoría y agitación*, en la etapa que va hasta la dictadura, con el famoso año 1917, y la tercera, o de *Acción revolucionaria*, es la que sigue a la caída de Primo de Rivera. La etapa característica y propia de Azaña. Por eso dijo Azaña que él puso en acción política lo que la generación del 98 sólo dejara en ideas. Su partido se llamó *Acción Republicana*.

## VISIÓN DE ESPAÑA

### LA ESPAÑA INMORTAL

Azaña tuvo una idea general de España un tanto antipolítica y arbitraria, al parecer. La juzgó, como una intangible y divina expresión natural. Anterior



y posterior a toda historia y a toda política. Claro está que eso le valió para justificar la República, su República. Pero valdrá también para justificar la desaparición de su República.

*«España es anterior a su unidad. España es inmortal y no está pendiente de este o del otro arreglo administrativo, sino del corazón, de la inteligencia de los españoles que sepan escribir su nombre en la historia de la cultura universal».*

## LA ESPAÑA INMANENTE O LA TRADICIÓN GENUINA

Para Azaña había algo inmanente en España, por debajo de toda formalidad histórica: el *carácter*. Esa es su tradición.

*El carácter, el genio propio de un pueblo se descubre en el triunfo y en la derrota.*

*Tan puramente se manifiesta lo español en una política gobernada por familias extranjeras como en la defensa del suelo nativo o en la administración de un concejo.*

Todos los períodos son españoles en nuestra historia.

Y el más significativo, el hispanoeuropeo o del siglo XVI nuestro.

## NACIONALISTA AMBICIOSO

Aunque España no era ambiciosa y debía cultivar su jardín, Azaña soñó sueños escurialenses.

Manuel Azaña habló y escribió más de una vez sobre Madrid. Pero su tesis definitiva se encuentra en su ensayo «Madrid», publicado en el libro *Plumas y palabras* (1930).

Todo español que hubiera llegado a las conclusiones que hemos llegado nosotros de que Madrid «era el campamento central de España»; de que «Madrid, sin ser ciudad histórica, resumía todo un pasado y abría todo un porvenir», y de que «ser madrileño era ser español», sólo ese espíritu podía acercarse a las páginas madrileñas de Manuel Azaña, adentrárselas y descubrir en ellas una clarividencia entrañable de emoción y profecía. De poesía.

Manuel Azaña: manchego, madrileño fundamental, alma de Escorial, paseante en Cortes muchos años. Madrid termina y empieza en él. (Termina en la decadencia de España. De la España que hizo una ciudad frustrada para capital federal de unas Españas. Sueño de Felipe II). Pero Madrid empieza en él. (Madrid de la moderación, docto y avisado, con estatutos en vista, con asamblea presidencial que recoger una historia dimitida).



*Lo que tiene que hacer la República es resolver el problema de Cataluña, y si no lo resolvemos, la República habrá fracasado.*

## ILUSIÓN DE INDEPENDENCIA

La política religiosa de Azaña, como de toda la República, fue prescindir de la dependencia romana.

Ya Ortega y Gasset, el filósofo, el que coqueteó con *El Debate*, dijo que Roma era una espada cuya punta estaba en todas partes y el puño en Roma.

Esa era la idea de Azaña. Librarse de esa espada, de esa dependencia.

## LA INDEPENDENCIA Y LA DIGNIDAD DE LA NACIÓN

Para ello no sólo hacía falta separar Iglesia de Estado, sino suprimir la enseñanza religiosa en todos los organismos del Estado: escuelas, hospitales, misiones, tribunales eclesiásticos, como el de la Rota.

Lo que no significaba romper con Roma ni dejar de saludar al Nuncio de Su Santidad.

Pero para lograr esa independencia era necesario una ayuda, otra dependencia.

Azaña se entregó a la masonería. Se quemaron conventos. Vino un día Herriot. Se reunió con él en secreto, un secreto a voces.

Por vez definitiva, desde Felipe V el Borbón, España —independiente de Roma— siente el eslabón de una cadena invisible y terrible al cuello. Y un grillete al pie. Los soldaditos españoles hacían maniobras. Marruecos se estre-mece. Río de Oro, también. Y el puerto de Mahón despierta de un latigazo.

## VOCACIÓN DE SUEÑOS

Azaña, en un discurso del Casino Militar, dijo que su vida desde la infancia había estado en contacto con militares. Vida de guarnición en Alcalá. Paseos en los soportales. Teniencitos rivales de amores. Militares en la familia. Contemplación del monasterio escurialense días y días, gran cuartel del pasado español. Sala de batallas. Sueños y fantasías de adolescente:

*«¡Soñaba mandar! ¡Ejércitos innumerables! ¡Escuadras en los mares! Los sueños me han hecho militar... Soy hijo de mis obras. ¡Todo lo hecho, y más que haría, lo soñaba!».*

En el Ateneo le llamaban *El Coronel*.

Las caricaturas le solían disfrazar de Napoleón, con un gran charrasco arrastrando. O montado en un caballo. Quizá en aquel caballo que él comprara en sus sueños de jinetero de Alcalá y que no llegó a montar.



«Yo no tengo de militar más que la vocación de servir a mi país desde mi puesto» —dijo a los diputados el 2 de diciembre de 1930.

### ANTIGERMANÓFILA, ANTIRROMANA

Por tanto, la política internacional de Azaña fue salir del cauce tradicional e histórico —Austria, Roma— y ligarla al Occidente, a Ginebra.

Ya expliqué netamente en mi libro *Genio de España* que en el mundo europeo, hoy, como hace siglos, no hay más que tres banderas: *Oriente, Occidente y Cristo*. O sea, dicho en términos actuales: *Moscú, Ginebra y Roma*.

También he demostrado que en cuanto España se sale de su *órbita genial* —la romana o católica, la *universal*, aquella en que confluyen Oriente y Occidente—, España se *sale de madre* y periclitita.

Azaña ha sacado a España de madre, la ha bastardeado, como la bastardearon los Borbones. Azaña ha vuelto a unir España al Occidente (Ginebra) con más fatalidad que el «Pacto de familia».

### POLÍTICA SOCIAL

Azaña pasó por ser un hombre con base socialista. Sin embargo, Azaña no fue socialista.

*«Nosotros no somos socialistas: nosotros no hacemos política de lucha de clases; no la hacemos en el campo del proletariado, pero tampoco la hacemos ni la justificamos en el campo capitalista».*

### POLÍTICA CULTURAL

La República vino a España para sustituir la religión católica por la religión de la cultura.

La cultura significa para la República española una escuela única, una universidad única, una prensa única, que enlacen a España a los designios o ideales ginebrinos. Todo cuanto se aparte de ellos no era útil para la cultura republicana.

Esto llevó a la política cultural de la República a decisiones monstruosas y a injusticias indecibles.

Se construyeron muchas escuelas. Pero la sustancia pedagógica no se construyó. El alma del niño estaba por encender y alumbrar —desde un punto de vista nacional y firme—.



Se laizaron todos los institutos. Pero habría que esperar años para juzgar el tipo de cultura media que saldría de esta segunda enseñanza.

Se hizo una depuración universitaria. Pero como los profesores estaban todos metidos en política, y las asociaciones de estudiantes eran políticas y partidistas también, hasta ahora no se ha visto sino aumentar el número de pedantes, de indisciplinados y de gentes muy lejanas a la alta y desinteresada investigación intelectual.

A la prensa se la quiso someter a un patrón uniforme y rígido. Cosa absurdísima en una democracia. Y a la prensa que se resistió se procuró suspenderla o intimidarla.

En cuanto a la literatura, puede decirse que desapareció en todos los sentidos. En producción y en respeto.

La mayoría de los literatos, introducidos en el Estado para otros menesteres, se dedicaron a firmar papeles de oficio que les reportaban, si no gloria y fama, buenas pesetas y vida muelle.

## REFLEJOS NACIONALES SOBRE AZAÑA

### AZAÑA Y LOS REVOLUCIONARIOS DECIMONÓNICOS

Parece lo más riguroso en este método reflexorio iluminar nuestro objetivo con las luces más cercanas a él. A un jefe republicano y liberal en España deben contraponérsele —ante todo— aquellos primates de liberalismo y republicanidad que en el tiempo fueron. ¿En qué tiempo? En el tiempo que se dieron esas cosas en España. Tiempo decimonónico. Siglo pasado. ¿Qué tiene Manuel Azaña que ver con un Pi y Margall, un Figueras, un Salmerón, un Castelar? ¿Qué con un Riego, un Torrijos, un *Empecinado*, un Mendizábal, un Espartero? ¡Períodos españoles de 1814 al 68 al 1874! ¡Romanticismo de lo que fue, sin llegar a ser! Que ver, que ver... Algo tiene Azaña que ver con ellos. Pero no mucho.

### AZAÑA Y CÁNOVAS

Desde el primer momento que vi actuar a Azaña pensé mucho más en Cánovas que en los revolucionarios decimonónicos. Yo creo que Azaña tuvo más parentesco con el gran hombre de la Constitución del 76 que con los románticos republicanos. Del mismo modo que se pareció más a Cisneros que a los Comuneros.

Ese gran sentido de «las dos manos» —libertad, autoridad— que tenían Cánovas, Cavour, Lord Gladstone, todos esos estadistas decimonónicos, los que dieron entrada oficial y solemne a la burguesía en la historia, creo que constituyeron cierta meta íntima de Manuel Azaña.

Me consta que Azaña admiró hondamente a Cánovas, a pesar de algún juicio acre que le merecieron *Cánovas, político de realidades, ha creado el sistema más irreal de la historia española*, dijo Azaña. (Pero ¿no se podrá decir también esto de Azaña dentro de unos años?) ¡Ah! ¡Si la Monarquía hubiese visto en Azaña el nuevo Cánovas! ¡Otros serían los destinos de España!

(Aquí, en secreto: Azaña pensó lo mismo: ¡Si la Monarquía le hubiese visto! Y siente esa nostalgia inconfesable. Perdón, si se la he hecho confesar yo ahora).

## AZAÑA Y LOS COMUNEROS

Quizá más que los revolucionarios republicanos y liberales del pasado siglo, sea fructuoso aparejar a Azaña con los revolucionarios españoles del siglo XVI: Los *Comuneros* y las agentes de las *germanías*.

Desde luego, Azaña mostró en diferentes ocasiones su atención, su entusiasmo y hasta casi su obsesión por aquel movimiento de nuestras *comunidades* contra el César.

## AZAÑA Y CISNEROS

No fui yo el primero que apuntó la concomitancia —siquiera de paisanaje y localidad— que pueda tener Azaña con el gran cardenal español Francisco Giménez de Cisneros.

Cisneros fue —de hecho— el primer caso español (en grande) de una República presidencial española. Gobernó desde el 27 de enero de 1516 al 8 de noviembre de 1517, sin rey ni roque, al frente, en un paréntesis dinámico y real, del país.

Cisneros, como Azaña, tuvo que enfrentarse con dos fuerzas hostiles que hoy tienen su nombre específico: «los extremistas». De un lado la *extrema derecha*, los nobles feudales e insurgentes. De otro, la *extrema izquierda*, las masas populares, que fermentaban anarquía y desorden; la rebelión, que estallaría en el movimiento social de las comunidades. También tenía enfrente «el separatismo catalán». La famosa —y eterna— «cuestión catalana». Muerta la reina Isabel, don Fernando acarició la idea de una nueva separación del reino aragonés.



### AZAÑA Y FELIPE II

Lo que han tenido que ver Azaña y Felipe II durante largos días, horas, tardes, mañanas, noches, ha sido lo mismo: el *Monasterio de El Escorial*. Y no es poco.

### AZAÑA Y ROBESPIERRE

Se compromete que la figura de Robespierre sugestionara a Azaña. Como sugestionó y sugestionará a todos los revolucionarios de la «Europa moderna».

Robespierre era, como Azaña, un hijo de familia hijodalga de cierto linaje rancio, pero de orden menor, provinciano aburguesado ya. Familia de juristas y curiales, procedentes del Artois desde el siglo xvii.

### AZAÑA Y LENIN

Azaña tuvo menos puntos de contacto con Lenin que con Robespierre. Azaña —al menos teóricamente— se sintió dentro de un mundo burgués, occidental, de una clase media liberal europeizante, con la superstición de los principios del 98.

### AZAÑA Y CROMWELL

Cromwell fue el revolucionario que se alzó con un Parlamento. Que logró demostrar la infidencia de un rey: Carlos I.

De rostro vulgar, mejilludo, con verrugas en el rostro, con vestido negligente y descuidado, Cromwell podría parecerse al rostro de Azaña si no hubiese tenido lo que a éste le falta: color atorado.

### AZAÑA Y HERRIOT

Otra gran confrontación es ésta de Herriot. Azaña admiraba mucho a los franceses. Y mucho más a los franceses como Herriot. Quizá el mal gusto. Pero es así. Pocas veces se ha visto tan orgullosa y satisfecha la cara de Azaña como cuando le retrataron en un sofá al lado de la de Herriot durante la estancia de éste en Madrid. Todo el gobierno estaba hinchado de placer y vanidad. ¡Haber traído a Herriot! ¡Herriot, toda la Francia Eternelle de la República! Ancho, desgarrado, inteligente, fuerte... Yendo por las carreteras francesas se encuentra el clásico anuncio de una casa de automóviles, que siempre hace sonreír: *Ah, si vous aviez una Peugeot!*... Ese aviso es el que soñaron todos los republicanos españoles: *Ah, si vous aviez un Herriot!*...





## AZAÑA Y ORANGE

Quizá el primer antecedente de Azaña —en el estricto sentido que quiero darle ahora— fuera *Guillermo de Taciturno*, el liberador de las Provincias Unidas. El Pacto de Münster, la Paz de Westfalia (1668), es la más indudable evidencia de lo que acaecería a España hasta el Pacto de San Sebastián, hasta 1931.

Yo he estudiado sistemáticamente este trágico ciclo de descomposición española en mi *Genio de España*, destacando cruda, neta, imborrablemente los trece pactos que aniquilan la Corona y unidad de España.

Azaña recogió toda la herencia iniciada por el Taciturno y continuada en América por Bolívar.

Ahí está la verdadera línea histórica de Azaña. Azaña, último hijo hispánico de la *Reforma*.

*La Reforma*, nórdica, protestante, contra la unidad católica e imperial, manejada luego por Francia, desembocaría en la *Enciclopedia*, en la *soberanía del pueblo*, en el 89, en la Revolución Francesa, en Robespierre. (¡Ya lo creo que puede admirar Azaña a Robespierre! ¡Como que fue el mismo ideal de sus cofrades los «libertadores americanos»!). Hasta que tal soberanía pasó al pueblo de Lenin, en 1917.

«Bolívar, libertador de España» —dijo Unamuno en una conferencia—. ¿Por qué Bolívar, y no también San Martín, Sucre, Miranda, Nariño, Morelos, Martí, Macía, Garaicoechea, Tarradellas?

Toda es una y la misma familia. Azaña fue el último libertador americano de España. En rigor —*La República española*— fue *la última República sudamericana hecha por España*. Vino tras la de Maceo, Martí, Gómez: la hecha en Cuba y firmada en París: 1898.

## CONCLUSIÓN

Si el general Primo de Rivera no pudo contener la desintegración española —pues la hispánica había tocado suelo con Cuba y Filipinas— tampoco el franquismo evitó que España tocara el fondo que en estos momentos está tocando en su historia. Manuel Azaña pretendió detener, con su República democrática, tal desnacionalización. Como hoy Adolfo Suárez con su Monarquía liberal, democrática y autonomista. Por eso afirmé antes que la situación política española actual está, sin saberlo, imitando a Azaña. Hoy, 1980.

FRANCO MEREGALLI





Manuel Azaña



FRANCO MEREGALLI



En el número 526 de la revista *Ínsula*, octubre 1990, dedicada a Azaña, Franco Meregalli escribe un artículo que con el título «Manuel Azaña como hombre», comienza así:

*«Al examinar el programa tan meditadamente articulado, del debate alcalaíno de 1987 sobre Azaña, me resultó natural pensar en lo que de alguna forma era su antecedente, la colección de escritos Azaña, editada en 1980 por Vicente-Alberto Serrano y José María San Luciano, en el que colaboraron muchos de los presentes en Alcalá; en aquella publicación apareció, en efecto, un escrito mío, titulado escuetamente Manuel Azaña. El lector pudo no enterarse de que aquel estudio, bastante largo, no era contemporáneo de los demás, es decir, inmediatamente anterior, o casi, a la publicación; se trataba, en efecto, de la traducción española autorizada pero no revisada por el autor, de un trabajo publicado en italiano en 1969, es decir, a raíz de la edición de las Obras Completas a cargo de Juan Marichal».*

Efectivamente, en la edición anterior, esta colaboración de Franco Meregalli apareció sin comentario alguno, aunque más adelante, Jean Becarud, en una nota a pie de página, aclarase que el extenso trabajo había sido publicado por primera vez en italiano en *Annali de la Foscari* en 1969; y en cuanto a la traducción de aquella primera edición, tenemos que decir que nos vino impuesta por la editorial sin el nombre siquiera de su autor. En esta ocasión hemos encargado una nueva versión castellana que esperamos recupere el valor y la importancia del texto de Meregalli.

Traducción de MERCEDES CORRAL



EL interés por la guerra civil española, y, de rechazo, por la Segunda República, ha sido tan enorme, que en pocos años se han publicado, fuera de España, al menos cinco historias generales, todas traducidas rápidamente al italiano: en 1962 la de los franceses Broué y Términe<sup>1</sup>; en 1963 la del inglés Hugh Thomas<sup>2</sup>; en 1965 la del estadounidense Gabriel Jackson<sup>3</sup>; en 1966 la del español emigrado Manuel Tuñón de Lara: todas, a pesar de sus distintas orientaciones, a favor de los republicanos<sup>4</sup>; por último, en 1966, la del francés Georges-Roux<sup>5</sup>, que ha sido la única publicada también en España. La

---

<sup>1</sup> Milán, Sugar, 1962, Título original: *La révolution et la guerre d'Espagne*, París, 1961. En conjunto es la mejor recopilación, pero se resiente del hecho de haber sido escrita en dos partes por dos autores.

<sup>2</sup> Turín, Einaudi, 1963, Título original: *The Spanish civil war*, Londres, 1961. Es la más equilibrada y documentada de las cinco, como reconoce el propio Georges-Roux, citado más abajo.

<sup>3</sup> *La repubblica spagnola e la guerra civile*, Milán, Il Saggiatore, 1967. Título original: *The Spanish republic and the civil war*, Princeton University Press, 1965. La traducción italiana resulta defectuosa incluso en comparación con la media tan por debajo de lo aceptable que se da en las versiones italianas de este tipo de obras. Supone un panorama rico en informaciones y en consideraciones nuevas.

<sup>4</sup> El libro de Tuñón de Lara fue publicado en Roma por Editori Riuniti. A los cuatro volúmenes citados se puede añadir D.T. Cattell, *Communism and The Spanish civil war*, University of California Press, 1955; trad. italiana, Milán, Feltrinelli, 1962: se trata de una historia de la guerra civil que se centra en el papel que desempeñaron el Partido Comunista y el Comintern.

<sup>5</sup> *La guerra civile di Spagna*, Florencia, Sansoni, 1966. Premio Thiers de la Academia francesa, 1964. «Simple crónica» llama el autor a su historia; pero se trata de una interpretación de los acontecimientos profundamente influida por las simpatías franquistas del autor.



bibliografía sobre la guerra civil española es abundantísima<sup>6</sup>, y posee, como es lógico, un carácter destacadamente internacional, ya que «la guerra civil de España representó en su tiempo, para el mundo occidental, el compendio del contraste entre democracia, fascismo y comunismo»<sup>7</sup>. En general, los historiadores citados no escriben movidos por recuerdos personales o intereses autobiográficos, porque pertenecen a generaciones posteriores a aquellas que pudieron vivir, de cerca o de lejos, el drama español; esto confirma que la guerra civil española, aunque esté lejana en el tiempo, no lo está en la conciencia histórica: se trata de una partida sin acabar y de una problemática que sigue siendo muy actual.

Todo el mundo sabe que uno de los protagonistas de la República y de la guerra civil (más de aquella que de ésta, aunque todos entienden las dos fases como inseparables) fue Manuel Azaña, del cual todos los historiadores, como los anteriores citados, no pueden por menos que hablar extensamente<sup>8</sup>. Y, sin

<sup>6</sup> Véanse ahora la *Bibliografía general sobre la guerra de España*; introd. de Ricardo de la Cierva, Madrid, Ministerio de Información y Turismo, 1968, p. XL-730. Se trata de una bibliografía puesta al día a primeros de 1968 y escrita con gran rigor científico. La introducción contiene (p. XXIV ss) un panorama de la producción historiográfica más reciente sobre la guerra de España.

<sup>7</sup> Jakson, trad. cit., p. 9.

<sup>8</sup> Merece destacarse el capítulo que dedica Azaña el historiador socialista Ramos-Oliveira, autor de una *Historia de España* publicada en Ciudad de México, vol. III, p. 51-93; una verdadera monografía sobre Azaña, «la encarnación de la república». Ramos-Oliveira admira la inteligencia de Azaña, pero no puede por menos de considerarlo un fracasado en política y quizá también en literatura, aunque para él sea indudable que poseía el talante necesario para crear una gran obra. Ramos-Oliveira observa en Azaña una agresividad de palabra y de actitud que hicieron que se le considerara un enemigo más peligroso de lo que en realidad era. «Su vocación más cierta era la literatura» (55). «En su fuero más íntimo, Azaña era un artista, esto es, un hombre de sensibilidad estética». Esto explica su interés por Juan Valera. Quería cambiar el rostro de España por «afán de armonía y de belleza». Consideraba la interferencia de los militares en la vida española más que nada como un elemento estético de esa vida española: por eso se ocupó con predilección del problema del ejército. Pero está claro que el predominio de la sensibilidad hace de Azaña un político muy endeble: no comprendió que lo urgente era «la revolución social, que no tenía que afectar a toda la nación, ni ser necesariamente socialista o comunista» (67). Infravaloraba el elemento económico-social; y por otra parte se equivocaba creyendo que podía hacerse una revolución en un régimen de libertad. Sus escrúpulos morales podían ser vistos como dignos de respeto por el ciudadano, pero no disculpaban la debilidad del político. España sólo podía salvarse por medio de un hombre superior, de un héroe.

Como se ve, Ramos-Oliveira reprocha a Azaña su fidelidad al parlamentarismo, le reprocha no ser el héroe de Carlyle que él consideraba necesario para España: en España la democracia suele durar un par de años —afirma— y la libertad conduce a la guerra civil exactamente igual que la dictadura conducía en Francia o en Inglaterra a la guerra civil. Sólo se admite su buena fe («No engañó a nadie sino en la dimensión en que se engañó a sí mismo»). Más específicamente, Ramos-Oliveira reprocha a la República su política anticlerical que «no resolvía nada fundamental» (133) y «enemistó con la República a una minoría de católicos civilizados» (134). En cambio hubiera sido fundamental la reforma agraria.

embargo, los estudios específicos sobre Azaña han sido hasta ahora muy pocos y dispersos y su obra es muy poco conocida: baste decir que de *La velada en Benicarló* sólo existe una traducción: la italiana (aparte de la traducción francesa que se publicó en 1939, antes incluso de publicarse el original ese mismo año en Buenos Aires)<sup>9</sup> impulsada evidentemente por las conmovidas páginas que Aldo Garosci dedicó hace años a la obra<sup>10</sup>. Como caso límite, los mencionados Broué y Términe han logrado escribir un libro sobre la revolución y la guerra de España sin citar en la bibliografía ni un sólo escrito de Manuel Azaña.

Azaña, odiado por los franquistas con un odio especial —que de por sí es un problema desde el momento en que estos afirmaron que combatían una cruzada contra los rojos, y Azaña no era ciertamente un rojo—, no fue apreciado por los rojos precisamente, sobre todo desde 1939 en adelante; y de este modo se quedó al margen de las opuestas propagandas, de la misma forma que durante su vida mantuvo una posición muy clara y coherente, pero también muy compleja: la posición más incómoda cuando las pasiones se desencadenan y cualquier forma de calma corre el riesgo de ser tomada como traición. Desde el final de la guerra hasta 1961 se escribió muy poco dedicado específicamente a Azaña; en ese año de 1961 su cuñado, Cipriano Rivas Cherif (o Xerif, como firma en este caso), publicó en Ciudad de Méjico, y con el significativo título de *Retrato de un desconocido*, un libro que en realidad es una historia de sus relaciones con el amigo más que una verdadera *vida de Manuel Azaña*, como promete el subtítulo: un libro mal escrito y prolijo, pero no falto de participación humana e importante por los datos que contiene; de él surge un Azaña mucho más resentido y partidista y muy inferior al que documentan sus escritos. En 1965 se dio un gran paso adelante con la publicación, por parte del estadounidense Frank Sedwick, de un volumen preponderantemente biográfico<sup>11</sup> cuidadosamente documentado. Y esto es casi todo.

Pero ahora comienza una nueva época en los estudios sobre Manuel Azaña: A partir de 1966, Juan Marichal<sup>12</sup> publica en cuatro volúmenes las

<sup>9</sup> Pról. y trad. L. Sciascia, Turin, Einaudi, 1967.

<sup>10</sup> *Gli intellettuali e la guerra di Spagna*, Turin, Einaudi, 1959, p. 89-109.

<sup>11</sup> *The tragedy of Manuel Azaña and the fate of the Spanish Republic*, Columbus, Ohio State University Press, 1965, p. 295.

<sup>12</sup> Había anticipado su empresa en el escrito *Azaña o la tragedia del liberalismo*, en *Cuadernos*, 1961, n. 48, p. 38-46.



Obras completas<sup>13</sup> a las que seguirá, según me comunica él mismo, un quinto de apéndices; ésta publicación va acompañada de una biografía y de unos estudios sobre diversos aspectos de la personalidad y de la obra de Azaña.

Los cuatro gruesos volúmenes recogen todos los escritos ya publicados, muchos de los cuales son difíciles de localizar hoy --lo que supone un gran paso hacia adelante--, y además contienen muchos textos que habían permanecido inéditos hasta ahora, la mayoría puestos a disposición de Marichal por la viuda. Este no es el lugar para afrontar un problema que se le presenta a cualquiera que se disponga a ocuparse de la edición de unas *obras completas*, sobre todo de un autor moderno. Ya el concepto de «obra» puede dar lugar a discusiones: ¿es una «obra» cualquier escrito, incluso una carta a un amigo, debida a razones totalmente prácticas? Y, si no lo es, ¿es ésta una razón suficiente como para que deba ser excluida de la edición, pudiendo ser importante para comprender situaciones en que se encontró el autor? Además, ¿hasta qué punto se pueden considerar «completas» unas «obras»? Por ejemplo, los diarios que constituyen el cuarto volumen son discontinuos, y es evidente que existen otras partes<sup>14</sup>.

Lo fundamental, en cualquier caso, es que aquí tenemos a todo Azaña, como no se lo había conocido hasta ahora: hasta este momento además de los diarios, estaban inéditos el fragmento de la novela *Fresdeval*, diez de los once artículos *Sobre la guerra de España*, escritos en 1939 en Francia; y apuntes, cartas y escritos varios, aunque de ningún valor literario. Marichal, al plantearse el problema de qué extensión dar en este caso concreto al término «obras completas», ha elegido lo que él llama el «imperativo exhumador»<sup>15</sup>: recoger todos los textos de autor; justamente no sólo porque otros criterios no hubieran podido ser más que subjetivos, sino también y sobre todo porque tal elección es coherente con la afirmación de Marichal de que Azaña no es sólo un escritor que tenga como objetivo su calidad literaria; sino que es sobre todo un hombre político, y, por tanto, textos sin ninguna intencionalidad literaria, que pueden no ser tenidos en cuenta en las obras completas de un escritor cuya importancia sea puramente literaria, pueden ser en este caso representativos de intervenciones activas, y ser por tanto más importantes que textos que tengan intencionalidad literaria. Por otra parte, la intencionalidad literaria debe ser

<sup>13</sup> México, Editorial Oasis, vol. I, 1966, p. CXVI-1132; vol. II, 1966, p. LII-1004; vol. III, p. LVI-908; vol. IV, 1968, p. XIV-970.

<sup>14</sup> Véase más adelante, a propósito de las *Memorias íntimas de Azaña*, con anotaciones de Joaquín Arrarás, Madrid, 1939.

<sup>15</sup> I, CX (así citaremos de ahora en adelante las *Obras completas*, citando con el primer número romano el volumen, y con el segundo, romano o arábigo, la página).





muy distinta de la calidad literaria: un texto que tienda a la acción puede ser precisamente por eso más expresivo que un texto con intenciones literarias.

Así pues, podemos sin más intentar enfrentarnos con la personalidad para muchos «enigmática»<sup>16</sup> de Azaña. Juan Marichal hace un estudio muy detallado de sus orígenes familiares. De él podemos deducir algunas observaciones importantes. Manuel formaba parte de una familia calificable con mucha precisión desde un punto de vista sociológico: una familia de la burguesía terrateniente de tradiciones liberales y anticlericales, parecida en cierto modo a la familia de los Anguix, de la que se habla en *Fresdeval*, posiblemente incluso en el haberse aprovechado de la desamortización. (El problema de hasta dónde llega la analogía entre la familia Anguix y la familia Azaña no está resuelto; pero sería importante resolverlo, para determinar precisamente la índole del condicionamiento social, por otra parte evidente, de la personalidad de Azaña). Esta raíz liberal explica el por qué en Azaña no disminuyó nunca la confianza en las instituciones parlamentarias, a pesar de haber experimentado personalmente (y en perjuicio suyo) lo mal que éstas funcionaban bajo la monarquía, y a pesar del ambiente, que, en la extrema derecha y en la extrema izquierda —pero también se podría decir en el centro— tendía a la desconfianza e incluso al desprecio del sistema parlamentario: único punto en común, que en realidad significaba la eliminación del único modo de convivencia posible, y conducía a exaltar los desacuerdos hasta el paroxismo y la sangre. El origen social también contribuye a explicar el anticlericalismo de Azaña y su posición ante los problemas sociales. El anticlericalismo era natural en una persona de ascendencia liberal: Espartero había sido uno de los expoliadores de la iglesia. Y Azaña, frente a los problemas sociales, fue claramente, o mejor dicho, explícitamente, un burgués: sintió la necesidad de una elevación de las masas y de su inserción en la vida de la república; basó toda su política en la alianza entre la burguesía «de izquierdas» (que para él significaba sobre todo «laica») y la parte más evolucionada de la clase trabajadora; pero ésto lo hizo pensando sobre todo en el progreso conjunto de la nación, guiada por la burguesía

<sup>16</sup> Resultó tan enigmática, que uno de los primeros biógrafos y quizás el más entusiasta de Azaña fue Ernesto Giménez Caballero, que luego sería uno de los fundadores de la Falange. Giménez Caballero, que observó en 1931 el gesto enérgico e innovador de Azaña, pero que no comprendía su naturaleza profundamente liberal, creyó en un momento dado ver en él al hombre fuerte, semejante al admirado Mussolini, que España necesitaba. No creo, por tanto, que este volumen pueda definirse como una *defamatory biography by a fanatical Falangist organizer*, como lo hace Sedwick, op. cit., p. 271. El error de Giménez Caballero no era aislado: la ley de defensa de la república fue interpretada dentro y fuera como una preparación para la dictadura: cf. el propio Sedwick, p. 96-97, 128-129.



patriótica que se había afirmado desde la época de las cortes de Cádiz, más que en una profunda alteración de las relaciones de clase.

En 1820, su bisabuelo había proclamado precisamente la constitución de Cádiz en Alcalá, la misma ciudad en la que, en 1880, nació Manuel. La casa en la que creció fue salteada por los tradicionalistas en 1823, al final del trienio liberal. Su abuelo Gregorio fue liberal con Espartero y, según parece, no transigió nunca con la restauración borbónica de 1875, hasta el punto de que consiguió convencer a su hijo Esteban, padre de Manuel, para que no aceptara de ella un título nobiliario. En cambio, Esteban, alcalde de Alcalá, fue un liberal «transaccional» (así lo define Marichal, I, XXC, del cual tomo los datos referidos).

Manuel se quedó huérfano de padre y madre bastante pronto, lo que contribuye a explicar su carácter reservado y a veces incluso huraño. En el transcurso de pocos meses, entre 1889 y 1890, murieron su madre, su abuelo Gregorio y su padre. A los trece años Manuel fue enviado al Escorial, en donde, exactamente en 1893, comenzaba a funcionar el Real Colegio de Estudios Superiores de los agustinos. De ese modo, Manuel, hijo de una familia liberal, recibió una educación estrictamente católica, al igual que la mayor parte de los hijos de la burguesía durante los años de la Restauración. En el invierno de 1897-1898<sup>17</sup>, publicó sus primeros escritos en una gaceta de Alcalá, *Brisas del Henares*: ejercicios de aspirante a periodista en torno a minúsculos hechos locales, que ya revelan una cierta seguridad de estilo. Se preparaba para los exámenes de licenciatura que en mayo, realizó en Zaragoza (cfr. III, 653-656). En octubre se estableció en Madrid. Conocemos su vida cotidiana de aquellos años a través de las cartas que, entre 1898 y 1902, escribía a un amigo suyo de Alcalá, José María Vicario. En ellas no hallamos ni un sólo rastro del estado de postración en el que se encontraba España durante aquellos años, después de la derrota sufrida en la guerra contra los Estados Unidos; al contrario, son confidencias festivas, alusiones a encantos femeninos y a una cómoda vida de señorito. Sin embargo, el joven trabajaba y meditaba: en 1900 obtenía el título de doctor con una memoria sobre *La responsabilidad de las multitudes*, que ya revela una personalidad intelectual lúcida y equilibrada, quizá incluso preocupada por no contrariar al examinador («Poco entusiasta de las innovaciones peligrosas», declara casi enseguida). En ella, Azaña demuestra estar muy al corriente de la sociología criminal de Enrico Ferri, y cita en concreto los estudios de psicología de las multitudes de

<sup>17</sup> «A. abandonó el colegio universitario en el transcurso del año 1897-1898», afirma Marichal (I, XXIX); pero los escritos de *Brisas del Henares*, hallados por Marichal posteriormente, demuestran que Azaña pasó el invierno 1897-1898 en Alcalá.



Scipio Sighele, además de a Guiseppe Sergi, Aristide Gabelli y a otros italianos. Pero quiere distinguirse de la «escuela positiva» reintroduciendo el concepto de libre arbitrio, para lo cual se apoya repetidas veces en las obras de Gabriel Tarde. Llega a la conclusión de que la sociedad tiene el derecho de castigar; pero advierte que «no pocas veces la violación primera de las leyes de la justicia eterna ha partido de los encargados de velar por su observancia» (O.C., III, 622); que las multitudes «cuando alzan la voz amenazado perturbar el orden es para reclamar algo que casi siempre se les debe en justicia» (631); que las doctrinas peligrosas para la sociedad son acogidas por ciertos estratos sociales debido a que éstos sienten una «enorme cantidad de agravios que vengar, unas veces ilusorios, otras desgraciadamente ciertos» (633). A los veinte años, Manuel Azaña es ya el declarado burgués que seguirá siendo durante toda su vida, con ese sentimiento de la *nuance* que tan raramente tienen los jóvenes. Nada en él revela ese «momento ególatra» juvenil que en cambio podemos encontrar en algunos jóvenes españoles contemporáneos. Este carácter lo predisponía a una precoz inserción en eso que ahora llamamos el *establishment*, pero lo salvaguardaba de los violentos cambios (desde la izquierda a la derecha o viceversa, pero también del compromiso al no compromiso) de tales jóvenes. Azaña no participaba de los movimientos juveniles; en 1902, a los veintidós años, leía un discurso en la Academia de Jurisprudencia. El tema del discurso es aún más importante que el de la memoria doctoral: *La libertad de asociación*; en él Azaña demuestra ya las ideas que deberá aplicar en algunos momentos decisivos de su breve e intensa experiencia como gobernante. Desde 1901 hasta 1903 colaboraba por razones personales (la presentación de un tío suyo), por las que evidentemente no sentía ningún reparo, en una revista titulada *Gente Vieja*, que lo nombró «viejo honorario» (cfr. Marichal, I, XXXIV).

Para Azaña la libre asociación se sitúa entre los opuestos extremos del puro individualismo y del puro estatalismo, y constituye una garantía del respeto por la voluntad general, «impidiendo el arbitrario y tiránico imperio de las minorías ambiciosas» (I, 62). Al Estado, sin embargo, le resta el derecho de limitarla, en los pocos casos en los que ésta pueda mostrarse como una amenaza para la vida social. Más discutido es el régimen económico de las personas colectivas. La propiedad tiene algo de permanente e inmutable; pero, a propósito de ésta, como de otras instituciones, «no falta quien tome lo presente como imperecedero, como lo mejor y la única organización compatible con el progreso, combatiendo cuanto tienda a reformarlo, de la misma manera que hace dos siglos hubieran tenido por indiscutibles los mayorazgos y la vinculación»; así como en otros sistemas, «socializada la tierra o los instrumentos



de trabajo, anatematizarían cuanto fuese negación de éstas que hoy pasan como radicales doctrinas» (65). Si la propiedad es permanente, sus manifestaciones son históricas. El siglo XIX ha asistido a un violento proceso de expoliación de las personas colectivas (Azaña alude evidentemente a la secularización de los bienes eclesiásticos) y por otra parte a un desenfrenado ejercicio de la propiedad individual. A las personas colectivas se les debe reconocer la propiedad necesaria para sus fines. Si las asociaciones religiosas, además de dedicarse a la enseñanza o a las misiones en el extranjero, tuvieren una actividad económica, deberán ser tratadas como sociedades económicas: el Estado no tiene derecho a limitar arbitrariamente su actividad. Sucede que aquellos que se declaran más entusiastas defensores de la libertad de asociación olvidan toda su prédica cuando se trata de asociaciones religiosas. Sin embargo, es necesario diferenciar de aquellas que se pueden llamar propiamente asociaciones, a algunas órdenes religiosas creadas «para servir los intereses de la Iglesia universal, reguladas en su nacimiento y vida por las disposiciones en ésta» (68). Todo Estado, naturalmente decidido a defender su soberanía, tiene el derecho de reconocer o no como personas jurídicas a tales entes universales, sin «atropellar, valiéndose de su fuerza, el derecho y la conciencia de sus ciudadanos» (69). El Estado, suprimida la antigua tutela eclesiástica, debe permitir que la Iglesia «luche en igualdad de condiciones»<sup>18</sup>. Otro aspecto importante del problema se refiere a las asociaciones que se proponen «aliviar la triste suerte de las clases proletarias y trabajadoras». Si por un lado se predica una sangrienta cruzada de los pobres contra los ricos<sup>19</sup>, por otro se hace un llamamiento a la resignación y a la esperanza, pretendiendo así hacer de cada uno un santo o un héroe, y delegando la solución de los problemas económico-sociales «a los impulsos del corazón». Las clases trabajadoras quieren mejorar su situación; y tal ambición «además de legítima, es necesaria para que no se interrumpa la marcha progresiva de la civilización» (74); el desprecio de las riquezas puede ser válido para los individuos, pero es mortal cuando lo practican un pueblo.

Este discurso, que Azaña leyó a los veintidós años, tuvo un gran éxito. Desde el punto de vista cronológico se sitúa entre sus obras juveniles; pero, en realidad, nos muestra a un hombre completamente formado y dispuesto a asumir responsabilidades. Esto debe ser tenido muy en cuenta para quien quiera comprender no sólo el pensamiento, sino también los estados de ánimo

<sup>18</sup> En 1931 Azaña no se acordará de estas dos afirmaciones juveniles, cuando defienda el art. 26 de la Constitución republicana.

<sup>19</sup> Azaña se refiere al movimiento anarquista; sobre él, cf. para España, G. Brenan, *The Spanish Labyrinth*, Cambridge, 1962 (cito la ed. *paperback*; la primera ed. es de 1943), p. 131-169.



del futuro presidente: la madurez de pensamiento y los reconocimientos que obtuvo hicieron concebir al joven esperanzas justificadas de un brillante porvenir. Cuando, como veremos, estas esperanzas no se cumplieron, debió surgir en él de una forma natural la desilusión, y adquirir vetas de resentimiento hacia una sociedad que no sabía escoger a los mejores.

La colaboración en *Gente vieja* no revela relación alguna con el discurso y presenta en parte a un Azaña *causeur* decididamente «superficial», como lo llama Marichal, que en algunas ocasiones raya con la fatuidad; un Azaña que volverá a aflorar de cuando en cuando incluso mucho más tarde, cuando quiera asumir un tono brillante e irónico que en realidad no era el suyo. Seguirá teniendo algunos rasgos de frívolo señorito español, parecido a muchos de los pertenecientes a su clase social; y este residuo, a pesar de ser secundario, contribuye a explicar el por qué este hombre tan coherente y serio puede resultar tan enigmático. Por otra parte, la colaboración en *Gente vieja* representa una alternativa al compromiso y pensamiento político: Azaña intenta aquí el relato, y demuestra en sus intentos, hasta en los menos logrados, una notable capacidad de construcción. No faltan ecos de Bécquer (*En el ventorro del tuerto*, I, 34 sg.) y de Clarín (*Un descubrimiento prodigioso*, I, 14-17); pero en algunos casos (*Esbozo*, I, 26-32) parece entrever la posibilidad de una nueva vía, si bien continuadora del realismo provincial y totalmente ajena a la narrativa modernista, cuyo texto más representativo en aquellos años era *Sonata de otoño* de Valle-Inclán (1902).

Después de un comienzo tan brillante, la vida de Azaña entra en una época oscura que dura hasta 1911; de toda esta época las *Obras completas* incluyen (III, 679-80 y 645-6) sólo dos cartas y un breve discurso de ocasión. Parece imposible que a tanta actividad siguiese un silencio tan profundo, precisamente en los años que suelen ser decisivos para un hombre. En ellos no debió de suceder nada que determinase una orientación demasiado nueva, desde el momento en que, como hemos visto, Azaña expresaba ya en 1902 las ideas que lo sitúan como hombre y como político, pero sigue siendo necesario aclarar este período, en el que las preocupaciones económicas también debieron de ocupar un lugar importante, pero que no pudo ser tan vacío como a nosotros nos resulta. Azaña vivía en Madrid, pero mantenía contacto con Alcalá, escribiendo en una pequeña revista de su ciudad, *La Avispa*<sup>20</sup>. También la socialista Casa del Pueblo publicó en Alcalá un opúsculo sobre *El problema español* que no ha sido encontrado (cfr. I, CXI; III, 681).

<sup>20</sup> La colaboración en *La Avispa* (1910) no pudo ser publicada por Marichal, parece ser que por los obstáculos que le pusieron los franquistas: cf. I, XLIII y CXI.

En noviembre de 1911 comenzó un nuevo período en la actividad intelectual de Azaña, cuando, habiendo recibido una beca de la Junta para Ampliación de Estudios, pudo ir a París, donde permaneció casi un año, que fue decisivo para su porvenir político y humano. Conocemos sobradamente este año parisino a través de su extenso diario (III, 717-801), los artículos publicados en *La correspondencia de España* (I, 81-115) y las cartas enviadas a su amigo de siempre de Alcalá (III, 683-694). El diario nos permite seguir día a día la vida de Manuel: museos, conciertos, teatros, conferencias de todo tipo. Momentos de encanto, sobre todo en contacto con la naturaleza, momentos de desánimo, dulzura de la soledad y del no hacer nada. Al principio hay un aluvión de nombres femeninos franceses<sup>21</sup>; después sólo se habla de M., que resulta ser (782) una chiquilla, hija de un amigo suyo español. Azaña se pregunta a veces si no surgirá en él una nueva vocación, «que será ya la séptima o la octava de mi vida»: «me parece que seré singular en el arte de no hacer nada» (759). «Por qué un español se encuentra bien en el extranjero. El espectáculo de una vida más dulce y, en general, más fácil» (793). «Vivir en París como vivo yo es vivir libre, sin ley ni rey». «París no es para visto, sino para gozado, a sorbitos» (684). «La vida se desliza como sobre carriles enjabonados» (685). «Los alrededores de París son un prodigio» (690). De su viaje no quiere noticias, libros, orientaciones, «sino aguzar y afinar un poco la sensibilidad» (684).

Concluye el año con un viaje a Bélgica: Bruselas, «me sugiere ideas de bienestar, de vida cómoda y tranquila» (785), Lieja, «Ayer en Lieja me preguntaba yo qué se proponen los belgas con tanta actividad industrial: vivir bien, «Y después?» (787), Brujas, «Ciudad fina y con alma», «Con ser este lo que se llama un pueblo triste, yo estaba contentísimo» (788).

En las cartas y en el diario se alude a los artículos que, de cuando en cuando, Azaña enviaba a *La correspondencia de España*. Son escritos que por lo general no se alejan de ese tono de *causerie* a veces fútil que hemos advertido en los artículos de diez años antes, y nos interesan, más que nada, porque documentan la ya conocida separación de Azaña del grupo del 98. Se lamenta del estéril pesimismo de esos años, que desprecia «la sana y humilde

<sup>21</sup> Se ha hablado mucho de las inclinaciones sexuales de Azaña (cf. Sedwick, p. 22). Pero estos diarios, como los pasajes aducidos por Arrarás, p. 294-299, no confirman esas voces. Se dijo también (cf. Sedwick, p. 104) que Azaña abrigaba un resentimiento personal contra el ejército porque de joven había sido expulsado de la Academia Militar de Toledo acusado de homosexual. Pero hasta 1902, periodo que se conoce muy bien, no hay nada que justifique la conjetura de que hubiera estado inscrito alguna vez en una academia militar. Y no es probable que se inscribiera después de los veintidós años, cuando ya se había afirmado lo bastante como estudioso como para pronunciar un discurso de la Academia de Jurisprudencia.



constancia». Como de Baroja, Azaña se distancia de Ganivet: «un regresivo» (85), de Unamuno: «lo que hay en él de profundo y sincero retrajo a los débiles y a los incapaces; lo que en el mismo Unamuno hay de pintoresco no podía servir», de Azorín «que se acostó ácrata y amaneció conservador» (86)<sup>22</sup>. Tenía en proyecto (cfr. III, 799) un libro sobre *La literatura del desastre*, en el que quería «sistematizar toda aquella literatura», porque le parecía que «en España estamos doblando una curva», después de la cual los españoles se encontrarían muy lejos de las ideas preponderantes en los primeros diez años del siglo, y «en el momento de la transición es bueno fijar las ideas que quedarán atrás»<sup>23</sup>.

Regresó a Madrid en noviembre de 1912, y en febrero de 1913 fue elegido primer secretario del Ateneo de Madrid, asociación cultural que ejercía un papel orientador en la vida política y cultural madrileña, y a la que Azaña pertenecía desde hacía al menos 10 años. En 1903 había hecho de éste una «estampa bastante conseguida en *Gente vieja*» (I, 48-52). Azaña ocupó este cargo hasta 1920, lo cual le permitió darse a conocer. En ese mismo año de 1913 se inscribía en el Partido Reformista, una agrupación que se oponía a los conservadores de Antonio Maura, pero que se declaraba dispuesta a colaborar con la monarquía. Este mismo año intentó la candidatura en Alcalá; la volvió a intentar en 1914, pero sin lograrlo.

En el verano de 1914 estallaba la Guerra Mundial; e indudablemente el francófilo Azaña se puso enseguida de parte de los aliados. Ya en 1912 había polemizado con Pío Baroja, defendiendo el influjo francés, y había afirmado que Alemania aún no había creado, como sí lo habían hecho en cambio Francia e Inglaterra, «un modo nuevo de civilización, de entender y cultivar la vida» (I, 81)... Pero estos años, desde 1914 hasta 1917, también se hallan poco documentados en las *Obras completas*, a pesar de que la posición de Azaña fuese ya muy distinta a la de diez años antes, y de que el dramatismo de los

<sup>22</sup> Acerca de Azorín leemos en el diario: «Ya se amana. Su estilo monótono, sin jugo, sin matices, puede servir para un trabajo corto, un artículo, una impresión; es insoportable en un libro» (III, 794).

<sup>23</sup> Marichal (I, XLVIII) propone una «generación española de 1914» de la que formaría parte Azaña, junto con Ortega, Ayala, Madariaga, Maeztu, Díez Canedo y Castro: «La primera generación intelectual deliberadamente política» (I), compuesta de personas que «han hecho o ampliado sus estudios en la Europa transpirenaica»; una generación que «tiene como norma la precisión intelectual (XLIX). Aunque soy muy escéptico con respecto a la utilidad del concepto de generación, debo admitir que en este caso la caracterización posee alguna justificación. Se puede añadir al grupo, superando la perspectiva madrileñista, a D'Ors (nacido en 1882). Sin embargo, en 1875, había nacido Antonio Machado, que completó sus estudios en Francia, que tenía como norma la precisión intelectual, y que se ocupó de la política tanto como Ortega y Ayala; y en 1879 nació Miró, que no completó sus estudios en el extranjero y que un literato ajeno a compromisos políticos.

acontecimientos internacionales hiciera inverosímil un largo silencio por su parte. En octubre de 1916, Azaña participó en el viaje de amistad que hizo a Francia una misión española; viaje del que el propio Azaña hizo una relación en el «Bulletin Hispanique» y que le proporcionó materia para una conferencia sobre Reims y Verdun. Más que el escrito destinado al «Bulletin Hispanique», demasiado influido por las circunstancias, es significativo el texto de la conferencia, que anticipa posiciones políticas y morales que serán características de Azaña en los años inmediatamente sucesivos, y también durante la guerra civil. Francia se defiende, afirma Azaña; y ésto ya constituye una fuerza moral que la sostiene; pero ésta representa además unos valores, y el éxito de la contienda puede decidir que la vida moral del mundo tome un camino u otro.

Los que tienen una concepción retrógrada de la disciplina pensaban que una disciplina «fundada en la libertad, en la aprobación prestada por la conciencia a lo que se nos pide en nombre del interés común» (I, 132) era una forma de anarquía; por eso se han quedado sorprendidos ante la prueba dada por los franceses. En realidad, son las mismas energías morales que se manifiestan tanto en la guerra como en la paz. «Esa energía nace de la clara comprensión de los problemas, de la exacta percepción de los fines asequibles» y produce «la seriedad, la armonía, el horror a lo exorbitante y desproporcionado» (138). El ejército había dejado de ser una fuerza privilegiada; incluso era objeto de discusión: esto llevó a algunos a hablar de indisciplina y de debilidad: pero el ejército francés basaba precisamente su fuerza en el amor por la libertad.

España se había dividido en dos partidos, el filoaliado y el filoalemán. En un discurso pronunciado en mayo de 1917, en el Ateneo de Madrid, Azaña analizó las causas de la germanofilia. España, de cara a la guerra mundial, no estaba preparada en un doble aspecto: en el político y militar, y en el moral. En la mezquina campaña de Marruecos «no se sabe qué duele más, si el estéril sacrificio de la nación o el ridículo de que nuestra impotencia nos cubre» (I, 141). La causa inmediata de todo ésto es la ligereza, la ignorancia, la intriga, la rapacidad del rey y de los ministros; la causa última la resignación del «triste, ignorante, hambriento pueblo español», que nunca ha tenido la fuerza de rebelarse. La neutralidad española no es una neutralidad libre, porque viene impuesta por la debilidad de España: es una primera negación. La segunda es la germanofilia, que se reviste de neutralidad. Muchos han deseado la derrota de Francia y de Inglaterra por resentimiento a estos países: «ese deseo de ver castigados por mano ajena agravios propios es la forma más degradante de la cobardía» (147). Hay personas que odian todo lo que sea extranjero y constituya novedad, sin embargo «no vacilaron, jellos, los patriotas,





los españolistas por excelencia!, en llamar y atraer sobre España la invasión extranjera cuando así les convino para sus fines». Las guerras españolas contra Francia e Inglaterra fueron «guerras de gabinete, no nacionales, o luchas de un imperialismo contra otro imperialismo, en que no siempre le tocó hacer el papel de agredido al nuestro». «Antiguamente, parece que la fortaleza, la dominación el triunfo eran el ideal, el bien supremo a que podía aspirar un Estado, mientras que, en general, hoy somos más amantes de la libertad y la justicia, o sea que las consideramos un bien superior al primero» (151). Sin embargo, algunos «no hacen sino reproducir el error clásico en la política española, que midió la grandeza nacional por las leguas de tierra sometidas a nuestro pabellón, aunque en esa tierra no hubiese más que mendigos y frailes» (154). Si extirpáramos de España la raíz que la une a la civilización universal «la reduciríamos a un catálogo de cosas pintorescas, peculiares, típicas, sin valor general» (157).

El escrito anticipa claramente la posición que Azaña adoptará en los últimos años de su vida. Durante la guerra civil insistirá en el aspecto nacional de la lucha de la República: esas frases sobre los españolistas por excelencia que no dudaron en causar la invasión extranjera (alusión a la intervención de la Santa Alianza en 1823) serán repetidas por él en relación a los franquistas y a la intervención italo-alemana en la guerra civil. Análogamente, cuando dice (146) que «antes de la batalla del Marne muchos temimos por la suerte de Francia en la guerra, pero no dejamos de creer justa la causa de la República», anticipa una actitud que lo sostendrá durante la guerra civil, cuando cada vez se le haga más evidente que las cosas cambiaban a peor. Por otra parte, es enormemente interesante para entender al futuro gobernante lo que dice de Joseph Caillaux en un artículo escrito a finales de 1917, ante la inminente detención del ex primer ministro. Es evidente la simpatía que Azaña sentía por Caillaux, atacado por los nacionalistas conservadores por su política financiera dirigida a establecer el impuesto progresivo sobre la renta. Hay en Caillaux, afirma Azaña, «no sé que rígido despego, no sé que aspereza»; tiene un defecto grave: «la perspicacia, el talento, la agilidad mental y cuanto significa rapidez y finura para percibir relaciones entre las cosas producen, aplicadas a la vida práctica (la política, los negocios), una especie de «intervencionismo» excesivo. Los hombres absorbentes, invasores, los que el vulgo suele llamar «déspotas», lo son, muchas veces, más por razón de la inteligencia que del carácter. Ven con prontitud y claridad lo que la mayoría de la gente necesita mascullar y deletrear, y no se resignan a la tardanza. Desconfían de la insuficiencia ajena y todo lo quieren hacer por sí. Esta manera, que muchas veces es ilícita y hasta ilegal, es siempre peligrosa, porque implica una gran responsabilidad. Después



de todo, no se sabe tampoco que sea más eficaz que apoyarse modestamente en el concurso ajeno» (I, 170-1). Azaña ya debía saber, por su experiencia como primer secretario del Ateneo, que se le consideraba un hombre autoritario y duro. En la hipótesis que hacía sobre Caillaux había una clara referencia personal; ésta de algún modo anticipa y explica las reservas que muchos debieron de tener con respecto a él cuando fue el máximo responsable no sólo del gobierno español, sino también de una experiencia singularísima en la historia de España y no sólo de España; y que nosotros, que juzgamos con la distancia del tiempo, también podemos tener. Quizá Azaña efectivamente tuviera los defectos que él suponía; pero la sagacidad con la que implícitamente se autoanalizaba y autocriticaba demuestra la superioridad de su mente y de su ánimo, pues es sabido que conocerse a uno mismo es de las cosas intelectual e incluso moralmente más difíciles.

Mientras escribía el artículo sobre Caillaux, Azaña ya estaba ocupándose de una de sus obras más importantes y características: *Estudios de política francesa: la política militar*, publicada en octubre de 1918. A un literato le puede parecer extraño este interés por la política militar francesa; pero quien, después de leer el libro, lo encuentre efectivamente extraño, demuestra no comprender a Azaña ni la situación política española. La importancia de la política militar viene demostrada por el hecho de que la guerra civil vino determinada precisamente por una sublevación del ejército.

En 1918 no podía dejar de interesar a fondo a un hombre como Azaña, que veía en Francia la vanguardia de la civilización a la que él se adhería, la supervivencia de tal civilización, obtenida a través de los sacrificios de las fuerzas armadas. Para él era la prueba de que la libertad hace fuertes y que tiene unos fundamentos más sólidos que la superficial disciplina autoritaria. La política militar francesa concretaba una elección de civilización, estaba en la raíz de la victoria. El propósito del autor es «descubrir la conexión de los hechos notorios, resonantes en la vida cotidiana, con los impulsos inteligentes que aspiran a dirigirlos o a crearlos». Por otra parte, la política es sólo una, y la política militar, que incide de modo decisivo en la vida de un país, es inseparable de la política general, o mejor dicho, de la inteligencia, en el caso específico francés, ya que «existe en Francia entre la política y la inteligencia, más que proximidad, una contaminación» (I, 259) que, en cambio, no existe en España. El libro es, pues, la historia de la inteligencia francesa durante la Tercera República, contemplada desde el punto de vista de su relación con la política militar.

El estudio de Azaña parte de la afirmación de que la historia francesa desde la «intrusión bonapartista» de 1799 hasta 1870, fue una «digresión



monstruosa» del espíritu de la Revolución francesa, que afirmó también una nueva concepción de las fuerzas armadas. Bajo Napoleón III prevaleció la idea de un ejército permanente, próxima a la concepción antigua del ejército de oficio: una concepción cómoda para los ciudadanos, porque de ese modo «la carga militar era ligera para todo el país, y casi nula para las clases acomodadas» (I, 278). Contrarios a esta concepción eran los republicanos, para los que «el ejército permanente era sinónimo de golpes de Estado, de expediciones de conquista, de guerras políticas». Pero prevalecía una concepción idílica de Alemania, que se remonta a Madame de Staël: se consideraba a Alemania como una nación de idealistas y de entusiastas, y muy pocos se daban cuenta del cambio que estaba verificándose en el espíritu público de aquella nación; una guerra contra Alemania parecía un absurdo, y eso hizo aún más desastrosa la desilusión de 1870. Con la ley de reclutamiento de 1872 se planteó una nueva concepción, que no llegó a llevarse del todo a la práctica antes de la guerra mundial. La ley de 1872 afirmaba el principio revolucionario del servicio obligatorio, que también obedecía a la necesidad de compensar la superioridad demográfica alemana con un gran número de soldados de reserva; pero establecía prácticamente unos privilegios de censo. En 1889 se redujo el servicio a tres años. A los militares se los mantenía en una posición de neutralidad respecto a la lucha política; pero de ese modo la oficialidad se alejó del régimen republicano. Se llegó a un porcentaje del 32% de oficiales generales pertenecientes a la nobleza. Una reacción a esta situación de hecho se produjo a consecuencia del *affaire Dreyfus*. En 1905 se introdujo el servicio de dos años. Se trató de transformar al oficial en un educador de los soldados; se quiso que los soldados comenzaran a «comprender»; se trató de apostar por la inteligencia más que por el temperamento. «La obra maestra de la disciplina francesa consiste en la creación del individuo. Su método es suscitar la iniciativa y conferir a cada uno su responsabilidad». «La disciplina no es el arte de eludir la responsabilidad, sino el arte de obrar conforme al espíritu de la órdenes recibidas» (330-1).

Esta línea de desarrollo de la política militar francesa, obstaculizada por la lentitud del régimen parlamentario, se enfrentaba con una doble serie de oposiciones: la «contrarrevolucionaria» y la «ultrarrevolucionaria». La oposición contrarrevolucionaria, que se inspiraba en una tradición que iba desde Maistre hasta Taine, estaba reforzada por las repercusiones sentimentales de la derrota de 1870. Azaña investiga las expresiones más vivas de este espíritu antirrevolucionario, aunque guardándose de hacer referencias inmediatas a la política militar, y con razón; porque en ella confluyen, determinándola, todas las corrientes de pensamiento que inciden sobre la concepción del hombre y de la



sociedad. Azaña ordena el pensamiento contrarrevolucionario según una progresión hacia la extrema derecha, que al mismo tiempo es cronológica y conceptual. Comienza por estudiar la obra de Renan, que en su juventud había hecho una apología de la revolución, pero cuyo optimismo se vió minado por la victoria de Napoleón III y se derrumbó ante la derrota de 1870. A Renan le parecía que la razón abstracta era insuficiente para gobernar la sociedad; y la Revolución francesa había basado su sistema en la razón abstracta. Para él, la reconstrucción debía iniciarse creando una aristocracia. Pese a estas afirmaciones, advierte Azaña en una página finísima, es ilegítimo el intento de los nacionalistas de utilizarlo. Resumir las ideas de Renan es imposible: sin sus matices «la ironía se evapora». Taine, que era uno de los pocos franceses que conocían verdaderamente Alemania, quiso reconstruir el país después de la derrota, afirmando la necesidad de persuadir a la gente de que trabajara y obedeciera, sin ser demasiado exigentes en pretender la felicidad. Un pueblo consultado democráticamente puede en rigor decir cuál es el sistema que le gusta, no el que necesita. Taine combate el dogmatismo racionalista de la revolución y afirma de forma determinista la tradición; por eso es partidario del descentramiento en contra del absorbente estado napoleónico y hace una apología de la función de la Iglesia. Diferente al tradicionalismo científico de Taine es el tradicionalismo lírico de Barrés, cuyo diletantismo egocéntrico presenta algunas analogías con «los de la generación literaria española, posterior a él, que ahora está en la madurez». Pero Barrés llega a reconocerse determinado por una tradición identificada con la nación, y así «recobró la paz, y también el sentido social, librándose de la anarquía» (358). Se oponen al subjetivismo romántico de Barrés y se afirman racionalistas los hombres de la *Action Française*, para los que el orden de la sociedad es más importante que la libertad de las personas. Maurras defiende el aristocraticismo y el racionalismo del siglo XVIII, y el catolicismo, en cuanto salva al hombre de su mayor desgracia: la incertidumbre.

Por otra parte, Azaña ordena las oposiciones de izquierdas conforme a sus relaciones. Según el manifiesto de los comunistas, la lucha de clases es una auténtica guerra, y el Estado es un instrumento de la burguesía: caída la burguesía ya no habrá más guerras. Tal concepción es acogida por el sindicalismo revolucionario: la moción antipatriótica venció en el Congreso sindical de Marsella de 1908, en el que Hervé sostuvo la insurrección en caso de guerra; pero en el congreso del partido socialista, en 1906, prevaleció la opinión de que la insurrección en caso de guerra no habría hecho más que poner el Estado socialmente más avanzado en manos del más opresor, Francia en manos de Alemania. Jaurés defendió una vía gradual para el socialismo: la



patria futura saldrá de la fusión de las clases. Propugnó un ejército parecido a las milicias suizas.

El libro sobre la política militar francesa (que debería haber sido el primero de una serie de tres, estando dedicados los otros dos a la política eclesiástica y a los derechos políticos) es decisivo para comprender a Azaña como futuro hombre del Estado y es el producto de una mente cultísima, capaz de comprender incluso aquello a lo que se opone y capaz de construir una perspectiva histórica. Es realmente sorprendente la exactitud con que la reconstrucción de la situación histórica de Francia en los años inmediatamente anteriores a la guerra prefigura la situación histórica de la Segunda República española: una federación de las izquierdas republicanas con insuficientes votos, pero con el «prestigio personal de algunos de sus hombres» (418) y una mayoría socialista moderada (Jaurés) que no puede hacer otra cosa que aliarse en determinadas circunstancias con aquellas. El libro preparaba a Azaña a «leer» de un determinado modo la realidad española en general, y a concebir específicamente una manera de crear un ejército eficiente, basado en hombres que saben en nombre de qué cosa obedecen, e inmune a la degeneración politequera. Francia aparece aquí menos esquemáticamente identificada con el progreso humano que cuanto resulta de la actividad más episódica y propagandística de Azaña. En cualquier caso, este análisis debe de ser acogido con reservas: por ejemplo, el hecho de que jamás mencione las colonias que, sin embargo, fueron el campo principal de utilización de las fuerzas armadas francesas en los cuarenta años de la Tercera República, indica un límite en su planteamiento político-militar.

En todo caso, Francia estaba a punto de desilusionar a Azaña en algunas cosas. En la introducción al libro, escrita en octubre de 1918, ya inminente la victoria francesa (que en realidad no era sólo francesa, pero que así le parecía a Azaña, propenso a infravalorar las implicaciones internacionales de la guerra francesa), interpretaba esta victoria como una victoria de la Revolución francesa: «lo que hoy termina, fue siempre más que una guerra una revolución». Pero las elecciones francesas de otoño de 1919, que él pudo seguir desde el terreno<sup>24</sup>, llevaron al poder a una mayoría nacionalista.

<sup>24</sup> Marichal, I, LXXXIII, afirma que Azaña permaneció en Francia «poco más de un año, de enero de 1919 hasta abril de 1920», basándose evidentemente en una carta (III, 701) fechada en 1919 en París. Pero no es verosímil que se quedara en París desde Enero hasta noviembre de 1919 sin colaborar en periódicos, incluso por razones económicas. La carta es sin duda del 8 de enero de 1920: como suele ocurrir, Azaña, al principio del nuevo año siguió escribiendo la fecha del año anterior. De hecho, en la carta del 8 de enero Azaña se refiere («¿Hiciste lo del libro de Amós?») a un encargo hecho al amigo en una carta del 23 de diciembre de 1919 (III, 706). Tampoco la carta del 24 de octubre de 1919 (III, 702) puede referirse a muchos meses antes. Y, de regreso a España, escribía: «Ya este medio año empieza a ser recuerdo» (III, 865).

Los artículos que Azaña enviaba a los periódicos madrileños refieren expresiones concretas de la oleada nacionalista en Francia. Los españoles que llegan a Francia para trabajar como albañiles no son vistos con buenos ojos; la devaluación del franco hace que todos los turistas sean considerados como unos aprovechados de la guerra; los franceses están descontentos de los ingleses y ofendidos con los americanos, también por el hecho de que el retraso francés en reanudar las relaciones comerciales con Alemania es aprovechado por los anglosajones. En los teatros franceses las obras maestras extranjeras encuentran «un desdén o una hostilidad inconcebibles»: con respecto a Ibsen, la mayoría de los críticos franceses sigue oponiendo la claridad francesa a la oscuridad escandinava, «aferrándose con gozo a uno de los más necios estribillos que circulan» (233). Surgía así en el ánimo de Azaña una cierta revisión de la imagen de Francia: el resurgir nacionalista deterioraba su identificación de Francia con aquel modo de vida abierto y libre, que él había vivido durante el tiempo que realmente comenzaba a aparecérselo como *la belle époque*. Incluso la «mesura» francesa comenzaba a parecerle un lugar común: «¿Cuál es la medida de Stendhal, de Balzac, de Hugo, del mismo Zola, y de Proust, por ejemplo?» (III, 868).

En los años anteriores a la guerra, Francia «vivía según ciertas normas que eran la trasposición de la ideología que uno fraguaba cuando, puesta la vista en España, se entregaba al placer de rectificar lo tradicional por lo racional»: Francia parecía el lugar en el que, sin prejuicio del fondo peculiar de la nación, se concedía más espacio «a lo universal humano» (I, 237). Pero la guerra ha devastado algo en el espíritu francés, concluía en un artículo de julio de 1920, que suponía, por el momento, el último contacto de Azaña con el tema francés<sup>25</sup>.

Dicho artículo se publicaba en la nueva revista *La pluma*, que Azaña había fundado ese mismo año con Cipriano Rivas Cherif, su futuro cuñado y biógrafo, y que tenía un carácter primordialmente literario. La política lo había desilusionado una vez más, pues en 1918 se había presentado, de nuevo sin éxito, como candidato a las Cortes; y parecía orientarse más decididamente hacia la literatura. En 1921 y 1922 publicó en *La pluma* una buena parte de *El*

<sup>25</sup> Lo reanudó en 1923, en ocasión de la muerte de Barrés, con un artículo sobre *Barrés y el nacionalismo determinista* (I, 253-256), donde reelaboraba ideas del volumen sobre *La política militar*. Pienso que ninguno de los dos escritos legitima el hablar de un «barresismo de Azaña» (Marichal, I, LIV). Desde luego no se puede decir de Azaña lo que éste decía de Barrés: «El poeta restituye al sentimiento y al instinto el lugar de donde ha desalojado a la inteligencia».



*jardín de los frailes*, editado después en volumen en 1927<sup>26</sup>. Se trata de una evocación de los años pasados en El Escorial, como alumno de los frailes agustinos, evidentemente influida por el ejemplo dado, en *A.M.D.G.* (1910), por Pérez de Ayala, por entonces en la cúspide de su carrera literaria, pero más contenida en lo que se refiere a la reacción contra la educación clerical. Los agustinos de Azaña no inspiran su modo de educar en maquiavélicos cálculos, sino más bien en un ingenuo conformismo. Con toda su buena voluntad, los frailes tratan de dárselo todo masticado a sus alumnos, de evitarles cualquier esfuerzo mental: les contagian su misma modestia, nutrida de un rústico candor. El conformismo religioso está muy cerca del conformismo patriótico, de la ortodoxia españolista que identifica España con la monarquía del siglo XVI; el ciudadano que aspiran a formar es una «larva de funcionario que será por vocación padre de familia» (I, 668). Azaña había sido un alumno brillantísimo; pero aquellos éxitos hueros y aquellos estudios insustanciales eran armas de cartón que muy pronto desechó sin pena. Se aprendía, dando por supuesto que lo olvidarían todo apenas llegaran a ser hombres: «nuestra inteligencia era menos pueril de lo que pensaban los frailes; afectábamos un candor, una docilidad de entendimiento que en el fondo no teníamos» (687). La relación de Azaña con sus compañeros se caracterizó por su falta de apego: «Hay que ser un bárbaro para complacerse en la camaradería estudiantil» (670). Se recluía en sí mismo: «encerrarse entre las cuatro paredes era salir a otro mundo, y, al recuperar la posesión tranquila de sí mismo, se alejaba infinitamente aquél en que uno solía estar» (672). Tuvo una vida religiosa «no excepcional, pero sí violenta en su cortedad y prematura» (687). Pronto se evadió de la fascinación inmediata de la iglesia, del gusto por la liturgia pasó al gusto por la contemplación de la naturaleza. En esta evasión tenemos la raíz de ese contacto con el paisaje —que alcanza momentos de gran tensión lírica—, que constituirá uno de los elementos más sobresalientes y característicos del Azaña escritor, y que volvemos a encontrar también en los diarios escritos durante la guerra civil. Al Escorial volverá a menudo, lo mismo que a Alcalá, durante los años de su más intenso compromiso político, para retomar fuerzas. Y conservará siempre, incluso durante la guerra civil, una cordial relación personal con los frailes del Escorial. Quizá sin quererlo, la descripción que Azaña hace de esos años demuestra que aquella educación, aunque superficial y conformista en el plano de los programas, era sin embargo seria en el plano religioso y en el plano moral. Pudo ser una educación criticable desde el punto

<sup>26</sup> El presente estudio se refiere a la vida interior del autor, y por ello trata de colocar, en la medida de lo posible, los escritos en el orden en que nacieron como actividad espiritual, no en el orden de la actividad social del autor.



de vista intelectual, pero no era inconsistente o fútil. La profunda seriedad de Azaña tiene también estas raíces.

La galería de frailes retratados por Azaña recuerda la de Pérez de Ayala, pese a su esfuerzo para que fuera diferente; pero mientras que los jesuitas de Ayala aparecen sujetos a una disciplina tiránica, los agustinos se inspiran en un «candor rústico» (697) detrás del cual no vemos turbias represiones.

Desde un punto de vista más específicamente literario, podemos decir que el libro es un libro de memorias que tiende a convertirse en un memorial. En él no queda casi nada de la narrativa tradicional ni del mismo aprendizaje narrativo del que Azaña ha dejado documentos nada despreciables. Lo que más se asemeja a la narrativa es el examen de las situaciones interiores que maduran lentamente. En esto y en la presentación de las distintas personalidades de los frailes, Azaña se demuestra un sutil observador de las secretas estructuras psicológicas, y sabe expresar con precisión lo que por naturaleza es muy difuminado.

Su intención de conseguir una incisiva eficacia expresiva le lleva a realizar un esfuerzo estilístico cuyo resultado es a veces contraproducente. La reducción extrema del período, con la eliminación de casi todas las subordinadas, que aquí practica Azaña, ya había sido realizada por Azorín, que no estaba de acuerdo con el período oratoriamente redondeado del siglo XIX y buscaba la sensación pura. Pero Azaña, que, como hemos visto, no admiraba demasiado a Azorín, aquí se dirige sobre todo al aforismo y a la *callida junctura* de origen barroco. El resultado produce en ocasiones (cada vez más hacia el final de la obra) una impresión de penuria, o en cualquier caso de falta de fluidez. Es curioso que este mismo escritor haya podido ser, en sus momentos más felices como hombre político, un orador capaz de fascinar a las asambleas y a las multitudes<sup>27</sup>.

A 1921 se remonta (según resulta de la edición de Marichal) —aunque hasta ahora sólo se pudiera acceder a él en el volumen *Plumas y palabras*, publicado en 1930— el largo escrito sobre *El Idearium de Ganivet*, uno de los más significativos e incisivos de Azaña. Dada la idiosincrasia de la mente de Azaña, es fácil explicarse su reacción negativa ante la demasiado afortunada obrita. Ganivet era, dice Azaña, un egoísta que reafirmaba por orgullo su

<sup>27</sup> He querido hacer una pequeña cala estadística para intentar reducir a números el contraste. He aquí el resultado: 1, 709 (*El jardín de los frailes*): 39 puntos y aparte y 2 interrogaciones; 111, 195 (*Discursos en campo abierto*): 22 puntos y aparte y 2 interrogaciones. No me parece que se pueda decir que «he was given to the dense longparagraph style wich characterizes nearly all of his writings as well as his oratory» (Sedwick, 24). Esto es aún menos exacto cuando en los escritos intenta resultados estilísticos.





nacionalismo: se puede apreciar su «caso personal interesante», su «tragedia intelectual»; pero una mente se encontrará alejada del *Idearium* en la medida en que sea madura, tendente a la reflexión y al orden mental. El *Idearium* actúa sobre el desgarrado espíritu español de 1898 como un bálsamo: éste venía a reafirmar la tradición; de ahí su éxito. Pero «no puede acotarse un renglón del *Idearium* sin que los escolios se enreden como cerezas para contradecirlo» (I, 577 n.). En cierto modo, Azaña defiende el espíritu de los conquistadores en contra de Ganivet, según el cual los españoles del siglo XVI buscaron glorias exteriores y vanas: «La acción exterior no impidió al genio español manifestarse; antes, le dió motivo para que se manifestase». Azaña demuestra la superficialidad del análisis y de la información de Ganivet en el caso de la guerra de los comuneros, un caso que evidentemente le interesa más allá de la ocasión polémica, pues a él dedica una buena parte del estudio. En contra de lo que piensa Ganivet, los comuneros eran perfectamente conscientes del carácter de revolución burguesa y ciudadana de su movimiento; de su voluntad de liberarse del despotismo cesarista y del predominio de la clase feudal. La batalla de Villalar fue decisiva para el destino del país. Ingenuamente, los comuneros se fiaron de los jefes militares, escogidos de entre la clase feudal, y de Carlos, cuyos derechos reales pretendían determinar, no negar. Los comuneros representaban las ciudades y lo mejor del país: como hoy, frente a las masas campesinas dominadas por los caciques o por los grandes señores modernos, es decir los monopolios y las federaciones bancarias e industriales. Está claro que no se puede hacer de los comuneros unos liberales de Cádiz; pero Ganivet niega que estos representaran un movimiento político consciente «por mal humor y reacción contra ese liberalismo anacrónico, no menos que por antipatía a cualquier liberalismo» (604). Poco dotado de sensibilidad, Ganivet es prisionero de algunas prevenciones contra su siglo, «es falso que la civilización tenga ni haya tenido nunca que optar entre lo útil y lo bello». Los medios intelectuales de Ganivet son muy inferiores a sus propósitos. El propone con desenvoltura y ligereza cuestiones complejísimas, sin darse cuenta de que lo son. Su concepción de la guerra «me parece una fantasía de café» (615). Su sobrevaloración de la guerrilla olvida que el mar, durante las guerras napoleónicas estaba dominado por Inglaterra, aliada de la guerrilla. En el fondo de las afirmaciones de Ganivet hay a menudo un gratuito «porque sí». En lugar de una análisis basado en datos de conocimiento, Ganivet nos da un «arabesco sentimental sobre motivos de la melancolía española» (618).

El escrito de Azaña sobre Ganivet anticipa algunas críticas al planteamiento que se hizo durante décadas, en España, de «España como problema». Sin negar determinadas características a la psicología española, niega la neurótica



afirmación de una peculiaridad española irreductible a Europa. Nosotros leemos aquellas páginas partiendo del conocimiento del posterior destino de España y de Azaña, y vemos en ellas anticipaciones casi proféticas de tal destino: «Desgracia de los vencidos es cargar con su afrenta, padecer el sacrificio y, sobre eso, que les niegen la razón por arbitrio de la suerte contraria» (595).

En esos mismos años de intensa actividad literaria, Azaña se dedicó a las traducciones. Tradujo sobre todo del francés<sup>28</sup>, y sería interesante, aunque aquí no sea posible, identificar los móviles de sus preferencias: pero también tradujo del inglés la obra de George Borrow sobre *The Bible in Spain*: una de las poquísimas, demasiado pocas, evasiones de Azaña hacia una cultura extranjera que no fuera la francesa; y una evasión que estaba más motivada por la referencia española que por el deseo de tomar contacto con el mundo inglés<sup>29</sup>.

Durante este período, que abarca desde 1920 hasta el final de 1922, Azaña también había escrito artículos de carácter preponderantemente político, entre los que hay que resaltar dos: el primero es contra Unamuno, que después de haber clamado contra el rey fue (1922) a visitarlo. Lo que más nos interesa del artículo es la expresión de una profunda divergencia de caracteres. A Azaña le parece que el carácter impulsivo no puede servir de justificación a Unamuno: no hay que confundir la libertad de la inteligencia con la justificación de la arbitrariedad: «la inteligencia no es una cabra loca ni una facultad deportiva» (450). De ese modo, Unamuno ha confirmado la sospecha de que con los intelectuales no se puede contar. «Su principal deber con los secuaces es la fidelidad al convenio que los juntó. Es un estrago lamentable romperlo injustificadamente» (450). Está claro que el artículo se debe situar en la misma línea que el escrito de Ganivet, y muestra una posición perfectamente coherente con los antecedentes y el futuro de Azaña: éste cree en la razón, rechaza una idea de España que la considere ajena a la claridad de la inteligencia y la abandone a los impulsos.

El otro escrito es la recensión (marzo de 1921) de un libro de Luis Araquistain. Araquistain se opone a Unamuno, se mantiene en la línea de los europeizantes. Las invectivas que se sucedieron al 98, dice Azaña, quedan como documento de un estado de ánimo, pero no se nos pueden imponer por el vigor de las conclusiones y la autoridad de los métodos. Azaña pone de

<sup>28</sup> Tradujo a Erckmann y Chatrian, Staël, Voltaire y, además de algunos breves escritos para *La pluma*, un libro sobre los soldados en la guerra, de Benjamín René. En 1930 publicó una traducción de Blaise Cendrars.

<sup>29</sup> Sobre el contenido del libro y el notable valor de la traducción, cf. F. Sedwick, op. cit., p. 263-265. Sin embargo, me parece dudoso que Azaña tradujera directamente del inglés.



relieve la crítica que Araquistain hace de Joaquín Costa: Costa es aquel que quería cerrar el sepulcro del Cid; pero tenía cariño a otros chatarreros históricos, «y le emocionaban, sólo por su prestigio español». La solidez del punto de vista histórico y la eficacia del resorte moral que Costa quería activar, a Araquistain (y a Azaña) le parecen discutibles. Araquistain antepone la categoría de la humanidad a la categoría de la nacionalidad: «su preocupación dominante es el hombre: el fin de toda acción pública, de toda política, es elevar ilimitadamente la dignidad de cada individuo» (443). Se perfila, pues, en la interpretación de Azaña, una posición irracionalista y españolista representada por Ganivet, Unamuno y Costa, y rechazada en nombre de la inteligencia y de la humanidad.

Araquistain, cuando Azaña escribía su recensión, era director de la revista *España*, en la que Azaña colaboraba. A partir de enero de 1923 la dirección de *España* pasaba a éste último. El acceder a la dirección de *España* significó una intensificación de su compromiso político. (En ese año de 1923 se presentó en el mismo colegio que había asistido a su derrota en 1918, con el mismo resultado). La situación militar en Marruecos y, en relación con ésta, la situación interna, se volvían cada vez más difíciles. Era evidente que el régimen monárquico y el sistema canovista de gobierno se hallaban en crisis. Al reclamar la situación marroquí de nuevo su atención hacia el problema militar, que tanto sentía, Azaña escribió un extenso análisis de un libro del general Berenguer sobre la campaña de Riff, de la que el general había sido comandante en 1921-22. Como siempre, Azaña busca la causa de los problemas militares en los problemas intelectuales y morales. «Decidir bien enseguida» es el rasgo del buen general. «La capacidad militar verdadera se cifra en cualidades del entendimiento, no del carácter; en la inventiva, en la sagacidad, no en la violencia, ni en la rudeza, ni siquiera en el valor» (I, 506). El problema de la selección militar consiste, pues, en «separar del montón a los capaces». En los mejores siglos del poderío español las letras iban unidas a las armas: las letras servían para «imponer en las confusas impresiones personales del guerrero la disciplina en que consiste el estilo». Por desgracia aquella alianza, que dio a la literatura española no sólo un Hurtado de Mendoza y un Melo, sino también otros muchos poco conocidos, que «brindan pasto inacabables a la meditación de un español de nuestros días», se ha perdido. En la campaña de Marruecos, por ejemplo, cuyo fracaso se atribuye a la nula preparación técnica, la verdadera causa es la inercia mental. Ya la empresa, que se hizo impopular a causa de su falta de éxito, representaba una perversión del patriotismo, principio que se había vaciado de su primitivo contenido de libertad. Azaña demuestra en el escrito una mente lúcida, ajena a cualquier impulsividad, que se considera



superior a la de los generales, hacia los cuales alimenta ese mal disimulado desprecio intelectual, tal vez justificado, que inspirará peligrosamente su actitud durante su ejercicio del poder.

El 13 de septiembre de 1923, Miguel Primo de Rivera instauraba con asombrosa facilidad una dictadura militar. El descrédito de la clase gobernante excluida del poder facilitó el golpe, que fue saludado con simpatía por personas de indudable fe liberal, y mucho más desde el momento en que Primo de Rivera declaraba que no pensaba en una dictadura ilimitada, sino sólo en un período de reorganización. La revista *España* continuó saliendo hasta marzo de 1924, cuando la represión de Primo de Rivera (en febrero había sido exiliado Unamuno y había sido cerrado el Ateneo) hizo imposible continuar. Azaña publicaba en *España* escritos en los que, al no poder escribir directamente contra el dictador a causa de la censura, examinaba los males radicales de España.

El caciquismo, afirmaba es un mal anterior a la democracia: existía en la época del rey absoluto, de modo que es absurdo hablar de él como una consecuencia natural de la democracia o del sistema parlamentario. La democracia hizo que nos diésemos cuenta de la existencia de los caciques, convertidos en ilegítimos en la lógica del sistema democrático. La lucha sería contra estos reyezuelos del campo es la lucha de los braceros y de los pequeños propietarios, que tiende a socavar la base de su poder (*Caciquismo y democracia*, 13 oc. 1923: I, 471-4). Con tales ideas se refutaba la polémica antiparlamentaria de Ganivet, compartida por muchos, que rechazaban el régimen parlamentario aduciendo como razón el carácter fraudulento de muchas elecciones, cosa que Azaña había experimentado repetidas veces en su propia carne, pero que no lo había convencido de que el abuso, resto de lejanas situaciones, demostrase la ilegitimidad de la práctica.

Primo de Rivera se consideraba costista, y Azaña vuelve al problema de Costa. La llamada generación del 98, afirma, utilizó la decadencia española como tema del propio lirismo. Es simplificar demasiado las cosas acercar a Joaquín Costa al grupo del 98. Costa quería obras públicas y se daba cuenta de la importancia de las «abstracciones»; no conseguía comprender cómo se puede hacer la revolución por una constitución y no por un pantano. Los patriotas que combatieron contra José Bonaparte sabían que la libertad vale más que el bienestar. Costa, «corazón indefenso, porque no conoció la ironía» (560), soñó con un «cirujano de hierro» y desconfió de la democracia, la «inmunda democracia», como decía Ganivet.

En el momento de la experiencia costista de Primo de Rivera, Azaña se encontraba aislado, o casi aislado: «¡Disociar la experiencia y la creencia es un



aprendizaje tan doloroso!» (480). A través del filtro de la necesidad de eludir la censura se entrevé la reacción de Azaña ante los acontecimientos: profunda, pensada, lúcida, y al mismo tiempo sufrida: no será el único caso en que tal necesidad haya servido para hacer más penetrante el pensamiento. En la soledad, se percibía más agudamente a sí mismo: «lo que más estimo, mi aspiración más fuerte, es la libertad personal» (485). Libertad es el objeto, liberalismo es el modo. ¿Quizá los españoles sean enemigos de la libertad? El español ama la libertad «con pasión fiera e indomable»; pero tal vez ame la propia libertad a costa de la libertad de los otros, y así niega el liberalismo: «es fuerte cosa contrastar una diferencia de ideas con esa entidad formidable que llamamos carácter nacional» (487).

En su intensa confrontación con la realidad que lo rodea, declara, a la muerte de Wilson (1924), que cree como él en la superación de los Estados nacionales. «La creación de Wilson y de los negociadores de Versalles es imperfecta, porque está en manos de los gobiernos y de los técnicos, y demasiado lejos de los pueblos» (491). «Es fácil refutar las esperanzas oponiéndoles como argumentos las lecciones del pasado. Más lo que nunca ha sido, ¿no puede ya empezar a ser?» Los que se burlan del pacifismo, afirmando que la guerra siempre ha existido, niegan la libertad, la voluntad de crear: «si la paz no fuese tan natural como la guerra, además de ser el estado natural, tendría sobre la guerra la ventaja de ser una invención contra la naturaleza» (492). Volviendo a la situación francesa, ante las inminentes elecciones de 1924, que constituirían la revancha de las izquierdas, Azaña deseaba la derrota del bloque nacional, «por librarnos de cierto despecho y rencor que sentimos contra los dueños actuales de Francia»: «que el nombre de Francia vuelva a ser sinónimo de república, de libertad de conciencia, de tolerancia y de paz» (493).

Hacia esa época, y con completa libertad de expresión (debida al hecho de que el escrito estaba destinado a ser publicado anónimo fuera de España), Azaña redactaba *La dictadura en España*, que fue publicada primero en Francia y después en el número de enero-febrero de 1924 de la revista argentina *Nosotros*. Afirma que Alfonso XIII tuvo en sus manos el destino de España en el momento del golpe de Primo de Rivera: pero, algo que no es de sorprender, los cálculos egoístas se antepusieron en él al deber de libertad que debía a sus gobernantes. El «ejército», es decir, «los seis u ocho generales que han usurpado su nombre y su fuerza» (I, 544) temía el debate de la Cámara acerca de las responsabilidades por los reveses sufridos en Marruecos. No por casualidad el golpe de Estado fue organizado en Barcelona, porque en Cataluña se hallan, junto a las tendencias revolucionarias más violentas, las fuerzas



represivas y regresivas mejor organizadas de la península. Los partidos, que se habían desacreditado con su conducta anterior, lo hicieron peor frente a la dictadura: nadie protestó, nadie intentó defender las instituciones democráticas. El Estado está infectado de militarismo: el Estado Mayor, por el número, podría mandar el ejército de Guillermo II, pero el ejército no sirve como tal. España es víctima de «un militarismo tan imbécil como ruinoso» (554).

La reacción de Azaña contra el apoyo dado por el rey a la dictadura, lo llevó a abandonar el posibilismo institucional del partido reformista, en el cual había militado durante diez años. En 1925 publicaba una *Apelación a la república*, que nos ha llegado sólo en parte (I, 555-6): en ella Azaña defendía la necesidad de un parlamento. La ignorancia del pueblo no puede ser una coartada: está claro que, «si a quien se le da el voto no se le da la escuela, padece una estafa» (I, 555), pero esto no autoriza a suprimir el derecho al voto: «Esa es la argucia preparada por los enemigos de la libertad». En mayo de 1925 Azaña promovía la *Acción republicana*, redactando su manifiesto (II, 4-5).

Pero la dictadura, favorecida por la situación económica y prestigiada por la solución del problema militar marroquí, era en aquellos años demasiado fuerte. Azaña se refugiaba en los estudios literarios. Habiendo tenido acceso a las cartas de Juan Valera, se dedicó con una especial dedicación al estudio de este literato, que sin duda está profundamente relacionado con su personalidad<sup>30</sup>. Como Valera, Azaña fluctuaba entre la literatura y la política, o mejor dicho, se refugiaba en la literatura para olvidar las derrotas sufridas en la política; como Valera, Azaña «contempla ideas generales y le emociona más el discurso que la observación» y tiene espíritu de contradicción. Valera «políticamente en unos círculos pasaba por demócrata y amigo de novedades; en el Ateneo le tildaban de reaccionario» (I, 937); como narrador «no era inventor»; durante años «anduvo maltratando su vocación inequívoca» (1021) por la literatura. *Pepita Jiménez*, observaba Azaña en el estudio dedicado a esta obra, publicado por él mismo cuando tenía cuarenta y siete años, es «fruto de otoño; la mejor sazón de su ingenio»: de hecho, cuando escribía esta obra «frisaba en los cincuenta años» (1052). A Azaña le gustaba sobre todo una obra de Valera: *Asclepigenia*, en la que veía «ironía recóndita, gracia interior, candor aparente, que disimulan todo lo posible, por elegante desdén de la exhibición personal, sentimientos nacidos de una experiencia íntima» (1062).

<sup>30</sup> Sobre las relaciones entre Valera y Azaña, cf. A. Ramos-Oliveira, *Historia de España*, vol. cit., p. 56-60; Sedwick, 32-35; Marichal, I, CI-CII.



Posiblemente toda la auténtica crítica sea una forma de autobiografía; la de Azaña sin duda lo es; pero eso no significa que la crítica literaria de Azaña sea gratuitamente «subjetiva». Azaña no se inventa a un Valera arbitrario; ve en Valera lo que le interesa, y escoge a Valera porque le interesa, porque encuentra en él secretas coincidencias, y a través de él puede expresar disimulando los «sentimientos nacidos de una experiencia íntima». En la conferencia sobre *Asclepigenia*, que es de 1928 leemos: «el yugo más insoportable al vulgo no es la opresión de su libertad sino el dominio de una inteligencia, y la pifia menos perdonable en quien pretende caer en gracia es la de atinar más que el común de la gente y humillarla sin querer, teniendo razón demasiadas veces» (1060). Valera estaba alejado del pueblo; y una escasa adhesión humana a las clases populares la hemos visto también en Azaña, cuya apertura a la izquierda era más un hecho de la razón que un movimiento inmediato del espíritu. El concepto de «vulgo», que aflora a menudo en este aristócrata de izquierdas, no debe interpretarse sin embargo en un sentido social; es más bien una categoría intelectual y moral.

Entre los escritos sobre Valera, tiene un carácter especial *Valera en Italia*, que da una idea de la *Vida de Valera*. Con esta obra ganó Azaña el Premio Nacional de Literatura de 1926, pero, al haber permanecido inédita, parece perdida<sup>31</sup>. Se trata de un trabajo de investigación erudita, que por un lado suponía una evasión al pasado, pero, por otro, llevaba a Azaña a ver la gravosa herencia de éste en el presente. Valera había estado en Nápoles desde 1847 hasta 1849, como *attaché* de la embajada sin sueldo; y la reconstrucción de aquellos años a partir de las cartas publicadas e inéditas, permite a Azaña iluminar la intervención de las tropas españolas en el Estado de la Iglesia y precisar cuál era el ambiente político en la época del primer ministro Narváez; la función poco menos que ilusoria del parlamento español; la intriga y los caprichos de la reina —confirmados también por las cartas inéditas de la familia Valera— como elementos determinantes de la política en la época de Isabel II. Como suele hacer Azaña en sus escritos histórico-críticos, aprovecha con gusto la ocasión para profundizar en temas importantes, si bien marginales al suyo. Y esta es casi la única ocasión que tiene de acercarse a la cultura italiana: Valera conocía los escritos políticos que por entonces determinaban la opinión italiana, y Azaña lee a Gioberti y a Mazzini, para llegar a la conclusión

<sup>31</sup> Cf. Sedwick, p. 30. La pérdida, debida primero a un compromiso de reserva adquirido por Azaña con la hija de Juan Valera, que impidió publicar inmediatamente la obra, y más tarde a la guerra civil, es tanto más deplorable en cuanto parece, por el fragmento que conocemos, que la obra iluminada no sólo la vida de Juan Valera, sino también muchos aspectos de la historia política y cultural del siglo XIX español.



de que ambos «propugnan la nacionalidad, idea justa, y preparan un nacionalismo (960). Pensaba explícitamente en esos autores en relación con el fascismo: «Algunas cláusulas de Mazzini podrían escudar el imperialismo romano contemporáneo. La excursión italiana le resultaba evidentemente poco alentadora»<sup>32</sup>.

«¿Qué va uno a hacer en estos tiempos, como no sea dedicarse a la literatura?, decía Azaña en 1927 a Julián Besteiro, el futuro presidente de las Cortes republicanas (III, 878). Tenía relación con Pedro Salinas, con Jorge Guillén, con Melchor Fernández Almagro; sentía antipatía hacia los jóvenes de *La gaceta literaria*; afirmaba que «Ortega recela de los sagaces, y nunca ha podido ni querido alternar con sus iguales» (883). Fernández Almagro consideraba a Azaña difícil en la relación personal, y Azaña reflexionaba sobre tal afirmación (889). Decía que a menudo había pensado que valía más para la política que para la literatura (891), pero creía que la política tenía inconvenientes para su carácter. «Es preferible consagrarse a lo que puede hacer uno sólo» (892).

Mientras tanto, mantenía relaciones con los republicanos y se enamoraba de Lola, Dolores Rivas Cherif. En realidad, ¿de qué estaba enamorado? «¿Es de una graciosa persona, es del amor, es de mi capacidad de ternura que busca empleo, y, con él, una dicha comunicable, quizás la postrera de mi vida?» se preguntaba debido a su habitual necesidad de autoanálisis y de claridad. Mientras maduraba el matrimonio, en 1928 publicaba *La corona*, su más comprometido intento teatral: la mejor demostración de que no había nacido para el teatro (Lorenzo, el joven jefe de una facción de una nación devastada por la guerra civil, huye derrotado con la joven reina de la que está enamorado. El ya anciano Aurelio, el jefe de la facción victorioso, repone en el trono a la muchacha y, perdonándolo, compromete a Lorenzo). Falta nervio en el diálogo; Lorenzo debería representar un idealismo derrotado en el compromiso, pero no consigue ser un personaje vivo. A Azaña le falta capacidad inventiva; en algunos momentos parece aflorar el deseo de rivalizar a través de las metáforas con Valle Inclán, y al teatro de éste parece aproximadamente la obra en las intenciones; pero las intenciones sólo se quedan en eso.

En febrero de 1929, Azaña se casó; tenía cuarenta y nueve años, veintidós más que su mujer. La boda se hizo del modo más conformista: ceremonia en la iglesia de San Jerónimo, una de las elegantes de Madrid (Azaña había tenido que doblegarse a la ceremonia religiosa, es más, había escrito a su

<sup>32</sup> Azaña había visitado el frente italiano en octubre de 1917, pocos días antes de Caporetto, y había enviado a *El liberal* algunas crónicas (I, 158-166).





amigo Vicario, rogándole que le consiguiera los documentos eclesiásticos: III, 710-11) y subsiguiente recepción en el cercano Ritz (cfr. Sedwick, 52). Dolores seguirá siendo siempre católica, y a veces su marido la acompañará, los domingos por la mañana, hasta el umbral de la iglesia; algo no muy indicado para un presunto perseguidor de la iglesia, y más si se tiene en cuenta que la coherencia intelectual era una norma y una práctica de conducta esencial para Azaña.

Posiblemente haya que situar en torno a esta época<sup>33</sup> un texto en prosa en el que un tal Hipólito, clara personificación del autor, recoge las impresiones de un regreso del extranjero: una de las prosas más personales de Azaña, porque en ella, la aguda atención por el paisaje, que continúa siendo un carácter distintivo de la prosa de Azaña y que aquí se impregna del sentimiento del redescubrimiento de su nación, coexiste con la intimidad reflexiva y fantasiosa. Parece un fragmento del *Jardín de los frailes*, por estos aspectos y por el tipo de escritura concisa y sentenciosa hasta el cansancio; pero en conjunto está más lograda que aquella obra. Azaña imagina que su personaje ha estado ausente casi un lustro. Durante esa ausencia él recordaba un cierto paisaje español, cuya crudeza había opuesto a los «contornos fantasmales que engendra la luz de nácar desleída en vapor» de otras tierras (I, 795); pero, al recorrer esos lugares, se da cuenta de que su memoria lo engañaba: «la soledad, la entereza, lo magno y lo grave del natural se habían desvanecido de la imagen mudándose en bonito lo terrible». En su juventud había puesto una máscara lúgubre a los puros valores plásticos, que ahora se le revelan: «entre dos laderas un promontorio, oprimido el dorso por el armazón de una ciudad, hincan la proa en el barranco». Trata de reconstruir su propio pasado interior, y se da cuenta de lo difícil que es no deformarlo con proyecciones retrospectivas. Recuerda haber descubierto que muchas cosas, «vulgares con el vulgo», con él no lo eran: «entendió una vez más el alto destino de la imaginación poética, la obra esencial de la poesía: desentrañar la hermosura reservada en los seres» (800). «Hipólito se reprocha una infidelidad a la paz de su vida, a su propia cordura» (804).

En mayo de 1930, Azaña leía una conferencia sobre *Cervantes y la invención del Quijote*, que se encuentra entre lo mejor de su producción crítica. Recuerda con frecuencia, hasta en las ocasiones aparentemente más distantes, a su conciudadano Cervantes, al que se sentía afín. En este escrito quiso puntualizar las razones de esta afinidad mediante una análisis demasiado limitado del

<sup>33</sup> Puesto que se trata evidentemente de un regreso de Francia, cabe pensar en un viaje de 1928 (cf. III, 710: 20 agosto 1928) o en el viaje de novios (desde el momento en que Marichal fecha el fragmento en 1929).

Quijote (es casi la única crítica que se puede hacer de esta obra). «Ambicioso, más por el ansia de adornar la vida que por instinto rapaz y vanagloria, holló diversos caminos sin andar resueltamente ninguno» (I, 1109). «Apacentaba su indolencia en las promesas rientes de la vida interior». «Hombre de culminación tardía». «En posesión magistral de la sorna, de la burla reticente, el más auténtico fruto y el más peligroso de su tierra nativa» (1099). «Cervantes, entrándose por la vejez, posee, como todo el que traspasa esa linde, cierta magnitud temporal experimentada, que le sirve, por comparación, de unidad de medida, y le permite advertir lo inminente del no ser» (1110). La relación personal Cervantes-Azaña es evidente, igual o mayor que en el caso de Valera; pero, como allí, eso no significa que Azaña caiga en un arbitrario subjetivismo crítico: significa un reconocimiento de aquella relación vital, sin la cual la crítica es superficial, incluso la que gusta de definirse como «interna». Relación vital implica también la larga premisa del escrito, en la que, aludiendo evidentemente a la urgencia de los problemas nacionales, Azaña quiere justificar su dedicación al *Quijote*: Cervantes no es actual, de una actualidad episódica o frívola, pero sí contemporáneo: tiene una vigencia íntima, que perdura. «No es la posteridad —viene a decir agudamente Proust— quien descubre, encubra o sanciona la virtud de una obra, es la obra misma, según sea de fecunda, quien engendra su propia posteridad. Nosotros debemos al *Quijote* una parte de nuestra vida espiritual, «somos criaturas cervantinas» (1100). Unamuno disocia al personaje de su creador y lo aísla en la obra. Azaña ve sobre todo en la obra «las dos corrientes de sensibilidad que al cruzarse en el espíritu de Cervantes han producido el alzamiento culminante en la figura del triste caballero»: por una parte la experiencia realista, por otra las sugerencias poéticas. El prodigio consiste en fundirlas en una única emoción. Cervantes había sido en su interior, durante su juventud, un caballero andante. «Al ponerse, ya maduro, a escribir el *Quijote*, toma su corazón juvenil en las manos y con delectación irónica lo disecca». Cervantes descubre los dones otoñales: «la dulzura, la melancolía, el humor, y aquella resignación placentera ante el rigor de la vida imperfecta, hermanastra de su ensueño» (1107). Cervantes «implanta ante mis ojos unas formas de vida no expresadas antes por nadie».

Escondido en diciembre de 1930, al ser buscado por la policía monárquica, sólo consigo mismo, sin posibilidad de relacionarse con el mundo, Azaña se replegó en sus recuerdos y en los recuerdos de los recuerdos de sus familiares, y escribió una novela, *Fresdeval* («que se me iba cuajando tan bien», anota en su diario pocos meses después: IV, 89), que hasta ahora ha permanecido inédita e inacabada.



*Fresdeval* recoge las memorias de una familia de Alcalá, los Anguix, que son «trasunto bastante fiel en muchos rasgos biográficos de los Azaña» (Marichal, I, XXIII), y por tanto de tradición liberal; memorias que se entrelazan con las de una familia carlista antagonista: los Budia. Las familias están representadas por el joven bastardo Anguix, que vuelve durante las vacaciones a Alcalá, y por Bruno Budia<sup>34</sup>, que vive en Alcalá, profundamente inmerso en la somnolienta vida provinciana, que ama. «Cada cual de estos amigos nuevos poseía de la familia del otro una imagen adulterada por el rencor y el despecho, exacta en la raíz», (841). en estas memorias familiares sobrevive todo un siglo de episodios alcaláinos, y de reflejos alcaláinos de grandes acontecimientos históricos. Estos son referidos en un modo que en algunas ocasiones recuerda *El ruedo ibérico* de Valle-Inclán. Azaña era amigo de Valle Inclán, con una amistad segura, al carecer de intimidación: «El tipo de amistades agradables sin intimidación es mi relación ya antigua con Valle Inclán, que sabe ser urbano y cortés con las personas a quien respeta» (III, 889). *La corte de los milagros*, primera parte del *Ruedo*, no le había convencido demasiado: «Los personajes son muñecos inventados que hacen gestos». «La motivación de la conducta sin analizar seriamente» (III, 878). Evidentemente, la «esperpentización» no formaba parte de sus gustos. Sin embargo, muchas páginas de *Fresdeval* y bastantes personajes de la familia Anguix tiene algo de valleinclanesco: «soldados, navegantes, peruleros dio muchos; ningún cortesano, ni legista, ni eclesiástico: no podía sufrir la vida urbana» (I, 871), una estirpe vagamente parecida a la de los Montenegro de Valle-Inclán. Algunas siluetas grotescas (Berrueces, 897) son de molde decididamente valleinclanesco.

Comparada con *El jardín de los frailes*, la nueva novela se orienta más hacia la narrativa de invención; la trasposición de los elementos autobiográficos es acentuada; el diálogo, el ambiente, la dialéctica de los personajes tienen un papel mayor. No faltan las páginas de ahondamiento intimista; pero están más insertas en el juego narrativo. Se podría incluso afirmar que el personaje de Bruno tiene en el libro un papel más importante que el autobiográfico Anguix: su creación es fruto de un intento de comprensión del tradicionalismo nacional,

<sup>34</sup> Me he preguntado si el personaje Bruno, de la familia de los Budia, amigo de Anguix, no será el reflejo de José María Vicario, amigo de toda la vida de Azaña: Vicario era católico practicante, como lo es Bruno, y bien podía decir Azaña lo que Bruno dice de Anguix: «Eres un señorito orgulloso, ¡vamos!, altanero, y un poco mandón» (I, 853): basta leer las cartas de Azaña a Vicario para ver cómo pedía los favores con un cierto tono autoritario. La identificación tiene una gran importancia, pues demuestra la capacidad de Azaña para apreciar y convivir con los católicos. La actitud de superioridad desdeñosa hacia los católicos, que fue uno de los pecados políticos de Azaña, tenía algo de pose, que no correspondía a la moderación y la comprensión que Azaña tenía en la vida privada y en la producción literaria.

que llega a la introspección y a la lírica. Bruno, «humilde como tímido, reverencia desde lejos las cimas nobles de la vida, sin pretensión de hollarlas» (864): se reserva para sí la fruición de las sensaciones rústicas: «olor de la vendimia, luego de llover, cuajado de avispas el rayito de sol que dardea las uvas del lagar» (865). En esta humilde aceptación de su vida provinciana, Bruno llega a ser profundo: tal vez el personaje más profundo del libro.

La inmersión temática en la provincia castellana invita a una riqueza léxica<sup>35</sup> que en Azaña, castellano, es más espontánea que en otros escritores españoles contemporáneos. Casi todos los grandes prosistas españoles de su época (Unamuno, Azorín, Baroja, Valle Inclán, Pérez de Ayala, Miró) pertenecen a la España periférica: directa o indirectamente, su castellano es una lengua aprendida. Ortega, que es castellano, es sin embargo madrileño, es decir, no ha nacido en contacto con la matriz antigua de la lengua. Azaña es en cambio un castellano de provincia.

Esta espontánea riqueza léxica se inserta en su esfuerzo estilístico. Decididamente, Azaña quiere escribir bien. Como siempre, cuando quiere hacerlo, llega a un despedazamiento sintáctico de origen barroco. Muchas veces da la impresión de que el flujo narrativo no es lo suficiente vigoroso como para que la vigilancia estilística no lo obstaculice: a veces éste flujo aparece refrenado o incluso mortificado; en los diálogos, el deseo de eliminar los elementos puramente cronísticos («dijo él») genera oscuridad. A veces, sin embargo, la página se vuelve dificultosa, porque realiza esquemas estilísticos fuera de lo común: pero entonces, más que de dificultad, se trata de tensión plena, de modo que resulta natural y compensado el esfuerzo de la lectura<sup>36</sup>.

Cuando Azaña le quedaba poco para acabar el libro, tuvo que abandonarlo de pronto: había sido proclamada la República, y él era el ministro de la Guerra.

Durante los años más afortunados de la dictadura, cuando la acción práctica era imposible se recluyó en sí mismo; pero nunca disminuyó en él su

<sup>35</sup> Un ejemplo (908): «Prodigio es mantenerse las añosas mansiones nobiliarias, en abandono, traspilladas por enjambres de inquilinos humildes, coadyuvantes en la obra del tiempo destructor, se exceptúa, robusta y flamante, la casa de los Tellos, frente al hospital, la placita en omedio. Dos hilados de sillerías, redondeadas las aristas por la intemperie, sostienen la fábrica de ladrillo desnudo, llagadas las juntas».

<sup>36</sup> Un ejemplo (837) que no casualmente se refiere a una escena rústica, desde el momento en que la profundización en el espectáculo natural, como hemos dicho, es uno de los pilares de los escritos literarios de Azaña, comenzando por *Esbozo*, escrito a los veintiún años, hasta algunas páginas de las *Memorias*, escritas durante la guerra civil: «El sol quería gallear; en su propia muerte, el aire tiritó con regocijo. La tierra calma parecía exhausta en su mortaja amarilla: simiente caída de las brozas, abierta por la lluvia, daba olor», y lo que sigue.



disposición a comprometerse políticamente. Cuando a los primeros éxitos de Primo de Rivera siguieron las desilusiones de la penuria económica, sintió que el momento estaba llegando. El 28 de enero de 1930 caía el dictador; el 11 de febrero Azaña pronunciaba el discurso oficial en el banquete de la *Acción Republicana*. Era la convocatoria. Azaña afirmaba que «el régimen», es decir, el rey, se lo había jugado todo a una carta en 1923 y había perdido: era necesario sacar las consecuencias de la situación: «La política es confianza en el esfuerzo, optimismo» (II, 10). Hace falta el «fanatismo por la idea». No hay que temer ser acusados de sectarismo: «no nos bastará barrer de un escobazo el infecto clericalismo de Estado...». Estas son medidas «que en una hora se conciben y se ejecutan en un día»; habrá que «dilatarse la República en el tiempo»; para lo cual «las escuelas deben ser nuestras».

Con este discurso aparece un Azaña de una energía un poco ostentosa y afectada, con una pose bastante natural en quien no había tenido grandes posibilidades de actuar y había incubado durante largo tiempo la duda de su vocación, diciéndose a menudo que la uva no estaba madura. Quizá un hombre habituado al mando no habría sentido tanta necesidad de aparentar energía; pero Azaña quería convencerse a sí mismo. En realidad este Azaña aparentemente nuevo aparecía ya con su difícil contacto humano de siempre. Recto y solitario, había conjugado durante mucho tiempo estoicismo y autoritarismo.

Nosotros no seguiremos a este nuevo Azaña dirigido a la acción política en todas sus experiencias; por otra parte, es el más famoso; y en su época, antes de que se produjera el profundo silencio del que ahora está saliendo, fue ampliamente conocido y discutido. Seguiremos al Azaña interior, que era naturalmente la matriz de aquel exterior, pero que es distinto, porque el Azaña exterior era, como todo político, una persona que recitaba un papel, o al menos proponía a los acontecimientos una versión de sí mismo, la que en todo momento le parecía más oportuna para la causa a la que servía, pero, más o menos inconscientemente, también más oportuna para la imagen que quería dar de sí mismo. Juan Marichal, en el agudo estudio de la oratoria de Azaña y de su inserción en la historia de la elocuencia española que precede al volumen II de las *Obras completas*, sostiene que Azaña se negaba a distinguir lo que se dice en privado y lo que se dice en público (XXIII); pero en otro lugar afirma que «el instinto parlamentario le hacía podar sabiamente las ideas y datos accesorios» (XLI). Esto significa que a la hora de entender la personalidad de Azaña, las intervenciones parlamentarias y los comicios sirven menos o sirven de un modo distinto que los escritos menos circunstanciales y más desinteresados. Por esta razón, estos escritos que reflejan intervenciones públicas,

más acción que meditación, serán considerados aquí de refilón, casi en el plano de los datos biográficos.

Sólo un mes después del banquete de *Acción Republicana*, Azaña pronunciaba en Barcelona un discurso sobre la libertad de Cataluña y España, en el que expresaba una directriz política, la regionalista, que lo caracterizará y, que, junto a su anticlericalismo y su política militar, será el aspecto más discutido de su actividad. «Muy lejos de ser inconciliables, la libertad de Cataluña y la de España son la misma cosa». Cataluña tiene derecho a escoger su propio destino. Azaña pronuncia la palabra «federación» (III, 575).

El 18 de junio de 1930, Azaña era elegido presidente del Ateneo de Madrid, influyente círculo cultural y político: era una etapa importante en su rápida ascensión dentro del ámbito de las fuerzas antimonárquicas. Otro paso tenía lugar en San Sebastián: se formaba la *Junta revolucionaria*, que daba ya la lista del gobierno de la república que había que proclamar, bajo la presidencia de Niceto Alcalá-Zamora. Un intento insurreccional iniciado en Jaca el 12 de diciembre y que resultó fallido, condujo al descubrimiento de la conjura: algunos miembros del futuro gobierno fueron arrestados, pero Azaña consiguió esconderse en Madrid (cfr. Sedwick, p. 75) y así permaneció hasta el día de la proclamación de la República, el 14 de abril de 1931, cuando, con unos cambios mínimos, el Gobierno provisional se constituyó según la lista establecida en San Sebastián. Esto significaba para Azaña un adiós a la literatura, al tranquilo poseerse de quien vive hacia dentro.

Nosotros conocíamos la vida pública de Azaña, además de por los innumerables reflejos apasionados de la época, a través de la recopilación de sus discursos, —que él mismo publicó en 1932 y en 1934, y que ahora constituyen el volumen II de las *Obras completas*,—; y a través de los sucesivos discursos (*Discursos en campo abierto*, publicados en enero de 1936; los discursos pronunciados y publicados durante la guerra), recogidos en el volumen III. Conocíamos también algunos fragmentos de sus diarios, que, en 1939, publicó el periodista fascista Joaquín Arrarás con la intención de denigrarlo moralmente. Sin embargo, ahora podemos confirmar que los fragmentos aducidos son auténticos. Arrarás cuenta cómo la propaganda franquista se apoderó de algunas partes de los diarios de Azaña. Cuando, durante la guerra, Azaña dejó Madrid para refugiarse en Barcelona, se llevó consigo «nueve cuadernos comerciales de los llamados diarios, de cuatrocientas páginas foliadas», con «cubierta negra, imitando a piel, conteras y lomo amarillo claro» (p. 30): en cada uno hay dos fechas, que indican el período de tiempo al que los apuntes del cuaderno se refieren. Hacia finales de 1936 confió tales cuadernos (3.600 páginas de apuntes, admitiendo que fueran o estén utilizadas todas las páginas)



a Rivas-Cherif, consul de España en Ginebra; pero éste, en vez de conservarlos en un lugar seguro y no darlos a conocer, ya que contenían cosas que, publicadas, hubieran podido dañar la concordia ya problemática de los republicanos, leía partes de ellos a empleados y amigos. Uno de éstos, precisamente su hombre de confianza, robó tres de los cuadernos y se pasó a la parte franquista.

El relato de Arrarás ahora ha sido confirmado totalmente gracias a la publicación de los diarios por parte de Marichal. Los textos de Marichal ocupan todo el grueso volumen IV: se trata sin embargo de diarios discontinuos, que cubren sólo algunos períodos; 2 de julio de 1931-22 julio de 1932; 1 de marzo-31 de marzo de 1933; 19-20 de febrero de 1936 (dos días sólo, pero especialmente importantes, porque se refieren a la vuelta al poder de Azaña después de las elecciones del 36); abril-diciembre de 1937; abril de 1938-enero de 1939. Por tanto, todos los fragmentos publicados por Arrarás se refieren a la laguna que hay entre el 22 de julio de 1932 y el 1 de marzo de 1933; no se refieren al período 1 de marzo de 1933-31 de mayo de 1933; se refieren en cambio al período siguiente, hasta el 24 de noviembre de 1933. Se revela una total complementariedad de los textos, pese a que los de Arrarás están, como hemos dicho, escogidos y ordenados con una finalidad propagandística. Está claro que los tres volúmenes robados en Ginebra no estaban y no están en sucesión cronológica, aunque sea difícil decir si son dos los cuadernos que se refieren al período julio de 1932-febrero de 1933 (cosa que me parece más verosímil) o uno sólo.

Arrarás alude (p. 36) a un comentario de Azaña referente a su encuentro con Alcalá-Zamora, tras la victoria del Frente Popular y la expulsión de Alcalá-Zamora de la Presidencia de la República, es decir, en febrero de 1936, y afirma que tal comentario se encuentra en el cuaderno noveno. Dado que demuestra estar bien informado, podemos, pues, conjeturar que los cuadernos abarcaban los siguientes períodos: el I y el II desde el 2 de julio de 1931 hasta el 22 de julio de 1932; el III y el IV probablemente el periodo de julio de 1932-febrero de 1933; el V el periodo marzo de 1933-mayo de 1933; el VI el período de junio de 1933-noviembre de 1933, y los tres siguientes al largo período que va desde esta fecha hasta una no precisable de 1936. ¿Dónde están estos tres cuadernos, desde el momento en que no están en manos de los franquistas (Arrarás no habría dejado de utilizarlos de algún modo) y no han sido publicados por Marichal? Por otra parte, deben faltar también un cuaderno (o dos) que cubra el período hasta abril de 1937, fecha con que se inicia el diario de La Pobleta, que llega hasta diciembre de 1937; y un cuaderno que cubra el período de diciembre de 1937 - abril de 1938, fecha en que se inicia el diario



de Barcelona, que se suspende (enero de 1939) con unas elocuentes palabras: «Oímos el bombardeo de Igualada»: es verosímil que, ante la inminencia de la ruina, Azaña decidiera no continuar el diario, que por otra parte se había vuelto más sobrio y puramente cronístico; en cambio no es verosímil que el diario se iniciase el 2 de julio de 1931. De hecho, en esta fecha las primeras expresiones anotadas son las siguientes: «ayer tarde, un poco menos atareado, fue al Ateneo». Parece excluible que esto sea el inicio absoluto de un diario escrito después con tanta constancia durante años, incluso durante los momentos más dramáticos.

He insistido un poco en estos problemas de (podríamos llamar) macrofilología azañista, en espera de que Marichal nos lo resuelva a través de otras fuentes de información muy distintas, precisamente porque estoy de acuerdo con él en considerar los diarios de Azaña, incluso en su actual fragmentariedad, el «texto memorial más importante de la historia moderna española». Es particularmente doloroso que no lo conozcamos en su integridad. Es cierto que las grandes lagunas pueden ser de algún modo cubiertas por las cartas de 1934-5 a Indalecio Prieto (III, 587-604) y por las que escribió durante el exilio a varias personas (III, 533-68). Pero en realidad nada puede sustituir la documentación cotidiana de hechos y de pensamientos que Azaña hacía para sí mismo. Porque hay que advertir que de diarios se trata, y no de memorias en el propio sentido de la palabra, si bien Arrarás y la edición de Marichal coinciden en llamarlos memorias. Las memorias se escriben en la distancia de los acontecimientos, y el hecho de que se trate de testimonios del protagonista de los mismos, si bien por una parte aumenta el valor de éstas, por otra lo disminuye, porque el interesado, incluso con su mejor buena fe, tiende a juzgar los hechos del pasado en función de sus consecuencias y de los acontecimientos del presente. El diario, en cambio, refiere día a día las reacciones de quien escribe; y tales reacciones pueden ser profundamente divergentes de las posteriores. Cada uno se crea su porvenir, pero no sabe qué porvenir se crea: nosotros, conocedores del destino de Azaña, podemos identificar los momentos, quizá a sus ojos de importancia limitada, en que aquél se determinó.

No es mi intención confrontar cada página del diario con las manifestaciones públicas de Azaña y con los acontecimientos históricos; me limitaré a poner en evidencia lo que el diario puede aportar para el conocimiento del hombre y de los acontecimientos en los que fue parte importante, ilustrando con la ayuda de los diarios el carácter de su intervención en las Cortes, en la cual está contenida la afirmación de que España había dejado de ser católica. Se trata de una frase que, junto a la conocida consigna de «tiros a la barriga» de los campesinos insurrectos en Casas Viejas, contribuyó enormemente a determinar





la derrota de noviembre de 1933, de la que, a pesar del triunfo de febrero de 1936, el poder efectivo de Azaña no se recuperó.

El 14 de octubre de 1931 se discutió y votó en las Cortes constituyentes el artículo de la Constitución (el 24, convetido después en el 26 en la redacción definitiva) por el que se disolvían las órdenes religiosas ligadas por vínculos de obediencia a autoridad distinta de la del Estado (es decir, los jesuitas), y se impedía la enseñanza y se ponían otros límites específicos a la actividad de las restantes órdenes. Este artículo fue sin duda una causa determinante de la guerra civil, en cuanto arrojó a millones de católicos en brazos de la derecha. Fue votado después de un discurso de Azaña, y su aprobación provocó la dimisión de Niceto Alcalá-Zamora como presidente del gobierno provisional y el ascenso de Azaña a cargo supremo de la República.

En el discurso que pronunció Azaña en las Cortes en esa ocasión se encuentran las palabras: «España ha dejado de ser católica». Para poder comprender éstas palabras, primero deben ser encuadradas en su contexto (II, 51). Azaña quería decir que, «a pesar de que existan ahora muchos millones de españoles católicos, creyentes», el nuevo Estado, «a diferencia del Estado antiguo, que tomaba sobre sí la curatela de las conciencias y daba medios de impulsar a las almas, incluso contra su voluntad por el camino de su salvación, excluye toda preocupación ultraterrena». «Las órdenes religiosas tenemos que proscribirlas en razón de su temerosidad para la República». Sería ridículo, continuaba Azaña, que los agentes de la República fueran a cerrar conventos habitados por pobres mujeres dedicadas a bordar acericos para los alfileres o a hacer dulces para los amigos de los jesuitas. «Guardémonos de extremar la situación aparentando una persecución que no esté en nuestro ánimo ni en nuestras leyes». En cualquier caso *Acción Republicana* no admitirá nunca «una cláusula legislativa en virtud de la cual siga entregado a las órdenes religiosas el servicio de la enseñanza». Y no se diga que esto va en contra de la libertad. ¿Se podría permitir que se propagase desde la cátedra la medicina del siglo XVI? Ciertamente no. Así «la obligación de las órdenes religiosas católicas, en virtud de su dogma, es enseñar todo lo contrario a los principios que se funda el Estado moderno».

El discurso de Azaña iba evidentemente mucho más allá de la afirmación del laicismo del Estado y de la separación entre el Estado y la Iglesia, contenida en el art. 3 de la Constitución, aprobado con 278 votos contra 41. El partido de Azaña podía perfectamente ser contrario a que la instrucción continuase siendo abandonada a las órdenes religiosas, sin que por esto se llegase a la prohibición de que las órdenes religiosas enseñaran. Trastornado por el clima exasperado que lo rodeaba, Azaña confundía dos cosas muy



distintas, como son la actividad de promoción y de control de la actividad didáctica que concierne al Estado, y la prohibición, a priori y sectaria, de enseñar, contenida en la Constitución de 1931 en perjuicio de determinadas asociaciones (las órdenes religiosas) y sólo de éstas.

Se afirmaba que las órdenes religiosas, desde el momento en que aceptaban el dogma católico, quedaban descalificadas para la función de la enseñanza. Pero una afirmación tal, en rigor, debía aplicarse a cualquier católico. Dado que el jefe provisional del Estado era católico, la afirmación de Azaña venía a decir que las convicciones del Presidente, como las de millones de católicos españoles, eran incompatibles con el nuevo Estado: afirmación absurda por parte de Azaña, que había conspirado y llegado al poder aceptando la presidencia de Alcalá-Zamora.

La gravedad de la aprobación del art. 26 está confirmada por las específicas circunstancias. El artículo fue aprobado (cfr. Jackson, op. cit., p. 66) con 178 votos contra 59; pero las Cortes estaban constituidas por 439 diputados (cfr. Tuñón de Lara, op. cit., p. 269); por tanto, el artículo fue aprobado por mucho menos de la mitad de los diputados, que por otra parte representaban sólo a la mitad del pueblo español, dado que las mujeres no tenían voto para la constituyente. Aunque el voto fuera válido, está claro que sólo una muy defectuosa conciencia democrática podía aceptarlo, tratándose de algo tan importante.

El diario ahora nos permite ver por dentro el Azaña de aquellos días fatales. En la euforia del triunfo republicano, había tendido a infravalorar los peligros que corría la república. El éxito personal: «Soy el hombre más popular de la República» (2 de agosto: IV, 53-7) le ponía una venda en los ojos. El ministro del Interior, Maura, católico republicano, explicaba la intención de Alcalá-Zamora de dimitir en el caso de que pasaran las disposiciones contra las órdenes religiosas: «Prevé la guerra civil por la cuestión religiosa, y quiere apartarse, para ser una reserva de paz» (18 de agosto: IV, 88). Azaña comentaba: «No me preocupa la cuestión». Lerroux reconocía que gran parte de la población era católica y que era oportuno asegurar para la república a los viejos líderes, Alba, Sánchez Guerra y Melquíades Álvarez (24 de agosto: IV, 101); pero Azaña anotaba: «el discurso de Lerroux es deplorable» (25 de agosto: IV, 103). Sánchez Albornoz, Marañón y Ortega encontraban injustos los rigores contra las órdenes religiosas (28 de agosto: IV, 106, 108). Angel Herrera, director del periódico católico *El debate*, le declaraba en una ocasión en que fue a visitarlo, que «instaurada la República, está dispuesto a servirla con buena fe y voluntad, siempre que se haga posible la vida de los católicos en el régimen»; «él tiene interés en separar la idea católica de la idea monárquica,



y que será una inhabilidad de la República empujarlos» a la oposición (29 agosto: IV, 109). «Herrera dice también, como prueba de su voluntad de colaboración con la república, que la parece bueno el proyecto de reforma agraria».

¿Cómo es posible que un hombre que transcribía todas estas opiniones en su diario acabara poniéndose a la cabeza de la política anticatólica, que «no resolvía nada fundamental»? (A. Ramos-Oliveira, p. 133). Es evidente que los anticlericalistas infravaloraron el poder de la Iglesia; consideraron un signo de debilidad la actitud conciliadora de la Santa Sede, que había desmentido la actitud antirrepublicana del cardenal Segura; consideraban un signo de debilidad de la Iglesia también el hecho de que los anarquistas quemaran las iglesias y los conventos, mientras que en realidad, como afirma Ramos-Oliveira (op. cit., p. 128), quemándolos contribuían a quemar la República. El diario de Azaña nos documenta ahora el carácter improvisado de su decisiva intervención. Azaña demuestra una notable ligereza a propósito de la libertad ajena. Comentando la sesión del Consejo de ministros del 13 de octubre, en la que se discutió el artículo sobre las órdenes religiosas, escribía en su diario: «Yo tengo, en el fondo, una gran indiferencia por la hechura que se dé al artículo, si al menos se consigue evitar el precepto de la expulsión de todas las órdenes religiosas, medida repugnante, ineficaz y que sólo encierra peligro. Examinándome bien, encuentro, en mi repugnancia, un motivo de humanidad y de estética. Cada vez que me acuerdo del Paular siento mucha lástima por las cosas bellas que pierden su carácter tradicional». El día 14 tuvo lugar una reunión del grupo parlamentario *Acción Republicana*; a quien le preguntaba qué sucedería si se votaba el artículo, Azaña le respondía que el gobierno caería. Sin embargo, el grupo votó el artículo; y Azaña, que unas horas antes aún no sabía si hablaría en el salón de actos, tomó la palabra. El éxito fue grande, dice Azaña, que parece no haberse dado cuenta de que en realidad el artículo fue votado sólo por el 40% de las Cortes; «el contento era general, porque se estimaba que el gobierno había salido de un trance muy difícil» (IV, 179). «Yo también estaba contento, porque había acertado con lo que quería y porque había pasado un rato muy divertido», añade con una cierta frivolidad. Hay que señalar que Azaña tenía la impresión de haber conseguido dar un carácter moderado a la legislación anticlerical. Y es indudable que su ánimo no era persecutorio<sup>37</sup>, como también es cierto que la sucesiva aplicación de la

<sup>37</sup> «Mi cuñado no participaba ciertamente del sentimiento popular, exaltado en contra del clero, del regular especialmente»; Rivas-Cherif, op. cit., p. 136. L. Nicolau d'Olwer, hombre por quien Azaña sentía una especial estima, declaró haber votado una mala ley por miedo a que pasara otra peor. (cf. Jackson, p. 66).



Constitución no fue realizada con encarnizamiento sino todo lo contrario. Personalmente, Azaña pudo actuar con ligereza; quizá sin darse cuenta ni él mismo, maniobrando para llegar a la cima del poder. Más tarde hizo lo posible para que el católico Alcalá-Zamora, a pesar de su explícita hostilidad a las normas anticlericales de la Constitución, fuera elegido Presidente de la República. En cualquier caso, muchos, y Azaña entre ellos, infravaloraron enormemente la fuerza política de la Iglesia católica. En la euforia de la victoria, los republicanos de izquierdas no se daban cuenta de que irritando a la Iglesia, a las fuerzas armadas, a los propietarios y a los terratenientes, estaban creando y cimentando con celo un bloque de fuerzas naturalmente enemigas o forzadas a llegar a serlo.

Todo esto demuestra las carencias de Azaña como líder. Esa energía que todos reconocían en él, para exaltarla o para combatirla, era la energía un poco simulada del solitario y del intelectual puesto de pronto a gobernar acontecimientos que no sólo se encontraban más allá de su experiencia, sino también más allá de lo que generalmente se le pide a un hombre de gobierno en un Estado ya consolidado.

Esta misma actitud enérgica, a veces lo llevaba a tratar con desprecio a los generales, cuya inteligencia tendía a considerar en muy poco, y cuya peligrosidad él, ministro de la Guerra, durante mucho tiempo infravaloró; y lo condujo a posturas que, al escapársele de las manos, le fueron fatales de cara a otra clase totalmente distinta de peligro: el que provenía de la rebelión llamada anarcosindicalista, y que en realidad germinaba de modo natural a causa de las condiciones de vida de los trabajadores, de las esperanzas albergadas en los primeros meses de la República y de las desilusiones. La elevación de Azaña había suscitado entusiasmos que no habían dejado de asustarlo («Esto me asusta un poco, porque la gente espera milagros y yo no puedo hacerlos»: 18 octubre: IV, 189). Azaña siempre había aceptado la reforma agraria; pero el diario demuestra la poca resonancia afectiva que tenía en su ánimo este momento programático capital, sin cuya realización la República fracasaba (cfr. 14 noviembre: 230; 30 noviembre: 250; 1 febrero 1932: 322; 9 mayo 1932: 380; 7 julio 1932: 248). Azaña se labró la fama de «frío e inflexible» (18 de marzo 1932: 355); Gil Robles lo llamó «déspota y dictador» por haber suspendido la publicación de importantes periódicos católicos (13 de marzo de 1932: 347). Muchos se opusieron a su política catalanista, coherentemente derivada de su concepción, abierta y basada en el consenso, de la vida pública, entre ellos muchos de sus más estrictos defensores políticos, como Indalecio Prieto. En julio de 1932, los signos de desgaste del poder se traslucen en el diario, que se interrumpe bruscamente el 22 de julio para continuar el 1 de marzo de



1933, después del fallido intento de Sanjurjo (agosto de 1932), de la ley de reforma agraria y del estatuto catalán. El salto<sup>38</sup> nos permite sin embargo juzgar lo distinto que era el estado de ánimo de Azaña en marzo de 1933, cuando confesaba a sus principales colegas de gobierno: «mi cansancio, el quebranto de mi voluntad, el horror que me produce el ambiente calumnioso en que nos movemos, la inutilidad de nuestros esfuerzos para librarnos de la coalición de tantos resentimientos, de tantos odios personales»; que «hay en mi aprecio cosas superiores a la misma República» (3 de marzo de 1933: 455). Las relaciones con los radicales y en particular con su jefe Lerroix han empeorado; la posición de Azaña está amenazada, además de por los resentimientos de la parte católica, que lo acusa de tendencias dictatoriales, por la impresión causada por la matanza de Casas Viejas, cometida por orden de Rojas, capitán de la guardia de asalto. Las relaciones con el presidente de la República Alcalá-Zamora empeoran, y Azaña se crea un Alcalá-Zamora enormemente interesante como personaje, pero quizá no del todo real; sin duda teñido de resentimiento. Frente a las dificultades y hostilidades, Azaña se vuelve inflexible: «Lo que hay de singular en mi caso es que yo no he hecho «carrera política», y he caído en el Parlamento y en el Gobierno sin haber pasado por la domesticación de una larga carrera previa. He llegado a Presidente y a «árbitro de la política republicana», como dicen los periódicos, sin doblar la cerviz, sin claudicar, sin renunciar a ninguno de los puntos de vista ni de los impulsos que me llevaron a participar en la revolución. Comprendo, pues, que yo sea un tipo exasperante para algunas personas, y aún para muchas» (28 de mayo de 1933: 554). El diario se interrumpe; pero ya a través de él se ven perfilarse los acontecimientos: en las elecciones de Noviembre, un gran porcentaje de anarquistas no votó a causa de Casas Viejas; los radicales de Lerroix, que representaban precisamente a esos politicastros de viejo estilo contra los que Azaña dirigía sus dardos, se habían separado de la alianza con los republicanos

<sup>38</sup> Tal parece a quien lee el volumen IV de las *Obras completas*; pero las *Memorias íntimas* publicadas por Arrarás, aun siendo fragmentarias y estando ordenadas según los criterios del editor, pueden en buena parte llenar el vacío. Por ejemplo, la intentona insurreccional de Sanjurjo está ampliamente presente (p. 184-205). No es el único caso en que la intervención perturbadora del comentarista franquista se deja sentir poco (así, la crisis de junio de 1933 es referida de un modo presumiblemente completo o casi completo en las p. 254-291), y donde la personalidad de Azaña aparece en sus rasgos más auténticos, que contradicen evidentemente el calificativo de «monstruo» que Arrarás atribuye a Azaña. En último análisis, es muy problemático que, desde la perspectiva de la propaganda fascista, ni siquiera fuera rentable publicar fragmentos del diario de Azaña, incluso comentados malévolamente y acompañados de muy sabrosas caricaturas de Azaña y sus amigos, debidas a la mano de un tal «Kin». Quizó por esto el libro no se volviera a publicar después de 1939. Como sea, y puesto que nada hace pensar que Arrarás falsificara o deformara los textos de Azaña, su libro es un complemento indispensable de las *Obras completas*, de Marichal.

de izquierdas; los católicos se reunían en una gran coalición. Era el derrumbe político de Azaña, que se volvió a retirar una vez más a su reducto de pensamientos y lecturas.

*Grandeza y miseria de la política*; tal es el título de la conferencia en la que, situándose un poco al margen de las pasiones políticas, en la hora siguiente a la amargura de la derrota (abril de 1934), trataba de explicar su relación con la política. No se trata de una infravaloración de la política, que para Azaña es «la aplicación más amplia, más profunda, más formal y completa de las capacidades de un espíritu, donde juegan más las dotes del ser humano, y donde no juegan sólo cualidades del entendimiento, sino, además, estaba por decir principalmente, cualidades del carácter» (III, 7). En el político, afirmaba Azaña, es imprescindible la percepción de la duración, de la continuidad histórica. Pero tal percepción debe ser corregida mediante un análisis crítico del sentimiento histórico, que debe generar el antihistórico, el deseo de destruir lo que era respetable y ya no lo es, la revolución; si tuviera que faltar uno de los dos elementos, es mejor que falta el primero. «En el fondo de toda gran emoción política hay siempre un poco de quijotismo, porque jamás un Quijote ni el quijotismo han puesto en relación el fin perseguido con los medios de acción». El gran problema de la política consiste en escoger a los mejores; y la democracia es el mejor método para llegar a esta elección, aunque «la democracia desmiente a veces su propio fin, porque favorece el personalismo», en esto es superada por la revolución. En España, la esperanza está en el pueblo, que es más propenso a perdonar la incompetencia e incluso la explícita criminalidad antes que una conducta sucia. Locura fue la revolución republicana, pero locura razonada, «bajo el conocimiento y el perdón anticipado de todas las miserias del corazón humano y también de todas las fallas irremediables del juicio» (III, 21).

Aunque dirigida al público, esta conferencia era una confesión de las íntimas perplejidades del hombre, Azaña aún estaba seguro de la causa por la que combatía, pero ya no estaba seguro de la victoria ni de sí mismo: la alusión al Quijote era ya una aceptación de la eventualidad de la gran derrota. Las palabras «piedad» y «perdón» ya afloran en su conciencia; la seguridad de 1931 y la fe en la razón («el día de nuestro fracaso no tendremos a mano el fácil recurso de echar la culpa a nuestro vecino. No; si la República se hunde, nuestra será la culpa», había dicho el 17 de abril de 1931; II, 28) cedían al sentimiento de desengaño, que en él asumía naturalmente tintes cervantinos; o al menos del peligro como componente no eliminable de la existencia.

En octubre de 1934, la entrada de la CEDA en el gobierno desencadenó la guerra civil. La insurrección de las izquierdas fracasó en casi todas partes (sólo



en Asturias los mineros proclamaron la república libertaria, que fue ahogada en sangre por el ejército). Uno de los lugares en que fracasó fue Barcelona, donde la noche del día 6 Companys proclamó el Estado catalán en la república federal española, pero el amanecer del 7 fue detenido el comandante militar de Cataluña. La presencia en Barcelona de Azaña, conocido amigo de los catalanistas, hizo pensar que él participaba en el plan insurreccional. Fue arrestado, y en estado de arresto permaneció hasta finales de diciembre; en abril de 1935 fue absuelto. Azaña sostenía que no había participado en la insurrección, al contrario, la había desaconsejado. Una vez liberado, publicó un memorial titulado por antifrasis *Mi rebelión en Barcelona*, que contribuyó a transformar el incidente barcelonés en un relanzamiento de Azaña y que concluirá con su vuelta al poder en febrero de 1936. Escrito en gran parte durante la prisión, con la «imponderable ventaja del apartamiento» (III, 117), en dos navíos de guerra, el memorial contiene momentos de reflexión y páginas narrativas de notable tensión; pero en otras partes está en conexión con su finalidad esencial, que era la de disculpar al autor; en esas ocasiones llega a ser «terribly tedious», como afirma Sedwick (140).

El año de 1935 fue un periodo de intenso compromiso político. La popularidad de Azaña había alcanzado una intensidad superior a la de 1931; sus discursos «en campo abierto» se convirtieron en reuniones de una inaudita grandiosidad. En febrero de 1936 Azaña volvía a las Cortes encabezando la izquierda republicana, que contaba con 87 diputados (mientras el partido de Azaña tenía 25 diputados en 1931-3 y 5 en 1933-6). Como hemos dicho antes, poseemos un diario de sólo dos días, pero de dos días importantes, los del paso del poder, el 19 y el 20 de febrero de 1936. El gobierno Portela dimitió enseguida: «Ya tenemos ahí el poder, para esta misma tarde» (19 de febrero de 1936: IV, 564). «Siempre he temido que volviésemos al Gobierno en malas condiciones. No pueden ser peores». Los gobernadores de Portela han abandonado las provincias: «No hay autoridades en casi ninguna parte y la gente anda suelta por las calles» (568). «La irritación de las gentes va a desfogarse en iglesias y conventos y resulta que el gobierno republicano nace, como el 31, con chamusquinas. El resultado es deplorable. Parecen pagados por nuestros enemigos» (20 de febrero de 1936: 570).

Sin embargo, la situación era muy distinta a la de 1931, totalmente favorable a las derechas violentas. En Portugal, el régimen de Salazar se había consolidado<sup>39</sup>, en Italia el fascismo estaba próximo a su momento más afortu-

<sup>39</sup> Azaña había intentado en 1931-32 estimular una insurrección armada en Portugal, como se desprende de las *Memorias*. Por tanto, no es sorprendente que Salazar apoyase la insurrección franquista.

nado (la campaña de Etiopía se concluiría en mayo con el discurso de las «colinas fatales de Roma»); en Alemania Hitler estaba en el poder. Se ha dicho que la proclamación de la república democrática en 1931 era un anacronismo, en cuanto seguía la tendencia opuesta a la que preponderaba en Europa; ésto también vale para la victoria del Frente Popular en España, a la que sólo puede compararse el sucesivo éxito del Frente Popular en Francia, en Abril de 1936. Se había llegado a una polarización de las fuerzas políticas; y, si no sorprendía que esta no se resolviera con una ruptura de las formas de la democracia parlamentaria en Francia, no se podía esperar que la superficial tradición democrática española resistiera fácilmente la prueba. Absurdamente se llegó a las destitución de Alcalá-Zamora, que, con la llamada a las urnas en diciembre de 1935, había hecho posible precisamente la victoria de aquellos que lo destituían; pareció que volvía a una cierta solidaridad con la elección de Azaña para la presidencia de la República (754 votos contra 88 votos en blanco); la legalidad republicana, minada por la violencia de los partidos extremistas de derecha y de izquierda, recibió el golpe de gracia el 17 de julio de 1936, cuando buena parte de las fuerzas armadas, sobre todo del ejército, que debía ser garantía de las instituciones, se rebelaba contra un presidente de la República (que había sido duro para con ellos, aunque todo lo contrario a insensible con respecto a los problemas de la modernización de las fuerzas armadas) cuyos adeptos eran en gran parte contrarios a las propias instituciones.

Azaña se dirigió al pueblo en un tono en el que se percibe el dolor y la preocupación más que el desdén: «yo no diré una palabra más de violencia» (III, 607). Afirmaba que la causa del pueblo, superada la primera sorpresa, estaba venciendo, y apelaba a las masas para que respetaran la legalidad republicana. Hacía mucho que había dejado de ser el hombre de 1931. Estuvo a punto de dimitir varias veces: una de ellas en agosto de 1936, después de la masacre de los prisioneros de la cárcel modelo (cfr. Rivas Cherif, 259 sg.). Cuando las columnas franquistas avanzaron hacia Madrid, se trasladó a Barcelona, donde residió hasta mayo de 1937, cuando se refugió, en circunstancias dramáticas, en Valencia.

El estado de ánimo de Azaña aflora en *La velada en Benicarló*, escrita en abril de 1937, es decir dos años antes del final de la guerra. «Sería trabajo inútil querer desenmascarar a los interlocutores», escribía en mayo de 1939; pero muchos personajes reflejan meditaciones de Azaña. Cuando éste dice que algunas personas llegaron a «tocar desesperadamente el fondo de la nada», no se puede por menos de pensar que él era una de ellas. Los ánimos se madurarán difícilmente durante la tormenta: «más valor tiene, pues, el que





algunos hayan mantenido, en las jornadas frenéticas, su independencia de espíritu».

En realidad, no es una labor inútil, ni por otra parte difícil, identificar a los interlocutores; por supuesto no en el sentido de su sean identificables con personas vivas, sino en el de que las actitudes esenciales de pensamiento y de carácter de los interlocutores son de personas vivas; cosa comprensible y capaz de garantizar la autenticidad vital de la obra. Azaña casi forzado a la inacción, pensaba: ejercitaba ese trabajo de interpretación de la realidad que le había parecido también esencial para la actividad práctica que quiera ser consciente. Elevaba a nivel teórico no sólo sus posiciones personales, sino también las de quien, alrededor de él, era capaz de proponerle alternativas. Es característico de Azaña este reflejarse en su inteligencia en medio de la batalla: es lo que había hecho en el diario, incluso en los intensísimos años 1931-1932. *La velada en Benicarló* no debe ser entendida por tanto como una evasión de la realidad de la guerra civil; al contrario, supone un enfrentarse a esta realidad en el plano intelectual y valorativo; es una premisa de la acción.

Al analizar la obra, se podría pensar que para Azaña era imposible la acción ya en abril de 1937: tal es el pesimismo que recorre las páginas de la *Velada* en lo que respecta a la justificación de la lucha. Pero para Azaña la acción consistía precisamente en valorar de forma realista la situación para salvar lo salvable de España, que, en un último análisis, se revelaba en él como un amor más fuerte que la república.

La obra es concebida como una discusión entre muchos (once) interlocutores, de los que algunos son meramente episódicos, pero de tal modo que ninguno de ellos sobresalga de una forma tan aplastante que deje a los demás como simples estímulos del monólogo del protagonista, como sucede a veces en los diálogos platónicos. A pesar de esto, existe una clara jerarquía en cuanto a la importancia de los distintos personajes<sup>40</sup>. Al principio dominan dos interlocutores, el médico Lluch y después el abogado Marón; pero a continuación sobresalen otros dos, Garcés y Morales; este último domina hacia el final del diálogo. Así pues, es indudable que Garcés y Morales reflejan diversos aspectos del ánimo de Azaña.

Un paciente trabajo de cotejo podría demostrar que las afirmaciones de Garcés, ex-ministro que sorprendentemente afirma su «comprobada ineptitud política» (405), se vuelven a encontrar en los escritos en los que Azaña expresa

<sup>40</sup> He hecho un rápido cálculo estadístico, sobre la edición de las *Obras completas*, de las líneas ocupadas por las intervenciones de cada uno de los personajes. He aquí el resultado (en números redondos en lo que respecta a las decenas): Garcés 770, Morales 550, Marón 330, Pastrana 280, Lluch 220, Rivera 110, otros 260.

directamente su pensamiento. Por ejemplo, cuando Barcala, un personaje definido como «propagandista», le pregunta si para él no había nada respetable en su causa, y Garcés responde: «Hay dos cosas respetables y, si me atreviera a emplear vocablos pomposos, diría que sagradas: una es la causa misma de la República, su derecho: otra es el sacrificio de los combatientes» (420), Azaña reproduce aquí lo que encontramos en sus discursos; las afirmaciones (413-4) acerca de la imposibilidad de exterminar al adversario, porque el mismo exterminio genera otros adversarios, encuentra una réplica casi literal en el discurso que pronunció en la Universidad de Valencia en julio de 1937 (III, 355). Naturalmente, el hecho de que Azaña se expresara a través de una tercera persona en un escrito no destinado a su inmediata publicación nos permite decir que en cierto modo Garcés es más Azaña que el Azaña oficial; es un Azaña que se abandona. Garcés se siente al margen de la lucha o por lo menos al margen de las pasiones desenfrenadas: «me reconozco ajeno a este tiempo» (435). Ha nacido demasiado tarde (Marón lo acusa de arcaísmo político, 418; y él responde que eso es lo que dicen los rebeldes de algunos de ellos) o demasiado pronto: más allá de la masacre, tal vez haya un porvenir para lo que él dice: «andando el tiempo, cuando el estrépito y el estrago sean confusas memorias, quizás haya alguna persona inteligente para decir que yo tenía razón» (416). «Mi punto de vista español está más alto, lo digo sin rodeos, que el resultado mismo de la guerra» (411). «Lo que antes me parecía justo, sigue pareciéndomelo» (431). Garcés es un gran personaje incluso literariamente; perfectamente caracterizado en su desolación contenida, en su orgullo intelectual y moral que va más allá de la derrota. Tal vez esté cerca el momento en que, no algunas personas, sino muchas, le den la razón en España; no hay duda de que posee el suficiente vigor intelectual o moral como para que se le considere, en la amargura de su alma, un profeta.

Pero también Morales es, a su modo, Azaña, a pesar de la falsa biografía (454) puesta en boca de otro personaje<sup>41</sup>. Y es el Azaña predominantemente escritor, que un día se había divertido «escribiendo la historia de una nueva invasión árabe de España» (432): la historia imaginada se encuentra en las mismas obras de Azaña, I, (648), que puede muy bien afirmar: «de la tierra cuando es bella o se resigna a captar lo que yo le presto, extraigo emociones estéticas» (446).

Hay un parecido entre Morales y Garcés; pero se podría decir que Morales está aún más cerca de Azaña que Garcés: no por casualidad, Morales, y no

<sup>41</sup> Para esta relación Azaña-Garcés-Morales, como en general para las relaciones entre Azaña y los personajes de *La velada*, veáanse también las agudas páginas de A. Garosci, op. cit., p. 103 ss.



Garcés, prevalece al final del diálogo. Garcés es el Azaña histórico, el personaje político surgido de improviso de la sombra y rápidamente quemado; Morales es el Azaña profundo, el Azaña de siempre, que evidentemente vive la política, pero más bien desde el punto de vista del ciudadano, que desea un Estado «tolerante» y «más inteligente» (433) que asegure la libertad de opinión («Ahora no existe en ninguna de las dos Españas»). Una generación ha crecido en el desprecio de la inteligencia, en el olvido del estudio, del trabajo; en el culto de la fuerza física y de la insolencia personal (439). Se ha llegado a un punto en el que ni la monarquía ni la república valen lo que cuestan a España. Le dicen que entonces no es republicano; y responde que lo era bajo la monarquía, que esperaba la república como un instrumento de civilización; pero de haber sabido que para conseguirla se llegaría a una guerra espantosa, hubiera renunciado a ella para siempre. Cuando se difundió la noticia de que los tesoros del Prado habían sido destruidos (lo que después se supo que no era cierto) su moral de guerra se hizo trizas (442). Los españoles no pueden soportar la ofensa de que otros no piensen como ellos; quieren unificar las opiniones a través del exterminio de quien no piense como ellos. El y los otros que discuten disintiendo constituyen la continuación de esa pequeña minoría, que siempre existió en España, de heterodoxos, de representantes del pensamiento independiente y de la libertad de espíritu.

Esta actitud de despego causa la violenta reacción de un interlocutor, el socialista Pastrana, que no puede soportar a los ecuanímenes, «es decir, a los astutos» (456). Dice que Morales probablemente soñaba con una «república de gentes finas», que era uno de los muchos «republicanos de la cátedra». Pero después llega a reconocer que «esta guerra no sirve para nada» (457), y entonces otro interlocutor, Rivera, dice que precisamente él es el máximo derrotista. Esta observación nos induce a reconocer en el socialista Pastrana al socialista Prieto, que había sido uno de los promotores determinantes de la alianza entre republicanos de izquierda y socialistas, en la que se había basado la república parlamentaria; pero que era conocido por sus cambios de humor y por su derrotismo con respecto a todos, comenzando por él mismo, en 1931, cuando era ministro de Finanzas, dijo públicamente que no estaba a la altura de aquel puesto; que había llegado a esta evidencia para su sorpresa, pues antes de estar en el gobierno siempre había pensado lo contrario.

Rivera, diputado republicano moderado; Barcala, «propagandista» de la revolución; y sobre todo Marón, abogado, sin duda el antagonista con ideas más articuladas, representan distintos matices de la actitud conformista (es decir, son defensores del «venceremos porque sí»). Del mismo modo que sería posible establecer que personajes históricos hay detrás de Rivera, Lluçh y los



demás, tampoco es difícil descubrir quién se esconde detrás del abogado Marón, que ahora profesa un «conformismo tan completo», a pesar de haber sido «conservador, hombre de ley, que se ha pasado la vida abogando porque se mantenga el derecho» (431). Marón es optimista porque sí: cree en la Providencia, o, si lo prefieren los incrédulos con los que habla, en la «lógica de la historia». «La lógica de la historia tiene caracteres de necesidad. Es imposible que todo un pueblo quede sometido por la fuerza si no le da la gana de someterse» (427). En su diario de La Pobleta (IV, 625) Azaña recuerda que en septiembre de 1936, Angel Ossorio, que había sido su abogado durante el proceso por la rebelión de Barcelona, en 1934, al pesimismo expresado por él oponía un «porque sí», una Providencia, o, para hablar con los incrédulos, la lógica de la historia. Marón-Ossorio, en cualquier caso, es el interlocutor más válido de Garcés-Morales-Azaña. A él le confía Azaña la tarea de explicar psicológicamente la rebelión, con la instigación de las mujeres, que decían a los generales: «¿Ustedes toleran ésto? ¿Qué hace el ejército? ¿Cuándo se lanza?» (405). El miedo y el odio nacido del miedo han empujado a las clases altas a la rebelión: «atrocidad temeraria, desde su mismo punto de vista» (449). Matanzas las ha habido por ambas partes; pero con la diferencia de que en la parte republicana sucedieron a pesar del gobierno, impotente para impedir las precisamente por el hecho de la rebelión; mientras que en la otra parte las matanzas se cometían «con aprobación de las autoridades» (395). Azaña no pone por causalidad estas observaciones en boca de un abogado, rico burgués y católico: socialmente, Marón-Ossorio tiene el mismo punto de vista que las clases ricas rebeldes.

La guerra no sirve para nada, es verdad; pero en la mente y en el corazón de los hombres más responsables suscita pensamientos que van en contra de toda su humanidad y de su inteligencia, pero también de su carácter. *La velada en Benicarló* es un documento de una angustia que resulta tanto mayor en cuanto su expresión emotiva está refrenada y compenetrada con un gran drama intelectual. Uno de los más puros representantes de la república española, Julián Besteiro (el único de los jefes que permaneció hasta el final; pues pensó que tratar con el enemigo para intentar aplacar su arrogancia no era una traición, como pensaron algunos que prefirieron la cómoda solución de la huida, sino el verdadero modo de combatir hasta el final, pagando con la muerte esta convicción suya), dijo, cuando la experiencia de la Segunda República tocaba a su fin, que quizá ésta había llegado con una generación de adelanto (cfr. Jackson, 522). La generación ha pasado. Ha llegado la hora de que los españoles reemprendan su camino hacia la libertad. *La velada en Benicarló* puede ser el nuevo punto de partida. Su desolación no es destructi-



va<sup>42</sup>; al contrario, asienta las nuevas bases de claridad y responsabilidad, sin las cuales la tercera república española no podrá vivir más tiempo que las dos precedentes.

En mayo de 1937 estalló en Barcelona la rebelión de los anarquistas, que después se resolvió con la consolidación del Estado republicano, apoyado por los comunistas. Azaña permaneció prácticamente asediado en su residencia, y sólo algunos días antes del día 20 pudo instalarse en La Pobleta, cerca de Valencia. Allí permaneció hasta diciembre, y tuvo la posibilidad de escribir un extenso diario (IV, 575-871), cuya importancia histórica será sin duda puesta de relieve por los futuros historiadores de la guerra civil. Aquí nos compete estudiar sobre todo su importancia en la historia íntima del autor. En este aspecto, este diario también es más importante que los anteriores, porque en él, además de estar expuestos los recuerdos, están anotadas las reflexiones; y estas tienen más preponderancia que aquellos.

Azaña estaba aislado del meollo de los acontecimientos; conocía la realidad a través de las visitas que le hacían los políticos, militares y embajadores. Estas visitas se distanciaban mucho, y esto le permitía volver a pensar en sus protagonistas, reconstruir sus actitudes e intenciones con una minucia casi proustiana. Azaña estaba convencido de que el éxito de la guerra dependía de la situación internacional, y sobre todo consideraba fatal la actitud, que estimaba hipócrita, de Inglaterra<sup>43</sup>. Piensa que la única posibilidad de salir de la guerra sin acabar con la república es la de negociar un armisticio mientras la parte contraria aún pueda tener un interés en éste. A este objetivo dedica todas sus fuerzas, junto a las muy escasas que su cargo pone a su disposición. Se siente apto para esta función, porque «la guerra no se compone toda de heroísmo, ni principalmente» (633). Su secreto pensar es, o puede ser, el arma decisiva para la salvación de la república. «Siempre me ha parecido que la conducta de España debía depender: de la inteligencia, que no quiere decir de los intelectuales» (629). Por lo que cuenta en los días que pasó en Barcelona, cuando parecía asediado por los anarquistas rebeldes, se ve que debió de tener miedo. Se puede pensar que en esto era poco español. Evidentemente no era español en no considerar el valor físico como una gran virtud. Con frecuencia éste sólo es el correlativo de no darse cuenta de la situación, es inconsciencia.

<sup>42</sup> Un «acto de fe... en medio de la desesperación» denominó A. Garosci, op. cit., p. 109, el móvil profundo de *La velada*.

<sup>43</sup> Coincidiendo sustancialmente con Azaña, R. de la Cierva, en la *Bibliografía de la guerra de España*, cit. p. XXXI, afirma que «las democracias occidentales ayudaron positiva, negativa e ideológicamente al general Franco mucho más de lo que casi todo el mundo piensa; en algunos aspectos esa ayuda fue tan importante como la recibida de los países del Eje».



Y es también un lugar común. «Tener miedo es humano, y, si usted me apura, propio de hombres inteligentes. Pero es obligatorio dominarlo, cuando hay deberes públicos que cumplir» (743).

En esta tensión interior se sitúan sus evasiones hacia la literatura y la naturaleza. El, que después de la derrota de 1933 se había inmerso gozosamente en la lectura, contento de haber recuperado el dominio de su vida interior (cfr. 661), se pasa una de las noches más dramáticas de la rebelión de Barcelona, en mayo de 1937, leyendo un libro de Jules Romains, que le gusta muchísimo. Sin embargo, no siente demasiada simpatía por los intelectuales de la revista *La hora de España* que van a visitarlo. Duda de la eficacia de llegar al pueblo con «el estilo nuevo (relativamente) de hacer versos», y encuentra sensata la opinión de Antonio Machado de que se llega al pueblo si se escribe como Cervantes, Shakespeare o Tolstoi (cfr. 633). Algunas veces se abandona a la contemplación de la naturaleza: cantos nupciales y destrucción: ¡la armonía universal! (783) «Las tormentas, muy fragorosas en estos cerros, han embellecido el paisaje, prestándole la grandeza, el patetismo de que habitualmente carece». «Ahora el anochecer es silencioso. Un vientecillo crudo pica, anuncio del otoño» (784). Una mañana de octubre tiene «densidad de primavera»; en ella un perro se tumba y entorna los ojos y es feliz, «porque no se sustrae como yo a la fascinación del natural». La naturaleza es insolentemente serena. «Qué atroz indiferencia por el sufrimiento humano, esta calma falaz, sin moraleja posible» (826). En una visita al frente de Madrid sueña con llegar a ser después de la guerra, guardia mayor y conservador del palacio del Prado: «mi apego a la eternidad relativa de las cosas es irresistible, tanto, que supera mi apego a las instituciones» (856); Negrín, que gusta de evadirse proyectando cosas para después de la guerra, sonríe ante tales fantasías.

Pero Azaña vive a fondo el drama de España: «su destino trágico me avasalla» (629). Lo vive «con más violencia y hondura que nadie» (629): y de hecho morirá, literalmente, de pena.

En el discurso que pronuncia en Madrid en noviembre de 1937, ahonda en estas consideraciones acerca de lo trágico del destino español. Hemos dicho que quien quiera saber lo que efectivamente pensaba Azaña deberá tener menos en cuenta los discursos, ya que en ellos, obviamente, la sinceridad característica del hombre debe buscar un difícil punto de unión con las exigencias políticas de su cargo. Pero, al ser los actos políticos más importantes del presidente durante la guerra civil, también deben ser tenidos en consideración. Es más, en algunos aspectos son más auténticos que los mismos diarios, en cuanto, si bien están condicionados por las necesidades políticas, representan, sin embargo, una posición muy meditada mientras que los diarios, por su misma naturaleza,



pueden reflejar estados de ánimos más lábiles, casi hipótesis de actitudes, más que actitudes definitivas. En última instancia, un hombre es lo que quiere ser oficialmente; la sinceridad no debe ser confundida con la expresión inmediata de los estados de ánimo. Es cierto que pueden ser manifestaciones públicas que simplemente constituyan una falsedad, cuando quien las hace no piensa efectivamente en lo que dice; pero me parece que esto debe excluirse en el caso de Azaña.

En noviembre de 1937, Azaña aún veía una posibilidad de salvación, si no de una victoria militar. Negrín y Prieto habían restablecido casi milagrosamente («Este fenómeno tiene mucho de prodigio», afirma en el discurso pronunciado en Madrid ese mismo mes: III, 359) la autoridad del Estado y la disciplina militar. Azaña reivindicaba la esencia de la libertad republicana, afirmando que era igual que en 1931. Esto se debía a sus convicciones; pero también a su cálculo de política internacional. Si comparamos el discurso madrileño con *La velada*, en el primero hallamos un tono mucho más optimista. ¿Habría que atribuir esta diferencia de tono al hecho de que Azaña ahora hablaba en público? En este caso, habría que acusar a Azaña de engañar al pueblo. Pero, según mi opinión, la explicación está en el hecho de que la situación de noviembre era muy distinta de la caótica situación de abril. El restablecimiento del estado republicano era y debía ser por necesidad, dadas sus convicciones, decisivo en la valoración que Azaña hacía de la situación. No sólo tal restablecimiento hacía más eficaz la defensa (Azaña, admirador de la razón y de la república francesa, no fue nunca un espontaneísta, no creyó nunca que los movimientos desordenados fueran capaces de crear algo duradero), sino que también podía cambiar la actitud internacional con respecto a la dos partes en conflicto en España.

Pero la guerra tomaba un rumbo desfavorable. La ofensiva republicana de Aragón se agotó; en octubre Asturias cesó toda resistencia; la batalla de Teruel se resolvió con una nueva derrota; en abril de 1938 las tropas de Franco alcanzaban el Mediterráneo por Vinaroz, cortando en dos la España republicana. Estos hechos se hallan reflejados en el diario de La Pobleta y en el de Pedralbes, donde la presidencia de la república se había establecido en diciembre de 1937, después de que el gobierno se trasladara a Barcelona en noviembre. Azaña había llegado al convencimiento, lo mismo que Prieto, de que la guerra estaba perdida; pero Negrín quería seguir combatiendo, y la relación entre los dos fue a peor. Azaña no era partidario de la rendición pura y simple, sino de una solución que salvase lo poco salvable, y que tuviera en cuenta a aquellos «que no tienen aviones en los que huir en el último momento» (IV, 877). (Insistirá en este punto, que se revelará decisivo: los



defensores de la guerra hasta el final dejarán España en avión; pero los de a pie no podrán hacer lo mismo, y quedarán expuestos a las venganzas). En el diario llegó a hablar de Negrín sin nombrarlo, como de una pesadilla. El diario es mucho más reducido y fragmentario que el de La Pobleta. Los acontecimientos se echaban encima; Quizá era imprudente escribir todo, incluso en un diario personal del Presidente de la República. En lugar de nombres, Azaña utiliza seudónimos que ponía en su interior a determinados personajes. En los rápidos apuntes se vuelve a aludir a los héroes dispuestos a coger el avión: «Los numantinos con avión y cuenta corriente en Suiza» (6 de agosto: IV, 887). Hay también alusiones a «los valientes intelectuales que luchan en las vanguardias de ultramar» (24 de diciembre, IV, 904).

Dada la aridez del diario, adquiere más importancia el discurso que Azaña pronunció en Barcelona en julio de 1938, y que termina con las famosas palabras: los caídos «nos envían, con los destellos de su luz, tranquila y remota como la de una estrella, el mensaje de la patria eterna que dice a todos sus hijos: Paz, Piedad y Perdón» (III, 378). (Recuérdese el mensaje enviado al estallar la guerra, en julio de 1936: «No diré una palabra más de violencia» (III, 607): es la misma actitud, con la enorme diferencia de las circunstancias). Azaña se negaba a predecir el futuro: se dirigía esencialmente al pasado, para reafirmar que él siempre había defendido las mismas verdades, que lo eran antes de la guerra, que continuaban siéndolo, que lo serían en el futuro. Su dirigirse al pasado era también por tanto un dirigirse al porvenir. Azaña creía que la verdad y la justicia se abrirían paso a la larga. Lo que importa es tener razón y, casi en la misma medida, saber defender la razón que se tiene, afirma, casi parafraseando, sin saberlo, una frase memorable («Más que la victoria, importa merecerla») que un día había escrito a Unamuno. Esto mismo escribió poco después Antonio Machado en una introducción a los cuatro discursos presidenciales de Azaña, para un volumen cuya publicación impidió la derrota.

Los acontecimientos se precipitaban. Azaña marchó desde Pedralbes hacia el norte de Cataluña, y el 7 de febrero de 1939 dejó el territorio de la república, negándose a volver a la zona central aún no ocupada por el enemigo, para no avalar una política de resistencia a ultranza que le parecía no tener otra perspectiva que un posterior derramamiento de sangre. Se fue a la embajada de España en París, pero el día 27, cuando Francia e Inglaterra reconocieron el gobierno de Burgos<sup>44</sup>, dimitió como Presidente de la República. Ahora conocemos ese dramático período, mejor y más que por el libro de

<sup>44</sup> Georges-Roux, trad. cit., p. 322-323, considera erróneamente que las dimisiones de Azaña son anteriores al reconocimiento franco-inglés de Franco: cf. *Obras completas*, III, 567.





Cipriano Rivas-Cherif, por algunas cartas de Azaña, que están muy próximas al carácter del diario, aunque fueran escritas a distancia de meses de los acontecimientos. Es especialmente importante la carta a Angel Ossorio del 28 de junio de 1939 (III, 535-554), que consiste en una narración sistemática de los últimos días pasados en España. La lectura del documento deja la impresión de un resentimiento personal y de preocupaciones de etiqueta que desentonan con el dramatismo de la catástrofe. Azaña se proponía una «indiferencia estoica» (III, 536), pero no se mostraba ajeno a los pequeños rencores. Negrín, hacia el que se dirigía sobre todo su resentimiento, fue a visitarlo al refugio cercano a Arcachón, donde Azaña se había trasladado en noviembre de 1939, para ofrecerle llevarlo a Inglaterra, ante la inminente llegada de los alemanes, demostrándole así la estima que Azaña reconoció («Ya ha hecho usted con venir más que muchos amigos»: Rivas Cherif, p. 388); pero quizá no siguiera a Negrín a Inglaterra, además de por su estado de salud, para no deberle tanto. A duras penas se impidió después que cayera en manos de los alemanes y por tanto de la policía franquista, mediante su traslado a Montauban, en zona no ocupada, donde murió en noviembre de 1940.

De la época en que escribía la larga carta a Angel Ossorio datan también los once artículos sobre la guerra de España, que constituyen una de las mayores novedades de las *Obras completas*. De hecho, en la carta a Ossorio, afirmaba que no hacía casi nada más que mover la pluma (III, 535); y en una carta de unos pocos días antes anunciaba (III, 565) la publicación del artículo sobre *La neutralidad en España* en la revista inglesa «World's Review»: el único por entonces publicado de los once<sup>45</sup>.

No es de esperar que Azaña expresara puntos de vista nuevos en éste y en los otros diez artículos; pero en cualquier caso es cierto que la situación vital en que se hallaba era distinta de la que aparece en los diarios y en los discursos. En el último de sus períodos de retiro, que dividen tan característicamente sus diez años desde el poder al exilio, vivido por él en pleno vigor físico e intelectual, cuando la guerra de España había acabado y el ánimo de todos estaba en suspenso entre los temores y la esperanza, Azaña examina todo en conjunto y analiza, no tanto en su desarrollo en el tiempo como en sus elementos constitutivos, el drama español. Piensa en un público internacional y deja de lado las pequeñas vicisitudes y las relaciones personales.

<sup>45</sup> Marichal lo publica (III, 525) como último de la serie; pero a mí me parece evidente que se trata más bien del primero, por cuanto en él se hace esquemáticamente la historia de esa división política de España, comenzando por las guerras napoleónicas, que constituye la prehistoria de la guerra civil. El artículo fue el único publicado en vida del autor, tal vez precisamente porque fuera el primero; los otros no debieron de ser publicados, a causa del precipitarse de los acontecimientos internacionales.



Hace un análisis de los errores que por una y otra parte, durante la República, condujeron a la guerra civil, poniendo de relieve la importancia de la coyuntura económica internacional (la gran crisis) que tuvo que afrontar la República («La república advino en plena crisis», 465), pero guardándose de reconocer toda responsabilidad personal. Probablemente aún no había comprendido la importancia de la política religiosa de la República, de la que se habla poquísimos; y quizá ésta se debiera al hecho de que en realidad él no había tenido nunca un *animus* persecutorio en relación con la Iglesia católica en sí. Insiste en el «carácter español» (467), la furia autodestructiva (482: «esto es racial»), el «genio propio del país» (495), el «odio teológico» (500), sin darse cuenta de que tales explicaciones, racistas a la inversa, eran totalmente dispares de la llamada de la inteligencia que es el rasgo dominante de su personalidad, y acababan por dar la razón a los que opinaban que un régimen como el de 1931, que en esencia sigue el ejemplo de las repúblicas democráticas, no era adecuado para España. Análogamente, deplora la «confianza sin límites» (493) a la que se abandonaron los republicanos después de que la insurrección de julio del 36 fuera reprimida en pocos días en Madrid y Barcelona, confianza que disminuyó la intensidad del esfuerzo, hasta que las derrotas, al principio explicadas frívolamente con razones locales, les convencieron de la necesidad de una mayor disciplina; pero olvida decir que en 1931 y 1932 había negado durante mucho tiempo que la República corriera peligro, desarmándola así desde dentro con la mejor buena fe.

Naturalmente, Azaña da mucha importancia al aspecto internacional de la guerra, como había hecho en los discursos que pronunció durante la guerra como presidente de la república. Huesped de Francia, en los meses en que el destino de ésta estaba en suspenso, pero los dos bandos estaban definidos, suaviza las acusaciones contra ésta y contra Inglaterra; pero no deja de subrayar hasta qué punto la errónea idea (según él) de que en España la alternativa estaba entre el fascismo y el bolchevismo determinó la actitud de Gran Bretaña, de cuya amistad Francia no podía prescindir, del mismo modo que la Unión Soviética no estaba decidida a apoyar hasta el final a la República (cosa que muchos no querían ver, «mas que por fanatismo, por falta de instrucción»: 476) porque por una parte no quería agravar la situación en que se hallaban sus relaciones con Alemania, y por otra no quería alarmar a Gran Bretaña y a Francia. Podemos decir que en este aspecto internacional, Azaña demostró su lucidez. Confinado en los límites rigurosos, que él respetaba escrupulosamente, de los poderes que tenía como presidente de la república, comprendió que su influencia podía ejercerse más concretamente en el sector internacional, más ajeno a las inmediatas pasiones de las masas, y que por lo



demás sólo en el tablero internacional podía encontrarse una vía de negociación. Esto «no quería decir que se abandonase la resistencia» (523); al contrario, quería decir que se debía continuar, para, negociándola, salvar lo salvable. Pero no se quiso reconocer a tiempo que la República no podía vencer militarmente: «en la opinión popular, más emocional que analítica —y la opinión de esa calidad llegaba muy alto— alentaba la conmovedora seguridad de que un derecho tan claro, un sacrificio tan fuerte, la voluntad de no someterse a la dictadura, tendrían su recompensa» (521). Es sorprendente, observa, que la resistencia durara más de treinta meses, a pesar del hecho de que el espíritu revolucionario, «aunque no se apoderó del poder, a fuerza de disciplina lo paralizó»; y a pesar del parcial distanciamiento de la guerra por parte de Cataluña: la explicación está en parte en los problemas del enemigo, y en parte en el hecho de que «la voluntad de resistencia fue general» (519).

¿Podemos considerar esta obra («obra» llama el mismo Azaña, (496), al conjunto de los artículos) como un testamento político? En realidad, sólo encontramos en ella una articulación sistemática de elementos ya conocidos; la ventaja del mayor distanciamiento de los acontecimientos se paga con la desventaja del mismo distanciamiento: no vemos el íntimo ardor (Azaña, hombre frío exteriormente, sentía un profundo apego hacia su pueblo) que lo animaba cuando pensaba que aún podía hacer algo importante, pese el progresivo empeoramiento de la situación, que otros se negaron a tener en cuenta.

El verdadero testamento político de Azaña, el escrito en que la tragedia española es analizada a través de sus esenciales componentes éticos y políticos, es *La velada en Benicarló*: un libro amarguísimo, pero no desesperado ni resignado; un libro para un futuro que quizá esté llegando.

Ante *La Velada*, lo mismo que ante otros escritos de Azaña en que pasión civil y expresión coinciden más íntimamente, pierde importancia la cuestión de si hay que considerar a Azaña como un escritor o como un político: cuestión mal planteada, porque parece prometer la literatura y la política como términos alternativos, mientras que lo son, en todo caso, sólo a un nivel modesto de la una y de la otra. Azaña fue un hombre, *nada menos que todo un hombre*. Tuvo sus defectos, que resultaron, dada la excepcional dificultad de las circunstancias, más esenciales de lo que la inteligencia, la buena fe, la cultura, el valor civil, la ausencia (al menos a nivel consciente) de vanidad del hombre habrían merecido. El destino de Azaña fue tanto más trágico en cuanto fue más ajeno a los fogosos apasionamientos de muchos de sus compatriotas. Quizás también en él hubiera algo de excesivo: precisamente su dedicación a la inteligencia, la intransigencia de cara a los hombres, un culto a la razón que, llevado hasta el extremo, deja de ser razonable. Y posiblemente se dió cuenta



de esto, aunque no quisiera admitirlo como Azaña (lo admitió como Garcés). En cualquier caso, la herencia de Azaña, el ejemplo mismo de su derrota, es la energía para el futuro, y no sólo del pueblo español.



# Manuel Azaña, «Un año de dictadura»

JUAN MARICHAL





A principios de 1923 apareció en París una nueva revista mensual —*Europe*— cuyo título expresaba el propósito de sus editores de orientar la atención de los lectores franceses hacia los demás países de Europa. Pero, sobre todo, *Europe* quería ser la voz de una amplia república de las letras europeas, con una tonalidad ideológica que podría llamarse «izquierda intelectual internacional» (añadamos, de paso, que la revista *Europe* pasaría a ser años más tarde lo que es todavía hoy: la principal revista francesa de los intelectuales comunistas y afines). Había, así, en *Europe* una crónica mensual dedicada a la literatura de un país europeo, con frecuencia un país «marginal». Y se comprende que *Europe* se dirigiera a Manuel Azaña para redactar la crónica de la literatura española coetánea: porque uno de los dos directores-fundadores de la revista francesa era Paul Colin (1890-1943), que había colaborado con regularidad en la revista mensual *La Pluma*, fundada por Manuel Azaña en 1920. Colin, autor de un libro sobre Alemania (*Allemagne, 1918-1921*), publicó en *La Pluma* artículos sobre la literatura alemana y también sobre la belga. Recordemos, además que Azaña dirigía, desde el principio mismo de 1923, el semanario *España*, revista próxima a la tonalidad ideológica de *Europe*. Así, escribió para *Europe* una crónica literaria española que se publicó en dos partes, el 15 de abril y el 15 de mayo de 1923 (números 3 y 4 de *Europe*, págs. 378-380 y 503-508): en la cual se limitó Azaña a un comentario de la significación de



Jacinto Benavente, con motivo del Premio Nobel otorgado al dramaturgo madrileño en 1922. No hubo, sin embargo, continuación a la crónica literaria española de Azaña: hispanistas franceses (Carayon, Cassou) le sustituyeron, por así decir. Mas sí colaboró de nuevo Azaña en *Europe* en el otoño de 1923: con un artículo, sin firma alguna, sobre los orígenes y comienzos del gobierno dictatorial del general Primo de Rivera (*Europe*, noviembre 1923). Artículo que fue enviado por Azaña al escritor argentino José Gabriel (1898-1957), quien hizo publicarlo sin firma en la revista argentina *Nosotros* (enero 1924). Asimismo apareció en *Nosotros* (pero no en *Europe*) un segundo artículo de Azaña, también sin firma, en abril de 1924: «Cartas de España: la cuestión militar». Estos dos artículos fueron recogidos en mi edición de las *Obras completas* de Manuel Azaña (Ediciones Oasis, México, vol. I, 1966, págs. 541-554). Y en el prólogo a dicho volumen justifiqué plenamente la atribución de los textos aludidos a la pluma de Azaña.

La publicación reciente de un epistolario inédito hasta ahora de Azaña (apéndice del libro de Cipriano Rivas Cherif, *Retrato de un desconocido*, Grijalbo, 1980) me ha permitido identificar el artículo que aquí se imprime, «Un año de dictadura». En una carta de Manuel Azaña (16 de abril, 1925, *Retrato*, pág. 610) se alude al número de febrero de *Nosotros* en el cual se había publicado «Un año de dictadura». Y, efectivamente, en dicho número de *Nosotros* (núm. 189. año XIX, febrero 1925, págs. 133-168) apareció el artículo de Azaña con la siguiente nota al pie de José Gabriel:

*«Estimados amigos: el mismo valiente escritor español que hace unos meses me remitió los artículos sobre la dictadura española publicados por Nosotros vuelve a enviarme para ustedes otra serie que, como la anterior, se halla en curso de aparición, en francés, en la revista Europe de Paris. Vuelvo a mi vez, pues, a requerirles espacio en Nosotros».*

Apuntemos que en *Europe*, del 15 de noviembre de 1924, apareció parte del artículo «Una año de dictadura» (secciones I-III), y el 15 de febrero de 1925 fue publicada la continuación (IV-VI). Observemos también que el artículo «Un año de dictadura» fue escrito, evidentemente, a petición de la dirección de *Europe*: de ahí las alusiones, en francés, al lenguaje de los personajes de Flaubert, Bouvard y Pecuchet. Alusiones que *Nosotros* reimprimió literalmente, manteniendo la grafía propia de la entonación de Pecuchet, «hénaurme», por ejemplo, en vez de «énorme». Añadamos que es verosímil suponer que Azaña envió sus artículos a José Gabriel por medio de los estudiantes argentinos, «amigos nuestros», a quienes alude en una carta de marzo de 1925 (*Retrato*, pág. 597). De José Gabriel hay, además, una carta a Azaña publicada por él





mismo en su libro *La revolución española* (Buenos Aires, 1932), fechada el 23 de abril de 1931:

*«Mi buen camarada: nunca dudé que algún día podría escribirle de otro modo de como le escribía. ¡Ahora no tenemos que ocultarnos de nada!».*

No hay, pues, tampoco duda en el caso del artículo aquí reimpreso: se trata de un texto de Manuel Azaña.

Recordemos, por otra parte, que los dos artículos aparecidos en *Nosotros* en 1924 fueron escritos cuando Azaña publicaba todavía el semanario *España* (*La Pluma*, en cambio, publicó su último número en junio de 1923), no obstante las dificultades con la censura del gobierno de Primo de Rivera. Mas en el otoño de 1924, cuando escribe Azaña el artículo «Un año de dictadura» para *Europe*, se encuentra sin medios de expresión política, ya que *España*, había dejado de publicarse en marzo de 1924. Conviene así recordar aquí la rememoración dolorida de Azaña en su diario íntimo (18 de agosto, 1931, *Obras completas*, vol. IV, pág. 85):

*«Yo estaba entonces muy desanimado y en desacuerdo con casi todo el mundo, porque casi todo el mundo acataba la dictadura de Primo de Rivera o la encontraba muy buena, sin exceptuar a los escritores y redactores de El Sol... Al quedarme sin España, sin La Pluma, y con el horizonte cerrado como por losa de plomo, no sabía qué hacer y entré en una interinidad expectante...».*

Mas fue entonces cuando Azaña inició sus relaciones políticas con el pequeño grupo de republicanos del doctor José Giral y su antiguo colega universitario de Salamanca el profesor de Derecho Enrique Martí Jara. Y puede conjeturarse que en ese grupo el artículo aquí reimpreso tuvo considerable efecto, ya que en 1926 (y sobre todo en 1930) Azaña fue su delegado principal en la organización llamada «Alianza Republicana». Esto es, para los amigos y conocidos de Azaña que leyeron los artículos de *Nosotros* (particularmente el aquí reimpreso), la imagen que de su lectura desprendían era la de una cabeza valiente y enérgica, con un rigor analítico y un ánimo voluntarioso verdaderamente excepcionales en la España de entonces.

Acierta así Emiliano Aguado (*Don Manuel Azaña*, Ediciones Nauta, 1972, pág. 196) al comentar el artículo de 1923 recogido en las *Obras completas*, cuando señala que el temple de Azaña era el de un hombre decidido a actuar. De ahí también que un lector temprano de Azaña, el periodista y político Julio Álvarez del Vayo (que también fue transmisor de textos de Azaña), pudiera escribir admirativamente en 1927 (*El Sol*, 5 mayo 1927):



*«En un país donde la política caminó siempre entre banalidades más o menos disculpables, ha pasado inadvertido uno de los caracteres políticos más fuertes de la España moderna...»*

Y tras añadir que «Manuel Azaña reunía una serie de condiciones indispensables al político», concluía Del Vayo: «Era natural que tratasen de arrinconarle lo más posible», aludiendo, sin duda, a la década 1913-1923 de Azaña en el Partido Reformista. Puede así decirse que la verdadera revelación de Azaña fue la de los cinco años 1920-1923, iniciados por sus escritos de *La Pluma* y representados también por el artículo aquí reimpreso.

No quisiera terminar esta brevísima presentación del artículo «Un año de dictadura», sin dejar constancia de cuán grato me es poder contribuir, con la identificación de este texto, al volumen de homenaje a la memoria de don Manuel Azaña que han preparado, tan desprendidamente, mis buenos amigos Vicente-Alberto Serrano y José María San Luciano, jóvenes tan representativos de la España actual consciente de su historia y deseosa de proseguirla.

*(14 de julio, 1980. 49º aniversario de la inauguración de las Cortes Constituyentes de 1931 y 13º aniversario de la publicación del volumen III de las Obras completas de Manuel Azaña).*



# UN AÑO DE DICTADURA



**MANUEL AZAÑA**





**E**L mes de agosto pasado, Alfonso XIII, hablando en cierta playa del norte con un sportman, amigo suyo, le dijo:

—Sabía que Primo de Rivera es un hombre muy ligero, pero no le creía tan estúpido.

Acababa de desenlazarse una intriga palaciega y militar, primer embite serio dado por los generales descontentos para derrotar al dictador. Calvacanti, encartado en el proceso abierto por los desastres de Africa, sublevado en septiembre de 1923, y actualmente jefe de la Casa militar de Su Majestad dirigía la maniobra. Le salió mal, como otras menos incruentas que han tenido lugar bajo su mando en los campos rifeños. El rey, esquivando un conflicto demasiado áspero y azaroso, consintió a última hora en prorrogar su vacilante confianza al Directorio de Primo de Rivera. Justo es decir que los más acérrimos partidarios de este sistema de gobernar, se hacían cruces ante la inminente elevación de Calvacanti al rango de primer ministro. Su nulidad es conocida; y está —añadimos nosotros— desprovisto de comicidad. Habríamos pasado de la tontería expansiva y alharaquieta de Primo de Rivera, a la tontería adusta y displicente de un oficialito de frente angosta. La mutación se aplazó. Y Primo de Rivera se dio el gusto de insultar en una nota, sin nombrarlos, a sus adversarios momentáneamente vencidos. Con las palabras arriba transcritas, Don Alfonso reprobaba el petulante ardimiento de su ministro universal.



Por su lado, el general Primo de Rivera, que conoce de sobra el estilo de su amo, decía en la intimidad:

—Sé que el rey me quiere «borbonear». Allá veremos.

«Borbonear» es neologismo necesario. Primo de Rivera lo adopta para expresar la doblez regia, trasunto de la felonía de Fernando VII, de quien Don Alfonso ha heredado más ciertamente la deslealtad que la sangre. Ambas anécdotas resumen, al concluir el primer año de la dictadura, la situación en que se hallan los dos personajes principales de esta tragicomedia. El rey quisiera salir del mal paso en que se ha metido. Un gobierno que se decía onnipotente, resulta ineficaz como ninguno y se muere asfixiado en el vacío, merced a la opresión y al silencio que en torno suyo crea; llamándose «nacional», se ha concitado el desdén, la burla o el odio de los españoles; venido para apretar los lazos (a su entender, relajados) de la nacionalidad y a suprimir los sentimientos separatistas, siempre en Cataluña, por su política de vejaciones estúpidas, tantos rencores que no puede mirarse hacia este lado sin aprensiones graves para lo futuro; debelador de los políticos concusionarios, es el más devoto campeón de los negocios del capitalismo; gobierno exclusivamente militar («gobiernan solos el ejército y la marina», repite el general Primo de Rivera) se ha visto encarnecido, vejado, desacatado en la persona de su jefe por la flor y nata del ejército de Africa; en fin, este cogollo de estrategias metidos a estadistas, celosos, hasta el furor, de la honra de las armas, expertos en el arte de la guerra, se deja sorprender y derrotar por las hordas marroquíes, tras de ejercer durante un año en ambas orillas del estrecho su autoridad omnimoda. De las miras del rey ninguna, salvo quizá la de ahogar momentáneamente el escándalo de las responsabilidades, se ha logrado. Quisiera formar un gobierno de transición, un gabinete mestizo de paisanos y militares, presidido por otro general que preparase el retorno a una normalidad aparente. El trance es apretado. Los antiguos servidores de la monarquía, insultados por Don Alfonso en el preámbulo de algunos decretos, concededores además de lo que sería el gobierno en estos apuros, no parecen hasta ahora resueltos a sacarle las castañas del fuego. Y Primo de Rivera, que ha tomado apego a las satisfacciones del mando, podría amenazar a la dinastía, si el general cumple su propósito de no dejarse borbonear. Algunos militares adictos a la persona del rey, y los aristócratas que tienen entrada en Palacio, no recatan el temor de que el Presidente se revuelva, si a deshora se siente mortificado en la ambición o en la vanidad, contra su propio amo. Peligro remoto, ya que el ejército no está unánimemente junto a Primo de Rivera, y lo estaría menos para un golpe antidinástico. Pero ese recelo prueba el amor y la confianza reinantes entre los alegres triunfadores de 1923. Dice el refrán castellano: «Donde no hay una harina, todo es mohina». En efecto, nunca se ha visto gobernantes



más amohinados. Recapitulemos brevemente, ya que se cumple ahora el aniversario de su exaltación, las etapas de este fracaso.

## I

## EL PUEBLO SUMISO

Doce meses largos llevan los nueve brigadieres del Directorio reuniéndose día tras día a deliberar en torno a la mesa del Consejo. Aunque en las notas oficinas ponderan con ingenuidad militar lo mucho que trabajan, lo apretadamente que discurren y lo que se desvelan por el bien público, ni ellos mismos pueden desconocer que no les acompaña la fortuna. Todo está peor que el año pasado. Y habiéndose propuesto puerilmente fabricar «en noventa y cinco horas una nación nueva», su patriotismo no les ha inspirado todavía una solución que valga la pena de tomarse en serio para ninguno de los males que afligen al pueblo. Antes de hablar de la incompetencia técnica de los generales en los diversos ramos de la administración pública ni de la cortedad de su entendimiento, como de causas que explicarían en parte su fracaso en el Gobierno, conviene notar y remachar esto otro: que el Directorio, por su extracción, por sus ideas y métodos, lejos de inaugurar un nuevo régimen, es la quintaesencia de la política vieja, su emanación natural. Del régimen político español, el Directorio sólo ha suprimido la desvencijada apariencia constitucional: hoy la estructura íntima de la monarquía está al desnudo. El Directorio es la manifestación aguda, probablemente mortal, del humor maligno que nuestro cuerpo político llevaba dentro. El militarismo exasperado por las derrotas, y el creciente despotismo del rey, coagulados en una patriotería verbosa e ineficaz, nutrida de representaciones históricas falsas, contemporizaban con las formas parlamentarias. Campando ahora por sus respetos, hubiera sido formidable que se destruyeran a sí mismos, que obraran, ya sin trabas, en contra de sus apetitos. Devoran con rapidez y ansia mayores el cuerpo postrado de la España, que ni siquiera puede quejarse y decir dónde le duele.

*La necesidad del daño público* pesa fatalmente sobre la gestión del Directorio, y explica por qué la nación no ha de salir regenerada sino estropeada de sus manos; por qué la eficacia de los poderes usurpados por Primo de Rivera no ha correspondido a su nunca vista extensión. Poderes ilimitados, absolutos, mucho más vastos que su capacidad personal para la acción. Poderes como nadie los ha tenido en España. En los primeros días su voluntad era ley. Si hubiese querido hacer senador a su caballo o grande de España a su querida, nadie le habría dicho que no; cosas más chocarreras ha llevado a término. Estaba como nuestro padre Adán en el Paraíso, cuando el Señor le permitió poner nombres a los animales recién salidos de



la nada. Se ha visto que el repertorio del nuevo Adán era pobre; tenía poco que decir, ni a los hombres ni a las bestias; la prueba excedía con mucho a su capacidad, y hay innumerables cosas de las que todavía no sabe ni el nombre. Mas, siendo grande su poder, como hemos dicho, en virtud de su título de usurpador, todavía lo ensanchaba la falta de oposición. Nadie hizo siquiera el ademán de resistir. El rey estaba en el ajo. Del gobierno ya hemos contado cómo no se defendió. Los partidos políticos monárquicos y los catecúmenos del monarquismo se enterraron, como los conejos se esconden en sus madrigueras al olfatear al podenco. Desde entonces se contentan con glosar irónicamente en sus tertulias los traspies del Directorio; entre los grandes ex parlamentarios la diferencia consiste en la mayor o menor acritud de las sentencias que profieren contra el rey<sup>1</sup>. Los republicanos carecían de programa, de organización y de fuerzas. Los partidos catalanes, o eran débiles, aunque fuesen violentos, o al pronto los engañaron y amasaron con promesas de autonomía, o de política arancelaria proteccionista, o con seguridades de mantener sangrientamente el orden, todo ello grato a la clase patronal<sup>2</sup>. Los sindicatos revolucionarios, adiestrados en las luchas sociales de Barcelona, sólo habrían podido promover algún trastorno local. El partido socialista (SEIO) y la Unión General de Trabajadores se estuvieron quedos: porque el advenimiento del Directorio era una contienda entre burgueses; porque no podían afrontar un choque, seguramente sangriento, que, todo lo más, habría restituido el mandato a los Romanones, Alhucemas y Mauras; porque un movimiento obrero en tal razón habría reforzado la autoridad del Directorio, presentándolo como salvador de la sociedad. Ffuo fue que los partidos políticos organizados no opusieron al Directorio ni el estorbo de un grano de arena. ¿Hubo conato de resistencia en otros lados? En ninguno. El Directorio había expulsado al personal gobernante. Ajeno a la práctica de los negocios públicos y al manejo de la máquina administrativa, la sumisión de los cuerpos civiles del Estado le eran tan necesaria como el aire para respirar. Los servicios de Hacienda, los de Correos y Telégrafos, los de Justicia y otros que por su vastedad y complicación no pueden improvisarse ni reemplazarse rápidamente, tuvieron en sus manos la vida del gobierno. La simple huelga de brazos caídos habríale forzado a capitular.

<sup>1</sup> El señor Maura, califa del conservadurismo católico-social de España, ha circulado en el mes de julio último una carta, condenando, por sencillas y evidentes razones, al Directorio y su política. La carta tiene el defecto de llegar con diez meses de retraso. Es chusco que en el partido maurista, «de historia negra», según proclama Primo de Rivera al contestar a Maura, ha encontrado el Directorio los pocos esquirols que le ayudan a regenerar a España.

<sup>2</sup> Un conspicuo catalanista decía: «Si los catalanes hiciésemos algún movimiento contra el Directorio, inmediatamente se desencadenaría una cruzada patriótica contra Cataluña en toda España». No le falta razón. A semejante ardid se apeló para desprestigiar el movimiento revolucionario barcelonés de 1909.





Nada hicieron. Peor aún: soportaron muy humildes los palos de ciego que, ilustrados con sarcasmos copiosos, descargó sobre sus cabezas el Dictador. Entre los funcionarios españoles no existe sentimiento alguno de solidaridad profesional. En los cuerpos más selectos reina un espíritu de mesocracia conservadora, adicta al Poder; la petulancia y el orgullo de sus miembros se satisface con el moderado brillo de su función. En los rangos inferiores, en el proletariado burocrático, al borde de la miseria, pero sin clara conciencia de su posición de asalariados, las pretensiones a figurar como burgueses, como hombres de «profesión liberal» se sobreponen generalmente a los espilonazos de la necesidad. Nada más tristemente cómico que un oficial de administración con tres mil pesetas de sueldo anual, que se llama a sí mismo «clase directora». No hay, pues, ni asomo de organización sindical. Muchos tomarían a insulto el consejo de ingresar, federados, en la Casa del Pueblo. Lo más que hacen, unos y otros, es desquitarse de la cortedad de las pagas escatimando el trabajo y la asistencia de sus oficinas. Al Directorio, por tanto, nada le amenazaba por ese lado. Mejor aún: el mermado prestigio de los empleados públicos le sirvió a Primo de Rivera para prolongar la victoria obtenida sobre los políticos. Cada vez que deseaba arrancar aplausos a la galería o entretener la expectación del vulgo, decretaba alguna medida contra los funcionarios. Diríase que los culpables de los desastres de África o los malversadores de los caudales destinados a la alimentación del ejército, fueron los escribientes de los ministerios. Tres meses estuvo el Directorio tejiendo y destejiendo el nuevo régimen de las oficinas. Deliberaba si los porteros en tal ministerio habían de ser ocho o diez; si los escribientes en cual Dirección serían veinticinco o treinta; si los viáticos montarían a diecinueve o a ventidós pesetas. Quiso depurar la administración; destituyó a medio centenar de funcionarios por no asistir a la oficina. (O el mal no era tan grave como decían o no se ha hecho tan rigurosa justicia como prometieron). Fijó en cinco horas diarias el trabajo de los empleados; se entraba a las nueve de la mañana; pero los generales y oficiales del ministerio de la Guerra tomaron a mal la obligación de madrugar. El Gobierno, amable con sus congéneres, rebajó una hora y el trabajo empieza a las diez. El Directorio declaró saneada la administración.

Notemos especialmente la actitud de la magistratura. Los señores encargados de la misión «augusta» de aplicar el derecho no han sentido escrúpulo en ponerse al servicio de la ilegalidad y la usurpación. Habitados muchos, cuando no todos, a enrolarse en la clientela de los personajes políticos, tal vez se hallaron sin la autoridad moral necesaria para mantener el imperio de la ley. El Gobierno los ha tratado a puntapiés. No hallándolo bastante dócil, jubiló al Primer Presidente del Tribunal Supremo. Destituyó al juez de Madrid que quiso procesar a cierta *cocotte* expendedora de tóxicos, amiga de Primo de Rivera. Los jueces se han visto espiados y fichados en



sus viajes por la policía. Ni le han faltado al Gobierno tres magistrados del Tribunal Supremo que se presentasen a constituir un tribunal secreto, donde, sin forma de juicio, sin fundar los fallos, solamente sobre su conciencia (de la cual nadie conoce la entereza ni la finura), han pronunciado la destitución o la expulsión de otros compañeros que, siendo culpables, tendrían derecho a las garantías procesales acordadas a cualquier criminal. En fin, hemos visto excesos de celo, repulsivos por demás, con motivo de los procesos intentados contra los políticos proscritos. El gobierno ha recompensado estos servicios con largueza. Mientras algunos oficiales del ejército obtenían comisiones en el extranjero, «para perfeccionar el francés», con un diario de setenta y cinco pesetas oro, aumentaba el sueldo de ciertas clases de la magistratura en una peseta cincuenta céntimos, también al día... Cuando el Directorio caiga, los funcionarios exultarán de júbilo. Quizás se revuelvan contra el Gobierno que les niegue ciertas satisfacciones merecidas. Y algunos magistrados, hoy muy celosos en el servicio del Directorio, volverán a subir la escalera de los magnates políticos y a esperar en las antecámaras la merced de un ascenso, de un traslado ventajoso. Es lo normal. Pero no podrá decirse sin lisonja que el civismo ni la conciencia jurídica se han refugiado en esa digna corporación.

Por último, la prensa, de cuyo poder en España no tenemos una opinión muy ventajosa (raro será el periódico que tire cien mil ejemplares), pero que al fin es una fuerza, tampoco ha opuesto al Directorio el más mínimo estorbo. Salvo excepciones contadas, en general le ha apoyado, aunque sólo fuese indirectamente, prestándose a secundar su propaganda, su estúpida *réclame*. La actitud de la prensa debe juzgarse desde dos puntos de vista: político y profesional. Políticamente, la prensa de ultraderecha se ha puesto al servicio del Directorio, como en buena lógica debía esperarse. Más avisados o más sinceros que algunos «liberales» de singular catadura, que pretenden vigorizar la democracia estrangulándola... temporalmente, aquella prensa vio desde el comienzo la significación del Directorio, y le apoyó y le apoya por lo que es en sí: una brutal reacción militarista, capitalista y clerical. La prensa que puede incluirse bajo la rúbrica de «liberal» ha mostrado reserva u hostilidad —a veces, con exquisitos, distingos— frente a la dictadura, salvo alguna excepción ruidosa producida no se sabe por qué erróneo cálculo comercial o mala apreciación de lo que el militarismo triunfante podía dar de sí. Pero unos y otros periódicos, cultivando a propósito de la gestión del Directorio un sensacionalismo impolítico, han difundido por el ámbito de España las proclamas, los decretos, las notas oficiosas, las menores palabras de los generales. Primo de Rivera ha tenido en cada papel una tribuna sin contradictores. Algunos diarios, en apoyo de la estrategia dictatorial, que consiste en presentar a este Gobierno como regenerados de la máquina administrativa, llegaron al ridículo extremo de



reproducir la prosa de la *Gaceta*, incluso las órdenes y resoluciones ministeriales insignificantes; el público, no acostumbrado a encontrar en su periódico los frutos de la minerva burocrática, creía que por primera vez se meneaban las plumas en los ministerios con salvadora velocidad. Propaganda tanto más valiosa cuanto que no era ni es posible insinuar el menor disenso. La prensa vive aherrojada por la censura. Este aspecto de la cuestión nos interesa profesionalmente. Ningún obrero se prestaría a realizar su trabajo en las condiciones impuestas a los periodistas españoles. Parece que, aun sin hablar de opiniones, los trabajadores del periódico debieran recabar primeramente un estado de libertad profesional, como todos los oficios lo tiene. A los periodistas les molesta su situación actual; carecen, por lo visto, de fuerza para hacer respetar su dignidad. El interés de las empresas editoriales se sobrepone al sentimiento de sus colaboradores. Y el Directorio, con amordazar a la prensa, realiza sobre el país un chantaje colosal; porque él sabe, y lo confiesa, que sin censura viviría una semana. Meses hace, los periódicos de una capital suramericana suspendieron su publicación porque el gobierno cometió no sé qué violencia con un director; y no se publicaron mientras no se obtuvo enmienda. Si tal se hace por defender el derecho de uno (en suma, el de todos), ¿qué no debería hacerse en defensa del principio de la dignidad profesional común, hollado por el capricho de unos soldadotes desenfrenados? Desgraciadamente, el espíritu público en España hállase tan decaído como el hecho siguiente demuestra: con los reyes de su país vinieron a España en el mes de junio pasado algunos periodistas italianos. La Asociación de la Prensa de Madrid ofreció a sus colegas, entre otros agasajos, un banquete. ¿Quién estaba, como invitado de marca, a la derecha del presidente de la Asociación que brindó el obsequio? El coronel jefe de la censura militar. El representante oficial de la prensa no es riguroso con la mano que la castiga. Los caracteres no dan más de sí.

En suma: ni partidos políticos, ni prensa, ni gremios profesionales, ni corporaciones del Estado fueron estorbo para la dictadura. En los tres últimos meses de 1923 los generales vivían de las promesas libradas sobre la credulidad del país. Ofrecían cosas grandes, incluso terribles. El Dictador se paseaba solo en la escena, blandiendo un chafarote innecesario por falta de enemigos. Asombrado de la magnitud de su triunfo, el dictador era feliz.

## II

### SILUETA DEL DICTADOR

Trota en su corcel a lo largo del Paseo de la Castellana en un día radioso del invierno de Madrid, y las mujeres, viéndolo pasar, se dicen: Ese es Primo de Rivera. O bien cruza el foyer de la Ópera en el primer

entreacto y se queda plantado a tres pasos de sus polizontes, husmeando la curiosidad, quien sabe si la admiración, de los espectadores. O asiste a las comidas de gala en los mejores palacios «de la alta», porque no es sólo dictador, sino marqués, y «grande», de los que se cubren ante el rey. O desembarca en Italia, por esta vez en son de paz (¿cómo habrá recordado las proezas de los milites hispanos en aquel país!), y de buenas a primeras le propone a su compinche Mussolini: ¿Vamos a tutearnos, Benito? O visita una capital de provincia, en carretela descubierta, llevando a su derecha un brigadier retirado que hace los papeles de alcalde: el obispo le bendice, e incluso le da de comer; los estados mayores de la Unión Patriótica, algunos vecinos cuadragenarios que, escopeta al hombro, poco marciales, representan la fuerza del somatén y la policía local lo aclaman. O prodiga su figura a las residencias de estío. Tal vez, en un Palace marítimo, una linda señorita le invita a bailar. ¡Ay! El general no sabe los bailes modernos. No importa: Bailarán un vals antiguo. El general depone su charrasco y baila. Es la fuerza desarmada por la gracia. Tal vez en el andén de una estación otra doncella, hermosísima y discreta como la Dorotea del Quijote, venciendo su pudor, planta dos besos patrióticos en las mejillas del general. Es el galardón que más codicia:

*«...las mujeres, todavía  
son mi dulce manía»,*

podiera repetir el dictador si leyera versos. En términos más broncos lo dice y lo repite. Inaugura la Universidad o los tribunales; descubre estatuas; impone cruces y medallas; evoca a Isabel I en Medina del Campo; arenga al apóstol Santiago, que no chista, en su sepulcro; arenga a los mártires y a los héroes; raro será el discurso en que no requiebre a las mujeres. Por ellas ha querido ser popular y conquistar a España. Así, festejado en Andalucía con zambras gitanas, en las Asturias con música de tamboril y gaita, en todas partes con luminarias, banderolas y árboles de pólvora, le hemos costado al dictador, durante un año, la vida más jocunda, estruendosa y triunfal que puede soñar un teniente en los ocios de la guarnición provinciana. Si nos regatea la merced de gobernar con tino será asaz de ingrato.

Que no sería Marco Aurelio, los esperábamos; que está tan cerca de Pecuchet, a los más recelosos nos sorprende. Es Pecuchet por el aspecto intelectual de su figura: tardíamente, con pocas luces, se ha puesto a manipular en los más arduos problemas. Primo de Rivera se arroja en las cuestiones de Estado con la misma candorosa audacia de Pecuchet en los temas de la cultura; con igual presunción; a veces con las mismas palabras: «Il est temps de ne plus croupir dans l'égoïsme! Cherchons le meilleur système» —dice Pecuchet.



—Tu comptes le trouver?

—Certainement!».

Y el general, que pretende sacrificarse metiéndose a estadista, exclama en una arenga: «¡Gobernar es muy fácil!». Un día aconseja a los españoles la avicultura y la arboricultura, «non pour le plaisir, mais comme spéculation», y nos echa la cuenta de lo que podrían producir los conejos caseros, los huevos de gallina, las abejas... Algunas de sus frases («¡Ahora rigen sólo las leyes naturales!»), habríalas dicho Pecuchet si en lugar de una finca Bouvard hubiese comprado un reino para ensayar la política experimental. Hablando en Jerez, su ciudad natal, que a los caballos y a los vinos debe su fama, Primo de Rivera refirió esta anécdota «hénaurme»:

«Un día Su Majestad el rey me dijo:

—Gobernas muy bien. ¿Dónde has aprendido a gobernar?

Señor —respondí—, en el Casino de Jerez.

—Ya se conoce que has estado en contacto con el pueblo».

Tal es su preparación; tal la causa de su «facilidad». El general comparte con el héroe flaubertino la pesadumbre de no haber echado a tiempo los cimientos de esta su vocación, descubierta con retraso. «Ils recâconnurent —refiere Flaubert— qu'une base manquait à leur études: l'économie politique». Primo de Rivera lamenta de «haber malgastado su vida» en vez de prepararse por el estudio a realizar la felicidad de España. Cuenta con la gloria, pero a su tiempo, paso ante paso. Recién exaltado al Poder, los jerezanos quisieron rendirle homenaje: lápida, estatua, dedicación de calle; no sé. Primo de Rivera telegrafió: «*Es pronto todavía*. Aplacen el homenaje para cuando haya cumplido mi obra».

Es, por su carácter, el tipo acabado del oficial presuntuoso, del señorito mimado por la suerte, manirroto, aturdido e insustancial. Pueril como en sus quince años, se determina por piques de amor propio; lo que le importa es «quedar siempre encima de todos». En sus palabras aparece con tanto descaro la distancia entre sus pretensiones y su capacidad, y se cuida tan poco de disimular sus propósitos, que hemos pensado si estaríamos delante de un mistificador genial, si este hombre no andaría burlándose de la nación, tomándonos el pelo. Pero no tiene talento ni sangre fría bastantes para desempeñar ese papel, que le convertiría casi en un hombre superior. Su fondo es la soberbia, asentada en vanidades tóxicas; su modo, una ligereza increíble. Se atropella tanto, que no siempre es intencionado. Ni el menor lastre aportado por la educación o la cultura corrige su falta sólida natural de seriedad. Los prejuicios de militar constituyen la más sólida armazón de su conciencia moral, donde ocupan el lugar del orgullo. Toman por ideas los residuos



triviales de sus cortos estudios de oficial, y ejerce su desenfado a costa de la historia de su país. Ni del valor real de España ni de sus hombre eminentes tiene noticia segura; en eso, por desgracia, no está solo. Todavía otra anécdota, y lo dejamos:

Deportó a Unamuno, por despecho personal, sin saber quién era. Mirábalo (así se lo habrían señalado) como un «triste profesor de griego», que se entrometía a escribir de política. Semanas más tarde, el dictador, en Bilbao, patria de Unamuno, se hospedaba en casa del alcalde. Un pariente y comensal de este funcionario, indignado por la vejación cometida en la persona de Unamuno, de quien es camarada y amigo, se negó a aparecer delante de Primo de Rivera y a sentarse con él a la mesa. Accedió, por fin, a conocerlo, movido por los ruegos del alcalde, bajo la condición: que tendría libertad para decirle a Primo de Rivera lo que pensaba de su acción contra Unamuno. Así se hizo. En el curso de una comida el caballero bilbaíno disertó ardientemente sobre la cuantía intelectual de don Miguel y puso una docena de libros suyos delante del dictador, aconsejándole que se los llevara y los leyese. No disimuló el general su ignorancia. Tomó dos volúmenes, uno de ellos la *Vida de Don Quijote y Sancho*. Que lo ha hojeado es indudable, y con raro fruto. Unamuno, para glosar los dichos y hechos del caballero y el escudero adopta la ficción literaria de suponer que ambos héroes fueron personas realmente vivas, muy superiores a la invención de Cervantes y a la idea que el poeta se formó de ellos. Tal ficción, que sería una simpleza de no entenderla *cum grano salis*, ha excitado las bilis del dictador. Polemizando en una nota oficiosa decía que algunos desgraciados españoles «llegan a negar a Cervantes la paternidad del *Quijote*».

La deportación de Unamuno es la tropelía personal más violenta cometida por el dictador, la más resonante, en razón de la calidad de la víctima. Otras análogas —prisiones, destierros, secuestros— ha cumplido. Pero su temple no es sanguinario. Por ningún lado es grande; ni siquiera es cruel su despotismo. Bravucón, arbitrario, muy pagado de las apariencias; blando en el fondo, relajado en demasía para soportar la terrible pesadumbre de los escarmientos irreparables. Restringe la gracia de indulto. Somete ilegalmente a los consejos de guerra ciertos criminales vulgares, los ajusticia con insólita rapidez<sup>3</sup>, y eso le vale una patente de riguroso paladín del orden. Pero no ha incurrido todavía en crímenes políticos, en las muertes por razón de Estado. Notamos el hecho, sin apuntar como un mérito su relativa humanidad. La resistencia que ha encontrado —se dirá— no incita a represión cruenta. Cierto.

<sup>3</sup> A dos condenaron a muerte en Tarrasa, y antes de reunirse el consejo de guerra ya estaba en movimiento el verdugo. El ejecutor de aquella obra cayó acribillado a balazos en una calle de Barcelona meses más tarde. Desquite hasta ahora impune, que se sepa.



Pero él pudo, incluso sin necesidad (digo «necesidad» poniéndome en su punto de vista), valerse del terrorismo preventivo. Algunos lo esperaban, lo deseaban; algunos muy próximos al dictador lo habrían hecho. El carácter personal de Primo de Rivera ha prestado a la dictadura este giro de ininteligente bufonada, en lugar del porte lúgubre y feroz que habría cobrado en manos, por ejemplo, de Martínez Anido. En punto a verter sangre, hasta se está vertiendo en Africa, por culpa precisamente de Primo de Rivera; pero eso no le caracteriza ni le distingue de otros gobernantes españoles, militares o paisanos, que han hecho de los montes berberíes el ara sedienta del patriotismo.

### III

#### UN PERSONAJE SOMBRÍO

El hombre funesto del gobierno es el general Martínez Anido. No forma parte personalmente del Directorio<sup>4</sup>. Ocupa tan sólo la subsecretaría de Gobernación. Como no hay ministros, viene a ser, bajo la férula de los generales directores, el jefe de su ministerio. Aunque su cargo le sitúa oficialmente en la condición subalterna y famular de los demás subsecretarios, nadie le confunde con los modestos «pékins» que dirigen, como de prestado, la Justicia, la Instrucción Pública o el Trabajo. Zorros viejos de la política anterior, a la que servían fervorosamente para medrar, los unos; jovencuelos que se han dado más prisa en mostrar su falta de decoro que la solidez de su talento, los otros; la importancia personal y política de todos, es nula. Pondríanlos a barrer la oficina, y ellos la barrerían en obsequio de sus amos, con iguales fervor y técnica con que ahora eyaculan reglamentos; ni la nación perdería nada, ni los generales los tendrían en mayor estima que hoy los tienen.

A Martínez Anido nadie le echa el mismo rasero. Representa una fuerza, una política; tiene una historia, ¡qué historia!, cimienta de su fuerza, demostración de su política. Hacia 1920, después de una huelga importante fue nombrado gobernador civil de Barcelona y su provincia. Pocos sabían quién era; él mismo se presentó al ocupar el cargo: «He estado en Cuba y Filipinas; debería estar en Africa. El Gobierno me envía aquí; haré cuenta de que estoy en campaña». En efecto; organizó la represión del sindicalismo revolucionario por el procedimiento de

<sup>4</sup> Se recordará que el Directorio está compuesto del presidente, ministro universal, de ocho generales, delegados de las ocho regiones militares de España, y de un almirante, delegado de la Marina. Ninguno de ellos tiene atribuido oficialmente el despacho de un ministerio.



cazar a tiros en las calles de Barcelona a sus hombres de acción, asegurando la impunidad de los matadores. Esa «campana» produjo, según Martínez Anido, ochocientos atentados, quinientos muertos; tal es el parte que llamaríamos oficial; las cifras reales debieron ser más altas. Si no hubiese contado con el apoyo de los patronos barceloneses, con el silencio cómplice de los partidos gubernamentales, con la timidez de la gran prensa, que ni entonces ni después se atrevió a esclarecer este plan tenebroso, Martínez Anido no habría osado descargar el primer golpe, ni, descargándolo, habría habido gobierno que lo sostuviese. Halló cuanto quiso: estímulos, recursos, disimulo. Fue el ejecutor (genial, si se quiere) de la venganza que ardía en los pudientes de Barcelona. Eso no disculpa al general; revela no más el estrago, el envilecimiento en la conciencia en ciertos grupos «refinados y cultos». La política de Martínez Anido le costó la vida al presidente del Consejo de Ministros, señor Dato, asesinado en Madrid por tres obreros catalanes. No recordamos ahora (quisiéramos que la memoria nos fuese infiel), entre los lamentos derramados sobre el cadáver de Dato, una voz, ni una sola, que mostrara la conexión entre aquel crimen y los cometidos por las autoridades de Barcelona. A los dos años muy cumplidos de mando, Martínez Anido fue relevado por un gobierno conservador. El ministerio encontró probablemente que el general se pasaba de la raya<sup>5</sup>. Las clases «directorales» de Barcelona, las «fuerzas vivas» celebraron asamblea para protestar contra la decisión del Gobierno, tachada de bolchevizonte, y representar el riesgo en que ponía el orden social.

En la represión del terrorismo se usaban dos modos de aterrorizar: las conducciones por carretera, de un extremo a otro de la península, a pie, con una ración de rancho carcelario al día, bajo la custodia de la Guardia civil, expuesto siempre el conducido a «la tentación de fugarse»; y las bandas de pistoleros que en las calles de Barcelona tomaban el desquite, siempre mortal, siempre impune, de los atentados contra los patronos. Ambos usos le fueron sugeridos a Martínez Anido por un huelguista barcelonés; él le reveló que los hombres temían más una conducción de Barcelona a Cádiz que un año de cárcel; él le confesó que para romper la huelga en curso (huelga de cocineros) necesitaba dos cosas; armas y que la policía hiciese la vista gorda.

Se estableció un talión, agravado en progresión geométrica, para responder a los atentados contra los patronos: primero mataban uno por cada uno, después dos por cada uno; en fin, diez y hasta veinte por uno.

<sup>5</sup> Dijose entonces en el Parlamento que se hacían ejecuciones en el puerto de Barcelona, sumergiendo a las víctimas con una piedra atada al cuello.





«—Cierta día —ha referido Martínez Anido— vinieron a decirme que en el hospital clínico había veintiún hombres patas arriba. Se han excedido en uno, me dije».

Estaba convencido que si mataban a un solo guardia civil, morirían todos los sindicalistas presos. Mataron a una pareja de guardias. La ocasión era llegada.

Se habría cumplido el plan «a no ser por dos autoridades locales que se opusieron»; oposición que Martínez Anido atribuye, con otras palabras, a la «poca hombría» de sus colaboradores. La corrupción en gran escala, una red tupida de traidores y soplones, aseguraba la puntería de las pistolas. Nadie estaba a salvo. Ya no se sabía por cuenta de quién ni contra quién iba el último soborno, la última delación. Los mismos jefes del sindicalismo revolucionario llevaban en su séquito más próximo al confidente policíaco, encargado de entregarles a las balas cuando sonase su hora. En ese infierno no solamente cayeron los aventureros sin alma de uno y otro bando que por unas pesetas se asesinaban en las calles, pero también hombres inocentes, como el abogado Layret, inválido, varón justo, a quien todos conocimos y apreciábamos. Sobre otros, como Salvador Seguí *El Noi del Sucre*, líder del movimiento sindicalista, estuvo suspendida la muerte algunos meses, y a lo último lo asesinaron; su colega Pestaña, si aún respira, débelo a que sus asesinos no le acertaron en el corazón. Depuesto Martínez Anido, todavía hubo atentados en Barcelona, pero el sistema de responder al crimen con el crimen no parece haber subsistido. Las bandas movilizadas y adiestradas por la policía terrorista se consagraron, faltas de trabajo, a saquear los Bancos. Esa aplicación nueva suscitó una alarma, una cólera indecibles. Muchas gentes respetables descubrieron que la vida de los empleados de los bancos es sagrada, más sagrada (por estar en contacto con el numerario, sin duda), que la de los infelices asesinados por las mismas manos y armas en las calles de Barcelona. El susto era tan grande, que los generales no dejaron de aprovecharlo al fraguar su dictadura. Ofrecían exterminar a los pistoleros. Tal promesa sentó muy bien en las masas «neutras» españolas, insensibles y tontas por ser neutras. Que no se gritara ¡muera España! en Barcelona; que no corriesen peligro los depósitos en los bancos; eso importaba, hiciéralo quien lo hiciera y a cualquier costa. Y ese fue el mayor crédito del Directorio.

Al dejar el gobierno de Barcelona se creyó generalmente que Martínez Anido moriría asesinado. Los precedentes le eran adversos. Fue objeto durante su mandato de nueve atentados, siete con armas y dos con veneno; alguno fue preparado por los de su propia ronda para sacarle dinero, pero otros existieron realmente. No hacía mucho que su prede-



cesor en el gobierno de Barcelona, el marqués de Salvatierra, cayera muerto a balazos, ya cesante del cargo. Y otro ex gobernador de Bilbao murió también desastrosamente por venganzas derivadas de su mando. El mismo Martínez Anido debió temer por su vida. Andaba de un lado para otro, oculto cuanto podía. Llegó a vivir en una isla de la costa gallega, donde le dió asilo un republicano de Vigo. De situación tan precaria salió inopinadamente: el ministerio liberal le nombró comandante general en la zona de Melilla. Era, ya que no una rehabilitación, un desagravio, un desquite. ¿Quién lo pidió y lo impuso? Las juntas de Defensa, probablemente, o el rey. Un gabinete de izquierda no pudo prescindir de los servicios de Martínez Anido. ¡Si serían importantes! Breve tiempo estuvo en Africa, y no esquivó su sino: mandaba en Melilla cuando una bala cortó la vida a Drid ben Said, moro amigo de España, su principal agente de penetración en el Rif. Quiso conquistar Alhucemas. Trazó un plan; porque no se lo aprobaron se volvió a España abrumando al Alto Comisario (a la sazón un hombre civil) con sus desaires. El golpe de Estado pareció querer arrinconarlo: no le dieron plaza. Con refunfuñar un poco le llamaron a la subsecretaría del Interior. En ella está, como una esperanza, como una amenaza. Se jacta de poseer la verdadera fuerza del gobierno; se duele de que no le otorguen la importancia correspondiente; lamenta la «transigencia» de Primo de Rivera. Fue unos meses, heredero presunto de la dictadura; sería, en caso de disturbios, el hombre «providencial». Ni escrúpulos ni dudas paralizarían su brazo. Martínez Anido, dice:

—No me remuerde la conciencia de haber hecho daño a nadie.

¿Daño? ¡Oh no! Derrama el bien. Encontró a una niña en un camino, mendigando, y, enternecido le regaló diez duros.

Sus probabilidades de mandar personalmente disminuyen por el momento, a medida que el fracaso y a la descomposición del Directorio se precipitan. Cuando el Directorio se disloque, si cae en paz, Martínez Anido podrá quedar como una reserva del orden social y de la monarquía.

#### IV

### LA CONQUISTA DE ROMA

Un grande de España se moría el año pasado en su palacio de Madrid. La reina Cristina, madre de Alfonso XIII, honraba con su presencia una sala vecina a la alcoba donde el prócer, su antiguo servidor, quería dar las boqueadas. En torno de la egregia señora, que otorgaba tan rara prueba de amistad al noble moribundo, hallábanse



los principales de la familia, y no lejos, algunos médicos de la casa y otros facultativos llamados en consulta. Entones la reina Cristina, que es diserta e incisiva, refirió una anécdota laudatoria, a lo menos comparativamente, para su dinastía.

Estaba en Roma, huésped de Víctor Manuel, el rey Alfonso, y como ambos departiesen juntos a solas en una pieza del Palacio, mientras en otra contigua se comunicaban sus graves pensamientos los primeros ministros de los dos reinos, Mussolini, considerando fijamente el grupo de los reyes, exclamó:

—Tú, con un rey inteligente, estás bien. Pero con ese imbécil de rey que tengo, ¿qué puedo hacer?

Si Benito Mussolini descubría en el Saboya un ánimo desigual con sus ambiciones, Primo de Rivera, más feliz, acababa de hallar en el Borbón (si ya antes no lo conocía), un pecho fortísimo, donde pueden cobijarse y sustentarse todos los planes del general, por vastos que sean. Alfonso XIII, en efecto, había pronunciado ante el Papa un discurso sin parangón: émulo de las glorias de sus mayores, se ofreció en destempladas palabras a guerrear con el hereje, con el infiel, con el descreído. Me imagino la discordancia de esa arenga en la corte eclesiástica, tan prevenida contra el desentono, y la triste figura del rey, un poco rudo por la ingenuidad de su fanatismo verbal, un poco provinciano en su papel de noble arruinado que rememora las grandezas de su casa con el énfasis de la peor retórica. En cambio de su promesa de exterminar al infiel, Alfonso XIII pidió: la admisión de los hijos de los grandes de España en la guardia noble del Papa, aumento del número de cardenales sudamericanos y que el Papa interviniese con los párrocos catalanes para detener la predicación del separatismo. Por ridículo que parezca el discurso, no es menos significativo. Prueba lo que intentan hacer de España, lo que harán de ella sus amos, si los dejan: un Paraguay militarizado en provecho del rey. Rey más papista que el Papa, antepone la cualidad de católico a la del español, excluye virtualmente de la ciudadanía a los disidentes en religión; y es el Papa, menos papista que el rey, quien le brinda una lección si no de libertad y tolerancia, de prudencia humana y de caridad. «Haremos por atender vuestros deseos —responde el Papa— cuanto sea posible, que ello es harto difícil en este mundo»; y acordándose de los no católicos, a quien el rey quisiera, por su gloria, pasar a cuchillo, añade: «Decidles que no los excluimos de nuestras oraciones y bendiciones, sino que, por el contrario, van hacia ellos nuestros pensamientos y nuestro amor». Don Alfonso, con pocos escrúpulos morales en su vida privada, se acuerda de ella porque ha servido y puede aun servir en España de instrumento de la tiranía.



El viaje a Roma, pensado y preparado por el gobierno parlamentario, tenía cierto valor en la política interna de España: jamás hasta ahora el rey católico había consentido en visitar al Saboya en la capital del reino de Italia. ¿No habría sido eso reconocer el despojo del patrimonio de San Pedro? ¿Quién era más soberano, quién preferible en el orden de acatamiento y de la cortesía, el rey, o su prisionero el Papa? Esta cuestión de etiqueta, bajo la cual latía un encono confesional irreductible, ha impedido durante medio siglo que las cortes de Roma y de Madrid se aproximen realmente. Era una concesión a los «integristas» católicos, y en general al tradicionalismo español, que no va siempre aliado a la fe religiosa. Por ejemplo, un escritor de fines de siglo (Ganivet), que, como propulsor del movimiento de «regeneración» nacional ha ejercido cierta influencia, decía en su *Idearium español*: «España debe intervenir en Italia para resolver la *cuestión romana*». Si tal punto de vista se halla incluso entre librepensadores, imagínese el ánimo de los parciales de la tradición católica. Ir, pues, Alfonso XIII a Italia, aunque fuese tardíamente y en la sazón más recia del mussolinismo, habría tenido algún color en la política española de realizarse el viaje bajo el mismo gobierno que lo pensó y poniéndolo en boca del rey los conceptos pertinentes. Conducido por el Directorio, sin otro séquito que generales y obispos, sin otra inspiración que la del jesuita primario redactor del discurso del Vaticano, el viaje remachó nuestra reputación de fanatismo y resumió la figura de España —como si aquí no hubiese otra vida, otros deseos— en el espantajo inquisitorial, rociándolo de arcaísmos políticos abominables. Exactamente lo contrario de lo que se habían propuesto sus promotores. No reportó mayores ventajas en eso que llaman política internacional; la increíble ligereza de Primo de Rivera dejó correr la especie de un probable acuerdo italo-español para cambiar, en contra de Francia, las bases del equilibrio en el Mediterráneo. Veía venir Primo de Rivera el descalabro español en la inminente conferencia sobre Tánger y por ventura soñó con jugar una carta imposible, la carta italiana, alentando las pretensiones más o menos descubiertas por Mussolini al enviar al puerto marroquí el torpedero *Audace*. ¿Su petulancia creyó trastornar en un santiamén los rumbos de nuestra política exterior, volverla de paciente en agente, y salir de la órbita franco-inglesa por donde, con poca libertad a causa de su flaqueza, rueda España? Es posible. El intento era descabellado y no pasó de palabras, las cuales debieron de ser tantas y tan vanas, que antes de salir Alfonso XIII de Roma, una nota de la embajada francesa en el Quirinal deshizo aquel castillo de naipes. Personalmente, Primo de Rivera tuvo también en Italia poca fortuna. Si su amo Don Alfonso alcanzó por comparación con Víctor Manuel una cédula de rey inteligente, el general no pudo



ocultar a nadie, y menos que a nadie a Mussolini, lo risible de su aventura y sus groseras cualidades. Aunque Primo de Rivera, en el fondo, se le dé tanto de Mussolini como del preste Juan, no escatimó las alabanzas al dictador italiano (buscando un modelo con que autorizar su bandidaje), ni ocultó, babeando la falsa modestia, la pretensión de hombrearse con él. Conocemos el inicuo celo con que Primo de Rivera sirvió la reputación de Mussolini persiguiendo a los periódicos españoles independientes que protestaron contra el crimen de Corfú. Y ahí están el Gran Somatén español y la Unión Patriótica declarando su fracasado remedo del fascismo. Pero el remedo no pasó de ser distante y burdo. Los que en España y fuera de ella han equiparado el mussolinismo y la sublevación de Primo de Rivera, son muy malos catadores de cosas españolas. Italia, con su *duce* histrión, sus bandas negras, sus asesinatos, no conoce todavía, digámoslo en su honor, un grado de abyección tan fuerte como el de esta bacanal de generales libertinos que España soporta desde hace más de un año. Ni la ocasión ni las personas son comparables en una y en otra dictadura. Así lo comprendieron en Italia apenas Primo de Rivera dejó ver su «tête d'officier». Y el más enojado por aquella comparación fue el propio *duce*, quien personalmente prohibió a su periódico, *Il Popolo d'Italia*, que escribiera su nombre junto al de Primo y que llamase a éste el Mussolini español. Y se negó a devolverle la visita en España. Todavía hay clases.

Pues con ser el viaje a Italia no más que una explosión de vanidad verbosa, en él se cumple la página más brillante del despotismo de Primo; también la más inofensiva. En aquel momento su poder estaba intacto. Podía amenazar y ofrecer. Aún había gentes para admirarlo, temerlo o envidiarlo. El mismo no se había dado cuenta de la pesadumbre de sus compromisos ni de la cortedad de sus fuerzas. Desde entonces no ha hecho más que rodar al descrédito, incluso ante los bobos y los ignoras. Actualmente no hay en España una sola persona que lo tome en serio. Dos pruebas han operado esa mudanza: la actitud del Directorio en el asunto de las responsabilidades y el fracaso político-militar en Marruecos, repetición, agrandada excesivamente, del fracaso de 1921.

## V

## UN GENERAL CASTIGADO

Quien oyera, dos años hace, el clamor de la opinión española pidiendo que los culpables de la Derrota de Annual fuesen castigados, y supiese ahora que Berenguer, general en jefe del ejército vencido, se halla encerrado en una fortaleza, pensaría tal vez que la justicia, siguiendo



su curso a pesar del advenimiento de la dictadura militar, había hecho presa en aquel caudillo. Suposición errónea. Berenguer, para quien el fiscal militar pedía veinte años de reclusión, condenado por el Consejo Supremo de Guerra a separación del servicio, fue amnistiado (se anunció la amnistía antes de publicarse la sentencia) y ascendió a teniente general por antigüedad. «Moralmente —ha dicho el propio Berenguer en un libro suyo— yo era teniente general desde la toma de Xauen»; el mismo Xauen que ahora abandona Primo de Rivera a fuerza de sangre y de dinero. Nada ha padecido el general bajo cuyo mando supremo se perdió un ejército de veinte mil hombres, con todo su material y todo el territorio que ocupaba; general a quien el más alto tribunal militar de la nación ha declarado culpable. En cambio, le han impuesto seis meses de forzaleza (y está cumpliéndolos), por haber asistido a un banquete donde oyó gritar ¡Viva la República! En España es, pues, más peligroso escuchar un grito subversivo que perder una provincia.

Que el proceso de las responsabilidades estaba muerto con la instauración de la dictadura, todas las personas discretas lo vieron desde el primer día. Los militares vinieron a eso: «a que no se hablara más de responsabilidades». Con ser grave, lo peor que podían descubrir los procesos no era las intromisiones culpables del rey en las campañas de Africa, ni la ineptitud de ciertos generales, sino la incapacidad, el desbarajuste, la relajación imperantes en todos los escalones de la jerarquía. No había ejército, ni bueno ni malo, sino unas listas de funcionarios uniformados que firmaban la nómina y se buscaban un suplemento de sueldo en Africa. Esto no lo sabía bien el público, y con los procesos incoados iba a saberlo. «Los detalles sobre nuestra impreparación militar —escribe el defensor de Berenguer— ocupan quinientos folios en el sumario»<sup>6</sup>. Además de los procesos por delitos militares, seguíanse una información para averiguar los desfalcos, concusiones y robos que tenían lugar en el ejército de Africa. Se hablaba de generales que concedían ciertos servicios de transporte a sus antiguos ordenanzas; de otro general que bajo nombre supuesto abría tienda en Tetuán, abasteciéndola con géneros sacados del almacén militar; de jefes de destacamento que mandaban matar de hambre al ganado para embolsarse el importe de las raciones; sin recobrar, por muy sabido, el sistema de hurtar en los ranchos, vestuarios, etc., en virtud del cual ciertos cuerpos militares repartían a sus miembros una cantidad fija mensual, como beneficios de aquella turbia empresa. Los soldados, en este capítulo, cuenta y no acaban. ¿Iba a consentirse que tantas miserias saliesen a la luz con la

<sup>6</sup> Defensa del general Berenguer ante el Consejo Supremo, por el general García Benítez Folleto.



autoridad de una información oficial, de unos procesos? Contra esa amenaza se alzó el murallón de la dictadura: salvaban al rey, creían asegurar su prestigio profesional, reservarse intacta la finca opípara de Marruecos. Es notable el encono con que el Directorio, en las primeras semanas, persiguió el descubrimiento de inmoralidades en la administración civil, sobre todo en la esfera municipal. Como reacción contra la mala fama, quiso demostrar acaso que también los civiles habían robado.

El Directorio, sin esfuerzo, redujo a nada los procesos de las responsabilidades: varió la composición del tribunal juzgador hasta reunir una mayoría clemente; ahogó con la censura el efecto moral de la publicidad de los debates. A modo de tanteo se vio el proceso del general Cavalcanti<sup>7</sup>. Salió absuelto. El presidente del Tribunal, general Aguilera, una de las inteligencias más obtusas de nuestro ejército, pero que perseguía con terquedad campesina la condena de los acusados, dimitió. Ya nadie dudaba de lo que ocurría con Berenguer. Su condena, un tanto incongruente con la calificación fiscal, denota el peso de los cargos acumulados en la causa, que rindieron a los jueces mejor dispuestos. La amnistía inmediata dispuso el enfado de los militares berengüistas. En cuanto al expediente sobre las inmoralidades en la administración del ejército, sepultado está en un arca de la Alta Comisaría, en Tetuán. ¡Lástima que el fuego lo destruya cualquier día! Sus hojas encierran el secreto de la impotencia española en esta guerra y en otras más sonadas.

El caso de Berenguer ha tenido para el público fuerza de ejemplo. El poderoso es inmune. Berenguer, culpable según sus jueces, es intangible por voluntad del gobierno. Más, el Directorio, amnistiando a Berenguer, no se aquista un adepto, ni el tribunal, porque lo condene, lo desprestigia. Desde la amnistía, el general se presenta sin rebozo como enemigo del gobierno; y en el general confían algunos políticos liberales para derrocar el dictador y recuperar el mando. Berenguer se cree tratado injustamente. La amnistía —escriben sus parciales— no borra el supuesto de la culpabilidad; el general desea la revisión del proceso y rechaza una clemencia que no necesita. Incitado por su situación a combatir al Directorio, a Berenguer dirigen su mirada los militares que acusan a Primo de Rivera de haber desnaturalizado el golpe de Estado y de comprometer en su fracaso propio a todo el ejército. Berenguer no quiere remedar a Primo de Rivera; se entendería con hombres civiles para constituir un ministerio (incluso ha llamado en consulta, para orientarse, a uno de los mejores filósofos que tenemos); tales hombres

<sup>7</sup> Implicado, con tres coroneles, en el sumario instruido por la desgraciada acción de Tizi Azza durante la campaña de «reconquista» del territorio de Melilla.



serían de los no contaminados por la «vieja política»; no asumiría la presidencia del nuevo gobierno; convocadas las Cortes, podría reformarse un poquito la Constitución, dejando a salvo, claro está, la forma monárquica. Precisamente, a los políticos ambiciosos que en esta suspensión de la vida pública española pretenden rehacerse una virginidad, la actitud de Berenguer les parece de perlas. Arrojadlos ignominiosamente del gobierno por un general, aspiran a recobrarlo con no menor ignominia, traídos por otro. Cual haya de ser la espada que los aúpe, en el fondo no les importa. Se fijan en Berenguer porque su carrera veloz y, a la postre desgraciada, se lo pone ante los ojos. Que un fracaso corroborado por una condena encumbre a un hombre, y lejos de anularlo le sirva para escalar otros puestos, podrá ser paradoja española, pero en fuerza de verla repetida nos parece que ese modo es, en esencia, la norma de nuestras cosas. Los políticos arrimados a Berenguer pudieron elegir para su todavía nebuloso golpe de fuerza otro general, entre las incontables centenas de ellos con que nos honramos. Muchos tienen mando de tropas; Berenguer, no. Los más son oscuros, esto es, no se han dejado derrotar ruidosamente. ¿Por qué se fijan en Berenguer, no siendo por haber hablado de él tres años seguidos, aunque se hablase para residienciarlo y condenarlo? Berenguer tiene influencia en el ejército. ¿Cómo puede tenerla el general que ha presidido, aunque de lejos, a la más fuerte derrota sufrida por las armas españolas durante un siglo? Prodigios de la amistad. Berenguer cuenta con amigos en el ejército y en la prensa ganados mientras mandó en Marruecos. Supónese que a un signo del general se pronunciarán en favor suyo. Pasada la marea acusatoria de hace dos años, el reflujó podrá llevarlos lejos. De tan confusas aspiraciones se engendró la presencia de Berenguer y algunos políticos «de izquierda» en el banquete ofrecido, corriendo octubre, a un profesor de la Universidad de Madrid. Se quiso hacer del banquete un acto de oposición al gobierno. Comerían junto los hombres llamados a restaurar la libertad. ¿Y quiénes son, por casualidad, esos hombres? Los más fracasados del antiguo régimen: el general que perdió un ejército; los «grandes» parlamentarios y ex presidentes de las Cámaras que perdieron un Parlamento. Acaso deliberan buscar juntos desde el poder lo que separadamente les quitaron.

Cuando el gobierno, tras muchas vacilaciones, castigó a Berenguer y a otros dos militares presentes en el banquete, los bien enterados pronosticaban una catástrofe. Mas, el nublado berenguerista no debía reventar y no reventó. Los militares no se causarán daño grave entre sí. En eso se diferencia este movimiento presente, de casta, realizado por modo exclusivo en provecho de la «familia militar», de los pronunciamientos políticos del siglo diecinueve, en que había paisanos y militares





a cada lado de la barricada. Y junto con su rey han de permanecer sobrepuestos al país, mientras el instinto de conservación, que les manda unirse, no los abandone. Berenguer, aplazando quizás su desquite personal, acató cuerdamente la orden del gobierno. Nos hemos quedado sin conocer por ahora el número y la fuerza de sus amistades. Su prudencia iguala a la del general Cavalcanti, que el verano pasado también hacía de conspirador y entraba en bureo con los políticos para formar un ministerio. Abandonado por el rey, el Directorio le obligó a suscribir una nota humillante, una *mea culpa* de colegial sorprendido en sus travesuras. Y fue enviado a «estudiar la organización de los ejércitos en los Balkanes». Obedeció. En premio a su obediencia, para alejarlo de Madrid y del rey, ha recibido la capitania general de las Islas Baleares. No será tan llano contentar a Berenguer cuanto extinga su pena. Acaso tiene más ambición; de seguro más talento. También agravios más fuertes. El mayor de todos debiera ser la destrucción de su obra en Africa. Berenguer, con no pequeña costa de hombres y dinero, se apoderó del territorio de Yebala; Primo de Rivera, derrochando vidas y haciendas, abandona lo que Berenguer conquistó, y por abandonarlo se presenta como salvador de España. ¿No es la proeza de Primo la acusación más fuerte contra Berenguer? Y si Berenguer acertaba ¿no debe mirar en Primo de Rivera un enemigo del bien público? El país no se ha planteado estas dudas. Sirvió al uno, sirve al otro con igual paciencia. Es probable que la oposición de las dos políticas, representadas por esos dos hombres, se resuelva sobre las espaldas del pueblo si la España oficial declara que entre ambos generales, el uno por hacer lo que hizo y el otro por deshacerlo, han merecido bien de la patria.

## VI

## MARRUECOS, POZO SIN FONDO

Si fuésemos inclinados a creer en la Providencia y la desventura española nos tocase menos de cerca, fundaríamos en los malos sucesos de Marruecos una disertación sobre los designios punitivos de Dios y nos volveríamos a los generales dictadores gritándoles con fruición: ¡Os está bien empleado! Mas, de una parte, los últimos sangrientos fracasos del ejército son simplemente el resultado lógico de una realidad dada, que a su hora toma el desquite contra la torpeza y la incuria; y de otra, el descrédito de los generales se cumple a costa de demasiada sangre, de demasiadas lágrimas de pobres soldados, culpables tan sólo de obediencia pasiva, para que a tan subido precio podamos dar por bienvenido el fiasco del Directorio. No somos sectarios hasta el punto de propugnar



una «politique du pire», una política de catástrofes que sepulte entre ruinas irreparables a los tiranos de España. Hubiéramos deseado que los españoles, siendo discretos y avisados a su hora, se ahorrasen esta enseñanza costosísima, mortificante para el amor propio nacional (si alguien, fuera de los oficiales, tiene comprometido su amor propio en el empeño de Marruecos), y humillante para el buen sentido y la razón. Excluyendo, pues, de nuestras palabras cualquier sabor maligno que en esta sazón pudiera parecer impío, no dejaremos de hacer notar la justificación de nuestras críticas que encierran estos hechos: un gobierno de generales ha tenido que suscribir la pérdida de las ilusiones tangerinas; al año de su mando, los militares son derrotados por la insurrección general de nuestra zona de influencia en Marruecos; los militares se ven obligados a «resolver» la cuestión retirándose a la costa, y sólo pueden hacer la retirada comprándola con dinero.

Después del penúltimo desastre (1921) la situación era, en suma, ésta: el ejército (generales y oficiales) exigía el desquite. Los gobiernos consentían. Discutíase no más el límite extremo de una campaña que restaurase el brillo de las armas. Dos años pasaron en esas dudas. El mismo general Berenguer, que mandaba en Africa en la fúnebre ocasión de 1921, dirigió las operaciones de desquite hasta mediados de 1922. Recuperamos en seis meses buena parte del terreno que el año anterior habíamos perdidos en tres días. ¿Seguiríamos hasta la línea de donde nos habían echado los moros? ¿Más adentro aún? ¿Nos limitaríamos a despejar el contorno de Melilla? Berenguer tenía su plan. El sucesor de Berenguer (un general que intentaba persuadir a los rifeños la paz y la amistad arrojándoles proclamas desde un acroplano) tenía su plan; las juntas de defensa tenían su plan; el ministerio de la Guerra, el suyo, como los tres gabinetes que se sucedieron; últimamente, el Estado Mayor Central, llamado a dirimir con la fuerza de su técnica la discordia de las opiniones, trazó otro plan. Cualesquiera que fuese su origen, los planes poseían un rasgo común: que el impulso para seguir guerreando venía del ejército, y que los gobiernos, de mejor o peor talante, según sus compromisos, servían los apetitos de los militares. La opinión corriente en el ejército era: que sin «los políticos de Madrid», la cuestión de Marruecos la habría ya resuelto la espada en una guerra a fondo. Parte de la prensa defendió ese punto de vista y no pocas gentes lo aceptaron, preguntándose por qué no se aprovechaba la ocasión de tener en Marruecos un ejército de ciento veinte mil hombres para «someter» de una vez toda la zona. El patriotismo de los ministerios se medía, en sentir de los militares y sus secuaces, por el fervor con que aceptaban los proyectos belicosos. Patriota puro, el señor Maura, que aprobó el plan de «conquista» de Alhucemas (hoy todavía no realizado)



recibió en Madrid al general Berenguer con los honores del triunfo. Menos patriota, el otro gabinete conservador, que relevó a Berenguer y quiso saber (nada más que saber) hasta dónde nos llevaría la necesidad moral de restaurar el prestigio del ejército. Mal patriota con cierto relente de traición, de «inteligencia con el enemigo», el ministerio liberal, de tristes destinos, formado a fines de 1922. Ese ministerio (contra el que se sublevó Primo de Rivera) tuvo la culpable pretensión de poner fin a la campaña, repatriar lo más del ejército y no gastar en Marruecos sino lo estrictamente indispensable; todo ello no pasó de mera pretensión, porque el tal gobierno, débil como pocos, fue cediendo en ese y en otros puntos, cuando a las imposiciones del rey, cuando a las amenazas de los obispos, cuando a las intrigas de los militares. Realizó dos actos: nombrar un Alto Comisario Civil en Marruecos y rescatar, por precio de cuatro millones, los prisioneros que desde 1921 retenían los moros. Esos dos actos fueron al parecer dos simbólicas bofetadas para el pundonor del ejército. El Comisario civil estorbaba a los militares por múltiples razones, no todas confesables. Encaramado ya en la dictadura, Primo de Rivera comenzó a injuriar al Comisario en funciones, destituyéndolo con malos modos, y entre otras cosas dijo, sin ocultar su asombro, como si revelase un hecho extravagante que «el Comisario había tenido la pretensión de dar órdenes a los generales». En efecto, que los generales de Africa se acomoden lealmente a las instrucciones de Madrid, es uno de los mayores desvaríos que podían padecer nuestros gobernantes, y el mismo Primo de Rivera, en cuanto ha gobernado, lo ha aprendido a su costa. Más doloroso para el orgullo militar fue el rescate, por precio concertado, de los prisioneros. Ciertas circunstancias del suceso deben recordarse. Algunos cientos de militares (entre ellos el general gobernador de la plaza de Melilla)<sup>8</sup>, yacían prisioneros de los moros en los riscos de Urriaguel. Se tardó en saber cuántos y quiénes eran los presos; se tardó más en organizar algunos socorros; se tardó demasiado en decidir qué se haría por libertarlos. Había varios planes. Desde los que proponían abandonarlos a su suerte por haber sido cobardes<sup>9</sup>, hasta los que ansiaban quebrantar sus cárceles a bayonetazos. Vengar a los muertos de Annual (a costa de más muertos) y librar por la fuerza a los prisioneros eran los motivos alegados para continuar la guerra. La conmiseración se impuso, tanto como la necesidad, ya que librarlos por la fuerza resultó imposible. Surgió entonces en muchos españoles la vocación de redentor de cautivos. El periodista y el fraile,

<sup>8</sup> Procesado por la rendición de su columna, de la que tres mil soldados fueron degollados después de entregar las armas, salió absuelto. Hoy tiene nuevamente mando en Africa.

<sup>9</sup> Se atribuye al rey una primera negativa a rescatar los prisioneros: «No quiero pagar tan cara la carne de gallina», dijo.



el negociante y el militar, todos querían desembarcar en Urriaguel, beber el té con yerba buena en compañía de Abd-el-Krim, inculcarle benevolencia con los presos y salir retratados en los periódicos. Año y medio duraba la cautividad cuando el gobierno se decidió a tomar por su cuenta y en serio las negociaciones para el rescate. Halló el mediador necesario en don Horacio Echevarrieta, ex diputado republicano por Bilbao, el hombre más rico de España. Echevarrieta tenía amistades en el Rif. Abd-el-Krim se había negado rotundamente a tratar con los militares españoles, pero se fió de Echevarrieta y de su formalidad. Las negociaciones dieron fruto: un barco, donde iba Echevarrieta con dos amigos suyos y algo más de cuatro millones de pesetas, aprontados por el Tesoro, fondeó en la rada de Alhucemas. Desembarcada la moneda, trajeron los presos a la playa, y mano a mano, contra dinero contado, fueron entregándolos. A lo último pareció que no había bastante numérico. Alborotáronse los moros. Echevarrieta se ofreció a quedar en rehenes. Todo se compuso al fin, y el barco dejó en Melilla a los cautivos y a sus libertadores. La acción de Echevarrieta fue juzgada diversamente. El gobierno quiso hacerle conde o marqués, gracia que rechazó como debía. Unos le felicitaron, otros le calumniaron. En el ejército, la opinión fue generalmente condenatoria para Echevarrieta y para el gobierno: «¡Tratar con el enemigo! ¡Darle dinero! ¡Qué oprobio! Sólo unos políticos corrompidos podían aceptarlo. ¿Se quería más prueba de que los gobiernos de Madrid estorbaban la acción vengadora del ejército en Africa?» El gobierno acabó por prestarse a continuar la campaña. El ministro de negocios extranjeros (que hoy desempeña en París el simpático papel de expatriado forzoso y perfecciona el francés en la Avenida de los Campos Eliseos) quiso dimitir, porque su política era pacifista. Se quedó por exigírselo el rey, quien, como siempre, jugó con dos barajas: «Si dimites —le dijo al ministro— me queda un gabinete de titirimundi». Y a los generales con quien ya tenía convenido el golpe de Estado: «No he conseguido echar a ese trasto». Quince días más tarde el ministro trasponía el Bidasoa y Primo de Rivera le dirigía un estúpido telegrama acusándolo de haberse llevado el automóvil del ministerio. El despacho fue celebradísimo, dentro y fuera de los círculos militares, porque abundaba en los sentimientos que el Directorio se proponía explotar. Entre las persecuciones incoadas por el Directorio, debe mencionarse en este momento las que intentó contra algunos periodistas y políticos por «inteligencia con el enemigo». En el curso de tales pesquisas, Echevarrieta, irritado, hablaba de expatriarse.



La dictadura ofreció en el problema de Marruecos una solución «pronta, decorosa y digna». Todos entendimos lo que esas palabras, de acuerdo con el programa de los militares, querían decir. Ya no había Cortes que escatimasen los recursos o planteasen debates estériles, ni prensa que revelase «nuestros planes» al enemigo y deprimiese la moral del país, ni políticos banales que desvirtuasen con sus oscuras combinaciones la bizarría de los soldados y la pericia del mando. La solución sería «pronta»; es decir, que habiéndose tomado el Directorio noventa días para resolver todos los problemas nacionales, el de Marruecos caería de los primeros, sin dilación. Eso ocurriría en septiembre de 1923... Ya muy entrada la primavera de 1924, el Directorio habló de Marruecos, donde no se había movido un peón: en una nota oficiosa, reconocía la urgencia de preparar una solución. Poco más tarde declaraba que los planes (meditadísimos) del gobierno sobre Marruecos «tropezaban con la actitud de los moros rebeldes». Dijérase que la dificultad era nueva e inesperada. Para vencerla, el gobierno quiso tratar con Abd-el-Krim, ofrecerle la paz. ¿Qué valimiento fue a buscar el Directorio para hacerse oír del jefecillo moro? El de Echevarrieta. Le rogaron que procurase un buen arreglo. Echevarrieta se resistía. Fue llamado a Palacio. El rey y Primo de Rivera se esforzaron por vencer la resistencia de don Horacio. «Yo lo haría —vino a decir el ex diputado por Bilbao—, yo lo haría en bien del país, para que cese la efusión de sangre... Pero debo advertir que mis medios de acción entre los moros están muy disminuidos desde que uno de los amigos de España fue asesinado...

—¡Asesinado! ¿Quién?, preguntó el rey.

—Dris-ben-Said.

—¿Quién lo asesinó?

Nosotros, los españoles <sup>10</sup>.

El rey no insistió.

El resultado de la conversación y de un crucero que emprendió en su yate, desde Bilbao a las playas vecinas vecinas de Alhucemas, fue nulo.

En tanto, el presidente del Directorio, primero con medias palabras, a manera de tanteo, después claramente, iba dando a conocer los propósitos que maduraba sobre Marruecos. Quería «acortar el frente». El sentido común, que no puede estar reñido con la técnica militar, y las necesidades del entrampado tesoro público, se imponían. Un ejército de cien mil y tantos hombres, derramado en pequeños puestos por la

<sup>10</sup> De la muerte de Dris-ben-Said, ocurrida cuando Martínez Anido mandaba en Melilla, hemos hablado en esta crónica, más arriba.



zona de ocupación, con minúsculos destacamentos que al menor levantamiento moro quedan sumergidos, sin poder valerse a sí mismo, ni valer a otros, está siempre al borde de la catástrofe. ¡Cuántas veces no ha sido necesario para socorrer y abastecer un puesto de cincuenta o de cien hombres, mover columnas de quince mil o veinte mil soldados, batallar tres días, sufrir un millar de bajas y luego de «meter el convoy» retirarse peleando a las posiciones de salida, a esperar otra agresión, otras batallas, y otras bajas! Así viene haciéndose normalmente durante catorce años. Cuando los moros aciertan a romper un eslabón (Annual 1921) o cercan los puestos de toda una línea (Tetuán-Xauen, 1924), el desastre tiene por límite el que la venalidad del enemigo permite improvisar. Cuando la amenaza enemiga se frustra, decimos que los rebeldes han sufrido un castigo muy duro y que nuestro influjo se consolida. La acción militar así entendida se completa con la «acción política»; consiste en una efusión permanente de plata española sobre los indígenas. Al moro amigo y protegido se le da dinero para que no se subleve; vuelve a dársele dinero, si se subleva, para que torne la paz. Ninguna profesión es más lucrativa en Marruecos que la de moro con fusil adicto a España, si quebranta la adhesión una vez al año. Este sistema, costoso y poco honroso, es el más seguro incentivo de la rebelión, porque el moro pacífico, habituado al dominio de España, se llama a la parte en las ganancias del rebelde y no se priva de ellas por el corto trabajo de disparar unos tiros sobre nuestras tropas.

A Primo de Rivera, gobernante, el problema de Marruecos se le impone en los mismos términos y por iguales angustiosas razones que a sus predecesores en el poder. De una parte, el déficit, causado exclusivamente por los gastos del ejército; de otra, el estado de alarma en que se vive, esperando todos los días algún revés. Se le impone con más apremio que a otro gobierno, porque el público, simple, cree más capaces a los militares que a los civiles para resolver la cuestión, y si no la resuelven velozmente, su desprestigio será mayor. Primo de Rivera, dándose aires de haberla inventado, adopta como solución lo que otros gobiernos tímidamente propusieron: reducir la zona ocupada. En rigor, este plan nada resuelve. Esencialmente, el problema continúa lo mismo. En lugar de 150.000 hombres mantendremos en Marruecos 50.000 ó 30.000; en lugar de setecientos o mil millones, gastaremos doscientos o cien. Es algo, se dirá. En efecto; pero continuará habiendo un frente contra los moros, y en la zona ocupada regirá el mismo método que hasta aquí. Por ser menor, el sacrificio no dejará de ser inútil; por ocupar menos tierra, no habremos civilizado más a los moros ni estaremos más aptos para civilizarlos. Y una agresión en el frente puede llevarnos a «reivindicar el honor nacional que fue por donde empezamos en 1909,



en 1912, en 1921, sin que todavía hayamos sabido terminar. Más que una solución, Primo de Rivera intenta plantear a Marruecos una tregua.

Valga lo que valiere, esta solución es más razonable que la prórroga indefinida del estado anterior, y más razonable aún que el exterminio de la raza indígena. Pero el ejército de Africa, berenguerista en mucha parte, apegado a las ventajas de las armas, se negaba a entrar en los propósitos del Dictador. Y allá fue Primo de Rivera a inculcar (a imponer, decía él) sus convicciones. Viaje deslucido. Oyó improprios e insolencias. Discutió, amenazó, transigió. Y tanto en Africa como en España anunció que abandonaría una porción del terreno ocupado. Pocos días más tarde, los moros del lado occidental de nuestra zona se alzaron en masa. Querían cobrar cara la salida de los cristianos, como habían cobrado la entrada.

Que en ese terreno no ocurriría una desgracia muy seria, cuantos han paseado por aquellos lugares lo tenían dicho. «La situación —confesaba el gobierno en una nota— es más grave que en 1921. «En efecto, la misma ciudad de Tetuán estaba en peligro. ¿De quién sería la culpa, ahora que no había parlamento, ni prensa, ni partidos? «Lo que ocurre —decía serenamente el general— se debe a gobiernos anteriores». No vamos a narrar la campaña; notaremos algunos rasgos típicos. Al gobierno la sublevación le tomó de sorpresa. Embarcó apresuradamente cuantos hombres disponibles halló en los cuarteles. La tropa iba de muy mala gana; ejemplo: en la mañana de cierto día, un regimiento de la guarnición de Madrid había licenciado parte de su contingente; por la tarde, el licenciamiento quedaba anulado y la misma noche el regimiento salía para Africa, con tal espíritu que en la primera refriega los soldados se tiraron de cabeza a un río. La indisciplina y la desmoralización eran generales. Atengámonos a los documentos firmados por el Dictador en el teatro de operaciones. Primo de Rivera cruzó el Estrecho con otros tres miembros del gobierno y se instaló en Tetuán. ¿Por qué? Porque desde Madrid no le obedecía. «Desde mi llegada —decía en una nota— se cumplen puntalmente mis órdenes y se acatan mis planes». En una orden general al ejército recomendaba que «los soldados no volvieresen la espalda al enemigo, que no arrojasen las armas, que no abandonasen a sus jefes...» La situación parecía desesperada; había millares de bajas, cientos de cañones abandonados en poder de los moros, y el movimiento general de retroceso se hacía en la mayor confusión, sin que las columnas, comprometidas en mal terreno, lograsen desprenderse ni un momento de la presión enemiga. De lo ocurrido en las posiciones, júzguese por estos incidentes: en «Solano», la guarnición se suicida, no sin que el jefe envíe a Primo de Rivera un despacho equivalente a una maldición. En Burharrax, sitiada sin esperanza de liberación, se negocia la salida de



los defensores. Los moros recibirán unos cuantos miles de duros y los fusiles de los sitiados. Una veintena de mulos, cargados de plata, lleva el dinero ofrecido; pero los soldados se niegan a entregar sus fusiles; saben lo que ocurrió en Monte Arruit en 1921. Entonces, del parque de Tetuán se extraen los fusiles nuevos y se entregan a los moros, en cumplimiento de lo pactado. ¿Fue en Buharrax o en otra posición salvada por igual sistema, donde el jefe del destacamento, al encontrarse libre, arengó irónicamente a sus soldados: «¡Muchachos, gritad conmigo: Viva el Banco de España!». Entre los jefes superiores, la moral andaba por los suelos. Un general, con mando importante, halla a otro general, subordinado suyo, en disposición de huir. Da parte por escrito al general en jefe, pero el acusado es un favorito, y el acusador es reembarcado para la Península y encerrado en una fortaleza. Un coronel, jefe de columna, es relevado desde Tetuán. El sucesor acude a tomar el mando de la columna; pero a medio camino recibe un recado del destituido diciendo que no está dispuesto a obedecer y que en modo alguno entregará al mando. El coronel relevado continúa en su puesto. Cuando la «acción política» aflojó un poco el dogal que los moros habían echado a las posiciones y se abrió otra vez con llave de plata el camino de Xauen, Primo de Rivera, proclamó que sus planes se realizaban punto por punto. ¡Era la primera vez que nuestros planes coincidían con los de Abed-el-Krim! En efecto, Primo de Rivera se repliega con la cooperación un poco viva de los rifeños. Los moros han destruido las últimas resistencias del ejército a someterse a los proyectos del gobierno, por lo menos en la región de Tetuán-Larache, porque en Melilla todo continúa como en 1922. Que un gobernante, militar por añadidura, quiera envencerse de tales derrotas, parecerá increíble: Primo de Rivera, y en su nombre el gobierno, están orgullosos de su obra. La nota publicada acerca de la evacuación de Xauen es de un cinismo vergonzoso. Se ha comprado a los moros el permiso de sacar de Xauen la guarnición, la columna de socorro, la población cristiana y la impedimenta necesitada por el abandono de una ciudad. Los moros respetaron nuestra marcha la primera jornada. Después la columna se atascó. Una masa de quince mil personas se halla en un desfiladero del camino, sin poder avanzar ni retroceder. Se ha sabido oficialmente que «el temporal, era durísimo y los caminos estaban intransitables»; que a los soldados, por facilitar la marcha, se les «había dado solo ropa ligera»; que la «enfermería es copiosa»; que ha muerto el general comandante de la columna de apoyo y que está herido su sucesor; que «van llegando a Ben Karrich unidades de la columna que salió de Xauen...» El gobierno declara que la evacuación de Xauen es un prodigio de estrategia, que sólo un hombre como Primo de Rivera, a quien la nación debe gratitud infinita, podía concebir





y llevar a término una operación tan difícil. Esa proeza va acompañada de «una habilísima maniobra política», con la que el moro quedará vencido y burlado. Mencionemos que en esos mismos días el señor Echevarrieta entró de nuevo en escena; recibido y agasajado amistosamente por Abd-el-Krim, no ha logrado que el moro hable de paz.

No calculamos dónde consentirán los moros que Primo de Rivera detenga su repliegue. Los sucesos más probables son éstos: el general, fuera del costo de las operaciones de guerra, derrochará un centenar de millones en la «acción política»; dejará en el campo algunos miles de muertos, cientos de cañones; abandonará una buena porción de kilómetros cuadrados; luego declarará pacificado Marruecos; «resuelto el problema, licenciará algunas tropas y, tomando dos brigadas de infantería, entrará triunfante en Madrid, aclamado por los buenos españoles, bendecido por las madres que ya no enviarán más hijos a la guerra. El rey le ascenderá a capitán general, le otorgará un ducado y el Toisón de oro. Y ya, con Directorio o sin él, Primo de Rivera será el personaje más influyente de la monarquía. Eso busca. Díjose el año pasado que tomaría el mando en jefe del ejército de Africa «para ponerse en condiciones de ascender a capitán general». (Es preciso haber mandado un ejército en campaña para arribar a tan alta dignidad). Ahora relevando al Alto Comisario en Africa para acumular ese cargo y el de general en jefe con el de presidente del Directorio, realiza un propósito que, al pronto, pareció demasiado fútil. En España, los que achacan las acciones a los móviles más bajos, casi siempre aciertan.

*Madrid, octubre-noviembre, 1924.*





«Apelación a la República»,  
Un discurso de Manuel Azaña

JOSÉ MARÍA MARCO





*La gran oratoria, al igual que la llama, se alimenta con combustible, se aviva con el movimiento y brilla mientras se quema. La elocuencia de los antiguos en nuestra ciudad se ha desarrollado de idéntico modo. En efecto, aunque los oradores actuales han conseguido lo que era posible en una situación política estable, tranquila y feliz, parece, en todo caso, que podían obtener mayores logros con aquellas turbulencias y anarquía, porque en medio del desorden general y careciendo de un jefe único, cada orador tenía tanta habilidad cuanto podía emplear en ganarse a un pueblo desorientado.*

Tácito, *Diálogo sobre los oradores.*

EN el verano de 1924, Manuel Azaña se encuentra en La Coruña, presidiendo un tribunal de oposición a notarías. Una carta a su amigo Cipriano de Rivas Cherif da cuenta de su estado de ánimo: «Dos cosas me imbecilizan: *la provincia*, que es un pozo; y el *notariado*. ¡Qué horror!». Le sirven de distracción las cartas a Rivas Cherif, las excursiones por Galicia y el intento de publicar clandestinamente unos panfletos, intento que constituye uno de los temas recurrentes del carteo con su futuro cuñado. Se deduce de éste que Azaña y Rivas Cherif había intentado poco antes hacerlos imprimir en Burdeos. Tras el «fracaso», como lo llaman, de este ensayo, en el que intervinieron Manuel Núñez de Arenas, Corpus Barga, Salmerón parece el encargado de hacer un tanteo en Lisboa. Nuevo fracaso, tras el cual Rivas Cherif encuentra un impresor en Madrid. Cinco días después, éste le devuelve los originales sin haber iniciado ni siquiera la composición de las pruebas. Rivas Cherif no se arredra y propone hacerlo todo en París, con Jorge Guillén como posible intermediario. Pero Azaña, exasperado por las demoras, ha entrado en contacto



con un impresor en Galicia. El proyecto primero, consistente en imprimir tres folletos, ha sufrido variaciones y ahora son sólo dos los que están en imprenta para que de cada uno se tiren diez mil ejemplares. Rivas Cherif emprende entonces la tarea de organizar la difusión. Los folletos quedarán almacenados en casa de Amós Salvador —«El Mecenas» en las cartas, sin duda por su apoyo financiero a *La Pluma y España*— y desde ahí se irán distribuyendo. Azaña acepta el plan y propone algunas medidas de precaución. Para entonces, aún no se ha terminado de imprimir el primer folleto y Azaña parece haber perdido contacto con el impresor.

El carteo termina aquí. Azaña tuvo que volver a Madrid, donde se le esperaba, en el Ministerio de Justicia, el 16 de septiembre. No sabemos si se terminó la impresión de los folletos, ni cuál fue su destino último. Conocemos, en cambio, que uno de ellos era *Apelación a la República*, y que ese es el que se empezó a imprimir en Galicia, durante aquel verano. «(Los impresores) están en la *Apelación*», escribe Azaña el 2 de septiembre. «Es lo más urgente».

Como es bien sabido, Azaña fue un opositor temprano al régimen instaurado tras el golpe de Estado del 13 de septiembre de 1923. La oposición, plasmada en la carta a Melquiades Álvarez de 17 de septiembre, se torna explícita en las páginas de la revista *España*, cerrada en marzo de 1924 tras los continuos enfrentamientos con la censura gubernamental. Azaña no se limita a la oposición interior. Su beligerancia le lleva a publicar, en el número de noviembre de 1923 de la revista parisina *Europe*, un texto titulado *La Dictadura en España*. En abril de 1924 aparece la versión castellana en la publicación bonaerense *Nosotros*, la misma que un poco más tarde daría a conocer la carta de Unamuno que suscitó la persecución en contra suya por parte del Directorio militar. Es probable que fuera *La Dictadura en España* uno de los tres folletos que Rivas Cherif y su autor pretendían difundir, porque el título aparece en nota en la portada de la *Apelación*...

El día de la vuelta de Azaña a Madrid coincide prácticamente con el primer aniversario del golpe de Estado de Primo de Rivera. Por entonces, la dictadura no contaba con una oposición política digna de ese nombre. De una forma muy propiamente española, el aparato de la Restauración, en pie desde 1876, parecía haberse desvanecido en el aire, como si jamás hubiera existido. Azaña opinaba que la dictadura podía durar mucho tiempo. Sus motivos para lanzarse a esta aventura parecen obedecer a un intento por ganar posiciones dentro de un movimiento de oposición apenas incipiente o, por lo menos, no perder las adquiridas desde las páginas de *España*. Posiciones personales, una vez consagrada la ruptura con el Partido Reformista y en desacuerdo con casi todo el espectro político, incluidos el grupo de Ortega y la vieja guardia



republicana. Esta voluntad de avanzar una posición individual se trasluce en el fuerte personalismo que Azaña imprime a su acción; escribe el texto, encarga la impresión, quiere también controlar la difusión. La confianza en los demás es mínima: aunque involucrados en el asunto, ni Amós Salvador ni Enrique Martí Jara parecen muy al tanto del asunto. Además, la nota de portada que remite a *La Dictadura en España* venía a constituir una firma, por lo menos en determinados ambientes madrileños. Esta interpretación contribuye a explicar, por lo menos en parte, la desesperanza que le embargó el año siguiente —«el más triste de mi vida», según escribió en 1931—. El proyecto de edición y difusión de *Apelación...* se salda, en efecto, con el más completo de los fracasos.

### LA PROPUESTA POLÍTICA DE *APELACIÓN A LA REPÚBLICA*

*Apelación...* contenía una propuesta concreta de acción política, lo que la distingue de *La Dictadura en España*, más próximo al análisis y al ensayismo, así como de *Un año de dictadura*, que constituye un retrato vitriólico del Directorio en un tono casi esperpéntico. En primer lugar, constituye un llamamiento a las posibles fuerzas de oposición al régimen: los socialistas, los catalanes —Azaña ni siquiera alude aquí, como ha hecho otras veces, al papel jugado por la burguesía catalana en el acceso al poder de Primo de Rivera—, e incluso los exmonárquicos. Tampoco cierra la posibilidad de colaborar con los republicanos históricos. Propone un frente amplio de oposición que prefigura, en 1924 y ocho meses después del golpe de Estado, lo que será la coalición antimonárquica del año 30. Hay un dato aún más sorprendente: la condena explícita de la intervención de los militares en cuestiones políticas va matizada por la justificación final del recurso a la violencia. Ya está aquí, en esbozo, la actitud de aceptación disciplente que Azaña adoptará en 1930, cuando los republicanos soliciten el apoyo del Ejército con el fin de derribar la Monarquía.

Para aglutinar fuerzas tan dispares, Azaña propone un «organismo». A pesar de la encendida defensa de los partidos políticos, no propugna aquí la creación de uno nuevo. También en esto está prefigurada la actitud de Azaña en los siguientes años. Acción Republicana se constituirá como grupo un año después y sólo se transformará en partido propiamente dicho en 1931. *Apelación...* incluye además un programa político. En el ejemplar que manejo, este programa va tachado, lo que confirma el propósito de lograr una convocatoria lo más amplia posible. Ahora bien, *dentro* del texto de este programa se incluye una propuesta de acuerdo con el Partido Socialista y la Unión General



de Trabajadores (punto Cuarto) y con las «fuerzas populares catalanas de orientación liberal» (punto Quinto). Se diría que el programa fuera una propuesta de pacto de gobiernos, como si la conjunción de las fuerzas necesarias para llevarlo a la práctica tuviera una entidad distinta de la del «organismo» al que se alude más arriba. En el «organismo» los republicanos estarían flanqueados, a su izquierda, por «las fuerzas organizadas del proletariado», y, a su derecha, por «la burguesía liberal, hasta ahora monárquica». Hay aquí una ambigüedad en cuanto al papel del republicanismo: en el centro, y como factor de equilibrio, en la coalición u «organismo» antimonárquico; más a la izquierda, en cambio, en lo que a la acción de gobierno se refiere. No es necesario recordar ahora las dimensiones que cobraría en la década siguiente lo que por el momento aparece como una simple matiz.

El programa político contenido en *Apelación...* va organizado en cinco puntos que no parecen constituir un orden de prioridades: Primero: «Paz inmediata, equilibrio del presupuesto, saneamiento de la moneda, política de precios bajos». Segundo: «Política de defensa democrática». Tercero: «Reforma de la Hacienda y de los servicios capitales». Cuarto: «Política social y de saneamiento moral». Quinto: «Organización de los Ayuntamientos en repúblicas municipales (...), cambio de táctica en la política catalana». De forma coherente con el pensamiento de Azaña, el programa propone una acción consistente y enérgica por parte del Estado. En defensa de la democracia, el Estado adopta una posición activa, lindante con la beligerancia, e incluso algo nostálgica de épocas ya pretéritas, como cuando se propone la «organización de una milicia cívica dependiente del Parlamento», recuerdo de la Milicia Nacional tan querida por los liberales del pasado siglo. Lógicamente, las funciones sociales del estado se ven también reforzadas: interviene en la educación, la vivienda, la sanidad, los retiros obreros, los abastos y los precios. Se propone una nueva política hacendística, con fuerte insistencia en la imposición directa. El impuesto juega un papel clave de redistribución de la riqueza («No es admisible el principio simplista de las economías»), pero desde una prudencia cierta, inspirada en el principio irrenunciable del equilibrio presupuestario. El sustrato liberal en el que se apoya esta contención está matizado por la propuesta de «extinción de los monopolios concedidos a empresas privadas», lo que, a pesar de la imprecisión del texto, equivale a reforzar el papel del Estado.

Tal vez sorprenda la insistencia del texto en la democratización de los ayuntamientos, y aún más la radicalidad de su expresión: «Organización de los Ayuntamientos en repúblicas municipales». Pero Azaña siempre otorgó gran importancia a la tradición democrática municipal española. Veía en ella la raíz, aún viva, de la democracia en España. Además, en 1924 el asunto estaba





en candelero. Los municipios constituyen una de las piezas clave del sistema caciquil y como tales van a ser objeto de las reformas de Primo de Rivera. En mayo de 1924, justamente cuando va fechado el texto de *Apelación...*, se acababan de constituir los nuevos Ayuntamientos bajo el control directo del Gobierno o la supervisión de las autoridades militares.

Azana no dedica, en cambio, ningún apartado especial a la cuestión militar ni a la religiosa. La primera va tratada en los puntos Primero y Segundo, con una formulación que resume algunas de las ideas ya expuestas en los *Estudios de política francesa* y que más tarde aplicará desde el Gobierno: disminución de la oficialidad, clausura de las Academias militares, supresión de las Capitanías Generales, promoción de las clases de tropa. También insiste en la necesidad de acabar con la guerra de Marruecos, uno de los puntos débiles del nuevo régimen. En cuanto a la cuestión religiosa, se proponen tres medidas, que van como disimuladas en los puntos Segundo y Tercero: «libertad absoluta de conciencia religiosa»; «clausura de los colegios de jesuitas y frailes»; «supresión del presupuesto del clero». No se aboga por la estatalización de la enseñanza. La posición de Azaña resulta en esto matizada y más bien a la defensiva. Mucho más que de anticlericalismo, parece pertinente hablar de política preventiva.

Finalmente, en todo el programa no se alude ni una sola vez a una posible reforma de la propiedad de la tierra. Resulta difícil decidir si se trata de un lapsus —algo inverosímil en quien conocía bien, por cuestiones de familia, la naturaleza del problema— o de prudencia ante las dificultades y los peligros de cualquier formulación sobre esta materia.

#### LIBERTAD O ABSOLUTISMO. IDEOLOGÍA Y GÉNERO LITERARIO DE «APELACIÓN A LA REPÚBLICA»

Primo de Rivera había utilizado, desde el primer momento, las armas de la propaganda. Sus opositores tardaron en darse cuenta del nuevo terreno en el que el general había situado la lucha política. Azaña, con su posición intransigente y temprana, ejerce un poco de pionero, a pesar del fiasco en que se resume su intento. La voluntad de dirigirse al conjunto la opinión pública con el fin de movilizarla en favor de unas tesis políticas subyace en la idea del panfleto clandestino. También inspira la argumentación entera y la forma en que ésta se presenta.

Tras una breve introducción dedicada a la violencia, *Apelación a la República* entra en materia con una afirmación tajante: «En esencia hay dos modos de gobernar a un pueblo: el absolutismo irresponsable, verdadero “antiguo régimen”, o sea el que precedió en la Europa continental a la Revolución



francesa y el liberalismo organizado en democracia». Todo el Apartado I va dedicado al «paralelo» entre los dos modelos. A partir de ahí, el texto entero de *Apelación...* se basa en esta dicotomía excluyente. De los ocho apartados siguientes (*Apelación...* consta en total de nueve), cuatro van dedicados al «absolutismo» y otros cuatro al «liberalismo», con la siguiente estructura en alternancia:

Aptdo. I: *absolutismo/liberalismo*.

Aptos. II y III: absolutismo.

Aptos. IV y V: liberalismo.

Aptos. VI y VII: absolutismo.

Aptos. VIII y IX: liberalismo.

Lo primero que cabe preguntarse, ante esto, es el por qué de esta disposición tan tajante, tanto más sorprendente cuanto que lo que caracteriza, en lo político, los años veinte de este siglo es justamente la investigación práctica de fórmulas políticas que se presentan como alternativas a esos dos modelos, desechables por arcaicos. ¿Acaso desconoce Azaña lo que está ocurriendo en la Unión Soviética o en la Italia de Mussolini? Menos temerario es recordar el escepticismo de Azaña ante la implantación en España de regímenes comunistas o fascistas. Aunque este descreimiento se exprese mucho más tarde, bien entrada la República, es coherente con lo afirmado en 1924. Pero la afirmación de «Apelación...» no va referida a España. Es axiomática de orden universal. Lo más intrigante es que el propio texto alude a otros modelos políticos (las cámaras corporativas, un asunto muy debatido en aquellos años) y que algunas reflexiones y propuestas, la de los municipios por ejemplo, sólo cobran pleno sentido en el contexto de las reformas iniciadas por Primo de Rivera, que apuntan, aunque a modo de esbozo torpe, a lo que luego será denominado Estado nacional-católico.

Postular, como hace Azaña, dos únicos modos de gobernar tiene por inmediato corolario clasificar en una de las dos categorías a todos los modelos políticos existentes e imaginables, incluido, claro está, el instaurado por Primo de Rivera. El peso entero de la argumentación se basa en este punto: el régimen de Primo de Rivera no sólo no es liberal, y por tanto es absolutista, sino que, en función de la misma oposición, es decir en función del sentido de la Historia «desde la Revolución francesa», su misión es combatir el liberalismo. Se pensará que este argumento es redundante, o meramente retórico. Lo es mucho menos si se recuerda la popularidad de Primo de Rivera durante sus primeros años en el poder. Esta popularidad se apoya en la convicción, voceada por el dictador y por su aparato publicitario, de que el golpe de Estado instaura una ruptura con el régimen anterior, régimen de «política



vieja», de ineficacia y de corrupción. De sobra se conoce cómo Primo de Rivera se inspiró en la «revolución desde arriba» preconizada por Antonio Maura y en los grandes mitos regeneracionistas para dar consistencia ideológica a su propaganda. Al establecer la equivalencia entre Directorio militar y antiguo régimen, Azaña intenta desmontar el núcleo mismo de la campaña emprendida por el dictador. En el texto, el Directorio arrastra todos los vicios del régimen que dice sustituir: feudalismo económico, corrupción, clericalismo, corporativismo militar, colonialismo; incluso las lacras del parlamentarismo de la década anterior rebrotan en el «nuevo régimen». Al cabo, Primo de Rivera ha retraído la organización política de España hasta la prehistoria: los españoles del siglo xx, unos trogloditas.

Se advierte así que la oposición *absolutismo/liberalismo* conlleva una segunda de términos distintos: *lo viejo/lo nuevo*. Frente al absolutismo, del que «sabemos a fondo (...) cuanto puede saberse» porque, según Azaña, los españoles lo hemos padecido tres siglos (en 1924), está el liberalismo, inédito, virginal: «nada sabemos (de él): nunca ha existido en nuestro país». Esto aclara las referencias del texto a la institución monárquica y a la conducta del rey. En *La Dictadura en España*, que data de 1923, Azaña insistía en la participación activa de Alfonso XIII en el golpe de Estado, en la ruptura por tanto del orden constitucional. En *Apelación...* en cambio, pasa como de puntillas sobre el asunto. Sabe que la opinión pública no aceptaría una defensa del orden anterior al golpe de Estado. Lo que le interesa subrayar no es por tanto lo que el 13 de septiembre tiene de quiebra sino, al contrario, lo que tiene de continuidad con el pasado. Continuidad con el pasado personal de don Alfonso, tal como los sintetiza el sarcasmo que pone fin al Apartado VI, dedicado al rey («La vida del Rey es bella, porque ha realizado en la madurez un proyecto concebido en la juventud»). Pero continuidad también con la política tradicional de la monarquía en España: política antinacional, según el Apartado I, y eso desde el siglo xvi. Este es el reproche de fondo que Azaña le hace al rey.

Esta interpretación de la conducta del monarca, que sitúa el debate sobre su actuación en el golpe de Estado en un terreno mucho más amplio que el de la anécdota acerca de su implicación personal en los hechos del 13 de septiembre, conduce también a la tercera oposición, que continúa las ya mencionadas: *absolutismo/liberalismo*, *lo nuevo/lo viejo*, y ahora *lealtad/traición*. Si Primo de Rivera y Alfonso XIII continúan la tradición absolutista es porque ésta, con la Corona al frente, ha sabido mantenerse fiel a si misma. En cambio, «al liberalismo (español) puede achacársele el no haber sido verdaderamente liberal». En otras palabras, el liberalismo español no ha permanecido fiel a si mismo.



Esta deslealtad se manifiesta en el recurso al Ejército para tomar el poder —lo cual está en contradicción con el ideario liberal—, en la aceptación de la corrupción del sistema parlamentario, e incluso en la sumisión al poder, por no decir al capricho regio, de los partidos políticos. La acusación se resume en la idea del pactismo tradicional del liberalismo español. La argumentación de Azaña proporciona una buena clave para interpretar correctamente esa intransigencia que tanta tinta ha hecho correr. Azaña no preconiza la fuerza entendida como violencia. Entiende la fuerza como ejerciéndose necesariamente sobre otra fuerza. El liberalismo, en tanto que fuerza política, tiene que adoptar una posición de tal si quiere permanecer en su naturaleza primera. El pactismo, desde esta perspectiva spinozista, equivale a abdicación.

Los responsables son, en el presente, las figuras del movimiento liberal tradicional, entre ellas Melquiades Alvarez. También, quienes atacan el parlamentarismo desde posiciones intelectuales que se pretenden modernas (léanse el grupo de *El Sol* encabezado por Ortega) y los adscritos al regeneracionismo, que preconizan la postergación de la actividad política en nombre de la eficacia. Ellos son los herederos de una larga cadena de deslealtades que, en el análisis de Azaña, se remonta hasta principios del siglo XIX y constituye la verdadera historia del liberalismo español. Es por tanto necesario romper con esa tradición para echar las bases de una verdadera tradición liberal española. Se perfila aquí algo más que una reflexión histórica, por mucha que sea la trascendencia de ésta en el ideario político de Azaña. Por un lado, el juego político se complica: en contra de lo que la serie puede hacer suponer, se lleva a cabo a tres bandas, por lo menos —absolutistas monárquicos, liberales «viejos», «nuevos» liberales—. Por otro, lo que trasluce aquí es un problema, por no decir un drama de orden personal. La ruptura con el liberalismo «viejo», es decir con la tradición liberal española, tiene un coste: la marginación política, y en buena parte también intelectual, de quien la lleva a cabo, marginación de la que es botón de muestra la poco brillante historia de este folleto, una *apelación* que no halló eco alguno, ni en los círculos políticos, ni en los intelectuales, ni en la opinión pública a la que iba dirigida.

De este liberalismo «nuevo», dice Azaña, «Nada sabemos, excepto que «ha fracasado en 1823, 1873 y nuevamente en 1923». Este nuevo liberalismo se define frente al viejo por su fidelidad. ¿Fidelidad a qué? Fidelidad a la nación, en primer lugar. Así como Alfonso XIII perpetúa la tradición secular de una política monárquica antinacional, el liberalismo se debe a sí mismo el renovar el pacto con la nación. Es esto lo que se está proponiendo en *Apelación...* Pero Azaña, al poner el acento en lo nuevo, se ve impulsado, por la propia fuerza del razonamiento, a ir más allá de los límites de lo nacional y plantear



la posibilidad de un Estado supranacional. Lo cual demuestra que la nación no es un concepto suficiente para definir el liberalismo. El segundo término propuesto en el texto es el de individuo: el liberalismo debe también permanecer fiel al individuo. Ahora bien, esa fidelidad se manifiesta en negativo, incluso cuando la ideología liberal preconiza la acción positiva. Esta está siempre encaminada a defender la libertad del individuo, de tal modo que la acción termina allí donde empieza ésta. Además, ¿cómo puede el liberalismo conjugar los intereses del individuo con los de la nación o, llegado el caso, con los de una comunidad supranacional? La respuesta es obvia: mediante el ejercicio de la razón.

Un liberalismo fiel a sí mismo será aquél que siga los dictados de la razón. Sin ella, el liberalismo no tienen más justificación que sí mismo, con lo que un pensamiento político que se pretende fundador se encerraría en la tautología. Por eso la invocación de la razón es constante en *Apelación...*: «La idea liberal y el régimen democrático en que se asienta se mueven dentro de una lógica inexorable. Aceptados ciertos principios, (...) más tarde o más temprano ciertas consecuencias fatalmente se producirán» (Apto. II); «(nuestra democracia deberá) rehacer en las cabezas españolas una ideología política demostrable» (Aptdo. VIII). Frente a esto, el absolutismo o «despotismo» se define por su opacidad, su naturaleza refractaria a los dictados de aquélla. «Embaucar», «acreditar supercherías» (Apdo. I), «empirismo irracional», «entontecer al pueblo» (Aptdo. III), éstas son algunas de las expresiones utilizadas para definir el absolutismo y sus formas de actuación. Llegamos por tanto a una cuarta oposición, *irracional/racional*, que continúa la serie anterior y la rectifique: *absolutismo/liberalismo, lo viejo/lo nuevo, lealtad/traición, irracional/racional*.

De aquí se deduce una consecuencia que determina, por una parte, el carácter del régimen que Azaña propone en su *Apelación...* y, por otra, el género literario en el que se puede clasificar el propio texto. En cuanto a lo primero, el régimen basado en el liberalismo, tal como va definido en el texto, tendrá un carácter esencialmente «docente». El término «docente» no se refiere sólo a la cuestión educativa, por muy grande que sea la importancia de ésta en el programa propuesto. «Docente» es también, por esencia, el propio régimen liberal. «Nada se aprende a hacer si no es haciéndolo» (Aptdo. IV). En otras palabras: si bien hay un horizonte de infinita perfectibilidad en cuanto a la organización política liberal, no hay, en cambio, condiciones propias para su instauración. El liberalismo suprime cualquier trascendencia y su única justificación —legitimación, si se prefiere— debe darse en el ejercicio práctico de la razón. Ejercicio que debe tener lugar día a día, minuto a minuto: de ahí su carácter militante, que exige una contigua vigilancia por parte del ciudadano.



Abolida la trascendencia, el liberalismo esquivo la tautología en que se funda mediante la puesta en cuestión permanente del pacto que lo crea. En la historia de las ideas políticas este *liberalismo activo* recibe el nombre de republicanismo. Se dirá que nada tiene esto de notable en un texto titulado *Apelación a la República*. Ocurre, sin embargo, que su autor militaba, hasta muy poco antes de escribirlo, en un partido político adscrito al monarquismo. Y que, además, la ideología que sustenta el texto no varía fundamentalmente las líneas básicas del pensamiento anterior de su autor. Hasta 1923, Azaña hablaba, al referirse a su ideario, de radicalismo. De ahora en adelante, ya podrá referirse a él como republicanismo. *Apelación a la República* constituye el engarce definitivo entre una ideología y sus consecuencias prácticas. El radicalismo entre una ideología y sus consecuencias prácticas. El radicalismo deja de estar al servicio de la monarquía. En otras palabras, la monarquía española pierde aquí la posibilidad de integrar la ideología republicana.

La segunda consecuencia a la que hacía alusión más arriba es de orden literario. *Apelación a la República* constituye algo más que el enunciado de un programa político. Su objetivo es demostrar lo que enuncia y propugna. De ahí la conformación de los apartados IV, V, VIII y IX, que se encadenan como una serie de deducciones lógicas. A partir de una definición del liberalismo como principio moral, el texto continúa con la de la democracia en tanto que aplicación política de ese principio, luego con el postulado del parlamentarismo como la única articulación práctica posible de la democracia y, finalmente, con un programa político coherente con los altos principios enunciados en primer término y las consecuencias que de ellos se han ido deduciendo. A esta progresión lógica se superpone una segunda, que parte de la definición del absolutismo, de la que se deduce un diagnóstico de la situación española, diagnóstico que termina por reforzar la aragumentación expuesta en la primera cadena de deducciones. Esta construcción remite a la retórica oratoria: el orador sienta unas bases que desarrolla a lo largo de su discurso para terminar con una petición de adhesión, en la nota final, que constituye un remedo del aplauso que el tribuno solicita desde su puesto.

En el estilo mismo de *Apelación...* se rastrean con facilidad los rasgos característicos de la oratoria. Dos únicos ejemplos. Al final del Apto. I, se halla un breve repaso de la historia del liberalismo en España, que pretende demostrar que éste no ha calado en las instituciones. El texto se construye en períodos cada vez más breves, iniciados todos mediante una expresión similar («El liberalismo ha tenido que luchar...» — «El liberalismo ha tenido que luchar...» — «Lucha otra vez...» — «Lucha contra...» — «Lucha contra...»). el procedimiento anafórico desemboca por fin en una oración sustantiva («En



fin, liberalismo maniatado...»). La construcción transmite la sensación física del acoso a una presa siempre a la defensiva y cada vez más rendida. La ansiedad creciente se resuelve en la pregunta final («A ese liberalismo (...) ¿qué puede achacársele (...) sino el no haber sido verdaderamente liberal?»), resolución que sentencia el movimiento descrito y, en rigor, vuelve a suscitar la ansiedad. En el primer párrafo del Apto. II se encuentra una construcción diferente pero al servicio, también, de un impacto emocional. El acoso antes descrito se precisa aquí con la ayuda de unas cuantas fechas clave en la historia española contemporánea. Cada período se inicia con el enunciado de una de éstas («1814... 1823... En 1873... En fin: 1923») y su longitud, esta vez, aumenta en cada nuevo enunciado. En vez de una única interrogación final hay aquí una para cada uno de los períodos, cada vez más alejada de la fecha a medida que la longitud de éstos va en aumento. Se intensifica así la naturaleza retórica de la pregunta: el propio texto suministra cada vez más datos acerca de la respuesta a la interrogante planteada. Como si fuera la contrapartida de la ansiedad provocada inmediatamente antes, se intenta aquí que el lector (el público) se sienta cautivado, prendido en un juego en el que va respondiendo a las preguntas que se le hacen gracias a los datos que el escritor (el orador) le va proporcionando.

Hay por tanto razones suficientes para afirmar que *Apelación a la República* está construido como un discurso, en realidad el primer discurso republicano de Manuel Azaña. Esto explica además por qué el autor quiso suprimir el programa político final, farragoso, poco coherente con el resto. Que el primer texto en el que Manuel Azaña se declara republicano y, como tal, ofrece a la opinión pública española un pacto global, adopte la forma de un discurso, sugiere numerosos motivos de reflexión, tantos, en realidad, que es preferible dejar el asunto aquí. No menos lo ofrece el que este discurso, que solicita apasionadamente una respuesta, no haya podido ser conocido por los españoles hasta más de sesenta años después de haber sido pensado.







# La «Modernidad» de Manuel Azaña

MANUEL TUÑÓN DE LARA





**M**ANUEL Azaña, que acertó a vivir su doble vocación intelectual y política en una encrucijada sin fin en que ambas trayectorias ora se completaban ora se desgarraban, fue sin duda un hombre que vivió cabalmente su tiempo, al que llegó con una carga decimonónica (como nacido en 1880) que integró en una concepción «moderna», es decir, de su siglo, del nuestro.

Se ha llegado a decir que Azaña era una gran regeneracionista. Con todo mi respeto y mi admiración por los regeneracionistas —y en primer término por Joaquín Costa— pienso que el papel de Azaña en la cultura española —y en su pensamiento político— no enmarca ahí sino en un nivel más moderno. Entendámonos, ¿qué fue el regeneracionismo? Apareció en un momento histórico preciso, cuando los mecanismos del sistema canovista, instrumentalizado por la oligarquía terrateniente-financiera, empiezan a dar signos de ineficacia y agotamiento; y se manifiesta con fuerza cuando ese sistema sufre un descalabro y queda más al descubierto al perder el Estado español los restos de su imperio colonial en 1898. Hubo, ciertamente, varios regeneracionismos, desde el más superficial emanando del mismo bloque de poder («la España sin pulso» de Silvela) hasta la línea que va de Lucas Mallada a Macías Picavea, con fuertes acentos críticos de la impotencia de las clases dirigentes, pero



también con peligrosos deslices hacia el antiparlamentarismo; y, en fin, el vigoroso de Joaquín Costa que podría sintetizarse en su *Oligarquía y caciquismo* y en el conjunto de discursos, escritos, etc., entre 1898 y 1903.

En todos los casos, el regeneracionismo quiere «reformar desde arriba» y está impregnado de fuerte pragmatismo, que en más de una ocasión le hace perder las perspectivas democráticas; el regeneracionismo en ningún caso tiene confianza en la base popular, al que considera abúlica y sin posibilidades de salvarse por sí misma. Altamira lo dice claramente: «Hay doce millones de españoles que carecen de instrucción; el pueblo no puede dar el impulso para la regeneración...»

En suma, el regeneracionismo es, sobre todo, una actitud crítica de la vieja estructura española de sus prácticas políticas, de su atraso económico y técnico; pero no es un planteamiento de una alternativa española en las coordenadas europeas de modernidad. El regeneracionismo no tiene confianza en que el pueblo pueda salvarse por sí mismo, sino por unas élites que vengan de fuera y lo eduquen o lo dirijan; por ese camino, el regeneracionismo corre el peligro de poner en duda los valores de la democracia.

Al mismo tiempo, la mocedad de Azaña discurre en Madrid cuando van imponiéndose los escritores jóvenes que serán llamados «del 98», aunque hasta 1908 nadie habla de tal generación; pero ya triunfan Baroja y Azorín, es célebre Unamuno, se habla ya de Machado. En lo que inicialmente hay de común en aquellos escritores se señala el rasgo de «ir en contra», como dijo Gómez de la Serna; de hacer una revisión crítica de los valores literarios establecidos, de las concepciones estereotipadas del pasado, etc. Pero domina en ellos el pesimismo y la carencia de cualquier alternativa encarada al porvenir. El que más pronto superará ese nivel puramente crítico del 98 es Antonio Machado, que a partir sobre todo de *Campos de Castilla* (1912) invierte las valoraciones al partir de raíces eminentemente populares que, para él, serán las principales razones del porvenir. Pero volvamos a los comienzos del siglo cuando el joven Manuel Azaña es pasante de Cobeña, alumno «de gorra» (como él decía) del curso doctoral de Giner y está en trance de asimilación. También en otro diapasón está de moda Ganivet, el trágico desaparecido de Riga, cuya crítica del presente, al ser nostalgia del pasado, puede movilizar a muchos espíritus temerosos del porvenir.

Pero hay también un Azcárate y un Posada; hay las inquietudes políticas de quienes no renuncian a lo democrático aunque sean igualmente críticos del viejo mundo oligárquico y caciquil. Y el joven Azaña que primero ha reaccionado vigorosamente contra las andanadas de prejuicios y tópicos recibidas en su adolescencia escurialense, se dará pronto cuenta de que no le valen ya para



discurrir las categorías decimonónicas, sino que se necesita pensar «en siglo veinte»; pensar incluso ese liberalismo, que él siente hondamente, pero que, para subsistir, tiene que cimentarse en bases hondamente democráticas (lo que no había sido imprescindible en los dos siglos precedentes).

Así pues, el primer rasgo del joven Azaña es que estará atraído por la modernidad, pero en modo alguno por el topicismo regeneracionista. En segundo lugar que será —como Machado— uno de los que primero salten sobre el mito de «la generación del 98», superando su nivel. A partir de ahí podremos ir viendo cómo la «modernidad» de Azaña marca su huella en la obra del escritor, del pensador y del político.

Ciertamente, tendremos que esperar a que Azaña rebase la treintena para que empiece a dar la medida de sus posibilidades y de su madurez. Los artículos en *La Correspondencia de España* (1911-1912), la secretaría del Ateneo y la Liga de Educación Política (ambas en 1913), su militancia en el partido reformista de Melquiades Álvarez (al que entonces perteneció lo más granado de las nuevas generaciones intelectuales, pero él llegó a miembro del Consejo nacional): por un lado, la apertura a Europa abriendo la ventana francesa —lo que contribuyó a afianzar sus raíces democráticas y su gusto por el buen razonar—; por otro, la entrega a una acción que si era política no desdeñaba la función intelectual que incluso tenía el primado en aquella conjunción.

Con un realismo impresionante Azaña se plantea en un trabajo publicado en dos números de la revista *España* (Cuando ya él la dirigía, en octubre y diciembre de 1923) expresivamente titulado «¡Todavía el 98!», la crítica del regeneracionismo costiano:

«Costa se persuade de que los españoles tienen hambre, que no saben leer ni escribir; désele pan, ábranse escuelas. Picavea demuestra que «el bisel del Atlántico» y el «bisel del Cantábrico» estorban el paso de las nubes hasta el corazón de la Península; llueve poco y mal. Riéguese la tierra, repuéblense los montes. Esto era bueno, aunque no nuevo. Los claros varones de nuestro siglo XVIII lo dejaron propuesto. *Mas ¿quién ha de costear el pan y las obras? ¿Quién regentará la escuela? ¿De quién será la tierra esté seca o regada?* (la cursiva es mía). Ahí se abre la perspectiva sobre los fines y comienza cabalmente la política...»

Cualquiera se da cuenta de que en unas breves líneas, con inmensa carga conceptual, Azaña se ha distanciado del regeneracionismo a mil años luz. Todo el problema del ser o no ser de las distintas clases en la sociedad española, toda la carga *social* que define y da tono a nuestro siglo, toda la vinculación de las decisiones políticas a las decisiones económicas están ence-



rradas en esas pocas líneas. De sobra sabemos todos que Azaña no fue marxista ni soñó en serlo; pero no es menos verdad que reconoció la existencia de clases en lucha y «el fenómeno histórico grandioso del acceso al poder de clases sociales que hasta ahora estuvieron desprovistas de él» (discurso en el Parlamento, 15-4-1936). Azaña había comprendido que plantar árboles en abstracto, abrir escuelas o regar la tierra eran de una inquietante ambigüedad, porque, dicho en otros términos, la propiedad de esos medios de producción, el costo social del programa esbozado, la orientación de la escuela... todo eso sí que define políticamente a una formación social histórica. Y es más, Azaña se adelantaba en cuarenta años a rebatir la cursilada (por no llamarle hipocresía) del «fin de las ideologías», cuando sus defensores dicen que lo importante hoy no son las ideas políticas, sino cómo se va a distribuir, por ejemplo, un excedente del 0,5 por 100 de la renta nacional. Naturalmente que Azaña ve muy claro que esa distribución es una decisión *política*; ¿será para «pagar el pan», fórmula que encubre el aumento salarial, o para subvencionar a sociedades anónimas? ¿Estará destinado a obras de utilidad social o a aumentar los gastos presupuestarios de órganos represivos?

Y ya casi tres años antes, en marzo de 1921, escribiría Azaña en *La Pluma*: «El programa de Costa, despensa y escuela, no pasa de ser una fórmula previa, preñada de cuestiones capitales, de los verdaderos problemas». Coincide Azaña con Araquistain en que el contenido pedagógico de la escuela propugnada por Costa y la distribución de la riqueza (tal vez, la distribución de los instrumentos para producir riqueza) son las cuestiones capitales hasta entonces eludidas.

El pensamiento de Azaña destruye tres mitos; regeneración, noventayocho y ganivetismo; tres ideas-fuerza en su tiempo, pero que cristalizadas e instrumentadas desempeñaban ya una función regresiva cuando nuestro siglo iba a cumplir veinte años. Diríase que ¡Todavía el 98! es un grito arrancado del alma de don Manuel, harto ya de mistificaciones y, sobre todo, de que esos mitos sirviesen de justificativos. Es duro con Baroja y Azorín, o, mejor dicho, con la interpretación de sus personajes literarios, «dos tipos de *ratés* (en francés en el texto) que echan la culpa a la raza».

Entiéndase bien que Azaña está muy lejos de negar el alcance literario del grupo o generación del 98. Al contrario. Veamos lo que dice: «Sea comoquiera, la generación del 98 sólo ha derruido lo que acertó a sustituir... Innovó, transformó los valores literarios. Esa es su obra. Todo lo demás está lo mismo que ella se lo encontró».

Lo que no puede admitir Azaña es que el nombre de aquella obra literaria se invente un «problema España» a base de abulia nacional, desconsuelo y



otras actitudes lindando con el masoquismo político, que, a fin de cuentas, acaban siendo una justificación tácita del sistema que se decía criticar.

Que se trata de salvar el pasado y los valores en que reposaba, lo capta finamente Azaña al enfrentarse con la obra de Ganivet. El criticismo del diplomático granadino, su identificación de lo nacional con el dogma de la Inmaculada Concepción, su interpretación de Carlos I y los Comuneros, su nostalgia de los «buenos tiempos» del artesanado (que eran también de los señoríos) dan ocasión a uno de los escritos históricos-políticos más sólidos de Azaña, que no me atrevo a denominar ensayo porque su cimentación va más lejos de eso.

Hay en las notas sobre Ganivet —trabajadas largos años por Azaña— una afirmación metodológica esencial y que también está henchida de modernidad; evitar la *confusión de una emoción con un juicio*. Es nuestros días resulta evidente que un juicio de valor no es un acto cognoscitivo y que las emociones y voliciones pertenecen al dominio «ideológico» netamente deslindado del científico en la más elemental epistemología. ¡Esto sí que era ensayo! Pasar —como escribía Azaña— «con excesiva sencillez de la crítica al donaire, perder el rigor del razonamiento compensado con la brillantez del lenguaje y llegar a unas conclusiones sin tomarse el trabajo de pasar por todos los eslabones de la cadena de antecedentes». Ese tipo de «razonamiento» era más que peligroso; ha costado ríos de sangre a los españoles y Azaña supo ya intuirlo. Azaña decía de él: «Tal género de escritos rara vez evitan el peligro de alterar frívolamente las representaciones históricas. Pueden estar bien como efusión lírica, pero entrometer el sentimentalismo vago en tratados de filosofía de la historia, si es bueno para consolarse de añoranzas, lleva en derecho a confundir una emoción con un juicio, y al amparo de un goce estético pasan de contrabando, como verdades probadas, las imaginaciones del autor».

La prueba contraria la suministra el mismo Azaña al debatir las generalidades ganivetianas sobre los Comuneros, de las que no deja piedra sobre piedra, apoyándose simplemente en las fuentes de la historia que se había tomado la molestia de consultar. De tal modo que estas páginas de Azaña se han convertido en antecedente histórico de obras capitales sobre los Comuneros, en primer lugar las de Joseph Pérez y de J. A. Maravall. También ahí fue un liberal que se despegó de la ganga «ideológica» de los liberales decimonónicos para entrar en el rigor intelectual de nuestro siglo. Porque el liberalismo del siglo XIX interpretó la revolución comunera con una carga romántica y volitiva, viéndolo desde su tiempo (el de los liberales) y no desde la primera mitad del siglo XVI. La operación política de sustentar ideológicamente la Constitución de 1812 hizo que Martínez Marina idealizase las Cortes antiguas como un



Parlamento moderno; por esa misma línea los liberales del siglo XIX enfocaron el movimiento comunero como una corriente liberal frente al Estado absolutista. Es probablemente Azaña el primer liberal que replantea el problema en términos históricos más allá de la visión tradicional de Ganivet y de la «liberal»; se trata de una contienda política que se extiende «a guerra social, a conflicto de clases, revolviéndose los pecheros sobre quienes gravitaban las cargas del reino, contra la clase nobiliaria, brazo ejecutivo de la Corona, de quien tenían, con los privilegios y mercedes correspondientes, el mando y disposición de las armas.

Indudablemente, el rigor conceptual que permite a Azaña desmontar tres mitos que operan conjuntamente en el primer cuarto de nuestro siglo le lleva prestamente a dar el grito de alarma sobre los peligros que corre la democracia;

He pensado varias veces, y creo haberlo dicho y escrito, que si no hay ninguna línea que vaya de Costa a Azaña, sí que la hay entre don Gumersindo de Azcárate y don Manuel o, si quiere, ente todo el grupo de politicólogos institucionistas: Azcárate, G. Posada, Sela, etc. En la célebre *Información* del Ateneo de Madrid organizada por J. Costa, Azcárate avisó ya del peligro consistente en acciones «quirúrgicas» para atajar el caciquismo; porque para Azcárate la culpa de los males españoles no reside en el sistema parlamentario y de partidos políticos, adulterado e instrumentalizado por la oligarquía para mantener su poder, sino precisamente en esa adulteración; hay caciquismo, hay arbitrariedad, hay atraso socioeconómico, no porque España posea un régimen parlamentario, de partidos políticos y basado (siquiera sea parcialmente, según la Constitución doctrinaria del 76) en la soberanía popular y en sufragio universal (éste desde 1890); España padece todos esos males precisamente porque no hay verdadera expresión de la soberanía popular, ni verdadero sufragio universal, ni auténticos partidos políticos.

«Yo soy —dice Azcárate— de los que no han perdido la fe en el régimen parlamentario. Con ser tan repugnantes todas esas corruptelas que se denuncian y envolver una verdadera burla social en la cabeza, en el medio y en el fin, sigo creyendo que no constituyen vicios esenciales que afecten a la esencia del régimen; que existe remedio para ellas, y por tanto para el caciquismo.»

La ponencia colectiva de los institucionistas (Altamira, Buya, Posada, Sela) dice también que «lo que hace la incompatibilidad, del régimen parlamentario con la política que se necesita, no es lo que de parlamentario tiene, sino la clase de personas que manejan el Gobierno y el Parlamento», y pone en guardia contra el deslizamiento hacia la dictadura.





Dos decenios después Manuel Azaña, que ya sabe mucho de caciquismo porque ha sufrido directamente sus embestidas, también sabe lo suficiente para demostrar la trampa que consiste en presentar los vicios caciquiles como si fueran vicios de la democracia parlamentaria y de partidos. En *Caciquismo y Democracia* (publicado en *España* el 13 de octubre de 1923, exactamente un mes después del golpe de Estado de Primo de Rivera), plantea el tema en toda su profundidad: el caciquismo es esencialmente una suplantación de la soberanía y sólo un régimen democrático puede plantear su extinción. Y añade: «Algunos escritores antiliberales - muchos lo son, pensando no serlo— disimulan bajo sus campañas contra el caciquismo un ataque a fondo contra la democracia. Por encima de la cabeza del cacique, esos propagandistas disparan sobre los ciudadanos».

Manuel Azaña no cree, pues, que sea preciso acabar con un sistema democrático y parlamentario que, en puridad, jamás se ha puesto en práctica. Al contrario: hay que revigorizar ese sistema aplicándolo con un contenido de nuestro tiempo.

Probablemente, la razón de que Azaña haya sido capaz de superar las mistificaciones derivadas de regeneracionismo tiene una triple raíz: primero, su rigor intelectual, que crea como un método innato en él consistente en trabar los conceptos despojándolos de elementos estéticos y emotivos (¡él, tan capaz de emocionarse y tan enamorado del arte!); segundo, una apoyatura histórica sólida, rasgo poco común a los políticos del primer cuarto de siglo; tercera, y tal vez principal, la fe en la cimentación popular de la política que no comparten esos otros hombres. Azaña denuncia sin veladuras «el recelo de la democracia» que aqueja a tantos autores. Y añade: «Unos por anarquismo, otros por casticismo agarbanzado, que siempre están soñando con el reinado de Isabel la Católica, casi ninguno confía en la organización de las fuerzas populares».

Confiar en la democracia es, pues, confiar en las fuerzas populares y en su protagonismo. Superar las herencias del despotismo ilustrado y otras suertes de elitismo posterior consistentes en «ir al pueblo», «salvar al pueblo» etc. Al pueblo, como no se salve él mismo, ni Dios lo salva. Esto lo sabemos casi todos a finales del siglo XX, a fuerza de chichones y descabraduras políticas, como aprenden los chavales jugando por los desmontes. Pero a principios del siglo lo sabía ya Manuel Azaña. Pasaron los años y fue madurando sus ideas; tras la primera experiencia del poder, reflexiona en 1934 sobre más de un siglo de historia de España señalando su fallo principal: la ausencia de un régimen de masa popular. Y su rasgo paralelo, el dominio de las oligarquías, de «unos cientos de familias», que usaron y abusaron de un régimen parlamentario que



hacia poco honor a su nombre. Dos meses después de esa reflexión en alta voz —hecha en el cine Pardiñas de Madrid— da Azaña en la Sociedad el Sitio de Bilbao, el 21 de abril de 1934, una conferencia que tituló «Grandezas y miserias de la política». Allí denunció que desde el siglo XVI España no había conseguido formar una clase directora. Pudiera creerse que esta constatación, aparentemente análoga a las de Ortega sobre «la ausencia de los mejores». Nada de eso; a la hora de valorar Azaña se queda con el pueblo y no con las minorías «selectas». «Para mí lo vital en España, en el orden moral, es el pueblo», dice allí mismo. No propone como Ortega, que esa minoría «de los mejores» estructure a la masa amorfa para vertebrar la nación; no, muy al contrario, dice:

*«El único procedimiento que hay en España para reorganizar una sociedad y permitir que esta sociedad tenga un día cabeza y manos que hoy no tiene, es apelar a este sentimiento profundo de la dignidad y del poderío espiritual del pueblo español, facilitarle su escape, confiarnos en él, no creyendo que por nuestra educación o por nuestro rango social o por nuestra posición política llevamos una ventaja astronómica al último español que pena y pasa hambre en los barbechos castellanos».*

Hay que leer y releer esa conferencia de Azaña para saber que Azaña quiere fundar la política «sobre la roca viva de la voluntad popular, no en combinaciones escondidas de gabinetes políticos».

No es que Azaña crea beatamente en los efectos mágicos de las muchedumbres; conoce sus peligros y sus defectos. Pero las muchedumbres no son la masa destinada a obedecer y dejarse estructurar por los «selectos». La política, para Azaña, sólo es posible con las muchedumbres, pero no para encuadrarlas, ni siquiera para mandarlas desde los comités y otros órganos por el estilo, sino «para suscitar o descubrir en todos el pensamiento común, en saber qué es lo que queremos hacer todos juntos y en poner en común los medios de lograr lo que queramos».

Nadie menos demagogo que Manuel Azaña y en la vida se encargó de demostrarlo cumplidamente; pero nadie más respetuoso con el pueblo y más convencido de los valores morales de lo popular-colectivo. Y cuando Azaña piensa en la función recíproca del político y la muchedumbre, nos viene fácilmente a mentes aquello que Antonio Machado decía de cómo defender la cultura: «aumentando en el mundo el humano tesoro de la conciencia vigilante. ¿Cómo? Despertando al dormido. Y mientras mayor sea el número de despiertos...» Al fin y al cabo, cuando Machado habla de la cultura no deja al margen de ella la política. Todo es, en uno y otro caso, «aumentar el humano



tesoro de conciencia vigilante». Despertar al dormido, sí, pero para que la empresa sea hecha entre todos los despiertos juntos.

Si la modernidad de Azaña le lleva a ser demócrata a fuer de liberal, también le lleva a superar las abstracciones del liberalismo dieciochesco y a comprender que la sociedad no está compuesta de átomos individualizados sino de clases sociales con sus respectivas funciones históricas. Había estudiado y aprendido la ineficacia del Estado, la frustración de una revolución liberal cuyos burgueses fueron sólo los propietarios agrarios y los especuladores con mentalidad de régimen señorial. No era Azaña un revolucionario en el sentido habitual de ese término; era moderno y demócrata, pero no revolucionario. Reconoce con expresivas palabras que «el mundo *padece* revolución». Y él comprendía que el padecimiento tenía sus razones de ser; por eso era partidario del «criterio nivelador para liquidar los altibajos de la sociedad española». ¿Cómo? Pues de la manera más democrática y más legal, como lo dice hablando a las multitudes reunidas, en julio de 1935, en el vizcaíno campo de Lasarre, cuando ya se presentía en lontananza el Frente Popular; allí expresa el «propósito pacífico, absolutamente legal, puramente gubernamental y de orden, de querer encauzar las masas encrespadas del pueblo español por las vías del sufragio».

Pero Azaña reclama el sufragio no para eludir los imperativos de la historia, como hicieron los políticos de la Restauración (diciendo no sé si hipócritamente o por simple ignorancia, que continuaban esa misma historia), sino para facilitar su realización, para acelerar lo que él mismo llamó el «paso del régimen feudal, territorial, de las grandes casas históricas españolas, venidas a decadencia sin haber perdido el poder político y económico hasta que ha venido la República» (discurso parlamentario de abril de 1936) a una nueva situación «en la que el proletariado empuja hacia el Poder político», porque, según Azaña, España había carecido de revolución liberal en el siglo XIX.

Sin duda, Azaña no escapa a cierto esquematismo histórico sobre nuestro siglo XIX, que por cierto era compartido en aquel tiempo incluso por los historiadores; como tampoco escapa a la ingenuidad de creer que las grandes familias habían perdido el poder económico por el simple hecho de advenir la República. Lo que aquí queremos poner de manifiesto no es la exactitud histórica de cada uno de sus asertos, pero sí su preocupación por lo histórico, la base «historicista» de sus afirmaciones, fácil de observar en toda su obra.

Para nosotros, la cuestión esencial es que Manuel Azaña es un pensador y un político que rompe con los esquemas decimonónicos y con sus correspondientes escalas de valores, para ejemplificar una *modernidad* política y cultural que lo sitúa de lleno en el corazón de su tiempo. Azaña sigue siendo liberal,



pero representa una corriente del liberalismo que intenta superar la experiencia del siglo XIX. Ese intento de superación se manifiesta esencialmente en tres direcciones:

a) admitiendo, con más o menos reservas, la necesidad de la protagonización colectiva, de la participación activa de las masas populares en la política; esto es, que al pueblo no le salva nadie, tiene que salvarse él mismo, con todas las colaboraciones que para ello requiera.

b) reconociendo el hecho y la importancia de una conflictividad social que se expresa a través de un largo proceso histórico, que no es posible ignorar, sino que requiere una intervención estatal, tanto legislativa como administrativa, y el reconocimiento de unos derechos de las clases ascendentes.

c) en consecuencia, el liberalismo del siglo XX tiene que conjugarse con la democracia. Dicho de otra manera: sin una completa democracia no hay libertades del hombre. Atrás queda la época del sufragio censitario, invención de la burguesía temerosa de que fuese demasiado lejos el mecanismo por ella misma puesto en marcha; atrás, la triste experiencia caciquil; pero que tampoco los «selectos» pretendan monopolizar el protagonismo de la historia (lo que hoy sabemos que no son sino formas de buscar las hegemonías ideológicas de clase); y aún menos lo que Azaña parecía intuir aunque no llegó a conocer; el minoritarismo tecnocrático que une el cinismo a la agresión contra la democracia.

Por todo eso Manuel Azaña no fue un liberal más, sino un español liberal y demócrata del tiempo que parecía haberle tocado vivir.

. . .

Sí, la «modernidad» de Manuel Azaña, hombre abierto a la civilidad europea aprendida a través de Francia, parecía convenir a la necesaria renovación del Estado y de la sociedad en España. Pero eso era no contar con los «imprevistos», si es que puede llamarse imprevisto el ascenso del fascismo en lo internacional y el cerrilismo de la oligarquía agraria en lo hispano, de cuya coyunda nació un monstruo que tanta sangre y tantas lágrimas ha hecho verter en España y de cuyo virus aún no estamos enteramente inmunizados. La praxis política del estadista Manuel Azaña ofreció tajantes diferencias con las categorías políticas del pensador Manuel Azaña. Y es de ver su diario personalísimo para comprender sus dificultades y asombro ante ese cuerpo de generales que depende de él, ante los manejos de banqueros, ante las presiones de diplomáticos, ante las reivindicaciones sindicales (que a veces tampoco aceptaba porque creía en la prioridad del Estado. «Y para esto tenemos tres ministros socialistas», decía entre quejoso y asombrado cuando un dirigente



«ugetista» le decía que la huelga ferroviaria era difícilmente evitable). Porque España necesitaba toda la modernidad de Azaña, pero también tenía un viejo lastre; la crisis era muy honda, los antagonismos tenían raíces seculares y el primer Gobierno Azaña fue, históricamente hablando, «el tiempo de un suspiro» (veintiún meses), en el que apenas hubo tiempo de arañar la rugosa epidermis del mastodonte celtibérico... y ya se encargaron de que saliese pronto del Poder!.

Es muy probable que Azaña, tras su primera experiencia gubernamental, se diese cuenta de que —como él mismo dijo a Ventosa en un debate parlamentario de 1936—, en España «estaban pasando muchas cosas que no pasaban en otros países», porque había pasado en el siglo precedente como ocurrió en los principales Estados europeos. Pero todo fenómeno histórico que se produce con retraso crea una situación mucho más conflictiva porque a las viejas contradicciones —que son más que residuales— se añaden otras nuevas que no es posible eludir en razón del entorno. En el caso de España, el tradicional eje polémico de grandes propietarios y trabajadores de la tierra, se encontrará doblado por cierto crecimiento industrial, a pesar de frenos y lentitudes, que crea otro eje de contradicciones patronal-obreras; pero como España no vive con intensidad la época de la libre concurrencia industrial y comercial, se le echa encima, en nuestro siglo, una nueva época de capital financiero y de restricciones a la concurrencia de antaño (esa es una de las razones principales por las que el desarrollo de las industrias de cabecera ha estado en manos de la gran banca); no habiendo vivido sino ficciones de liberalismo, llega sin embargo, a la época del fascismo, que va a ser protagonizado por señoritos rurales.

España era, pues, en el decenio de los treinta, un enrevesado país donde las categorías de la modernidad europea comenzaban a ser desbordadas por los cuatro costados. Y ese fue, tal vez, el drama más hondo de Manuel Azaña. «Una vez más hay que segar el trigo en verde», escribe en su cuadernilo el 19 de febrero de 1936, cuando tiene forzosamente que hacerse cargo de un poder abandonado por Portela y amenazado ya por las presiones de Franco, Calvo Sotelo y Gil Robles. No, no era posible cosechar el trigo dorado, a la europea, en un parlamento constituido —a los treinta días de las elecciones, según los preceptos constitucionales— con un relevo normal de gobiernos. No; era mucha la efervescencia, eran muchas las pasiones y las emociones; no se había votado para que los presos siguiesen treinta o cuarenta días más entre barrotes, ni los represaliados siguiesen sin trabajo, ni Cataluña sin autonomía, ni los yunteros sin tierra. La historia se ponía a galopar y el destino de Manuel Azaña era estar al frente de su pueblo. El intelectual Manuel Azaña, hombre



moderno y europeo, habría soñado sin duda, no en protagonizar el esquema romántico de acceso al poder que él sabía superado, sino aquel otro que él había estudiado en la práctica constitucional francesa e inglesa, sin pensar quizá que unos mecanismos constitucionales análogos habían sido ya triturado en Alemania por un tal Hitler. Un gobierno Portela esperando tranquilamente a que las Cortes se abriesen para transferir el Poder, era una utopía en un país con los rasgos arriba señalados y en que, por añadidura, se estaba conspirando contra la seguridad del Estado nada menos que desde el mismo Estado Mayor. La España a la europea seguía siendo un sueño porque las viejas estructuras, los privilegios, la intolerancia, la falta de respeto a la opinión ajena y, consiguientemente, la violencia del conflicto sociopolítico eran las de dos o tres siglos atrás. ¿Piensa alguien que los campesinos extremeños estaban en condiciones de dejar que el trigo madurase, un trigo que no era suyo sino de los señoritos, para seguir sirviéndonos de la misma imagen? No; por decenas de millares tomaron las tierras al amanecer del 25 de marzo. También en Córdoba, en Jaén, en Albacete, etc., comenzaron a ocuparse las tierras susceptibles de ser expropiadas legalmente por el Instituto de Reforma Agraria. ¿Qué hacer? Es fama que Ruiz Funes, ministro de Agricultura, hubiera dicho que no sabía si enviar a esos campos la guardia civil o los peritos agrónomos. Naturalmente, optó por lo segundo y las ocupaciones de tierras fueron legalizándose sucesivamente.

Pero esto, a pesar de ser muy legal, se parecía mucho a una revolución. ¿A una revolución de nuestro siglo? Tal vez se parecía más a aquellas revoluciones de otros tiempos. No importaba; esto, desde luego, había roto los esquemas de la modernidad.

Mientras tanto, Manuel Azaña, lúcido y enérgico, defiende la obra de su gobierno en las Cortes. Pero Manuel Azaña es elegido Presidente de la República, jefe del Estado. Nos vamos a entrar ahora en el análisis de aquella elección, pero sí conviene recordar que, contra lo que suele creerse, Casares Quiroga obró por su cuenta (o, mejor dicho, dejó de obrar), pasando incluso semanas enteras en que el jefe del Gobierno y el del Estado no tenían ningún contacto (V. Rivas Cherif, *Retrato de un desconocido*, edición íntegra. Barcelona, 1980, p. 335). Hay, sin duda, un conato de inhibición de Azaña, sin salir de «La Quinta» de El Pardo, que también habría que buscar en el desfase entre sus esquemas intelectuales la galopante realidad.

Y cuando llega la tragedia, Manuel Azaña asume con toda dignidad la función de ese Estado puesto en entredicho por los alzados en armas contra él, y también (por inevitable dialéctica del conflicto) por muchos de aquellos que defienden su símbolo pero no su funcionamiento. Azaña está en su puesto



aunque desgarrado por dentro. «Me reconozco ajeno a este tiempo», confiesa por boca de uno de sus personajes de *La velada de Benicarló*.

¿Hay entonces un intento de asalto al Estado? Azaña no llega a creer tanto. Pero lo que viene después, incluso la evidente «reconstrucción del Estado» desde 1937, le parece el fracaso de la República tal como él la había concebido. No puede soportar la injusticia, la agresión al hombre; en la misma obra dice por boca de «Garcés»: «Han sido y son en número inmensamente mayor los asesinatos cometidos por los rebeldes y en circunstancias atroces. No es la menor, como decían ustedes antes, que tantos millares de ejecuciones se hagan por plan político y con orden de los jefes. Pero esto no es una compensación. Ellos son la negación de la ley; nosotros somos el Gobierno, la legitimidad, la República.»

Por eso añade que «hubiera querido morirme aquella noche», la del asalto a la cárcel Modelo en agosto del 36. Y esto lo decía quien aquellos mismos días había sabido que su sobrino Gregorio había sido asesinado en Córdoba sin formación de causa.

Desde julio del 36 Azaña se sobrevive; pero, a despecho de lo que tal vez puedan parecer errores momentáneos o tácitos, se sobrevive con admirable estoicismo. Porque para él, el régimen de convivencia entre españoles que suponía la República está ya fracasado. Lo dijo claramente al dirigirse al país y al mundo en Valencia el 21 de enero de 1937: «...cuando se tiene el dolor de español que yo tengo no se triunfa personalmente contra compatriotas. Y cuando vuestro primer magistrado erija el trofeo de la victoria, su corazón de español se romperá, y nunca se sabrá quien ha sufrido más por la libertad de España».

La «modernidad» de España, la recuperación de su historia perdida fue el sueño de este liberal que quiso ser hombre de su tiempo. No le dejaron; y se le rompió el dolorido corazón un tres de noviembre, en Montauban, tierra dos veces extranjera porque sometida entonces al invasor. Los españoles todos tenemos una deuda contraída con él; y más aún aquellos para quienes representó en nuestros años mozos, la más alta cumbre de la legitimidad democrática española.







# Manuel Azaña y su idea de la República

MANUEL ARAGÓN





## I. CUESTIÓN PREVIA: LA IDENTIFICACIÓN ENTRE ESTADO Y REPÚBLICA

LAS razones del republicanismo de Azaña son parecidas a las de otros muchos intelectuales y políticos de su época. La defensa de la república frente a la monarquía, tanto en Azaña como en Ortega, Pérez de Ayala, Sánchez Guerra, Alcalá Zamora, Valle-Inclán, Marañón, Unamuno o Machado se fundaba en motivos concretos más que en argumentos abstractos, no era el fruto de un análisis teórico sobre las ventajas e inconvenientes de la institución monárquica, en general, sino más bien la reacción contra una monarquía muy particular como era la española de finales de los años veinte, gravemente deteriorada por un acontecimiento histórico también muy concreto: la Dictadura de Primo de Rivera.

Hubo un Azaña reformista, anterior a septiembre de 1923, que creía en la posibilidad de mejorar, desde dentro, a las instituciones políticas, precisamente porque confiaba en la capacidad de la sociedad para autorreformarse. Es muy clara la influencia del regeneracionismo y, más aún, de la Institución Libre de Enseñanza en el Azaña de esta época, que en 1913 accede al puesto de secretario del Ateneo de Madrid y que también en ese mismo año coopera en la fundación de la «Liga de educación política española», patrocinada por Ortega, que se presenta como candidato del partido reformista en las elecciones a diputados de 1918 y 1923 (sin obtener escaño en ninguna), que publica la



revista *La Pluma* de 1920 a 1923 y que dirige la revista *España* desde enero de este último año. En sus artículos políticos (publicados en aquellas revistas o en la prensa diaria), en su conferencia sobre *El problema español*, pronunciada el 4 de febrero de 1911 en la Casa del Pueblo de Alcalá de Henares<sup>1</sup> o en su libro de 1918 sobre la política francesa, Azaña se manifiesta como un liberal progresista que, descontento de la situación política española, cree que tuviese como motor e incluso como base de sustentación la regeneración social en mayor medida que la regeneración política, o dicho de otro modo, la educación de los ciudadanos más que la transformación radical de la estructura de poder. Actitud teórica que resulta confirmada en la práctica por su militancia en el partido reformista.

Que la solución a los problemas nacionales está más en la reforma social que en la revolución política lo expresa con bastante claridad al comentar, en la revista *La Pluma*, en marzo de 1921, las críticas de Araquistain a Costa: después de exponer sus dudas sobre la posibilidad de reformar a España desde unas instituciones que tendrían primero que reformarse a sí mismas, Azaña dice:

*«Pero hay otra (rectificación de Araquistain a Costa) quizá más profunda; consiste en fiar menos en una revolución constitucional y política que en la transformación moral del individuo, en nuestro caso del español... Yo no estoy lejos de compartir la opinión de Araquistain»*<sup>2</sup>.

El advenimiento de la Dictadura hará que Azaña abandone las ideas reformistas. Su reacción frente a aquélla es inmediata y se anticipa, desde luego, a la de la mayor parte de los políticos e intelectuales de entonces: el 17 de septiembre de 1923, a los cuatro días del golpe de Estado, Azaña se separa del partido reformista; en 1924 se proclama abiertamente republicano y escribe el manifiesto *Apelación a la República*; en 1925 funda el grupo político «Acción Republicana». Ya no es posible, piensa Azaña, la reforma de la sociedad sin la previa transformación del Estado.

Este cambio de actitud política se observa con gran nitidez en su nuevo artículo sobre Costa, publicado en la revista *La Pluma* en octubre-diciembre de 1923. Su crítica al regeneracionismo costista es bien distinta de la que escribió en esa misma revista dos años antes. Ahora dirá:

<sup>1</sup> Cuyo texto se recoge en el presente libro-homenaje. Esta conferencia es un testimonio muy valioso para analizar el pensamiento político de Azaña, pues muchas de las ideas que, de modo constante, se repetirán en obras y discursos posteriores, ya se encuentran en ese texto de 1911.

<sup>2</sup> *Obras completas*. Edit. Oasis, México (1966-1968), t. I, páginas 443 y 444.



*«La “revolución desde arriba”... no significa, por sí misma, nada. Depende de quién sea el que esté arriba, y también de los caminos por donde haya llegado. Ateniéndonos al sentido costista, esa revolución significa que el Estado funcione bien; pero da por resuelto el problema del estado; más aún, acepta el Estado en su forma actual en el momento de inaugurarse la revolución. Es muy poco revolucionario... Costa se persuade que los españoles tienen hambre, que no saben leer ni escribir; déseles pan, ábranse escuelas... Ríguese la tierra, repuéblense los montes... Mas ¿quién ha de costear el pan y las obras? ¿Quién regentará la escuela? ¿De quién será la tierra, esté seca o regada?»<sup>3</sup>.*

Hemos elegido a propósito, para subrayar el giro azañista, estos textos sobre Costa, pues de su actitud ante un tema tan fundamental como el regeneracionismo se desprende, en mayor medida que de otros lugares de su obra, la explicación de las razones del cambio. En 1921 el Estado monárquico no suponía un obstáculo insalvable para la reforma. Se trataba de un estado constitucional que, pese a sus innegables defectos, permitía el acceso libre y pacífico al poder. Es decir, como todo Estado liberal, el español de la Restauración admitía, al menos potencialmente, la posibilidad de su propia reforma. La Dictadura significará la destrucción de esa esperanza en cuanto que, al desaparecer la libertad, desaparece, precisamente, el supuesto donde la esperanza se sustenta. Al enfrentarse a la Dictadura, Azaña se enfrenta también a la monarquía, reacción comprensible y casi inevitable si se tiene en cuenta que de las enfermedades dictatoriales las monárquicas no suelen reponerse.

El problema quedaba planteado en este modo: si la monarquía se había transformado en autoritarismo y dictadura, la libertad y la democracia sólo podían ser posibles en la república. Es evidente que, en abstracto, el dilema no es correcto, pero la conversión de lo concreto en paradigma, viciosa operación conceptual tan frecuente en la política, hizo que la cuestión se simplificase en tales términos y que, como en toda simplificación, la opción se presentara de forma radical. Los demócratas tenían que ser republicanos y los monárquicos enemigos de la democracia. Este esquema tan radical, históricamente cierto, por lo demás, de 1931 a 1939, era, por ello mismo, revelador de nuestro subdesarrollo político, de nuestra escasa modernidad. La monarquía y la república, en la España de los años treinta, seguían siendo lo que ya habían dejado de ser en Europa desde el siglo pasado: formas de Estado; sin haberse convertido aún en lo que ya eran en los países civilizados: meras formas de Gobierno.

La simplificación política del dilema, simplificación entonces ideológicamente cierta, en el sentido de que los grupos políticos relevantes se expresaban como

<sup>3</sup> *Ibid.*, t. 1, págs. 558 y 559.



si el dilema fuese real y actuaban en gran medida en función de esa creencia, era sin embargo socialmente falsa. La existencia de un divorcio tan acentuado entre ideología y sociedad, en lo que a esta cuestión se refiere, ofrece, quizás, una clave más para comprender la historia de nuestra segunda República y, desde luego, para analizar el pensamiento de Azaña. Monarquía y república funcionaban ideológicamente como formas de Estado, pero, realmente, en la España de los años treinta, ya no lo podían ser. Hay una frase de Azaña, escrita en 1937, que resulta muy significativa:

*«Esperaba y deseaba la República como instrumento de civilización en España, no por arrebató místico. Con todo: si el año 30 o 31, en los preliminares de la República, su advenimiento hubiese dependido de mí, a condición de sumergir a España en una guerra espantosa, me habría resignado a no ver la República en toda ni vida»<sup>4</sup>.*

Parece como si, a juicio de Azaña, la guerra hubiese tenido por causa el dilema república-monarquía o, mejor dicho, como si lo que en ella se ventilase fuera el enfrentamiento entre esas dos formas de organización política, cuando resulta claro que en nuestra guerra lo que verdaderamente se enfrentaba era autocracia y democracia, autoritarismo y liberalismo, tradición y modernidad, clericalismo y laicismo, capitalismo y proletariado, etc. Es decir, un conjunto heterogéneo de dilemas que en nuestra patria habían venido depositándose en los últimos cien años sin encontrar solución y que, de golpe, explotaron en el conflicto de 1936. Si de algún modo pudiera reducirse la complejidad del problema (lo que ya de por sí es bastante difícil) quizás cabría decir que en nuestra guerra se enfrentaron dos sociedades antagónicas, dos Españas inconciliables, dos modelos de entender la convivencia política, en fin, si se quiere, dos formas de Estado, pero no, de ninguna manera, dos meras formas de Gobierno. Prueba de ello es que la derrota de la República no supuso, ni mucho menos, de inmediato, la victoria de la monarquía.

Es cierto que Azaña, por supuesto, no desconocía la transcendencia del conflicto y la hondura de sus raíces, pero también lo es que hipostasiaba en los términos república y monarquía el conjunto de las tensiones en presencia, y así diría en 1937:

*«Ni la Monarquía ni la República, con cuantas zonas y tierras intermedias pueda usted imaginar entre esos dos polos de nuestro orbe político, valen lo que ya cuestan, no a los republicanos o a los monárquicos, sino a España. O sea (desde nuestro punto de vista republicano): la República no puede acarrear bienes bastantes a compensar los desastres actuales, ni la monarquía, en otros*

<sup>4</sup> *La velada en Benicarló*. Edit. Castalia, Madrid, 1974, págs. 167 y 168.



*«cien años, produciría tantos males que, por no padecerlos, hayamos de dar por bienvenido este azote»*<sup>5</sup>.

La cuestión está suficientemente clara: Azaña, en efecto, simplifica el dilema monarquía-república al entenderlo como autocracia-democracia. En uno de sus discursos más importantes, el pronunciado en el Coliseo Pardiñas, de Madrid, el 11 de febrero de 1934, afirmaba que «la opción en España es: o tiranía o República»<sup>6</sup>. Como para Azaña la línea divisoria entre izquierda y derecha no pasa por la propiedad, sino por la libertad, una de las notas que caracterizan a la izquierda es, precisamente, su republicanismo, de tal manera que ser republicano es ser hombre de izquierdas y, a la recíproca, el hombre de izquierdas no puede ser más que republicano.

*«Para ello (para construir la República) debemos contar con las izquierdas españolas todas, y nada más que con ellas, llamando izquierdas a los que sin ambages, remilgos ni distinguos, ponen por la base de la organización del Estado la forma republicana»*<sup>7</sup>.

Pero como ocurría que ni toda la derecha era monárquica, ni toda la izquierda democrática, Azaña, al final, terminó por encontrarse casi solo con su concepto de ideal de república. Ese fue, posiblemente, uno de sus errores más graves: equivocarse en calcular el número de españoles liberales, creyendo que existían muchos más de los que en realidad eran, o confiar, quizá, en su rápido crecimiento, que difícilmente, por las condiciones de la sociedad española de entonces, podía producirse. Este error, que permite explicar el utopismo teórico en el que Azaña incurre, no sirve, sin embargo, para achacarle únicamente a él, como tantas veces, sin razón, se ha hecho, la causa del fracaso de aquel régimen, fracaso que tuvo en otras personas y en otras fuerzas agentes mucho más decididos para su producción.

Para Azaña, el Estado posible se confundía con el Estado ideal, y éste no podía ser más que la República, entendida de la manera en que antes hemos visto: un Estado liberal-democrático que, de golpe, y no de manera evolutiva, desplegara, en la España de 1931, toda su plenitud. Al entender a la República como forma de Estado, su concepto de la República es, verdaderamente, su concepto del Estado, pero al mismo tiempo, el exceso de idealismo en la elaboración de ese concepto, que le lleva a olvidar la práctica en favor de la teoría, es decir, que le induce a desproveer al concepto de los ingredientes

<sup>5</sup> *Ibid.*, pág. 167.

<sup>6</sup> *Obras completas*, ob. cit., t. II, pág. 913.

<sup>7</sup> *Ibid.*, t. II, pág. 9 (alocución en el banquete republicano de 11 de febrero de 1930).



estratégicos indispensables, hacen que su concepto del Estado sea en verdad, su *idea* del Estado, es decir, su *idea* de la República. Idea que, como sabemos, no llegó a encarnar en la realidad.

## 2. EL ESTADO «EDUCADOR»

«Si la República no había venido a adelantar la civilización en España, ¿para qué la queríamos?», decía Azaña en 1937<sup>8</sup>. Esta frase no es más que la confirmación de una idea reiterada en toda su obra, especialmente desde que opta, como antes se señaló, por la transformación radical del estado en lugar de por su paulatina evolución. No caben las reformas desde la propia sociedad, es preciso, primero, cambiar el Estado para después, a través de él, reformar la sociedad. El Estado se configura así, en la obra azañista, como el instrumento idóneo para acometer la modernización española, que no es otra que la conversión de España en un país netamente «europeizado», es decir, «civilizado»<sup>9</sup>.

*«Una transformación del Estado y de una sociedad que valga la pena de ser intentada y cumplida se realiza siempre desde el poder»*<sup>10</sup>.

*«Yo tengo una gran confianza en el poder público como instrumento de acción. El poder del Estado es una fuerza creadora, si se sabe hacer uso de ella con inteligencia»*<sup>11</sup>.

Azaña no acepta la conocida opinión de Montesquieu de que la república sólo puede ser posible en pueblos virtuosos, sino que, por el contrario, oponiéndose a ese fatalismo sociológico, sostendrá, con su característica confianza ilustrada en la fuerza revolucionaria del Derecho, que la República es capaz de transformar en virtuoso un pueblo que no lo es. Los españoles carecen, dirá, de una verdadera conciencia nacional, precisamente porque carecen de cultura cívica, y es misión primordial del Estado fomentar esa cultura porque, al hacerlo, estará creando, precisamente lo que aún no existe: una nación. Refiriéndose al pueblo español dice:

<sup>8</sup> *La velada...* ob. cit., pág. 155.

<sup>9</sup> Cf. J. Marichal, *La vocación de Manuel Azaña*, Edicusa, Madrid, 1968, págs. 204 a 214. M. Aragón, *Estudio preliminar a La velada en Benicarló*, ob. cit., págs. 16 a 36.

<sup>10</sup> *Obras completas*, ob. cit., t. III, pág. 253 (discurso en el Campo de Lasarzarre, Baracaldo, 14-VII-1935)

<sup>11</sup> *Ibid.*, t. II, pág. 38 (discurso en la sesión de clausura de la Asamblea Nacional de Acción Republicana, 14-IX-1931).





*«No escarmienta, no aprende nunca nada, Aunque es viejo y curtido por el infortunio, la discontinuidad de su cultura, que se presenta esporádicamente en grupos aislados, hace de él un pueblo sin experiencia. Deshabitado del esfuerzo propio, es un pueblo mesianista»*<sup>12</sup>.

Un pueblo se transforma en nación, piensa Azaña, cuando alcanza la libertad, cuando se configura como una comunidad de ciudadanos que, como tal, eligen y construyen conscientemente su destino. La visión cultural de la política, patente en Azaña y muy propia de su liberalismo ilustrado, le lleva no sólo a concebir culturalmente a la nación, sino también a entender la libertad como una idea moral antes que jurídica o económica. La libertad es, ante todo, la libertad de la razón, es decir, la posibilidad que el hombre tiene de poseer los suficientemente elementos de juicio para ser capaz de autodeterminarse (noción kantiana que tanta importancia tendrá en el desarrollo del pensamiento liberal). De ahí que la primera libertad, la más necesaria, sea la de expresión, pues, en la línea del viejo postulado filosófico, Azaña piensa que el conocimiento es lo que puede hacer libres a los hombres, siendo la tolerancia la virtud que acredita la existencia misma de esa libertad.

*«Antes que todo en la vida, incluso antes que el régimen político es la libertad de juicio y de independencia de espíritu»*<sup>13</sup>.

*«La libertad es la condición de la ciudadanía; si la libertad se restringe, los hombres de más encandilado civismo podrán ser celosos administradores de su patrimonio, diligentes padres de familia, santos, artistas, lo que quieran; pero no ciudadanos... Políticamente serán hombres protegidos, incapaces de gobernarse a sí mismos. Las libertades públicas no son privilegios ni gracias otorgadas; tienen una base indestructible; El hecho de la conciencia humana. Ninguna es, por tanto, menos necesaria, menos útil que otra: todas abren camino al desenvolvimiento cabal de la persona. La piedra de toque de la libertad es el respeto que se tenga a la conciencia de los disidentes... Donde la libertad ha zozobrado son muy poco libres los liberales... Lo primero que perece, siempre, es la libertad de opinión; al fin ella es el baluarte de todas las demás»*<sup>14</sup>.

En consecuencia, la única cultura cívica digna de ese nombre es la cultura de la libertad. Un ciudadano virtuoso es un hombre libre cultivado. La sociedad española es incapaz por sí misma de transformar un pueblo inculto en una nación culta, labor que únicamente el Estado puede acometer. En fin, sólo es posible la libertad en el Estado porque sólo él es capaz de hacer

<sup>12</sup> *Ibid.*, t. I, pág. 551 (artículo en la revista *Nosotros*, La Plata, enero-abril 1924)

<sup>13</sup> *Ibid.*, t. III, pág. 292 (discurso en el Campo de Comillas, Madrid, 20-X-1935).

<sup>14</sup> *Ibid.*, t. I, pág. 500 (artículo en la revista *España*, 15-III-1924).



posible la libertad y, por ello mismo, de convertir a España en una nación. El Estado aparece así como una escuela: el Estado *educador*:

*«La República tiene que ser una escuela de civilidad moral y de abnegación pública, es decir, de civismo»*<sup>15</sup>.

Esta fusión del derecho moral, de jacobinismo y hegelismo hacen del Estado una entidad acentuadamente ética, cuyo servicio se manifiesta como la más digna de las actividades:

*«El Estado, que es la concepción más alta del espíritu humano en el orden político, es nuestro guía y nuestro rector y la entidad moral delante de la cual tenemos que ir a ofrendar nuestro trabajo los que no tenemos ni queremos tener otras entidades delante de las cuales sacrificarnos y rendirnos»*<sup>16</sup>.

*«Nosotros, los castellanos, lo vemos todo desde el Estado, y donde se nós acaba el Estado se nos acaba todo»*<sup>17</sup>.

Castellano, de Alcalá de Henares, perteneciente a una familia de medianos propietarios rurales, integrada especialmente por burócratas (su bisabuelo y abuelo fueron notarios), burócrata también él (letrado de la Dirección General de los Registros y del Notariado desde 1909), doctor en Derecho (a veces se olvida el dato, tan importante, de su profunda formación jurídica), intelectual ateneísta, en la personalidad de Azaña se reunían los caracteres que permiten explicarnos su fe en el Estado y su consciente pertenencia a la clase «universal». El Estado está al servicio de los intereses generales, y no de los de grupo o facción y, por lo mismo, el Estado debe estar servido por «estadistas» más que por «políticos», es decir, por hombres que pongan el interés común por encima de los intereses de partido.

Nada más ajeno, pues, al moderno «Estado de partidos», al Estado de «corporaciones», al Estado «social», en suma, que la idea azañista. De ahí su anacronismo, bien subrayado por Araquistain<sup>18</sup>, pero también, paradójicamente, su vigencia como contrapunto al excesivo deterioro del interés público que en las democracias pluralistas se viene produciendo. Quizá podría decirse, con alguna razón, que el viejo jacobinismo renace en los modernos partidos radicales. Azaña, decidido admirador del partido radical francés de la III República, era posiblemente el máximo exponente del radicalismo español,

<sup>15</sup> *Ibid.*, t. II, pág. 471 (discurso en Valladolid, el 14-XI-1931).

<sup>16</sup> *Ibid.*, t. II, pág. 471 (*idem*).

<sup>17</sup> *Ibid.*, t. II, págs. 283 y 284 (discurso en las Cortes, el 27-V-1932).

<sup>18</sup> *La utopía de Azaña*, en «Leviatan», septiembre de 1934.



aunque no fuera ese el nombre de su partido, sino el de otro que muy poco hizo por merecérselo.

Para un Estado así concebido no hay pobres ni ricos, sino únicamente ciudadanos.

*«Me niego rotundamente a poner esas fronteras políticas por la misma línea que las fronteras económicas»*<sup>19</sup>.

*«En mí predomina la política sobre la economía y los puntos de vista morales sobre los datos de la estadística»*<sup>20</sup>.

*«La libertad de la nación era más valiosa que su bienestar»*<sup>21</sup>.

Este olvido de lo económico separa netamente a Azaña del socialismo, pero ello no fue obstáculo para una alianza que proporcionó a la República quizá sus mayores éxitos en el período 1931-1933, alianza que Azaña seguiría propugnando en épocas posteriores como la mejor solución de gobierno para aquel régimen. Por encima de las discrepancias teóricas, y al margen de las exigencias de la práctica política que hacían conveniente la coalición, a Azaña le unía con los socialistas (o al menos con el sector moderado del socialismo) una común concepción ética de la política y del poder y una valoración muy parecida del papel del Estado como instrumento idóneo para acometer las reformas sociales, cuestiones que le enfrentarían a su vez, abiertamente con el comunismo, por un lado, y con el anarquismo por otro. Como el liberalismo de Azaña resulta inconciliable con la derecha española de entonces, ciertamente reaccionaria, no hay más remedio que concluir que estaba, literalmente, condenado a entenderse con los socialistas. Quizás esta solución, la alianza entre el liberalismo radical y el socialismo, cuya validez parece trascender del momento histórico en que fue adoptada, ofrezca la imagen de lo que pudo haber sido la República y no fue, así como, por otro lado, de lo que pudo haber sido un Estado educador azañista complementado con una concepción, menos individualista, de la función reformadora o educadora del poder.

### 3. ESTADO DEMOCRÁTICO

Un Estado sólo puede educar en la libertad si ésta es, a su vez, el principio determinante de su propia estructura. Por ello, Azaña tiene la profunda

<sup>19</sup> *Obras completas*, ob. cit., t. II, pág. 917 (discurso en el Coliseo Pardiñas, 16-X-1933).

<sup>20</sup> *Ibid.*, t. II, pág. 879 (discurso en la Asamblea de Acción Republicana, 16-X-1933).

<sup>21</sup> *Ibid.*, t. I, pág. 559 (artículo en la revista *España*, 20-X-1923).



convicción de que la democracia es el único régimen político racionalmente aceptable y, en consecuencia, aspira a que la República sea «una democracia regida con humanidad»<sup>22</sup>.

*«Estamos firmemente adheridos a la fórmula democrática, que, con todos sus inconvenientes, es la única aceptable para regir el país con justicia y libertad»<sup>23</sup>.*

Su concepción ética de la política le impide admitir que ese régimen se pervierta bajo el pretexto incluso de intentar su propia salvación, pues «es un despropósito moral y un dislate político separar la intención de una causa de los medios empleados para su triunfo»<sup>24</sup>. De ahí que rechace cualquier fórmula de «democracia expeditiva», de «despotismo ilustrado» o de «cesarismo». La libertad, piensa, es incompatible con el «cirujano de hierro».

*«Cuando el azar o el destino, o lo que fuere, me llevó a la política activa, he procurado razonar y convencer. Ningún político español de nuestros tiempos ha razonado y demostrado tanto como yo, parezcan bien mis tesis o parezcan mal. Quere dirigir el país en la parte que me tocase, con estos dos instrumentos: razones y votos. Se me han opuesto insultos y fusiles. En paz sea dicho. Algunos aduladores e interesados me soplaban al oído, en tiempos de pujanza (por ejemplo: después del diez de agosto), la urgencia y la conveniencia de asumir un poder personal. Lo tomaba a broma. Bonita manera de trabajar por España: jaherrojlarla! Si el camino es ése, no lo seguiré. Es indigno de mí»<sup>25</sup>.*

Una República democrática no puede ser más que parlamentaria, dice Azaña<sup>26</sup>; de un lado proque así se hace posible la responsabilidad política del gobierno, es decir, el control cotidiano del poder al que una democracia no puede renunciar, y de otro porque su visión intelectual de la política le inclinan a conceder al parlamento el papel principal en la toma de decisiones. Un Estado de razón es aquel en que las ideas aparecen como el producto de la discusión y donde ésta se produce con absoluta publicidad.

*«El centro de gravedad en la política de la República española está en el Parlamento, aquí en este salón; nunca, jamás, fuera de aquí»<sup>27</sup>.*

<sup>22</sup> Ibid., t. II, pág. 228 (discurso en la sesión de clausura de la Asamblea de Acción Republicana, 28-III-1932).

<sup>23</sup> Ibid., t. II, pág. 228, cit.

<sup>24</sup> *La velada en Benicarló*, ob. cit., pág. 116.

<sup>25</sup> *Obras completas*, ob. cit., t. IV, pág. 629 (*Memorias*, 17-VI-1937).

<sup>26</sup> Ibid., t. II, pág. 704 (discurso en las Cortes, 25-IV-1933).

<sup>27</sup> Ibid., t. II, pág. 194 (discurso en las Cortes, 9-III-1



De ahí que la política de pasillos sea, para él, una perversión de la auténtica política parlamentaria que sólo debe producirse, como tal, en el salón de sesiones.

*«Yo no he ido nunca a buscar la política en el caldo de cultivo de los infectos pasillos parlamentarios»<sup>28</sup>.*

Un Estado democrático y parlamentario, un Estado de razón ha de ser también, al mismo tiempo, piensa Azaña, un Estado racionalizado. Y ese afán de racionalización es el que le lleva, entre otras cosas, a defender el laicismo y las reformas militares, cuestiones que fueron, quizá, las que más encendidas polémicas despertaron entonces y por las que más se le atacó después.

La religión, el hecho religioso, dirá, tiene su asiento en la conciencia individual, pero no puede trascender al ámbito de lo estatal. La separación entre la Iglesia y el Estado se convierte, por ello, en una exigencia capital de su idea de la República. Es evidente que en ese postulado se entrecruzan argumentos de distinta índole, porque si bien es cierto que el laicismo, en Azaña y en general en el pensamiento progresista moderno, tiene su fundamento, abstracto, en la necesidad de racionalizar el poder, no es menos cierto que también se apoya (especialmente en nuestra patria) en un anticlericalismo que se basa, por lo general, en el dato concreto de la propia experiencia personal del que lo propugna.

La confluencia de ambos niveles argumentales resulta clara en los siguientes párrafos:

*«Mi anticlericalismo no es odio teológico, es una actitud de la razón»<sup>29</sup>.*

*«En el orden de las ciencias morales y políticas, la obligación de las órdenes religiosas católicas, en virtud de su dogma, es enseñar todo lo que es contrario a los principios en que se funda el Estado moderno»<sup>30</sup>.*

Fruto de sus vivencias escolares con los padres agustinos, en El Escorial, dice:

*«Es como yo he adquirido la inquebrantable resolución de que, en lo que de mí dependa, ningún español pueda llegar a encontrarse en situación análoga a la en que yo me encontré»<sup>31</sup>.*

<sup>28</sup> *Ibíd.*, t. II, pág. 911 (discurso en el Coliseo Pardiñas, Madrid, 11-II-1934).

<sup>29</sup> *Ibíd.*, t. I, pág. 485 (artículo en la revista *España*, 12-I-1924).

<sup>30</sup> *Ibíd.*, t. II, pág. 57 (discurso en las Cortes, 13-X-1931).

<sup>31</sup> *Ibíd.*, t. II, pág. 410 (discurso en las Cortes, 7-IX-1932).

Su concepción del Estado, evidentemente, lo lleva a propugnar el laicismo y a someter que sólo al Estado compete la educación (negándose a que ésta la impartieran los establecimientos religiosos). En cambio, su actuación respecto de otro tema conexo, el de la disolución de las órdenes religiosas, hay que calificarla, sin lugar a dudas, de moderada y, por supuesto, de menos radical que la de la mayoría de los políticos de izquierdas. La intervención de Azaña en este tema fue decisiva y con su célebre discurso en las Cortes Constituyentes, al conseguir que se aprobase sólo la disolución de los jesuitas, salvo, en realidad, a las demás órdenes religiosas, puesto que la voluntad de la mayoría de los diputados era, precisamente, la abolición de todas. Nos permitimos, sobre este punto, tan olvidado por los detractores de Azaña, extendernos en una larga cita que aclara, en buena medida, lo que acaba de decirse. En sus «Memorias», en el «Diario de la Pobleta», y con fecha 6 de septiembre de 1937, Azaña anota el siguiente diálogo con el padre Isidoro (antiguo profesor suyo en El Escorial):

*«—Usted sabe de sobra que nunca les he querido mal, aunque sus colegios y su enseñanza no me parezcan buenos.*

*—Lo sabemos. Estamos convencidos de que, a no ser por Vuestra Excelencia, la Constitución nos hubiera suprimido. Se lo dije al Nuncio, después de votarse el artículo 26: "Ha entregado como carnaza a los jesuitas, para lo que podía haber algunas razones políticas, y nos ha salvado a los demás".*

*—Como cuestión de hecho, eso es indiscutible. Si yo me hubiese callado aquella tarde, no habría pasado mucho tiempo sin que se encontraran todos ustedes en la reverenda calle... Podrían encontrarlo unos bien, otros mal. Sigo pensando que en aquella oportunidad no podía hacerse otra cosa. Disolver a las órdenes religiosas me parecía, sin salirme del tema político, un disparate.*

*—Así lo ha comprendido mucha más gente de lo que el señor Presidente cree.*

*—Podrá ser, pero no lo he notado. ¿No sabe usted que me pintan como un furibundo enemigo de la Iglesia católica? Es estúpido»<sup>32</sup>.*

Que no es nueva en Azaña esta opinión lo prueba el siguiente párrafo, también de sus «Memorias», escrito el mismo día 13 de octubre de 1931 en que se produjo su intervención en las Cortes:

*«Yo tengo, en el fondo, una gran indiferencia por la hechura que se de al artículo (el 26 de la Constitución), si al menos se consigue evitar en el precepto la expulsión de todas las órdenes religiosas, medida repugnante, ineficaz y que*

<sup>32</sup> Ibid., t. IV, pág. 765.



*sólo encierra peligro. Examinándome bien, encuentro, en mi repugnancia, un motivo de humanidad y de estética»*<sup>33</sup>.

En cuanto a las reformas militares, nada hay más alejado de las ideas de Azaña que la destrucción del ejército, como a veces, con escasa información y torpes intenciones, se le ha achacado. Azaña intenta, quizás con poca fortuna, transformar a las fuerzas armadas en una institución eficaz, y asegurarse, al mismo tiempo, su lealtad a la República. La reducción del excesivo número de mandos, la modernización del equipo, la adquisición de campos de maniobras, la potencialización de la fabricación nacional de armamentos, el establecimiento de un sistema más racional de ascenso para los suboficiales, la reestructuración de las unidades militares y otras medidas más configuran el proyecto de reforma que Azaña intenta realizar desde el Ministerio de la Guerra, tarea, dicho sea de paso, para la que él estaba mejor preparado, posiblemente (como lo había demostrado desde sus escritos de 1918) que cualquier otro político republicano. Se trataba de modernizar el Ejército, esto es, de neutralizarlo políticamente y de hacer de él una maquinaria competente.

*«La neutralidad del ejército en las cuestiones de orden interno es, en efecto, un postulado de todo régimen civil»*<sup>34</sup>.

La necesidad de esta neutralización, dada nuestra experiencia histórica, parecía indudable.

*«En España, durante todo el siglo XIX, el único poder real era el ejército..., todo el mundo volvía sus ojos al ejército..., y en la política de pronunciamientos militares... (éstos) han sido preparados, buscados, cobijados y aprovechados, si triunfaban, por partidos políticos, por grupos políticos o por hombres políticos... siempre ha sido una operación política, ideada por políticos, con un solo caso de excepción, de relativa excepción: el golpe de Estado de 1923, porque, aunque había detrás políticos..., la organización del Estado y su aprovechamiento, por lo menos inicialmente, era exclusivamente de casta militar... Este sistema, resultante de una miseria del régimen, de una flaqueza del régimen, no lo podemos aceptar nosotros, tenemos que perseguirlo, que evitarlo, y toda nuestra política militar ha tendido a eso, a dejar al ejército en su función profesional, que es instruirse en el campo e instruir a la tropa y prepararse para la guerra»*<sup>35</sup>.

Como expresaba también Azaña en la Exposición de Motivos del Decreto de 25 de abril de 1931 (por el que se concedía el pase a reserva a los oficiales

<sup>33</sup> *Ibid.*, t. IV., págs. 174 y 175.

<sup>34</sup> *Ibid.*, t. I, pág. 299 (*Estudios de política frances*, 1919).

<sup>35</sup> *Ibid.*, t. II, págs. 935 y 936 (discurso en el Coliseo Pardiñas, Madrid, 11-11-1934).



que lo solicitasen), España necesitaba «la capacidad defensiva propia de un pueblo libre y pacífico». Y en estas dos premisas, «libre» y «pacífico», se basaba la política militar de Azaña: para salvaguardar la libertad en el orden interno se precisaba de un ejército subordinado al poder civil, neutral en la política; para conseguir que un país libre y no dependiente en el orden externo era necesario, sin embargo, que ese ejército estuviese profesionalmente preparado y contase con los medios oportunos para asegurar la independencia nacional; pero el volumen de ese ejército no tenía por qué ser desproporcionado respecto de esa finalidad, es decir, no tenía por qué ser excesivamente numeroso si la nación no piensa invadir, sino únicamente defenderse (como se había establecido en la propia Constitución al proclamarse el pacifismo como principio de la política exterior).

#### 4. ESTADO DE AUTONOMÍAS REGIONALES

Se a dicho, y con razón, que Azaña fue quizás el político castellano que mejor comprendió el problema catalán. Hasta su general inclinación a desechar la realidad en beneficio de la idea cede en este tema, en el que Azaña se nos presenta como político hábil para el pacto, moderado en sus definiciones, respetuoso con los datos sociológicos, es decir, adornado precisamente de las cualidades que, en otros muchos asuntos, le faltaron. Pero no se trataba, por supuesto, de doblegarse a la fuerza de los hechos, sino de someter esos hechos a un proceso de racionalización al que el político (mejor, en opinión de Azaña, el estadista) no debe nunca renunciar. Este enfoque del problema español de las autonomías regionales está impecablemente reflejado en el siguiente pasaje de uno de sus discursos en las Cortes pronunciados con motivo de la discusión del Proyecto del Estatuto catalán:

*«Habla hace poco el señor Sánchez Román de la realidad, y protestaba contra el concepto de reducir este asunto a una simple cuestión de hecho, de realidad. No es esa mi pretensión, ni lo ha sido nunca... Pero hay aquí una parte, en cuanto al problema político, en la cual no puede prescindirse de la realidad actual española; la realidad es el hecho de los sentimientos diferenciales en las regiones de la Península y de ese hecho se deduce el problema político que yo he planteado, y a ese problema me atengo. ¿Quiere ello decir que la política vaya a ser la esclava diaria de la aparente realidad de cada día, sin ningún lastre, sin ninguna orientación, sin ninguna norma jurídica permanente? En modo alguno; pero a la política y a los hombres políticos y de gobierno no les está permitido escindir la realidad y decir: "Esto me gusta, esto me agrada, esto me conviene, esto lo organizo, y lo defiendo; lo demás se quita, se borra, desaparece de la contemplación de mis deberes". Lo que pasa, señores diputados, es que en este*





*género de cuestiones intervienen dos fuerzas distintas: la fuerza de lo tradicional, que abunda en sus propios resultados y saca de ellos razones para persistir, y una fuerza de invención y de creación que introduce en la vida política un giro nuevo. La política inteligente resulta de la tangencia de estas dos fuerzas y la línea que traza en el espacio la posición de un hombre político se determina de esta forma: una tradición corregida por la razón»<sup>36</sup>.*

Azaña es partidario del estado unitario y no del estado federal, lo que resulta congruente con su jacobismo liberal. En la República española, dirá, no hay más que un solo Estado y una sola Nación<sup>37</sup>. Sus escasas alusiones al federalismo, como posible solución al problema de la distribución territorial del poder en nuestra patria, se producen en 1930 en un discurso pronunciado en Barcelona el 27 de marzo<sup>38</sup> y en el pacto de San Sebastián<sup>39</sup>. Razones de estrategia política, así como la escasa esperanza que Azaña tiene entonces de que la República pudiese establecerse de inmediato le llevan, probablemente, a esta defensa del federalismo tan poco congruente con sus ideas políticas. Cuando la República es una realidad y él accede a su Gobierno, desaparece, de manera radical, esta postura federalista para afirmarse, de modo reiterado e indudable, su oposición a cualquier solución distinta de la del Estado unitario. Azaña, decididamente, no es partidario de un Estado federal para España.

*«Al decirme esto el señor Lluhi... le manifesté que yo no había sido nunca federal, que cuando en las Cortes se discutió la Constitución voté contra la República federal»<sup>40</sup>.*

*«Hemos visto a hombres muy moderados durante la paz, abanderarse en la revolución; y a quienes de mala gana adoptaban los principios autonómicos de la Constitución, propugnar en la guerra la disparatada idea de una "federación de pueblos ibéricos"»<sup>41</sup>.*

*«En este documento se habla de republicanos "españoles", "catalanes" y "vascos"... posición con la que soy y he sido siempre absolutamente incompatible. Ni mi pensamiento personal, tantas veces republicano, incluso antes del advenimiento de la República, ni mi historia política, ni las funciones que he desempe-*

<sup>36</sup> *Ibíd.*, t. II, pág. 259 (discurso en las Cortes, 27-V-1932).

<sup>37</sup> *Ibíd.*, t. II, pág. 25 (discurso en un acto de Acción Republicana, 17-VII-1932), pág. 265 (discurso en la Asamblea de Acción Republicana, 16-XI-1933); t. III, págs. 355 y 356 (discurso en Valencia, 18-VII-1937); t. IV, pág. 629 (*Memorias*, 17-VI-1937).

<sup>38</sup> *Ibíd.*, t. III, págs. 575 y 576.

<sup>39</sup> *Ibíd.*, t. IV, pág. 16 (cuestión citada en sus *Memorias*, del 7-VII-1931).

<sup>40</sup> *Ibíd.*, t. III, pág. 75 (*Mi rebelión en Barcelona*, 1934).

<sup>41</sup> *Ibíd.*, t. III, pág. 505 (artículo *La insurrección libertaria y el eje Barcelona-Bilbao*, 1939).

*ñado me consienten admitir que se contrapongan o se diferencie lo español de lo catalán o lo vasco»<sup>42</sup>.*

Ahora bien, el rechazo del federalismo no implica en Azaña el desprecio por el problema regional, ni mucho menos. Al acceder a las reivindicaciones autonomistas actúa, no sólo por razones de estrategia política, sino porque «comprende» hondamente las pretensiones regionales, especialmente la catalana. El problema de las autonomías no es, para Azaña, un problema que venga dado por la propia teoría, sino suscitado por la práctica, pero el político (el verdadero estadista) no puede pretender despacharlo con una frase, limitándose, por ejemplo, a «conllevarlo». En este punto Azaña se opone, expresamente, a Ortega<sup>43</sup>. La solución no consiste, para él, en ignorar el problema, en intentar resolverlo por la fuerza o en renunciar a la capacidad de inventiva adoptando formulas que, sin visión del futuro y huérfanas de una idea clara del Estado, se limitan sólo a dejarse arrastrar por la fuerza de los hechos, o mejor dicho, por la apreciación superficial de esos hechos, a través de una política de «parcheo» y «de seguir tirando». Política que, para Azaña, sería la más ineficaz de todas, aunque intentara legitimarse en atención a un torpe y hueco pragmatismo<sup>44</sup>. Tan hueco y tan torpe como el que propugnase que la solución estaba en crear autonomías artificiales (lo que Azaña denomina como «disparate») para intentar disminuir la «polarización» sumergida en baño de «uniformación»<sup>45</sup>.

Como problema originado en la realidad y no en la teoría, el problema regional no es uno, sino varios. Hay tantos problemas como regionalismos y, en consecuencia, la solución tiene que ser diferenciada, no uniforme, dejándose a cada una de las regiones componer la medida y los modos de su autonomía por medio del Estatuto. Pero al mismo tiempo, como la solución del problema (de cualquier problema político) ha de ser la solución «racionalizada», es decir, teóricamente válida, la autonomía no puede producir la dispersión del Estado, sino su «integración». No existen regiones autónomas «contrapuestas» al Estado; las regiones son «parte» del Estado, en cuanto que éste se organiza «a través» de ellas. Una nación libre es aquella en la que gozan de autonomía los hombres y los grupos diferenciados que la integran<sup>46</sup>, y en ese sentido la nación española sería, sin las autonomías, una nación mutilada. En fin, la

<sup>42</sup> *Ibid.*, t. III, pág. 533 (carta a Augusto Barcia, 22-IV-1939).

<sup>43</sup> *Ibid.*, t. II, pág. 251 (discurso en las Cortes, 27-V-1932).

<sup>44</sup> *Ibid.*, t. II, pág. 254 (*idem*).

<sup>45</sup> *Ibid.*, t. II, pág. 688 (discurso en Bilbao, 29-IV-1933).

<sup>46</sup> *Ibid.*, t. II, págs. 255 y 256, 263 a 265 (*idem*).



posición de Azaña se refleja con claridad en las siguientes palabras, cuando dice que hay que:

*«Conjugar la aspiración particularista o el sentimiento o la voluntad autonomista de Cataluña con los intereses o los fines generales y permanentes de España dentro del Estado organizado por la República»*<sup>47</sup>.

*«Permitidme decir, señores, que la República española, siendo unitaria, siendo un régimen nacional para España, ha venido entre otras cosas, a dar soltura, a liberar los sentimientos y los intereses regionales, contradiciendo y borrando para siempre la opresión del unitario anterior»*<sup>48</sup>.

*«Yo tengo la idea... de que el sentimiento local, sea personal y ciudadano, sea regional, lejos de ser, como se ha estimado excesivamente hasta hace poco en España, una contradicción del sentimiento nacional y del interés nacional, son su base más firme y valedera... Y yo estimo que sería un suicidio mutilarlo, acallararlo, hacerlo avergonzarse de sí mismo, como si fuera incompatible con el sentimiento nacional español, sino todo lo contrario: hay que estimularlo, encauzarlo y hacer de él la palanca más poderosa para el engrandecimiento total del país. Las regiones, cada una con su personalidad, cada una con sus modos, cada una con sus aspiraciones e intereses son, de por sí, los sillares en que se asienta la figura majestuosa de la patria nacional, y lejos de querer sumirlas en la oscuridad, en el silencio o en la uniformidad extirpadora del carácter, lo que hay que hacer es encauzar este carácter, estimularlo, levantarlo, empujarlo y que sea dueño de sus destinos, porque de esta concordia y del esfuerzo regional español saldrá, por encima de todos los intereses locales, más alto, más fuerte, más durable, el interés total de la patria española»*<sup>49</sup>.

*«Este hecho, la implantación de la autonomía de Cataluña, y pronto la de otros pueblos peninsulares en las modalidades que les sean propias, no significa, ni en el pensamiento ni en el corazón de los que hemos trabajado por realizar esta obra de justicia, no significa ruptura, no significa disociación de caminos, no significa corte de amarras; es todo lo contrario..., es fundamentar la colaboración y la fraternidad y la buena inteligencia en los fines superiores de la civilización dentro del ancho marco que se nos abre a todos»*<sup>50</sup>.

El «europeísmo» de Cataluña, su nacionalismo cultural, su progresismo burgués, en suma, explican, probablemente, la especial comprensión con la que Azaña se acerca al catalanismo, pese a no desconocer, sin embargo, los ingredientes conservadores que con algunos de sus sectores pudieran albergarse<sup>51</sup>.

<sup>47</sup> Ibid., t. II, pág. 253 (idem).

<sup>48</sup> Ibid., t. II, págs. 241 y 242 (discurso en Valencia, 4-IV-1932).

<sup>49</sup> Ibid., t. II, pág. 241 (idem).

<sup>50</sup> Ibid., t. II, pág. 427 (discurso en Cataluña, 26-IX-1932).

<sup>51</sup> Ibid., t. I, págs. 356 y 357 (*Estudios de política francesa*, 1919).



También es lógico que se refiera sobre todo a Cataluña cuando habla del regionalismo, dado que ese era el principal problema autonómico que la República había de resolver. La discusión de su Estatuto en las Cortes (tan esforzadamente defendido por Azaña) y el hecho de que esa región fuera la única que, antes de la guerra, accedió a la autonomía, restringieron, así, la obra regionalista de Azaña a la solución del problema de Cataluña. Pero su concepción del Estado de autonomías superaba, como hemos visto, el concreto caso catalán, para articularse en una visión general del fenómeno. De ahí su idea de que regionalismo no es federalismo y, en consecuencia, de la persistencia de un solo Estado y de una sola nación, su oposición a que se crearan autonomías artificiales, su rechazo de cualquier uniformismo autonómico y, sobre todo, su clara afirmación de que no debe existir oposición entre los términos «Estado» y «regiones autónomas», puesto que éstas son, precisamente, parte integrante del Estado.

Frente a Jiménez de Asúa que, en su conocido discurso ante las Cortes presentando el proyecto de Constitución, predicaba la singularidad del Estado «integral» como especie distinta de la unitaria y de la federal (singularidad que cierto sector de la doctrina constitucional contemporánea atribuye al estado regional), Azaña no concibe al Estado republicano como una especie distinta de la del Estado unitario. El Estado «integral» o regional es, para él, un Estado unitario ampliamente descentralizado, *políticamente descentralizado*. Autonomía significa, desde luego, autogobierno y capacidad legislativa; eso está claro en Azaña, y significa también (y en ellos consiste su verdadera idea del estado «integral») la posibilidad (siguiendo, sin duda alguna, a Hugo Preuss) de que los individuos y los grupos queden mejor «integrados» en un Estado de autonomías regionales que en otro organizado según los principios del centralismo.

## 5. LA CONCEPCIÓN AZAÑISTA DEL ESTADO Y LA TRAGEDIA DEL LIBERALISMO ESPAÑOL

La historia de nuestro liberalismo es corta, triste y, casi siempre, derrotada. En la tierra española, más que por el carácter de sus habitantes quizá por la torpeza de sus dirigentes, no ha cuajado con fuerza la cultura de la libertad. Y así, el examen de nuestros antecedentes liberales se convierte, desgraciadamente, en un martirologio. Es una pobre herencia, en verdad, para un país que ha visto a sus vecinos europeos incorporar, tiempo ha, a sus instituciones y a su forma de ser esos principios por los que aún aquí se sigue luchando en



minoría. Este es el marco donde cabría situar, para entender mejor su significación, la figura de Manuel Azaña.

Como buen liberal, Azaña se consideraba un sucesor de la débil corriente del pensamiento heterodoxo español:

*«Nosotros, más o menos, venimos a continuar cuanto ha sido en España pensamiento independiente y libertad de espíritu... ¿Quién no ha percibido a lo largo de nuestra historia intelectual y moral la queja murmurante al margen de lo ortodoxo? Somos sus herederos»*<sup>52</sup>.

De todos modos, en 1937, cuando escribe estas líneas, Azaña está desengañado de sus ideales de modernización para España, a la vista del penoso final de la República y acude, incluso, para explicar las causas de ese fracaso, al mismo argumento que siempre han utilizado sus adversarios ideológicos, los conservadores españoles, para intentar legitimar su poder autoritario: el carácter nacional. El liberalismo, pues, sigue siendo, para el Azaña de esos momentos, una planta delicada que se da muy raramente en nuestra estéril y dura tierra, pese a que en ella fue, paradójicamente, donde surgió la expresión de «liberal».

Sin embargo, en 1933, aunque con menos optimismo que dos años atrás, Azaña estaba convencido de que en la España de su tiempo, y merced a la República, el pequeño arroyuelo del liberalismo se estaba convirtiendo en ancho río:

*«Yo hablo muchas veces, señoras y señores de la tradición española, y he dicho en alguna ocasión que siendo un hombre dispuesto a destruir todo lo que estorba a la marcha del régimen republicano, soy quizá el español más tradicionalista que existe en España. Pero ¿de qué tradición hablo yo? Yo hablo de la tradición humanitaria y liberal española, porque esa tradición existe, aunque os la hayan querido ocultar desde niños maliciosamente. España no ha sido siempre un país inquisitorial, ni un país intolerante, ni un país fanatizado, ni un país atraillado a la locura, locura que algunas veces pudo parecer la historia de la España oficial, a lo largo de toda la historia de la España imperial, a lo largo del cortejo de dalmáticas y de armaduras y de estandartes, que todavía se ostentan en los emblemas oficiales de España, a lo largo de toda esa teoría de triunfos o de derrotas, de opresiones o de victorias, de persecuciones o de evasiones de suelo nacional, paralelo a todo eso ha habido siempre durante siglos en España un arroyuelo murmurante de gentes descontentas, del cual arroyuelo nosotros venimos y nos hemos convertido en ancho río»*<sup>53</sup>.

<sup>52</sup> *La velada...*, ob. cit., págs. 186 y 187.

<sup>53</sup> *Obras completas*, ob. cit., t. II, págs. 693 y 694 (charla en la sociedad El Sitio, Bilbao, 9-IV-1933).



Y esa tradición, que ha habido siempre en España, continúa diciendo Azaña, es la que él quiere resucitar o, mejor dicho, la que la República ya ha resucitado y puesto en vigor.

No obstante la belleza del texto, y por ello no nos hemos resistido a transcribirlo en su totalidad, parece obligado reconocer que Azaña exageraba la importancia real de nuestra tradición liberal frente al peso de nuestra tradición «tradicional» y, lo que es peor, se equivocaba al creer que, sólo por el advenimiento de la República, España se había llenado, sin más, de liberales.

Antes, quizás, que cualquier otra consideración, lo primero que destaca en el pensamiento político de Azaña es la firmeza de sus convicciones y la coherencia entre ellas y su obra de gobierno. De ahí que su optimismo sobre el futuro liberal español no obedezca a un fugaz entusiasmo ni a una actitud de cara a la propaganda política, sino más bien a la obligada consecuencia de unos concretos postulados teóricos. Salvo en los últimos años, cuando la guerra llevó a su pensamiento liberal el tinte conservador del pesimismo antropológico, el liberalismo de Azaña se caracterizó, antes que nada, por su fe en la razón. Lo que no cabría explicar solamente por su condición de intelectual, pues intelectual se puede ser de muchas formas y de todos es sabido la escasa fe de algunos intelectuales en el papel social de la razón, sino más bien por la actitud sobre la que descansaba su singular manera de ser intelectual. La opción por el racionalismo era, sin duda, en la España del primer tercio de siglo, la opción del intelectual de izquierdas, ya que la principal cuestión de la vida política nacional giraba todavía, más que sobre la propiedad, sobre la libertad. Si en el mundo político la razón se concreta en la existencia de unos principios que salvaguardan la libertad, tales como, entre otros, la despersonalización y división del poder, la vigencia de la soberanía nacional, la separación de la Iglesia y el Estado, la autenticidad en el derecho de sufragio, y todos ellos faltaban a juicio de Azaña, es la monarquía de la Restauración (más aún desde la Dictadura), la opción quedaba clara: la razón exigía la revolución.

Nos encontramos, pues, junto con este modo de entender la razón, característico, del liberalismo radical, con una forma, también peculiar, de imponerla: una vez realizada la revolución política, que en Azaña no es, por supuesto, la revolución marxista, sino la de la libertad, o sea, instalada en el Estado la razón, ésta se propagaría por sí sola en virtud de la fuerza que tiene la verdad. Lo que retrata a Azaña como un liberal jacobino, que confía en la revolución por el Derecho, que cree en la existencia de verdades políticas de validez universal. Al fin y al cabo, todo ello no es sino la consecuencia de un principio



teórico, y en gran medida utópico, común a todo el liberalismo, pero más propio aún del liberalismo revolucionario: la distinción entre el Estado y la sociedad y, por lo mismo, la consideración de la política como realidad autónoma.

Calificar a Azaña como un liberal jacobino no significa en modo alguno desdeñar la influencia que en su pensamiento tuvieron el regeneracionismo y la Institución Libre de Enseñanza (aunque su vitalismo rousseauiano le llevase alguna vez a tildar a los krausistas de fúnebres y pedantes). Con ellos coincidían en su deseo de modernizar o, lo que es lo mismo, de europeizar a España, así como en su fe en la beneficiosa influencia de la educación en la política: ese viejo y hermoso ideal de que el conocimiento de la verdad hace libres a los hombres, que le llevó, incluso, a otorgar un valor excesivo a las fuerzas de la pluma y la palabra («la pluma es la que asegura castillos, coronas reyes y la que sustenta leyes», «tengo la pretensión de gobernar con razones», «no me he cansado nunca de predicar a unos y otros», «en política lo único eficaz es convencer»). Pero hay algo que le separa abiertamente de estas fuentes españolas y le acerca más al liberalismo radical francés, y es la creencia de que la libertad no puede conseguirse más que a través del Estado, para lo que se hace necesario, primero, conquistarlo. La reforma política ha de ser anterior, pues, a la reforma social. Frente a Costa dirá, como antes hemos visto, que no basta con que hay escuelas, sino que es más importante decidir quién habrá de regentarlas. Este primado de lo político en Azaña, más que a la necesidad estratégica de obtener primero las libertades formales para poder después alcanzar los materiales, responde a la sobrevaloración que otorga a las cuestiones políticas sobre las económicas. Frente al lema de «¿la libertad, para qué?», Azaña afirmará la supremacía de la libertad sobre la propiedad<sup>54</sup>.

La creencia en un Estado situado por encima de las contiendas sociales, para el que no existen pobres ni ricos, sino únicamente ciudadanos, de algún modo en Azaña puede ser comprendida a partir de la índole específica de su liberalismo, que es, como se ha dicho, un liberalismo jacobino, voluntarista, que lo confía todo a la voluntad de libertad, ignorando las resistencias que a esta voluntad se oponen y la muy escasa voluntad de libertad que los hombres tienen.

En una España carente de amplia clase media, las ideas de Azaña, inevitablemente, parecían destinadas al fracaso, y no en virtud de sus principios, sino por la estrategia inseparable que los acompañaba. Aunque figurase durante algunos años como el líder de un amplio espectro de las fuerzas políticas

<sup>54</sup> *Ibid.*, t. I, pág. 559 (artículo en la revista *España*, octubre-diciembre de 1923).

republicanas, eso duró muy poco. Y es que, como muy bien se ha dicho, igual que la belleza se encuentra en la mirada del que la contempla, el liderazgo se halla en la mente de quienes lo siguen. No es de extrañar, por ello, que la obra política de Azaña se viese comprometida en ese cúmulo de contradicciones. Sus reformas militares fueron igualmente atacadas por el militarismo de derechas, que las consideró como un intento de demoler al ejército, cuando sólo consistían en un deseo de modernizarlo, y por el antimilitarismo de la extrema izquierda, especialmente los anarquistas, que atribuían a Azaña la intención de convertir a nuestro país en una gran potencia militar. Su política de secularización del Estado (y, en consecuencia, de la educación, que la consideraba como un servicio público) encontraron la enemiga más feroz no sólo de la Iglesia (salvo la honrada excepción quizá del cardenal Vidal i Barraquer), sino también de la generalidad de los católicos españoles, que todavía identificaban altar y trono, patria y religión. Su primado de la libertad fue rechazado, además de por la derecha autoritaria, por un gran número de trabajadores españoles que ante lo miserable de sus vidas preguntaban: «¿libertad, para qué?». El mejor de sus aciertos, que fue sin duda el adecuado entendimiento de las autonomías regionales, especialmente del problema catalán, fue desmontado por la derecha cuando accedió al poder por las elecciones de 1933. En fin, si «el liderazgo afortunado se basa en una congruencia latente entre las necesidades psíquicas del líder y las necesidades sociales de sus seguidores» (Rustow), no ya más remedio que decir que Azaña no fue precisamente un líder afortunado.

Al margen de que las explicaciones «a posteriori» son siempre muy fáciles, pero muy poco serias, y de que la política internacional tuvo, con mucho, una incidencia notable en el desarrollo de los acontecimientos que dieron al traste con nuestra segunda República, y ello no puede ser olvidado, quizá la clave del fracaso de Azaña esté en las contradicciones entre su liberalismo y la realidad social española de la época, o entre el modelo de modernización elegido (el revolucionario) y los medios por él utilizados (democráticos)<sup>55</sup>, ya que la explicación de que fueron las fuerzas reaccionarias las culpables no exime del descuido de no haberlas previsto o, lo que es igual, de desatar, muy poco sagazmente en un político, los vientos que produjeron tan grandes tempestades.

<sup>55</sup> Cf. M. Aragón, *Manuel Azaña: un intento de modernización política*, «Sistema, Núm. 2, Madrid, 1973, págs. 101 a 114, y *Posibles bases para la comprensión de la obra política de Azaña*, en el libro *Movimiento obrero, política y literatura en la España contemporánea*, Edicusa, Madrid, 1974, págs. 127 a 142.





Nuestro liberalismo progresista, y el ejemplo de Azaña es casi paradigmático, volvió a perder la liza por intentar, una vez más, realizar una política perfectamente consecuente con sus ideales, olvidando, como decía Max Weber, que en la política hay que pactar, a veces, con los poderes del diablo, pues se da la paradoja ética de la necesidad de utilizar medios abyectos, en muchas ocasiones, para obtener el fin que se consideraba noble. La vedad no transige, era el lema de Azaña:

*«Debemos ir poseídos del magnífico, envidiable e incontrastable fanatismo por al idea. Debéis templaros en ese fanatismo. Cuando todo está dicho, explicado y probado, es hora de conducirse creyendo a cierra ojos que la idea nos dará la verdad social española. No temáis que os llamen sectarios. Yo lo soy. Tengo la soberanía de ser, a mi modo, ardientemente sectario; y en un país como éste, enseñado a huir de la verdad, a transigir con la injusticia, a refrenar el libre examen y a soportar la opresión, ¡qué mejor sectarismo que el de seguir la secta de la verdad!»<sup>56</sup>.*

Al fin y al cabo, Azaña sigue fiel al utopismo de creer que las ideas no deben someterse a la realidad social, sino, por el contrario, que tienen vocación de transformarla, utopismo inseparable de su actitud ética en las cuestiones políticas que, siendo general en las doctrinas progresistas, se encuentra exageradamente acentuada en la izquierda liberal española, debido, quizá, a su falta de hábito en el manejo del poder, pues, al monopolizarlo durante siglos la derecha conservadora, le ha impedido ejercitarse en las habilidades, frecuentemente innobles, del gobierno.

Paralelo a esta izquierda progresista, incapaz de abdicar de su eticismo, nos encontramos con una derecha conservadora, autoritaria y premoderna que no soporta, en pleno siglo XX, ni siquiera la modesta pretensión de efectuar un cambio político que sólo consistía, sustancialmente, en el advenimiento de la libertad. En ese enfrentamiento entre la razón y la fuerza, la moral y la astucia, una vez más la primera resultó derrotada.

Sólo resta apuntar que, pese a todo, el intento quedó ahí. Lo que nunca descarta los frutos del futuro ni la hazaña de haber acometido, aunque sin éxito, la noble tarea de crear una España liberal y democrática<sup>57</sup>. Cabría decir, por ello, en descargo de nuestros liberales progresistas, y otra vez con palabras de Weber, que «la política consiste en una dura y prolongada penetración a través de tenaces resistencias» y que «es completamente cierto, y así

<sup>56</sup> *Obras completas*, Ob. cit., t. II, pág. 10 (alocución en un banquete republicano, 11-II-1930).

<sup>57</sup> Cf. J. Marichal, *La vocación de Manuel Azaña*, ob. cit., págs. 195 a 220.



lo prueba la Historia, que en este mundo no se consigue nunca lo posible si no se intenta lo imposible una y otra vez».

En 1940, en el destierro, murió Manuel Azaña. Su tragedia fue la de un liberal enfrentado con los enemigos de la libertad en un país en el que existían muy pocos liberales. A fin de cuentas, el sino del liberalismo español, entonces compartido también, y no se olvide, por nuestro socialismo democrático, pues juntos estuvieron, y no sólo en el primer bienio republicano, en la tarea de construir una España más justa, moderna y civilizada. Volvió la heterodoxia nuevamente a su papel de arroyo murmurante y escondido o a marchar al exilio. «Los jerónimos (decía Américo Castro en 1949), conversos y humanistas del siglo xv, son llamados erasmistas...; en el siglo xvi, racionalistas...; en el xviii, francófilos; krausistas y europeizantes en el xix. Hoy se les llama emigrados». Es de esperar que, por fin, esta penosa historia haya terminado.



# Manuel Azaña: la razón, la palabra y el poder

SANTOS JULIÁ





QUIZÁ el político español que emerge con la proclamación de la República y llega hasta el final de la guerra civil más cargado de razón y más ligero de poderes sea este Manuel Azaña, que por dos momentos —por dos años la primera vez, por dos meses la segunda— había tenido en sus manos el máximo poder apoyado sólo en la posesión de la razón máxima, de la más clara palabra. El trayecto recorrido por Azaña a lo largo de la República se podría definir así, precisamente, como conquista del poder por la palabra hasta llegar a la soledad de la razón desposeída. El gran error político que subyace a ese trayecto y que es, en definitiva, el error y la tragedia de la inteligencia republicana, consiste en haber confundido la razón con el poder, en haber creído que bastaba la palabra para producir efectos sociales duraderos e irreversibles, efectos que sólo el poder produce. Indagar el proceso de disolución de este último gran sueño de la razón republicana y del hombre que mejor lo soñó es el propósito de las páginas que siguen.

Es significativo que en momentos culminantes de su vida política Azaña se interprete como espectador de una acción que no le incumbe ni le importa y se observe desde fuera de sí como si lo que estuviera haciendo le ocurriera en realidad a otro. El propio Azaña, que reflexiona intrigado sobre esta incapacidad suya para identificarse con su acción y su personaje y que la atribuye simultáneamente a su indolencia y a su falta de ambición, no acierta nunca en el



diagnóstico. Pues no es ni la indolencia ni la carencia de ambición, sino sencillamente la facilidad de su encumbramiento político, lo que reviste su carrera de cierto halo de irrealidad. Azaña nunca ha luchado por el poder siguiendo las propias reglas que el poder traza a quienes deseen poseerlo: creando una organización, insertándola en la sociedad, acumulando experiencias y capacidades de decisión de tal manera que la llegada al máximo poder político sea resultado de un poder social ya conseguido. A Azaña el poder le viene a las manos, desde fuera, como un regalo. Su trayectoria política, desde que se echa al ruedo hasta que llega a la presidencia del consejo de ministros, está caracterizada por la facilidad. Asiste a las reuniones del comité de la Alianza empujado, casi arrastrado, por un amigo; es miembro del gobierno provisional porque antes había asistido a reuniones del comité revolucionario y porque una buena mañana de abril, sin que nadie lo sospechara, el voto ciudadano se inclinó decisivamente del lado de la conjunción republicano-socialista y el pueblo se puso a celebrar de inmediato la caída de unos palacios que nadie había tomado. Y ya es Azaña ministro de la Guerra porque era el único del comité que sabía algo de asuntos militares: había escrito algo —o por lo menos así se recordaba— de política militar francesa<sup>1</sup>.

«Con un solo discurso me hacen presidente del gobierno». Nunca quizá un solo discurso había valido tanto. El propio Azaña se asombra e, ironizando, piensa que al fin también él ha de creer en su buena estrella: por un discurso, la presidencia del gobierno. Naturalmente, no se trata de cualquier discurso ni Azaña es cualquier persona, aunque ya para estas fechas le gustaba decir que «porque cualquier persona puede hablar aquí, hablo yo». No es, en efecto, un discurso cualquiera. En la República, como es notorio, se habló mucho, en exceso. «En España —decía Ehrenburg— todos son grandes oradores». Lo único que diferencia a los «individualistas» de los cafés de los oradores de las Cortes es que los primeros hablan todos al mismo tiempo mientras que en las Cortes se guarda cierta compostura: mientras uno habla, los demás sólo «cuchichean, hojean el periódico o toman café en la cantina, esperando que llegue su turno de hablar». El propio Azaña lamenta en múltiples ocasiones la «facundia» de sus compañeros de ministerio: la lengua larga de Domingo, la profusa locuacidad de Maura, la ligereza de Prieto al vocear a diestro y

<sup>1</sup> Para la sensación de «estar presenciando lo que le sucede a otro», Azaña, *Obras completas* (en adelante OC), IV, México, Oasis, 1968, Anotación de 14 de octubre de 1931, pp. 181 y 185. En anotación de 18 de agosto de 1931, p. 85, dice Azaña «De mi apartamento huraño me sacaba Martí Jara llevándome casi a empujones a formar en los comités y consejos políticos preparatorios de la revolución... Por Martí Jara fui al comité ejecutivo de la Alianza y de ahí vino que fuese al Pacto de San Sebastián, y que me incluyesen en el comité revolucionario convertido en Gobierno de la República».



sinistro su absoluta falta de preparación para el puesto que ocupa. Palabras a destiempo, que no deben pronunciarse, que vocean cosas que es preciso callar: no son sólo estas palabras las que molestan a Azaña. Hay también la palabra desproporcionada al concepto que transmite: la del presidente del gobierno, cuyo holgado caudal sobra para el escuálido contenido; la de Fernando de los Ríos, atildada, cursi en ocasiones y cuya solemnidad y pedantería doctoral oculta a veces la ignorancia sobre lo más elemental; la de Jiménez de Asúa, que martillea los sesos con su «dicción superferolítica» o triplica las erres para decir al cabo cosas superficiales; o esa salmodia con altos y bajos entonada por Albornoz y que únicamente provoca el disgusto y enfurruñamiento de sus más allegados. Y no se hable ya de la palabra ociosa: «Hablaron otros, tarde perdida», se lamenta en alguna ocasión<sup>2</sup>.

La palabra de Azaña es la negación de esa palabra ligera, huera, inútil, tonta o pedante, pero es sobre todo la negación de la palabra ociosa. No sólo porque formalmente lo sea, esto es, no sólo porque en Azaña la palabra se adecúa perfectamente al contenido político del discurso, sino porque es una palabra destinada a ser eficaz, reservada para producir efectos políticos. De ahí que nunca haya dado Azaña, a pesar de lo voluminoso de su obra y de sus innumerables discursos, la sensación de haber dicho algo inconveniente. Los periodistas – los reporteros, como decían entonces— renunciaron por fin a sacarle declaraciones como hacían con todos los políticos cada tarde. Azaña sólo habla cuando sabe o presiente que de su palabra va a resultar un efecto político.

Esta búsqueda de la eficacia política por el discurso es lo que da a la palabra de Azaña su más específica originalidad. Se trata de una palabra que barre de un plumazo toda la hojarasca que la pasión, los intereses, la pereza o el barullo mental han podido acumular sobre algún tema, para desnudarlo, reducirlo a su núcleo esencial, colocarlo encima de la mesa como un prestidigitador ante un público asombrado y aplicarle el bisturí. Es ejemplar en este

<sup>2</sup> La primera frase, en I. c., p. 184. Lo de Ehrenburg, en *España república de trabajadores*, Barcelona: Crítica, 1976, p. 32. Para las observaciones de Azaña: de Domingo, «lengua larga, dificultad en puerta», *OC*, IV, p. 45; de Maura, «Echando una vez más su lengua a paseo», *id.*, p. 97; de Prieto: tenerlo en «el Consejo es como si el gobierno deliberase delante de los porteros», *id.*, p. 52; de Alcalá Zamora, «sacando la voz de abonado al tendido de sol», *id.* p. 97; Fernando de los Ríos, «con una sonrisa suavísima y pedante..., ha dicho una tontería», *id.*, p. 88; de Jiménez de Asúa, «un discurso bastante bien, pero pedantísimo y, en suma, superficial. ¡Qué tono, qué apostura, qué modo de triplicar las erres!», *id.*, p. 105. Por fin, «Albornoz tiene un acento asturiano muy marcado, y entona una salmodia de altos y bajos en los timbres, que se suceden a intervalos iguales y regulares, sin ninguna relación con la importancia de la palabra correspondiente». Domingo, al oírlo, «tenía la cara verde», *id.*, p. 171.



sentido su tratamiento de «lo que llaman problema religioso» en aquella célebre pieza que le valió la presidencia del gobierno. Pues no hay problema religioso. Lo que llaman problema religioso es un asunto de conciencia y, como tal, sólo puede ser tratado, ciertamente en serio, pero en su propio terreno, en el marco de una discusión sobre lo terrible de la experiencia cristiana. Hasta Ortega cabeceaba asintiendo. De pronto todos descubren que no se trata de un problema religioso, sino de un problema político, de gobierno: hay que devolver a la Iglesia a su propio terreno. ¿Se sigue de ahí algún inconveniente para la Iglesia?, se pregunta Azaña. Ni lo sé ni mi importa. A mí lo que me importa es el Estado. Magnífico, grandes aplausos. Por fin, la Iglesia reducida a problema de gobierno. Y ese problema está ya resuelto, «lo tenemos dicho cincuenta veces». Decir un problema es tenerlo resuelto. Le falta por decir a Azaña que el problema está resuelto porque está dicho<sup>3</sup>.

De ahí el meollo de la cuestión, de esta y de otras: un problema político se resuelve cuando se dice. No, claro está, cuando se dice de cualquier manera y ni siquiera cuando se dice por una mayoría, sino cuando se le desnuda, cuando se reduce a sus verdaderas dimensiones, que son las dimensiones políticas, y cuando se alcanza así un acuerdo de Gobierno, cuando «nos lo tenemos dicho». Así, al rematar Azaña su primer gran discurso, todo el mundo está convencido de que acaba de resolver el problema religioso: la libertad de conciencia, había dicho, se escribe en una ley y se pasa a otro asunto. ¿Qué motivo podía haber, en efecto, para demorar la atención en lo obvio? El gobierno es la ley y la ley se produce en el Parlamento, que a su vez, cuando habla, representa y encarna la dignidad de la autoridad soberana del Estado. Salta inmediatamente a la vista el grueso olvido de Azaña: la sociedad. Nunca contempla en términos políticos —aunque pueda hacerlo magistralmente en términos teóricos— la posibilidad, tan real, de que, por su historia, por el cúmulo de intereses que se amontonan en torno a ciertas prácticas y actitudes, pero su misma estructuración en grupos y clases con intereses cristalizados y enfrentados, una sociedad o algunos poderosos grupos en su seno pueden resistir eficazmente el cumplimiento de una ley. Para Azaña, cuando una ley no se cumple, cuando la palabra transformada en ley no crea el efecto a que estaba destinada, es porque las gentes son «díscolas». Y con las gentes díscolas Azaña no sabe realmente qué hacer, porque carece del instrumento adecuado y eficaz para tratarlas.

<sup>3</sup> Todo esto en «Política religiosa: el artículo 26 de la Constitución». *OC*, II, pp. 49-63.





Lo grave de Azaña no es tanto que carezca de ese instrumento, cuanto que no le importa en absoluto. Incluso cuando la guerra ha hecho ya sus estragos, no lamenta Azaña haber intentado gobernar a base exclusivamente de «razones y votos». Pero votos no tenía para gobernar: se los prestaban otros, los socialistas casi siempre; sólo le quedaban razones. La presunción de que podía gobernar sólo con razones le vino quizá de aquel mismo asombro con que observaba las cosas maravillosas que ocurrían en él sin él buscarlas. Azaña pudo ser testigo en más de una ocasión de las maravillas provocadas por sus discursos. Ya le pasó esto cuando sus compañeros le elevaron a la presidencia del Gobierno, y habría de pasarle de nuevo cuando con su sola palabra, que seguramente resultaba ininteligible para una buena mayoría de sus oyentes, puso en marcha el más poderoso movimiento de opinión popular que contemplaron todos los años de la República. Nunca tantas personas se congregaron en un solo lugar para escuchar a nadie, o para hacer cualquier otra cosa, como las reunidas en el campo de Comillas de Madrid para oír a Azaña. Ese movimiento, al que muy pocos llamaban entonces frente popular, fue el soporte y la apoyatura de la coalición electoral que habría de triunfar en las elecciones de febrero de 1936. Y no se trató sólo de esto. La ansiedad del país en los días siguientes al triunfo de la coalición baja perceptiblemente de tono cuando Azaña, por fin, habla, esta vez ya como presidente del Gobierno: la bolsa de Madrid vuelve a niveles de contratación normales e incluso altos para la época; la espantada del dinero disminuye; todos vuelven a darse un respiro, incluso los patronos, incluso los de la CEDA, algunos de cuyos notables corren a ofrecer sus respetos al nuevo primer ministro<sup>4</sup>.

La palabra de Azaña no es sólo capaz de dar por resueltos, o de resolver, los mayores problemas políticos, sino que crea resultados políticos eficaces. Es una palabra eficaz. Azaña es capaz, por su sola presencia, por su sola palabra, de disolver una manifestación contra la que algunos más nerviosos, más novatos, habían propuesto ya sacar la fuerza pública. Basta que Azaña aparezca, que imponga silencio, para que cada mochuelo, como dice, vuelva a su olivo. Posiblemente la forma en que resolvía los problemas, en que creaba esos efectos iba en la dirección que más convenía al país. Era la forma más cargada de razón. La tragedia de Azaña comienza cuando percibe que el efecto se

<sup>4</sup> En el «Cuaderno de la Pobleta», *OC*, IV, anotación de 17 de junio de 1937, p. 629, escribe Azaña: «Querer dirigir el país, en la parte que me tocase, con estos dos instrumentos: razones y votos. Se me han opuesto insultos y fusiles. En paz sea dicho». Los discursos de 1935 —Mestalla, Lasesarre y Comillas— tuvieron el efecto político de arrastrar de nuevo al PSOE y la UGT a la firma de un pacto electoral con los republicanos. Para los efectos de su primer discurso como jefe del nuevo Gobierno, ver prensa de los días inmediatos.



esfuma una vez vuelto el silencio, una vez muda la palabra. Su mayor engaño consiste en haber creído que su palabra, por estar llena de razón y por ser inmediatamente eficaz, habría de ser también de efectos duraderos. Y no lo es por la sencilla razón de que Azaña carece de un partido, una organización o una estructura de poder que sea capaz de hacer perdurable socialmente el primer efecto político creado por su discurso. Es más, la dedicación a ese tipo de actividad le fastidia y le aburre. Y aquí no es posible llamarse a engaño sobre el motivo que el propio Azaña da acerca de su abulia, pues ese motivo no es más en definitiva que la justificación ideológica de una incapacidad. El argumento es muy simple: en la política hay, según Azaña, una «zona turbia» que en el caso español coincide con el partido radical. Esto, sin embargo, es lo de menos, aunque no dejará de tener graves consecuencias políticas. Lo que caracteriza a la zona turbia de la política es que las gentes que en ella se encuentran siempre «esperan algo». Y Azaña se sale literalmente de sus casillas cuando alguien se le acerca porque espera algo de él. No soporta a este tipo de gentes, no puede aguantarlas. Sobre ellas descarga su máximo desprecio, las olvida, las relega, no contesta a sus peticiones, nunca sigue sus recomendaciones. Y presenta esa actitud como firme «resolución de no caciquear ni intrigar, y si alguien quiere ayudarme o seguirme en política será por otros motivos». Azaña era incapaz, sencillamente, de componer y ajustar intereses encontrados, de distribuir los distintos poderes, sin sentirse implicado inmediatamente en lo que llama «bajas componendas». Ese juego político, imprescindible para montar un aparato de poder, que es a su vez requisito indispensable para hacer de la palabra política una palabra con efectos sociales duraderos le repelía. Sin duda, no todo es elevación moral en esa actitud de repulsión y de desprecio. Hay también, o hay quizá sobre todo, una incapacidad, una impotencia<sup>5</sup>.

Porque, en efecto, Azaña siempre vuelve la espalda a su propio partido casi por el mismo motivo por el que no se dedica a las bajas componendas: «estoy resuelto a no ocuparme de la dirección del partido, para lo que no tengo gusto ni tiempo». Son significativas ambas «resoluciones»: resolución de no caciquear; resolución de no dirigir el partido. No le gusta, le aburre, no tiene tiempo. Entre las grandes preocupaciones ausentes de su diario, y que sorprenden viniendo de un dirigente político, la mayor sin duda es la de su partido. No hay nada respecto a su crecimiento, su penetración en el cuerpo social, sus progresos; ninguna preocupación por cómo marchan las cosas, por cómo se acoplan sus «seguidores» a las nuevas funciones. El partido, sencilla-

<sup>5</sup> Lo de la «zona turbia» y las gentes que saben que «de mí nada pueden esperar y en cambio lo esperan todo de Lerroux», Anotación de 19 de febrero de 1932, *OC*, IV, p. 334. Para su resolución de no caciquear, Anotación de 15 de agosto de 1931, *id.*, p. 84.



mente, no le interesa; no le da ningún gusto y no le dedica ningún tiempo. Se limita a dirigirlo con su palabra, ocasionalmente oída, admirada y aplaudida en las grandes reuniones. Para lo demás están sus fieles, sus amigos, es decir, quienes le siguen por motivos presuntamente elevados, quienes no buscan el cargo y, por tanto, aquellos para quienes el cargo, además de ser una recompensa, es un sacrificio, un deber. Esta actitud ante el poder práctico, como si en él hubiera algo sucio, innombrable, como si ir a por el poder fuera una indignidad, la comparte Azaña con otros políticos de la época que vienen del socialismo, de la Institución o de ambos a la vez. Es curioso, sin embargo, que a tales hombres el sentirse o saberse preteridos les causaba grandes congojas y lamentos, pero ellos no harían nunca nada —faltaría más— para conseguir el poder. Al poder se va porque le llaman a uno. Y preferentemente, no que le llame a uno Fulano o Mengano, sino algo abstracto, como el deber, la nación, el pueblo. O la razón<sup>6</sup>.

Pero esa razón, además de considerar indigno ocuparse de la política diaria y sucia, además de aburrirse en la laboriosa construcción de un instrumento de poder, es definitivamente insensible a las grandes cuestiones sociales de su tiempo. No que no las vea. Azaña ha visto y definido todos los grandes temas, sino que no se ocupa de los engranajes concretos que hay que poner en marcha para su transformación. Conocida es la actitud de Azaña ante la reforma agraria. Y no es sólo la cuestión agraria. En la España que le tocó gobernar se desencadenan, desde muy pronto, multitud de movimientos huelguísticos de una amplitud sin precedentes. Azaña, tras definir el enfrentamiento entre la UGT y la CNT como uno de los graves escollos por donde podía jugarse el porvenir de la República, no vuelve más sobre el tema. Rara es la mención que éste u otros grandes temas sociales encuentran en su diario. Era insensible a ellos o, mejor, sólo era sensible a los posibles efectos políticos que de ellos se derivaban. La tragedia de Castilblanco le produce cierta contrariedad por sus posibles efectos sobre la moral de la Guardia civil y porque le obliga a retrasar la destitución de Sanjurjo. Azaña no ve la sociedad, no es sensible a la lucha de los distintos sectores de las clases. De la misma manera que no está dispuesto a ocuparse de su partido, tampoco lo está a inclinarse por «ninguna de las organizaciones del proletariado». La cosa en sí no tendría en realidad

<sup>6</sup> La resolución de no ocuparse del partido, Anotación de 22 de agosto de 1931, id., p. 98, lo que no obsta para que, salido del Gobierno, el único asunto al que «presté atención y en que puse empeño fue el de la fusión de los partidos republicanos de izquierda»: *Cuaderno de la Pobleña*, Anotación de 4 de julio de 1937, p. 660. Para lo demás, ver la escena entre Azaña y Giral cuando le da «el encargo» del Ministerio de Marina: «Giral se pone a chillar como si le desollaran vivo... Vengo su última resistencia invocando lo que han hecho conmigo». Lo que habían hecho con él era nombrarle Presidente del Gobierno: Anotación de 14 de octubre de 1931, id., p. 185.



mayor interés. En una actitud común en las clases medias. Lo insólito y significativo es la causa: «estoy por encima de eso». Con lo que Azaña, o su razón, acaba por situarse simultáneamente por encima de demasiadas cosas: de las componendas, de su partido, de las luchas sociales<sup>7</sup>.

Y así Azaña acabó víctima del espejismo que le provocaba tanta altura: tomó la expresión luminosa de un problema por su solución política y confundió la solución política de un problema con la plasmación en la ley de la palabra luminosa. Además de por su propia educación y su carácter, Azaña fue llamado y empujado a ese engaño por diversos motivos. Ante todo, por la seducción y la fuerza de su propia palabra, que creaba verdaderamente efectos en el público; que pronunciada a las ocho en las Cortes era comentada a las nueve en todos los cafés; que era capaz de convocar 400.000 personas en un acto; que era eficaz incluso para devolver la calma a las gentes bienpensantes; que resolvía de un tajo las inútiles y estúpidas complicaciones en que la «gentecilla política» venía a embrollar todos los temas. Azaña confundió todo esto con el poder e incluso llegó a pensar que bastaba su palabra para «calmar el desordenado impulso del Frente Popular». No lo calmó, evidentemente. Pero, además, Azaña se llama a engaño por la propia distancia, de la que era el primer convencido, que existía entre su palabra y la de quienes le rodeaban. En la derecha no había realmente dónde mirar. En España —se ha dicho mil veces— la inteligencia no ha estado nunca en la derecha. No por otra razón, habría que añadir, que porque la derecha nunca ha necesitado aquí de la inteligencia para gobernar. Le han bastado aquellas dos herramientas que Azaña se negó siempre a tocar: el palo y la zanahoria. Pero el panorama tampoco era muy alentador por la izquierda. Ninguna sorpresa, pues, si con su sola razón y su palabra era capaz Azaña de dar por resueltos, ante el asombro de sus compañeros, los más intrincados problemas políticos. En fin, la causa más importante del espejismo es la propia facilidad con que Azaña se trasladó de su «rincón casero» a la presidencia del Gobierno. Carrera tan fulgurante sólo podía darse en España y no hay que atribuirla sobre todo a los méritos de Azaña, sino a la propia debilidad e irrelevancia del sistema de partidos. Los dirigentes de partidos sólidamente insertos en la sociedad y capaces de hacerse obedecer eficazmente, es decir, partidos con poder social, tienen siempre una

<sup>7</sup> La «indiferencia de Azaña para las cuestiones rurales», en E. Malefakis, *Reforma agraria y revolución campesina en la España del Siglo XX*, Barcelona: Ariel, 1970, p. 447. De Castilblanco se ocupó Azaña en un discurso en el que atribuyó «este género de cosas y de desdichas» a la «falta de educación política, de la falta de sensibilidad, de la barbarie y del atraso», *OC*, II, p. 127. Las observaciones sobre la UGT y la CNT y su posición ante o por encima de ellas, en Anotación de 27 de febrero de 1932, *OC*, IV, p. 339.



amplia carrera política por detrás. Azaña, cuando llegó a la cumbre, sólo tenía una carrera política por delante. Un partido con una estructura fuerte no habría admitido, ni resistido, ese tipo de carreras, de ascensiones tan rápidas y deslumbrantes<sup>8</sup>.

«Somos poder», decían ilusamente los políticos de la República cuando llegaban al Gobierno, sin percatarse de que llegar al gobierno con aquellos partidos no era resultado de «ser poder». El espejismo, en verdad, se deshizo pronto, y cuando Azaña percibió que la mera enunciación de los problemas, por mucha razón de la que fuera cargada, no hacía mejorar ni resolvía una «situación», se quedaba paralizado, invadido por profunda tristeza, que se resolvía o en el desprecio absoluto hacia quienes pretendían encarar los problemas políticos por otras vías o en la nostalgia por el reposo profundo, por el silencio<sup>9</sup>. Quedó así sin explorar un terreno intermedio entre las «bajas componendas» de Lerroux y la razón pura de Azaña, el del ajuste racional —esto es, de acuerdo con el proyecto político— de los múltiples intereses dispersos y encontrados que caracterizaban a la fragmentaria sociedad española. Azaña se negó a explorar ese terreno, y así, al no ser sensible a los intereses inmediatos de las únicas clases en que podía asentar su poder y al no disponer del único instrumento —un sólido partido político— capaz de integrar esos intereses dispersos en un proyecto a largo plazo, no sólo dejó que se dilapidara la confianza que su palabra producía, el fervor que su discurso despertaba, sino que al final se encontró con la invariable situación de que para gobernar dependía de otros: de la confianza del presidente de la República o de los votos socialistas. Pero esa confianza era siempre aleatoria y esos votos expresaban intereses que Azaña no podía en último término representar y cuyo «impulso desordenado» no podía, en definitiva, calmar. A la profunda tristeza con que terminó su experiencia gubernamental, en el primer bienio se añadió, otro bienio más tarde, la salida hacia mayores alturas, de la responsabilidad inmediata del poder.

<sup>8</sup> Las observaciones sobre el «éxito» de sus discursos son habituales en su diario. Ver, para lo aquí citado, id., p. 179. Para su «amarga experiencia de que la genticilla política, vanidosa y sin medios, echa a perder cuanto toca», ver *Cuaderno de la Pobleta*, Anotación de 4 de julio de 1937, p. 664. La pretensión de calmar el desordenado empuje del Frente Popular, en Anotación de 20 de febrero de 1936, id., p. 571. La observación sobre lo inopinado de su entrada en la política, en Anotación de 12 de febrero 1932, id., p. 327.

<sup>9</sup> Después de un embrollo con los radicales, Azaña pronuncia un discurso «Todos contentos menos yo. Prieto... lloraba oyéndome... No he querido aguarles el contento (pero) mi sentimiento, al escribir estos apuntes, es de profunda tristeza... La situación... no mejora». Anotación de 3 de marzo de 1933, id., p. 456.



Azaña no representa, como banal y tópicamente se dice, el fracaso del intelectual en la política. Si alguien representa aquí tal fracaso, ese alguien no es Azaña, sino Ortega, que fue quien adoptó ante la República esa ilusoria «función del intelectual» que en la tradición política española siempre atrajo a algunos moralistas caracterizados sobre todo por su pedantería y por la resonante vaciedad de sus propuestas. Azaña fue un político y no, como se dice, un intelectual en la política. Lo que le ocurrió fue que, por ser los partidos republicanos muy débiles y su propia palabra muy fuerte, alcanzó el poder máximo sin bregarse antes en los poderes mínimos: propuso ante toda la nación un nuevo Estado sin haber propuesto antes algo menos ambicioso en el ayuntamiento de su pueblo. Azaña pasó literalmente de la intimidad, como él gustaba decir, al ministerio de la guerra. Allí pudo poner en práctica algunas de sus ideas porque la organización le venía dada. Era una organización obsoleta, sin duda, pero tenía al menos la ventaja de existir y sus miembros llevaban a gala la virtud de la obediencia, por más que, como señaló Azaña, no estaban acostumbrados a que nadie les mandase. Había, con todo, materia para mandar. Pero ¿qué pasa cuando poder no es igual a mando, sino a crear efectos sociales duraderos, a transformar relaciones sociales? Es inútil y vano decir que Azaña no estaba preparado para ello. Nadie lo estaba. Los políticos están preparados para reproducir las mismas relaciones sociales que se encuentran establecidas, nunca para transformarlas. Eso hay que aprenderlo en una práctica política ordenada a ese específico objeto. Azaña era consciente de lo inevitable y urgente de la transformación, quizá el más consciente de los de su generación y de su clase, o al menos, el que con más nitidez expresó esa conciencia, desnudándola de todo el moralismo de clase media que sobre ella se había acumulado. El punto donde el político Azaña quiebra no es ése, sino ese otro: Azaña no aprendió en la práctica del poder cotidiano a transformar esas relaciones, sino que se limitó a aplicar desde el poder de Estado la única facultad que realmente había cultivado: la palabra y la razón. Carecía de otras facultades y ocultaba esa carencia desfigurando la tarea en su propia definición, es decir, definiéndola como moralmente reprobable —bajas componendas— para poder así olvidarse de ella o arrojar sobre ella el aprobio. Afirmada la suciedad de la práctica política diaria, Azaña descuida, porque le aburre según dice, pero en definitiva porque es la misma cosa, la organización práctica del poder civil, el partido. Sin mancharse las manos en el ajuste de intereses y sin organización para ajustarlos, Azaña acabó por soñarse a sí mismo por encima de las contiendas sociales en las que efectivamente podía encallar la propia República. Sólo le quedó la palabra. Y con sólo esa posesión, y los efectos de maravilloso encantamiento por su palabra producidos, pretendió transformar



relaciones sociales o, para expresarlo en términos políticos, pretendió edificar un nuevo Estado. El propósito podía ser quizá, como él dice de los suyos, «elevado», pero la respuesta tenía que ser inevitablemente «bárbara»<sup>10</sup>. El honor de Azaña consiste en haber permanecido hasta el final, hasta apurar todo el dolor de la barbarie sin medida, como testigo de una guerra que quizá el poder habría podido evitar, nunca la palabra.

---

<sup>10</sup> «...se había respondido tan bárbaramente a mis propósitos más elevados...», escribirá Azaña en 1937 —Anotación de 4 de julio, *id.*, p. 661— para justificar su vuelta a «la intimidad de la vida privada» tras el desastre electoral de su partido en noviembre de 1933.







# Sobre la trayectoria política de don Manuel Azaña

GABRIEL JACKSON



Traducción de TOMÁS RAMOS OREA



**D**URANTE la breve existencia de la Segunda República española, Manuel Azaña encarnó, para amigos y enemigos, las características más significativas del nuevo régimen. Durante la guerra civil, entre tendencias militaristas, fascistas, de revolución colectiva y de puro salvajismo por parte de la extrema derecha y de la extrema izquierda, continuó simbolizando los valores de la República democrática. Su función simbólica permanece en 1980 tan válida como lo fue durante la década de los treinta. Me siento muy honrado por la invitación a colaborar en este volumen de centenario, y deploro tan sólo que limitaciones de tiempo me impidan documentar más extensamente la interpretación que expongo en este corto ensayo. Me propongo dejar a un lado la biografía de Azaña y su obra literaria. Me limitaré a sintetizar su trayectoria política desde abril de 1931 en que entró en el gobierno provisional, hasta su dimisión como Presidente de la República en febrero de 1939.

Su papel político en la ante-guerra puede dividirse en tres fases claras. Desde abril de 1931 a octubre de 1933, fue ministro, colaborando primero en el gobierno de don Niceto Alcalá-Zamora y luego actuando de Primer Ministro de varios gabinetes de coalición. Durante este período fue el propulsor principal de una república democrática, laica, controlada por civiles y anticlerical. República en mayúscula, puesto que para Azaña la república no era simplemente



una forma de gobierno sino un valor moral y compendiador. La misma palabra implicaba Virtud en el sentido de la Revolución francesa y de los radicales de comienzos del siglo XIX (si bien Azaña no era dado a este tipo de comparación). República quería decir elecciones limpias, eliminación de corrupción en la función civil y de favoritismo en los tribunales; eliminación de caciquismo y de brutalidad policial. Quería decir igualdad legal y la necesaria legislación social para hacer de esa igualdad un hecho vital más que una abstracción plausible. La República no era simplemente un «mal menor», una necesaria alternativa a la monarquía desacreditada y a la tiranía de la dictadura de Primo de Rivera. Era el régimen que fomentaría el desarrollo cultural y económico de todos los pueblos de España y de todos los españoles como individuos.

Paralelamente a esta concepción altamente ética de la República, se daba un espíritu combativo, seguro de sí mismo y a veces desdénoso. Según Azaña se necesitaba una ley para la defensa de la República con el fin de mostrar un firme sentido de autoridad, tanto ante las provocaciones de la prensa como ante las variadas amenazas del orden público. Mediante multas y/o suspensiones temporales de varios periódicos de la derecha y de la izquierda, Azaña pareció sentirse completamente seguro de sí mismo respecto a su habilidad para proteger la libertad de expresión y castigar la subversión. Su criterio era el de distinguir entre personas e instituciones. Un periódico podía criticar libremente a cualquier individuo ostentando un cargo público, pero no podía calumniar ni atacar la propia legitimidad de las instituciones republicanas. En este período Azaña se enorgulleció de la relativa facilidad con que la República abortó varios levantamientos anarquistas de poca monta así como el pretendido pronunciamiento de Sanjurjo de agosto de 1932. Al proponer cambios de estructura en el ejército y en sus servicios de abastecimiento, no vaciló en hablar despreciativamente de la casta militar. Respecto a las cláusulas constitucionales y leyes complementarias que regulaban las relaciones Iglesia-Estado, se negó a considerar estas cuestiones como «religiosas», siendo como era para él la religión un asunto de conciencia personal. Más bien, el presupuesto de los clérigos, el papel que jugaban las órdenes religiosas en hospitales y escuelas, la regulación de las propiedades de la Iglesia eran puramente materias políticas. En tanto que muchos republicanos y socialistas se inclinaban a interpretar favorablemente, o por lo menos tolerantemente, las funciones educacionales y de atención hospitalaria de las órdenes religiosas. Azaña insistía en que era de la incumbencia de la salud pública el que los niños y los pacientes de hospitales no fueran por más tiempo proselitizados en contra de su voluntad por monjas y frailes.



Su actitud combativa, tanto hacia la extrema izquierda como hacia la Iglesia, su disponibilidad (a veces hasta alegría) para servir de principal diana a la crítica de derechas, su fuerza para el debate y su magnífico poder oratorio, su verdadera competencia y duro trabajo y su indudable integridad personal, todo contribuyó al mantenimiento de la mayoría en sus Cortes hasta principios de 1933. Pero ciertos excesos de la policía en Casas Viejas se esgrimieron como éxito para minar su reputación de hombre justo y ponderado. Y la Ley de Congregaciones de mayo de 1933 amenazó con cerrar todas las escuelas de la Iglesia y con provocar una confrontación entre Iglesia y Estado como la que había desgarrado Méjico en los años veinte. En estas circunstancias la coalición de republicanos y socialistas se desintegró, y el presidente Alcalá Zamora convocó elecciones que llevaron al poder de nuevo a un gobierno de centro-derecha en noviembre de 1933.

En la segunda etapa de su carrera política de la anteguerra, de noviembre de 1933 a febrero de 1936, Azaña estuvo al principio relativamente inactivo. Siempre hubo dos lados opuestos en su naturaleza. Fue simultáneamente un escritor intelectual y contemplativo, y un caudillo político. Después de la derrota de las elecciones se alegró de retomar su trabajo literario. Con la vista en el futuro forjó nuevas alianzas políticas con Felipe Sánchez Román y Diego Martínez Barrio, dos importantes líderes republicanos que le habían criticado sus medidas anticlericales y de orden público. Azaña constantemente reiteraba la importancia de reconstruir la coalición republicana-socialista que había creado la constitución y aprobado la importante legislación social, la ley del divorcio, la ley de reforma agraria, y el estatuto de autonomía catalán. Tanto en el aspecto político como en el personal permaneció junto al dirigente parlamentario socialista Indalecio Prieto, y defendió la causa de la Generalitat en el verano de 1934 cuando el tribunal de garantías constitucionales declaró la Ley de Reforma Agraria Catalana como inconstitucional, en favor de la muy debatida ley de cultivos de los pequeños vinateros y arrendatarios.

En octubre de 1934 España fue sacudida por dos levantamientos simultáneos: el de la Generalitat de la izquierda republicana y el de los mineros socialistas, comunistas y anarquistas de Asturias. El gobierno de Lerroux empleó a la legión extranjera y a tropas moras para reprimir la comuna asturiana; suspendió el estatuto catalán de autonomía y arrestó hasta treinta mil dirigentes del trabajo y empleados municipales socialistas de toda España. Y ocurrió que Azaña había estado presente físicamente en Barcelona en los días anteriores al levantamiento, y que, por supuesto, era bien conocido por su constante abogación de una coalición republicano-socialista. Había aconsejado a sus colegas catalanes no rebelarse, y el fracaso total —fracaso de las acciones catalana y



asturiana— confirmaron fuertemente su convicción personal de que sólo un gobierno republicano-socialista basado a rajatabla en una gran mayoría de las cortes, podría hacerse cargo pacíficamente de los problemas sociales y económicos de España. Sin embargo, en la propaganda posterior y en varios debates judiciales y parlamentarios, la derecha española intentó culpar a Azaña de la responsabilidad moral y política por los dos fallidos levantamientos. De esta manera Azaña se encontró involuntariamente en el centro de la atención pública. En varios grandes discursos públicos durante 1935 definió la República no como un mal menor, sino como el instrumento político y moral para la democratización de la vida española. Y en esta atmósfera de represión y miedo a últimos de 1935, insistió en que «nadie pretendería aniquilar al bando contrario en sus intereses políticos ni en sus propias personas»<sup>1</sup>.

El esfuerzo de la derecha para desacreditar a Azaña fue muy positivo en la formación de una coalición electoral de republicanos de izquierda, regionalistas, socialistas, comunistas y anarquistas que ganaron las elecciones del Frente Popular de febrero de 1936. En la tercera etapa de su carrera política de la anteguerra Manuel Azaña fue una vez más Primer Ministro desde febrero a mayo de 1936, y luego Presidente de la República después de la acusación y retirada de Alcalá-Zamora. Como primer ministro se dispuso a llevar a cabo precisamente el programa electoral del Frente Popular: amnistía para todos aquellos en prisión desde octubre de 1934 y la prosecución de la reforma agraria, objetivos educacionales y de autonomía regional del programa original de la coalición republicano-socialista de 1931-33. Fue más conciliador en lo tocante al futuro de las escuelas de la Iglesia y se preocupó más de las demostraciones callejeras de los socialistas de izquierda y anarquistas y de la retórica revolucionaria que de los ampliamente rumoreados complots entre los oficiales antirrepublicanos del ejército. Tal vez minusvalorara la fuerza de los confabulados o simplemente sintiera que su programa era el único camino sensato para España, y que como Primer Ministro no debía permitir que sus mejores energías fueran absorbidas en diatribas acrimónicas con sus enemigos. En dos amplios discursos en las Cortes de abril, se declaró en contra de la violencia, pidió a la clase media que no se suicidara mediante la abstención política y reiteró que sólo una república democrática podía resolver en paz los muchos problemas de España. Definió su gobierno como uno basado en libertades democráticas «únicamente coartadas con la creciente actividad interventora del Estado en la regulación de los problemas de producción y del

<sup>1</sup> Manuel Azaña, *Obras completas*, tomo III (México: Ediciones Oasis, 1967), p. 281 (discurso en el campo de Comillas, octubre, 20, 1935).



trabajo»<sup>2</sup>. Dijo que España no iba a hacerse soviética mañana, y que todos aquellos que mostraban temores en tal sentido tenían razones interesadas para obrar así. Recordó, tanto a la derecha como a la izquierda pueril de Largo Caballero, que la mayoría en febrero había votado por un programa no revolucionario y de moderación. Al mismo tiempo reconoció que en ese momento (abril de 1936) parecía no existir ningún fuerte apoyo público de naturaleza ética para la República como tal. Cuando la mayoría en las Cortes, de manera vengativa y alocada, cesó al presidente Alcalá-Zamora de su cargo, Azaña aceptó la Presidencia y pensó usar este puesto como una última barrera contra los ataques irresponsables de la izquierda a la «democracia burguesa». Propuso nombrar a Indalecio Prieto primer ministro, pero el ala Caballero del partido socialista disuadió a Prieto de aceptar el nombramiento. En junio y comienzos de julio el gobierno simplemente se iba al garete, y el 18 de julio fue asaltado, no por la izquierda infantil, sino por el sector antirrepublicano del ejército.

La trayectoria de Manuel Azaña como Presidente de la República también atravesó tres etapas reconocidas. La primera fue una de casi desesperanza. Estaba convencido desde el primer momento de que la milicia proletaria no podría enfrentarse a tropas entrenadas. Cuando Francia e Inglaterra indicaron a principios de agosto que no venderían armas a la República, en tanto que Italia y Alemania estaban abasteciendo apresuradamente a Franco, Azaña pensó que aun una resistencia militar organizada sería inútil. Cuando el 14 de agosto prisioneros derechistas fueron linchados en la cárcel modelo, se dispuso a dimitir y fue persuadido a permanecer en su cargo por amigos íntimos que le recordaban que en la zona de toda la rebelión cientos de milicianos prisioneros caían ante pelotones de ejecución gritando «¡Viva Azaña!» o «¡Viva la República!».

La segunda etapa va de noviembre de 1936 a febrero de 1938. La exitosa defensa de Madrid arrumbó el mito de la invencibilidad fascista. El hecho era que aunque bajo Largo Caballero, con quien no se llevaba bien y por quien mostraba poca admiración, el estado democrático estaba siendo reconstruido y un ejército republicano con disciplina dio una excelente prueba de sí mismo en las batallas del Jarama y de Guadalajara<sup>3</sup>. Luego los acontecimientos de

<sup>2</sup> *Ibid.*, p. 299, discurso del 3 de abril de 1936 en las Cortes.

<sup>3</sup> Irrelevante para este ensayo pero esencial para comprender la guerra civil es la diferencia entre Largo Caballero, izquierdista infantil de 1934-36, y Largo Caballero como primer ministro, quien en septiembre de 1936 y mayo de 1937 reconstruyó el estado republicano y defendió la libertad civil en tiempos de guerra, mejor que varios presidentes de los Estados Unidos o primeros ministros británicos, para no mencionar ministros españoles anteriores y posteriores a él.



mayo en Barcelona debilitaron la izquierda revolucionaria y precipitaron el relevo de Largo Caballero. Con Juan Negrín como primer ministro y Prieto como ministro de Defensa, Azaña creyó que la República estaba por fin en manos de hombres moderados y competentes. Un cambio de actitud por parte de Inglaterra y Francia podría todavía esperarse, y de ocurrir así la República podrá lograr una paz negociada. Nunca pensó Azaña que la República popular pudiera salir victoriosa, aunque su actitud filosófica total era la de que una vez comenzada la guerra nadie podría optar por la victoria en una contienda civil. Su optimismo condicionado sólo duró hasta la reconquista de Teruel por los nacionalistas y su triunfante marcha hasta el mediterráneo en marzo de 1938.

Una vez que la zona republicana había sido cortada en dos, y en vista, sobre todo, del pacto naval anglo-italiano firmado el 16 de abril, Azaña se dio cuenta de que la situación militar y diplomática se había hecho insostenible. Consideró, por lo tanto, que la política de resistencia a toda costa de Negrín era literalmente demencial. Azaña y su primer ministro estaban prácticamente enemistados. Siguió siendo presidente sólo con la vaga esperanza de lograr algún tipo de ayuda anglo-francesa y evitar de ese modo la total y brutal victoria de los nacionalistas. El día que Inglaterra y Francia reconocieron al gobierno de Franco, 28 de febrero de 1939, dimitió como presidente.

Habiendo esbozado la trayectoria de la época de Azaña en el poder, me gustaría destacar ahora los elementos cambiantes y regulares de su postura política. Siempre se mantuvo firme a favor de una república laica y democrática, con una economía capitalista y una política fiscal conservadora, modificadas ambas mediante una legislación social en nombre de los trabajadores industriales y de los campesinos desprovistos de tierras. Consideraba a los anarquistas como enemigos declarados de una tal república y se sentía profundamente desanimado por la histórica retórica izquierdista y las constantes demostraciones callejeras de Largo Caballero y de los jóvenes socialistas en la primera mitad de 1936. De abril de 1931 a marzo de 1938 creyó que sólo una alianza republicano-socialista podría hacer de España una república democrática. El otro dirigente con quien siempre estuvo políticamente más identificado, tanto en paz como en guerra, era Indalecio Prieto. Siempre creyó que la República tenía acogida para todos los españoles, incluso aquellos que fueran antirrepublicanos, y habló con gran comprensión de las aspiraciones regionalistas, y de los problemas económicos y de sus implicaciones. Al mismo tiempo, su lenguaje fue siempre el de un liberal de clase media, nunca el de un marxista o un proletario.

Quizá el más importante de sus cambios de actitud fue el concerniente al problema de la Iglesia. en 1931-33 fue despreciativo, casi agresivo, en su





insistencia en que las órdenes religiosas fueran sacadas de los hospitales y las escuelas. Después de 1933 desaparece su anticlericalismo y como primer ministro en 1936 Azaña hizo lo humanamente posible para asegurar la normalidad en la Semana Santa y para hacer que las escuelas secundarias de la Iglesia operasen todo lo normalmente que la fiebre política del momento pudiera permitir. La violencia de la política española parece asimismo haberle minado lentamente su optimismo original respecto del destino de la República. En 1931-32 pudo casi alegrarse de los levantamientos anarquistas como una oportunidad para que la República demostrara su serenidad y su fuerza. Interpretó los excesos policiales como fallos individuales del deber, más que como características de las fuerzas del Orden Público. Después de lo de Casas Viejas, después de la huelga de los campesinos de junio de 1934, después de la represión asturiana, después de las batallas callejeras y de la ola de asesinatos en la primavera de 1936, él era de la opinión, y así lo dijo, de que España carecía del fuerte apoyo moral para un régimen republicano. En 1931 tenía plena confianza en el futuro asegurado de la democracia y del capitalismo humanizado en España. A comienzos del 36 sólo podía esperar, pero sin confiar demasiado, que la erupción del izquierdismo pueril remitiera; que los militares permanecieran en sus cuarteles y que el gobierno del Frente Popular pudiera continuar el trabajo de construir la República democrática. Al final de la guerra civil era un hombre deshecho por dos razones fundamentales: el verdadero sufrimiento de la guerra fratricida y la colisión ideológica entre la extrema derecha y la extrema izquierda que le hicieron convalidar las sarcásticas referencias hacia él en 1936 como «estadista con un gran futuro en el pasado».

Todo lo cual me conduce al punto final que quiero resaltar en este centenario de don Manuel Azaña. En 1936 a mucha gente de todas las ideologías políticas les parecía, efectivamente, que la «opción del futuro» tendría que ser bien fascismo o bien comunismo estalinista. En 1980 el panorama es muy diferente. Elimínense las emociones anticlericales de los años 30, sustitúyase la república democrática por la monarquía democrática, y la vigencia de Manuel Azaña es a todas luces evidente. La democracia política, la economía capitalista añadida a la legislación social, la autonomía regional, que fueron las principales aspiraciones de la república tal como la encarnó Manuel Azaña, son las verdaderas metas hacia las que se dirige España en 1980.





Manuel Azaña  
y la creación del Frente Popular, 1933-1936

PAUL PRESTON



Traducción de TOMÁS RAMOS OREA



LA importancia del servicio que Manuel Azaña prestó a la Segunda República española se manifiesta, más claramente que por ninguna otra cosa, por el odio del que fue objeto por parte de los ideólogos y difusores de la causa franquista. Las venenosas calumnias que le dirigieron, tanto durante la guerra civil como bien después de su muerte, evidencian que los enemigos de la República reconocían en don Manuel a uno de los mayores baluartes del régimen<sup>1</sup>. La aportación más crucial, entre otras muchas, de Azaña a la vida de la Segunda República, y lo que por lo tanto le ganó el resentimiento amargo de la derecha antirrepublicana, fue la inspiración y energía con que contribuyó a la formación de la coalición electoral izquierdista de 1936, el así llamado Frente Popular. Las divisiones de la izquierda en las elecciones de noviembre de 1933 aseguraron la victoria de la Confederación Española de Derechas Autónomas y la del Partido Radical. A lo largo de 1934 y 1935 se

---

<sup>1</sup> Véase, por ejemplo, la descripción psicopática y hostil que hace Joaquín Arrarás de Azaña en su introducción a *Memorias íntimas de Azaña* (Ediciones Españolas, Madrid, 1939, p. 6): «Engendro espurio elevado a la más alta magistratura de una República abyecta por un sufragio seudodemocrático corrompido y corruptor. Digamos para ser exactos que Azaña era el aborto de logias e Internacionales a quien correspondía la presidencia genuina de la República del Frente Popular, oruga repulsiva de la España Roja, la de las matanzas y las “checas”, la de las refinadas crueldades satánicas».



vino aprovechando este triunfo derechista para propiciar la implantación legal en España de un estado corporativo y autoritario<sup>2</sup>. La creación del Frente Popular y la subsiguiente victoria electoral de febrero de 1936 dieron al traste con ese proceso. Así que no puede sorprender que Azaña se convirtiera en la diana del odio profundo de la derecha.

Lo que, sin embargo, choca más es que este notabilísimo logro de Azaña se haya atribuido al comunismo internacional. Para el franquismo la imagen del Frente Popular se simboliza en la celebrada representación de éste por Carlos Sáenz de Tejada como una caballería de hordas mongólicas asesinas vestidas de rojo y ondeando banderas comunistas<sup>3</sup>. Para Joaquín Arrarás el Frente Popular no era ni más ni menos que «la hechura de la Internacional comunista»<sup>4</sup>. El odio que los franquistas profesaban al comunismo tal vez sobrepasara su fobia contra Azaña; o quizá pretendían expresar más virulentamente su animadversión asociando a éste con lo que decidieron caracterizar como complot comunista. Sea lo que fuere, el movimiento comunista se congratuló de atribuirse el crédito por la creación del Frente Popular<sup>5</sup>. Y puesto que entre 1933 y comienzos de 1936 el Partido Comunista de España era una entidad de poca monta más bien al margen del movimiento de los trabajadores, es comprensible que los comunicados del partido oficial trataran de arrogarse tan importante papel como el de fundador del Frente Popular.

La diligencia de los comunistas por endosarse el crédito que propiamente le corresponde a Azaña es —igual que la fobia de los franquistas— un tributo más a la relevancia del trabajo de don Manuel en la forma de la unidad de la izquierda a lo largo de 1935. Con independencia de las exageraciones tanto de la historiografía franquista como de la comunista, hace ya algún tiempo que se ha reconocido la contribución de Azaña a la creación del Frente Popular. En 1965 Gabriel Jackson plasma una interpretación de la creación del Frente Popular, presentándolo como el resultado de la convergencia de dos impulsos: el de Azaña y el del Comintern<sup>6</sup>. Ricardo de la Cierva, en 1969, da una

<sup>2</sup> Cf. Paul Preston, *la destrucción de la democracia en España: reacción, reforma y revolución en la Segunda República*, (Ediciones Turner, Madrid, 1979), pp. 157-203, 247-74.

<sup>3</sup> *Historia de la cruzada española* (Ediciones Españolas, 8 volúmenes, 36 tomos, Madrid, 1939-1943), vol. 2, tomo 9, p. 423.

<sup>4</sup> Joaquín Arrarás, *Historia de la Segunda República Española* (Editora Nacional, 4 tomos, Madrid, 1956-1968), tomo IV, p. 17.

<sup>5</sup> Dolores Ibárruri, *El único camino* (Editions sociales, París, 1965), pp. 215-19 y 223-5; *Guerra y revolución en España* (Editorial Progreso, 4 tomos, Moscú, 1967-1977), tomo I, pp. 66-78. Cf. Joaquín Maurín, *Revolución y contrarrevolución en España* (Ruedo Ibérico, París, 1966), p. 286.

<sup>6</sup> Gabriel Jackson, *The Spanish Republic and the Civil War 1931-1939* (Princeton University Press, Princeton, New Jersey, 1965), pp. 185-7.



versión exhaustiva de la génesis del Frente Popular en base a estas dos realidades<sup>7</sup>. Y ya más recientemente, en 1979, Santos Juliá produce otro excelente estudio de todos los elementos que se cohesionaron en la unificación de la izquierda, prestando la máxima atención al cometido de Azaña<sup>8</sup>. El libro de Juliá es, hasta el momento, la interpretación más clara y completa de la complejidad del proceso mediante el cual se cimentó tan laboriosamente la unidad electoral de 1936; libro que ha contribuido en gran manera a desterrar el frívolo absurdo de presentar al Frente Popular como algo surgido por medio de rápidas negociaciones celebradas durante la semana que siguió al decreto de convocatoria de elecciones el 7 de enero de 1936<sup>9</sup>.

El propósito de nuestro ensayo es resaltar más si cabe los esfuerzos de don Manuel Azaña, juntamente con Indalecio Prieto, para salvar la Segunda República de su lenta conversión en un estado parecido a la Austria de Dollfuss; y esto mediante la creación de un frente electoral capaz de movilizar el gran deseo del pueblo, evidenciado durante todo el 1935, de reinstaurar la República de 1931-1933.

Esta necesidad de recuperar la República se puede retrotraer a la decisión de los socialistas, con ocasión de las elecciones de noviembre de 1933, de no formar coalición electoral con los partidos de la izquierda republicana, y en particular con el Partido Socialista Radical y la Acción Republicana de Azaña. Son bien conocidas las consecuencias de esta decisión: en un sistema electoral que favorecía a las grandes coaliciones, habida cuenta de las abstenciones anarquistas, tuvo el efecto de regalar la victoria a la derecha. Desde luego que tanto Azaña como Prieto habían previsto tales consecuencias. Ambos estaban convencidos de que, dado el poder indiscutible de la propaganda clerical y de los caciques rurales, los socialistas y los republicanos se necesitaban mutuamente. Hasta el último momento Prieto albergó la esperanza de poder convencer a Largo Caballero. Cuando se evidenció la imposibilidad de tal cosa, jugó su última baza: incluir a Azaña y a Marcelino Domingo en la lista de candidatos electorales de Vizcaya que presentaba el PSOE<sup>10</sup>.

Los resultados fueron desastrosos para el PSOE y para los republicanos de izquierda. Contra los 116 puestos ganados en las elecciones de 1934, la

<sup>7</sup> Ricardo de la Cierva, *Historia de la guerra civil española: perspectivas y antecedentes 1898-1936* (Editorial San Martín, Madrid, 1969), pp. 579-610.

<sup>8</sup> Santos Juliá, *Orígenes del Frente Popular en España (1934-1936)* (Siglo Veintiuno Editores, Madrid, 1979, *passim* y especialmente pp. 27-41).

<sup>9</sup> Stanley G. Payne, *The Spanish Revolution* (Weidenfeld & Nicholson, London, 1970, pp. 176-8).

<sup>10</sup> Juan Simeón Vidarte, *El bienio negro y la insurrección de Asturias* (Ediciones Grijalbo, Barcelona, 1978, pp. 15-25).

representación parlamentaria del PSOE descendió ahora a 58. Los republicanos de izquierda, o sea Acción Republicana, Esquerra Catalana, los socialistas radicales y la Organización Regional Gallega Autónoma bajaron de un total de 139 diputados en 1931, a unos míseros 40<sup>11</sup>. Eran muchos los sitios donde un frente unido de socialistas y de republicanos de izquierda hubiera asegurado la victoria de la izquierda —Asturias, Alicante, Badajoz, Ciudad Real, Córdoba, Granada, Jaén, Murcia, por mencionar tan sólo los más obvios—. Además, un frente unido habría garantizado tal victoria después de la primera ronda de las elecciones, y privado, por lo tanto, al Partido Radical de la tentación y de la oportunidad de aliarse con los partidos de la derecha en la segunda ronda, cosa que hicieron con gran éxito en muchas provincias del sur<sup>12</sup>.

El error socialista de desmembrar la coalición electoral de 1931 fue uno de los más nefastos sucesos de la Segunda República. Propició el período de la política de la venganza y de la represión, el bienio negro, en el que con toda propiedad han de buscarse los orígenes de la guerra civil. Existió un elemento de irresponsabilidad en la decisión de ir por libre en las elecciones de 1933. La aplastante victoria en las de junio de 1931 fue posible mediante la coalición que representaba a las fuerzas del Pacto de San Sebastián, es decir, socialistas, republicanos de izquierda y, para la mayor parte del país, el Partido Radical. Y ya que Lerroux y los radicales se habían revuelto violentamente contra los socialistas en fecha tan temprana como diciembre de 1931, en comparación con este año las fuerzas de la izquierda se encontraban ya en gran desventaja. En el mejor de los casos se enfrentaban en una lucha tripartita con la derecha y los radicales; en el peor, con una alianza entre la derecha y los radicales. En tales circunstancias, abogar por la división del PSOE y de los republicanos de izquierda, como estaba haciendo Largo Caballero, era sencillamente irresponsable.

Y el caso es que era comprensible la actitud de Largo Caballero. En 1931 los socialistas habían decidido colaborar en el gobierno con las fuerzas republicanas con la esperanza de poder llevar a cabo reformas sociales significativas. Habían colaborado al máximo de sus posibilidades, manteniendo con regularidad la disciplina de los sindicatos en circunstancias altamente provocativas y sufriendo la vejación de estar asociados con un gobierno que no se recataba de usar las fuerzas de orden público contra la clase obrera. Después del escándalo que originó la represión de Casas Viejas en enero de 1933, el oprobio se hizo

<sup>11</sup> Es difícil conocer las atribuciones de partido de los diputados durante las cortes republicanas. Cf. Juan J. Linz, «The Party System of Spain: Past and Future».

<sup>12</sup> José María Gil Robles, *No fue posible la paz* (Ediciones Ariel, Barcelona, 1968), pp. 102-5.





especialmente difícil de soportar, más que nada porque las ilusiones reformistas de la coalición republicano-socialista no se habían materializado. El fracaso de la reforma fue con largueza una consecuencia de la maña con que la derecha se organizó para neutralizar el cambio: tanto por medio de la obstaculización parlamentaria a nivel nacional, como por el uso de la fuerza a nivel local<sup>13</sup>. No obstante, los socialistas no andaban del todo desacertados al creer que la falta de celo republicano por la reforma había contribuido a la victoria derechista. A nivel local, miembros de la unión rural socialista, la Federación Nacional de Trabajadores de la Tierra, se desesperaban ante el hecho de que los gobernadores civiles de muchas provincias mostraran escasa energía en obligar a los caciques locales a observar la legislación del gobierno; o que no impidieran que la Guardia civil continuara aliándose con los terratenientes, saltándose a la torera el espíritu de la ley<sup>14</sup>. Muchos de los administrativos implicados habían sido nombrados al tiempo de ser Niceto Alcalá-Zamora primer ministro y Miguel Maura ministro de Gobernación, y eran, como mínimo, de tendencias conservadoras. Los había también radicales o radical-socialistas, los cuales, en virtud de su honradez o de sus simpatías ideológicas, eran los menos aptos<sup>15</sup>.

El mismo Azaña estaba percatado de la carencia de espíritu reformista de muchos de los altos funcionarios de la República<sup>16</sup>. Sin embargo, eso no era suficiente como para difundir dentro del movimiento socialista la especie de que a los republicanos en general, con independencia de su partido, no les interesaban mucho los grandes temas de reforma social; y, por otra parte, desconocían casi siempre los problemas técnicos que implicaba el hacer que la legislación que ya había pasado por las Cortes se cumpliera en el campo. Esta impresión se agudizaba especialmente en el área de la reforma agraria, sobre todo como consecuencia de las tendencias puntillosamente legalistas y morosas de Felipe Sánchez Román al frente de la Comisión Técnica Agraria y de Ramón Feced como director del Instituto de Reforma Agraria<sup>17</sup>. En estas circunstancias no podía sorprender que los republicanos inspirasen una consi-

<sup>13</sup> Preston, *Destrucción*, pp. 64-87.

<sup>14</sup> *Ibid.*, pp. 124-33.

<sup>15</sup> *El Debate*, 25 august 1931; *El Pueblo católico*, 4 may 1933; Miguel Maura, *Así cayó Alfonso XIII* (Ediciones Ariel, Barcelona, 1966), pp. 265-72.

<sup>16</sup> Manuel Azaña, *Obras completas* (Ediciones Oasis, 4 tomos, México D.F., 1966-1968), tomo IV, pp. 644-648.

<sup>17</sup> Juan Simeón Vidarte, *Las Cortes Constituyentes de 1931-33* (Ediciones Grijalbo, Barcelona, 1976), pp. 471-8; Azaña, *Memorias íntimas*, pp. 90-3; Eward B. Malefakis, *Agrarian Reform and Peasant Revolution in Spain* (Yale University Press, New Haven, 1970), pp. 243-57, 389.

derable desconfianza dentro de las filas socialistas. La situación se fue enconando a lo largo de 1933 al jugar los radicales un importante papel en obstaculizar los asuntos del gobierno.

De hecho, y dada la sensibilización anti-socialista de los radicales, era del todo comprensible que, aunque defraudados respecto de la reforma, los socialistas se adhirieran a sus aliados de la izquierda republicana. Tal era el criterio realista de Prieto. Sin embargo, a Largo Caballero le contrariaba en general la lentitud de la reforma y, en particular, le enfurecía el hecho de que ciertos republicanos prominentes —y que en su opinión habían salido elegidos al parlamento gracias a los votos socialistas— hubieran usado sus escaños para hacer públicas sus críticas al régimen<sup>18</sup>. Por si fuera poco, cuando la ejecutiva del PSOE sondeó la opinión de las agrupaciones locales respecto a colaborar o no con los republicanos, la mayoría se proclamó en contra de la coalición electoral<sup>19</sup>.

El resultado fue que los republicanos de izquierda fueron prácticamente barridos del mapa electoral, y que los socialistas obtuvieron muchos menos diputados de los que hubieran esperado de su masa de votantes. Su 1.627.472 votos, les había significado tan sólo 58 diputados, mientras que los 806.340 votos de los radicales les habían supuesto a éstos 104 escaños<sup>20</sup>. Su resentimiento consiguiente exacerbó su ya existente falta de fe en la viabilidad de una democracia burguesa. Su desencanto ante el escaso resultado respecto a la reforma social en profundidad se unía ahora al temor de perder predicamento para el militante de la calle, junto con una vana esperanza de poder amedrentar a la derecha y atemperar así su revanchismo. Consecuentemente los socialistas se embarcaron en un revolucionismo retoricista que tan sólo podía acelerar la atomización política puesta en marcha por los negativos resultados electorales. Además, la derecha se disponía a explotar hábilmente la radicalización del movimiento socialista con el fin de justificar su represión de varios de los sectores de éste durante todo 1934<sup>21</sup>.

Manuel Azaña se impuso la gigantesca tarea de enderezar el tremendo error electoral y el no menos desastroso error del vacío radicalismo retórico de los socialistas. Este notable acto de auto-sacrificio le llevó a la cárcel, a ser

<sup>18</sup> Francisco Largo Caballero, *Posibilismo socialista en la democracia* (Juventud Socialista Madrileña, Madrid, 1933) *passim*; Francisco Largo Caballero, *Mis recuerdos* (Editores Unidos, México D.F., 1954), p. 129; Vidarte, *Bienio negro*, p. 20.

<sup>19</sup> Vidarte, *Bienio Negro*, p. 21.

<sup>20</sup> Francisco Largo Caballero, *Discursos a los trabajadores* (Gráfica Socialista, Madrid, 1934), pp. 163-6.

<sup>21</sup> Preston, *Destrucción*, pp. 157-205.



públicamente vilipendiado y a verse envuelto en una campaña política en la que tuvo que dirigirse a cientos de miles de personas. A pesar de una arraigada creencia en lo contrario, Manuel Azaña no fue, personalmente, un hombre ambicioso. Su primera reacción al abandonar el gobierno fue una sensación de alivio de poder regresar a la vida privada:

*«Desde chico he sido siempre muy apegado al rincón casero. Volver a él significaba para mí entrar en un clima apacible. Despertar de una pesadilla. Reposo profundo, después de una caminata. Silencio, después de tanto estruendo. Sobre todo, silencio. ¡Con qué gozo respiraba mi libertad, como si el aire fuese más puro, al considerar que no sólo aquel día primero, sino el siguiente, y el mes venidero y muchos más, podría ser a mi gusto el que fui antes, dueño de mi vida anterior, en una felicidad doméstica confortativa, suave, albergue de un peregrino! Había trabajado, me había afanado tanto para los demás, se había respondido tan bárbaramente a mis propósitos más elevados, que bien podrá disculparse aquel abandono pasajero de lo que con excesiva pompa llamarían otros un exigente deber cívico, y perdonarse que me retrajera cuanto fue posible de la plaza pública para esparcirme, digámoslo así, en las afueras... En fin, recobré el trato con mis libros y papeles. Me di un hartazgo de lectura colosal. Sed atrasada. Régimen correctivo de una deformación peligrosa. Porque nada estrecha tanto la mente, apaga la imaginación y esteriliza el espíritu como la política activa y el gobierno... Para trabajar en política y en el gobierno he tenido que dejar amortizadas, sin empleo, las tres cuartas partes de mis potencias, por falta de objeto, y desarrollar en cambio fenomenalmente la otra parte... Una de las asperezas de la vida política es la aridez, la sequedad, la triste cerrazón espiritual del mundo en que uno queda sumergido»<sup>22</sup>.*

Aun cuando este fragmento del *Diario de la Pobleta* refleja al tiempo de escribirlo, 4 de julio de 1937, el desengaño de Azaña con la política, indica, no obstante, hasta dónde entendía él la política como un deber que ningún otro podía hacer realidad.

Su retiro a la vida privada fue, en parte, una respuesta a su darse cuenta de que sería difícil superar la hostilidad del ala izquierda del PSOE hacia los republicanos. En sentido lato, a Azaña se le consideraba como una excepción dentro del desprecio que la prevaricación republicana había merecido a la perspectiva socialista en general, y culpable tan sólo de lo que Araquistain llamó «el noble error de Azaña, su bella utopía republicana: pensar que era posible construir y regir un Estado que no fuera un Estado de clases»<sup>23</sup>. No obstante, existía considerable tensión entre el ala izquierda socialista y Azaña.

<sup>22</sup> Azaña, *Obras...* IV, p. 661. La noción de servicio impersonal y desinteresado al bien público permea los discursos y escritos de Azaña, tanto públicos como privados. Véase su discurso en Santander el 30 de septiembre de 1932.

<sup>23</sup> Luis Araquistain: «La utopía de Azaña» en *Leviatán*, núm. 4, septiembre 1934, pp. 18-30.

En 1937 escribió en su diario: «Yo conservaba trato con algunos socialistas, como Prieto, Besteiro, Fernando de los Ríos, y otros, que siempre habían sido amigos míos. Conservaba también popularidad entre las masas, como probaron los actos públicos convocados por mí; popularidad y prestigio poco gratos a los pontífices del extremismo revolucionario. Pero la tendencia “caballerista” predominante en el partido no era hostil»<sup>24</sup>.

En consecuencia, sus esfuerzos a comienzos de 1934 se redujeron a intentos de facilitar el reagrupamiento de las fuerzas republicanas de izquierda y a iniciativas individuales en el sentido de advertir a aquellos socialistas con quienes tenía contacto que la línea retóricamente revolucionaria del PSOE podía conducir al desastre. A Azaña no le cabía duda de la necesidad de reconstruir la coalición republicano-socialista. El 30 de septiembre de 1932, en un discurso a la rama de Acción Republicana de Santander, había declarado: «Yo estimo, lo digo aquí y lo repetiré donde sea menester, que la presencia de los socialistas en el Gobierno no sé si a ellos les favorece o no; no me interesa. La presencia de los socialistas en el Gobierno, repito, ha sido uno de los servicios más importantes —tan importante que era inexcusable— que han podido prestar al régimen republicano»<sup>25</sup>. Y puesto que Azaña estaba preparado a hacer innumerables sacrificios personales en defensa de la República, es razonable asumir que el desastre de las elecciones de noviembre de 1933 fortalecía su convencimiento de la necesidad de colaboración entre republicanos y socialistas. Y aun antes de las elecciones, Azaña había dejado entrever las consecuencias desastrosas de entrar divididos en la batalla electoral<sup>26</sup>. Después de que Prieto declarara públicamente el final de la coalición republicano-socialista, Azaña, el 2 de octubre de 1933 manifestó en las Cortes: «Se ha acabado el Gobierno, se ha acabado la colaboración; emprendéis otra ruta, nosotros seguimos la ruta de los republicanos; pero de vosotros a nosotros quedará siempre el puente invisible de las emociones pasadas en común y del servicio prestado a la patria española»<sup>27</sup>. Ahora, a principios de 1934, percibiendo que había escasa posibilidad de superar la desconfianza de Largo Caballero respecto a los republicanos, Azaña se centró en las tareas urgentes, inmediatas y factibles de reestructurar las huestes republicanas y de dar consejos sensatos a los socialistas que quisieran escuchar.

<sup>24</sup> Azaña, *Obras*, IV, pp. 643-4.

<sup>25</sup> Azaña, *Obras*, II, p. 434.

<sup>26</sup> Azaña, *Obras*, II, pp. 833-42.

<sup>27</sup> Azaña, *Obras*, II, pp. 849-50.



A raíz de su victoria electoral, la derecha había correspondido lanzando un asalto de envergadura sobre los logros sociales del bienio reformador. Con la esperanza de restringir la violencia de la nuevamente poseída y vengativa derecha, la jefatura del PSOE anunció que se verían forzados a desencadenar una revuelta revolucionaria<sup>28</sup>. Azaña estaba informado cumplidamente de los planes socialistas sobre el particular por medio de comunicados que Marcelino Domingo le pasaba de Prieto, y a través de sus propios contactos directos con Fernando de los Ríos, el cual, con permiso de la comisión ejecutiva del PSOE, también le había facilitado un ejemplar de la propuesta de los socialistas en favor de la acción revolucionaria. El 2 de enero de 1934, Azaña, en términos por demás duros, le hizo saber a De los Ríos que un levantamiento estaba condenado a ser aplastado por el ejército, y que era el deber del mando socialista controlar los impulsos de sus militantes. «Le dije cosas tremendas», señala Azaña en su diario, «no sé cómo me las aguantó». Aunque De los Ríos personalmente se conmovió por lo que Azaña le dijo, y hasta parece que lo puso en conocimiento de otros miembros del ejecutivo del PSOE, tampoco hay evidencia de que esto surtiera ningún efecto<sup>29</sup>.

Poco después tuvo la oportunidad de coincidir con Prieto en Barcelona durante la campaña para las elecciones municipales catalanas, y renovar sus advertencias respecto a la necesidad de volver a una amplia unidad de la izquierda. Ese fue el tema de su discurso en la plaza de toros de Barcelona el 7 de enero, pero parece, igualmente, que impresionó poco a Prieto, con quien almorzó al día siguiente en Font del Lleó<sup>30</sup>. Empero, Azaña siguió intentando restablecer contacto con los socialistas. El 4 de febrero, Prieto, consternado por el ataque derechista contra la clase obrera, se enroló con los caballeristas, amenazando con llevar a efecto un levantamiento revolucionario. Justo siete días más tarde, hablando en el teatro Pardiñas, y como ya lo hiciera Prieto, lanzó Azaña una formidable alocución, desaconsejando el mecanismo frívolo de las soluciones revolucionarias, pero sin dejar de reconocer la forma en que, en su desacato a la justicia social, estaba el Gobierno provocando a los socialistas. Fue una llamada razonable y ponderada a la unidad y a la moderación, aunque los socialistas siguieran sin hacerle mucho caso<sup>31</sup>.

Más éxito tuvo Azaña en la labor que se impuso a sí mismo de devolver la unidad al fragmentado y desmoralizado caleidoscopio que resultó de la derrota

<sup>28</sup> Preston, *Destrucción*, pp. 167-73.

<sup>29</sup> Azaña, *Obras*, IV, pp. 649-52; Vidarte, *Bienio negro*, pp. 90-7.

<sup>30</sup> Azaña, *Obras*, IV, pp. 659-60; II, pp. 901-10.

<sup>31</sup> *El liberal*, 6 febrero, 1934; Azaña, *Obras*, II, pp. 911-44 y, en especial, pp. 926-7; Vidarte, *Bienio negro*, pp. 98-100.



de los partidos republicanos. Su esperanza era que «de los restos de tres partidos pequeños, saldría seguramente un núcleo ya importante por el solo hecho de la fusión, y que tendría fuerza y autoridad para atraerse a muchos otros republicanos, siendo seguro su crecimiento rápido». Luego de vencer rivalidades mezquinas y desconfianzas entre los grupos, confirmó Azaña el 2 de abril de 1934 la unificación, bajo Izquierda Republicana, del Partido Radical Socialista Independiente de Marcelino Domingo, de la Organización Regional Gallega Autónoma de Santiago Casares Quiroga, y de su misma Acción Republicana<sup>32</sup>. Azaña se hizo presidente del nuevo partido, y Marcelino Domingo vicepresidente. Si bien la formación de Izquierda Republicana no supuso una reunificación del entero campo republicano, sí comenzó un importante proceso de racionalización. Cuando en mayo de 1934 se desglosó el ala liberal del Partido Radical, bajo Diego Martínez Barrio, no tardó mucho tiempo en entrar en contacto con los restos del Partido Radical Socialista de Félix Gordón Ordás que se habían quedado un tanto aislados por la unión de Domingo y Azaña. Negociaciones llevadas a cabo durante el verano de 1934 dieron como resultado la fundación de Unión Republicana el 11 de septiembre<sup>33</sup>. Lo cual facilitaría considerablemente los planes de Azaña con vistas a una amplia unificación de la izquierda moderada.

El otro frente de las actividades de Azaña, tocante al PSOE, no experimentaba tan fáciles progresos. El comité revolucionario organizado por Largo Caballero se entretenía, de manera bien incoherente, haciendo preparativos para el levantamiento anunciado. La falta de realismo de las actividades del comité hacen sugerir que Caballero, como mínimo, esperaba que no hubiera nunca que poner a prueba sus planes. Hay indicios de que Prieto en más de una ocasión a lo largo de 1934 intentó informar a Azaña y a Domingo de los preparativos en gestación, pero Largo Caballero desaprobó una y otra vez la idea. Con ello acaso esperase Prieto hacerle comprender a Largo Caballero el criterio desapasionado que Azaña, sin duda, hubiera esgrimido respecto de los procedimientos. Sin embargo, en una reunión conjunta de las comisiones ejecutivas del PSOE y de la UGT, celebrada a mediados de marzo, Largo declaró que no habría colaboración con los republicanos, ni en el movimiento revolucionario ni en el subsiguiente gobierno provisional<sup>34</sup>.

<sup>32</sup> Azaña, *Obras*, IV, pp. 600-1.

<sup>33</sup> Manuel Ramírez Jiménez, «La formación de Unión Republicana y su papel en las elecciones de 1936». En *Las reformas de la Segunda República* (Túcar Ediciones, Madrid, 1977), pp. 125-69.

<sup>34</sup> Preston, *Destrucción*, pp. 198-200, 203-4; Vidarte, *Bienio negro*, pp. 113-4, 141, 184-5, 210; Manuel Benavides, *La revolución fue así* (Imprenta Industrial, Barcelona, 1935), pp. 9-20.



No sorprende así que Largo Caballero rechazara en junio la iniciativa de Azaña de renovar la colaboración republicano-socialista. Tuvo lugar el encuentro en el domicilio del secretario general de Izquierda Republicana, José Salmerón; el cual, junto con Marcelino Domingo y Azaña, representaban a ese partido. Por parte del PSOE, Largo Caballero, Enrique de Francisco y un tercer socialista (que bien podría haber sido Vidarte, quien, igual que De Francisco, era uno de los secretarios del comité revolucionario). Durante una hora habló Azaña acerca de la necesidad de unirse, y del profundo efecto que ejercería en la situación política la declaración de tal unidad. Y tenía toda la razón. Gil Robles había comenzado con éxito su táctica de ir sacando periódicamente apoyo de los radicales con el fin de provocar crisis ministeriales y una desintegración gradual del partido de Lerroux. Al ser consultado en cada crisis por el Presidente de la República, Azaña recomendaba una disolución de las Cortes y la convocatoria de elecciones. De haber existido un bloque unido de republicanos moderados de izquierda y de fuerzas socialistas, habría habido una mayor posibilidad de que Alcalá-Zamora hubiera aceptado, resolviendo de esta manera y sin violencia los agudos problemas del día. A Largo Caballero, pese a todo, no le interesaba: «Dijo que habían acudido a la reunión *por deferencia personal a quienes la convocaban*». Abrigando esperanzas de que las circunstancias pudieran cambiar, culminó Azaña el encuentro con una fórmula que dejaba la puerta abierta a contactos futuros: «Cada cual maduraría sus pensamientos, por si las circunstancias aconsejaban modificarlos»<sup>35</sup>.

En esa misma reunión declaró Largo Caballero que por miedo de quedar «disminuido material y moralmente» no podía dar la imagen a las masas socialistas de pactar un acuerdo con los republicanos. El empeño de Largo Caballero en que le consideraban lo mismo que a un militante raso de UGT fue el obstáculo mayor con que chocaron los planes de Azaña para la reconstrucción de la coalición republicano-socialista de 1931. En su gran discurso *Grandezas y miserias de la política*, pronunciado en el club liberal *El Sitio* de Bilbao, el 21 de abril de 1934, demostró que estaba bien percatado de ello. En el discurso, con la mira puesta en las trayectorias seguidas por el PSOE y la Esquerra Catalana, había advertido de los peligros de dejarse arrastrar por la multitud<sup>36</sup>. Las puntualizaciones de Largo Caballero en el encuentro en casa de Salmerón indicaban que las advertencias de Azaña no se habían tomado en cuenta. A pesar de todo, al final de septiembre don Manuel intentó por última

<sup>35</sup> Azaña, *Obras*, IV, pp. 653-4.

<sup>36</sup> Azaña, *Obras*, III, pp. 5-21.



vez hacer entrar en razón a los socialistas. Muere Jaime Carner el 26 de septiembre de 1934. Azaña asiste al funeral junto con otras numerosas figuras republicanas. En realidad había estado en Barcelona hacía menos de un mes y pronunciado un discurso en favor de la reconquista de la República. Y ahora, a fines de septiembre, al coincidir de nuevo con Prieto y De los Ríos en la Font del Lleó, se lamentó Azaña de la falta de acuerdo entre los socialistas y al izquierda republicana.

El realismo de lo que Azaña tenía que decir apenas podía afectar la posición bien de Prieto o de De los Ríos, puesto que eran incapaces de influenciar actitudes en el seno del PSOE. Como el propio Azaña indicase, «Prieto guardó durante toda la discusión un silencio de piedra. Probablemente, todas nuestras palabras le parecerían ociosas, y quizás no le faltase razón. Creía yo saber que Prieto tampoco aprobaba los propósitos de insurrección armada, pero entraba en ellos por fatalismo, por creerlos incontenibles, por disciplina de partido»<sup>37</sup>. Según esto, cuando el 4 de octubre tres ministros de la CEDA accedieron al gabinete, estalló el inmaduro levantamiento en Madrid, Cataluña y Asturias. Por una parte, esto significaba dar al traste con los esfuerzos de Azaña por hacer entrar en razón a la izquierda española. Por otra, constituyó el punto de partida de su mayor triunfo, la forja de la unidad en la forma del Frente Popular.

Azaña fue arrestado en Barcelona al comienzo de los sucesos de octubre y retenido en prisión hasta fines de diciembre. Blanco de los vilipendios de la prensa de la derecha, se convirtió en un símbolo para todos aquellos que sufrían en España la política autoritaria de la coalición radicales-CEDA. Profundamente amargado por la experiencia —como lo ilustra en su libro *Mi rebelión en Barcelona*—, Azaña se inspiró; en el apoyo popular recibido durante su persecución para renovar sus esfuerzos en pro de la recuperación de la República. Su puesta en libertad coincidió con su onomástica, e Izquierda Republicana invitó a todos los simpatizantes a enviarle una tarjeta o telegrama de felicitación. Las tarjetas y telegramas llegaron por cientos de miles a la sede central del partido en Madrid. Un miembro de la Juventud de Izquierda Republicana describiría así las escenas:

*«Los carteros no daban abasto para entregarlas, llevando sacas de Correos repletas, a las que llegó a ser difícil encontrar sitio en los locales de la Agrupación. Una cola constante de ciudadanos de ambos sexos se sucedía para entregar personalmente su felicitación y daba la vuelta por la manzana, Puerta del Sol y calle del Arenal. Aquella espontánea manifestación de esperanza por parte de los*

<sup>37</sup> Azaña, *Obras*, IV, pp. 667-8.





*madriñeos y de los españoles de todos los confines del país, fue una sorpresa para todos nosotros, incluso para sus iniciadores»*<sup>38</sup>.

Azaña quedó evidentemente emocionado ante esta demostración de estima popular que él interpretó como entusiasmo por un retorno a la República de 1931-1933, escribiendo a Prieto el 16 de enero de 1935: «Aquí se ha producido un movimiento de optimismo y de esperanza, simplemente con el hecho de mi liberación, y con ese motivo he sido objeto de una demostración casi plebiscitaria de todas las fuerzas y organizaciones de izquierda en España»<sup>39</sup>.

Además de urgir a Prieto a poner manos a la obra para la formación de una unidad política que permitiera la victoria en la próximas elecciones, Azaña mismo se aplicó a consolidar la unificación republicana comenzada la primavera anterior. A finales de verano de 1934 habían usado su influencia en asegurar que el nuevo partido Unión Republicana se liberase de sus tendencias antisocialistas. Después de su excarcelamiento renovó sus contactos con Unión Republicana y, asimismo, con el Partido Nacional Republicano de Felipe Sánchez Román, lo cual materializó su fruto en la declaración conjunta facilitada el 12 de abril de 1935, especificando las condiciones mínimas consideradas por ellos como esenciales para la reconstrucción de la coexistencia política de España. Estas eran las siete condiciones: prohibición de tortura de prisioneros políticos; restablecimiento de las garantías constitucionales; puesta en libertad de los encarcelados por los acontecimientos de octubre de 1934; fin a la discriminación contra funcionarios izquierdistas y liberales; readmisión a sus trabajos de los despedidos después de la huelga de octubre; existencia legal de sindicatos, y establecimiento de los ayuntamientos destituidos por el Gobierno<sup>40</sup>. Este programa constituía la base potencial para la renovación de la coalición electoral republicano-socialista.

Para alcanzar el establecimiento de estas condiciones, una victoria electoral se hacía claramente indispensable, al tiempo que la represión de después de octubre había pertrechado a muchos de los izquierdistas del suficiente realismo como para hacer de esa victoria un proyecto factible. En base a este acuerdo mínimo, Azaña y Prieto comenzaron a trabajar juntos para remodelar la coalición electoral. El papel de Prieto no entra en nuestro estudio de aquí. Sirva decir que su tarea crucial consistió en ensanchar las áreas de coincidencia

<sup>38</sup> A.C. Márquez Tornero, *Testimonio de mi tiempo (memorias de un español republicano)* (Editorial Orígenes, Madrid, 1979), pp. 115; Cipriano Rivas Cherif, *Retrato de un desconocido (vida de Manuel Azaña)* (Ediciones Oasis, México D.F., 1961), p. 225.

<sup>39</sup> Azaña, *Obras*, III, pp. 591-3.

<sup>40</sup> De la Cierva, *Historia*, p. 85-5; Juliá, *Orígenes*, pp. 31-1.



entre el campo republicano y los socialistas moderados y, acaso más importante, en neutralizar el extremismo irresponsable del ala caballerista del PSOE; así como, incidentalmente, encajar los golpes de la virulenta hostilidad de la izquierda del partido<sup>41</sup>. El papel asignado a Azaña era todavía más fundamental, si cabe. Se trataba del esfuerzo masivo de publicidad y propaganda que no sólo encarnaba la idea de una reverdecida coalición electoral para cientos de miles de españoles, sino también, y más significativamente, que demostraba al ala izquierda del PSOE el inmenso apoyo popular que existía en favor de un acuerdo electoral...

La campaña de *Discursos en campo abierto* de Azaña dio comienzo el 26 de mayo en el campo de Mestalla en Valencia. Ante más de cien mil espectadores anunció que la Izquierda Republicana estaba negociando una plataforma electoral y un futuro plan de gobierno con otros partidos; lo cual se sometería a su tiempo a la aprobación de grupos más inclinados a la izquierda. Luego, el 14 de julio, habló a una multitud todavía mayor en el campo de Lasasarre de Baracaldo, arrancando delirante entusiasmo al proponer nuevas elecciones y defender la necesidad de una coalición electoral. con todo, el suceso culminante y más espectacular de su campaña se produjo el 20 de octubre de 1935 en Comillas, a la sazón en los alrededores de Madrid. Azaña no desconocía las complejas implicaciones de su campaña. El día antes de hablar visitó en coche Comillas y, algo sorprendido por las dimensiones del lugar, preguntó a los miembros del comité organizador: «¿Ustedes creen que esto se llenará? Porque en caso contrario vamos a hacer el ridículo». Cerca de medio millón de personas acudieron para oír a don Manuel elaborar su proyectado programa de gobierno<sup>42</sup>. No fue sólo que el despliegue de disciplina de los asistentes preocupara seriamente a la derecha, sino que las proporciones en sí de la multitud y su entusiasmo acabó por resolver cualquier duda que quedase entre aquellos que todavía se oponían a la creación del frente electoral.

Aún quedaba un complicado proceso de negociaciones, sacadas adelante por Amós Salvador, de Izquierda Republicana; Bernardo Giner de los Ríos, de Unión Republicana; y Manuel Cordero y Juan Simeón Vidarte, por la UGT y el PSOE y en representación de los otros grupos de clases trabajadoras<sup>43</sup>. No puede olvidarse, además, que no hubiera sido posible la adhesión de la extrema izquierda sin los esfuerzos realizados por el PCE. No obstante, y después de reconocer todo esto, el hecho sigue siendo que el meollo esencial

<sup>41</sup> *La libertad*, 13 abril 1935; Diego Martínez Barrio, *Orígenes del Frente Popular Español* (Patronato Hispano-argentino de Cultura, Buenos Aires, 1943), pp. 24-31.

<sup>42</sup> Para el cometido de Prieto, vid. Preston.

<sup>43</sup> Azaña, *Obras*, III, pp. 229-293; Márquez Tornero, *Testimonio*, pp. 118-21.



del Frente Popular fue la coalición electoral republicano-socialista resurgida mediante los esfuerzos de Azaña y Prieto, nadie trabajó con más ahínco ni con mayor eficacia que Manuel Azaña para apuntalar la victoria electoral de la izquierda española en las elecciones de febrero de 1936. La victoria del Frente Popular fue, en definitiva, la victoria de Manuel Azaña, nacida por igual tanto de su diplomacia desde detrás de la escena, como de su masiva popularidad en el campo. Así, apenas puede extrañar que fuera una diana para el odio de la derecha.





# El Presidente desposeído

HUGH THOMAS



Traducción de TOMÁS RAMOS OREA



**V**OLUNTARIOS en favor de la libertad o conductores de ambulancia; periodistas comprometidos o simples observadores pertenecientes a organizaciones juveniles tuvieron ocasión durante la Guerra Civil española de saludar personalmente, o al menos de lejos, la figura imponente y un tanto grotesca de Manuel Azaña, Presidente de la República. Azaña, «intelectual, liberal y burgués», como se autodescribiera a John Gunther en 1933, no parecía encajar del todo en la situación «revolucionaria». Heroicos combatientes de Lyon o de Liverpool se permitían chanzas a su costa, o tener a mal el hecho de su supervivencia. Simpatizantes más sagaces de la República española señalarían, sin embargo, que un rostro tan respetable ayudó a la República en el exterior y no perjudicó la imagen de ésta en casa, puesto que el portador de tal rostro era un «Presidente desposeído», con sus mismas palabras. Empero, en el contexto épico, de un Malraux y de un Hemingway, no le hicieron precisamente popular a Azaña sus papadas gordiflonas, su piel moteada, los escurridizos ojos de detras de unas gafas, su calva (frecuentemente escondida bajo un sombrero de copa) y, en fin, su reputación de ser físicamente algo cobarde. Su mismo nombre probablemente no significa casi nada hoy día fuera de España y fuera de los círculos de hispanistas extranjeros. Y los que sí le recuerdan, recordarán también, acaso para descrédito de él, la publicación en 1939 de un diálogo imaginario, *La velada en Benicarló*, donde un grupo de políticos desilusionados y de profesionales se lamentan en vano de las indignidades de la revolución —eso sí, en una prosa de calidad no igualada por ningún otro jefe de estado contemporáneo.



Tanto en España como entre la comunidad española en el exilio, Azaña, si no olvidado, ha cobrado por lo menos mala reputación. Durante los años 30 la derecha española se refería a él con una acrimonia casi imposible de concebir ahora, de no haber sido sino sobre un fondo en el que la violencia de palabra y obra producía una irresistible atracción: «Soñaba con ser otro Robespierre, y no era más que un guiñapo; ultrajó el nombre de español, y le odiaron los españoles; motejó la historia de España, y acabó lapidado a muerte por la Historia; infiel e impío, carecía del don de las lágrimas, seca su alma cual desierto; envilecido, yermo, maldito!». Y el caso es que la izquierda también le odiaba. Aunque había sido el Ministro del Ejército que, en 1931, hablara de triturar al ejército, lo único que consiguió mediante sus reformas fue enfurecerle. No se había retraído de usar artillería para aplastar a los huelguistas de Sevilla y, bajo su autoridad nominal, la Guardia civil había machacado, sin contemplaciones, revueltas anarquistas tales como la de Casas Viejas al principio de 1933. Y así, en 1936, al comienzo de la Guerra civil había dado, sobre todo la impresión de ineficaz. Un coronel del ejército, Casado, que al final se rebeló contra el supuesto tinte comunista que iba tomando la República, llegó a acusar a Azaña como el más responsable de la Guerra Civil.

Podría, por lo tanto, parecer duro y también inadecuado, resucitar el recuerdo de Azaña en una época en que democracias más consolidadas que la española de los años 30 se enfrentan con dificultades. Pero la publicación de las obras de Azaña por la Editorial Oasis de México, en cuatro gruesos volúmenes, cada uno de unas mil páginas, posibilita una nueva valoración de un político al que se le recordará desde ahora como el mejor diarista político español. Efectivamente, el editor, Juan Marichal, sostiene —correctamente, a mi mejor entender— que ningún otro político notable de la Península Ibérica hubiera escrito un diario político desde Jovellanos, muerto en 1811. Y además, el diario de Azaña es, por otra parte, el más sincero y el mejor escrito, y hasta el más emotivo diario político que alguna vez escribiera ningún Jefe de Gobierno. Por lo común, los primeros ministros no escriben diarios en absoluto: les dejan esa labor secundaria a sus Cianos o Alanbrookes. Azaña, que durante uno o dos años encarnó la mismísima idea de la regeneración democrática de España, es una excepción incomparable.

Dejando aparte los diarios, merecía la pena publicar estos volúmenes, si bien no cabe duda que, de no haber sido por la posterior notoriedad política del autor, su novela autobiográfica, su teatro, sus escritos de ocasión y sus reseñas (vol. I) no hubieran justificado su reedición. Los vols. II y III se componen de discursos en su mayoría, aunque el vol. III contiene algunas





cartas y unos cuantos artículos, poco tomados en cuenta, acerca de la Guerra Civil, y de interés para los especialistas; también, un diario de París de los años 1911-1912, que posee el encanto de un cierto período, y que Azaña, entonces con 30 años, redactó mientras estudiaba cuestiones relacionadas con el tema de Francia y las mandaba como colaboración a la prensa española. En el vol. IV es donde está el diario político, del que se pueden distinguir dos partes principales: la primera trata de la vida política de la República; la segunda se ocupa de la Guerra Civil. Azaña llevó en detalle y al día un sumario de su período en el gobierno como Ministro de la Guerra de 1931, y más tarde como Primer Ministro de 1931 a 1933. Lo interrumpió al salir del gobierno; y al regresar como Primer Ministro en febrero 1936 volvió a retomarlo, pero sólo por unos cuantos días. Comenzó de nuevo un diario en mayo 1937, después de llevar la guerra ya nueve meses, y lo continuó hasta enero 1939, descontando el lapso del invierno de 1937-1938. Y cuando la guerra se iba precipitando a su final desastroso, las notas se hicieron esporádicas. El texto de que ahora disponemos no está completo, puesto que dos cuadernos que contenían las etapas julio 1932-marzo 1933, y junio-agosto 1933, fueron sustraídos de su lugar de depósito en la casa de Cipriano Rivas Cherif, amigo y cuñado de Azaña, y cónsul general de España en Ginebra. Una sección incompleta, pirateada y amañada, de esa parte del diario se publicó en la España nacionalista al cuidado del periodista de derechas Joaquín Arrarás, poniendo en entredicho a Azaña y a otros. De ahí que estos volúmenes no sean exactamente lo que pretenden ser; no están completos, como el mismo profesor Marichal admite en su introducción al volumen I, si bien, e inexplicablemente, no consta la publicación de Arrarás. (El profesor Marichal ha aportado una serie de prefacios vivos a tres de los volúmenes, pero se echan de menos unas cuantas notas de pie de página explicativas, así como un índice mejor).

En ningún lugar de los diarios aparece Azaña como un personaje del todo convincente. En un principio contamos con la autoconfianza de un hombre que empieza a creer en su estrella; y en la segunda mitad, abatido por el miedo y el desastre. En la primera parte del libro oímos a Azaña asumir con complacencia su presentación ante el público como «hombre de fuerza, de voluntad férrea, sólido, inflexible», etc. y añade:

*«Esto es muy entretenido e instructivo. El pueblo cree en los mitos que necesita, y quizás, al final, uno se realiza de la manera en que la gente lo quiere o lo necesita. El día que me hice con el poder llovió un poco por la noche. Y exagerando, los entusiastas decían: ¿Veis? ¡Hasta la lluvia nos ha traído!»*



Ese «exagerando» necesita algún matiz. Cuán diferente del segundo Azaña de la guerra, el cual, ya de presidente, recuerda el fuego terrible de la Cárcel Modelo en agosto de 1936, y la subsiguiente matanza de muchos viejos amigos suyos, y de otros notables personajes derechistas (entre los que se incluía Melquiades Álvarez, estupendo orador político de equivocado criterio, lo mismo que Alcalá-Zamora, bajo cuya férula el propio Azaña se había embarcado en su carrera política):

*Recuerdo personal [ya que esta nota se escribió un año después]: atardecer de un agosto en Madrid: Observo la Plaza [de Oriente] desde una ventana: nubes de humo: signos de ansiedad: noticias del incendio de la prisión: noche: todo ha cesado... calma a las 11:30 pm, conversación telefónica con Bernardo Giner, ministro de comunicaciones: primeras noticias de los que ocurrió. Una matanza. Noche triste. El problema es encontrar mi deber: desolación, funeral por la República. Desde mi habitación, los trabajos prosiguen en las antiguas caballerizas reales. A lo lejos, y entre las cascadillas de la sierra, fognazos de humo de la artillería. Insondable tristeza. Por la noche, lágrimas del primer ministro [José Gira].*

Y ya estamos cerca del Azaña en exilio, como nos lo retrata en Saboya en 1940 un viejo colega y algún tiempo adversario suyo, Miguel Maura: «Delante de mí tenía a un hombre dignísimo, con un desprendimiento casi sobrenatural y una renuncia a toda vanidad y ambición».

Azaña, nacido en Alcalá de Henares, era castellano cien por cien, un genuino intelectual de Madrid, quien durante años había trabajado en la Oficina del Registro y que bajo la monarquía había dedicado su tiempo libre a publicar, a escribir y a estudiar. Su traducción al español de Borrow es un logro destacado. Como escritor, no obstante, fue una figura menor. Tan es así que Unamuno le describió en una célebre frase como tratando de llevar a cabo una revolución para asegurar que se leyeran sus libros.

Con todo, Azaña era elocuente, don que probablemente le aseguró la presidencia del Ateneo, ese club liberal que jugó un papel tan significativo como tribuna del pensamiento progresista español. Esto le condujo a su éxito en la política. Sirvió de inspiración activa al movimiento republicano de antes de 1931, y fundó un pequeño partido, Acción Republicana, más tarde conocido como Movimiento de Izquierda Republicana. Por ser el único entre los intelectuales españoles en estudiar las cuestiones militares, fue la opción más natural para el Ministerio de la Guerra en el primer gobierno de la República. Azaña, desconocido e inexperto, tenía entonces 51 años. Sin embargo, fue tanto el éxito principal de los primeros días del nuevo régimen que, bajo el impulso de un discurso memorable (en el que empleó, por cierto, la fatal expresión de que



«España había dejado de ser católica») se hizo el indiscutible candidato a Primer Ministro de la coalición gubernamental de octubre de 1931, al quedar vacante ese cargo.

Los diarios de Azaña hacen un brillante retrato de esos tempranos —y para muchos, heroicos— días de democracia española. Para empezar, la ambientación es de un atractivo irresistible. Este no es el Madrid de los años 80, plagado de tráfico y de oficinas bancarias, en el que un autócrata se resguarda permanentemente del pueblo en un bien protegido búnker de caza de las afueras de la ciudad. Muy al contrario, el Madrid de Azaña era una ciudad de cafés y de tertulias, en la que los políticos vivían casi como paseantes, dejándose caer, después de las sesiones de las Cortes, por el Café Regina «para recuperar energías».

Cuán atractiva resulta ahora esa República periclitada de los primeros años treinta en comparación con lo que ha venido luego. Por supuesto que (cosa bien sabida de Azaña y sus amigos) existían maquinaciones por parte de monárquicos y generales, pero el hecho es que tanto Franco, Sanjurjo y Aranda, como otros que finalmente se alzaron en armas en contra de la República en 1936, mantenían una postura correcta en 1931, y hasta amistosa en el caso de Sanjurjo, el «león del Rif». Sí, Azaña presta una triste pero irrefutable evidencia de que todas las dificultades de la República no procedían de la derecha, ni siquiera de los anarquistas, sino de las envidias y las malquerencias de los hombres del propio régimen. El presidente Alcalá-Zamora se nos aparece aquí como un entrometido pomposo y charlatán; el dirigente radical Lerroux, quien por más de una generación encabezara el partido más claramente anti-monárquico, aparece como un venal chaquetero; Casares Quiroga, uno de los íntimos de Azaña y Ministro del Interior; está hecho un flan de los nervios e incapaz de vestirse por sí mismo sentado al borde de la cama. Del balance que Azaña hace de su gobierno tan sólo los tres ministros socialistas se salvan, y así, no sorprende que su jefe, Largo Caballero, se decida a no volver a trabajar nunca más con tales intrigantes incompetentes. Más tarde, la propuesta socialista en favor de una política abierta de insurrección (contra un subsiguiente gobierno derechista) fue, sin embargo, la sola acción y también la menos cuerda de los años conducentes a la guerra civil; política de la que, a través de intermediarios, Azaña trató de disuadirles. Su discernimiento era correcto; el de los otros, nefasto. Reconociéndolo con tristeza, baste llamar la atención sobre el comentario «qué bárbaros que fuimos» que años más tarde hiciera al profesor Marichal el destacado socialista, diputado, y publicista intelectual, Luis Araquistain.



El discernimiento de Azaña fue acertado en muchas cosas, pero no pareció haberse dado cuenta nunca de lo ofensiva que era para muchos su elocuencia de acero, cínica, fríamente destructiva (asumida teóricamente como tapadera de su sensibilidad). También compareció la entera responsabilidad de la decisión de los republicanos —intelectualmente comprensible, por otra parte, pero políticamente demencial— de desplazar la posición dominante de la Iglesia en materia de educación. Porque, a pesar de sus deficiencias, la Iglesia era, y es, parte de la cultura nacional de España, y el hecho de un ataque frontal sobre ella significaba politizar a lo vivo una institución cuya influencia no podía destruirse de manera tan simple.

La última sección de los diarios de Azaña, que trata de la guerra civil, es de lectura triste pero acuciante. El autor hacía ahora un papel más de observador que de protagonista, si bien el primer ministro (en un principio Largo Caballero, luego Juan Negrín) requiera la firma de él en los decretos. Desde luego que, en teoría, Azaña aún podía hacer cesar a los jefes de Gobierno, pero carecía de fuerza política suficiente para hacerlo. Pensó en dimitir, pero le disuadió el argumento de que morían hombres en el frente y ante los pelotones de ejecución pronunciando su nombre. De aquí en adelante su postura fue ambigua, y empeoró más si cabe cuando los comunistas se hicieron fuertes dentro de la República. Siempre buscó el medio de llegar a la paz, porque estaba convencido de que la guerra era cosa perdida desde el mismísimo principio, y odiaba por igual a anarquistas y comunistas. Consideraba a vascos y catalanes casi igual de culpables de traición que Franco. A partir de mediados de 1937 a Azaña y a otros muchos les preocupaba el temor de que Franco los fusilara a él y a toda su generación de ministros republicanos, de haberlos capturado vivos; cosa que muy bien podría haber hecho, a tenor de la suerte que corrieron el presidente de Cataluña, Luis Companys, y el ministro del interior, Julián Zugazagoitia.

En el curso de la guerra, más que dirigente de la República revolucionaria, Azaña fue, primero en Valencia y luego en Barcelona, el receptor de todas las críticas, contiendas y, hasta a veces, esperanza de colegas y amigos. Su oído excéptico y pesimista siempre estaba a la espera. Hablaba con despego de los nuevos jefes militares que habían conseguido sus ascensos a través de las milicias: «El único de ellos que sabe interpretar un mapa es Modesto. Los otros, además de no saber hacer eso, no creen ni que sea necesario». Después de la batalla de Brunete, escribía:

*«La ferocidad de la guerra alcanza niveles repugnantes. 300 hombres de una columna al mando de El Campesino fueron aislados y capturados. Cuando nuestras fuerzas retomaron una de las aldeas hallaron a los 300 fusilados y con*



*las piernas amputadas. Más tarde cayó un regimiento de tropas marroquíes, y pasamos por armas a 400 de ellos. Y a esto es a lo que llaman el nacimiento de una nueva España. Era preferible la antigua, con todos sus tumores...».*

Sus conversaciones, anotadas, con Prieto y Negrín son especialmente interesantes; como asimismo está dramáticamente recogido el choque inevitable de Azaña con este último, el cual siempre sintió la necesidad de respirar optimismo aún sin sentirlo.

El único extremo que el lector echará de menos es una explicación de la vida privada de Azaña. Lola, su mujer, mucho más joven que él (que todavía vive en México) sólo ocasionalmente y en la penumbra, aparece en los diarios, y no puede dársele crédito por comentario alguno, lúcido o torpe. El espíritu morboso no encontrará aquí, sin embargo, nada que confirme el rumor de la época de que Azaña era homosexual. Tendrían en todo caso, visos de credibilidad, de no haber sido un alegato tan frecuente esgrimido por aquellos que, al mismo tiempo, perseguían a judíos, masones y comunistas en la demencial cacería, por parte de la derecha, de la anti-España. De hecho, con quien Azaña estaba esencialmente matrimoniado era con las Cortes, a las que tan fácilmente dominaba, y con el diario: con frecuencia había días de 1931 o de 1932 en que escribía tantas como 3.000 palabras en él, y el total de las hasta ahora publicadas supera las 700.000. ¿Cuándo lo hacía? ¿A las tres de la mañana, después del Café Regina?

Ahora que aquella nueva España del general Franco parece por fin —¡toquemos madera!— que comienza a desmoronarse, los lectores españoles —y no españoles— de esta generación encontrarán en estos diarios muchas verdades caseras, tanto sobre lo desacertado de la intransigencia reaccionaria, como sobre los efectos fatalmente contraproducentes de aquello a lo que Azaña se refería como «demencia revolucionaria». Recientemente, en efecto, Ricardo de la Cierva (hasta hace poco el censor principal del pasado régimen y árbitro de lo que se debía o no publicar) incorporaba como epígrafe para una historia ilustrada de la guerra civil una cita sacada de uno de los emocionantes discursos de Azaña sobre la guerra. La España de los primeros años 30 está lo bastante cerca de la presente para poder, a un tiempo, inspirar y advertir. Si la literatura puede influir aún en los acontecimientos, un estudio de las obras de ese tardío revelador, muerto comparativamente joven, que fue Azaña, prevalecerá siempre no sólo como motivo de placer, sino como instrucción autorizada sobre la política de la tolerancia.





España frente a La Gran Depresión.  
Cambio, precios y comercio exterior  
bajo la Segunda República

SENÉN FLORENSA



Recojo en el presente homenaje a don Manuel Azaña algunos de los resultados obtenidos en mi tesis doctoral *España ante la crisis de 1929 y la Gran Depresión. La economía en la II República* dirigida por el profesor Martínez Cortiña, presentada en la Facultad de Ciencias Económicas de la Universidad Complutense de Madrid. Debo agradecer al Banco Exterior de España y al Instituto de Estudios Fiscales, así como a los profesores Ángel Viñas y Ricardo Calle, la ayuda institucional y personal recibida para mis trabajos. Mi colaboración con el profesor Ángel Viñas quedó recogido en la obra colectiva *Política Comercial Exterior en España (1931-1975)*, 3 volúmenes, publicada por el Servicio de Estudios Económicos del Banco Exterior de España. Allí se reflejaron públicamente por primera vez algunos de los resultados de mi trabajo que se incluyen en el presente homenaje. Mi colaboración con el Instituto de Estudios Fiscales y con el profesor Ricardo Calle ha quedado asimismo recogida en el estudio, también colectivo, *La Hacienda Pública en la II República*, todavía inédito. En ambas obras puede el lector encontrar mucho mayor detalle en las materias concernidas. En esta ocasión, el enfoque escogido es el de presentar la interrelación entre las políticas cambiaria y monetaria y sus efectos sobre nuestro comercio especial al estudio sectorial de la coyuntura y su incidencia social así como las restantes políticas económicas de la República, tengo que remitirme a la futura publicación de mi tesis.





**C**IERTAMENTE, el nacimiento de un régimen político raramente responde a una pura causación coyuntural, y el nacido el 14 de abril de 1931 no constituye en ello ninguna excepción. Tanto a nivel político como en el de nuestra economía, el cambio producido en tal fecha intentaba iniciar un nuevo ciclo en nuestra historia. El que condujera del régimen de la Restauración a la España del siglo xx. Del resultado de la experiencia había de depender que se diera un gran paso adelante en la modernización del país o que fuéramos víctimas de nuestros propios enfrentamientos, azuzados además por las tensiones de la escena internacional.

Tal cambio de ciclo a nivel económico y social, tenía además un significado muy concreto. Si en el sistema de la Restauración había dado en cristalizar un peculiar equilibrio entre las fuerzas en presencia de nuestra historia del siglo XIX, el vuelco hacia la República no hacía más que restablecer el orden tras haber cambiado la configuración de tales fuerzas, buscando un nuevo equilibrio.

La Restauración, en efecto, sería así el gran pacto político-económico que sucedía en España al más que parcial fracaso en nuestro país de la revolución industrial. Iniciada ésta por los grupos burgueses de la periferia, no consiguieron, sin embargo, que se extendiera al resto del país.

En tales zonas del sur y del interior, bien al contrario, la revolución liberal, lejos de implicar una profunda transformación de nuestra estructura económica, dejó las cosas igual que estaban, o peor desde el punto de vista social: la fuente



del poder había de seguir siendo la propiedad de la tierra acaparada por una minoría no tan distinta de la anterior tras el mero trasiego que implicó la desamortización. Las fuerzas en presencia que habían de quedar serían pues la de los grandes propietarios de la tierra, aristócratas o no, aliados tradicionales del poder del Estado y poco o nada interesados en transformaciones industriales, y la burguesía periférica que pugnaba por la transformación.

Tras los enfrentamientos, la necesidad de unión contra enemigos comunes, primero los carlistas y luego el otro extremo simbolizado por los desarreglos de la I República, haría cerrar filas a unos y otros en el gran pacto de la Restauración. En él, burgueses y terratenientes habían de encontrar mutuo beneficio a través de un único instrumento, aparte del disfrute de un largo período de orden: la protección. Tanto los granos, que pasaban ahora a sufrir la competencia extracontinental gracias a la introducción de la navegación a vapor, como las manufacturas, habían de encontrar acomodo en ella. La agricultura extendiendo sus cultivos a zona de otra forma extramarginales, lo que, manteniéndose los salarios, aumentaría enormemente la renta de los propietarios de grandes extensiones intramarginales. En la industria, permitiendo el despegue de la vía nacionalista del crecimiento industrial español. Las disfuncionalidades acumuladas habrían de ser enormes, con una agricultura de exportación, ajena al pacto, como único elemento que permitiera mantener el equilibrio de nuestros intercambios al financiar las necesarias importaciones de los demás sectores, sobre todo del industrial.

Durante tal proceso, sin embargo, nuevas fuerzas sociales irían emergiendo, reclamando progresivamente su participación en la vida nacional. La incapacidad del sistema para absorberlas sería lo que determinaría al final la ruina de la Restauración. Si ello, absorberlas, implicaba cambios, no sólo en nuestra estructura política y de representación, en la participación de todos los sectores en el poder, sino también en la necesaria modernización de nuestra economía, tal habría de ser la exigencia clara a los gobiernos de la República, y de su éxito en la empresa habría de depender el éxito o fracaso de toda operación. Tales gobiernos, como representantes ya de todas las fuerzas en presencia, habrían de responder a las exigencias, no sólo de los partícipes en el antiguo pacto, sino de los nuevos estratos, en cuanto a fuerza política, de la población ante los que tendrían que responder. El equilibrio requeriría por supuesto la transigencia; y la posibilidad de cambios sin fricciones, con seguridad, el mantenimiento de unos aceptables ritmos de crecimiento de la economía. Ni uno ni otro, por desgracia, nos fue dado a los españoles durante los años 30. La intemperancia tradicional y la crisis económica de todos los países habrían de contribuir al desenlace.



## LOS PLANTEAMIENTOS ECONÓMICOS DEL NUEVO RÉGIMEN

Desde la caída de Primo de Rivera, en enero de 1930, y aún antes, el ambiente social y económico del país se había ido haciendo cada vez más crítico respecto de la obra del dictador, sobre todo en la desventurada gestión de los asuntos monetarios y en el fracaso de la organización de la producción de acuerdo con un sistema corporativo-intervencionalista. El Dictamen de la Comisión del Patrón-Oro, solicitado por el propio Gobierno y en particular por Calvo Sotelo como Ministro de Hacienda, implicaba, para los que quisieran entender, el descrédito del enfoque económico de la dictadura. Todos los demás informes, tanto de expertos nacionales como extranjeros, abonaron en la misma línea de la vuelta a la ortodoxia, reclamando un profundo plan de estabilización como medida previa para liberalizar en todos los aspectos la economía del país y ponerla a tono con lo que habría sido la manera normal de gestionar la economía en la mayor parte de países durante los años 20.

La oposición política al régimen, y en particular los socialistas desde su defección del espacio que les había dejado el régimen, representado por la presencia de Largo Caballero en el Consejo de Estado y el amplio campo de actuación abierto a la UGT, clamaban contra la política de despilfarro, de encorsetamiento y de ineficacia que se achacaba a la dictadura. Consecuencia de estos ataques habían sido ya la creciente disminución de atribuciones concedidas al Consejo de Economía Nacional y trapasadas al nuevo Ministerio de Economía Nacional, el aplazamiento «sine die» de la ultraproteccionista reforma arancelaria que se había venido discutiendo acaloradamente durante 1928, el reingreso de España en la Sociedad de Naciones y la propia adopción subsiguiente del principio de la Cláusula de la Nación más favorecida, por R.D. de 28 de diciembre de 1928 y llevada a la práctica en el Arancel provisional y en las negociaciones comerciales subsiguientes.

Los gobiernos del período de transición a partir de febrero del año 1930 intentaron salir al paso de tal ambiente hostil a la obra de la dictadura proponiendo amplias medidas de liberación económica y dando los primeros pasos hacia la estabilización pues no otro era el sentido de la gestión de Wais, Anguelles y Ventosa. Pero la descomposición política de los órganos del poder había llegado ya demasiado lejos y no se pudo preservar el camino de la continuidad de la Monarquía.

Con la proclamación de la II República llegaba al poder un nuevo planteamiento de los problemas económicos del país. Aparte de la crítica a la obra de la dictadura y de la Monarquía en general, no puede decirse que existiera ya en el Pacto de San Sebastián un planteamiento concreto de la posible gestión



económica de la República, como puede deducirse por ejemplo de las memorias de Indalecio Prieto, designado ya por el Pacto como ministro de Hacienda del futuro Gobierno Provisional, o de lo contradictorio de algunas de sus primeras medidas como la inmediata anulación del crédito Morgan negociado por Ventosa y la subsiguiente necesidad de negociar otro parecido; pero existía al menos un concepto claro de cual debía ser el nuevo talante económico del país que iría tomando progresivamente forma en la gestión y en los planteamientos de la nueva clase política dirigente.

Se quería hacer de España un país moderno y democrático, abierto a todas las corrientes de entendimiento internacional. Se quería una economía acorde con tal aire de modernización de la joven República, una economía cuyos planteamientos escapan totalmente al esquema del Pacto político-económico de la Restauración, obligando tanto a los grupos de la burguesía industrial como los agraristas del interior a hacer frente a la competencia de la economía internacional, racionalizando *progresivamente* nuestro sistema económico autarquista para poner en tensión de manera eficaz todos los recursos productivos del país y en tal forma de sus frutos recurrieran de la manera más equitativa posible a todos los elementos de la producción.

En este sentido, señalaba ya anticipadamente en marzo de 1931 «Información Comercial Española», órgano oficial del entonces Ministerio de Economía Nacional:

*«Hasta una época (la caída del general Primo de Rivera) la política económica tendió a fomentar la producción nacional de un modo intencionadamente pausable, pero lógicamente —con arreglo a la naturaleza de la economía nacional— perjudicial. Para evitar el cierre de fábricas a los peligros que una sobre producción pudiera acarrear, el Ministerio fue acordando una cartelización o unión de las diferentes ramas productoras, las cuales decidían las condiciones y el modo en que había de producirse el aumento o modificación de la producción de aquel sector. Claro está que dominaba en esos comités o uniones el interés económico privado, y que sirvieron éstos para restringir, y muchas veces para impedir rigurosamente el establecimiento de nuevos centros de producción, con ello empezaron a formarse precios específicamente monopoloides, y la producción española comenzó a encarecerse ya que sus precios no se formaban como exige la economía capitalista, con arreglo al que más barato produce, sino que lo hacía al nivel de las fábricas de coste de producción más altos. Unase a esto el que del lado de la demanda también actuaba con tendencia al encarecimiento de los precios, la gran capacidad de compra que la política de desarrollo de las obras de utillaje nacional imponía en nuestro mercado»<sup>1</sup>.*

<sup>1</sup> «Política Económica Española». ICE, núms. 688 y 689, febrero y marzo de 1931, pág. 39.



Con la ascensión de Indalecio Prieto a la cartera de Hacienda las críticas a la obra toda del antiguo régimen se fueron haciendo mucho más explícitas. «La fijación de los derechos (arancelarios) —se señalaba por *España Económica y Financiera* en junio de 1931— ha sido siempre obra más de la intriga y de las presiones personales que del estudio objetivo de las necesidades colectivas... Es preciso que las cosas cambien radicalmente en ese respecto... La verdad es que si el imperio en esta materia no está en manos de quien sea capaz de colocarlo por encima de todos los intereses privados y desde allí otear el interés general, no habrá más que explotación del consumidor y despilfarro de fuerzas; no habrá una ordenación racional de la economía»<sup>2</sup>.

Tal era, pues, el ambiente de ideas económicas en los momentos de la proclamación de la República. Es más, el propio ministro de Hacienda de los primeros gobiernos de la República, Jaume Carner<sup>3</sup>, había de señalar que «España se ha encontrado con una economía endeble, producida, en parte, por sus condiciones naturales, y en parte, por la política económica que se ha venido siguiendo en España en los últimos cincuenta años. Para defendernos de nuestras deficiencias y nuestros errores y convivir en el mundo hemos debido defender nuestra economía con altos aranceles, y, además, hemos visto reducido el poder adquisitivo de nuestro signo monetario. No es posible modificar radicalmente nuestro sistema económico, porque, al hacerlo, destruiríamos nuestra riqueza, sin provecho. Pero es inevitable dirigir nuestra economía y orientarla hacia la disminución de nuestro coste de producción. La frase simple «disminución del coste de producción», encierra el contenido económico de la política que debe desarrollar la República»<sup>4</sup>.

Puede decirse, pues, que todas las medidas restrictivas iniciales de la República, conducentes a obstaculizar la exportación de capitales, no eran en absoluto lo que de definitivo podía encontrarse en el planteamiento económico del gobierno, sino algo que se consideraba como una penosa obligación a la

<sup>2</sup> «Industria y política arancelaria». *España Económica y Financiera*, núm. 1.966, Madrid, 13 de junio de 1931, pág. 515.

<sup>3</sup> Para un adecuado enfoque de la obra de Jaume Carner a su paso por el Ministerio, donde se expresa justificadamente la valoración mencionada, vid. Manuel Ramírez Jiménez, *Las reformas tributarias de la II República Española: Apuntes para un estudio político*, en *Las reformas de la II República*, pág. 171 y ss. Tucur Ediciones, Madrid, 1977.

<sup>4</sup> Carner, Jaume *La economía de la República, Economía Española*, Madrid, 1933, pág. 7. Aún había de señalar igualmente el ministro catalán que «El régimen de nuestra protección arancelaria es indispensable para salvaguardar la economía, pero no puede servir para que más, constituyendo una carga insoportable, ni para eternizar utillajes viejos e inadecuados, ni para mantener precios inadecuados ni para prolongar la vida indefinida de empresas supercapitalizadas o mal organizadas, o desacertadamente dirigidas. Loc. cit., pág. 9.



que forzaban las circunstancias. La actuación del COCM como órgano de control monetario, que tan importante barrera había de llegar a constituir para la restricción de nuestra importación, y, de rechazo, de nuestra exportación, no fue, pues, nunca concebido en principio para llegar a cumplir tal función. El problema radicaba, sin embargo, en que los gobiernos de la República llegaban, en un momento de euforia nacional, a liberalizar nuestra economía quizá en el peor momento de toda la moderna historia internacional. Justo en el momento en que el crack bursátil y económico americano empezaba a hacer sentir sus efectos en toda la economía mundial. Hubiera podido haber, a pesar de todo, una posible política no excesivamente disonante de tal planteamiento económico liberalizador; esto es, seguir los pasos del bloque de la libra esterlina a partir de septiembre de 1931 y del dólar a partir de agosto de 1933, dejando caer el tipo de cambio como único mecanismo necesario para el reajuste de la economía. Y tal fue de hecho que lo sucedió hasta que empezaban a tener éxito los planes españoles de ortodoxia monetaria interna. A partir de ese momento, sin embargo, la estabilización del valor oro de nuestro signo monetario hará necesaria automáticamente la fortísima entrada en acción de todos los mecanismos disuasores de los intercambios, habida cuenta de los fuertes ritmos de deflación internacional. Incluso el Arancel va a perder toda su importancia como disuasor de la importación para ser reemplazado por un estricto racionamiento de las divisas y en mucha menor medida por un sistema de contingentes adoptado y aplicado siempre a regañadientes y con criterios amplios por la crasa contradicción que implicaba frente a los postulados liberalizadores y de buena voluntad internacional de la República. El viejo mito del mantenimiento del valor de nuestro signo monetario actuaba pues con fuerza condicionando tanto la política monetaria interna como imposibilitando la racionalización de nuestros intercambios con el exterior. A partir de la subida al poder de los partidos de derecha en noviembre de 1933, los planes internos de restricciones, sobre todo los de Chapaprieta luego, y nuestra informal pero estrictísima adhesión al desventurado bloque oro iba a acentuar todavía muchísimo más tales disfuncionalidades, simbolizadas por los ingentes retrasos acumulados por el COCM. Precisamente por tal vía había de conseguir entrar finalmente en España la deflación y la crisis internacional.

## LA POLÍTICA MONETARIA EN LOS AÑOS DE AZAÑA

El nuevo régimen fue recibido con escepticismo en el ambiente económico internacional. Amenazado por la crisis, jugando aún a la defensiva, la economía internacional no vivía momentos de júbilo a tales horas. El ambiente entre las



naciones iba haciéndose cada vez más dividido; como diría luego Myrdal, era el reino de la insolidaridad. La producción derrumbada, el comercio maltrecho y compartimentado progresivamente hasta la exasperación, los obreros en la calle, los gobiernos iban buscando cada cual su salida. Las formaciones sociales y políticas iban a evolucionar distintamente buscando cada una por su lado su recuperación. Y en todo ello anidaba ya el germen del enfrentamiento. España, escenario privilegiado de todas y cada una de las diferentes tendencias, iba a precederle en el camino. En las desconfianzas y en los recelos, en las luchas y en las negociaciones de unos españoles con otros, influyeron tanto los enconos heredados como el temor a las corrientes respectivamente enemigas en la escena internacional. Atacada por los nostálgicos y por los que rechazaban como una mera «democracia burguesa», la República no pudo ni siquiera contemplar el entendimiento entre quienes participaban en su juego político. Se quiso ver el totalitarismo hitleriano detras de Gil Robles, vetándolo, como se atacó por bolchevique a una conjunción republicano-socialista. Dentro de cada bando, la lucha llegaría también a ser total.

Como escribía Elli Linder en 1934, «El Gobierno republicano tuvo que vencer grandes dificultades en el terreno financiero durante los primeros meses que siguieron a la nueva organización del Estado. El extranjero se mostraba indeciso y a la expectativa ante la transformación operada en España, lo que fue causa de una (nueva) baja en el cambio. La peseta se hallaba en el mes de marzo, comparada con el dólar a 9,34 y el 23 de julio, a 10,35; en septiembre cae a 11,03, y en diciembre, a 11,90. En el interior del país se acentuó la huida de capitales iniciada desde la baja de la peseta, por miedo a una expropiación o a que la depreciación en el cambio tomase una extensión peligrosa. La suma de capitales que pasaron la frontera se calcula en 2.000 millones de pesetas. También se retiró dinero de las Cajas de Ahorro y de la Banca como una precaución, atesorándose en las arcas particulares»<sup>5</sup>. Prieto se dispuso por su parte a tomar rápidamente medidas, si bien podemos decir hoy que se vio preso de una contradicción singular.

Por una parte era heredero de los mitos que habían sido característicos de los últimos tiempos de la dictadura: la salvaguarda a ultranza del tipo de cambio como símbolo de la economía nacional. Por otra, recogía el compromiso moral y político que había adquirido al criticar la mayor parte de medidas económicas de los gobiernos monárquicos, desde los famosos déficit presupuestarios hasta la concertación de préstamos en el exterior. Ello le conduciría a adoptar una política financiera extremadamente ortodoxa intentando mantener

<sup>5</sup> Linder, Elli. *El Derecho Arancelario Español*. Ed. Bosch, Barcelona, 1934, pág. 137.



el tipo de cambio y practicando una línea de austeridad. Afortunadamente, sus logros en tal sentido no fueron al principio demasiado importantes, pues de otra forma hubiera ya penetrado hondamente en el país la crisis internacional. El mayor éxito en tales intentos de su sucesor en el Ministerio, Jaume Carner, iba a ser una de las causas principales de la depresión en que se hunde el país a partir del segundo semestre de 1932.

Dentro de la lógica de los acontecimientos antes mencionados, una de las primeras actuaciones de Indalecio Prieto desde el Ministerio de Hacienda fue la anulación del crédito que su predecesor, el líder de la Uliga Juan Ventosa, había concertado con la Banca Morgan por valor de 60 millones de dólares, criticado antes por el mismo Prieto desde la oposición. Pese a la labor estabilizadora de Wais y Ventosa, sin embargo, según datos de Fernando Eguidazu, quedaban todavía unos doce millones y medio de libras esterlinas de créditos a corto plazo pendientes contra España, fruto de las operaciones dobles a que había dado lugar el empréstito oro de 1929<sup>6</sup>. Como era difícil que ante la nueva situación se fueran a renovar, la acción de los bancos españoles intentando vender pesetas para adquirir las divisas con que saldarlos pesaba fuertemente sobre la cotización de la peseta. En su interés por sostenerla, pensando en la estabilización y en el crédito internacional de España, Prieto llegó a la convicción de que era preciso renegociar los préstamos a que acababa de renunciar. Entre abril y mayo se establecieron nuevos contactos con las Bancas Morgan y Mendelson, pero los desafortunados sucesos de la quema de conventos de 11 de mayo dieron al traste con la negociación.

A partir de ese momento se empieza a plantear una estrategia mucho más general que iba a cuajar en el denominado «Plan Carabias». Julio Carabias, gobernador del Banco de España, preparó, en efecto, junto a Indalecio Prieto un vasto plan de actuación, tanto en el exterior como en el interior. Se intentaba ir a través de él hacia un control de los precios mediante la restricción de la oferta monetaria al tiempo que se actuaba desde el exterior concertando créditos como fondo de maniobra con que estabilizar la peseta a su valor.

Según la opinión de Sardá, las finalidades del plan podrían sintetizarse de la siguiente forma<sup>7</sup>:

- a) Recogida de los dobles que subsistían en manos de extranjeros.
- b) Organización de una intervención constante en el cambio por el Centro Oficial de Contratación de Moneda. Para ello se disponía de las divisas que

<sup>6</sup> Eguidazu, Fernando, loc. cit., pág. 34.

<sup>7</sup> Sardá Dexeus, J., *La intervención monetaria y el comercio de divisas en España*. Barcelona, 1936, loc. cit., pág. 33.



representaba la masa de maniobra en oro aportada por mitad por el Banco de España y por el Tesoro.

c) Reducción automática de la circulación fiduciaria, en la proporción de un 200 por 100 de los billetes que se compraran a base de la intervención.

En su vertiente exterior, nacionalización de los dobles, el plan se llevó a efecto, solucionándose así por fin los problemas creados por el empréstito oro de 1929. Tal actuación no pudo reflejarse, sin embargo, en la cotización de la peseta, que siguió depreciándose (vid. gráfico núm. 1) hasta marzo de 1932 por el afortunado fracaso de la vertiente interior del plan.

En efecto, la política dellacionista no tuvo ninguna incidencia en el interior. Por una parte la política de Largo Caballero desde el Ministerio de Trabajo y Previsión —sobre todo con la constitución de los Jurados Mixtos el 12 de mayo, la concesión de la jornada de ocho horas del primero de julio y la Ley de Términos Municipales— llegaría a hacer doblar los salarios en menos de un año<sup>8</sup>. Estos aumentos salariales habrían de repercutir necesariamente sobre los precios. Por otra parte, además, la política monetaria que implicaba el Plan Carabias no pudo conseguir su objetivo de restricción.

Si bien se intentaba rendir la política monetaria interna a la estabilización de la peseta, a cuyo efecto se elevó el tipo de descuento del 6 al 6,5 por 100, la oferta monetaria no se llegó a contener. Tal tipo de interés, por otra parte, era el más alto que se estaba practicando en ningún país en tales momentos.

En general oscilaba en todos ellos entre el 2 y 3 por 100, excepto en Estados Unidos, donde ni siquiera llegaba a tales cifras en un intento de ayudar a la economía.

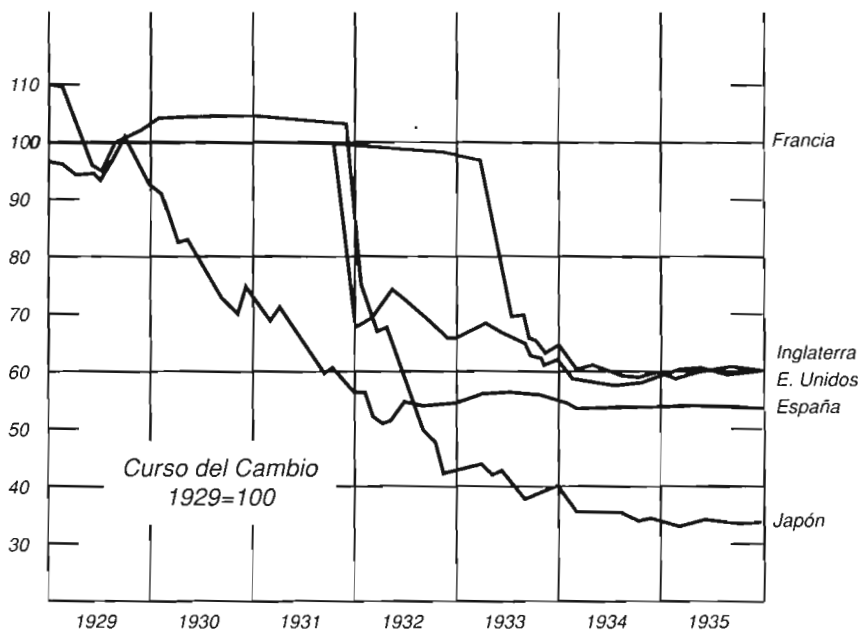
En el siguiente gráfico podemos contemplar la evolución de la masa monetaria en circulación durante estos años.

La persistencia en la expansión de la oferta monetaria hasta el último trimestre de 1931, a pesar de las directrices de la política del Ministerio, podemos explicárnosla por dos razones. En primer lugar, el Banco de España venía actuando como una entidad privada en la concesión de préstamos y descuentos y no podía desatender los múltiples compromisos de sus clientes en momentos tan delicados para la economía nacional e internacional. De tal forma, sus líneas de crédito y sus tenencias de valores comerciales habrían de expandirse necesariamente. El privilegio de emisión del Banco de España implicaba con ello una expansión de la circulación fiduciaria en el país.

<sup>8</sup> Jackson, Gabriel. *La República española y la guerra civil*. Ed. Grijalbo. Barcelona, 1976. págs. 87 y 88.



GRAFICO Nº 1



Fuente: Vandellós, *op. cit.* (1936)

Así pues, la oferta monetaria había aumentado en más de mil millones de pesetas desde junio de 1930 hasta agosto de 1931, pasando en tal período de 4.385,9 a 5.469 millones de pesetas, empezando únicamente a descender a partir de septiembre de este último año. La segunda razón que puede hacer comprensible tal incoherencia entre la política ministerial y la del Banco es la creciente oposición que fue surgiendo entre Indalecio Prieto y el Banco de España como consecuencia de la preparación de la Ley de Ordenación Bancaria, así como el hecho mismo de que, hasta la aprobación de la Ley, fuera tal entidad un Banco controlado por intereses privados y por tanto reacio al control ministerial. Con la aprobación de la Ley, el 16 de noviembre, el Banco caía ya mucho más fuertemente bajo la órbita ministerial, pero el enfrentamiento condujo asimismo a la degradación de Indalecio Prieto del Ministerio de Hacienda al de Obras Públicas en la remodelación del Gabinete del 16 de diciembre de 1931.

## BILLETES DEL BANCO DE ESPAÑA EN CIRCULACIÓN

Millones de pesetas

Junio 1930 .....	4.385,9
Julio .....	4.459
Septiembre .....	4.519
Diciembre .....	4.681,2
Marzo 1931 .....	4.467,9
Abril .....	4.814,5
Mayo .....	5.093,1
Junio .....	5.242,4
Agosto .....	5.469,0
Septiembre .....	5.120,5
Diciembre .....	4.957,7
Marzo 1932 .....	4.952,1

FUENTE: Banco de España. *Ritmo...* (1934).

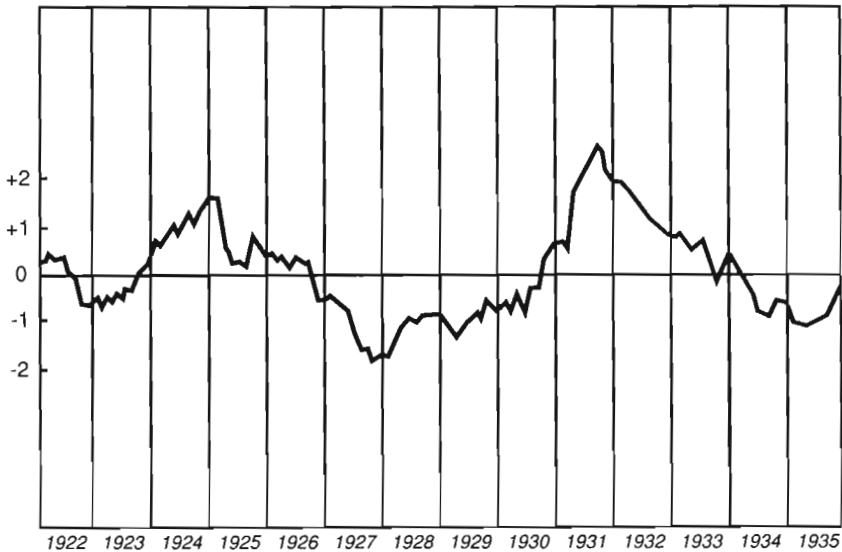
La Ley de Ordenación Bancaria, pieza clave para la prosecución de toda la política monetaria de la República, incidía profundamente en la independencia del Banco de España, iniciando un camino que, como ha señalado recientemente el profesor Sardá, había de conducir a la nacionalización del Banco, ya bajo el siguiente régimen<sup>9</sup>. A través de la Ley se perseguía hacer del Banco de España un verdadero banco central en el sistema financiero español. Para ello se ampliaba la representación de los intereses públicos en su Consejo de Administración; tres nuevos consejeros tendría una representación corporativa (Bancos, Consejo Superior de Cámaras y Corporaciones Agrícolas) y tres más representarían al Estado. Entre los nuevos consejeros figuraban Flores de Lemus, Agustín Viñuales y Gabriel Franco<sup>10</sup>. Aparte de otras medidas de control, los tipos de descuento y de interés deberían establecerse de acuerdo con el Ministerio de Hacienda, quien podría además, inspeccionar la contabilidad del Banco. Al tiempo, se proveía a una hipotética implantación del patrón oro y de la convertibilidad en un futuro propicio, que nunca se llegaría a materializar.

El sucesor de Prieto en el Ministerio de Hacienda, Jaume Carner, seguiría en su misma línea de actuación. Entra Carner en el Ministerio el 16 de diciembre y rápidamente empieza a desplegar una gran actividad. Su programa

<sup>9</sup> Sardá Dexeus, J., *El Banco de España (1931-1962)*, en *El Banco de España: Una historia económica*. Madrid, 1968, pág. 421.

<sup>10</sup> *Ibid.*

GRAFICO Nº 2



Movimiento cíclico mensual de los billetes en circulación, 1925 = 100.

Fuente: *Ibid.*

podría sintetizarse en la estabilización de la peseta y en las finanzas ortodoxas en el interior. El éxito y la honesta eficacia de su gestión iba a significar la peor medicina para la economía del país desde principios de 1932.

En primer lugar se consiguió contener la oferta monetaria, que iría cayendo a lo largo de su gestión. El tipo de descuento se mantuvo al 6,5 por 100 hasta octubre de 1932, intentando con todo ello mantener el tipo de cambio y atraer los capitales del exterior. Como habremos de ver, su política presupuestaria intentaría sin gran éxito ser también extremadamente ortodoxa.

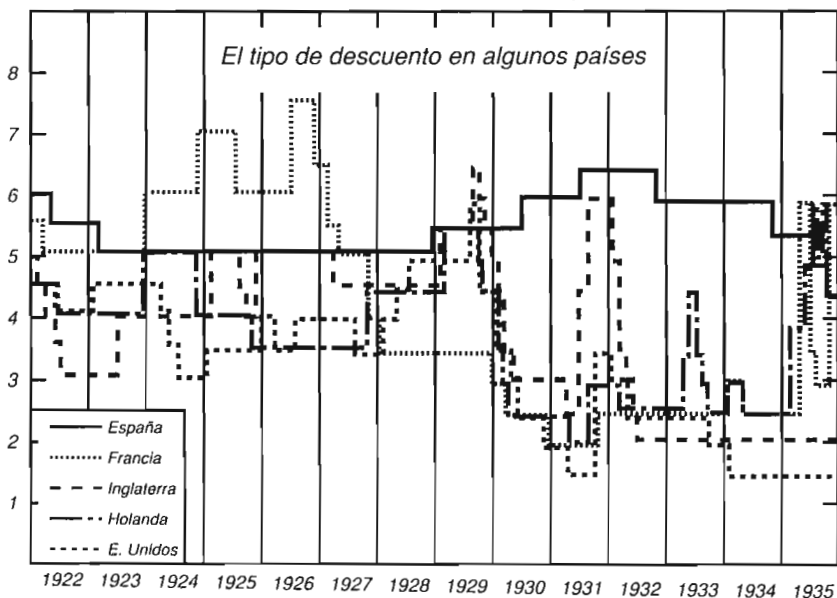
Es importante que nos demos cuenta de lo que todo ello representaba en tales momentos.

En cuanto al tipo de descuento, señalaba Vandellós<sup>11</sup> lo incomprensible que resultaba mantenerlo a unos niveles tan elevados en circunstancias tan difíciles para los productores españoles. Ello era tanto más así si tenemos en cuenta que era difícil pensar, dadas las condiciones económicas y políticas

<sup>11</sup> Valdellós, J. A., *El porvenir del cambio de la peseta*. Barcelona, 1936. Reed. 1974, pág. 98.

internacionales, que España pudiera convertirse en un refugio de grandes masas de capital.

GRAFICO Nº 3  
El tipo de descuento en algunos países



Fuente: Vandellós, *op. cit.* (1936).

En el gráfico número 3 podemos observar lo distanciado que se encuentra el tipo de descuento del Banco de España del aplicado en otros países. Además, puede observarse también la absoluta falta de elasticidad de nuestros tipos de interés respecto de la coyuntura. Puede afirmarse que desde esa vertiente, suministro de dinero barato, bien poca cosa se hizo por nuestra economía.

Por lo que hace referencia a la oferta monetaria, hemos de ver que el fenómeno era tanto más grave por cuanto los precios cayeron en España mucho menos que en el exterior. En términos reales, pues, la masa monetaria sufrió comparativamente en España una contracción mucho mayor de lo que a primera vista pudiera parecer, todo y con ser ya importante la contracción comparada en términos absolutos.

Visto desde esta luz, adquieren tonos mucho más dramáticos las palabras de Sardá cuando nos dice, comparando únicamente en términos absolutos,

que «de hecho, nos hallamos ante una política monetaria extremadamente deflacionista. Sin duda, esta política fue uno de los coadyuvantes del malestar social de la época y quizás de la guerra civil de 1936»<sup>12</sup>.

Con tal tipo de prácticas y la marcha de los negocios debida a la caída en la exportación, que luego habremos de analizar, los precios empezaron finalmente a descender a partir de la primavera de 1932. Los precios descendieron poco en España por comparación a la gran deflación exterior, pero es interesante destacar que nuestro peor año de depresión, 1933, coincide con el único período en que nuestros precios sufren una fuerte caída, de muy cerca de un 10 por 100 desde abril de 1932 hasta el verano de 1933.

Llegados a este estadio tenemos varios puntos realmente importantes que conviene a toda costa destacar:

1. Los precios, contrariamente a lo que sucedía en la mayor parte de los países, no empezaron a caer en España hasta la primavera de 1932.

2. La caída deflacionista española es en cualquier caso muy inferior a la que tiene lugar en la escena internacional. Mientras en España han perdido los precios en 1933 un 5 por 100 de su valor de 1929, en el resto de países han llegado ya a perder hasta un 30 y un 40 por 100 de su correspondiente valor en tal año base (vid. gráfico núm. 4).

3. Debe tenerse en cuenta para el caso de España que la coyuntura deflacionista, fuertemente empujada por la política monetaria, se combina para el sector privado con un fuerte incremento en los costes salariales de las empresas. Este factor implica que los efectos devastadores de la deflación podrían haber sido bastante más graves de lo que indica puramente su índice numérico, al menos hasta que la renta real distribuida (acrecentada por la deflación) condujera a un tirón de la demanda.

4. El factor expansivo de la renta real distribuida difícilmente podía alcanzar en un corto período a los sectores básicos, que fueron —junto con los exportadores— los que más sufrieron la Depresión.

5. La evolución del tipo de cambio era determinante al analizar la coyuntura de nuestros precios en su engarce con el exterior.

Según los datos recopilados por el Servicio de Estudios del Banco de España en su ya mencionado estudio de 1934, la evolución del índice general de precios comparativamente en España y en Estados Unidos había sido concretamente la siguiente<sup>13</sup>:

<sup>12</sup> Sardá, J., «El Banco de España...», loc. cit., pág. 424.

<sup>13</sup> Banco de España, Servicio de Estudios. *Ritmo de la crisis económica española en relación con la mundial*. Madrid, 1934, págs. 5-11.

ÍNDICE GENERAL DE PRECIOS

(Base octubre 1929)

		USA	ESPAÑA
1928.	Enero .....	100,0	95,5
	Abril .....	101,1	96,5
	Julio .....	102,1	95,3
	Octubre .....	101,5	101,2
1929.	Enero .....	100,9	99,4
	Abril .....	100,5	102,2
	Julio .....	101,8	98,7
	Octubre .....	100,0	100,0
1930.	Enero .....	96,1	100,9
	Abril .....	93,5	100,6
	Julio .....	87,6	99,1
	Octubre .....	86,2	102,4
1931.	Enero .....	80,0	101,3
	Abril .....	77,7	100,1
	Julio .....	74,8	100,8
	Septiembre .....	73,0	101,2
1932.	Enero .....	69,9	101,6
	Abril .....	68,0	104,8
	Julio .....	66,9	99,0
	Septiembre .....	66,9	97,3
1933.	Enero .....	63,3	98,4
	Abril .....	62,7	95,3
	Julio .....	71,5	95,2
	Septiembre .....	73,9	95,2
1934.	Enero .....	75,0	98,2

De los datos expuestos se desprende pues claramente la diferencia que separaba la evolución de los precios en España de la que se estaba produciendo en el exterior. Queda perfectamente claro que, como señalábamos en nuestros dos primeros puntos anteriores, la deflación llegó tarde y tuvo poca intensidad en España. Como el propio Olegario Fernández Baños señalaba en 1934, «si se

midieran las fases de un ciclo por las variaciones de los índices de precios, resultaría que en España no ha habido crisis»<sup>14</sup>.

Esta opinión, que ha sido la mantenida tradicionalmente por los autores que se han ocupado del tema, debe ser sin embargo tomada con mucho cuidado al ponerla en relación con los puntos 3º, 4º y 5º señalados anteriormente, lo cual significa un profundo cambio de perspectiva.

En efecto, protegidos por la caída del valor internacional de la peseta hasta la primavera de 1932, difícilmente podían verse los precios españoles influidos por la deflación internacional. La depreciación, como se ha señalado, constituía una barrera proteccionista más fuerte que ningún arancel, con lo que el exceso de capacidad de la economía internacional difícilmente podía dañar nuestra producción interior. Pero lo que resulta importante es que la deflación empieza a introducirse en España, gracias a la política de un Gobierno animado por la mejor buena fe, precisamente en el momento en que, por una serie de circunstancias sociopolíticas, los costes salariales de las empresas empiezan a subir con intensidad. El volumen de paro engendrado en tal sentido, a pesar de la pobreza de datos existentes, pudo ser de una importancia vital. Según las estadísticas disponibles, en julio de 1933 existían ya en España unos 500.000 obreros sin trabajo<sup>15</sup>, y la cifra iba a seguir en aumento hasta alcanzar los 800.000 en la primera mitad de 1936<sup>16</sup>. Lo que resultaba absolutamente incongruente era desasistir la política fuertemente alcista —hasta septiembre de 1933— practicada en la vertiente de la política laboral y salarial, a través de una política monetaria abiertamente deflacionaria. En epígrafes subsiguientes habremos de analizar la incidencia diferencial que ello pudo tener en los distintos sectores, contemplando la evolución de su producción y la estructura de los precios relativos. Permítasenos adelantar sin embargo que los sectores de bienes de consumo sufrieron al principio, por el mecanismo señalado en el punto número 4, mucho menos que los sectores básicos y los de exportación a causa del mantenimiento de la demanda interna. Por el contrario, tales sectores de bienes de consumo empezaron a sufrir la depresión a partir de las elecciones de 1933, cuando los nuevos gobiernos, además de seguir practicando una política monetaria restrictiva, cambiaron radicalmente el signo de la práctica laboral.

<sup>14</sup> Fernández Baños, Olegario, *La crisis económica española en relación con la mundial*. En *El Financiero*, núm. 1718, Madrid, mayo de 1934, págs. 646 y sgs. Reproducción de ICE, agosto 1962, pág. 89.

<sup>15</sup> Ministerio de Trabajo y Previsión Social. *Estadística del paro involuntario en el segundo semestre de 1933*. Madrid, 1933.

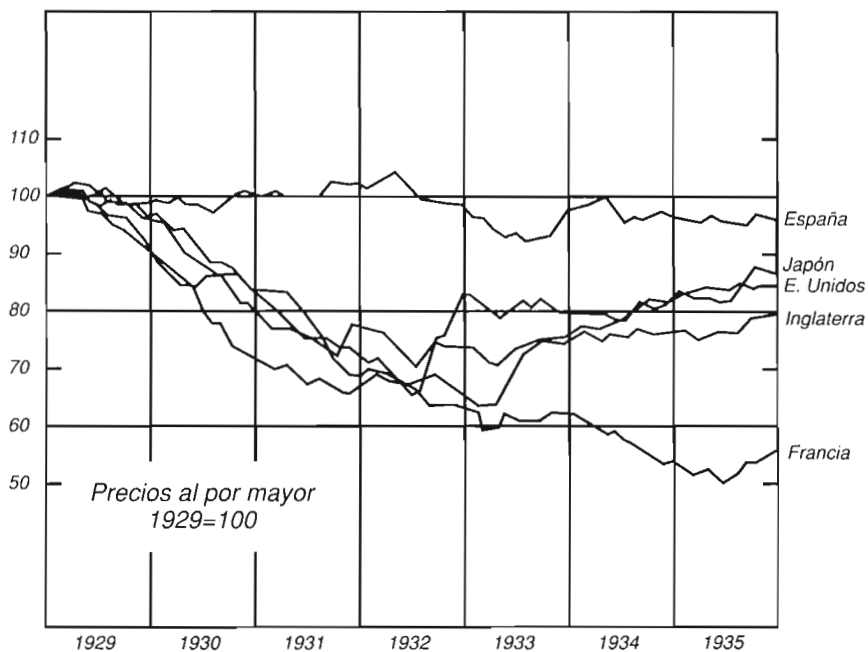
<sup>16</sup> Ministerio de Trabajo y Previsión Social. Boletín. Febrero de 1936, pág. 239.





En nuestra conexión con el exterior, como señalábamos en el punto 5º, la evolución del tipo de cambio resultaba determinante. En un epígrafe subsiguiente analizaremos en detalle el comportamiento de nuestra balanza comercial. Lo que nos interesa aquí es calificar adecuadamente la afirmación corriente de que la continua depreciación de la peseta fue lo que impidió la entrada en España de la crisis internacional. Ello fue así, en efecto, hasta la primavera de 1932 en que tuvimos precios al alza (véase gráfico nº 4) sostenidos y aislados de la deflación internacional por la continua depreciación de la peseta. Sucede sin embargo que a partir de esta fecha, al tiempo que se consigue llevar a la práctica una política monetaria de signo deflacionista, las exitosas operaciones de saneamiento exterior de la peseta se combinan con los resultados de tal política y se logra por fin estabilizar el valor en términos oro de nuestra divisa.

GRAFICO Nº 4



Precios al por mayor, 1929 = 100.

Fuente: *Ibid.*

El único problema consiste en que, después de la larga lucha por la estabilización, que duraba desde 1927-28, logramos detener al fin la desvalori-

zación de la peseta en el momento en que Inglaterra había abandonado ya aparatosamente el patrón oro en septiembre de 1931 y se iniciaba la guerra de las devaluaciones competitivas. La libra había llegado a perder más de un 30 por 100 de su valor en los cuatro meses siguientes al abandono del patrón oro. El dólar abandonaría legalmente tal patrón en enero de 1934 después de una todavía más fuerte depreciación que se iniciaría en los primeros meses de 1933. Y de ahí el componente exterior de nuestra deflación.

Desde el dictamen de la Comisión del Patrón Oro, y de acuerdo con las enseñanzas de Flores de Lemus, sabemos que la interacción entre nuestro tipo de cambio y el nivel de precios internos es recíproca<sup>17</sup>. Ello implica que la estabilización del valor oro de la peseta, fruto en parte de nuestra propia estabilidad de precios, en un momento en que las principales monedas internacionales se estaban depreciando había de incidir a su vez sobre nuestro nivel de precios internos en sentido deflacionario. El apoyo a nuestra economía proporcionado por la continua baja de la peseta se agotaba pues en el momento en que más falta le hubiera hecho.

Podría argumentarse, olvidando otros factores, que una vez nacionalizadas las posiciones a corto plazo contra la peseta que había detentado en el extranjero el Plan Carabias, la estabilidad de nuestra divisa no era más que el fruto de nuestra estabilidad interna de precios. Nada más lejos de la realidad pues, como habremos de ver, la revalorización de la peseta en términos de dólares y de libras condujo a una persistencia de valores importantes de nuestro déficit comercial. A la incidencia de este déficit comercial había que añadir además la que representaron las salidas de capital español, sobre todo en 1931, que Elli Linder valoraba como vimos en 2.000 millones de pesetas, y la detención de la corriente de remesas de divisas por parte de los emigrantes españoles a causa de la crisis internacional<sup>18</sup>. Hoy sabemos, por la publicación de las Balanzas de Pagos elaboradas por Francisco Jainaga desde el Servicio de Estudios del Banco de España en esos años, que las remesas de emigrantes pasaron de 64,45 millones de dólares en 1932 a 52,14 en 1933 y a 39,99 en 1934<sup>19</sup>. El importante déficit que estos tres factores introducían en nuestra Balanza de Pagos implicaba que el mantenimiento de nuestro tipo de cambio era totalmente artificial.

<sup>17</sup> *Dictamen de la Comisión nombrada por Real Orden de 9 de enero de 1929 para el estudio de la implantación del patrón oro*. Madrid, 1929. ICE, febrero 1963, pág. 55 in fine.

<sup>18</sup> Valdellós, J. A., *El porvenir del cambio...*, loc. cit., pág. 72.

<sup>19</sup> Chamorro, Santiago, y Morales, Remedios, *Las balanzas de pagos de Francisco Jainaga*. ICE, marzo 1976, núm. 511, págs. 107 y ss.



En efecto, aparte de las medidas de política comercial que fueron colapsando y enmarañando el sistema de intercambios internacionales en tales años, las restricciones en los pagos fueron un factor importante no sólo en las dificultades de nuestro comercio exterior, sino en el mantenimiento de nuestro cambio. Confrontado a la persistente insuficiencia de nuestros ingresos para hacer frente a los pagos al exterior, el Centro Oficial de Contratación de Moneda, en su intento de mantener la cotización de la peseta, fue adoptando simplemente lo que Finzig llamaba el «mañana standard»<sup>20</sup>. Se trataba de aplicar el viejo sistema del cajón al efecto de retrasar sistemáticamente el pago a nuestros proveedores extranjeros. Con ello se evitaba que nuestro déficit comercial gravitara como debía sobre la cotización de la peseta, retrasando el problema. J.A. Vandellós calculaba que por tal procedimiento se habían acumulado ya en 1935 de 500 a 700 millones de pesetas en deudas por pagar<sup>21</sup>. Traducida en pesetas-oro, tal cantidad venía a representar una cifra semejante a la del déficit comercial de España en todo un año. La restricción en la adjudicación de divisas por el COCM al solicitar las importaciones era un arma de mayor fuerza todavía que el «mañana standard».

Todo este tipo de medidas evidenciaban, pues, una voluntad decidida de mantener un mito heredado ya de la política de los gobiernos monárquicos: la defensa del valor exterior de la peseta. Podemos concluir por tanto en este punto que en España vivimos durante estos años una verdadera paradoja. Mientras que el resto de países se vieron sorprendidos por el estallido de la crisis de 1929 en medio de una política de disciplina monetaria ligada al patrón oro, sobre todo en Inglaterra, Francia y USA, España pudo mantenerse al margen de la presión deflacionista internacional principalmente gracias a los fracasos de sus gobiernos en el establecimiento de tal tipo de disciplina. Parece claro que si, como afirmaba Galbraith con evidente exageración, «los economistas y todos aquellos que ofrecían consejo económico durante los últimos años veinte y primeros treinta eran fundamentalmente malos economistas y perversos consejeros» y que «en los meses y años siguientes al crack... los honorables consejeros económicos de los profesionales cargaron su orientación hacia el tipo de medidas más apropiadas para empeorar las cosas»<sup>22</sup>. España, precisamente por el fracaso en el seguimiento de tales consejos, pudo zafarse al principio de la debacle general. Por el contrario, el momento en que España empieza a tener éxito en la aplicación de lo que Galbraith llamaba «el triunfo

<sup>20</sup> Citado por J. Sardá: La intervención monetaria..., loc. cit., pág. 103.

<sup>21</sup> Vandellós, J. A., loc. cit., pág. 11.

<sup>22</sup> Galbraith, J. K., *El crack del 29*. Ed. esp. Ariel. Barcelona. 1976.



del dogma sobre el pensamiento», coincide con el punto a partir del cual empieza a penetrar en España la recesión más allá de los sectores básicos y de exportación. La política seguida sería peor todavía a partir de principios de 1934 al ligarse la peseta al franco francés y al «bloque oro» en general.



# El joven Azaña (1880-1910)

VICENTE ALBERTO SERRANO



Este trabajo abrió el Coloquio Internacional que con el título: *Manuel Azaña et son temps*, se celebró en Montauban del 2 al 5 de de noviembre de 1990, organizado por el Centre National de la Recherche Scientifique y la villa de Montauban, en colaboración con la La Casa de Velázquez y la Universidad de Toulouse-Le Mirail, entre otras instituciones.

Próximamente el Centro Nacional de Investigación Científica y la ciudad de Montauban, publicarán en francés la totalidad de las ponencias presentadas por: Francisco Villacorta, Jesús Ferrer Solá, Manuel Suárez Cortina, Eduardo Espín, Jean-Michel Desvois, Enrique del Moral, Enrique de Rivas, José María Marco, Antonio Elorza, Manuel Aragón, Michael Alpert, Carlos Barciela, Marta Bizcarrondo, Juan Marichal, Joseph Pérez, Jorge Semprún, Paul Aubert, Pierre Broué, Feliciano Paez-Camino, Santos Juliá, Julio Arostegui, Luigi Paselli, Florence Belmonte, Carlos Serrano y Manuel Tuñón de Lara.

Esperemos que tras la generosa producción de este obra, el Ayuntamiento de Alcalá continúe su encomiable iniciativa con la publicación en castellano de aquel volumen que consideramos necesariamente complementario de éste.



EL 10 de enero de 1880, el diario vespertino *La Correspondencia de Alcalá*, publicaba en su página tercera la noticia del nacimiento, ese mismo día a las once y media de la mañana, del segundo hijo de don Esteban Azaña, alcalde de la ciudad, y de doña Josefa Díaz-Gallo, quien, según se comentaba en la nota: *Se encontraba en perfecto estado de salud, al igual que el recién nacido al que pondrían el nombre de Manuel*<sup>1</sup>.

*La Correspondencia de Alcalá* fue un periódico editado en cuarto que, con pretensión de diario vespertino, tuvo una efímera existencia; había comenzado a publicarse a finales del año anterior y apenas si llegó a cumplir dos meses pero, como anécdota, recogió al menos la nota informativa del nacimiento de Manuel Azaña Díaz. Fue un intento más de la época<sup>2</sup> por querer establecer en Alcalá una prensa periódica que había conocido su primer antecedente el 5 de marzo de 1871, con la aparición de *El Porvenir Complutense*, que paradójicamente se imprimía en Madrid y llegó a publicar trece números; de él comentaba Esteban Azaña en su *Historia de Alcalá* que: *trataba con mucho tino algunas cuestiones filosóficas*<sup>3</sup>.

---

<sup>1</sup> *La Correspondencia de Alcalá*, nº 70, 10-1-1880.

<sup>2</sup> «En España comenzaron a hacer su aparición periodiquitos humildes que aparecían con la misma rapidez con que se extinguían; muchas veces surgidos de los talleres de imprentas modestas, pero que lograban captar y polarizar el sentimiento popular, dando expresión a sus protestas y burlándose donosamente de la arrogancia de los poderosos». Iris M. Zavala, *Románticos y socialistas. Prensa española del XIX*, Madrid, 1972.

<sup>3</sup> Esteban Azaña, *Historia de Alcalá de Henares*, Alcalá, 1882.



Alcalá de Henares había perdido definitivamente su Universidad por una Real Orden de 29 de octubre de 1836, que disponía el inmediato traslado a Madrid de las Facultades de Leyes y Cánones, quedando aún en la ciudad las de Teología y Filosofía, que se trasladarán al año siguiente. Esteban Azaña lo narra así:

*«El año 1836 cerró sus puertas la Universidad de Cisneros, y tras ella los colegios, los pupilajes, y desiertos los claustros de los edificios de enseñanza, fuéronse tras de la gente estudiosa, tras de la gente escolar, numerosas familias, quedando muchas que de los estudiantes vivían, casi en la indigencia; las casas a tres y a cuatro seguidas veíanse cerradas en muchos trechos de sus calles, la miseria se enseñoreaba de Alcalá; por otra parte, los conventos de frailes no abrigan dentro de sus claustros a sus respetables comunidades que habían sido expulsadas. El estado de ruina de Alcalá, en cuyas calles crecía la yerba como en el campo, cuyo sombrío y triste aspecto, al que contribuían la soledad de sus edificios, daban a la ciudad el tinte de un pueblo encantado; por doquiera ruinas, por doquiera edificios abandonados y casas destaraladas, hacían predecir la despoblación de Alcalá, o cuando menos su reducción a la extensión de una pequeña villa».*<sup>4</sup>

En 1843 se suprimieron, asimismo, los Colegios Menores, y en 1846 la Junta de Centralización de la Instrucción Pública saca a subasta todos los edificios centrales de la Universidad; que por la cantidad de 70.000 reales, pasan a un particular que proyectaba demoler el conjunto para construirse una quinta.

*«Afortunadamente, el vecindario de Alcalá – escribe Jiménez Fraud— que a falta de conciencia histórica en la clase directora y gobernante, sintió la afrenta moral, se alborotó en masa, invadió la capilla de la Universidad, sacó los restos del gran Jiménez de Cisneros para trasladarlos a la Magistral de San Justo y devolvió al comprador los mil duros que había dado por los edificios»*<sup>5</sup>.

El 12 de enero de 1851 se aprueban por unanimidad las bases de la Sociedad de Condueños<sup>6</sup>; redactadas por Gregorio Azaña, escribano de número de la ciudad, determinaban los derechos y obligaciones de aquellos suscriptores que, a razón de acciones de 100 reales, se habían convertido en los garantes de la conservación del patrimonio cultural alcalaíno.

A lo largo de los años siguientes, el nombre de Gregorio Azaña, abuelo de don Manuel, escribano y notario, aparecerá una y otra vez como miembro de

<sup>4</sup> Ibid.

<sup>5</sup> Alberto Jiménez Fraud, *Historia de la Universidad española*, Madrid, 1971.

<sup>6</sup> Fco. Javier García Gutiérrez, *La sociedad de condueños*, Alcalá, 1986.





la Junta Directiva en las actas de una Sociedad de Condueños, que reivindica constantemente, pero sin éxito, la restitución de la Universidad a la ciudad.

En 1860, Gregorio Azaña, que ejerce el cargo de Secretario de la Junta Directiva, recibe una carta del Maestro de Novicios de las Escuelas Pías de Madrid con el proyecto de implantar en el edificio de la Universidad un colegio de escolapios; la Sociedad cede el edificio gratuitamente y en octubre de 1861 comienzan a impartir clases. Gregorio Azaña, a pesar de su probado liberalismo, no duda en enviar a su hijo Esteban, que formará parte de los primeros alumnos del colegio, junto a Manuel Ibarra y otros conocidos apellidos, protagonistas, pocos años más tarde, de la vida política de la ciudad.

Las décadas siguientes asistirán a una decadencia paulatina, despoblación y empobrecimiento que ni siquiera la Sociedad de Condueños podrá evitar, a pesar de su buena voluntad por recuperar la tradición perdida. Tradición que, por otro lado, interesa a una sociedad constituida, como es lógico, por muchos de aquellos que se fueron beneficiando de la desamortización, incluida la familia Azaña.

Esteban Azaña, a pesar de ser Alcalde de la ciudad, describe la situación con tintes sombríos y pesimistas:

*«Mas los pueblos grandes tardan mucho en morir, y así Alcalá, tomando, un nuevo rumbo, revivió por decirlo así, pero cambiando de faz completamente, tanto en su aspecto material como en el gusto, inclinaciones, costumbres y educación de sus habitantes. Influyen en esta transformación, a no dudar, la vecindad de la tropa en 1840 y el establecimiento penal de hombres y mujeres; aquélla con su despreocupación y éstas con la desmoralización de gran número de familias que, atraídas por los seres que de ellas tienen la desgracia de habitar tan tristes mansiones, pululan y se hacen vecinos de nuestra ciudad; y así no creemos aventurar mucho asegurando que de pueblo levítico se ha convertido en pueblo algo incrédulo y por demás indiferente; y de aquella ciudad de la cortesía, en la ciudad de doblez y falsedad, porque aunque parece fuerte el calificativo, el carácter dominante del pueblo en la época presente, más tiene de falso que de franco»<sup>7</sup>.*

Éste podría ser un esbozo del telón de fondo que va a enmarcar el nacimiento y la infancia de Manuel Azaña. En 1880, Alcalá se ha convertido en un poblachón manchego que vive mirando receloso a la agricultura, contemplando el paso de la milicia o el clero y soñando con aquel pasado glorioso que les deparó la Universidad, del que sólo les queda el decorado. Al menos conservan una partida de bautismo que confirma que allí nació Cervantes.

<sup>7</sup> Esteban Azaña, *op. cit.*



Desde su cargo de Alcalde, Esteban Azaña ha logrado un año antes erigir un monumento al autor de El Quijote, granjeándose así, una vez más, las simpatías de un pueblo que se consideraba copartícipe de la obra cervantina.

En el momento que aparecía la noticia del nacimiento de Manuel Azaña en *La Correspondencia de Alcalá*, este diario compartía las labores en la información con un semanario titulado *La cuna de Cervantes*, en el obsesivo afán de su director por demostrar semana a semana que Alcalá y sólo Alcalá era la auténtica patria del Príncipe de los Ingenios; cada nuevo número, portada e interior, aparecía inundado de grabados alegóricos cervantinos como logotipos de garantía de que aquella era la patria de Don Miguel. Curiosamente será en este periódico donde aparecerá por segunda vez el nombre de Azaña en letra impresa, al dar noticia de que: «los alumnos del Colegio Complutense de San Justo y Pastor, establecido en la calle de Escritorios, han obtenido brillantísimos resultados en los exámenes de fin de curso verificados en el Instituto Cardenal Cisneros de Madrid, destacando a Manuel Azaña y Díaz que ha obtenido el Segundo Premio Extraordinario»<sup>8</sup>.

Los años ochenta del pasado siglo conocieron en Alcalá una profusión insólita de publicaciones; junto a *La Correspondencia de Alcalá* y *La Cuna de Cervantes*, se publicaba asimismo *El Heraldo Complutense*, no muy del gusto del padre de Azaña, porque, según él:

«...a pesar de estar bien escrito se fue convirtiendo poco a poco en censor de la municipalidad y en campo de agramante para deponer en sus columnas los odios del lugar»<sup>9</sup>

Tanta profusión de prensa era como un absurdo espejismo para una población que no alcanzaba los diez mil habitantes. Años más tarde, Manuel Azaña, evocando aquella imagen de espejismo cultural, escribirá en *El Jardín de los Frailes*:

«Restos de la tradición literaria complutense aleteaban en mi pueblo al declinar el siglo diez y nueve, juristas viejos, imbuidos de humanidades; algún hidalgo desvenecado, sin dos adarnes de meollo, recitador de Horacio; labradores ricos que empezaban en su mocedad a cursar "estudios mayores", escribas de la curia toledana; y un canónigo, el último catedrático de la Universidad, que murió de un atracón de sandía..., mantuvieron en Alcalá el culto fervoroso de los antepasados. No vivían en su tiempo; el mundo no rodaba desde el día mismo que la Universidad de Cisneros se cerró»<sup>10</sup>.

<sup>8</sup> *La Cuna de Cervantes*, Junio 1903.

<sup>9</sup> Esteban Azaña, *op. cit.*

<sup>10</sup> Manuel Azaña, *El Jardín de los Frailes*, Madrid, 1927.



Es posible que la infancia de Manuel Azaña se cerrase bruscamente el 10 de enero de 1890, cuando cumplía diez años y moría su padre, consumando un encadenamiento de muertes que, en poco tiempo, había hecho desaparecer del triste caserón de la calle de la Imagen a su madre, a su abuelo Gregorio y ahora a don Esteban, con el epílogo siniestro protagonizado por el Padre Lecanda, que se empeñó en casarlo un mes antes «in extremis», obsesionado por legalizar y cristianizar la situación de amancebamiento con Jesusa Vicario.

*«Aridez, turbulenta grosería en el colegio, lóbrega orfandad en casa. Un espíritu tierno, como de niño, ambicioso de amor, empieza luego a tejer un capullo donde encerrarse con lo mejor de su vida. Con todas esas apetencias, generosas o no pero fervientes, que el mundo desconoce o pisotea»*<sup>11</sup>.

Doña Concha, la abuela, pretende sustituir la autoridad paterna en momentos de inevitable decadencia; y también un tío materno: *«muy católico, muy genial y bastante loco—escribe Giménez Caballero— que se propone a todo trance deshacer el “artículo mortis” fatídico, revolviendo Roma con Santiago (vivía en la calle Santiago, y apeló a Roma) y trayendo como consecuencia una evaporación del patrimonio de los huérfanos en legajos y tribunales»*<sup>12</sup>. Un fuerte sentido religioso matriarcal domina la atmósfera enrarecida, madurando una infancia introvertida, repleta de preguntas sin respuestas inmediatas que producen el desbordamiento de su fantasía, a lo que contribuye la biblioteca del abuelo. Las novelas de Verne, Reid y Cooper le arrastran hacia un deseo de aventuras furiosas. Desde la calmosa y realista Alcalá, él despliega las alas de una insólita imaginación que le hace soñar con una vida errante; desde el centro de esta caprichosa estribación de La Mancha, que es su ciudad, a pocos kilómetros de Meco, el pueblo más distante de cualquier costa española, él sueña con el mar:

*«Amaba apasionadamente el mar la primera vez que me asomé al Cantábrico y vi un barco de verdad, casi desfallecí de gozo. me sucedía lo que a los niños de ahora les ocurre con el cine: ellos quieren ser Fantomas como yo quise ser el Capitán Nemo»*<sup>13</sup>.

En 1893 marchará como becario al Real Colegio de Estudios Superiores de El Escorial. Alejado del ambiente extraño y represivo que se respira en la calle de la Imagen, esos cuatro años de internado supondrán para él un ejercicio de libertad. Volverá a Alcalá cada verano, paréntesis luminoso. La peña de

<sup>11</sup> Ibid.

<sup>12</sup> Ernesto Giménez Caballero, *Manuel Azaña (Profecías Españolas)*, Madrid, 1974.

<sup>13</sup> Manuel Azaña, *op. cit.*



sinceros amigos, entre los que se encuentra el inseparable José María Vicario, le pondrán al tanto de las pocas novedades que se han producido en ese pueblo hacia el que ha alimentado, desde la distancia, una profunda dualidad de amor y odio. «Vive» intensamente la ciudad con sus ritos y tradiciones veraniegas, diversión para señoritos entre la apatía general; va a los toros, las ferias, las romerías, y es asiduo a las tertulias noctámbulas del café de Andrés Hidalgo o de «Salinas» en la Plaza Mayor. Los paseos por el Chorrillo, el Val, el Camino de la Estación o la Fuente del Cura, le ayudarán a recrear una geografía literaria que años más tarde, en prosa cálida y sensual se desbordará por entre las páginas de *El Jardín de los Frailes* como destellos velazqueños enredados a los jirones de su intimidad. Más tarde, en *Fresdeval*, novela inacabada, aparecerá esa misma geografía, pero esta vez repleta de claves y guiños en un esbozado intento de crear un microcosmos literario de su ciudad natal <sup>14</sup>.

Del último año en El Escorial escribe Azaña:

*«Al empezar el curso, habían fundado un periódico, intento bienquisto de los frailes, gozosos de traer la educación en el pie más moderno. Caballos, teatro, velódromo, un frontón, el Foot-ball naciente, en fin, la prensa. Dieron a la redacción una celda vacía y a los redactores algunas dispensas en el horario. Me ensucié las manos y la ropa en el gobierno de las tiradas, pero no la conciencia literaria, todavía informe, escribiendo artículos»* <sup>15</sup>.

Sin embargo, meses más tarde, Manuel Azaña incia su «carrera» literaria y periodística a través de *Brisas del Henares*, antes había abandonado definitivamente El Escorial sin acabar el curso. La fiebre por la letra impresa, las revistas ilustradas o los periodiquillos humildes que contempló la infancia de Azaña, hará mella también en él, convirtiéndose en una de sus principales motivaciones en los oscuros años de juventud.

Orgulloso, se deja retratar, posando junto a todos los redactores de *Brisas*, aquellos que firmaban en el primer número de la revista «festivo-literaria» un editorial repleto de buenas intenciones:

*«Los pueblos necesitan órganos que reflejen sus ideas, sentimientos y voliciones; necesitan decididos defensores de sus intereses locales, que cuenten con las suficientes energías para oponer diques de contención a los abusos de gobiernos arbitrarios y que levanten sus voces justas allí donde aparezcan las vejaciones que esquilman los pueblos. Piden, también, fuentes de enseñanza cuyas aguas puedan apagar la ardorosa sed que siente toda el alma que haya gustado la educación y*

<sup>14</sup> Véase la introducción de José María Marco a *Fresdeval*. Valencia, 1987.

<sup>15</sup> Manuel Azaña, *op. cit.*

*paladeado esos múltiples medios destinados a la instrucción de la humanidad. Todas estas necesidades trataremos de satisfacerlas desde nuestro periódico»*<sup>16</sup>

*Brisas del Henares* apareció por primera vez el 2 de septiembre de 1897, tenía carácter decenal y llegó a alcanzar hasta veinte números. Agazapados bajo los seudónimos de «El Vicario de Durón», «Colorín Colorao» y «Salvador Rodrigo»: José María Vicario, Joaquín Creagh y Manuel Azaña trataban de fustigar la sociedad alcaláina con unos artículos de excesivo color local y humor provinciano que apenas tenían algo que ver con los buenos propósitos del editorial inicial. Los temas se repiten: una especie de obsesión por la lentitud en las obras del kiosko de la Plaza Mayor, el continuo comentario al aburrimiento generalizado que siempre se respira en la ciudad, el carnaval como uno de los temas más queridos. Cronistas de sociedad y firmando con sus nombres, Manolito A. y Pepito V., se recrean en describir minuciosamente los disfraces de las señoritas de la buena sociedad: «*La señorita de Muñoz (Anita) aparecía disfrazada de Arlequín luciendo un hermosísimo traje, se nos escapa la pluma, guapísima y sin rivales*», seguía después una interminable lista, suponemos que de beldades del momento, con detallada descripción de sus atuendos, para terminar: «*Tal fue el conjunto de bellezas, el manojo de hermosuras que desfilaron por este baile cuyo recuerdo será imperecedero*».

Se completan, además, las páginas de la revista con relatos de ficción, como el titulado: «Un Sueño» con ciertos toques becquerianos que, firmado por *Salvador Rodrigo*, es definitorio en extremo de los afanes del joven Azaña de los diecisiete años; a él, a *Salvador Rodrigo*, al héroe de la ficción, se le aparece en la noche de difuntos, con melancólicas notas de un órgano al fondo, un espíritu que contesta así a sus preguntas:

*«Yo soy la diosa protectora de los que avivan la belleza artística sea su forma cual fuere. Yo soy la que impulso a aquellos que ganosos de conquistarse un nombre y un puesto en el campo de las letras, avanzan resueltos por el camino que a él conduce sin reparar en obstáculos ni en advertencias inoportunas; yo soy la protectora de aquellos que aspiran a subir al Parnaso despreciando las risas de envidia que contraen los rostros de los que en la falda del monte quedan...»*<sup>17</sup>.

La primera etapa madrileña, que Azaña inicia en el otoño de 1898 al comenzar los estudios de doctorado en la Facultad de Dercho, estará caracterizada por una cierta actividad académica y profesional: asiste a los cursos de Giner, aparece de vez en cuando por el Ateneo, lee la tesis doctoral obteniendo

<sup>16</sup> *Brisas del Henares*, nº 1; 2 de septiembre de 1897.

<sup>17</sup> *Ibid.*



un «sobresaliente» y entra más tarde como pasante en el bufete de un conocido abogado. Acude a la Academia de Jurisprudencia, donde a principios de 1902 lee su discurso *La libertad de asociación*, quedándole aún tiempo para tratar de escandalizar a José María Vicario y entrar a formar parte del semanario *Gente Vieja*, una revista que exige a sus colaboradores ser mayores de cincuenta años, pero que hace una excepción con Azaña gracias a las recomendaciones de su tío materno Félix Díaz-Gallo; le nombran «viejo-honorario» y publica artículos con el mismo seudónimo que en *Brisas* y con parecido talante costumbrista. Las cartas que dirige a Vicario en esa época pretenden dar más una cierta imagen de señorito decadente y frívolo que descubrir la realidad. Es como si tratase de vengarse de la abulia alcalaína desde un Madrid que tampoco creemos que diese para tanto.

Poco más tarde, en 1903, le describe a su amigo una supuesta añoranza de la naturaleza para justificar su precipitado regreso a Alcalá; las causas reales y materiales tendrán que ver directamente con la explotación de esa naturaleza que no consigue encauzar del todo su hermano Gregorio.

*Las Guías Ilustradas de Alcalá de Henares y de su Comercio*<sup>18</sup> que publicaba José Primo de Rivera y Williams por esos años, muestran la publicidad de las industrias de los hermanos Azaña: una fábrica de ladrillos y tejas con domicilio social en la calle de la Imagen, 3 y la Central Eléctrica Complutense, cuyo insólito texto publicitario denota claramente la pluma de un Manuel Azaña que ya no se prodiga en estos oscuros años en publicación alguna.

En el tiempo que transcurre desde 1903 a 1909, las lecturas, el campo, los negocios y unas oposiciones parecen ser las ocupaciones esenciales de Azaña, que establecidos en su ciudad natal, contempla de cerca y en su propia carne los avatares e intereses de la política local.

En el verano de 1909 gana, con el número uno, las oposiciones a funcionario de la Dirección General de los Registros y del Notariado del Ministerio de Justicia; se incorporará en julio de 1910, pero antes llevará a cabo la que consideramos su última y más interesante aventura en el periodismo local.

El 7 de enero de 1910 aparece el primer número de *La Avispa*, una revista satírica que aúna en su redacción junto a él y su hermano, a dos concejales más: el socialista Antonio Fernández Quer y el carlista Francisco Villalvilla. Desde el primer número, la revista que bajo su cabecera añade: «*Yo soy Avispa discreta, Que a todos distinguiré. Al bueno le haré justicia. Y al malo*

<sup>18</sup> José Primo de Rivera y Williams, *Guía Ilustrada de Alcalá de Henares y de su Comercio*, Alcalá, 1905.



le picaré», parece dirigir obsesivamente su aguijón hacia la figura de la primera autoridad local. El tono ya es muy distinto a las suaves sátiras costumbristas de *Brisas del Henares*. Azaña parece adoptar la figura de un anónimo contemplador de la política local, pero sin dejar de arremeter contra ella con durísima ironía y desde diversos seudónimos que transparentan un estilo ya conocido y genuino. Entresacamos por ejemplo un párrafo significativo que en forma de carta al director, intenta ocultar a su autor, sin embargo, es un perfecto autorretrato:

...«que me paso la vida leyendo periódicos y novelas al lado de la estufa y, por último que no pertenezco a ninguna de esas dos grandes colectividades políticas, que no sé por qué regla de tres, se las ha bautizado con el nombre de "izquierdas" y "derechas". Dichote esto, y añadiendole que no me avergüenzo por pertenecer a esa masa "neutra" de la que el insigne Unamuno dice que es una colmena de estúpidos y una rémora para el progreso, comprenderás que puedo escribir con entera libertad, sin traba alguna, y guiado tan sólo por un sentimiento de justicia...». Pero si es cierto, ciertísimo, que soy un verdadero absentista, un apático, mejor dicho, un renegado de la política; no lo soy, ciertamente, en cuanto a asuntos locales se refiere y pruebatelo el que después de haber escuchado unas cuantas sesiones a nuestro Excmo. Ayuntamiento, si es que realmente tal nombre merece, no he podido resistir a la comezón rabiosa de coger la pluma para pedir a nuestras autoridades dejen de agitarse en ese océano de luchas personales y de partido, con lo cual perjudican los sagrados intereses del vecindario que le ha encomendado para su custodia»<sup>19</sup>.

Un repaso a través de los ejemplares que lograron aparecer de *La Avispa* nos muestra, por ejemplo, continuas polémicas con su colega en las labores informativas: *El Eco*, de talante conservador; repetidas defensas a intereses muy particulares: la polémica gestión de la empresa familiar Central Eléctrica Complutense<sup>20</sup> o alabanzas a un alcalde de otro tiempo que, escriben: *tuvo la debilidad de querer mucho a su pueblo y hasta se tomó el trabajo de escribir una historia de la ciudad que no hemos leído el noventa por ciento de los alcaláinos*<sup>21</sup>. Críticas incluso a la hasta entonces respetada figura de Cisneros: «Pues aquí está enterrado un fraile que dicen hizo mucho por Alcalá; realmente yo entiendo que no hizo más que fundar un colegio y traer muchos colegas suyos». Pero, sobre todo, continuamente, en cada número, un ataque despiadado al alcalde Felipe Mota, del que les molesta incluso que sea de Baeza (un cierto tufo se adivina aquí de ese peligroso clasismo tan frecuente en todas las épocas

<sup>19</sup> *La Avispa*, nº 3, 27 de enero de 1910.

<sup>20</sup> *Ibid.*, nº 6, 27 de febrero de 1910.

<sup>21</sup> *Ibid.*, nº 8, 17 de marzo de 1910.



entre los «hijos de Alcalá») escriben por ejemplo: «*Don Felipe el Andaluz, que es de Baeza, tendría que ser más amante de Alcalá que quien sin haber nacido en Alcalá, en Alcalá se ve encumbrado por la casualidad, o mejor dicho, por el error en que han incurrido los que le encumbraron*»<sup>22</sup>.

Pero, sobre todo, el tema que llega a tratar *La Avispa* con más enjundia es el llamado caso de *la coectora*, a él le dedican en cada número largos artículos, no dejando títere con cabeza del gobierno municipal; el número tres incluye una separata de ocho páginas dirigida a los diez mil habitantes que cuenta la ciudad, para ponerles al corriente mediante actas y documentos, de cómo se ejecutaron las obras por el contratista Málaga en este asunto de ladrillos, pues parece ser que en la realización de la coectora faltaban cerca de ciento cuarenta mil. Ataca a los otros medios informativos: *El Eco Complutense*, *El heraldo de Alcalá* y *El Amigo del Pueblo*, porque han silenciado el caso y reproduce el recurso de alzada interpuesto ante el Sr. Gobernador Civil de la provincia, firmado por Juan Francisco Villalvilla, procurador, y Antonio Fernández Quer, maestro alarife.

La lectura detallada de los ejemplares de *La Avispa* muestran, aunque de forma muy parcial, un perfecto mosaico de la vida alcalaína en 1910. Fuertes presiones del señor alcalde lograron dar al traste con la publicación. En uno de los últimos números se escribía: «*La Avispa no forma en columna con El Eco, Amigo del Pueblo, Heraldo o Alcalá-Chinchón en la secretaría del Ayuntamiento; forma un todo orgánico, independiente, cuidadosamente guardado en el cajón de los secretos, con el fin de que no pique demasiado o a destiempo; esto es, fuera del día en que tiende su vuelo*»<sup>23</sup>. Un par de números más tarde, *La Avispa* desaparece,

Manuel Azaña hace las maletas para regresar a Madrid. Tiene treinta años y definitivamente parece haber acabado una larga etapa juvenil y provinciana.

<sup>22</sup> Ibid.

<sup>23</sup> Ibid., nº 7. 7 de marzo de 1910.





Una novela inacabada de Manuel Azaña:  
«FRESDEVAL»

JEAN BECARUD



Versión castellana de FLORENTINO TRAPERO



A raíz del notable empeño, felizmente coronado por Juan Marichal, que representó la publicación de las *Obras completas* de Manuel Azaña, la figura del político, del escritor y del hombre a secas suscita, tanto dentro como fuera de España, un creciente interés<sup>1</sup>. Al librarse del ostracismo que sobre él gravitaba, Azaña se revela como una de las personalidades más valiosas, complejas y —digámoslo— extraordinarias de los años 1920-1940.

Entre sus obras hasta ahora inéditas que Juan Marichal nos ha permitido conocer, hay una que no parece haber atraído suficientemente la atención: se trata de *Fresdeval*, novela que quedó inconclusa, y que constituye el último texto de creación de Azaña. Y lo cierto es que, debido a las perspectivas que nos abre acerca de su autor, su entorno y su época, así como por su calidad literaria poco común, *Fresdeval* merece que la repongamos en su debido lugar. Tal es nuestro único afán en las páginas que siguen.

## I

Para empezar, ¿por qué la llamó *Fresdeval*? El título procede del monasterio de Fresdelval, situado a unos seis kilómetros de Burgos. Visitó Azaña sus ruinas el año 1926, en compañía de su amigo y futuro cuñado Cipriano Rivas Cherif. En las *Obras* de Azaña figuraban breves notas relativas a un viaje por

---

<sup>1</sup> Copiosas son las reediciones de los textos de Azaña, así como los estudios a él dedicados, como el perspicacísimo ensayo de F. Meregalli, *Annali di la Foscari*, 1969; el dilatado libro, interesante pero difuso, de Emiliano Aguado, Ediciones Nauta, 1972, y otros muchos, entre ellos la nueva versión de la obra de Ernesto Giménez Caballero.



Castilla la Vieja<sup>2</sup>, donde se menciona el nombre de Fresdelval. En su libro sobre Azaña, Rivas Cherif es más explícito, ya que escribe que los restos del monasterio impresionaron profundamente a su acompañante, hasta el punto de provocarle una especie de «angustia»<sup>3</sup>.

Aparte del vivo recuerdo que conservaba de ese paso por Fresdelval, a Azaña le atrajo asimismo la sonoridad del vocablo, y le transformó en «Fresdeval»<sup>5</sup> por razones meramente eufónicas, poniéndola como título de la obra de imaginación en la cual empezó a pensar en los años 1929-1930, cuando su papel político estaba en auge. Fresdeval será igualmente un monasterio en torno al cual se organizará la acción novelesca que él vislumbraba. Y he aquí que las circunstancias le proporcionarán a Azaña, transformado ya en hombre público, la ocasión de realizar su proyecto literario. Al pesar sobre él la posibilidad de una detención a consecuencia de los sucesos de Jaca, en diciembre de 1930, Azaña se vio obligado a vivir escondido en Madrid, y aprovechó esas semanas de enclaustramiento para escribir buena parte de su libro.

En abril de 1931, la proclamación de la República puso fin a la reclusión voluntaria de Azaña, otro mes más le hubiera permitido terminar *Fresdeval*, según dijo al parecer ese mismo día 14, como refiere Rivas Cherif<sup>4</sup>. Ciertamente que en su *Diario*, con fecha 20 de agosto hay una anotación precisa de Azaña. Apunta que, según ordenaba unos papeles. «Debajo de todos encuentro el capítulo de *Fresdeval* que estaba escribiendo cuando vino la República. Lo he releído, y descubro que se me ha olvidado todo lo que pensaba y proyectaba para esta novela, que se me iba cuajando tan bien»<sup>5</sup>. Pero la realidad es que nunca más hallaría tiempo ni ocasión de acabar su obra. Según Rivas Cherif, durante el «Bienio negro», cuando las preocupaciones de la política fueron algo menos acuciantes, Azaña volvió a dedicarse a su novela, y lo hizo asimismo tras su elección a la Presidencia de la República, durante la agitada primavera de 1936<sup>6</sup>. Pero todo fue en balde: el autor siempre soñó con acabar una obra por la que tenía gran interés<sup>7</sup>, mas no lo consiguió antes de salir exiliado de España. Una vez instalado en Francia no renunció Azaña a sus

<sup>2</sup> *Obras completas*, tomo III, pp. 870-873.

<sup>3</sup> Cipriano Rivas Cherif, *Retrato de un desconocido*, p. 93.

<sup>4</sup> *Id.*, *Ibid.*, p. 127.

<sup>5</sup> *Obras completas*, tomo IV, p. 89.

<sup>6</sup> Cipriano Rivas Cherif, *op. cit.*, p. 359.

<sup>7</sup> En una anotación del *Diario*, con fecha 16 de diciembre de 1938, escribe Azaña que *Fresdeval* estaba en curso de impresión para la revista *Madrid*. Las circunstancias, sin duda alguna, motivaron que el proyecto quedara en letra muerta, ya que, en su Introducción a las *Obras completas*, J. Marichal califica a *Fresdeval* de «novela inacabada e inédita» (*Obras*, tomo I, p. XXIII).



intenciones, y hasta pretendió rebautizar «Fresdeval» el hotelito donde se instaló en Arcachon en 1940, y donde contaba con rematar su obra. Pero, aparte de que Rivas Cherif le disuadió de que cambiara el nombre de su residencia, porque «Fresdeval», en su opinión, acarrearía la desgracia, ...la enfermedad y luego la muerte le impidieron definitivamente a Azaña realizar su proyecto<sup>8</sup>.

La obra quedó, pues, truncada e imperfecta; pero parece que, por lo que al número de páginas se refiere, no anduviese muy lejos del proyecto inicial del autor. Es posible que Azaña pensase modificar su primitiva concepción, en la medida en que la «ruptura de hilo» que atestigua la nota de agosto de 1931 le hubiera conducido a transformar el plan del libro. Puede ser también que el capítulo (o capítulos) que faltan, habrían precisado las intenciones del libro: en este terreno nos vemos reducidos al juego de las conjeturas. De todos modos, *Fresdeval* es una obra por la que Azaña tenía considerable apego, cuyo interés sigue siendo grande, y que a mayor abundamiento se presta al comentario de que su redacción, tanto como las intenciones de su autor, distan mucho de ser sencillas.

## II

La única versión accesible de *Fresdeval* sigue siendo la que figura en el tomo I de las *Obras completas* de Azaña, páginas 827-913. Cabe suponer, examinando más de cerca el texto, que el autor se proponía emplear un artificio de presentación bastante corriente en la literatura novelesca: el del manuscrito fingido, hallado a raíz de una convergencia de circunstancias y que se reproduce sin retoques, anteponiéndole un prólogo explicativo dotado de cierta verosimilitud. Lo que permite apuntar esta hipótesis, es una nota —la única del texto— que figura en la página 873, y que termina con las palabras entre paréntesis: «tachado, pero legible en el original». El manuscrito, si bien se presenta como un relato, introduce al narrador en primera persona (como supuesto redactor del texto recobrado); en diversas ocasiones como frases del tipo: «Yo lo supe» (p. 848), o «Creo saber» (p. 870).

Cipriano Rivas Cherif nos ofrece interesantes precisiones acerca de las intenciones de Azaña. Nos refiere una lectura del primer capítulo de *Fresdeval*, que se sitúa a comienzos de 1931, aproximadamente un mes después de que su cuñado, en su forzoso retiro, se dedicase de lleno a la redacción del libro. Escuchemos a Rivas Cherif: «Comenzada la trama de la novela a mediados del

<sup>8</sup> Cipriano Rivas Cherif, *op. cit.*, pp. 359-360.



siglo XIX, proponíase una manera en que el realismo pictórico de la composición no correspondiese necesariamente la ordenada cronología del relato. Tres generaciones, cuando menos, de una misma familia, centrada en la propiedad del desamortizado Monasterio de *Fresdeval*, de que la novela toma nombre, habían de alternar, más que sucederse, en la diligencia del novelista por llamar la atención curiosa del lector, a compás de su imaginación discursiva, por los caminos, vericuetos, sendas y trochas del sentimiento, a las cimas de la pasión y los remansos de la nostalgia.»<sup>9</sup>

Por el resumen de la intriga que sigue, veremos que Azaña amplió su libro, ya que hizo que intervinieran dos familias cuyos destinos se cruzan, y no una sola; y que, en definitiva, la ciudad en que la acción se desarrolla cobrará una considerable dimensión, eclipsando un tanto al monasterio secularizado de *Fresdeval*: este último posee sobre todo un valor simbólico, a la par que sirve de marco a una de las escenas esenciales del libro. Los saltos en el tiempo y la desarticulación del relato se mantienen de un extremo a otro de la obra, por lo que se torna necesaria una detallada presentación de su trama.

De los dos capítulos (o, mejor dicho, de las dos partes) que componen lo que nos queda de *Fresdeval*, el primero se titula «La Casa de Budia». Principia con un retrato de vivos colores de Ildefonso Budia, llamado «El Brihuego», cabecilla de los absolutistas y los carlistas de una ciudad innominada. Nos encontramos hacia 1848: el prestigio de «El Brihuego» es considerable en ciertas capas sociales, y el autor nos describe con rasgos exactos sus ideas y comportamientos, así como a los miembros de su tertulia. Al carecer de descendencia directa, «El Brihuego» tiene por heredero a su sobrino Filomeno.

El relato pasa a centrarse en Bruno Budia, hijo de Filomeno y sobrino nieto de «El Brihuego», cambiando de época y llevándonos, al parecer, alrededor de 1910. El narrador nos relata las singulares relaciones que se tratan entre Bruno y el «bastardo de Anguix», último representante de linaje de Anguix, rivales tradicionales de los Budia y que encarnan la familia espiritual opuesta, la de los liberales. Nos enteramos de paso de que el último de los Anguix (el bastardo no tiene derecho a llevar el apellido) fue asesinado unos años antes, y que Ledesma, actual propietario de *Fresdeval* (mencionado ahí por vez primera) se ha visto mezclado en ese crimen.

Una vuelta atrás nos ofrece la ocasión de revivir ciertos episodios en los que, lo largo del siglo XIX, los dos clanes rivales se han ido enfrentando. Tal fue el caso, por ejemplo, en 1823, cuando la reacción que siguió al «trienio liberal», o durante los acontecimientos de 1854 y la Revolución de 1868;

<sup>9</sup> Cipriano Rivas Cherif, *op. cit.*, p. 121.



entonces los protagonistas fueron Filomeno Budia, el padre de Bruno, y Nicolás de Anguix, abuelo del bastardo.

Tras un minucioso retrato psicológico de Bruno Budia, volvemos al asesinato de Zenón de Anguix, hijo de Nicolás, y vemos que fue Bruno quien descubrió a los culpables, matones a sueldo de Ledesma, cacique local y dueño de Fresdeval. Al saber todo esto el bastardo, se enfrenta con Bruno quien, a pesar de haber desenmascarado a los asesinos de su padre, ha mantenido unas relaciones normales con Ledesma: estalla una discusión entre los dos hombres, y se separan con la intención de no volverse a ver. El texto pasa a centrarse entonces en Bruno Budia, su género de vida y el ambiente en que se desenvuelve: las gentes de los arrabales de la ciudad, descritas con notable relieve. Y con este cuadro costumbrista se cierra la primera parte del libro, de la cual Bruno Budia es verdaderamente la figura central.

En la segunda parte, titulada «Ocaso de los Anguix», esta familia pasa a primer plano. Una larga presentación nos muestra a sus miembros que abandonaron en la Edad Media su lugar de origen en Castilla la Vieja, para ir ocupando a lo largo de los siglos, debido a sus cualidades de hombres de acción, cargos importantes. A comienzos del siglo XIX, los Anguix pasaron a establecerse en la mansión donde se desarrolla la novela. Bernardo de Anguix se verá pronto obligado a una difícil opción entre su gusto por las «Luces» y su patriotismo, ante la instalación en el trono de José Bonaparte. Vacila pero, impulsado por un viejo tío, opta por la resistencia, gracias a lo cual disponemos de una excelente narración, histórica y simbólica a la vez, de la llegada de las tropas francesas a una pequeña población de Castilla la Vieja, que se yergue en su totalidad, con los Anguix a la cabeza, contra los invasores.

Un nuevo cambio de enfoque nos lleva a Trinidad Ledesma, entonces propietario de Fresdeval, y cuya ascensión política nos relata Azaña. Y, a través del personaje Bruno Budia, habitual en las cacerías que Ledesma organiza, el autor describe el antiguo monasterio, su «solita quietud» y las vicisitudes históricas del predio. Bernardo de Anguix lo compró cuando la desamortización; pero un litigio enfrentó a esa familia con los campesinos del pueblo vecino a propósito de ciertas tierras colindantes con el monasterio. Ese pleito, que nos muestra en toda su hondura las realidades rurales españolas, acarrea la ruina de los Anguix. Después de la Revolución de 1868, los campesinos entabla un proceso contra Nicolás de Anguix, hijo de Bernardo y, sin embargo, diputado por la circunscripción; el asunto se alarga durante años y, cuando ya estamos en vísperas de que sea fallado por el Tribunal Supremo, sobreviene el fatal día en que se produce el derrumbe de la familia.



El relato de esa jornada, escena capital del libro, que ocupa unas veinte páginas, se sitúa hacia 1879-1880, después de la Restauración, ya que en ella aparece Alfonso XII en persona, rodeado de palaciegos y dignatarios —entre ellos un ministro— invitados por Nicolás de Anguix a Fresdeval, junto con Ledesma, quien visita por vez primera el monasterio. Tras diversas peripecias, una frenética y desastrosa partida de naipes entre Anguix y uno de los invitados termina con una intervención de Zenón, personaje zafio y brutal a quien, por esa razón, no se le permite aparecer cuando hay invitados de categoría, y que surge, de repente, amenazador, enfrentándose con el cortesano que está arruinando a su padre. Nicolás maldice a su hijo (que insulta a uno de los huéspedes) y se derrumba fulminado. Muere dos días después, sin haber recobrado el conocimiento, mientras que a Zenón le expulsa su madre de la cámara mortuoria. Cabe suponer que los Anguix, para tratar de rehacerse de una situación comprometida tendrán que deshacerse del antiguo monasterio.

Después de ese episodio, que constituye la cúspide del libro, el relato vuelve a Bruno Budia y a la ciudad que tanto ama y cuyo decadente encanto vuelve a ser evocado en unas bellas páginas descriptivas. La campiña que la rodea es inseparable de la ciudad; vemos a Bruno recorriéndola incansablemente, gozando con los cambios que aportan las estaciones: y con estas visiones bucólicas finaliza el texto inacabado de *Fresdeval*.

### III

Como vemos, *Fresdeval* no es una obra sencilla, y conviene desenmarañar las intenciones del autor, así como tratar de hallar las claves de un libro que encierra buen número de ellas. Porque *Fresdeval* es una ficción donde se combinan, como en seguida se evidencia, recuerdos de familia, autobiografía y un amplio panorama político-social.

Una de esas claves, por lo menos, no plantea mayor problema: la ciudad —siempre innominada— donde se desarrolla buena parte de la acción, es sin lugar a dudas Alcalá de Henares. Su situación geográfica, el ambiente general y finalmente la mención de una iglesia que lleva el título de «magistral»<sup>10</sup>, privilegio casi exclusivo de la colegiata de Alcalá, permiten no tener vacilaciones a ese respecto. La ciudad del Henares, cuna de Manuel Azaña, sirve —junto a Fresdeval— de marco al libro; ya tendremos ocasión de insistir en ello.

Todo se torna más complejo cuando se intenta la identificación de los dos linajes: Anguix y Budia; y es conveniente apurar el análisis tanto del uno

<sup>10</sup> *Obras completas*, tomo I, p. 881.





como del otro. Los Anguix representan a la propia familia de Azaña, como Juan Marichal atestigua muy claramente en su libro <sup>11</sup>; pero, cuando se trata de llegar a la identificación de cada uno de los Anguix que aparecen en *Fresdeval*, las cosas se complican singularmente, y con razón decía F. Meregalli que era de desear que se esclareciesen tanto las correlaciones como las diferencias entre el linaje novelesco y la familia real, con el fin de conocer más a fondo la personalidad del autor de *Fresdeval* <sup>12</sup>.

Como han precisado todos sus biógrafos, Manuel Azaña pertenecía a una familia de juristas con intereses agrarios, afincada desde muy antiguo en Alcalá, y cuyo papel se tornó prominente a partir de los primeros años del siglo XIX. Un libro, debido al propio padre de don Manuel, Esteban Azaña Catarineu, y titulado *Historia de la ciudad de Alcalá de Henares*, da fe de esa ascensión de la familia, y el autor de *Fresdeval* sacó de él la necesaria documentación para algunos de los episodios sobresalientes de la novela.

Fijémonos en que Azaña rastrea hasta muy lejos en el tiempo el destino de los Anguix desde la Edad Media. Establece un linaje originario de Castilla la Vieja y compuesto de hombres de acción, más que de letrados y juristas, como al parecer fueron por el contrario los Azaña. Por otro lado, los Anguix sólo se instalan en Alcalá a comienzos del siglo pasado, mientras que Nicolás Azaña, abuelo de Manuel, era ya notario allí en 1785. Todo esto nos lleva a no seguir los destinos, más o menos paralelos, de los Azaña y los Anguix, más que a partir de los primeros años del siglo XIX, y más concretamente desde la guerra de la Independencia.

Esteban Azaña Hernández, hijo del notario Nicolás Azaña y asimismo notario, se encontraba, pues, en Alcalá cuando llegaron las tropas francesas en 1808. Pueden que conociera el drama de conciencia de Bernardo de Anguix, dividido entre el anhelo de una renovación posible de España, pero bajo tutela extranjera, y la resistencia decidida frente al invasor. Desde luego, Esteban Azaña, igual que Bernardo de Anguix, optó por la lucha contra los franceses. Fue secretario del primer Ayuntamiento constitucional de Alcalá en 1813; Luego fue alcalde en 1820, lo cual le valió ser la víctima de la violenta reacción desatada a raíz del fracaso del «trienio liberal». Alcalá fue entonces escenario de la «Noche de San Lorenzo», durante la cual las turbas absolutistas, azuzadas por el clero, saquearon las casas de las familias liberales, episodio relatado en la novela, en el que asistimos a la tentativa de incendio de la mansión de Bernardo de Anguix.

<sup>11</sup> Juan Marichal, *La vocación de Manuel Azaña*, pp. 26-31.

<sup>12</sup> F. Meregalli, «Manuel Azana 3.

Luego, a partir de 1830, el estricto paralelismo Anguix-Azaña se va difuminando. Bernardo de Anguix acrecienta sus tierras y, sin duda a raíz de la desamortización de Mendizábal, adquiere la finca de Fresdeval; en cambio, parece ser que los Azaña no sacaron provecho de la venta de bienes eclesiásticos. Luego, tras Bernardo de Anguix, cuya existencia se extiende desde 1790 hasta 1850 aproximadamente, entra en liza Nicolás de Anguix (1830-1880). Es un personaje esencial en la novela, pero reúne en su persona los rasgos propios de dos generaciones de la familia Azaña. En primer lugar, tiene características comunes con Gregorio Azaña (abuelo de don Manuel) el cual, ferviente liberal, recibió a Espartero en Alcalá, y en su calidad de jefe de la Milicia Nacional, supo evitar con su sangre fría un choque con los absolutistas que pudo ser sangriento, con motivo de la procesión del Corpus: hecho que en *Fresdeval* se refiere con detalle. Pero el mismo Nicolás de Anguix, en otro aspecto de su personalidad, se identifica con el padre de don Manuel, don Esteban Azaña Catarineu, quien evolucionó del liberalismo intransigente a posturas menos radicales, tanto en la política como en la religión, y pronto se adhirió a la Restauración monárquica. Su contribución al afianzamiento de Alfonso XII en el trono le valió ser propuesto para un título nobiliario, honor que declinó a petición expresa de su padre don Gregorio. Esteban Azaña era, desde hacía dos años, alcalde de Alcalá cuando nació don Manuel.

Por otro lado, está el personaje de Zenón de Anguix, figura somera y brutal, que en la novela causa la muerte de su padre don Nicolás, antes de ser asesinado a su vez hacia 1900. Es uno de los protagonistas de la novela que no parece tener equivalente en el linaje de los Azaña. En cambio, su hijo, el bastardo de los Anguix, uno de los personajes esenciales de *Fresdeval*, corresponde cronológicamente con el propio autor del libro, sin que entre ellos haya, ni muchos menos, una total identificación; pero ciertos rasgos comunes son evidentes.

Cabe pensar que, en lo que a la familia adversa respecta, la de los Budia, el otro personaje esencial de la novela, Bruno Budia, posea rasgos que le hacen asemejarse muy claramente con uno de los más viejos y fieles amigos de infancia de Manuel Azaña, José María Vicario, desaparecido hace pocos años, hombre interesante y atractivo que merecería, por sí solo, un estudio, Juan Marichal ha publicado las cartas que Azaña le dirigió durante más de treinta años. Vicario, solterón que apenas se movía de Alcalá, pertenecía al bando de las familias conservadoras, y era y siguió siendo siempre católico convencido. La dualidad Bruno Budia-Anguix y sus complejas relaciones, tal y como aparecen en la novela, afloran en el largo trato amistoso, velado por alguna nube, entre el descreído que muy temprano fue Azaña y el piadoso y tradicio-



nalista Vicario. Uno de los aspectos relevantes de *Fresdeval* es quizá el de ofrecernos, por el modo en que Budia y el bastardo de Anguix se explican mutuamente, precisiones a veces originales acerca de determinados aspectos de la compleja personalidad del autor del libro.

## IV

Ambos vástagos de las familias antagonistas tiene un punto en común, tanto en la novela como en la vida real: son «herederos», y no «becarios», recogiendo aquí las dos expresiones favoritas de Maurice Barrès, de cuya obra —no lo olvidemos— fue Azaña ávido lector. Poseen sendos linajes, y no han de labrarse un lugar en la sociedad. Pero, en cuanto hijos de buenas familias, Azaña-Anguix y Vicario-Budia tiene personalidades harto distintas y concepciones de la vida harto diferentes, a pesar de ciertas coincidencias pasajeras.

Budia, igual que Vicario en su existencia real, no se movió de su ciudad natal: es un provinciano que acepta la provincia, y que se ha resignado a una vida de ritmo lento, en la cual la reflexión más o menos melancólica ocupa un lugar que le acerca a determinados personajes de Azorín... Por su parte Anguix —y en ello se asemeja a Azaña— aspira a mucha más libertad y a un mayor no conformismo; y en la novela, su bastardía, al hacer de él un marginado, no hace sino confirmarle en esa actitud. Esta interesante elección de un bastardo para designar al personaje más allegado a sí mismo, atestigua desde luego con toda evidencia (subrayémoslo de pasada y sin detenernos) los sentimientos un tanto mezclados que Azaña experimentaba respecto de su padre, cuyas opiniones y vida privada parece haber juzgado sin indulgencia. Dirigiéndose a Anguix, dice Budia-Vicario. «Eres un señorito orgulloso; vamos, altanero y un poco mandón»<sup>13</sup>. No cabe mayor clarividencia que ésta de Azaña, en plena introspección, al caracterizarse indirectamente a sí mismo de ese modo...

De hecho, el profundo conocimiento que cada uno de los dos protagonistas —real y novelesco— tiene del otro, perceptible en muchos pasajes de libro, se explica por las circunstancias biográficas propias de Manuel Azaña, que nutren y condicionan a *Fresdeval*. La obra nació en el período —de 1906 a 1909— en que Azaña regresó a su ciudad natal, tras una primera estancia en Madrid. El mismo ha dicho de ese paréntesis provinciano que fue tiempo malgastado. En esos años, naturalmente marcados por una reanudación de contactos más estrechos y constantes con su amigo Vicario, por lo menos

<sup>13</sup> *Obras completas*, tomo I, p. 853.



ahondó en el conocimiento de una pequeña ciudad castellana, de sus recovecos y claves ocultas, de los que *Fresdeval* da amplio testimonio. Y ello, viendo a los seres y las cosas con la perspectiva y la experiencia de quien, a pesar de su juventud, se ha librado durante un tiempo de la rutina de la vida de provincias, en la que Budía-Vicario se halla un tanto sepulto. Lo cierto es que *Fresdeval* conserva la huella de la larga intimidad de los dos amigos en esa huerta de la casa de los Budía, que parece ser la misma que Azaña evoca en varias cartas a Vicario. Y asimismo que la imagen sorprendente e inesperada de Giménez Caballero retratándonos a un don Manuel «cazador y jugador como un cura de pueblo»<sup>14</sup> tiene sus raíces en esa larga inmersión provinciana que Azaña conoció entre los 26 y los 29 años. De esa prolongada familiaridad con la ciudad y su terruño proceden las copiosas y minuciosas descripciones tan evocadoras que hallamos en *Fresdeval*. por ejemplo, la de la ciudad con su lejano contorno de montañas que figura en una de las últimas páginas de la novela<sup>15</sup>.

## V

De los dos personajes centrales dicho que son herederos y, en efecto, por encima de su individualidad y de los elementos autobiográficos, Azaña ha conferido a Bruno Budía y al bastardo de Anguix un papel muy característico, y que sobrepasa sus personalidades. A ese respecto, escribe: «Cada cual de estos amigos nuevos poseía de la familia del otro una imagen adulterada por rencores y despecho, exacta en la raíz. Ambas casas, sin hostilidad abierta, asumían una figuración simbólica y a su derredor giraban y se arremolinaban las pasiones políticas del Siglo»<sup>16</sup>. Ese tema de la ciudad disputada, generación tras generación, por dos facciones rivales encarnadas en dos familias, plasmado simbólicamente a las dos Españas, es el eje central de *Fresdeval*.

No cabe sorpresa en el papel desempeñado por el comportamiento en materia religiosa, o mejor dicho político-religiosa, en la oposición a ultranza entre los dos clanes. Azaña ha multiplicado a ese respecto, tanto a propósito de los Anguix como de los Budía, en su sucesión a lo largo del siglo XIX, alusiones que atestiguan la agudeza de su sentido histórico. Dice de Bernardo de Anguix, hacia 1805: «Lector de Volney, la impiedad, sin aparente contagio, dábale armas contra la superstición Establecido en su fuero interno un delicado

<sup>14</sup> Ernesto Giménez Caballero, *Manuel Azaña*, p. 911.

<sup>15</sup> *Obras completas*, tomo I, p. 911.

<sup>16</sup> *Obras completas*, tomo I, p. 832.



compromiso entre su fe católica —que se imaginaba conservar incólume— y la tolerancia; y a coste de la Inquisición, de los frailes obtusos y glotones y de la antigua influencia del jesuita orgulloso, desahogaba la incredulidad que solapadamente se le infiltraba en el alma»<sup>17</sup>. Su contemporáneo, Ildefonso Budía, «el Brihuego», tiene de Dios una visión hartamente somera. Es para él «el Amo omnipotente, que a su muerte le tomará las cuentas, como él se las tomaba con avariciosa pulcritud a sus administradores. Elevaría al Amo sacrificios y ofrendas: misas, limosnas, cirios y entierros de mucho clero...»<sup>18</sup>. En torno al «Brihuego» se reúne, cómo no, una tertulia en la que llevan la voz cantante un anciano canónigo y un capuchino exclaustro, que vituperan el mundo moderno imbuido de jacobinismo e incredulidad. Pero, muy juiciosamente, Azaña destaca el giro operado en el último tercio del siglo con el acercamiento entre los antiguos liberales y la Iglesia, simbolizado por el hecho, henchido de consecuencias, de que los jóvenes burgueses de todas las tendencias se educarán en los colegios de religiosos, por ejemplo en los Escolapios. La divergencia se manifiesta más adelante, cuando los adolescentes del tipo Azaña se emancipan de toda creencia, y los de la especie Vicario permanecen en el seno de la Iglesia. Sin embargo, en los primeros perdura una huella religiosa teñida de esteticismo que se evidencia en el personaje del bastardo de Anguix a lo largo de toda la novela. Tanto en él como en Azaña, las ceremonias del culto, así como las procesiones, y su concordancia con el ritmo de las estaciones, se evocan en múltiples ocasiones con una ternura nada fingida. En cuanto a Bruno Budía, el sentimiento religioso penetra tan hondamente en su vida que en él se da una fusión entre el amor cristiano y un amor profano idealizado que en la novela se describe de este modo: «El sentimiento del amor, o más bien el estado condición de amante, venían a ser para Bruno iguales en el orden terrenal al estado de gracia según la ley cristiana: un vivir suspenso, un arrobamiento contemplativo, en que, por mágica operación del amoroso celo, el alma repuesta en su candor virginal emplea sin esfuerzo cualidades santificantes: piedad, abnegación, ternura y, trezados los instintos de dominación, aspira a disolverse en el ser que ama»<sup>19</sup>.

Hemos querido reproducir estas líneas para mostrar que el tono de Azaña, cuando analiza una mentalidad marcada por un sentimiento religioso auténtico, no tiene nada de sectario ni de sarcástico, sino una ternura un poco irónica, la misma que se percibe en su correspondencia con J. M. Vicario. Rara vez es

<sup>17</sup> *Obras completas*, tomo I, p. 874.

<sup>18</sup> *Obras completas*, tomo I, p. 832.

<sup>19</sup> *Obras completas*, tomo I, p. 848.



Azaña algo más burlón, como en una carta de 1914, a raíz de la muerte de Pío X, en la que le aconseja a su amigo que alquile el coche del «Brihuego» (véase que es el mismo apodo empleado en *Fresdeval*)<sup>20</sup> para acudir a Roma, por lo mucho que debe haberle afectado ese acontecimiento...»<sup>21</sup>.

Pero, por encima del factor religioso, Azaña utiliza el microcosmos de una ciudad de provincias para evocar la gran disputa del siglo XIX español, con la ayuda de esos personajes representativos de su tiempo que son cada uno de los Budia y de los Anguix. Desde comienzos del siglo, Bernardo de Anguix encarna el auténtico liberal «doceañista» que ve con pesadumbre cómo las masas identifican a Fernando VII con la causa de la independencia, mientras que su propia divisa es: «Primero la Nación, después la Ley, luego el Rey»<sup>22</sup>. Frente a él, «El Brihuego», cabeza visible de los Budia, jefe de los «serviles» y futuro carlista, astuto y primario, permanece vinculado al pueblo, porque ha adquirido su reciente fortuna a costa de la ruina de los hidalgos locales. Luego, Filomeno Budia, sobrino de «El Brihuego», se aburguesa —Azaña dice que se gana el derecho al tratamiento de «don»— pero deja que sus negocios decaigan y se encierra en las prácticas de una devoción estricta, dándole la espalda a la civilización moderna: el acontecimiento trascendente de su vida será la visita que le haga el cardenal arzobispo de Toledo, en gira pastoral, aunque lo cierto es que el cardenal es un viejo prelado, mundano y amador de mimos y buena mesa... Nicolás de Anguix, se plantó como rival de Budia: a la vista del cardenal responde con la de Espartero, que honra la casa de los Anguix, siendo entonces Nicolás capitán de la Milicia nacional. Más fútil y buen vividor que su padre, el segundo de los Anguix es más proclive a la transacción y al consenso.

Todos estos matices de comportamiento son evocados por Azaña con una constante seguridad en los rasgos, precisando además el trasfondo económico y social. A propósito de Filomeno Budia, el novelista concreta que sus dificultades financieras se deben a la construcción de la vía férrea entre Madrid y la ciudad, que arruinaba el tráfico carretero que hacía de ella «un gran mercado, centro interprovincial de arriería»<sup>23</sup>. Recordemos que los Budia conservan sus fincas, y que ese papel del terruño con el cual la ciudad —en este caso Alcalá— vive en estrecha simbiosis, es cumplidamente destacado por Azaña. El autor se muestra muy consciente de las vicisitudes de su ciudad natal, antaño metrópolis intelectual y luego activa ciudad-mercado, que finalmente

<sup>20</sup> Lo cual confirma indirectamente la identificación Budia-Vicario.

<sup>21</sup> *Obras completas*, tomo III, p. 696.

<sup>22</sup> *Obras completas*, tomo I, p. 873.

<sup>23</sup> *Obras completas*, tomo I, p. 844.



pasó a ser un poblachón soñoliento donde únicamente las viejas piedras que se desmoronan y las campanas de los conventos evocan un pasado ilustre. No manifestaba sorpresa, por tanto, ante los grandes cambios provocados por las transferencias de propiedad debidas a la desamortización y venta de bienes eclesiásticos. Con ello, *Fresdeval*, el título de la novela, cobra todo su significado. Esa abadía, situada en un hermoso paraje de montaña, se hallaba abandonada tras la marcha de los monjes en tiempos de Mendizábal. Los campesinos de la aldea vecina, Ayuso del Duque, la habían saqueado un tanto, saldando cuentas seculares, hasta que Bernardo de Anguix, que ya poseía por allí dilatadas tierras, la comprase «por el valor de las tejas»<sup>24</sup>. Después de su muerte, su hijo Nicolás se encaprichó con la finca y la restauró fastuosamente, pero sin darse cuenta de que un conflicto, que nos ilustra acerca de la densidad de la historia social del campo castellano, socava su situación. Las tierras cercanas a Fresdeval, «diez mil fanegas de monte alto», pertenecían al pueblo de Ayuso del Duque hasta que el Rey se las donase a los antepasados de Nicolás de Anguix: pero la donación real estaba subordinada a unas condiciones que nunca fueron cumplidas por esa familia. Los campesinos conservaban oscuro recuerdo de sus derechos, y esa hosca querrela provocó a la postre la ruina de los Anguix.

Azaña nos muestra a esos campesinos zafios, aislados en sus lejanas aldeas y reconcomiéndose sus rencores y envidias; pero en el novelista percibimos una especie de afecto por la España honda que representan. El gusto por la anarquía, o —siguiendo a Unamuno— el sentido de la intrahistoria es, en efecto, un tema constante de la obra. Igualmente se manifiesta en las páginas en que el autor evoca al pueblo llano de Alcalá, el que vive en la «Pescadería», donde se halla la casa de Bruno Budia, barrio «donde se vive puramente a lo labrador, según cierta tradición coetánea de los romanos»<sup>25</sup>. Vemos así que Azaña comparte la atracción que sobre Bruno Budia ejercen esas gentes. Frente a los «señores» presuntuosos y frívolos del centro de la ciudad, Azaña (igual que Budia) se siente más a gusto con el pueblo llano, en todo lo que tiene de natural y auténtico. Desdeñando la retórica huera de una ciudad que trata de sobrevivirse, prefiere «la elemental sabiduría, depósito de experiencias mil veces sometidas a contraste»<sup>26</sup> de «una gente cuya faz verdadera no ha reaparecido hace tres siglos en la literatura»<sup>27</sup>.

<sup>24</sup> *Obras completas*, tomo I, p. 883.

<sup>25</sup> *Obras completas*, tomo I, p. 863.

<sup>26</sup> *Obras completas*, tomo I, p. 865.

<sup>27</sup> *Obras completas*, tomo I, p. 866.



El reverso de la medalla es que esos campesinos o artesanos y arrieros de los arrabales viven encerrados en sí mismos, y están «habitados a relacionarse con el mundo mediante una cadena de jerarcas»<sup>28</sup>. Ahí yace uno de los orígenes del caciquismo, según destaca Azaña. En *Fresdeval* hay un retrato de cuerpo entero de uno de esos caciques, Trinidad Ledesma, que comprará el monasterio tras la ruina de los Anguix. Enriquecido por su matrimonio con la hija de un contrastista de suministros al Ejército del Norte cuando las guerras carlistas, Ledesma se hizo con la clientela local de los Anguix en los arrabales de Alcalá, o sea, las mismas gentes con quienes gusta de alternar Bruno Budia. Prefiriendo «ser martillo mejor que yunque»<sup>29</sup>, esas gentes envían una delegación a Ledesma «para ofrecerle su adhesión con carácter incondicional»<sup>30</sup>. Azaña pone de relieve las funestas consecuencias del sistema caciquil, en especial a propósito del turbio asesinato de Zenón de Anguix, padre del bastardo. En él están implicados unos sospechosos individuos que pertenecieron a la cuadrilla de un célebre bandido local, «El Batanero»; pero Ledesma los protege porque los utiliza para sus sucias faenas. Bruno Budia, juez de instrucción interino, desenmascara a los culpables, pero en el transcurso del proceso subsiguiente se manifiesta la influencia de los caciques en el funcionamiento de la justicia, influencia que suelen subrayar los observadores de la realidad española del siglo pasado. Gracias a las presiones de Ledesma sobre los magistrados, los asesinos salvan sus vidas.

## VI

Vemos así la amplitud del panorama trazado por Azaña de una ciudad castellana y su entorno rural. Pero no se contenta la novela con sumergirnos en las realidades multiformes de la vida provinciana: la escena crucial de la visita de los egregios personajes a Fresdeval nos hace penetrar en un universo diferente y, en unas pocas páginas, nos ofrece una aguda visión del mundo político de los primeros años de la Restauración. Cabe situar ese episodio en 1879, puesto que el autor dice de pasada que había transcurrido un cuarto de siglo desde que Nicolás de Anguix vistiese el uniforme de la Milicia Nacional. Para tratar de liquidar el proceso (que para él tomaba mal cariz) entablado por los vecinos del Ayuso del Duque, Anguix había logrado invitar a Fresdeval, aparte de a unos madrileños habituales en sus cacerías, a un general muy

<sup>28</sup> *Obras completas*, tomo I, p. 884.

<sup>29</sup> *Obras completas*, tomo I, p. 867.

<sup>30</sup> *Ibid.*



introducido en los negocios públicos, al ministro de Gracia y Justicia, al presidente del Tribunal Supremo y a un personaje que en un principio parece mal perfilado, pero que luego resulta ser el rey Alfonso XII en persona.

Así le presenta el autor: «Un hombrecillo joven, escuálido, de mal color, con patillas a la moda austríaca, vivamente tendió la mano a Anguix, sin escuchar apenas sus galantes cortesías. “Es muy bonito, Anguix, muy Bonito”, y prodigó una sonrisa universal, destinada a ninguno... Cada uno pudo creer que su propia presencia causaba en el hombrecito lo más vivo de su contento, y que privado de ella, la mengua de su placer no habría tenido compensación posible»<sup>31</sup>. Esas pocas líneas, que dan muy bien el tono, preceden al relato detallado de la estancia regia en Fresdeval. En ellas vemos que el destino personal de Anguix está desgraciadamente vinculado a una compleja intriga, típica de la época de Cánovas, y al parecer dirigida contra este último. Los personajes que en ella se mueven, son ficticios, pero Azaña los presenta con gran maestría de la puesta en escena, al mismo tiempo que con un profundo conocimiento de los políticos de entonces. Sólo citaremos al general Mambrilla quien, igual que Martínez Campos, había servido en las Filipinas y que, igual que Fernando Primo de Rivera, acompañó al rey en sus últimos combates contra los carlistas en las Vascongadas... Hay asimismo cierta conversación entre el grotesco ministro de Gracia y Justicia y el hábil presidente del Tribunal Supremo que es digna de una gran comedia.

Obligado es, desde luego, comparar esas páginas evocadoras y dramáticas que, a pesar de su brevedad, atestiguan el talento de Azaña como novelista histórico, con sus predecesores en el género. Más incisivo que Galdós, de pluma menos ágil que Baroja, Azaña se distingue asimismo de Valle-Inclán, pero a veces le recuerda. De él parece venirle el aire caricaturesco que aplica a alguno de los palaciegos que rodean al rey en Fresdeval, así como los rasgos un tanto exagerados de Berrueces, ministro de Gracia y Justicia, de quien los demás se mofan sin recato. El novelista nos dice de ese ministro que es «un bufón necesario en tertulias de príncipe»<sup>32</sup>, pero el personaje recuerda demasiado a esos «mamarrachos» de los cuales Azaña reprocha a Valle-Inclán que abusa de ellos en *La corte de los milagros*<sup>33</sup>. Pero, dejando de lado esa reserva, en esa escena culminante de la novela logra el autor una densidad que Valle-Inclán pocas veces alcanza. No es exagerado decir que con estas páginas, así

<sup>31</sup> *Obras completas*, tomo I, pp. 885-886.

<sup>32</sup> *Obras completas*, tomo I, p. 886.

<sup>33</sup> *Obras completas*, tomo III, p. 878.



como con otras como las de la llegada de los franceses en 1808, Azaña se impone como maestro en el españolísimo género del «episodio nacional».

## VII

Uno de los juicios más severos formulados sobre Azaña es quizá el de Julio Caro Baroja: «Es un letrado con todas las ansias, vacilaciones y amarguras de un letrado triste. Un hombre hecho para la crítica literaria más que para la creación, y de él se hizo un Robespierre. Es como si los franceses hubieran pensado alguna vez que André Gide podía ser un líder revolucionario»<sup>34</sup>. El análisis minucioso de *Fresdeval*, obra en que tanto empeño había puesto su autor permite corregir, por lo menos en dos puntos, la opinión de Caro Baroja. En primer lugar, con esa novela realizó Azaña una verdadera creación literaria que quizá pueda parecer imperfecta, pero que, además de las reminiscencias personales de que se nutre, entraña elementos de «objetivización» mucho más destacados que *El jardín de los frailes*, por ejemplo. Y, por otro lado, y ateniéndonos a *Fresdeval*, con quien cabe comparar a Azaña es con Maurice Barrès, más que con André Gide. Sabido es que Azaña, imbuido de cultura francesa, conocía la obra de Barrès, y le gustaba. Y, en *Fresdeval*, la mezcla de un segundo plano político con el agudo análisis de los estados de ánimo, la puesta en escena de dos «herederos» —que a veces evocan a determinados personajes de *Les déracinés*— y, por último y sobre todo, la manera en que son sentidos y descritos los paisajes, no deja de recordar, en muchas ocasiones, al Barrès novelista y viajero. En la larga descripción de la abadía que comienza con estas líneas: «Fresdeval, gris de plata, en el regazo de tiemblos y pobos, expira gracia tímida, curtida de experiencias, como un corazón filtra en galas de sabiduría pasiones antiguas»...<sup>35</sup>, las complejas cadencias, la combinación de vivas pinceladas con términos abstractos se asemejan a otro tantos párrafos de Barrès ante Esparta o Toledo.

Una vez sentado esto, muy lejos de nosotros la idea de afrancesar el conjunto creativo de *Fresdeval* que, con sus constantes búsquedas, su voluntaria «expresividad» y su rico vocabulario procede de la más española tradición barroca. De hecho, el estilo es lo que confiere la unidad a esa obra densa, a pesar de sus reducidas dimensiones, y cuya estructura complicada, con su serie de «flash-backs», exige cierto esfuerzo al lector. Texto imperfecto, pero de

<sup>34</sup> Julio Caro Baroja, *Los Baroja*, 2.<sup>a</sup> ed., 1978, p. 249.

<sup>35</sup> *Obras completas*, tomo I, p. 879.



inegable valor literario, *Fresdeval* entraña sin duda alguna un hondo significado en cuanto a las tendencias profundas de su autor.

Cuando un crítico opone la generación de 1914 —la de Azaña y Ortega— a los hombres de 98, por ejemplo a Baroja, y escribe: «Fue Pío Baroja quien, con más razón, vio el peligro que suponía imaginar una España futura y no contar con la España real, tangible, áspera, bronca y contradictoria que él había visto en todas partes, en los pueblos, en los campos, en las ciudades y en los papeles del siglo pasado...»<sup>36</sup>, *Fresdeval*, por lo menos en lo que a Azaña se refiere, le opone un patente mentís. Si en algo sirve la novela de testimonio, es en cuanto al profundo conocimiento que su autor tenía del ambiente provinciano y rural en sus más concretas realidades. La larga permanencia en Alcalá, en la tercera década de su vida, le permitió a Azaña adquirir una honda experiencia acerca de la España tradicional. Si es verdad que fue, con él escribe, liberal y burgués, añadamos que fue burgés rural que, frente a una sociedad de base agraria, con sus tradiciones, sus valores y sus abusos, se siente crítico, pero en modo alguno ajeno a ella. Esa España provinciana, Azaña la siente desde dentro, con todo su trasfondo histórico. *Fresdeval* confirma que el reproche más inmerecido que haya podido hacerse a Azaña, es el de las derechas, que le tachan de «monstruo» destructor del patrimonio específico de su país. Más próximo de todo lo positivo de la herencia secular española que Cambó o incluso que Gil-Robles se mantenía Azaña cuando, siendo jefe del Gobierno, gustaba de salir de Madrid para acercarse, en los pueblos de Castilla, a los campesinos, depositarios auténticos de las virtudes de la raza. Si acaso Azaña está contra determinada España, es —como se ha dicho frecuentemente— contra aquella que él veía ciegameamente identificada, desde los Habsburgo, con cierta manera (y sólo cierta manera) de concebir y de vivir el catolicismo. De esa desviación secular nacieron los antagonismos y divisiones en dos bandos aparentemente irreconciliables, todo lo que *Fresdeval* nos muestra dentro del marco de una ciudad provinciana... Pero, si llegamos hasta el fondo de las cosas, vemos que Azaña, si bien proclama abiertamente su pertenencia a uno de esos bandos, no deja de tener cierta connivencia con el otro. La novela atestigua que es posible la convivencia de ambas España, a pesar de los antagonismos de ideas. Bruno Budía y el bastardo de Anguix se acercan, se interesan el uno por el otro, recreando, a su nivel, las relaciones amistosas que lograron establecer Pereda y Galdós, o Unamuno y Enrique Gil Robles, su colega tradicionalista de Salamanca.

<sup>36</sup> Emiliano Aguado, en *Indio*, 18 de junio de 1972, p. 8.



Nada sabemos acerca de qué conclusión pensaba dar a *Fresdeval*, ni nada nos indica cómo habían de evolucionar finalmente las relaciones entre Budia y Anguix. Sólo nos cabe suponer que, puesto que Azaña, desterrado, aislado y enfermo, reanudó la redacción de su novela poco antes de su muerte, cuando en España acababan de enfrentarse, más implacablemente que nunca, las dos fracciones antagonistas, el desenlace de *Fresdeval* no podría ser sino la confesión de un fracaso... Gracias a la mutua estima que se manifestaba, los herederos «desmovilizados» de los dos clanes hostiles hubieran así aportado la prueba de que, exorcizando el pasado, dejaban por fin la puerta abierta a una furtiva esperanza.



# Manuel Azaña y la crítica de la cultura

JOSÉ-CARLOS MAINER



Biblioteca Virtual

CONSEJERÍA DE EDUCACIÓN  
Comunidad de Madrid



## I. AZAÑA Y MORATÍN: VIDAS PARALELAS

LOS cuatro volúmenes de *Obras completas* de Manuel Azaña<sup>1</sup>, que debemos al celo de Juan Marichal, reclaman nuestro agradecimiento por dos motivos de índole muy diferente: porque no es frecuente la aplicación de tanto rigor filológico al conocimiento de un autor contemporáneo y, en mayor medida quizá, porque aun lo es menos disponer de la obra verdaderamente *completa* de un escritor. Sospecho, sin embargo, que, con todo y tratarse de volúmenes muy citados, los historiadores de la literatura aun no han beneficiado con exhaustividad las posibilidades de filón tan rico, desidia tanto más lamentable cuanto muchos de los problemas de mayor urgencia en su campo (los que se refieren a la condición del ejercicio intelectual de España) hallan sugestivas proposiciones y aun cumplidas respuestas en su lectura.

De tres mil y pico de páginas publicadas, algo más de la cuarta parte corresponde a escritos de índole personal y casi la mitad de lo que resta cabe bajo el epígrafe de crítica de la cultura. No puede darse, por tanto, relación más desfavorable a la creación pura ni más sugestiva para quien busque la

---

<sup>1</sup> Manuel Azaña, *Obras completas*, Ed. Oasis, México, 1966-1968, 4 vols. En lo sucesivo, las citas textuales se harán por esta edición, siglada O.C., con indicación de volumen.



reflexión de una conciencia especialmente cualificada y permanentemente situada en el umbral de la escritura. Diríase, por lo que hace a tales porcentajes, que nos encontramos ante un escritor de las postrimerías del siglo XVIII, igualmente indeciso ante los nuevos senderos y prolijo a la hora de conjeturar sobre sus riesgos, ante teóricos puros que tienen la manía de la práctica. Por caso, ante un Leandro Fernández de Moratín de quien, no por casualidad, nuestro Manuel Azaña prevenía que «si Moratín no comprendió a Shakespeare, evitemos —guardadas las distancias— el riesgo de no comprender a Moratín»<sup>2</sup>.

No evitaré yo ahora el de esbozar un paralelo entre ambos, Moratín el Joven y Azaña, que quizá venga autorizado por la frase del último y quizá también por el tiempo entre tormentoso y esperanzado, ilustrado y amedrantado, que ambos vivieron. En uno y otro caso, la obra creativa es mínima —cinco comedias y una cincuentena de poemas por dos novelas y una pieza teatral— y además bruscamente abandonada por mor del despecho que es explícito en Moratín y meramente apuntado en Azaña. Uno y otro buscaron en la sátira (sea *La derrota de los pedantes* o sean los divertidísimos trabajos que, bajo el cervantino seudónimo de Cardenio, publicó Azaña en *La Pluma*, revista vinculada al Ateneo de Madrid, en 1921) un género particularmente atractivo a su intolerancia ante el ridículo ajeno y supieron de la ironía como el mejor remedio a esa enfermedad (Jeáanse, como piezas de convicción, los comentarios moratinianos al auto de fe logroñés de 1609 o los recuerdos de matonerías noventayochescas con que Azaña celebró la creación de un monumento conmemorativo en Cartagena). Tanto el dieciochesco como el contemporáneo empeñaron una parte de sus vidas en esfuerzos eruditos que, al margen de su condición de tal cosa, fueron dos significativos reveladores de su vocación o de su carácter: Moratín a la conclusión de los *Orígenes del teatro español*, Azaña a la investigación de la personalidad y actitudes de don Juan Valera. Y si uno dejó un copioso epistolario (alguien ha dicho con razón que no hay mejor viaje a los amenes de siglo ilustrado que aquellas cartas, más las *Letters from Spain*, de Blanco, y los *Caprichos*, de Goya), el otro nos ha legado un diario íntimo que, en palabras de Marichal, no conocía parangón en tierras ibéricas desde la *Guerra de Granada*, de Hurtado de Mendoza, por mor de «conjunción equiparable de suceso y testigo» (y añadiría yo que por limpia nobleza de prosa).

Pero aun hay más coincidencias. Fueron Moratín y Azaña dos burócratas sin vocación pero eficaces, en tanto eran conscientes de que este su país necesitaba, entre otras cosas, servidores públicos en el más genuino sentido de

<sup>2</sup> O.C., III, p. 797





la expresión. Tuvieron ambos la maldición de la fealdad física en lugar que se paga tanto de lo contrario. Y si Moratín encontró a un Goya que supo dar a su cara picada de viruelas toda la dignidad de un hombre de bien, la fotografía y el cinematógrafo fueron implacables con Manuel Azaña y contribuyeron a una leyenda negra que descalifica a quienes la alentaron aunque no por eso hayan dejado de sobrevivirles sus maledicencias (la posible homosexualidad del solterón, el resentimiento alentado por la falta de atractivo, la tortuosidad del covachuelista...). Pero tras aquellos dos rostros grandes, abotargados, cuya inmovilidad apenas corrige la profundidad de la mirada, había dos órdenes de sentimientos que tienen poco que ver con el despecho: la altivez y la capacidad de ternura, la autodisciplina y la afectividad, la conciencia de la propia valía y la enfermiza certeza —una forma de resistencia creada por el orgullo— de no ser nunca rectamente entendidos.

En ambos alcanzó igual intensidad el patriotismo crítico. Veintisiete años tenía Moratín cuando, gracias a la munificencia de Cabarrús, recorría Francia por vez primera, asaeteando de epístolas algo pedantes a sus amigos y guías intelectuales. Y a la vista del plácido Canal de Languedoc que le había permitido ir en barquito desde Toulouse hasta Narbonne, no podía menos que recordar a Jovellanos el infausto destino del español canal de Tierra de Campos «que se empezó, como todo lo bueno que se empieza en España, para no concluirse jamás». Y, al hilo de la consideración, fantaseaba con ironía: «En odio del conde de Aranda se abandona el canal de Manzanares; en odio del mismo se prohibieron las máscaras, y aun nos han querido dar a entender que nadie puede ser cristiano católico si una noche se viste de molinero o se pone una caperuza de polichinela. No extrañaría que en odio del mismo volviesen los padres jesuitas con sus orillos, su probabilismo y su buen chocolate. Mucho tardan en restablecerse los colegios mayores, en odio de don Manuel de Roda; y, entre tanto, se ha logrado acabar, en odio a Grimaldi, con los teatros de los Reales Sitios, lo único que teníamos en este género decente y regular»<sup>3</sup>. Treinta y dos años tenía Manuel Azaña cuando consignaba en un cuadernillo de apuntes (1912-1913) una observación asombrosamente similar (aunque quizá lo asombroso es que tales cosas se pudieran seguir escribiendo y, por lo que hace al caso de marras, todavía hoy tengan triste vigencia): «Carlos III o sus hombres crean el Jardín Botánico, el Museo de Historia Natural. Bajo un Burell cualquiera, las colecciones han llegado a la última etapa de su destierro. El Jardín Botánico se arrendará cualquier día para

<sup>3</sup> Leandro Fernández de Moratín, *Obras póstumas*, Madrid 1867, II, p. 111.

cantar coplas o se levantará sobre él una manzana de casas»<sup>4</sup>. Casi las mismas palabras con que Moratín auguraba a la Academia de Ciencias un ingrato porvenir de «cuartel de inválidos o almacén de aceite».

Y, por supuesto, una misma sensibilidad para ese ingrediente de la vida humana que define como *lo público*, que no es tanto como *lo oficial* ni es lo opuesto a *lo privado*. Para uno o para otro —se tratara de la creación de una Junta de Teatros en Madrid o la necesidad de que el gobierno provisional de la República luciera de *jaquet* en los actos oficiales—, una decorosa vida pública era la antítesis de la improvisación y la garantía de lo razonable, la imagen de la seriedad y la mejor apoyatura del esfuerzo individual. Pero no era, como alguien puede pensar, el sueño ordenancista que se incubaba con los manguitos calados tras la mesa de una oficina del Estado.

En términos de «Estado» pensaron siempre Moratín y Azaña. El primero, con las limitaciones lógicas de tal cosa cuando se vivía bajo el antiguo régimen y su condición oscilaba entre la de criado de la casa real y funcionario público; el segundo, con las no menores trabas de un sistema de administración arcaico, proclive al compadrazgo (que el mismo Azaña nunca supo evitar del todo) y poco o nada profesional. De esas limitaciones nacieron precisamente sus dos «errores» paralelos: Moratín creyó que su «Estado» podía llegar con José Bonaparte y su miedo cerval o su irresolución hicieron el resto; Azaña resignó prematuramente la última sombra de su autoridad en 1939, no sin motivos pero sí cuando las circunstancias exigían aquella capacidad de renuncia que el pensador pintaba en algunos dialogantes de *La velada de Benicarló*. En patética similitud final, Azaña y Moratín siguieron soñando en bellos árboles públicos y Estados providentes mientras rugían cañones que, en el fondo, les eran ajenos: en 1812, Moratín cantaba en delicadas estancias el plantío de álamos que el mariscal Suchet regalara a los vecinos de la Valencia que ocupaba militarmente; en 1937, visitando como presidente de la República Española el Madrid situado por el fascismo, Azaña confiaba a Negrín que sólo quisiera ser ya «guarda mayor y conservador perpetuo del monte del Pardo» (una propiedad que la República hizo nacional y a la que los años reservaban ingrato destino).

## 2. LA CRÍTICA DE LA CULTURA EN LA VIDA ESPAÑOLA

Hora es ya de que empecemos a preocuparnos por la realidad que existe tras el marbete «crítica de la cultura» que, como se recordaba páginas atrás,

<sup>4</sup> O.C., III, p. 794.



recoge con holgura una buena parte de la obra de Manuel Azaña y quizá la de memoria más necesaria. Máxime cuando bastante de lo más vivaz de la literatura española de nuestro siglo ha sido, precisamente, crítica de la cultura: una obstinada reflexión del intelectual sobre el sentido de su tarea —y de sus poderes y de sus frustraciones—, inserta en una dinámica social de modernización y a la que los años previos al Desastre (y el propio Desastre de 1898) permiten calificar ya de «vida nacional». Lo que vale decir vida de una comunidad que se siente a sí misma como tal y a la que los síntomas de la modernidad —comunicaciones, difusión de la realidad administrativa, existencia de un mercado nacional— ratifican esa conciencia que, además, moviliza aunque con signos dispares— a todos los elementos del cuerpo social.

Esta, al menos, fue la urgencia que sintieron agudamente los escritores e intelectuales de nuestro tiempo y que se incardinó como tema preferencial en todos ellos. El tradicional uso de la periodización generacional en la historia literaria española refleja —cuando no es pura manía entomológica y reprobable falta de imaginación— la vieja convicción de que existen tramos muy perceptibles en ese proceso, llámeselos o no generaciones. El mundo en torno a 1898 descubrió las carencias de la vida nacional como temática, comprobó —a su costa— el cambio cualitativo en las apacibles relaciones del escritor y el público, soñó con un auditorio universal que incorporara al naciente proletariado industrial y que se identificara con el ideal nacionalista. El mundo intelectual de 1914 se corresponde con una coyuntura de expansión económica en la que actúa una organización obrera dispuesta a la transacción: consecuentemente, su horizonte de actuación se cifra en quitar apasionamiento al radicalismo individualista de quienes les precedieron, establecer las bases morales de la convergencia de intereses de clase y, paralelamente, apostar por una burguesía moderna y consciente de sus deberes como «clase nacional». El mundo de 1927 nació bajo el signo de optimismo y de la confianza en unos dispositivos de relación autor-público que, aun minoritarios, podían parecer óptimos. Entre 1930 y 1936, sin embargo, la crisis política, económica y social vino a demostrar la fragilidad de tal situación y el último año citado emplazó a todos a tomas de postura que debían replantear casi *ab ovo* todos los términos del problema.

Tratóse, obviamente, de una reflexión que se hizo muy a menudo —si se me tolera la simplificación— a expensas de la universalidad y a un la calidad de la literatura. Se fundamentó en buscar la adecuación de la escritura a las necesidades de una sociedad en transformación, pero tomó como punto de partida una vaga mística nacionalista y casi nunca sobrepasó las bardas de un problema de conciencia moral. Y, a menudo, egoísta, pues tendió a preguntarse antes que otra cosa por el destino de la sensibilidad pequeño burguesa y sus



referencias inmediatas: prefirió el campesino al nuevo obrero industrial: apeló al sentimiento antes que a la razón; dio vueltas y revueltas a lo castizo y se comprometió en un dilema irresoluble entre africanidad y europeidad; casi nunca admitió un concepto laico de la cultura y convirtió el anticlericalismo en una obsesión tan legítima —dadas las circunstancias— como arcaica. Algún día se reconocerá sin apasionamientos en qué medida buena parte de este acuciante programa se expresó de una forma hartó inmediata, no poco declamatoria y más voluntarista que eficaz: cómo las urgencias de hallar un destinatario hecho a su imagen malbarataron frecuentemente las mejores posibilidades de Unamuno y aun de Machado; como la doctrina explícita y la prosa castiza arruinan muchas páginas de Pérez de Ayala, no menos que las buenas intenciones y la estilización del «pueblo» triunfan a veces sobre el espléndido poeta que era García Lorca.

Tampoco debe inducir a un excesivo pesimismo el resultado práctico de aquellos años literarios. Muy a menudo se hizo de la necesidad virtud y muchas novelas anticlericales —por ejemplo, *Nuestro padre san Daniel* y *El convidado de papel*, A.M.D.G. y el *Nocturno del hermano Beltrán*— son complejos mundos narrativos que se interrogan fértilmente sobre el sentido de una vocación, la libertad y la espontaneidad de los instintos, la victoria de lo vital sobre la represión, y, por ende, son algo más que ilustraciones estereotipadas de una triste realidad nacional. Del mismo modo, el Lorca imaginativo y desamparado, afectivo y hondo, logra triunfar casi siempre del voluntarioso populista de las esencias andaluzas, aun en el mismísimo *Romancero gitano*. Y estas victorias —compendio de las cuales pudo ser la obtenida en *San Manuel Bueno, mártir* sobre la angustiada y reaccionaria reflexión de la que parte— demuestran que el problema no era el de la «politización» de la literatura, sino, precisamente, el del funcionamiento artístico de la vida política.

### 3. LA FORMACIÓN DE AZAÑA

Uno de los más singulares méritos de Azaña fue haberse apercebido de bastantes de estos problemas, al menos en lo que entrañaban de sobrevivencias romanticoides y personalistas en la vida literaria nacional. Más arriba se indicaba que parte de esta sensibilización era una cuestión de temperamento —el privilegio o la condena de resistir visceralmente a la hipérbole y de poseer un agudo sentido del ridículo—, pero también se debía a razones de naturaleza más práctica. Por ejemplo, Azaña pudo evitar la esclavitud del artículo periodístico diario que, además de ser una ominosa servidumbre crematística, tendía a convertir al escritor en una suerte de predicador laico y le proporcio-



naba una idea ilusoria de su influencia como intelectual. Algunos bienes familiares y la condición de funcionario público vedaron a Manuel Azaña cualquier tentación en ese sentido y, aunque quizá concibiera una carrera literaria de mayor extensión y audiencia, no parece que envidiara el estatuto social y las forzosas dependencias de sus contertulios más famosos.

Pudo Azaña, por la naturaleza de su educación, tener un espíritu universitario. Pero ni la experiencia escurialense ni los estudios de Derecho eran los más propicios para tal cosa. Su idea de la institución académica como una oficina estatal de expedición de títulos<sup>5</sup>, es una de las más comunes en su época y así la repitieron desde Maeztu (con la violencia caricaturesca de quien soñaba en la experiencia inglesa como ideal de educación práctica) hasta los mismos catedráticos vinculados a la Institución Libre de Enseñanza que solían confiar más en la iniciativa de un grupo marginal que en la reforma de la integridad de la Universidad. Un abogado en la España de su tiempo era —y Azaña lo sabía muy bien— poca cosa más que un técnico (casi el único tipo de «técnico» que conocía la sociedad nacional) en las relaciones sociales estatuidas por una codificación asombrosamente tardía y, por tanto, un servidor potencial de la estructura política. No se zafó a esa tentación y anduvo mezclado en el grupo de intelectuales que Melquiades Álvarez —y, al poco, Ortega— quisieron ofrecer a una hipotética burguesía emprendedora y reformista en los años críticos que van de 1914 a 1920, cuando las circunstancias más externas parecían prometedoras: estirón financiero e industrial, inminente —e ilusorio— hundimiento del fantasma de los dos viejos partidos del turno, buena disposición socialista a colaborar en eventuales pactos políticos, estabilización y «aburguesamiento» del ideal republicano... De su experiencia, Azaña conservó muy mal recuerdo y hasta un cierto malestar, muy similar al que Machado expresaba a Unamuno a propósito de Melquiades Álvarez. En ese mismo sentido, las anotaciones del diario de Azaña, a casi veinte años de los hechos, tampoco dejaron de consignar el triste papel del político asturiano en las Cortes de la república, definitivamente emplazado en la derecha más beligerante, y de evocar, al paso, el espejismo que en su día supuso; serias discrepancias de opinión separaban a uno y a otro pero la hostilidad reconocía también una razón de decoro político que podría cifrarse en dos órdenes de razones: el repudio del oportunismo de entonces y las serias reservas que le inspiraba el optimismo pedantuelo y apodíctico de los «intelectuales» de 1914. Los mismo que, con mano maestra y no poca malevolencia, retrató Ayala en *Troteras y danzaderas*.

<sup>5</sup> O.C., I, pp. 86-88 («El templo de Minerva»).



«El Ateneo fue para Azaña todo»<sup>6</sup>, aseveraba Giménez Caballero en un libro que mezcla sorprendentes adivinaciones a alguna que otra sandez. La afirmación pertenece, en este caso, al orden de las verdades a medias. Azaña fue hombre de tertulia, como cualquier español cultivado de entonces, y ateneísta que desempeñó cargos de relieve en el caserón de la calle del Prado: en eso, como el desorden de los horarios o como en la falta de método para el trabajo (cosas que se infieren sin esfuerzo de la lectura de sus textos memorialísticos), nada le distinguía del típico intelectual español de su tiempo que no cultivara el heroico puritanismo del Centro de Estudios Históricos. No obstante lo cual, Azaña sabía lo que aquella casa tenía de síntoma de un país sin vida académica digna de tal nombre, de realización de aquel concepto de «lo público» en sus dimensiones más primitivas vocigleras, de aquel exhibicionismo y superficialidad con el que el Ateneo logró contaminar incluso a los dos mayores movimientos intelectuales que fueran consecuencia de 1868, el krausismo y el positivismo. Por eso, la anotación de 12 de febrero de 1932 en sus diarios consigna que el Ateneo «tiene un prestigio muy superior a su utilidad», y, respondiendo precozmente a un leyenda de largo alcance, niega que «yo me he formado en el Ateneo. Disparate. El Ateneo es incapaz de formar a nadie, pero sí de deformar y destruir toda disciplina mental»<sup>7</sup>. Poco antes —el 9 de octubre del 31— asiste a una junta general para confirmar que —tras la recluta política de ministros, gobernadores y subsecretarios entre los miembros de la casa— quedan sólo «los inútiles y fracasados que en todo tiempo se han refugiado en el Ateneo (...). Si yo no lo sostuviera, un poco por rutina y otro poco por lástima (...), no se quien podría manejar aquello»<sup>8</sup>.

No es de extrañar que Azaña soportara muy mal a las gentes que tenían algo de esa condición, quizá en tanto eran espejos de la peor parte de sí mismo y su acusado componente psíquico de autoexigencia jamás llegó a ser de verdadera autocrítica. Todo lo más, llegó al descontento y la depresión como en aquel año de 1925 en que «estuvo a punto de hacer una tontería», número agorero que recordó seis años después como «el más triste de mi vida»<sup>9</sup>. No cuesta trabajo espigar, en los cuadernos íntimos que hacen referencia al primer bienio republicano, una cumplida antología de quejas, sarcasmos y aun vejámenes a propósito de sus compañeros de gobierno, la mayoría de los cuales tenían la misma ejecutoria sociológica que el mismo. Por esas páginas

<sup>6</sup> Manuel Azaña (*profecías españolas*) (1932), Ed. Turner, Madrid, 1975, p. 89.

<sup>7</sup> O.C., IV, pp. 394-395.

<sup>8</sup> O.C., IV, pp. 163-164.

<sup>9</sup> O.C., IC, p. 85.



desfilan la retórica fácil, la susceptibilidad enfermiza y la chabacanería de Niceto Alcalá-Zamora; el engolamiento, la buena fe y la incompetencia administrativa de Fernando de los Ríos; la banalidad de Miguel Maura; la incapacidad de Alvaro de Albornoz... en breves apuntes que durante muchos años han contribuido —mediando la famosa antología de Arrarás— al descrédito de los gobernantes republicanos españoles. No parece necesario insistir en lo sabido: con todo y lo que tienen de parcialidad y aun de injusticia, los juicios de Manuel Azaña revelan, más que su carácter descontentadizo, toda una concepción del decoro intelectual y de la ética política, que no por eso carecía de contradicciones: el fascinante proceso de acercamiento y comprensión a la figura de Indalecio Prieto entre 1931 y 1939 refleja que Azaña no era insensible a un político pragmática e imaginativo y a un hombre de inusual inteligencia natural, aunque su carácter y formación estuvieran en las antípodas de los de Azaña. En otro orden de cosas, que Jaume Carner le atrajera grandemente era un fenómeno natural, pero que perdonara a Santiago Casares Quiroga las debilidades y errores que no toleraba en los colegas de ministerio, pertenece a ese peculiar y huidizo resorte de sentimentalidad y fidelidad que más de una vez justifica los hechos de Azaña.

#### 4. HIPÓLITO COMO METÁFORA

Es viejo lugar común achacar el resentimiento y la frustración el peculiar talante de Manuel Azaña y, por supuesto, desahogos como los que se acaban de recordar. Y, sin embargo, hay una importante diferencia a mi modo de ver entre el despecho del resentido y el pertinaz descontento del orgulloso, aunque las consecuencias epidérmicas —la mordacidad, la alterabilidad, la egolatría— puedan ser muy similares. En Azaña, cuando menos, ese reiterativo despego por el triunfo parcial, esa permanente insatisfacción ante la vida social, no parecen obedecer a la frustración. La citada crisis de 1925 tiene como causas para su protagonista «la soledad y la absoluta carencia de ambición». El 11 de octubre de 1931 todos los tráfigos y afanes del nuevo régimen político le suscitan una cierta nostalgia del divagar de antaño y su realidad de hoy se cifra en una singular subordinada adversativa: «pero esta experiencia de la revolución y del gobierno primero de la República valía la pena vivirla por dentro»<sup>10</sup>. Y unos meses después, el 12 de febrero de 1932, otra reflexión del mismo orden le hace echar de menos «la tristeza antigua, que se parecía tanto

<sup>10</sup> O.C., IV, p. 173.



a la esperanza (...). Entonces, cuando yo no era nadie, era íntimamente más que ahora»<sup>11</sup>.

Alguien puede pensar que todas estas frases pertenecen a la panoplia común a todas las biografías de hombres públicos. Pero no se debe olvidar que en este caso pertenecen a unas notas íntimas que, si bien no carecen de galanura literaria, tampoco intentan engañar a nadie: a lo sumo, el propio autor —y esto es achaque viejo— intenta engañarse a sí mismo, sin por eso dejar de traslucir una forma de ser. Una «manera», hubiera dicho con más precisión don Juan Manuel, que diferenciaba aquellos reflejos adquiridos de las «costumbres» innatas.

No se equivocaba del todo Carlos Rojas cuando en una premiaba, polémica y sospecho que ya olvidada novela evocaba la figura del presidente como el hombre que, llegadas las turbaciones de 1939, ya no era capaz de recordar el nombre de su país: como si tanto dolor y tanta decepción fueran un sueño del que se obstinaba en no despertar. Ni Corpus Barga puso mal título a aquel fragmento de sus recuerdos que se llamó «Edipo, presidente de la república» y que esbozaba también los últimos momentos de aquel régimen. Porque hubo de siempre en Azaña un deseo de distancia con respecto a los hechos, de vivir en la razón de estos y no en su realidad, que, a menudo, se confunde con una subconsciente nostalgia de inocencia, con una patética voluntad que no es de apartamiento sino de aplazamiento de la acción: condiciones de ánimo que explican tanto su desbordante actividad de 1930-1932 y las vísperas de febrero de 1936 —momento de expectativa— como su hundimiento moral de 1938-1940 —tiempo de resistencia—.

Un texto de 1929, en el primer volumen de las *Obras completas*, resulta extraordinariamente revelador al respecto y sorprende que no haya llamado la atención de los críticos. Debió ser apunte de algo de mayor desarrollo potencial, quizá una novela, y, como tal, podría haber sido hermana gemela de algunas importantes confesiones narrativas del «Azorín» coetáneo, como *Félix Vargas* (luego tituladas *El caballero inactual*): eliminación de toda acción que no sea movimiento del ánimo, prosa enunciativa y casi puntillista, proximidad al discurso indirecto libre, etc. El título del fragmento de Azaña, «Viaje de Hipólito»<sup>12</sup>, parece pintiparado para un pequeño apunte sobre mitología aplicada en relación con las observaciones que se hacían poco más arriba: porque Hipólito, el griego, es una forma universal de inocencia —de inocencia culpable—, flanqueada por su culpa-amor —Fedra— y su amor-castigo

<sup>11</sup> O.C., IV, p. 327.

<sup>12</sup> O.C., I, pp. 795-804.





—Teseo—. Hipólito es el hombre que llega de lejos y actúa en su nueva realidad *como si no existiera* la prohibición que, de otra parte, conoce; Hipólito no ha cambiado, ejerce su espontaneidad afectiva en forma natural y acepta, en fin, un destino absurdo, porque los que *han cambiado* son los *otros*, quienes, por otra parte, ostentan con mejores motivos la titularidad de la tragedia.

De los varios elementos de la leyenda pocos son visibles en el fragmentario texto de Azaña: el más destacado puede ser el tema del regreso a la patria, tras un largo viaje; el meramente apuntado, el de unas relaciones amorosas clandestinas (con Regina: ¿la «reina» Fedra?) que sus amigos y paisanos madrileños toleran con benevolencia. Pero lo que resulta decisivamente importante es que Azaña disfrace de coturnos trágicos —y, más aún, en ese grado de sugestiva identificación— lo que, en resumidas cuentas, viene a resultar una pieza autobiográfica, con no menos títulos para ello que *El jardín de los frailes*, y cuya riqueza de elementos hace lamentar su enigmática condición de apunte. Decía pocas líneas atrás que el motivo esencial de *Viaje de Hipólito* es el regreso a la patria tras una estancia en el extranjero: y es revelador que esta situación de provisionalidad, de recién venido y aun de escisión moral entre los mundos sea tan obsesiva en Azaña hasta el mismo umbral de los años treinta. Si es cierto, como quiere Marichal, que el tema de España es el objeto permanente de la reflexión de Azaña, también lo es que, en estos años y aun siempre, el escritor tiene la necesidad de interponer entre el tema y su sensibilidad una cierta neblina de distancia y un discreto artificio de literatura. La relación del escritor con su tema es, como la de Hipólito, una forma embrionaria de incesto y Azaña había dedicado ya mucha ironía a descalificar los arrebatos sentimentales de la cábila noventayochesca como para incurrir en ellos. El Hipólito azañesco confiesa haberlos vivido pero también haberse curado y todo el texto respira, en fin, la convicción de que la disponibilidad presente de su ánimo es una forma de plenitud que nunca tuvo: «Le divertía —escribe en un tono que conoce muy bien el lector de sus posteriores diarios íntimos—, siendo tan zángano y desdeñoso en mostrar su condición verdadera imaginarse donde lo encasillaban (...) Los entrometidos padecían su reserva como un desaire; sentíanse amenazados los tontos, vanamente, porque nunca se le vio arremeter contra ellos; humillaba a los más fútiles su ejemplo silencioso»<sup>13</sup>.

Y al hilo de ese rictus de desdén, que convive con un espíritu enfermizante inquisitivo, surgen los temas españoles del fragmento: la distancia que media entre la realidad nacional como recuerdo que cultivó el trasterrado y la misma

<sup>13</sup> O.C., I, p. 798.



realidad ya «real» como inminencia, a la hora del regreso; la diferencia entre la esclerótica España de los profesionales del patriotismo y la España «natural»; la lucha de lo libresco de lo vivido... En resumidas cuentas, el gran tema de la mejor literatura española de la época moderna: la pugna entre la erudición y la inmediatez, lo real y lo soñado, lo espontáneo y el artificio... que Azaña, por su parte, no resuelve ni en forma de síntesis ni —pese a invocar el recuerdo de Hipólito— en tragedia.

## 5. JUAN VALERA COMO MODELO

Al discurrir más arriba sobre las vidas paralelas de Azaña y Moratín el Joven, reparábamos en que ambos dedicaron bastante de su tiempo a sendos trabajos eruditos —la historia del teatro español, la figura de Juan Valera— cuyo designio y desarrollo revela, como pocas otras cosas, aspectos de sus dos biografías intelectuales.

Es evidente que en Manuel Azaña la atracción primordial por Valera residía en la integridad de su persona, antes que en parcelas concretas de sus actividades. Y no parece que hay mejor forma que esta global de acercarse al escritor andaluz, razón por la cual la dedicación del alcaíno fue, sobre significativa, particularmente fecunda. Pero, a la vez que el Varela de Azaña se iba haciendo carne a partir de un afortunado pretexto material (los papeles personales del novelista), el tiempo del personaje se densificaba igualmente en la imaginación del biógrafo.

No fueron los años que mediaron entre la adolescencia de Valera y su consagración como novelista en 1876 —primer año de la Restauración— una época atractiva y en el diagnóstico coincidieron personas tan dispares como el Pereda de *Pedro Sánchez* o el Galdós de los *Episodios* de la cuarta serie. Cabe sospechar a veces que Azaña vio aquellos años de rutina moderada —apenas quebrada por las «tormentas del 48» y la revolución de julio del 54— como una premonición del tiempo lento de los suyos propios: no era un jovencito Juan Valera cuando en su artículo «Del romanticismo en España y de Espronceda» (1854) puso las peras a cuarto a los últimos rescoldos de una subvención político-literaria que era ya banalidad pura, y tampoco lo era Manuel Azaña cuando daba por muertos los romanticismos noventayochescos en las páginas de un semanario *España* ya agonizante y veía también los grandes lemas regeneradores bien digeridos por las orondas barrigas del Directorio de Primo de Rivera. En su tiempo, Valera fue —y nuestro Hipólito-Azaña era muy sensible a tales cosas— el español más cultivado e inconforme, y todo esto en un país que tenía bibliófilos cicateros y oradores de Ateneo que, a la vez, se



permitían *laismos* y *leísmos*, no sabían el uso correcto del adjetivo *sendos* y escribían madrigales de abanico. Por añadidura, fue un tiempo de *castizos* —consecuencias del quiste costumbrista—, achaque al que Valera se había zafado de milagro. A pesar de don Juan Fresco —el suministrador imaginario de muchos de sus relatos—, de los aromáticos guisos de Juanita la Larga, y de las tertulias patriarcales en doña Mencía, y aun de los penosos y tardíos *Cuentos y chascarrillos andaluces*, Valera fue relativamente inmune al mal de su siglo y su personalidad más auténtica en ese orden de cosas anduvo en las estilizaciones intencionadas como «El bermejino prehistórico» o en la sapientísima evocación dieciochesca de *El comendador Mendoza*. Azaña agradeció a su biografiado esa virtud, máxime cuando comparaba la burlona y universal condición de su andalucismo con el castisimo de un ingenio nada vulgar, el de Serafín Estebáñez Calderón, destinatario de las más regocijantes cartas de Valera, que tanto había sacrificado en el ara votiva de las esencias andaluzas: «Prospanerse lo castizo —escribe Azaña en sentencia inapelable—, dirigirse a cazarlo en lo pintoresco y en lo fútil, es abnegación involuntaria, sin recompensa en el mundo del arte», porque de ese modo, recuerda líneas más arriba, Estebáñez «se jugó el talento literario que tuviese en el albur de la tradición españolista»<sup>14</sup>.

Pero la victoria de Valera contra el casticismo no era la única que obtuvo contra los maleficios de su tiempo. En un tiempo de doctrinarios, transidos —como recordaba Fernández Montesinos— de preocupación por lo absoluto, el escritor andaluz encarnó el espíritu de contradicción a tantas limitaciones por mor de aquel resorte espiritual que Azaña definió impecablemente como la tendencia de «oposición a lo contiguo». «[Valera] —recordaba su exégeta— nunca es más racionalista que frente a Donoso Cortés, ni más conservador que frente a Pi y Margall, ni más despegado de la tradición que ante Menéndez y Pelayo, ni atenua tanto el influjo del Santo Oficio como al «hundir» a Núñez de Arce, ni fue más patriota al rebatir los juicios de un extranjero despectivos para España, ni menos iberista que viviendo en Portugal, ni más acérrimo madrileño que a quinientas leguas de la Carrera de San Jerónimo, aunque la encontrase mal viéndola de nuevo»<sup>15</sup>. ¡Lástima que un espíritu tan afín al de Valera no dedicara unas páginas a *Las ilusiones del doctor Faustino*, la más intencionada y deliciosa de las purgas valerianas con respecto al espíritu de su tiempo y en la que Azaña pudo haber encontrado un buen modelo de ese *bildungsroman* que nunca acabó de escribir!

<sup>14</sup> O.C., I, p. 980.

<sup>15</sup> O.C., I, pp. 930-931



Como su Hipólito de ficción, Juan Valera fue para nuestro escritor el hombre que vivió fuera de su país y regresó periódicamente para entenderlo más con la razón que con el sentimiento. Azaña conoció ese privilegio observatorio de las andanzas del andaluz que es su epistolario y no fue inmune a su encanto: al cabo de los años, el mismo habría de dejar cumplido testimonio de la amplitud de perspectiva y el tonificante estímulo espiritual que halló en sus estancias parisinas. Su diario de 1911 consigna —el primer día de su estancia: 24 de noviembre— una frase que con toda su ingenuidad es casi un lema: «La rue Royale, la Madeleine, los boulevards: enorme emoción»<sup>16</sup>... Una emoción que suscita, por añadidura, el París del siglo pasado, capital de Europa y modelo de un urbanismo decimonónico, que tanto contrata con la chabacanería madrileña. El 11 de diciembre la admiración un tantico pueblerina —vistas al Louvre, clases en la Sorbonne, vanidosos apuntes sobre relaciones (sospechoso que superficiales) con genuinas *cocottes*— se trueca en la ya conocida intolerancia: «Se empeña Juanito en hablarme de los tipos españoles más grotescos. Va a destruir el encanto de no acordarme de nada. ¿No es bueno romper, aunque sea temporalmente, con aquéllo?»<sup>17</sup>.

Pero los cuadernillos de 1911 hacen flaco favor a Azaña pues casi todo es tan pueril como lo transcrito. Más nos ayuda a entender su encendida galofilia el comentario poco posterior que, a la elección de Henri de Régnier como académico, se publicó en *La Corres* del 16 de enero de 1912. Tratábase de un acto no poco polémico pues si con Régnier entraba en la Institución un simbolista confeso (aunque pasado por agua), había de contestar a su discurso un militar, el conde Albert de Mun, que no ocultaba su aversión a tales novedades. No llegó la sangre al río y, anota Azaña con admiración, es que en Francia «literatura quiere decir estudio, experiencia, desinterés, ideas generales (...). Sobre este ideal perdurable están de fijo acordes Henri Régnier y el conde de Mun. Este ideal se cifra para todos en una institución, en una jerarquía o en una solemnidad que lo patentizan y veneran»<sup>18</sup>. Un problema de espíritu público, en suma, y de mínima organización de la vida social: algo que Larra intuyó, en el umbral de la revolución burguesa, cuando procedió a definir qué podía ser literatura en 1836, y un reflejo que conocemos en Azaña desde las primeras líneas de este trabajo. Esa envidia de una manera «nacional» de ser se entrevera, años más tarde, en en la ardorosa campaña aliadófila de Azaña, cuando llega una de las más significativas convocatorias de la vida española

<sup>16</sup> O.C., III, p. 717.

<sup>17</sup> O.C., III, p. 722.

<sup>18</sup> O.C., I, p. 100.



contemporánea: la ruptura de las hostilidades... platónicas por uno de los dos contendientes en la guerra europea de 1914. Que la principal aportación del escritor a esta campaña sea una conferencia titulada «Los motivos de la germanofilia»<sup>19</sup> (y no, por ejemplo, «Las ventajas del progermanismo» o «Los inconvenientes de la franco-fobia») ilustra cumplidamente sobre el sentido del galicismo de Azaña: no se trata de un dengue pedantuelo, ni aun de una admiración incondicional, sino del uso de un revelador de las carencias cívicas de la sociedad española que, en cuanto tales, alumbraban el conocido fantasmón germanófilo. Y, sin embargo, al margen de la dimensión profundamente española de la galofilia, Francia era algo más que un modelo. Una carta a Indalecio Prieto, escrita en 1935 tras las bochornosas escenas del juicio político que le incoara el gobierno del *bienio negro*, incluye todavía una frase que, pese a su campechana ligereza, dice mucho: «Le envidio a usted. París «que es mi pueblo. Si pudiera me iría a divagar por sus rincones»<sup>20</sup>. Rincones que, esta vez, ya debían serlo más propiamente y no los esplendores del tiralíneas que descubría emocionado el provinciano de 1911 en el París de los dos Imperios.

Ya no parece necesario decir que este afecto por lo extranjero no excluía —ni en Azaña excluye— una fibra muy viva de patriotismo, ni siquiera un nacionalismo de buena fe. El linaje del patriotismo de nuestro escritor tampoco era muy distinto del de Juan Valera. Además de «iberoamericanistas», ambos se sintieron «iberistas», pero igualmente lejanos de una admiración indiscriminada por aquellos países como hipersensibles a la mala retórica que suele acompañar esos sentimientos. Con respecto a su propio país, fueron de los contados españoles que tuvieron conciencia clara de los hechos diferenciales de las regiones históricas, y la noble actitud de Azaña a la hora de la discusión del estatuto catalán de 1932 o ante los problemas de la autonomía universitaria en Barcelona acredita su visión política. Sin embargo, como se recordaba más arriba, el último presidente de la República Española pensaba en términos de Estado y, por consiguiente, no aceptaba una división del país ya fuera por arcaicas remisiones al «pacto sinalagmático» de Pi y Margall o por la presencia del fanatismo separatista mondo y lirondo. No podía admitir que el largo proceso de constitución de un estado moderno europeo retrocediera a sus orígenes medievales y en algún caso protohistóricos. Un sentimiento de patria no puede sustentarse en un vago universal de resistencia a lo extraño que no conoce fronteras temporales en su delirio: si Azaña odiaba el recuerdo ominoso de Cavite, sus grandes frases vacías y su irremediable sonsonete de marcha de

<sup>19</sup> O.C., I, pp. 140-157.

<sup>20</sup> O.C., III, p. 597.



Cádiz, experimentaba idéntica aversión por los abundantes recuerdos nacionales de la mitología resistencial colectiva. «Debemos España —escribió en *La Pluma*,— a la destrucción de las Numancias —soñadas o no— por el romano»<sup>21</sup>. Porque, de ser algo, la idea de España era la resultante de la labor inteligente de españoles de varios siglos, aunados por la idea común de convivencia. Lo recordó el 13 de noviembre de 1937, ante el Ayuntamiento del Madrid sitiado por los fascistas, en uno de aquellos discursos «en campo abierto» que contienen las más nobles expresiones formuladas por español alguno ante el descalabro de su país: «Invocar el nombre de la patria para suscitar una guerra civil es ilegítimo, como no se crea que la patria es una especie de deidad remota, sanguinaria, delante de la cual, periódicamente, hay que sacrificar unos cuantos cientos de miles de sus hijos para tenerla contenta. Nosotros creemos que la patria no es eso; nuestra patria no es distinta de los españoles»<sup>22</sup>.

Por lo cual, menos aun podía pensar que Cataluña o el País Vasco fueran entes de razón distintos de la voluntad común de los pueblos españoles que luchaban en la guerra: los diarios de guerra hacen constar a menudo su desesperación ante aquellas taifas egoístas, morbosamente aficionadas al papeleo con membrete vernáculo y, en su opinión (a la que no faltaba mucha razón), responsables destacados de la poco halagüeña marcha de la guerra. Los lamentables altercados por cuestiones de protocolo o de soberanía, la doblez de algunos políticos, el desbordamiento, en suma, de la estructura del estado sumieron a Azaña en la sombría depresión de sus últimos años: vio la ruina de aquel organismo político y aun moral al que había dedicado el solitario —y cierto que insuficiente— esfuerzo de su razón. Esta —y no otra causa— inspiró el 22 de abril de 1939 la negativa a estampar su firma al pie de un manifiesto que le remitía Augusto Barcia y que hablaba de «españoles, catalanes y vascos»<sup>23</sup>. Azaña no era partidario de ese ejemplar masoquismo que ha hecho bueno en nuestros días el penoso circunloquio «los pueblos del Estado español» y las pintorescas «recuperaciones de señas de identidad».

## 6. CERVANTES COMO ACTITUD

El nacionalismo de Azaña tiene, empero, poco que ver con el apasionado y ciego voluntarismo tan frecuente en la España contemporánea. Más bien, y

<sup>21</sup> O.C., I, p. 502.

<sup>22</sup> O.C., III, p. 362.

<sup>23</sup> O.C., III, p. 533.



como se ha venido señalando, se elaboró a partir de un rechazo violentísimo de las gesticulaciones del nacionalismo reaccionario e inmemorial, con una cierta distancia del nacionalismo liberal y en agudo contraste crítico con el nacionalismo noventayochista.

En rigor, tales sentimientos fueron en España muy tardíos. Lo enteco del estado liberal español del siglo XIX, lo superficial de la ilustración del XVIII (Obra de clérigos, nobles y funcionarios reales bien intencionados pero poco burgueses), a la carencia en los siglos XVI y XVII de guerras de religión abiertas, explican –de acuerdo con la teología idealista del liberalismo— esa *no-modernidad* de la vida española. El grupo social al que corresponde el protagonismo moral de la República fue consciente de las razones históricas de aquellas deficiencias y parece altamente significativo que, bajo auspicio más o menos republicanos, los investigadores de entonces hicieran hincapié en fenómenos como el erasmismo, la ilustración o la vida de los españoles más relevantes del XIX, con ánimo de encontrar su propia progenie o de establecer el inventario de las oportunidades perdidas. No es difícil encontrar en las intervenciones parlamentarias de Azaña las referencias oportunas a aquella preocupación que, a la larga, deseaba convertirse en una forma de nacionalismo crítico. En algo que arrumbara al desván a sus pintorescos enemigos: la pervivencia en primer lugar de un nacionalismo asilvestrado y vinculado a una rara imagen neoconstantiniana del binomio Religión-Estado; la anomalía de sus burguesías periféricas entregadas al patriotismo local, por más que sus intereses de clase anduvieran vinculados a la totalidad del país como mercado de sus productos; la singular sobrevivencia del jacobinismo liberal, morrión e himno de Riego incluidos, que encarnaba la Milicia Nacional «caso patológico que probablemente no se da más que en la clínica española y que todavía permanece sin estudiar»<sup>24</sup>.

Con toda evidencia, la más aprovechable y la más cercana a Azaña de todas las tradiciones nacionalistas españolas era la que arrancaba del krausismo. Por razones de educación, conoció tarde a los herederos de Sanz del Río pero cuando lo hizo, se sintió atraído por ellos y sus apuntes de 1912 dejaron al propósito un estimable diagnóstico: «La Institución me recuerda a Port Royal; Giner ha sido su Saint-Cyran»<sup>25</sup>. La expresión no es en absoluto errónea y aun diría que excelente punto de partida para un entendimiento cabal de lo que pudo significar en la vida nacional la secuencia krausismo - positivismo -

<sup>24</sup> O.C., I, p. 54.

<sup>25</sup> O.C., III, p. 816.



Institución Libre de Enseñanza-fundaciones estatales-institucionistas de nuestro siglo.

Lo digo porque, a veces, tienden a privilegiarse los síntomas sobre las causas, cuando unos y otros se enredan en una trama inextricable cuyas manifestaciones pueden parecer contradictorias, pues en España idéntica estirpe conocen el monismo filosófico idealista y el cultivo de la sociología positivista, la propensión al círculo de iniciados y la compañía de reforma escolar, el iusnaturalismo y el respeto historicista por lo popular, el liberalismo y el socialismo de cátedra, la actitud más negativa en la polémica de la ciencia española y el nacionalismo filológico de Menéndez Pidal y el Centro de Estudios Históricos. Acertaba Azaña cuando veía en un fundamento de autoexigencia religiosa, de puritanismo moral, a raíz de cosas tan dispares y de un comportamiento social que definió, al margen de etiquetas filosóficas, un importante sector de la sociedad española entre 1854 y 1939. Pero también es cierto que esa identidad ética pertenece al terreno de los síntomas a que aludía más arriba. La realidad —y, por lo tanto, las causas— deben buscarse en la formación tardía y anómala de la conciencia liberal de la burguesía española y, más específicamente, en la peculiar situación sociológica de la clase media profesional —funcionarios universitarios, médicos, ingenieros, abogados...— ante la organización ya irreversible de un país moderno. Ante esa deficiente y casi caricatural realidad, el intelectual krausista o institucionista no se había limitado al ofrecimiento de sus servicios profesionales, siempre mal retribuidos o sepultados por una burocracia ignara y mecánica, pieza clave de la maquinaria social, intentaba a la vez edificar una teoría total de la sociedad a la que servía.

Nada de esto podía resultar ajeno a Manuel Azaña cuya situación personal y aun cuyo talante coinciden con los de las promociones que pueden definir aproximadamente aquella secuencia citada más arriba. Como ocurre en las mejores cabezas de aquellas, el nacionalismo de Azaña responde a la necesidad de buscar una tradición de reflexión española y un paraje espiritual habitable. Bordoó con habilidad el primer y más sutil peligro del nacionalismo liberal en países de estructuras acaicas: hablar de las «dos Españas» y acabar por refugiarse en una de ellas, en apacible conversación con erasmistas, místicos incomprendidos, ilustrados melancólicos o caballeros solitarios del XIX. El pasado de su país tuvo para Azaña su superior y casi obsesionante atractivo; lo conoció muy bien —la «cultura» española de Azaña es infrecuente, única, en un intelectual que no es profesional—, y desde luego, prefirió unas épocas a otras con personal criterio selectivo, pero el relativismo comprensivo del historiador pudo siempre con la arbitrariedad sentimental del nacionalista típico.





Un contraste privilegiado de tales actitudes nos lo ofrece su visión de Cervantes y del *Quijote*, tal como la enunció en su conferencia de 1930 en el Lyceum Club, de Madrid. Nada era, sobre el papel, más propicio a la identificación interesada por parte de un liberal, ni nada, por otra parte, venía de mayores vericuetos polémicos: si la encarnación radical de Maeztu había urgido el final del quijotismo como breviario de la impotencia nacional, Unamuno había reclamado una singular romería nacional al sepulcro del hidalgo manchego; si Lollis había argumentado el reaccionarismo de Cervantes y el mismo Unamuno, su manifiesta inferioridad ante su criatura de ficción, Américo Castro acababa de contagiar un fundamental a la vindicación del «ingenio lego», nutrido de la mejor savia renacentista. Y todo ello además del cervantismo oficial que había hecho del escritor miembro de honor del cuerpo de mutilados por la Patria y que le consagraba monografías sobre sus conocimientos marinos. Por todo esto, sorprende agradablemente que un profano reivindique, por encima de los muchos Cervantes de la leyenda, al Cervantes escritor: «No digo el prosista, ni el estilista ni siquiera el inventor de novelas; sino la operación del talento que, mediante la materia literaria, y con sus signos, implanta ante mis ojos unas formas de vida no expresadas antes por nadie», porque «tengo la pretensión de que la verdadera vida de un escritor está en sus obras»<sup>26</sup>. No se puede, en menos palabras, cancelar con más eficacia lo que en un estudio reciente ha llamado «La aproximación romántica a don Quijote»<sup>27</sup> y abrir camino a un entendimiento nada mítico del significado de la obra y del autor.

Pero no sería Azaña un nacionalista español sino hubiera intentado cifrar en su lectura de la obra algo de lo que pulcramente llama «materia española» en Cervantes y no hubiera echado su cuarto a espadas en orden a la «contemporaneidad» del mensaje quijotesco. Su medida al respecto es, pese a todo, ejemplar y comienza con un rechazo explícito de las extrapolaciones unamunianas que hacen de don Quijote «el Cristo de una religión sin fe, manantial del ánimo heroico»<sup>28</sup>. Antes al contrario, para Azaña el punto de partida de la novela cervantina es una piadosa y comprensiva observación de la vida española, sorprendida por un hombre ya viejo, inteligente y fracasado, en una

<sup>26</sup> O.C., I, p. 1114.

<sup>27</sup> Anthony Close, *The Romantic Approach to Don Quixote*, Cambridge University Press, 1977. Close, que presenta un demorado y sagaz estudio del libro de Américo Castro (1925), sólo menciona a Azaña de pasada (p. 128) en una relación algo arbitraria de «interpretations of the biographical-cum-historical species», junto a los Millé Jimenez, a Francisco Ayala, Maldonado de Guevara y José Antonio Maravall.

<sup>28</sup> O.C., I, p. 1102.



tesitura que abandona el camino del ideal heroico y está a punto de despeñarse entre ademanos barrocos. Si Quevedo se hubiera topado con el oídor que es padre de doña Clara, con Ginés de Pasamonte, con el hijo del caballero del Verde Gabán, «los habría hecho ceniza con tales dicitrios y sentencias de su prodigiosa imaginación verbal, que les quitarían literalmente la vida, lejos de soltarlos en la blanda atmósfera en que Cervantes los dejó respirar»<sup>29</sup>. Y no se equivoca Azaña que aquí anticipa la diferencia esencial entre la novela picaresca y la cervantina, amén de lo que hoy —después de trabajos muy recientes— viene siendo la opinión más común sobre la máquina de escarnecer que era Quevedo y aun sobre su medular reaccionarismo.

Un poco a bulto, Azaña acertaba también cuando veía en el «realismo» (que así se llamaba) el punto de partida del *Quijote*: «los incontables objetos en que la acción se apoya, como si no pudiera tenerse en pie lejos de aquella universidad de cuerpos: brocal del pozo, cueros de vino, dornajo de un cabrero, puño de bellotas, enjalmas de una recua, la cola del buey barroso, la bacía que refulge al sol, la nariz de Cecial, un león que se espolvorea las fauces, un gabán, la mula muerta de Cardenio»<sup>30</sup>. Ni el mismo don Quijote debió ser ajeno a algún Alonso Quijano más o menos real que Cervantes conociera en su largo peregrinar y puede que antes aun conocido por el escritor en sí mismo cuando contrastó sus ideales primeros con las sombrías premoniciones de su edad avanzada y de su tiempo histórico. Pero eso, piensa Azaña, su obra supone la más alta conciencia de decepción de un hombre de su tiempo y, a la vez, el máximo de libertad analítica: la expresión de un desencanto a través de la ambigüedad que se divierte en dar el mismo plano de efectividad al sueño heroico y a la mezquindad de cada día. Ante aquel tema profundamente humano, amorosamente apoyado en la materia cotidiana, es evidente que importa mucho menos aquella filosofía quijotil que tanta letra ha hecho correr y que Foucault definiría, algo pedante, como «soberanía de la mismidad» de don Quijote.

Que Manuel Azaña supiera intuir la realidad artística del quehacer cervantino como verdadera «realidad» del *Quijote* linda —dadas la época y condición del conferenciante— con lo verdaderamente milagroso. Pero lo es más todavía que la charla concluya, y muy deliberadamente, cuando el escritor deja «para otra ocasión mostrar los hallazgos de mi viaje, en qué medida, proporción y parte, un español de nuestro tiempo puede reconocerse en Cervantes y ser expresado

<sup>29</sup> O.C., I, p. 1110.

<sup>30</sup> O.C., I, p. 1103.



e interpretado por él»<sup>31</sup>. Es obvio que aquella segunda parte no tuvo posibilidad alguna de demostrar la verdad de un conocido dicho. Ni creo que Azaña pensara —al margen del efecto de suspensión oratorio (por lo demás, tan cervantino)— darnos cuenta cabal de «su Cervantes»: en realidad, la enseñanza contemporánea del autor y de la obra venían ya dadas en esa hipotética primera parte y se refería a propósitos tan sugestivos como el de no abandonar la realidad a la hora de intentar cambiarla, a la ironía y la comprensión como modos de conocimiento, a la importancia entitativa de la profesión de escritor y, en fin, a la inconveniencia de los mitos nacionales. Y es que —como habría de recordar años después en frase que ya he estampado una nación (y un nacionalismo) no es diferente de los hombres (en este caso, egregio) que la componen. Por eso, tras afirmar la «raíz autobiográfica» del *Quijote*, Azaña no puede evitar ver continuamente a Alonso Quijano —el simpático y humanísimo súbdito manchego de Felipe III— por debajo del quimérico caballero andante de tierras ucrónicas y utópicas: el hombre real que lucha por su ideal antes que un ideal que anula al hombre real.

## 7. EL 98 COMO LECCIÓN

Resulta hondamente significativo que la conferencia de Azaña sobre el *Quijote* se apoye en un explícito rechazo de la interpretación de Unamuno. No se trata de un mero disentimiento en materia opinable sino el repudio de lo que era toda una actitud ante la obra ajena a la que el vasco convertía en mero vehículo de sus propias angustias. Y ello por un doble motivo: por lo que tenía de falta de respeto al enterizo ser humano que fuera Cervantes y por lo que tenía, en lo que tocaba a Unamuno, de desafortada práctica de egoísmo literario.

La madurez intelectual de Manuel Azaña se produjo en pleno declive de la promoción finisecular de escritores. Aunque todos ellos siguieron escribiendo por varios lustros, el conocido bautismo azoriniano de 1913 —el polémico nombre de «generación del 98»— tenía mucho de póstumo en orden a lo que representaba y no poco de nostalgia de «juventud menguante» por parte del bautista. A la altura de aquella fecha, no quedaba un ápice del radicalismo político y literario que agrupó parte de la nómnia habitual de la generación y, empezando por el propio «Azorín», la mayoría de sus más destacados componentes eran sabedores de que la rabia finisecular había terminado. Antonio Machado expresó aquel acre recuerdo con una frase feliz («cuando montar

<sup>31</sup> O.C., I, p. 1114.



quisimos en pelo una quimera») que, no por casualidad, figuraba en su poema «Una España joven» en el primer número del semanario *España* (1915), cifra de una actitud, de una «juventud más joven». Ya hacía años para entonces que «Azorín» había cancelado su anarquismo y teñía de melancolía regeneradora su visión impresionista de la literatura y los paisajes españoles; que Baroja había refugiado en su propiedad de Itzea su rebeldía menor de «fauno reumático que ha leído un poco a Kant»; que Unamuno rompía sus últimas amarras con el progresismo batallón y que Maeztu precipitaba su caricatura niezscheana por las trochas más reaccionarias.

El desvío de Azaña ante saldo tan singular de las viejas actitudes revolucionarias no era único en su generación. Sustancialmente era el mismo que Ortega y Gasset sintió ante la «estética del impropio» barojiana, ante el energumenismo de Unamuno o ante el proteico esteticismo de Valle-Inclán. En forma aún más acusada, Manuel Azaña pareció considerar un imperativo ético urgente fijar su posición personal ante los polvos que trajeran estos lodos y penetrar en el oscuro clima espiritual que conducía a tamañas adjuraciones. Intuía con meridiana claridad que lo ocurrido reflejaba serias deficiencias de conciencia social y hasta una cierta falta de decoro intelectual, que, por otro lado, eran hipotecas usuales en el escritor hispánico y que incluso pudo conocer como tentación propia. En todo caso, eran tendencias a lo anárquico, a la egolatría, a la irreflexión, al olímpico desprecio por la información minuciosa y el pensamiento analítico, que chocan frontalmente con una disposición intelectual y un grado de autoexigencia que conocemos suficientemente.

El diagnóstico de Azaña resultaba muy similar al que Pérez de Ayala (un escritor por cuyo moralismo narrativo sintió un afecto muy especial) había formulado en *Troteras y danzaderas*: los males de la vida y el pensamiento español eran la carencia de sensibilidad para todo aquello que no viniera avalado por la letra impresa (y esta, si era de lectura rápida y tenía fecha de ayer), la insolidaridad que era fruto de una sociabilidad superficial y cicatera, la egolatría como actitud sistemática del escritor, el desprecio por toda actividad superficial que no fuera susceptible de ser plasmada en forma de artículos de periódico. Las opuestas recomendaciones de Alberto Díaz de Guzmán —el protagonista-testigo del relato de 1913— era, por el contrario, cultivar la sensibilidad primaria, abandonar la pedantería, disfrutar los dones de la amistad y de la comprensión, ser abnegado, trabajar sin la esperanza de fáciles triunfos inmediatos. Lo que, a su vez, podían aplicarse punto por punto la chillona galería de bohemios, arbitristas y parásitos de unos u otros que pueblan —con su clave a cuestras— las páginas de *Troteras*: desde los modernistas confesos como el inocente de Teófilo Pajares a los regeneradores iluminados como



Rainiero Mazorrall, desde el ambicioso Arsenio Bériz al filósofo Anton Tejero (lo que vale decir, Villaespesa, Maeztu, García Sanchiz, Ortega y Gasset...). Es decir: los resultados de las fiebres finiseculares pero observados desde la expectativa que abría la segunda década del siglo, cuando la Semana Trágica había acabado con el fantasma radical y la Conjunción contra Maura ofrecía la realización de un programa de reformas con la aquiescencia socialista.

Páginas atrás indicaba la importancia trascendente de esa tesitura histórica en la configuración del pensamiento de la promoción de Azaña, llamémosla «generación de 1914» o, como quiere el feo término traducido no se si del catalán o del italiano, «novecentismo». No pienso, sin embargo, que haya demasiada necesidad de acuñar un marbete nuevo para comprobar que las nuevas actitudes al respecto precisaban con toda urgencia descalificar a las precedentes, mucho más allá incluso de la crítica moral de que les hacía objeto Pérez de Ayala: eliminar aquella incómoda espuma románticoide que tuvo el fin de siglo, suponía regresar a formas de raciocinio más regular y trocar el irracionalismo trascendental por un vitalismo más optimista; abandonar las trágicas escisiones de aquel mundo (individuo frente a sociedad, instintos frente a razón, sinceridad frente a hipocresía), obligaba al cultivo de un realismo crítico y nacional, más apoyado en la realidad externa que en la conciencia de la propia impotencia. Escribir no podía seguir siendo alzar un grito de rebeldía sino participar «liberalmente» en la reforma moral de la sociedad: lo que viene ser, a fin de cuentas, el verdadero mensaje de los espléndidos ensayos sobre teatro que escribiera Pérez de Ayala y, no en pequeña medida, el fundamento ético de la crítica cultural y literaria de Manuel Azaña.

Una larga anotación de los cuadernillos parisinos de 1912 —bajo el título (¿de Azaña o de Marichal?) de «La literatura del desastre»— me parece enormemente sugestiva al respecto<sup>32</sup>. Parece inferirse del texto que Azaña pensó alguna vez dedicar un trabajo de alguna extensión a las diversas vertientes del pensamiento regenerador de 1898: el que significaba poco más que un burdo arbitrista positivista, hijo de la «decadencia de las razas latinas»; el que entroncaba con la nostalgia de la nunca concluida revolución burguesa (Pí y Margall, Giner y Alfredo Calderón, según la tríada que cita explícitamente nuestro escritor), y, por último, las proyecciones del desastre en la literatura de creación. Y resulta evidente que los estímulos inmediatos de Azaña provenían de la necesidad de tomar distancias sobre aquella tormenta en letra impresa que tanto contrastaba con la pasividad del resto del organismo nacional:

<sup>32</sup> O.C., III, p. 799.



«¿Debemos felicitarnos —se preguntaba— de que el trastorno no se produjera? ¿Qué habiéramos hecho con un pueblo ignorante, con revolucionarios inmorales, con una casta de políticos no más instruidos que el pueblo, pero devorados por la pequeña ambición, con unas *clases directoras insustituibles*, petrificadas por el egoísmo y con una juventud que hasta ahora no se ha distinguido por el desinterés ni la elevación de miras?»<sup>33</sup>. Y, no obstante lo negativo de su diagnóstico, Azaña creía que la remoción de la charca nacional había aportado algo: «La reacción instintiva no se produjo; en cambio, ha fructificado la reflexión. El resultado inmediato de esa reflexión tenía que ser un *liberalismo*»<sup>34</sup>. Y es lógico pensar que ese *liberalismo* era la mirada comprensiva, la voluntad de educación social, la supresión de todo voluntarismo anarquizante, que Azaña veía en sí mismo y que, en algún momento, pensó que podía ser divisa de quienes se asomaron a la vida española después de 1909.

Quizá por mor de aquella «oposición a lo contiguo» que tan agudamente detectó en Juan Valera, el teratológico caso de la literatura regeneracionista española que resultó enormemente atractivo. Algunas de las mejores páginas de Azaña en cuanto al rigor del pensamiento y puede que las mejores por lo que hace uso del sarcasmo están dedicadas a Joaquín Costa y Angel Ganivet, los dos regeneracionistas que se habían convertido además en fáciles tópicos del culto nacional por los grandes hombres.

Es notable, sin embargo, la diferencia del trato que dispensa a uno y a otro. Costa le inspira respeto por lo que alienta en el de la buena progeñe del pensamiento español: liberalismo, krausismo, voluntad de saber, noble indignación por el estado de cosas, capacidad poética de sintetizar..., lo que, en definitiva, había tenido en grado de excelencia «la generación republicana de la segunda mitad del siglo último» que había aprendido en «Michelet y en Proudhon, en Mill y en los radicales ingleses»<sup>35</sup>, más de lo que «hubiesen aprendido pescando cangrejos en el Duero». Lo condenable de Costa estaba en la tentación de la hipérbole, en el conservadurismo camuflado de trenos, en la desmesura de sus diagnósticos, en su recelo de la democracia parlamentaria y... por encima de toda otra cosa, en los «costistas» que caricaturizaban la tendencia a la simplificación de su maestro.

En Ganivet este maleficio de la inteligencia española se incrementa y es muy poco lo que puede salvarse de su recuerdo. Quizá sólo, piensa el sagaz intérprete de la conciencia de Valera, la fascinante crisis espiritual que reflejan

<sup>33</sup> O.C., III, p. 800.

<sup>34</sup> O.C., III, p. 800.

<sup>35</sup> O.C., I, p. 599.



las cartas que envió a Navarro Ledesma. Pero Navarro, que las publicó, desdénó escribir una biografía del granadino y prefirió dejarnos... una biografía de Cervantes, como lamenta con sorna Azaña. Lo demás es deleznable: Ganivet es el «tipo acabado del autodidacto, de cultura desordenada y retrasada, mente sin disciplina»<sup>36</sup> que, para colmo de males en la particular escala estimativa de su crítico, es «en rigor, poco sensible: eso es lo que le faltó para ser un gran artista»<sup>37</sup>. Pero si estas son impresiones que cualquiera puede sustentar ante los trabajos más conocidos del malogrado escritor, también es cierto que es difícil sustraerse a la sensación de que no faltaba aliento e interés al empeño ganivetiano. Pero Azaña tampoco se perdona ese sentimiento de indulgencia. Experimentarlo hubiera sido absolver a aquel público ignaro de la Baja Restauración que gustaba de que «Costa les llamara brutos, puercos, eunucos y se hundía el firmamento con los aplausos»<sup>38</sup>. La obra de Ganivet se enderezaba también al complejo masoquismo de aquel público «semiculto», pero con causas totalmente opuestas. Tras la penitencia regeneracionista venían muy bien algunas lindezas nacionalistas y, en suma, el «medalaganismo» que rezumaba el *Idearium español*. Por eso, «la causa profunda de la exaltación de Ganivet al rango de guía y maestro de una España venidera consiste acaso, más que en la sustancia ideal de sus escritos, en una coincidencia de problemas de juventud. Todo Ganivet es un afanoso tanteo de la vocación. La España de principio de siglo, inorientada, empezaba por preguntarse qué podía hacer y los jóvenes, sobre todo los jóvenes, los que aun no sabía a *qué generación iban a pertenecer*, se revolvió, como Ganivet se revolvió, en un enredijo de cuestiones previa»<sup>39</sup>.

Tanto en el caso de Costa como en el que acabamos de ver, la crítica literaria de Azaña tiene una dimensión que supera ese mero sintagma: nos hallamos ante una verdadera crítica de la cultura. Porque el análisis de la obra o del autor criticado son inseparables del juicio de su público potencial y el resultado se ordena a valorar la adecuación de su elemento a otro: al ejercicio, en definitiva, de un magisterio cívico que considera que el fundamento de la literatura es su *función* social, derivada, claro está, de su peculiar grado de eficacia artística. Por lo cual, su posición frente a la literatura finisecular sobreviente era especialmente delicada. Si, por un lado, representaban los males de insociabilidad propios de la crisis espiritual del Desastre, por otro

<sup>36</sup> O.C., I, p. 569.

<sup>37</sup> O.C., I, p. 570.

<sup>38</sup> O.C., I, p. 571.

<sup>39</sup> O.C., I, p. 571.

eran figuras cimeras en orden a la definitiva modernización de la vida cultural del país y ofrecían un alto grado de valor estético. Unamuno impresionó a Azaña sobre cualquier otro y, aunque hoy sea difícil explicarse tal ascendiente, raro fue el español de entonces que no admirara los aspectos más deleznable de don Miguel (el tono del predicador, la irreprimible tendencia a confesar nimiedades trascendentales, la arbitrariedad hecha sistema, las manías lingüísticas...) y olvidara sus rasgos más perdurables en lo literario (su condición lírica, su capacidad de percepción del infierno de lo cotidiano, su sensibilidad para asociar imágenes y, en general, para lo inconsciente). Pero ni Azaña estaba dotado para tales apreciaciones (percibía muy bien lo confesional intelectual y muy poco o nada lo confesional poético), ni la inercia que creaba en su tiempo el victorhuguismo unamuniano autorizaba la admisión de este tipo de valores.

Por esto, el Unamuno de Azaña está teñido de respeto, incluso en los disentimientos, ya sean de indole literaria (los que conocemos ante la *Vida de Don Quijote y Sancho*), ya sean de naturaleza política (como los que apunta el artículo «El león, Don Quijote y el leonero», donde se glosa la polémica visita de Unamuno al rey). Otro cantar es el caso de Baroja cuya viscera francofobia era suficiente motivo de descrédito para un ilustrado como Azaña. En los Andrés Hurtado o en los Fernando Ossorio barojianos pensaba seguramente nuestro autor al denostar «lo que se llamó la juventud» a principios de siglo: «egolatría y exhibicionismo: he aquí los grandes móviles de una generación. Los más apáticos se titularon decadentes; los más irritables, iconoclastas. En un sálvese quien pueda general obró maravillas la vanidad»<sup>40</sup>. Lo mismo podía valer para Antonio Azorín y, de rechazo, para su creador, de no ser porque el «Azorín que conoció Azaña había abandonado hacía mucho tiempo cualquier veleidad radical y cultivaba un *barresismo* puntillista. Con todo y lo cual, *Lecturas españolas* no merecía seguramente el negativo apunte de Azaña en su cuadernillo de 1912: «Azorín explota siempre los mismos recursos: no se renueva (...). Todo lo empequeñece cuando quiere explicar algo»<sup>41</sup>.

En ambos casos, los de Baroja y «Azorín», la crítica cultural de Azaña acertaba al bulto pero erraba en la literatura. Tenía cierta razón cuando se irritaba ante el peregrinar sin sentido de los personajes barojianos, ante las peroratas radicales de aquellos incurables contemplativos, y ciertamente que no hay cosa más fácil (Ortega lo practicó con fortuna) que describir fenomenológicamente una novela-tipo de Baroja (harina de otro costal es escribirla, o

<sup>40</sup> O.C., I, p. 85.

<sup>41</sup> O.C., III, p. 794.



hallar la misteriosa alquimia que hace inolvidables algunos relatos del vasco). Tampoco le faltaba razón cuando intuía la estrecha relación del pasmado descriptivismo azoriniano con el indigente mundo espiritual del lector del *ABC*, pero olvidaba la indeleble huella que la prosa de «Azorín» estaba dejando en la educación de la sensibilidad española para su literatura y su paisaje.

Muy otro era el caso de Valle-Inclán. La promoción de Azaña le había otorgado una valoración muy alta: Pérez de Ayala lo había puesto como explícito modelo de una literatura nacional y crítica, y mientras que el propio Azaña reunía las firmas más destacadas de entre sus amigos para consagrarlas en *La Pluma*, revista del Ateneo de Madrid, un número monográfico que supone la entusiasta aceptación de un escritor finisecular por parte de los nuevos pensadores. Pero una cosa era la creación literaria y otra el hombre. Y si Azaña escribía con condescendiente ironía en el citado número de *La Pluma* un trabajo sobre «El secreto de Valle-Inclán» que se extendía en conocidas anécdotas quijotescas, a su final prevenía que «es probable que Valle-Inclán está destinado a soportar una desfiguración grosera, popular, y que dure en la memoria del vulgo como un carácter terrible, agrio. ¿No padece Quevedo una reputación de procaz deslenguado?»<sup>42</sup>. Y lo cierto es que aun hoy es difícil cohonestar el progresismo vehemente y la clara conciencia política y artística que algunos ven en Valle-Inclán con su figura de «extravagante ciudadano» (que por una vez tenía que acertar Miguel Primo de Rivera) y menos aún con los enrevesamientos de *La lámpara maravillosa*. Azaña fue consciente de la contradicción y, si no la revelan sus escritos públicos, le plasma —y en forma muy poco favorable a Valle— su diario personal; «De Valle-Inclán, como no lo fundan de nuevo, nunca podrá hacerse un hombre respetable»<sup>43</sup>, consigna escuetamente en mayo de 1931. Y es que ni siquiera la ostensible protección que el nuevo gobierno dispensó al escritor, puede evitar, al decir de Azaña, que ande murmurando de él y coqueteando con Lerroux quien, por muchos conceptos, no era personaje recomendable ni menos aun sensible a las bellas letras. Pese a todo, cuando Valle amenaza irse a América «a mendigar» (como hicieran Zorrilla o Villaespesa), Azaña remueve influencias y le consigue un puesto de Conservador General del Patriotismo (que, más tarde, se trocará por el más ostentoso de Director de la Academia de Roma). Y es que buena parte de aquella política, a veces ingenua, de reconocimiento público de la valía artística por parte del gobierno republicano tuvo en Azaña un valedor destacado.

<sup>42</sup> O.C., I, p. 1095.

<sup>43</sup> O.C., IV, p. 32.



Cuesta poco imaginar, conociendo al responsable, que la tentativa tenía un doble alcance: se trataba de dignificar la obra de gobierno pero quizá también de civilizar la natural rustiquez del escritor español. Para Azaña actuar de maestro de ceremonias del nuevo régimen era un empeño de no menor importancia que otros. Cuando la República ofrece el 4 de enero de 1932 su primer banquete oficial, muestra su orgullo al consignar que a los postres ofreció un concierto la Orquesta Sinfónica de Madrid («el rey no lo hizo nunca») y que ha logrado que Largo Caballero se presente de frac<sup>44</sup>. Pero su gozo va al pozo porque el yantar no es muy bueno. «Don Juan Valera —confiesa muy mohino— hubiera criticado mucho esta comida». Valle-Inclán, añadiríamos nosotros, hubiera desentonado en la fiesta y este tipo de cosas eran insoportables para Azaña.

Esta hipercrítica actitud ante la promoción finisecular no supone una sistemática adhesión a los valores de la llamada «generación de 1914». Arriba señalaba que los años de entusiasmo libertad-burgués que iniciaron las polémicas del segundo decenio de este siglo no significaron, precisamente, un buen recuerdo para el político republicano. Azaña fue, por ejemplo uno de los contados intelectuales que no aceptó la Dictadura como mal menor, ni siquiera como tregua de reflexión y limpieza en la vida española. Estuvo contra ella desde un principio por razones que iban desde la decencia intelectual a una seria —y justificada— desconfianza con respecto a los vagos propósitos de aquellos militares de salón y de aquellos civiles que se vieron reflejados en la retórica ruina de la Unión Patriótica. Ya en 1920 Ortega le pareció un personaje «cuya originalidad consiste en haber tomado la metafísica por trampolín de su arribismo y de sus ambiciones de señorito». Y malévolamente anotaba que «una cosa es pensar y otra enhebrar ocurrencias. Ortega enhebra ocurrencias»<sup>45</sup>. Las monsergas brillantes y apodícticas, si no las acompañaba un alto grado de integridad intelectual, le parecían tan condenables como las lamentaciones finiseculares: en el fondo, unas y otras ocultaban el mismo desprecio por la capacidad intelectual del ciudadano de a pie, la misma falsa convicción de superioridad que otorga la facilidad de palabra. Así pudo dedicar a Eugenio D'Ors en su avatar madrileño uno de los más venenosos vejámenes que se grangeó el singular pensador catalán: «Si España fuese una colonia o un país protegido, la metrópoli o el estado protector nos enviaría por filósofo a Eugenio D'Ors»<sup>46</sup>.

<sup>44</sup> O.C., IV, p. 293.

<sup>45</sup> O.C., III, p. 866.

<sup>46</sup> O.C., III, p. 867.



Pero las piruetas del glosador le importaban menos que las de Ortega y sus camaradas. La actitud de este en las cortes republicanas, la pervivencia del singular grupo «al servicio de la República», las inocentes campanadas de Ortega en la prensa o la manía de acumular cargos que se desató en Pérez de Ayala, le hirieron a lo largo del primer bienio republicano con más intensidad que otras cosas. Es cierto que rodeaban a Azaña personajes de talla no mayor que los citados: contrariamente a lo que afirma la leyenda, aquel hombre huraño y mordaz era demasiado sensible a la opinión ajena (y se tiene la impresión de que buscaban obtener información al respecto con rara afición) y, como ya se ha indicado, no estaba exento de alguno de los vicios menores que criticaba agudamente en los demás. Pero también es cierto que la evolución del pensamiento de Azaña le distanció precozmente de sus camaradas de 1914: su ideal republicano tuvo un contenido mucho más explícito y profundo y no se limitó a un puro optimismo historicista. No supo muy bien qué cosa eran las «masas» a las que Ortega afrentó en momento particularmente inoportuno, pero es cierto que nunca las temió porque sólo vio en ellas un número de ciudadanos mayor que el habitual y como tal, sujeto de derechos y objeto posible de educación moral. Lo que quiere decir, desde luego, que tampoco supo que aquellos ciudadanos no solamente podían subsistir de laicismo y Estado, de decoro público y precisión oratoria.

Pero, a la altura de 1935, tras su encarcelamiento, las «masas» encontraron a Azaña «en campo abierto» y fueron ellas, en gran medida, quien le invistieron como nueva esperanza republicana. Azaña naufragó, a la larga, en tal responsabilidad histórica, pero es evidente que la asumió con dignidad ejemplar y que sacrificó muchas cosas —la principal, su distancia «intelectual»— a aquel cometido imposible.

## 8. EL SENTIDO DE UN HOMENAJE

Al escribir estas páginas destinadas a un homenaje a Manuel Azaña resulta lícito y hasta obligado preguntarse qué sentido tiene hacerlo, máxime cuando se refieren a hombre que fuera tan escrupuloso y reticente ante esas liturgias centenarias que son el único tributo que este país rinde a sus nombres desaparecidos.

No creo que deba ser estrictamente política la posteridad que celebramos en Azaña, por dos órdenes de razones. En primer lugar, porque si en el fundador de Izquierda Republicana recordamos solamente lo que representó —la idea de República o la dignidad de la España derrotada en 1939— hallaremos dos objetos de merecidos recuerdo y nostalgia, pero mutilaremos



inútilmente la figura de Azaña. Ni una idea es un hombre, ni Azaña fue el único de los vencidos, pero tampoco puede limitarse a la condición de símbolo ejemplar. En segundo lugar, sería notoria exageración tomar a Azaña como una suerte de santo patrón laico del progresismo universal, cuando el propio interesado conoció muy bien los límites del suyo y no fue esa disposición de ánimo el móvil de su actividad política.

Azaña, por ejemplo, no entendió jamás la fuerza y los poderes reales del socialismo. Lo vio como el aliado entre incómodos y útil de una política radical y jamás concibió que fuera cosa distinta de la habilidad de Indalecio Prieto, la intransigencia de Francisco Largo Caballero o de la incansable actividad de Juan Negrín. En ese mismo sentido, su concepción meramente ideológica del Frente Popular no respondía a la realidad potencial de aquel movimiento y Azaña ni siquiera afrontó la posibilidad —cierto que muy remota— de vincular la revolución social y la reconstrucción del estado durante los años de la guerra civil. Encarnó, a fin de cuentas, la impotencia y las limitaciones de muchos políticos de su época —es inevitable pensar en León Blum<sup>47</sup>— cuya formación de intelectuales tradicionales y cuyo jacobismo teórico no eran cualidades de recibo para los tiempos que corrían. Y es pobre consuelo que, en la poco atractiva galería de los estadistas de los años treinta, el presidente Azaña sea acreedor de un respeto que pocos de los demás merecen tan cumplidamente.

Más acertado pienso que podría ser un homenaje a quien encarnó con tanto denuedo el designio de laicizar y dignificar la convivencia y el Estado españoles. Porque aunque estas sean categorías previas de la revolución burguesa y que cabría dar por supuestas en un trozo de la Europa del siglo XX, parece triste destino español que siempre se tengan que echar de menos y, en resumidas cuentas, que la Conferencia Episcopal de nuestros días o el titular de tal Capitanía General no mejoren al cerril Cardenal Segura o a los cuatro generales de 1936, siquiera sea en las buenas formas. Debajo del *Clergyman* o de la guerrera sigue habiendo el montaraz pelo de la dehesa, que Azaña conocía muy bien.

El mérito, sin embargo, no reside en comprobar por enésima vez las deficiencias de la vida civil española, ni siquiera en averiguar sus causas reales (que no llegó a intuir): lo ejemplar de Azaña reside en la inusual sensibilidad para describirlas y aun para descubrirlas en campos —como puede serlo la

<sup>47</sup> El otoño de 1972 los Archivos de Francia (esto es, el Estado francés) consagraron una espléndida exposición en el Palais Soubise, de París, a los recuerdos y ambientes de León Blum en su primer centenario. Y esto en plena época del presidente Pompidou. ¿Será mucho pedir una celebración de este carácter al gobierno de España de 1979-1980?).



misma ideología «progresista»— que pueden parecer ajenos a los modos clericales. Azaña es una manera de *leer* al sesgo toda una tradición inmediata de la literatura española que se empeñó en la lucha por la modernización del país y apenas logró otra cosa que encajar en sus obras las aristas más vivas del dilema que se empeñaban en resolver. Quizá por esto, el estado natural de la obra escrita de Manuel Azaña es el proyecto, el apunte intencionado, el autoanálisis o el sarcasmo. Es —y en esto se parece a la de Ganivet, por más que pudiera pesarle— un rimero de cuestiones previas que, sin embargo, dan una luz especial —la de la inteligencia crítica— al curso de las ideas españolas de su tiempo.





# Azaña y el Ateneo de Madrid, una memoria olvidada

FRANCISCO VILLACORTA







EN 1932 ese gran maestro de ceremonias del fascismo español que fue Giménez Caballero publicaba su obra *Manuel Azaña. Profecías españolas*, donde ponía en inseparable relación de causa y efecto la II República española, Azaña y el Ateneo de Madrid. El Ateneo, según él, había traído la república a España, pero el Ateneo era una institución a la que Azaña había asimilado hasta el punto de identificarla con su propia personalidad. «Azaña —decía— no se comprendería sin Alcalá y sin El Escorial, pero mucho menos sin el Ateneo. Alcalá y El Escorial le formaron el carácter. El Ateneo fue el pretexto donde ejercitarlo, la divinidad a quien ofrendarlo»<sup>1</sup>.

Sin duda, centraba excesivamente el origen de aquella peripecia histórica de España sobre las energías intelectuales en que se formó, como, por otra parte, todas aquellas interpretaciones historiográficas que hablan de «república de profesores» o «república de intelectuales», pero apuntaba también a dos hechos de indudable certeza: que Azaña era en aquel momento la revelación de la república, el intelectual y político más representativo de las nuevas ideas que habían triunfado en ella y que el Ateneo de Madrid había sido para esas ideas y para el propio Azaña hogar de incubación y caja de resonancia. Estos hechos son los que sugieren la conveniencia de plantear la índole de las relaciones de Manuel Azaña con la institución ateneísta, lo que es tanto como decir su vida entre bohemia y estudiosa de las primeras décadas de siglo y su forma peculiar de ser intelectual.

---

<sup>1</sup> Giménez Caballero, E., *Manuel Azaña (Profecías españolas)*, Madrid, 1932, p. 121.



El Ateneo Científico, Literario y Artístico de Madrid ha sido una importante y original institución en la historia cultural de la España contemporánea. Fundado en 1835, al amparo del impulso político y cultural del movimiento romántico, caminando a ritmo acompasado con la trayectoria del liberalismo español, su vida toda resume el estado de conciencia más vivo de cada momento histórico. Fue originalmente un instrumento de penetración de las ideas y disciplinas que contribuyeron al rearme institucional, técnico e ideológico de la nueva sociedad liberal, tras la crisis de comienzos del siglo XIX; fue después el ámbito natural de discusión de las nuevas ideas - democracia, krausismo, libre cambio, abolicionismo, laicismo— que triunfaron en la revolución de 1868 y que marcaron el punto culminante del espíritu revolucionario de la burguesía española. Dos características le han distinguido sobremanera y le han permitido jugar tan importante papel: la absoluta libertad con que en todo momento se desarrollaron sus actividades, aun en los momentos menos propicios, y su carácter de semillero selector de la clase política española. En el Ateneo solían recalar los jóvenes intelectuales provincianos que llegaban a Madrid con la ilusión de hacer carrera política. Allí se empapaban de las ideas ambiente y se ejercitaban en el arte de la oratoria, de tanta importancia en el parlamentarismo del siglo XIX, y quienes lograban sus propósitos de destacar en la política, pasaban de forma automática a ocupar las cátedras y cargos directivos de la institución. El Ateneo era, y así se le ha calificado con frecuencia, el otro parlamento, el de la oposición, donde las minorías velaban las armas en espera del relevo en el poder<sup>2</sup>.

Con la Restauración borbónica de 1875 el Ateneo comenzó un periplo de su vida más pausado, más sosegado, muy a tono con la aparente civilidad del régimen canovista y con la cada vez mayor diversificación y profesionalización de los grupos intelectuales, que comenzaban a concebir el Ateneo como un centro de estudio y reconocimiento profesional, y no sólo de preparación política. Cánovas infundió su sello a este Ateneo como a la sociedad toda de su tiempo. No en vano alternó regularmente hasta su muerte en 1897 la Presidencia del Consejo de Ministros y la Presidencia del Ateneo. A un sistema político que funcionaba sobre el artificio del turno de los partidos conservador y liberal adaptó un Ateneo más preocupado por la reforma que por la sustitución del régimen, una cortesía en las discusiones y polémicas que

<sup>2</sup> El más calificado historiador de la institución ateneísta, Antonio Ruiz Salvador, ha dicho al respecto en un párrafo de su obra *El Ateneo Científico, Literario y Artístico de Madrid (1835-1885)*, London, 1971, p. 56: «A lo largo de este trabajo tendremos ocasión de comprobar que las mayorías parlamentarias serán minorías ateneístas y que la docta casa, salvo en breves periodos, será siempre una casa de oposición».



sólo es posible cuando se debate sobre lo accesorio; en un Madrid que crecía y se modernizaba con los adelantos exigidos por la nueva mentalidad positivista de la burguesía madrileña, levantó la actual sede del Ateneo, un elegante palacete, aunque un poco lóbrego en su interior, que ponía un sobrio marco burgués a la cultura ateneísta del último tercio de siglo.

Este es el Ateneo que Azaña encuentra cuando en 1898 llega a Madrid. El mismo describiría más tarde su sobrecogimiento provinciano al primer contacto con los salones ateneístas, la sensación de «entrar» en un templo, su aura de «ranciedad y misterio», sensaciones no sólo visuales, sino fundamentales psicológicas. «Pronto advertí — decía en 1930 — en la situación moral del Ateneo cierta correspondencia con su hechura cavernosa: debía su aislamiento a la reputación de casa docta y sabihonda»; su espíritu fantasmal a la influencia de un hombre, Cánovas, que había «creado el sistema (político) más irreal de la historia española»<sup>3</sup>.

Al poco, sin embargo, todo el panorama se transformará radicalmente. Llegan al Ateneo los jóvenes intelectuales de la generación del 98, furiosos del despertar de aquel sueño canovista. Gentes nuevas, temas candentes, discusiones renovadas. En 1903, por primera vez después de mucho tiempo, los ánimos llegan a caldearse en la discusión de una memoria sobre la novela contemporánea y se hace preciso suspender los debates. Por los mismos años las discusiones sobre el problema obrero, sobre la enseñanza, cuentan entre sus participantes a Pablo Iglesias, Jaime Vera y otros socialistas y a los intelectuales anarquistas Dr. Medinaveitia, Federico Urales y su mujer, Soledad Gustavo. Azaña es asiduo visitante de este renovado Ateneo. En un artículo publicado en la revista *Gente Vieja*, en marzo de 1903, describe precisamente el clima vivido<sup>4</sup>. Bernáldez, hombre joven con ambiciones políticas, se ve en el compromiso de actuar de cicerone cultural de uno de los caciquillos más influyentes del distrito por el que aspira a convertirse en mandatario. Caen por casualidad en el Ateneo, le muestra la biblioteca, «oficina de intoxicación mental y física, donde quien no se aturde con la filosofía se marea con el cok»; a continuación, la Cacharrería, el más peculiar ámbito ateneísta, donde se da cita diariamente, con liturgia de gran acontecimiento, la más disparatada bohemia de Madrid. Allí estaba aquel día el viejo Echegaray mordiéndose la perilla para sofocar el enojo por alguna impertinencia de cualquiera de los jóvenes intelectuales iconoclastas; también Azorín, con su manojo de violetas en el ojal, y en un rincón un hombre que pretendía haber descubierto que la tierra no se movía

<sup>3</sup> Azaña, Manuel, «Tres generaciones del Ateneo», OO. CC. I, México, 1966, pp. 627-628.

<sup>4</sup> Azaña, Manuel, «Tardes madrileñas II. El Ateneo». OO.CC. I, pp. 48-52.



alrededor del sol. Pasan después a una clase y han de salir a la carretera ante el enojo del cacique por las no muy halagüeñas palabras con que el profesor describía los caracteres antropológicos de los habitantes, precisamente, de su región. Antes de salir todavía tiene tiempo de escuchar las palabras con que un catedrático exponía a los sirvientes del Ateneo el «origen, desenvolvimiento, filiación y porvenir de las ideas socialistas».

Los primeros años de la segunda década de este siglo son clave para la orientación futura de la cultura y la política, por lo menos hasta el advenimiento de la II República. Los sucesos de la Semana Trágica barcelonesa y los que les siguen inmediatamente, en especial el fusilamiento de Ferrer, significan una auténtica conmoción en la conciencia intelectual de la época y renuevan el clima de rebeldía que los noventayochistas han ido convirtiendo en cómoda estética de la pasividad y el nihilismo. Se realiza el balance, generalmente ruinoso, de la trayectoria intelectual seguida por los hombres del 98 desde comienzos de siglo, hombres que no habían sabido edificar nada de lo desmontado con tanta pasión iconoclasta, o que, como decía Azaña, habían desocupado las hornacinas para apresurarse a ocupar ellos la concavidad vacía<sup>5</sup>. Se buscan nuevas definiciones y nuevos contenidos para la vieja liberal, se apela a la necesidad de otro 1868. En 1912 se constituye el Partido Reformista, que pretende marcar una senda de avance al margen del viejo contencioso entre dinásticos y republicanos. Su constitución precede en sólo un año a la descomposición de los partidos turnantes, clave fundamental de la definitiva crisis del sistema político de la Restauración. También en 1913 se constituye la *Liga para la Educación Política*, con promotores tales como Ortega y Gasset, Azaña, Fernando de los Ríos y otros, primera comparecencia pública de una conciencia generacional, la de 14, decididamente inclinada a la política<sup>6</sup>. En la primavera del año siguiente hará su presentación oficial en la conocida conferencia *Vieja y nueva política* de Ortega y Gasset en el teatro de la Comedia.

Es en esta compleja coyuntura política y cultural cuando Azaña accede, en 1912, a la secretaría primera del Ateneo de Madrid. Es un dato de no menos importancia que los anteriores porque su comparecencia y la orientación que

<sup>5</sup> Véase el artículo «Vistazo a la obra de una juventud», publicado en *La Correspondencia de España* el 25 de septiembre de 1911, en OO. CC. I, p. 83-86. Sobre este artículo y el conjunto de conferencias que se dieron en el Ateneo tras el asunto Ferrer véase mi artículo «El Ateneo en Madrid, Círculo de convivencia intelectual (1885-1913)», *Anales del Instituto de Estudios Madrileños*, XV, 1978, pp. 381-419.

<sup>6</sup> Como muy bien ha estudiado Juan Marichal en la introducción al tomo I de las *Obras completas* de Azaña: «La vocación de Manuel Azaña (1880-1930), CXV págs.



desde su cargo va a infundir a la Docta Casa permiten encarnar en un hombre y en una institución la trayectoria de una generación, la índole de los problemas y experiencias que se irán acumulando en la conciencia de los hombres que han de gobernar la II República española. Van junto a Azaña en la candidatura nombres de tan diverso significado como el conde de Romanones, par la Presidencia; José Rodríguez Carracido, Adolfo Bonilla, Augusto Barcia, Antonio Dubois, Juan Spotorno, José López Campillo, Ramón Pérez de Ayala, Javier Cabezas y Rafael Sánchez-Ocaña, para el resto de los cargos, signo de la simultánea superposición de tentativas de ortodoxia y heterodoxia dentro del sistema de poder de la Restauración que caracteriza, según J. Marichal, la biografía del joven Azaña.

En el gobierno del Ateneo, Azaña se distinguió por su capacidad gestora y por su carácter enérgico. Quiere esto decir, según las malas lenguas, que desde su cargo ejerció una «verdadera dictadura» en la Docta Casa, en la que era conocido como *El Coronel*<sup>7</sup>, aunque por otro lado se ha dicho que su más encarnizados opositores eran los morosos en el pago de las cuotas y los «convidados», es decir, personas ajenas a la institución que se aprovechaban de sus instalaciones<sup>8</sup>. Lo cierto es que tuvo en el Ateneo, a lo largo de toda su vida, fervientes admiradores y enemigos acérrimos y que condujo a la institución a una etapa de febril actividad y de florecimiento económico. En muy poco tiempo la sacó de las dificultades económicas en que la dejara su anterior presidente, Segismundo Moret, y canceló prácticamente la deuda hipotecaria que pesaba sobre el edificio desde su construcción, con el sencillo procedimiento de solicitar de los titulares de Cédulas —generalmente conocidas personalidades ateneístas— su cesión gratuita<sup>9</sup>.

Lo que el Ateneo proporcionó a este joven Azaña, todavía oscilante entre la vocación intelectual y la dedicación política, es un asunto controvertido sobre el que más adelante se volverá. De forma inmediata, sin embargo, le ofreció la posibilidad de ejercitar sus cualidades oratorias. «El ejercicio de polemista y el hábito de entendérmelas con una muchedumbre (que vota) es lo que yo he sacado del Ateneo y que me sirve en la política», escribía en su diario al dejar la Presidencia de la Casa en 1932<sup>10</sup>. Por otra parte, él mismo

<sup>7</sup> Véase Giménez Caballero, E., *Ob. cit.*, p. 225, y Cánovas Cervantes, S., *Apuntes históricos de «Solidaridad Obrera»*, Barcelona, s.f. p. 111.

<sup>8</sup> Véase Azaña, *su política, el Ejército y la guerra*, Madrid, 1935, pp. 32-33.

<sup>9</sup> Azaña, Manuel, «*Memorias políticas y de guerra*», 31 de mayo de 1931. OO. CC. IV, México, 1968, p. 396.

<sup>10</sup> Azaña, Manuel, «*Memorias políticas y de guerra*», 31 de mayo de 1931. OO.CC. IV, México, 1968, p. 396.



recordaba en 1927 las palabras que tras una de aquellas sesiones de discusión ateneísta le dirigió Ortega y Gasset sobre su todavía no ensayada capacidad política y parlamentaria <sup>11</sup>. En segundo lugar, el Ateneo, institución que consagraba tradicionalmente la unidad —política y cultural— del poder, permitió a Azaña, como dice J. Marichal, «*estar en la política sin hacer política, o mejor dicho, sin hacer carrera política*» <sup>12</sup>. Finalmente, el Ateneo, registrador privilegiado de las oscilaciones de la temperatura política nacional, le obligó a un contacto cotidiano con los temas más candentes de la realidad inmediata. En estos datos habían de eslabonar algunas de las cualidades más sugerentes de su condición intelectual y política: la decisión y energía para abordar directamente los problemas, la firmeza en sus ideales, sin desmayos ni precipitaciones: «esperar la hora», que decía Giménez Caballero, cualidades que, junto con la preocupación intelectual y la sensibilidad histórica, auténtico núcleo de su concepción de la inteligencia, habían de formar la parte más sugestiva de su personalidad.

De entre la múltiple vida intelectual del Ateneo de Madrid en los años en que Azaña ocupó la Secretaría destacaré solamente aquellos que con más intensidad resonaron en la cambiante vida política del momento <sup>13</sup>. Los problemas de la educación y de la enseñanza fueron temas de constante atención; otro, el análisis del estado político de algunos países europeos, a los que se tomaba como modelo para el nuevo liberalismo español. En el curso 1914 a 1915 comenzó la pugna entre aliadófilos y germanófilos con varias conferencias dedicadas al tema de la guerra europea. En mayo de 1916 el Ateneo acogió bajo su protección y dio marco resonador adecuado a la comisión de académicos e intelectuales franceses que llegan a España en misión propagandística. Azaña fue protagonista destacado de aquella acogida. En el discurso que pronunció el 6 de mayo en nombre de la juventud ateneísta, al brindis del banquete de homenaje a los académicos se lamentó del retraso de la aproximación franco-española <sup>14</sup>. «Acaso —decía el periódico *El Imparcial* del día siguiente— rebasó normas de neutralidad establecidas tácitamente por su jefe político, Melquiades Álvarez.» Al año siguiente un grupo de intelectuales españoles,

<sup>11</sup> «¿Lo ve usted? Usted no se ocupaba más que de cosas literarias. Entra usted en el papel de parlamentario, y ¡véase! con sobrantes por todas partes; ¡a los hombres hay que ensayarlos! Manuel Azaña, OO. CC. III, México, 1967, p. 891.

<sup>12</sup> Marichal, J., «*La vocación de M. Azaña...*», intro, cit. p. XXIII.

<sup>13</sup> Otra cosa sería imposible ya que las actividades del Ateneo sumaban a lo largo del curso, entre conferencias, veladas, discusiones, etc., cerca de 250 actos culturales. Puede seguirse algo más detalladamente esta época ateneísta en mi libro *Burguesía y Cultura. Los intelectuales españoles en la sociedad liberal (1898-1931)*, Madrid, 1980.

<sup>14</sup> Azaña, M., «*Nuestra misión en Francia*», OO. CC. I, p. 127.



con Azaña en representación del Ateneo, devolvió la visita recorriendo durante varios días los frentes de guerras franceses. El mismo narró sus impresiones en varios artículos y en un conferencia ateneísta. Una memoria sobre el tema *España y la guerra*, que venía discutiéndose desde marzo de 1917, provocó a la puerta del Ateneo un desagradable incidente, bastante opuesto al tradicional liberalismo y hospitalidad de aquella institución, cuando en la noche del 22 de mayo un grupo de unas 50 a 60 personas esperó a la salida de los participantes en la discusión, donde al parecer los ánimos se habían exaltado un tanto, recibéndolos con gritos contra los intelectuales, el intervencionismo y la civilización y entablándose a continuación un conato de pelea entre ateneístas y manifestantes, cortado rápidamente. El asunto concluyó con un incidente entre el catedrático de la Universidad de Sevilla, Antonio Jaén, y un teniente de la reserva gratuita, que, al parecer, según sus declaraciones, estaba allí para separar a los contendientes, y que dio con los huesos del catedrático en prisiones militares.

Sólo tres días después Azaña pronunciaba en el Ateneo su conferencia *Los motivos de la germanofilia*, que tuvo una gran resonancia y elevó considerablemente el prestigio de su autor entre los jóvenes ateneístas, conferencia donde la posición intelectual sobre España y la guerra adquiriría una formulación más rigurosa que la expresada en manifiestos y proclamas, tan pródigos, por otra parte, de ligas de apoyo o de protesta hacia los contendientes. La neutralidad de España, se decía en ella, no había sido otra cosa que claudicación obligada ante la indefensión militar y la debilidad económica. Por el contrario, el intervencionismo no era tanto participación militar en la contienda, como compromiso moral con un ideal de vida civilizada que se creía estaba de parte aliada: la que concebía el «pueblo y la patria como una reunión de hombres libres organizados para obtener y aplicar la justicia»<sup>15</sup>.

La compleja situación política del verano de 1917 —recuérdese la huelga general, la Asamblea de Parlamentarios, las Juntas militares de defensa— ocupó el norte de la atención ateneísta en el curso 1917 a 1918. Se discutió largamente una memoria sobre *Huelgas económicas y huelgas políticas*, se analizó la situación política en varias conferencias. En marzo de 1918 una de ellas, a cargo del doctor Medinaveitia, que denostó el antidemocratismo y militarismo reinantes, concluyó con una manifestación de ateneístas que en número de unos 300, llegaron hasta el Ministerio de la Gobernación, en la Puerta del Sol, donde fueron disueltos por la policía.

<sup>15</sup> Azaña, M., «*Los motivos de la germanofilia*», OO.CC. 1, p. 142.

Más animado estuvo aún el curso siguiente. Comenzó con la Asamblea republicana reunida en el Ateneo en noviembre de 1918 para discutir la crisis del gobierno Maura de concentración nacional salido de las elecciones de febrero. Los representantes republicanos acordaron aunar sus dispersas fuerzas y constituir un Directorio, con un mínimo programa estratégico de cambio, en espera de los acontecimientos. También fue este año el del enfrentamiento de los socios con su presidente, conde de Romanones, que, por cierto, tuvo su momento jocoso cuando al iniciar el discurso de apertura de las cátedras con esas retóricas afirmaciones con que los oradores del siglo XIX solían ganar la benevolencia del público, afirmando no merecer el cargo y la tribuna ocupados, dos sonoros gritos le contestaron que tenía toda la razón. El enfrentamiento definitivo llegó tras la desautorización pública del Presidente de unas conferencias sobre el momento político, a cargo de Lerroux, Prieto, Pérez Solís y Besteiro, en un subido tono republicano. Al mismo tiempo Romanones dimitía del cargo. Tras varias oscilaciones, en que le conde retiró y reiteró sucesivamente la dimisión, finalmente en Junta General de 15 de mayo se aprobó una moción de censura a su actuación en el cargo.

Por último, durante el curso siguiente, 1919 a 1920, una buena parte de su tiempo se dedicó al análisis del sindicalismo único y libre, y del socialismo, que tras la revolución rusa estaba viviendo momentos de debate y clarificación y que terminaría por escindirse en 1921.

Este curso fue el último en que Azaña desempeñó la Secretaría de la institución. En enero de 1919 Azaña había marchado a Francia y allí permanecería más tiempo de lo previsto. En enero de 1920 envió una carta de dimisión de su cargo ateneísta, aunque continuó de hecho como secretario hasta el 3 de marzo de 1921 en que se impuso una nueva candidatura. Su separación —dice Cánovas Cervantes— fue el «resultado de enconadas luchas intestinas»<sup>16</sup>. Recientemente, Sainz Rodríguez lo ha confirmado diciendo que estuvo precedida «de una verdadera campaña de estudiantes y gente joven que se indispusieron con él por sus actitudes autoritarias»<sup>17</sup>. Azaña lo recordaba en 1930 con resquemor<sup>18</sup>. Lo cierto es que de la crisis salió elegido como presidente el antiguo expulsado, conde de Romanones, y con él una candidatura formada por Angel Ossorio y Gallardo, Argente, Elorrieta, López de Saa,

<sup>16</sup> Cánovas Cervantes, S., *Ob. cit.*, p. 111.

<sup>17</sup> Sainz Rodríguez, Pedro, *Testimonios y recuerdos*, Barcelona, 1978, p. 67.

<sup>18</sup> (En 1925) «ni siquiera iba al Ateneo, del que me había separado por las tonterías que empezaron a hacer en cuanto salí de la secretaría, y por la feísima acción que cometieron conmigo algunas gentes que no podían soportar mis aciertos en aquella casa», *Memorias políticas y de guerra*, 18 de agosto de 1931, OO. CC. IV, p. 85.





Menéndez Parra, Minar y Guitart, Sainz Rodríguez, García Martí, Benito Landa y Gonzálbez Ruiz. El relevo supuso, en principio, para el Ateneo una mayor medida y dedicación estrictamente cultural. Sainz Rodríguez niega que la candidatura triunfante fuera de «derecha en el sentido político», aunque resulta difícil de compartir esta opinión, tratándose de una alternativa a la candidatura de Azaña, que era, según sus palabras, el «jefe de la tendencia izquierdista que, en esa época, regía la administración del Ateneo». Este relevo ateneísta, por otra parte, no dejaba de tener estrechas concomitancias con una determinada conciencia de la función intelectual que por entonces estaba ganando adeptos y que se resumía en el *imperativo de intelectualidad* de Ortega y Gasset: «que el intelectual se resuelva a ser intelectual y sólo intelectual», la actitud de compromiso y disciplina interior y no con la política ni los partidos<sup>19</sup>. Desde luego era una actitud no compartida por el Manuel Azaña de aquellas mismas fechas. En un importante artículo, *La inteligencia y el carácter de la acción política*, publicado en la revista *España* en febrero de 1924, confirmaba su compromiso militante con la unidad y vitalidad esencial del conocimiento. «El divorcio entre pensamiento y acción —decía—, si se presenta como necesario, es una arbitrariedad.» «La inteligencia activa y crítica, presidiendo en la acción política, rajando y cortando a su antojo en ese mundo, es la señal de nuestra libertad de hombres, la ejecutoria de nuestro espíritu racional. Un pueblo en marcha, gobernado por un buen discurso, se me presenta de este modo: una herencia histórica corregida por la razón»<sup>20</sup>.

Bien es verdad que aquella medida ateneísta fue sólo un paréntesis de sus pasadas inquietudes, que no eran ya las de un solo hombre, Azaña, sino las de una generación, y que sin tardar mucho, en 1922, escapándose de la tutela de sus gestores, habría de ponerse al frente del clamor nacional por responsabilidades por el desastre de Annual, y este mismo tema habría de enfrentarle al año siguiente con la Dictadura de Primo de Rivera<sup>21</sup>.

El alejamiento de Azaña de la institución ateneísta duró ocho años. Y cuando volvió a ocuparse de ella fue para contribuir a salvarla de su peligro inminente de desaparición. El Ateneo fue, en todo momento, un incómodo huésped de esa corte de espuelas y uniformes en que se había convertido la monarquía española. En febrero de 1924, después de una libérrima conferencia de Rodrigo Soriano sobre el asunto de las responsabilidades, el Dictador desterró al conferenciante, junto con Unamuno, a la isla de Fuerteventura y

<sup>19</sup> Ortega y Gasset, J., «*Imperativo de intelectualidad*», *España*, 303. 14 de enero d 1922. p. 3.

<sup>20</sup> Azaña, M., «*La inteligencia y el carácter de la acción política*» OO. CC. I. p. 489.

<sup>21</sup> Sobre el Ateneo a partir de esta época y hasta 1936 véase el minucioso libro de Ruiz Salvador, Antonio, *El Ateneo. Dictadura y República*. Valencia, 1976.



suspendió las actividades ateneístas. Poco después nombró una Junta gubernativa que se encargase de la gestión administrativa de la Casa. Perdida su libertad, el Ateneo perdía gran parte de su sentido, y en efecto, inició una etapa de decadencia moral y deterioro físico, aunque sólo en su más superficial apariencia, porque subterráneamente continuaba su tradicional tarea de zapa del régimen. Lo que no se decía en la tribuna, se comentaba en los pasillos. El caso es que Primo de Rivera no sabía qué hacer para quitarse de encima tan desagradecido huésped, de cuyo enfrentamiento se había tomado buena nota en los círculos culturales del extranjero<sup>22</sup>, y concibió varios proyectos para suprimir al Ateneo o desligarlo de su sentido tradicional. Uno de ellos consistía en trasladar la institución, junto con el Centro de Estudios Históricos y la Comisaría regia de Turismo al edificio del Palacio de Hielo, otro, el más cercano realizarse, preveía la fusión con el círculo de Bellas Artes. Enterado Azaña del proyecto, se hizo socio del Círculo y asistió a la Junta general donde había de decidirse sobre él, consiguiendo que el Círculo rechazase la unión. Un argumento convincente fue que no sólo habría de hacerse cargo de sus instalaciones, biblioteca, subvención oficial, etc., sino también de sus cuantiosos gastos y en una coyuntura de grave aumento de su déficit, ante la desbandada de socios descontentos del intrusismo gubernativo.

El ascenso de Azaña a la Presidencia de la Casa ha sido un asunto polémico que desde la izquierda y derecha se ha parangonado con un ascenso a la jefatura del gobierno, considerándolo casi simultáneamente como oportunismo y traición. Era la época del general Berenguer y el Ateneo había vuelto por sus antiguos fueros. Se hacía decidida campaña republicana. Se discutía con calor sobre las responsabilidades de la Dictadura. En un Ateneo abarrotado por tres mil personas, que ocupaban el salón de conferencias y los pasillos, habían hablado Prieto y Unamuno; el resto de las conferencias prevista, de Domingo, Alcalá-Zamora y otros, fueron aplazadas por decisión del gobierno. La protesta de los socios ateneístas y la actitud contemporizadora del repuesto Presidente, doctor Marañón, que se veía, al mismo tiempo, en la precisión de defender la libertad de la tribuna ateneísta y de moderar los impulsos de los socios, provocó la dimisión de la Junta Directiva, en la que Azaña había sido

<sup>22</sup> Periódicos y revistas extranjeros de tanto prestigio como *Il Corriere de la Sera*, *Les Nouvelles, Littéraires*, *The New York Times*, *La Nación*, de Buenos Aires. *Crítica*, de La Plata, *La Estrella*, de Valparaíso, etcétera, se hicieron eco de él. Maeztu escribió para *El Mundo*, de La Habana, varios artículos sobre la suerte del Ateneo (recogidos en *Los Intelectuales y un epílogo para estudiantes*. Madrid. 1966, pp. 328-327).



incluido en contra de su voluntad, según dirá más tarde<sup>23</sup>, para el cargo de depositario. En la Junta general extraordinaria celebrada el 23 de mayo para discutir la dimisión, se ha colocado el punto de arranque del ascenso de Azaña a la presidencia, y, por lo tanto, el momento en que rompió su solidaridad con el resto de los miembros de la Junta. El periodista Cánovas Cervantes narra que, cuando menos se esperaba, Azaña abandonó su puesto en la mesa directiva y desde las tribunas del público improvisó un discurso en que, tras reafirmar su solidaridad con la Junta, a continuación, haciendo un quiebro, planteaba al Ateneo la necesidad de ser fiel a sí mismo y llegar hasta el fondo en el enfrentamiento con los epígonos de la Dictadura. El mismo recordará más tarde que en el discurso de esta Junta «derrotó», son sus palabras, a Pittaluga, uno de los primeros dimisionarios y todavía monárquico. Tal vez fuese una pequeña jactancia, porque lo cierto es que de allí salió reivindicada la Junta directiva, y en ello no tuvo poca intervención Azaña al plantear terminantemente a los descontentos socios si querían convertir sus críticas en moción de censura. Ante la alternativa de un enfrentamiento directo, los socios decidieron por aclamación rechazar la dimisión de la Junta. Bien puede decirse que Azaña salvó la solidaridad con sus compañeros sin abdicar con ello de su opinión sobre la tarea del Ateneo en aquella hora. Su actuación no fue estrictamente una ofensiva directa sobre la presidencia de la Casa, sino sobre el régimen político existente, por un hombre que con certera mirada política veía compendiado en el Ateneo el clima de cambio y de oportunidad histórica que vivía el país. Prueba de ello es que, tras la renuncia de Marañón y otros miembros de la Junta a presentarse a la reelección en las inmediatas elecciones reglamentarias, porque, según decían, «nuestra interpretación de la responsabilidad del gobierno del Ateneo no se acomoda en estos momentos al ritmo más acelerado que insinúa, y a veces exige, le fervor de aquellos grupos de ateneístas que con su actuación permanente imprimen su acento actual al espíritu de nuestra casa»<sup>24</sup>; en aquellas elecciones, digo, no apareció el nombre de Azaña para la presidencia, sino el de Fernando de los Ríos, y sólo cuando éste renunció a tomar posesión, y no aceptando presentarse Alcalá-Zamora, apareció la candidatura de Azaña, firmaba por numeros intelectuales, entre los que se encontraba el propio Marañón.

<sup>23</sup> Azaña, Manuel, «Memorias políticas y de guerra», 31 de mayo de 1932, OO.CC. IV, p. 394.

<sup>24</sup> Proclama aparecida en los diarios liberales, *Heraldo de Madrid* y *El Liberal*, el 30 de mayo de 1930.



A partir de este momento, el Ateneo, con Azaña a la cabeza, se convirtió en la alternativa del cerrado parlamento y de la inexistente libertad de prensa<sup>25</sup>, y, lo que es más importante, en el centro de organización de un contrapoder republicano clandestino. Comenzaron las conferencias y discusiones comprometidas, se organizó una comisión de responsabilidades de la Dictadura, compuesta de 21 miembros en recuerdo de la Comisión parlamentaria de los años anteriores a Primo de Rivera, con el objeto de ejercer la acción popular ante los tribunales en todos aquellos asuntos irregulares que fuese posible reunir en información pública. Con posterioridad al Pacto de San Sebastián de agosto de aquel año comenzó a reunirse clandestinamente en los salones ateneístas el Comité Revolucionario. Azaña se hacía eco de este estado de efervescencia política en su discurso *Tres generaciones del Ateneo*, pronunciado el 20 de noviembre con ocasión de la apertura de las cátedras ateneístas. Según dirá más tarde, se esperaba de un momento a otro la sublevación republicana, que finalmente se precipitó en Jaca el 12 de diciembre. Por lo demás había sido aquélla una semana trascendental para la decantación definitiva de la opinión pública ante los propósitos del gobierno Berenguer. El día 12 noviembre morían cuatro obreros en el hundimiento de una casa en construcción. Decretada la huelga general en Madrid para el día 14, una manifestación organizada después del entierro de las víctimas fue reprimida duramente por la policía, que originó dos muertos y más de cuarenta heridos. Entre las respuestas inmediatas —nueva huelga general, cierre de periódicos, dimisión del ministro de Gobernación, artículo *Delenda est Monarchia*, de Ortega y Gasset—, el Ateneo de Madrid se reunió en Junta General extraordinaria, acordando protestar por aquellos atropellos sufridos por los ciudadanos y elevar su protesta no al gobierno, por considerarlo ilegal, sino a las fuerzas democráticas internacionales, acuerdo este último que provocó la dimisión del vicepresidente primero, Antonio Royo Villanova, por juzgarlo ofensivo para el espíritu patriótico y, por supuesto, el ruidoso escándalo de la prensa de derechas. Como consecuencia de este acuerdo, la Junta Directiva del Ateneo fue procesada. Sólo faltaba, como dice Ruiz Salvador, el cierre de la institución, medida que el gobierno se resistía a tomar porque sabía que, en definitiva, su actuación con respecto al Ateneo era el barómetro con que se medía el grado de

<sup>25</sup> Así lo concebía ciertamente Azaña. En su diario narra las entrevistas que sostuvo con el entonces Ministro de Gobernación, general Marzo, a propósito de esta agitada vida ateneísta: «de decía yo que en la Junta del Ateneo no tenía atribuciones para coartar a los oradores»: «Póngase usted en mi caso, general». «Pues póngase usted en el mío, señor Azaña. ¿Qué haría usted?» «Abrir las Cortes. En cuanto se abran, ya verá usted cómo se acaban los mítines del Ateneo.» *Memorias políticas y de guerra, 31 de mayo de 1932, OO. CC. IV, p. 395.*



sinceridad de sus propósitos políticos. El gobierno se decidió por esta medida finalmente, casi un mes después, tras la sublevación de Jaca, en la que había participado una brigada de ateneístas<sup>26</sup>, y tras un registro en los salones, donde se encontraron algunas armas. Ya no volverá a abrirse hasta después de la sustitución de Berenguer por Aznar en febrero del 31, y tampoco Azaña volverá a regir de forma personal y directa los asuntos de la Casa, primero por su obligada clandestinidad y después por sus obligaciones de gobernante.

En efecto, con el advenimiento de la República un buen número de los más activos ateneístas de los últimos años entraron a formar parte de los cuadros políticos y administrativos del nuevo régimen. Se culminaba un proceso en el que el Ateneo tuvo, por razones múltiples, un protagonismo excepcional y se comenzaba otro menos brillante. Auténtica representación de la conciencia nacional en los años anteriores, ya no podía atribuirse tal papel ante un Parlamento elegido democráticamente; abandonado parcialmente de sus figuras más representativas, se encontró de repente en una posición secundaria la que le fue muy difícil acostumbrarse. Esta fue la razón del creciente despego del Presidente Azaña y el núcleo más activo de los socios ateneístas, atrapados en la curva ascendente del fervor revolucionario. La contradicción muy vieja por otra parte, entre la conciencia intelectual, que suele concebir el pensamiento en una dimensión puramente lógica e incondicionada y la acción política, acostumbrada a jugar con datos y fuerzas muy reales. Entre bromas y veras la expresaba bastante certeramente el escritor Josep Pla en sus notas diarias de 1931: el Ateneo, creador y defensor de su «verdad» sobre todas las cosas, «aunque no tenga nada que ver con lo que en realidad es». «El Ateneo —decía en su apunte del 7 de mayo— ser reúne, celebra junta, delibera, escucha unos discursos y vota... Cuando la votación ha terminado, el ateneísta está completamente seguro de que el problema ha quedado resuelto para siempre.» «Pero a menudo ocurre que mientras la corporación delibera, discute y propone soluciones para todo, la realidad, la gente, el país, sigue su camino como si el Ateneo no existiese»... «El Ateneo lo tiene todo resuelto: sólo falta poner en práctica las soluciones»<sup>27</sup>. He aquí la difícil adaptación de un Ateneo que tenía muy fácil el diagnóstico cuando se trataba simplemente de luchar contra el viejo régimen político, pero que podía dejarse llevar por aquel espejismo «ateneísta» a la hora de arbitrar los contenidos del nuevo.

Un joven núcleo de ateneístas inició una activa campaña contra la orientación adoptada por los primeros gobiernos de la República y muy concretamente,

<sup>26</sup> Véase Tuñón de Lara, Manuel, «La sublevación de Jaca», *Historia* 16, 1 mayo, 1976. pp. 57-64.

<sup>27</sup> Pla, José, *De la Monarquía a la República* (reimpresión), Barcelona, 1977, p. 54.



por Azaña. El carácter de su acción fue muy diverso y todavía oscuro en algunos de sus extremos. Eso sucede con los hechos de los días 10, 11 y 12 de mayo. El 10, tras la provocación del Círculo Monárquico Independiente y los sangrientos sucesos ante la sede del diario *ABC*, los ateneístas se declararon en sesión permanente, aprobando como conclusiones la solicitud de destitución del Ministro de Gobernación, Miguel Maura, la disolución de la Guardia Civil, la expulsión de los frailes, el castigo de los monárquicos provocadores de aquella mañana, y —en palabras de Azaña— «alguna cosa más: creo que el armamento del pueblo»<sup>28</sup>. Estas conclusiones fueron leídas desde el balcón del propio Ministerio de Gobernación ante la muchedumbre agolpada en la Puerta del Sol, y con la pasividad, sino la aquiescencia, como dice Maura, de Azaña<sup>29</sup>. Maura sostiene también que en el Ateneo se fraguó aquella noche la quema de conventos de Madrid del día siguiente. Como culminación de este clima de desasosiego ateneísta, el mismo día 12 una Junta general extraordinaria discutió la propuesta de los señores Roces y Jiménez Siles de que el Gobierno Provisional se constituyera en dictadura revolucionaria, proposición derrotada por 267 votos contra 117. Por contraposición, se aprobaron una serie de propuestas que pedían al gobierno actitudes más radicales y medidas represivas contra el ex-rey y sus colaboradores;

La cuestión de las responsabilidades, el problema religioso y la reforma agraria fueron tres temas de constante atención que provocaron el enfrentamiento de los socios con su Presidente. Juntas generales extraordinarias y muchas horas de discusión en las secciones se dedicaron a ellos; se proyectaron manifestaciones públicas de apoyo a las resoluciones ateneístas y se impulsó una dura campaña de oposición al gobierno. En una Junta General extraordinaria celebrada el día 5 de octubre de 1931 se discutió una proposición del abogado Joaquín del Moral contra los que él calificaba de acumulación de empleos y sueldos de algunos altos cargos republicanos<sup>30</sup>, proposición de «sabia doctrina», que, según el propio Azaña decía en su diario, él mismo apoyó rotundamente, cortando así las maniobras de los que intentaban poner en aprietos al Ministro de la Guerra<sup>31</sup>.

Azaña, ocupado en las apremiantes tareas de gobierno, contempló esta orientación ateneísta con mal disimulada irritación. En numerosos fragmentos de su diario ha dejado constancia de ello. Intentó incluso solucionar radicalmente

<sup>28</sup> Azaña, M., «*Memorias políticas y de guerra*», 100 de enero de 1932, OO. CC. IV, p. 303.

<sup>29</sup> Maura, Miguel. *Así cayó Alfonso XIII*, 5.ª edición, Barcelona, 1968, pp. 235-264.

<sup>30</sup> Véase Moral, Joaquín del, *Oligarquía y «enchufismo»*, Madrid, 1933.

<sup>31</sup> Azaña, M. «*Memorias políticas y de guerra*», 9 de octubre de 1931, OO. CC. IV, pp. 163-164.



el problema expulsado a cuatro socios de los más activistas: Padini, Prados Arrarte, Jiménez Siles y Galán, hermano del rebelde de Jaca; pero su proposición fue derrotada en Junta general. Por contraposición, los socios radicales intentaron deshacerse de Azaña alegando estar incurso su cargo de Presidente en las incompatibilidades previstas por la Constitución para los ministros del gobierno, pero también esta proposición fue derrotada por 339 votos contra 96 en Junta general extraordinaria reunida al efecto el 4 de abril de 1932. Azaña jugó fuerte en este caso, a pesar de haber decidido tiempo antes no presentarse a la reelección, según escribía en su diario el 21 de marzo<sup>32</sup>. Finalmente, cesó en la presencia del Ateneo en mayo de 1932.

En el fragmento de su diario donde da cuenta del abandono del Ateneo, se detiene en algunas consideraciones sobre la institución, interesante para esclarecer el significado de aquella Casa en su biografía intelectual y política. Decía allí que el Ateneo había perdido el antiguo carácter de gran sociedad literaria que tuvo en el Madrid provinciano del siglo XIX y negaba terminantemente la opinión, muy extendida, de que él se había «formado» en el Ateneo, porque —decía— «el Ateneo es incapaz de formar a nadie, pero sí de deformar y destruir toda disciplina mental». «Siempre he sido el mayor adversario que los falsos valores del Ateneo han tenido»<sup>33</sup>. Había en sus palabras una cierta destemplanza, pero esto no desvalorizaba, desde luego, una opinión que no era ciertamente el fruto de la irritación momentánea, sino la prolongación de una constante expresada en las páginas de su diario a lo largo de mucho tiempo. Pero ni había sido siempre fiel a ella, ni tampoco lo sería posteriormente, porque Azaña volverá al Ateneo dos años después como presidente de la sección de Ciencias Morales y Políticas, a un Ateneo que tuvo que experimentar la dura ley del gobierno conservador para hacerse azañista, y allí permaneció hasta su vuelta al poder. En 1931, en la memoria recogida a continuación, Azaña consideraba prescrita una etapa de la historia del Ateneo y le auguraba un futuro de mayor preparación y especialización: «el rigor científico, la precisión en los métodos, el aprendizaje de la técnica, los procedimientos de investigación, es lo que deberá buscarse y aprenderse en nuestra casa». En 1930, en una entrevista publicada por el periódico *El Liberal* de 21 de junio, poco después de hacerse cargo de la Presidencia, Azaña recordaba algunos rasgos de la historia de la institución y su tradicional implicación en la «viva lucha de las ideas, en las que se forja en definitiva el porvenir político de los pueblos». Poco después, en el discurso *Tres generaciones del Ateneo*, ya

<sup>32</sup> Azaña, M., «Memorias...», 21 de marzo de 1932, p. 357.

<sup>33</sup> Azaña, M., «Memorias...», 31 de mayo de 1932, pp. 395-396.



mencionado —texto «muy importante, según Juan Marichal, en la biografía intelectual de Azaña y en la historia de la España contemporánea»—<sup>34</sup> cifraba en el Ateneo un pasado y un futuro de excepcional importancia. «Durable creación libre de un siglo, durable a causa de su libertad», que permitía modelarlo sobre lo urgente, abanderado de una condición intelectual que se resumía en la sensibilidad para llevar a la inteligencia, «obcecada en el estudio», desde las distintas aplicaciones de talento y del trabajo a los problemas generales del interés nacional, le reservaba una función primordial en la «gran renovación y trastorno necesitados por la sociedad española». Desde el 98 el Ateneo venía cumpliendo esta misión: la de activar la facultad crítica de la inteligencia, dotándola de una «ideología poderosa, armazón de voluntades tumultuarias», al servicio de las «creaciones históricas que se presentan ante el vulgo como argumentos irrefutables». «Esta cualidad fomenta el Ateneo cuando provoca el acercamiento desinteresado de la inteligencia a los problemas políticos; hablo de la política en su acepción más noble, eterna inteligible para Demóstenes, para Colbert y para Trotski»<sup>35</sup>.

De aquí pasará a proclamar la inutilidad de la institución sólo dos años después.

En realidad, estas oscilaciones eran propias de una conciencia ya claramente política que por principio atribuye un carácter instrumental a ideas e instituciones y, sobre todo, indicaban las difíciles relaciones de un político con la clase social en que había cifrado su ideario. Azaña había seguido desde tiempo atrás los movimientos reivindicatorios y las tentativas de organización de los hombres dedicados al trabajo de la inteligencia, desentrañando la especificidad de su vinculación con la organización económica y social de su trabajo y su alienación ideológica de las condiciones reales de su existencia en nombre de unos falsos valores ideales y universalistas de los contenidos culturales e instituciones que manejaban. Al reseñar en varios artículos de *El Imparcial*, en 1920, la actuación de los sindicatos de técnicos existentes en Francia, junto con su papel en el recién creado Consejo Económico del Trabajo<sup>36</sup> y los intentos de constitución en el país vecino de una Confederación General de Trabajadores de la Inteligencia, de carácter sindical, auguraba a éstos una difícil, pero inevitable adaptación al proceso de general toma de posición de los grupos y fuerzas sociales; difícil por su propia precariedad numérica, por la diversidad de sus posiciones en el sistema económico y social, «separados en el fondo por un antagonismo de

<sup>34</sup> Marichal, J., «La vocación de M. Azaña...», *intr. cit.*, p. 111.

<sup>35</sup> Azaña, M., «Tres generaciones de Ateneo», *ob. cit.*, pp. 631-633.

<sup>36</sup> «El Consejo Económico del Trabajo», publicado en el *El Imparcial* el 31 de enero de 1920, OO. CC. I, pp. 213-215.





intereses irreductible» y, sobre todo, por los desenfocos con que concebían su lugar y su papel dentro de aquel sistema. «Es un hecho de observación cotidiana —decía Azaña— que muchos trabajadores intelectuales, aun entre los asalariados, se resisten a colocarse en el terreno de la lucha de clases»<sup>37</sup>.

En la reflexión que tres años después hará sobre los funcionarios españoles y el carácter de su función en el Estado, Azaña intentará compaginar, dentro de la mejor escuela de argumentación liberal, el imperativo del interés privado, a que todo el clima de lucha social de la época les impelía y los dictados de una eficaz función pública. Ve al funcionario español empobrecido y desmoralizado, «proletario, aunque él no lo sabe, o no quiere saberlo, porque está infectado de señoritismo», sometido a «la fatiga que produce una prolongada inacción de la inteligencia»; olvido y rutina cuya consecuencia primera ha sido «matar en germen el espíritu corporativo y profesional», del que ha de proceder «la verdadera reforma de las funciones públicas»<sup>38</sup>.

Y, sin embargo, en contra de la opinión de Azaña, que lo creía muerto en germen, este modo de proceder desde el interés privado al público, este reformismo profesional en sustitución de la improbable alternativa de reformismo desde el poder, venía gastándose desde comienzos de siglo y alcanzaba en aquellos primeros años de la década de los 20 una verdadera eclosión, sólo que con los condicionamientos y contradicciones inherentes a un múltiple movimiento lastrado desde su base por intereses contrapuestos y claudicaciones políticas, y que, fragmentado aún más por la Dictadura en agravios, incompetencias y privilegios corporativos, había de reducirse generalmente a simples tentativas junistas de defensa profesional<sup>39</sup>.

Por otra parte, aquella pretensión de unir reformismo y espíritu corporativo de los grupos profesionales tenía Azaña hondas raíces intelectuales. Enlazaba, en primer lugar, con la dimensión científica y de eficacia técnica con que siempre había concebido los atributos de la inteligencia. Significaba en segundo lugar el deseo de excluir el pensamiento hacia terrenos más vinculantes que los de la pura estética crítica, de la descarnada iconoclasta en que había embarrancado no poca parte del movimiento intelectual desde el 98. Era la misma razón de fondo por la que desde 1923 Azaña veía en Barcelona, según ha recogido Marichal, «a la vez la clave política de la España republicana posible (del reformismo mesocrático) y su más violenta amenaza potencial»,

<sup>37</sup> «La Federación de los Intelectuales», OO. CC. I, pp. 223-225.

<sup>38</sup> «Grandeza y servidumbre de los funcionarios», publicado en *España* el 6 de octubre de 1923, OO. CC. I, p. 468-471.

<sup>39</sup> Como complemento de estos temas remito de nuevo a mi libro *Burguesía y Cultura. Los intelectuales españoles...*



porque Barcelona —léase sociedad burguesa plenamente desarrollada— encarnaba para Azaña un ámbito social donde las ideologías políticas reflejaban «fuerzas económicas y posiciones sociales muy reales en contraste con el carácter *ateneísta* de los grupos madrileños (exceptuando los socialistas)»<sup>40</sup>.

He aquí el sentido de la doble y contradictoria perspectiva con que Azaña había considerado la institución ateneísta en su larga relación con ella: un lugar donde se manifestaban en estado puro las tendencias más egoístas y las más «intelectuales» de la clase media española y, por el contrario, el lugar donde podían fundirse en una «ideología poderosa» que corrigiese su rumbo y las complementase. El Ateneo de Madrid, decía el periodista Cánovas Cervantes, había sido el hogar predilecto de la clase media provinciana, donde por una pequeña cuota se le proporcionaba libros para su estudio, calor, bohemia y, concluida la carrera, una buena biblioteca para preparar oposiciones y solucionar indefinidamente, aunque en ocasiones no de forma muy boyante, el problema de la subsistencia a costa del erario público<sup>41</sup>, o por el contrario, el ámbito adecuado para explayar a gusto, en la bohemia anónima de sus salones y de su Cacharrería, esa veta de «extremismo burgués», en palabras de Pío Baroja<sup>42</sup>, en que se ahogaban los menos dotados para la competencia en el mercado de trabajo profesional. Azaña, desde el poder de una República a la que se consideraba fruto de esa clase media, contemplaba esa irregular trayectoria que conducía hacia un realismo puramente defensivo o hacia un estéril radicalismo. Al apelar a la necesidad de un ideario global por encima de especializaciones e intereses de grupo estaba llamando, sobre todo, a la generosidad de numerosos grupos de la clase media, empeñados en una acérrima defensa de sus fueros y formas tradicionales de organización de su trabajo; al denostar la esterilidad de Ateneo estaba contemplando la inútil estética de unos grupúsculos que desde los sillones de esa institución, se autoproclamaban guardianes de un purismo revolucionario puramente testimonial y que, según Azaña, no les correspondía si no era traicionado a su propia clase social. Eran las dos posturas antagónicas en que estaba cayendo esa clase media republicana, avocada, en medio de las grandes dificultades económicas del momento, a un creciente proceso de proletarización. Explayando el fenómeno a sus auténticas dimensiones, Azaña contemplaba como político el fracaso del ideal mesocrático que, como intelectual, había elaborado.

<sup>40</sup> Marichal, Juan, «El tránsito a un mundo histórico (1934-1940). El testimonio de Manuel Azaña». Introd. al t. III de OO. CC. de M. Azaña, p. XIII.

<sup>41</sup> Cánovas Cervantes, S., *ob. cit.*, pp. 100-101.

<sup>42</sup> Baroja, Pío, *Patología del extremista. El extremista de la burguesía*, OO. CC. VII. Madrid, 1951, pp. 871-873.



**JUNTA GENERAL ATENEISTA**

**MEMORIA**

**MANUEL AZAÑA**



Azaña leyó la presente Memoria en la Junta general ateneísta celebrado el 11 de noviembre de 1913. Publicada en el mismo año por la Imprenta de los Sucesores de M. Minuesa de los Ríos, no fue recogida por Juan Marichal en las obras completas. Este Centenario ofrece, pues, una buena oportunidad para sacar el texto del olvido y contribuir así a esa esperada nueva edición, aquí y ahora, de las obras de esta figura señera de nuestro siglo. El texto presente, si bien no proporciona, sin duda, ninguna clave fundamental para la biografía intelectual de Azaña, sí añade datos y sugerencias sobre lo que hacia 1913 concebía, por extensión del Ateneo, como tarea inmediata del intelectual: ser ámbito de libertad y ámbito de preparación y rigor científico; que no otros van a ser los legados históricos de su generación.

FRANCISCO VILLACORTA



## S RES. ATENEÍSTAS:

Voy a leeros una página más de los anales de nuestra Casa. El Reglamento no quiere que se reanuden los debates, conferencias y demás actos públicos del Ateneo sin que el Secretario os ponga ante los ojos un cuadro fiel de vuestra obra durante el curso precedente. En esta norma reglamentaria, que estaba en desuso, resplandece la cautela; pretende aprovechar de algún modo las lecciones de la experiencia y el efecto sedante que produce el paso del tiempo. Al presentaros un resumen de nuestros trabajos de un año, el Reglamento os invita a la reflexión. «He aquí —os dice, por boca del Secretario— cuál ha sido el efecto útil y la orientación general de vuestros afanes». Volvéis al Ateneo, después de las vacaciones estivales, con ilusiones nuevas; otra etapa comienza; la ocasión es propicia para examinar nuestra conducta y rectificar lo que en ella merezca ser rectificado.

La función de escribir los anales de un gran instituto como el Ateneo es importante y grave. Ha de ser cumplida con desinterés. Exige la anulación de la persona del analista en el alma perdurable de la



colectividad. Para ser perfecta, debiera ser anónima. La realidad implacable se encarga de que lo sea. El Ateneo cuenta más de setenta años de existencia. Durante ese tiempo, 70 Secretarios, en ocasión como esta, han subido a la tribuna para decir cosas análogas a las que yo voy a leeros a setenta y tantos auditorios diferentes. Si en mi alma anidara alguna aspiración romántica a la inmortalidad, veo que no sería este el mejor modo de saciarla, porque de los Secretarios que escribieron, nada queda como tales, de igual modo que nada queda del humilde escriba antiguo, que narraba, con ignorado estilo, las gestas de sus dioses y de sus héroes. Pero esta obra narrativa no basta para dar una imagen cabal de nuestra vida interna. El narrador no puede contarlo todo. Perpetuamos en estas crónicas nombres y fechas, noticias escuetas de lo sucedido, formas y ritos. Pero el espíritu tradicional incoercible que a todos nos anima, ¿quién lo aprisiona? El Ateneo se asemeja a una religión. Tiene, igual que todas, una liturgia, una tradición y una creencia que yace en el alma de los fieles, como resorte eficaz para la acción, porque es fuente de esperanza. Quien no esté imbuido de ese espíritu, que se gana por contagio, en vano pretenderá conocer el verdadero valor de los documentos y de los textos. Dadme un hombre que se aprenda de memoria nuestro Reglamento, que lea todos los papeles que se guardan en el Archivo: si no viene a esta casa, si no vive con nosotros, nunca sabrá lo que es el Ateneo. Así, quien lea este resumen de vuestra obra de un año, no lo entenderá, si no es de los nuestros. Tanto valdría querer gozar de la amenidad de un jardín leyendo un tratado de Botánica, o querer penetrar en las amarguras y goces de la vida conyugal leyendo los capítulos del Código Civil consagrados al matrimonio. Supongo que todos los que me escuchan tienen el culto del Ateneo, así los ateneístas jóvenes, ardorosos por ser neófitos, y un poco desorientados por el conocimiento incompleto de las personas, como los ateneístas veteranos, llenos de ese benévolo optimismo que los pone a salvo de cualquier apostasía, porque aman esta Casa como los que más la aman, y sobre eso conocen a sus santos y saben que no vale la pena de cambiarlos por los de la iglesia de enfrente. A los que participen en ese culto me dirijo antes que a nadie, porque ellos sabrán dar a mis palabras su alcance verdadero.

Y ¡qué grato me es, señores ateneístas, poder hablaros esta noche para corroborar vuestra esperanza! El Ateneo está en auge. Creciente el número de socios, en alza los ingresos, rebosante de lectores la Biblioteca, intensos y acalorados los debates, muy copioso el raudal de conferencias, en todo veo las señales de un vigor y de un empuje nuevos. Debo decir también que el Ateneo, por lo mismo que progresa, se transforma. Un examen superficial descubre la mutación que se hace delante de nuestros



ojos. Venimos de un Ateneo que ya no es, para crear otro distinto. El Ateneo viejo, el de Olózaga, Galiano y Moreno Nieto, el Ateneo de Castelar, no existe. Está en ciernes el Ateneo del porvenir, y habéis de formarlo vosotros los hombres nuevos, al mismo tiempo que rehacéis la fisonomía cultural de España.

Fue el Ateneo viejo un producto específico de aquel primer tercio del siglo XIX, que había derramado sobre nuestra patria una devastación inmensa. Morían los estudios, y la libertad política no acababa de nacer. Entonces, unos hombres cultos que aspiraban a ser libres, encendieron este hogar, porque habían concebido como legítima y útil la idea de una cultura independiente, de carácter universal, dirigida, no a tal o cual facultad, sino al hombre mismo, que le hiciera más apto para comprender y amar las cosas nobles y bellas. El Ateneo, al nacer, se destacó sobre el fondo del atraso de España, con los caracteres que hubieron de imprimir en él las circunstancias del momento. Ganó y defendió la libertad de su tribuna. La posibilidad de hablar libremente labró la reputación del Ateneo, convertido en lazareto del librepensamiento. Este fue el primer efecto de la opresión exterior. Planteó y discutió problemas nunca agitados hasta entonces ante públicos españoles. Surgían las cuestiones en toda su sencillez primaria, elemental. La lucha era entre libertad y absolutismo, entre racionalismo y fe... Recordad los debates y lecciones que han hecho época en el Ateneo: la civilización cristiana, la esclavitud, la cuestión social. Eran tema grandiosos, temas líricos, que podían ser manejados en masas enormes, con estruendo guerrero. El Ateneo suscitaba en sus hombres aptitudes universales. Valoraba más alto a los más fértiles en recursos, a los más diestros en la polémica. La trascendencia de esto estriba en que los gobernantes de España se formaban en el Ateneo. Repasad la galería de nuestros hombres ilustres, que son todos los hombres ilustres de España: muchos son políticos, oradores casi todos; especialistas, apenas alguno. No cabe mayor compenetración entre un organismo y su época. De esta manera, fue el Ateneo el director de la vida mental española, y sobre eso cimentó su fama. Nacido para la discusión, fue discutido siempre, y hoy le vemos victorioso de sus detractores. Se salvó por sus propios méritos y se hizo fuerte en la pelea diaria. No se parece el prestigio del Ateneo al de ciertas cosas que llaman prestigiosas porque de ellas no es lícito hablar, ya las ampare la toga, la espada o la cruz: cosas semejantes a la celada de Don Quijote, remendadas con cartón, y que es preciso conservar apartadas de la pelea, porque no resistirían el primer mandoble.

Este fue el Ateneo que recibimos; pero su época pasó. El progreso de fuera nos espolea, y hemos de superar la forma antigua, si no queremos que el ambiente nuevo nos ahogue. Ya no es el Ateneo un



reducto de las libertades públicas, incorporadas de un modo definitivo a la vida española. Ya no queremos hombres universales y aficionados, sino especialistas y técnicos. El Ateneo debe organizarse para formarlos, supliendo, en lo posible, dentro del orden de la cultura superior, las deficiencias de la Universidad. El rigor científico, la precisión en los métodos, el aprendizaje de la técnica, los procedimientos de investigación, es lo que deberá buscarse y aprenderse en nuestra Casa. Tamaña mudanza no podremos hacerla sin extrañeza ni dolor, es cierto, porque implica renuncia y sacrificio, mutilación de los gustos. Es el mismo problema que se plantea alguna vez en la vida de cada uno de nosotros. ¿Quién no ha sentido, al salir de la mocedad, una aspiración intelectual vaga, sin objeto, un ansia difusa de conocer? La inteligencia joven quisiera averse a todo. Llega después un dilema terrible: o limitarse, o sucumbir. Hay que podar los brotes viciosos del espíritu, hay que despedirse de infinitas cosas... Para ellas, como si uno no hubiese nacido. Quien no vence esta crisis, perece. El talento más bello, el más gracioso, el más penetrante, flotará indeciso, sometido a la tortura de su inquietud, llevado de aquí para allá por la curiosidad y la emoción de cada día. Esta prueba es más grave para un español, porque la Universidad no suscita la vocación ni da los medios de saciarla, y en esa prueba debe asistirnos el Ateneo, para que sea más fácil la victoria. A eso responde, en conjunto —a juicio mío—, la inminencia de su transformación. Si no fuera así, el Ateneo se vería suplantado en sus funciones, perdería su espléndido rango director, se extenuaría por imprecisión de sus fines, y, en vez de marchar a la cabeza, quedaría al margen inmóvil, desarbolado, vacío.

Mientras la nueva organización se realiza y la forma por venir cuaja y se consolida, el Ateneo funciona con arreglo a su patrón tradicional; su actividad para el público deriva por dos cauces principales: la conferencia y la discusión en las Secciones. En ambos habéis dado, durante el curso anterior, valiosas pruebas de asiduidad y de pujanza. Con decir que el año último se han pronunciado en esta sala muy cerca de trescientas conferencias, os he dicho bastante. Algún espíritu severo pensará que son demasiadas conferencias; no faltará quien crea que la estimación del género puede decaer, vista su abundancia, y pretenderá que el Ateneo entorne la puerta de esta tribuna, abierta hoy de par en par, y no permita que ocupen su cátedra personas desprovistas de autoridad y mérito. Yo no comparto esta opinión, por dos motivos. El primero es de orden teórico, pertenece a la esfera de los principios, y podría formularse de este modo: es inatacable el derecho de dar conferencias, siempre que se respete la libertad de no oírlas. La consecuencia es que el conferenciante malo perece anegado en su propio ridículo. El





segundo motivo es de orden práctico y sentimental. No podemos rehusar por sistema a los hombres desconocidos la ocasión de revelarse. Cierto que hay personas dotadas de tanto candor y tan aguerridas en su profesión que, a pocas excitaciones, responden con maravillosa facilidad, y arrojan conferencias como agua. Pero ¿habéis pensado en las tristes consecuencias que para el individuo y la sociedad puede traer un mutismo forzoso? Quien llega a concebir una conferencia necesita dispararla, y es humanitario ayudarle a que la dispare; lo contrario sería obligarle a reabsorber este exudado, y la reabsorción podría acarrearle cualquier grave contratiempo. Yo he visto un caso de miseria producido porque a un hombre, en su juventud, no le permitieron dar una conferencia; y como el hecho es notable, me voy a permitir contároslo.

Hace unos meses, salíamos del Ateneo mi compañero Sánchez de Ocaña y yo, y, al llegar a la puerta, nos abordó un desconocido, que estaba allí aguardándonos. Era un hombre ya maduro, con barbas de ocho días, envuelto en un chaquetón de paño pardo, muy raído. Sus calzones eran de lienzo azul, hechos para otras piernas más fornidas. Camisa ni corbata no las tenía, y se tocaba con un sombrero de fieltro gris, lleno de goteras y lamparones. Apenas comenzó a hablar, mostró tener más hambre que letras. Dijonos que desde el día antes no comía, que no encontraba dónde dormir y que deseaba dar en el Ateneo una conferencia. Bien dijo Cervantes (pensé yo, mirando al desconocido) que «esto de la hambre arroja a los ingenios a cosas que no están en el mapa.» Pedímosle que se explicara más, y él, con mucha cortesía, nos contó sus historia. Había venido a Madrid, a los veinte años, con la cabeza llena de ilusiones, vacíos los bolsillos y un rollo de papeles debajo del brazo; estos papeles contenían una conferencia. No encontró dónde hablar. Todas las puertas se le cerraron. Pudriósele en el cuerpo su discurso y la serie indefinida de los que pugnaban por nacer. Sus amigos prosperaban, y él padecía necesidad. Tuvo que ejercer oficios humildes. La envidia y el despecho le atenazaron. No pudo cultivar su talento. Concibió una manía persecutoria: creía ser la víctima de sus émulos. Ahora llamaba a las puertas del Ateneo para decir su conferencia, seguro del buen éxito y de confundir a sus enemigos. El triste mendigaba dos cosas que en un país libre no pueden negarse a un ciudadano: un pedazo de pan y una tribuna donde pronunciar un discurso. Con razones piadosas procuramos disuadirle de su intento. Acabó pidiéndonos diez céntimos para pan, y, con nuestra espléndida natural, se los dimos doblados. El se fue contento, y yo dije para mí: Este infeliz es un conferenciante frustrado.

Es justo decir que ninguna de las conferencias oídas en el Ateneo necesita acogerse a este amplio criterio que acabo de establecer, impulsado



por mi personal benevolencia. Todas ellas han sido buenas, y algunas, excelentes. En la imposibilidad de recordarlas una a una y de dedicar a sus autores los elogios merecidos, me remito a los Apéndices de esta Memoria, donde hallaréis, junto a los datos referentes a la vida económica del Ateneo, una relación completa de los disertantes y de los temas que trataron. Pero he de hacer alguna excepción, impuesta por los deberes de la hospitalidad. El Ateneo ha prestado su tribuna a iniciativas de fuera, y, merced a esto, oímos, en primer término, a extranjeros tan eminentes como Vandervelde, Zyromski, Capitán, Thompson y Aldrige. Oímos también en nuestra Casa la serie de conferencias organizadas por el Ministerio de Instrucción pública, y las pedagógicas, que patrocinaba la Escuela Superior del Magisterio. Vivo estará aún en vuestro espíritu el recuerdo de los trabajos de aquella lucidísima cohorte, donde figuraban Profesores como Altamira, Cossío y Ortega; escritores como Pérez de Ayala; críticos e historiadores del arte español, como Lampérez, Beruete, Tormo, Gómez Moreno y otros, que obtuvieron en su lecciones el éxito correspondiente a su prestigio y nombradía. Tampoco puedo dejar sin mención especial la obra realizada por nuestra brillante Sección de Literatura, que tuvo la idea feliz de presentar, en veladas sucesivas, las obras maestras de la poesía castellana explicadas y comentadas por lo más granado de la generación literaria actual. El público siguió con entusiasmo este curso de divulgación, al que puso Benavente un admirable prólogo. Lo cerró Saiz de Armesto con un discurso-resumen que le valió un triunfo clamoroso. Para todos he de renovar aquí el testimonio de la admiración y de la gratitud del Ateneo.

El otro cauce por donde la actividad intelectual del Ateneo corre públicamente es la discusión de Memorias en las Secciones. Este género, que tiene una historia magnífica dentro de la Casa, disfruta, y disfrutará todavía mucho tiempo, del favor de los ateneístas y de la atención del público. En él colaboran, no sólo los hombres doctos de autoridad reconocida, sino los jóvenes ganosos de justa fama, que aspiran a tomar en la elaboración de la cultura la parte alcuota que les corresponde como Secretarios de alguna Sección. Tal coincidencia eleva a un alto grado la tensión de los debates: en ellos resplandecen el estudio, la competencia, fruto de la asiduidad, y, además, ese ardimiento juvenil que convierte, en apariencia al menos, los problemas científicos en temas pasionales. A veces, el entusiasmo se desborda, mas lo que pierde la precisión lo ganan la elocuencia y el arraigo de las convicciones, porque, en el fragor de la polémica, la duda metódica desaparece, y la opinión más endeble se consolida hasta adquirir la tenacidad de una verdad revelada. Por eso yo, que nunca sé a qué atenerme acerca de algo, tengo por estos debates una calurosa simpatía.



Cinco Memorias se discutieron el curso pasado: una del Sr. Galarza, en la Sección de Ciencias Morales y Políticas, sobre el feminismo. Dado lo candente del tema y la orientación radical del Sr. Galarza en la materia, ya os imaginaréis la vehemencia que reinó en las discusiones. La Asamblea se dividió en dos grupos: el de los hombres progresivos, que maldicen los tiempos en que la mujer eran tan sólo (para emplear la frase consagrada) «un instrumento de placer», y el de los hombres asustadizos, que se preguntan cómo será la vida el día que la mujer deje de ser eso. La oposición era irreductible, y no se pudo llegar a una avenencia. Como recuerdo personal de aquella polémica, tengo que apuntar aquí dos hechos: la valiosa aportación de algunas damas, que trajeron al debate su ciencia, su experiencia y su espíritu de cuerpo, y el éxito del autor de la Memoria, a quien renuevo mis plácemes.

El Sr. Chacón presentó a debate, en la Sección de Ciencias Históricas, una Memoria sobre los orígenes del Cristianismo. Ha recogido el Sr. Chacón los resultados principales de las crítica histórica durante el último siglo, y, apoyándose en ellos, se inclina a pensar que Jesús de Nazaret no existió sobre la tierra. El Sr. Chacón refiere sus argumentos al pasado, a lo que fue o pudo ser y a la realidad material de una persona física; no al tiempo presente o que fue presente para los que ya murieron, ni a ese modo de vivir que no se concreta dentro de límites corpóreos. La fe presta a su objeto una manera de vida, fecunda siempre, y a veces terrible como móvil de la conducta. En ese sentido, es innegable que Jesucristo existe en el alma de sus fieles; pero el Sr. Chacón trata la materia como historiador erudito, no como moralista y psicólogo. En su terreno ha hecho gala el Sr. Chacón de una sabiduría extraordinaria, tanta que supera a la de las mismas potencias infernales. Nadie ignora que el diablo comparte con los bienaventurados y con los que aspiran a serlo, la creencia en el Redentor, y puesto que el Sr. Chacón niega que Jesús existiese, resulta que sabe un punto más que el diablo. Si el señor Chacón acierta a nacer más pronto y a decir las mismas cosas con un siglo de antelación, habría perecido abrasado en una hoguera, y hoy citaríamos su nombre como prueba de que en España no ha existido la libertad de pensamiento. Creo que estamos en el caso de felicitar a nuestro inteligente amigo.

Otras dos Memorias se presentaron en la Sección de Ciencias Morales y Políticas: una, del Sr. Ribera Pastor, sobre «Orientaciones políticas», en las que su autor estudia a fondo el problema de España en todos sus aspectos. Son de alabar en el trabajo del Sr. Ribera la preparación sólida, el rigor lógico, el arte de exponer, vigoroso y sobrio, y el patriotismo ardiente, casi febril, que lo ilumina. Abrió el debate el



Vicepresidente de la Sección, Sr. Dubois, con un discurso muy bien pensado y elocuente, como suyo.

La otra Memoria fue del Sr. Porteiro, sobre «El régimen parlamentario y el presidencial». Lo avanzado del curso impidió que los debates adquirieran el desarrollo y los vuelos que la excelente obra del Sr. Porteiro merecía.

Por último, D. Enrique Arribas trajo a la Sección de Ciencias Históricas una Memoria sobre «La patria de Colón». Según parece, el célebre navegante vió la luz en España. En la defensa de esta tesis mostró el Sr. Arribas grandes dotes de investigador, mucho tino para la crítica, y corroboró su fama de hombre elocuente y de talento.

Réstame ahora, señores ateneístas, dedicar un recuerdo a los consocios fallecidos. La lista es corta; pero al saber que en ella figuran Moret y Canalejas, ya comprenderéis cuán tremenda es su valía; Yo no sé deciros lo que el Ateneo perdió con D. Segismundo, porque no acierto a expresar la fervorosa devoción que aquel insigne hombre sentía por nuestra Casa. Por ella trabajó toda su vida, y a su servicio puso su ascendiente personal, su influencia política, su cultura, su palabra y hasta aquella su imaginación inmarcesible, ardorosa debajo de las canas. Pronto hemos de rendir un solemne tributo a la memoria del que merece ser llamado segundo fundador del Ateneo.

La misma deuda tenemos contraída con Canalejas. Yo no puedo reivindicar como una gloria exclusivamente ateneísta este nombre ilustre, porque su grandeza excede de nuestro marco y el duelo que su trágica muerte produjo en el corazón de sus amigos y consocios queda absorbido en el duelo nacional. Hombres de autoridad conocida os recordarán aquí, en día próximo, las dotes intelectuales de Canalejas, su obra de gobernante y de publicista y sus méritos como orador; sin entrar en ese campo, que por insuficiencia mía me está vedado, me atrevo a decir que sobre todas las virtudes de Canalejas brillará una muy envidiable y rara: el humanitarismo. El respeto y aprecio de Canalejas a la vida de los hombres fue la cualidad más atrayente de su carácter, y esa cualidad, victoriosa en pruebas terribles, basta y sobra para ganarle el respeto y la admiración de sus conciudadanos.

Pedimos además a Cecilio Roda, que trabajó mucho y con acierto, en la Sección de Música, en pro de su arte. Ya consagramos una sesión en honor de Roda, que amó al Ateneo en vida, y, al morir, se acordó de él, dejándonos una gran parte de su biblioteca. Otros dos ateneístas murieron: Cuartero y Miguel Ferrero, socios antiguos de esta Casa, que si no tomaban parte activa en nuestras tareas, jamás nos rehusaron su apoyo afectuoso, prueba bien clara de que, una vez conocido el Ateneo, nunca se le abandona, aunque la política, los negocios o, en general, los



azares de la vida nos empeñen en otras batallas. En fin, murió también Guillermo Pedregal... Ya cumplí, allá por Junio, el inesperado y triste deber de daros cuenta de su muerte; pero el deseo que tengo de rendir un homenaje público a nuestra antigua amistad, para siempre rota, me mueve a deplorar otra vez delante de vosotros la pérdida de aquel espíritu excelso. La mano que derramó sobre Guillermo los dones más espléndidos parece que se arrepintió de haber sido tan pródiga, celosa de su misma obra, y tronchó aquella vida ejemplar cuando alcanzaba la plenitud de su fuerza. No lamentamos sólo la muerte de un amigo. Los que conocimos su inteligencia penetrante y flexible como una espada, su saber, la precisión maravillosa de su palabra, la riqueza de sus ideas, que fluían sin tregua de los hondos e inexhaustos veneros de su espíritu, y aquel exquisito recato que le hacía pasar inadvertido a los ojos del vulgo, como si su alma tuviera rubor de sus propios méritos, sabemos que la muerte de Pedregal ha sido una pérdida irreparable para la causa de la cultura en España. Fue el tipo de hombre cerebral por excelencia; pero no ha dejado concluída obra alguna que le recuerde. Estudió, comprendió, amó, y ha muerto sin que la polvareda de la acción empañe la transparencia de su figura. Estas palabras mías van colocadas sobre su losa como una guirnalda fúnebre; impregnadas en nuestro dolor, encierran la promesa de rendir a la memoria del amigo sin par un culto perpetuo.

*Madrid, Noviembre 1913.*





Alcalá  
LA GUERRA

MANUEL AZAÑA



Biblioteca Virtual

COMISIÓN DE EDUCACIÓN  
Comunidad de Madrid

El 14 de noviembre de 1937, Azaña, en una fugaz visita a Madrid, se detiene unas horas en su ciudad natal para pasar revista a las tropas de «El Campesino». Sería la última vez que se enfrente a su paisaje literario y contemple los rostros de sus paisanos. Algunos días más tarde, desde La Pobleta, dejará testimonio escrito de la visita; hemos querido acompañar la belleza realista de aquellas páginas con el magnífico reportaje gráfico que F. Aguayo realizó aquella mañana de noviembre. Fotos inéditas, casi en su totalidad, que hemos podido recuperar gracias al apoyo prestado por el Archivo General de la Administración.

Dedicamos estas imágenes, a modo de epílogo, a los rostros infantiles de esa foto donde aplauden al Presidente, testigos inocentes y de excepción de una tragedia que todos hubiésemos deseado como el epílogo real a todas las guerras.





**A** l día siguiente, por la mañana, camino de Guadalajara. Estoy en terreno propio. El Jarama, crecido, babea un agua rojiza, espumarajos y broza. Puente de Viveros: las frondosas moreras alfombran de hojas cobrizas la calzada. En la estación, una máquina, sola, suelta un chorrillo de humo blanco, que el viento disipa. Puente de Torote. El moto de la legua, límite de los paseos con mi abuelo. Un momento, la visual enfila el cauce del Henares, en un tramo recto, cuando sale entre filas de chopos de la curva perezosa de la Rinconada. Antes se ha desbaratado en el estruendo de las presas (la presa «del Colegio», la presa de la Pintora, la presa de los Garcías...) y canta, en la luz de estos soles de plata, la canción inmemorial de los molinos. La torre de San Justo amarillea sobre el caserío de Alcalá. Allí estuvo el quemadero de caballos, la «gran industria» de Paco el Loco; aquella es la huerta del tío Cayo, y la Fuente del Juncar, con el frontón romano que recuerda una victoria del César... La Casilla del Manco, la huerta del Chato. Y el paredón del Milagro, bruñido por veinte siglos. El circo de agrias barrancadas del Zulema limita el paisaje. Las líneas desgraciadas de una fábrica nueva lo adulteran. Todo ello se va, desaparece para siempre jamás, con la sensibilidad de los hombres que lo han descubierto en sus contemplaciones. Desaparece, aunque los volúmenes, las líneas, la luz permanezcan. Desaparece como si



nunca hubiese nacido, como el ser que muere antes de arribar a la conciencia. Porque no ha logrado la expresión pura, perenne (debería ser musical), desprendida de los accidentes personales e históricos. Se restauran un templo, un palacio, pero no un punto de la sensibilidad depurada, fugaz e inasible por su propia delicadeza. Vendrá quien ame y contemple otras cosas, en manera distinta. Pero aquéllas, desde el mundo de los sentimientos vuelven a la nada. ¡Guerra y revolución en Alcalá! Increíble. El mundo se desquicia. Ya sé: el artista padece más que nadie. ¡Fuego de Dios en el querer bien! Elegía del Campo Laudable.

Entramos en Alcalá. Las puertas de San Justo, de par en par, dejan ver, vacío, el sitio que ocupaba el sepulcro de Cisneros. Era una obra muy buena. La aviación rebelde la ha destruido, y gran parte de la iglesia. Por la Calle Mayor, llegamos a la plaza, atestada de tropas. El pueblecito me parece más triste, más pobre, abandonado como nunca lo estuvo. En la plaza un jefe, con muy elegante uniforme, se me acerca, se cuadra, y derramándose por la barba una sonrisa meliflua: «Forman siete mil quinientos» dice. Era El Campe-sino. La mitad de su división ocupa la plaza, en dos masas. Los balcones, cargados de gente. Mucha más en la calle. Revista. El aspecto de la tropa es muy bueno, cien veces mejor que el de las revistas en Vicálvaro. Se lo hago notar al general Miaja. «Es la mejor división del ejército», dice muy satisfecho El Campesino, que me ha oído. En el otro extremo de la plaza me detengo unos segundos, para darme cuenta del destrozo de Santa María. Los bombar-deos han convertido en solar la antigua capilla «del Oidor», que estaba en un ángulo de la iglesia, un poco fuera de su planta general. La iglesia misma parece muy estropeada. Veo muros almenados. Creo que no tiene techumbre. Pero la insignificante y fea torre, está intacta. Santa María es una iglesia muy buena, pero sin acabar. Debió de faltar el dinero para una obra tan importante, y la cerraron de cualquier manera. El cerramiento y la torre, pobrísimos, descendían de la gran traza de la iglesia. Allí guardaban la partida de bautismo de Cervantes. Los fundadores de la iglesia —un matrimonio cuyo nombre no recuerdo— tenían un túmulo, con dos estatuas yacentes. Hace muchos años, no sé qué párroco, con motivo de unas obras, levantó los dos bultos y los colocó adosados a un muro, en posición erecta, de modo que los almohadones en que reposaban las cabezas vinieron a parecer maletas que gravitaban sobre los hombros. Así lo he conocido yo siempre. Recuerdo que mi abuelo, en su vejez, cuando se arrellanaba en un sillón para dormir la siesta y se hacía colocar una almohada detrás de la cabeza, le decía al sirviente: «Ponme como los fundadores de Santa María». Quiere decir que todo el mundo se reía de



aquel disparate. Tengo la noción muy imprecisa de que al fin se remedió, en una restauración de la iglesia.

Después de la revista, desfile, que presenciamos desde un balcón de la calle de Libreros. Entre el gentío, descubro algunas caras conocidas, ya bajo la máscara de la vejez, que me sonríen y a las que me es imposible darles un nombre. En un balcón frontero se agolpa una familia. Al fondo, por encima de las cabezas de la gente menuda, una señora grave no me quita ojo. Creerá que está viendo al *monstruo*, a quien seguramente conoció de pequeño. Rápida visita al Ayuntamiento. El público se arremolina, vocifera, nos corta el paso. Mujeres del pueblo que suben al estribo del coche, golpean en los cristales. Y una, muy dramática, llorosa, se desgañita: «Le he llevado en brazos... Sí... En la calle de la Imagen... Le he llevado en brazos...» ¡Pobre! Mucho tiempo ha pasado.

*Memorias*  
*La Pobleta, 17 noviembre 1937*



















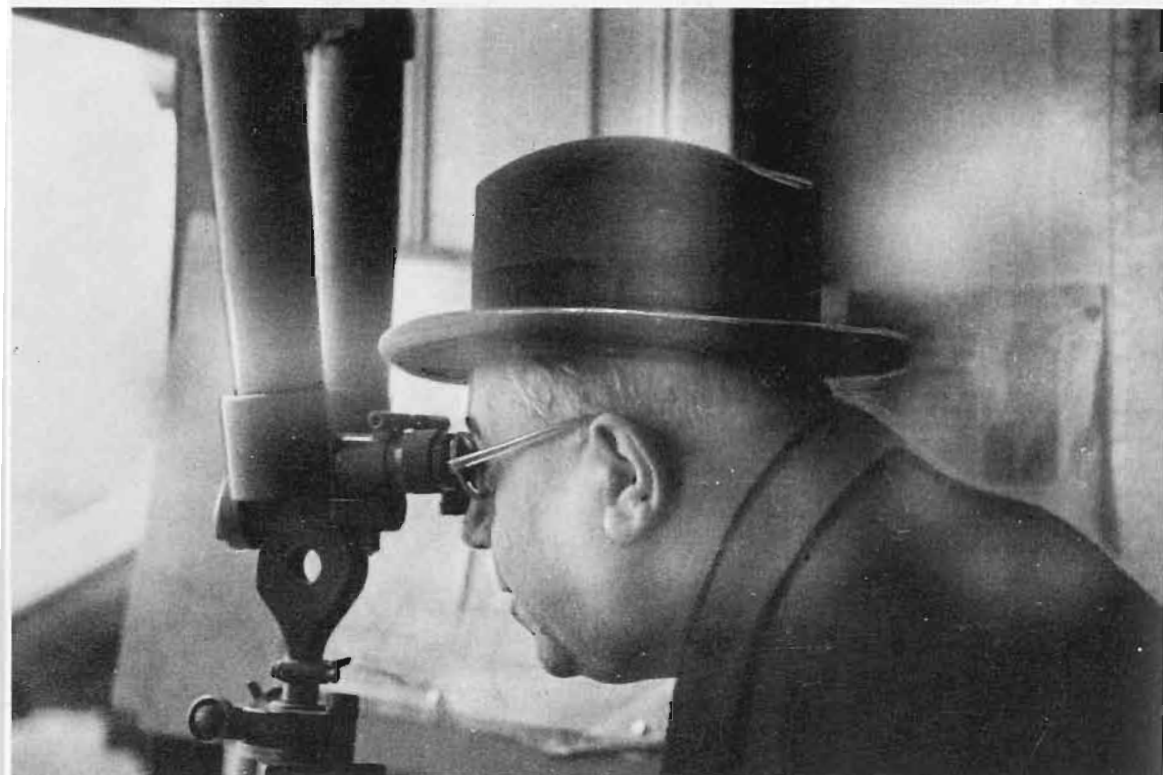














# CRONOLOGÍA





- 1880      10 de enero: nace Manuel Azaña Díaz, hijo de Esteban Azaña Caterinéu y Josefa Díaz Gallo en la calle de la Imagen, nº 3, Alcalá de Henares. Hermanos: Gregorio, Carlos, Josefa, Concepción. Estudios secundarios en el Colegio de los Padres Escolapios de Alcalá de Henares.
- 1882-1883    Esteban Azaña Caterinéu publica su *Historia de Alcalá de Henares*.
- 1889      Muere Josefa Díaz Gallo y Muguruza, madre de Azaña, a los treinta y cuatro años.  
Muere Gregorio Azaña Rojas, abuelo de Manuel Azaña.
- 1890      Muere Esteban Azaña Caterinéu, padre de Azaña, a los cuarenta años.
- 1893-1897    Estudia la carrera de Derecho en el «Real Colegio de Estudios Superiores», regentado por los Padres Agustinos e instalado en el monasterio de San Lorenzo de El Escorial.
- 1897      Abandona el colegio de los Agustinos sin haber terminado la carrera. Funda, en Alcalá de Henares, y con un grupo de amigos (José María Vicario, Joaquín Creagh, etc.) la revista *Brisas del Henares*, en la que escribe con el pseudónimo de «Salvador Rodrigo».

- 1898 Aprueba los exámenes de licenciatura en la Universidad de Zaragoza, como alumno de los Agustinos de El Escorial.
- 1898 Se instala en Madrid. Sigue los cursos de doctorado de Francisco Giner de los Ríos.
- 1900 Doctor en Leyes por la Universidad de Madrid, con su tesis *La responsabilidad de las multitudes*.  
Trabaja de pasante en el despacho del abogado Luis Díaz Cobeña.
- 1901 Empieza a colaborar en la revista madrileña *Gente Vieja*, siempre bajo el pseudónimo de «Salvador Rodrigo».
- 1902 Lee, en la Academia de Jurisprudencia de Madrid, su discurso *La libertad de Asociación*.  
*Alfonso XIII jura la Constitución de 1876*
- 1903 Al cumplir la mayoría de edad, vuelve a Alcalá de Henares.
- 1903-1910 En Alcalá de Henares se ocupa de la gestión del patrimonio familiar y crea, junto con su hermano Gregorio, una fábrica de electricidad.
- 1906 Asiste en Salamanca a la consagración como arzobispo del Padre Francisco Javier Valdés, profesor suyo en El Escorial.
- 1910 Funda en Alcalá de Henares, con algunos amigos (Antonio Fernández Quer, concejal socialista), la revista satírica *La Avispa*.  
Tras la quiebra de los negocios y la venta del patrimonio familiar, gana unas oposiciones a unas plazas de Auxiliares Terceros en la Dirección de los Registro y del Notariado del Ministerio de Gracia y Justicia.
- 1911 Lectura, en la Casa del Pueblo de Alcalá de Henares, de la conferencia *El problema español*.  
Empieza a colaborar, con el pseudónimo de «Martín Piñol», en *La Correspondencia de España*.

- 1911-1912 Estancia en París, becado por la Junta de Ampliación de Estudios, para ampliar estudios de Derecho Civil.
- 1913 A su vuelta a Madrid, es elegido Secretario del Ateneo en una candidatura presidida por el conde de Romanones.  
Ingresa en el Partido Reformista, fundado en 1912 por Melquiades Álvarez, que se declara dispuesto a colaborar con la Monarquía poco después.  
Intenta presentarse como candidato del Partido Reformista en las elecciones parciales al Congreso de Diputados celebradas en Alcalá de Henares. Desiste ante la candidatura conservadora.
- 1914 Intenta presentarse como candidato del Partido Reformista en Alcalá de Henares y de nuevo retira su candidatura.  
*3 de agosto: Alemania declara la guerra a Francia. Eduardo Dato, presidente del Gobierno, decreta la neutralidad de España.*
- 1916 Junto con un grupo de intelectuales españoles, visita los frentes franceses, en solidaridad con los aliados.
- 1917 Lee en el Ateneo la conferencia proaliada *Los motivos de la germanofilia*.  
Junto con un grupo de intelectuales españoles visita el frente italiano, y publica unos artículos sobre la guerra en Italia en *El Liberal*.

- 1918 Se presenta, como candidato reformista, a las elecciones al Congreso de los Diputados por el distrito de Puente del Arzobispo (Toledo). Derrotado por el candidato maurista.  
Presenta, en la Junta Nacional del Partido Reformista, una ponencia sobre la organización del Ejército.  
En el Ateneo, lee tres conferencias sobre la política militar francesa.  
*Noviembre: final de la primera guerra mundial.*
- 1919 Publica *Estudios de política francesa. La política militar*, basado en las conferencias leídas en el Ateneo. Segunda estancia en París, con Cipriano de Rivas Cherif. Publica, en *El Imparcial*, artículos y ensayos sobre la posguerra en Francia.
- 1920 Dimite de la Secretaría del Ateneo.  
En junio, sale el primer número de *La Pluma*, revista mensual dirigida por Azaña y Rivas Cherif.
- 1923 Se hace cargo de la dirección de la revista semanal *España*.  
En abril, vuelve a presentarse como candidato reformista en el distrito de Puente del Arzobispo y vuelve a perder ante el candidato maurista.  
Junio: sale el último número de *La Pluma*.

- 1923 *13 de septiembre: golpe de Estado de Primo de Rivera, capitán general de Cataluña. Alfonso XIII acepta la ruptura del pacto constitucional de 1876.*
- 19 de septiembre: escribe a Melquiades Álvarez una carta exigiendo que el Partido Reformista adopte una posición ante el golpe de Estado. Rompe con el Partido Reformista.*
- 1924 *En marzo, sale el último número de España, acosada por la censura y los problemas económicos. Intenta publicar el panfleto Apelación a la República, que no será distribuido.*
- 1925 *Mayo: se da a conocer el grupo Acción Política, luego llamado Acción Republicana, formado, entre otros, por Azaña, José Giral y Enrique Martí Jara. Empieza a trabajar sobre la obra de Juan Valera.*
- 1926 *Se forma la Alianza Republicana, un grupo que aglutina a los republicanos radicales de Alejandro Lerroux y Acción Republicana de Azaña. Mayo: recibe el Premio Nacional de Literatura por la Vida de Don Juan Valera.*

- 1927 Publica *La Novela de Pepita Jiménez* y *El jardín de los frailes*.
- 1928 Interviene ante la Junta del Círculo de Bellas Artes y evita la fusión del Ateneo con el Círculo.
- 1929 27 de febrero: contrae matrimonio con Dolores de Rivas Cherif. El matrimonio viaja a Francia y a los Países Bajos.  
 Enero: *Alianza Republicana apoya la rebelión de Rafael Sánchez Guerra en Valencia.*  
*Primo de Rivera disuelve el Cuerpo de Artillería.*  
*Huelgas estudiantiles.*
- 1930 Publica *La Corona*, drama dedicado a Dolores de Rivas Cherif.  
 28 de enero: *Primo de Rivera abandona el poder.*  
 30 de enero: *Gobierno de Dámaso Berenguer.*
- Febrero: es elegido representante nacional de Acción Republicana.  
 En junio es elegido presidente del Ateneo.  
 Agosto: Azaña representa a Acción Republicana en las conversaciones previas al Pacto de San Sebastián, que sella la unidad entre republicanos y catalanes. Azaña se encarga, junto con Alcalá-Zamora, de las negociaciones con el P.S.O.E.  
 Tras el pacto con los socialistas, se forma un Gobierno Provisional en el que Azaña ocupa la cartera de Guerra.  
 12 de diciembre: la sublevación de Jaca y el fracaso de la huelga general frustran el intento de llegar al poder. Azaña se esconde en casa de unos amigos.
- 1931 Escondido en casa de su suegro y luego en la suya propia, escribe *Fresdeval*, novela que interrumpe el 14 de abril.



1931

*12 de abril: celebración de elecciones municipales, con la victoria de la Coalición republicana.*

*14 de abril: proclamación de la república. Alfonso XIII abandona España. El Gobierno provisional asume el poder. Azaña, ministro de la Guerra.*

*Abril-julio: publica en el Diario Oficial del Ministerio del Ejército los decretos de reformas militares, entre ellos el «de retiros» (de 25 de abril).*

*28 de junio: elecciones para las Cortes Constituyentes, con victoria de la coalición republicano-socialista. Azaña, elegido diputado por Baleares y Valencia, opta por representar a Valencia.*

*2 de julio: inicia la redacción de las Memorias políticas, que continúa hasta su salida del poder.*

*13 de octubre: en la discusión del artículo 26 de la Constitución (sobre las órdenes religiosas), Azaña salva la mayoría gubernamental. Dimisión de Alcalá-Zamora y de Maura de la Presidencia del Gobierno y de la cartera de Gobernación.*

*14 de octubre: Azaña, presidente de un Gobierno sin la presencia de la derecha republicana.*

*9 de diciembre: queda promulgada la Constitución de la Segunda República Española.*

*10 de diciembre: Alcalá-Zamora, elegido presidente de la República.*

*15 de diciembre: Azaña forma su segundo Gobierno, sin la participación del Partido Radical.*

*18-21 de diciembre: visita oficial a Barcelona, donde la compañía de Margarita Xirgu estrena La Corona.*

1932

*5 de enero: en Arnedo (Logroño), la Guardia Civil dispara contra unos huelguistas, causando seis muertos.*

*19-27 de enero: sublevación anarquista en Cataluña.*

*Enero: disolución de la Compañía de Jesús. Entrada en vigor de la ley del Divorcio. Secularización de cementerios.*

*28 de marzo: en una asamblea de Acción Republicana, pronuncia el discurso *La República como forma de ser nacional*.*

*27 de mayo: con su discurso ante las Cortes, Azaña otorga prioridad política a la aprobación del Estatuto de Cataluña.*

*10 de agosto: fracaso de la sublevación militar encabezada por el general Sanjurjo, en Sevilla y Madrid.*

*9 de septiembre: las Cortes aprueban el Estatuto de Cataluña y la Ley de Bases para la reforma Agraria. Visita de Azaña a Cataluña. Se publica *Una política*, selección de discursos.*

1933

*Enero: sublevación anarquista en Cataluña, Aragón y Andalucía. Matanza de Casas Viejas. Azaña respalda la acción de las fuerzas de Orden Público.*

*16 de marzo: las Cortes rechazan cualquier responsabilidad gubernamental en los sucesos de Casas Viejas.*

*Abril: elecciones municipales parciales, con un resultado desfavorable al Gobierno.*

*17 de mayo: las Cortes aprueban la Ley de Congregaciones y confesiones religiosas, que pone fin a la enseñanza religiosa en España.*

*8 de junio: Alcalá-Zamora le retira la confianza, y Azaña dimite. Ni Prieto ni Domingo logran formar Gobierno. Alcalá-Zamora vuelve a encargar la formación de un nuevo Gobierno a Azaña.*

*3 de septiembre: derrota gubernamental en las elecciones de los vocales al Tribunal de Garantías Constitucionales.*

*7 de septiembre: Alcalá-Zamora retira la confianza a Azaña, que dimite de presidente del Gobierno.*

1933

*11 de septiembre: Lerroux forma Gobierno con la colaboración de Acción Republicana y de los radicales socialistas.*

*3 de octubre: Azaña se enfrenta con Lerroux en el Parlamento en el «debate de los enojos».*

*8 de octubre: formación del Gobierno Martínez Barrio, con un ministro de Acción Republicana. Ruptura de la coalición republicano-socialista.*

*19 de noviembre: elecciones legislativas, en las que los partidos de izquierda concurren por libre. Victoria electoral de la derecha no constitucional. Acción Republicana obtiene cinco escaños. Azaña, diputado por Bilbao.*

1934

*Marzo: aparece el semanario Política, de Acción Republicana, que pasa a ser diario en octubre.*

*1-2 de abril: fusión de acción Republicana, el Partido Republicano Radical Socialista Independiente y los republicanos gallegos en Izquierda Republicana, liderada por Azaña.*

*Julio-agosto: estancia de Azaña en el balneario de San Hilari, en Cataluña.*

*28 de septiembre: Azaña llega a Barcelona para asistir al entierro de Carner, ex-ministro de Hacienda. Azaña decide permanecer en Barcelona.*

*4-8 de octubre: formación de un Gobierno Lerroux con participación de la C.E.D.A. Huelga general, sublevación de Asturias y de la Generalidad de Cataluña. Azaña es detenido, acusado de complicidad.*

*Octubre-diciembre: Azaña, detenido en varios buques anclados en el puerto de Barcelona. El 28 de diciembre es puesto en libertad. Se publica *En el poder y la oposición*, selección de discursos.*

1935

Azaña propone a Prieto, exiliado en Bélgica, la formación de una nueva coalición electoral.

El Tribunal Supremo absuelve a Azaña de las acusaciones.

Abril: documento suscrito por Azaña, Martínez Barrio y Sánchez Román exigiendo el fin de la represión y el restablecimiento de la normalidad constitucional.

26 de mayo: primero de los *discursos en campo abierto*, en el Campo de Lasasarre, Bilbao.

Agosto: el programa de los republicanos de centro-izquierda, aprobado por los partidos de Azaña (Izquierda Republicana), Martínez Barrio (Unión Republicana) y Sánchez Román (Partido Nacional Republicano).

Agosto: publicación de *Mi rebelión en Barcelona*, donde Azaña narra su versión de lo sucedido en Barcelona, en octubre de 1934.

Viaje a París y a Bélgica, donde está exiliado Prieto.

*Octubre: estalla el escándalo del «estraperlo», en el que está implicado Alejandro Lerroux.*

20 de octubre: tercero de los *discursos en campo abierto*, en el Campo de Comillas, Madrid.

26 de noviembre: empiezan las negociaciones entre socialistas y republicanos para la formación del Frente Popular.

1936

Enero: publicación del manifiesto del Frente Popular, firmado por republicanos socialistas y, en contra del parecer de Azaña, P.C.E., U.G.T., Partido Sindicalista y P.O.U.M.

16 de febrero: celebración de las elecciones que dan la victoria al Frente Popular.

Azaña, diputado por Madrid

- 1936      19 de febrero: dimisión del Gobierno Portela. Alcalá-Zamora encarga la formación del nuevo Gobierno a Azaña.  
20 de febrero: primer Consejo de ministros.

*Febrero: la Diputación Permanente de las Cortes acuerda la amnistía a los 30.000 presos políticos. Suspensión gubernativa del pago de las rentas de tierra en Andalucía y Extremadura. Restablecimiento de los Ayuntamientos suspendidos en 1934. Reposición del Estatuto de Cataluña. Restablecimiento del Gobierno de Campanys. Readmisión de los obreros despedidos por huelgas o motivos sindicales y políticos. Cambios de mandos militares: Francisco Franco enviado a Canarias; Goded, a Baleares.*

7 de abril: las Cortes, a iniciativa de Azaña, destituyen a Alcalá-Zamora de la Presidencia de la República.

10 de mayo: Azaña, elegido presidente de la República. El 11, jura el cargo en las Cortes.

12 de mayo: Prieto recibe el encargo de formar Gobierno, que rechaza por la negativa del grupo parlamentario del P.S.O.E. Santiago Casares Quiroga forma un Gobierno compuesto exclusivamente de republicanos.

18 de mayo: Casares, en la presentación de su gobierno en las Cortes, lo declara «beligerante» en contra del fascismo.

13 de julio: asesinato de Calvo Sotelo.

1936

*17 de julio:* sublevación militar en Marruecos.

*19 de julio:* formación del fugaz Gobierno Martínez Barrio, compuesto exclusivamente por republicanos, que intenta sin éxito negociar con los rebeldes. José Giral forma Gobierno también republicano, que reparte armas entre las organizaciones políticas y sindicales. La sublevación, sofocada en Barcelona.

*20 de julio:* la sublevación, sofocada en Madrid.

Finales de julio: asesinato en Córdoba de Gregorio Azaña, sobrino de Manuel Azaña.

*23 de agosto:* asalto a la cárcel Modelo de Madrid. Asesinato de Melquiades Álvarez, encarcelado. El 24 se crean los Tribunales Populares.

*3-4 de septiembre:* el Gobierno Giral dimite, en contra del parecer de Azaña, y Largo Caballero forma Gobierno, compuesto de socialistas, republicanos y comunistas.

*9 de septiembre:* empiezan en Londres las reuniones del Comité de No Intervención.

*28 de septiembre:* Franco, elegido jefe de Estado.

*Octubre:* aprobación del Estatuto de Autonomía del País Vasco.

*18-19 de octubre:* Azaña sale de Madrid por decisión del Gobierno y se instala en Barcelona.

*19 de octubre:* empieza la «batalla de Madrid».

*4 de noviembre:* Largo Caballero, en contra del parecer de Azaña, da entrada en el Gobierno a tres ministros de la C.N.T.

*Noviembre:* Azaña fija su residencia en la abadía de Montserrat. El Gobierno se instala en Valencia.

1937

21 de enero: discurso de Azaña en el Ayuntamiento de Valencia. Gestiones de Azaña para una política exterior de pacificación.

Febrero-abril: Azaña escribe *La velada de Benicarló*.

3-7 de mayo: sublevación de la C.N.T. y del P.O.U.M. contra el Gobierno de la Generalidad, apoyado por el P.S.U.C. Azaña, asediado en el Palacio de Pedralbes. El 7, llega a Valencia y encarga a Besteiro unas gestiones en favor de la paz ante el Gobierno de Gran Bretaña.

Primeros de mayo: *caída del Gobierno de Largo Caballero*.

16 de mayo: Azaña encarga la formación del Gobierno a Juan Negrín. Prieto, ministro de Defensa; Giral, ministro de Estado.

Mayo: Azaña se instala en «La Pobleta», en las afueras de Valencia.

18 de julio: discurso de Azaña en las Cortes reunidas en Valencia.

21 de octubre: *tras la toma de Gijón y Avilés por las tropas franquistas, desaparece el frente del Norte*.

31 de octubre: *El Gobierno se traslada a Barcelona*.

12-14 de noviembre: visita de Azaña a Madrid, Guadalajara y Alcalá de Henares.

Discurso de Azaña en el Ayuntamiento de Madrid.

Primeros de diciembre: Azaña sale de Valencia para Barcelona.

1938

Finales de enero: Azaña se instala en «La Barata», en Tarrasa.

5-6 de abril: nuevo Gobierno Negrín. Prieto y Giral salen de Defensa y Estado. Negrín asume la cartera de Defensa. La C.N.T. vuelve al Gobierno. Oposición de Azorín al nuevo Gobierno.

14 de abril: *las tropas franquistas alcanzan el Mediterráneo*.

*La zona republicana queda cortada en dos*.

30 de abril: *Negrín publica sus «Trece puntos», apoyados por todas las fuerzas del Frente Popular*.

18 de julio: Azaña pronuncia el discurso que invoca la paz, la piedad y el perdón en el Ayuntamiento de Barcelona.

25 de julio: *ofensiva republicana en el Ebro*.

17 de agosto: *los nacionalistas vascos y catalanes se retiran del Gobierno. Nuevo Gobierno Negrín*.

23 de diciembre: *empieza la ofensiva contra Cataluña*.

31 de diciembre: discurso de Azaña ante el nuevo embajador de Francia. Último discurso de Azaña.

1939

15 de enero: *las tropas franquistas entran en Tarragona.*

23 de enero: Azaña y su familia se instalan en el castillo de Perelada.

26 de enero: *entrada de las tropas franquistas en Barcelona.*

28 de enero: de una entrevista con Rojo y Negrín, Azaña concluye la imposibilidad de continuar la resistencia.

30 de enero: Negrín se opone, ante Azaña, a los planes de pacificación de éste. Se acuerda la salida de Azaña de España y su instalación en la embajada de París.

1 de febrero: *última sesión de las Cortes en Figueras.*

5 de febrero: de madrugada y a pie, Azaña cruza la frontera con Francia. Se dirige a la Alta Saboya, en Collonges-sous-Saleves, donde Rivas Cherif ha alquilado una casa.



1939

9 de febrero: Azaña llega a París. Alojado en la embajada de España, resiste a las presiones de Negrín para que vuelva a España y hace gestiones en favor de las propuestas de mediación británicas.  
26 de febrero: Azaña y su séquito salen en tren para Ginebra.

*Gran Bretaña y Francia reconocen el Gobierno de Burgos.*

27 de febrero: Azaña envía su dimisión de presidente de la República a Martínez Barrio, presidente de las Cortes.

5 de marzo: *el coronel Segismundo Casado, Julián Besteiro y Cipriano Mera constituyen en Madrid el Consejo Nacional de Defensa, en rebeldía contra el Gobierno de Negrín.*

1 de abril: *fin de la guerra civil.*

1 de septiembre: *invasión de Polonia por las tropas alemanas.*

3 de septiembre: *Gran Bretaña y Francia declaran la guerra a Alemania.*

*Primeros de septiembre: se publica la edición francesa de La velada de Benicarló.*

*Octubre: Azaña y su familia se trasladan a Pyla-sur-Mer, cerca de Burdeos.*

1940

*Enero:* edición argentina de *La velada de Benicarló*.

*Febrero:* primeros síntomas de la enfermedad cardíaca.

*Marzo-abril:* Azaña encamado.

16 de junio: *tras la ocupación de París por las tropas alemanas, el mariscal Pétain pide el armisticio.*

21 de junio: *Francia y Alemania firman el armisticio. Queda delimitada la «zona libre» bajo el control del Gobierno de Pétain.*

22-25 de junio: Azaña, junto con su esposa, viaja en ambulancia hasta el Périgueux, donde queda alojada en una casa particular.

*Finales de junio:* Azaña se traslada a otra casa particular en Montauban.

10 de julio: *saqueo de la casa de Pyla-sur-Mer por la Gestapo, un policía español y un falangista. Rivas Cherif, detenido, es conducido a España y encarcelado.*

*Septiembre:* el matrimonio Azaña intenta salir de Montauban para instalarse en la embajada mexicana de Vichy. El gobierno francés no autoriza su salida de Montauban. Se instala en el Hôtel du Midi. Azaña sufre un amago de ataque cerebral.

*Octubre:* nuevo intento, frustrado, de salir de Montauban, para Aix-en-Provence. Condena a muerte de Rivas Cherif, que será indultado más tarde.

3 de noviembre: Azaña fallece a las 23:45 horas.

5 de noviembre: Azaña es enterrado en Montauban.

# BIBLIOGRAFÍA





## OBRAS DE MANUEL AZAÑA

- La libertad de asociación.** Discurso leído por Manuel Azaña en la Academia de Jurisprudencia. Madrid, Hijos de M.G. Hernández, 1902.
- El problema español.** Conferencia pronunciada el día 4 de febrero de 1911 (edición facsimil, Alcalá, 1987). Edición de Vicente Alberto Serrano.
- El problema español. y Apelación a la República.** Prólogo de Santos Juliá. Madrid, Aguilar, 1990.
- Estudios de política francesa.** La política militar. Madrid, 1919.
- Apelación a la República.** (Anónimo, ¿La Corona, 1924?).
- El jardín de los frailes.** Madrid, Imp. Sáez Hermanos, 1927.
- La Corona,** Drama en tres actos. Madrid, Artes Gráficas, 1930.
- Tres generaciones del Ateneo.** Discurso leído el 20 de noviembre de 1930. Madrid, Sáez Hermanos, 1930.
- Plumas y palabras.** Madrid, Compañía Iberoamericana de Publicaciones, 1930.
- Una política (1930-1932).** Madrid, Sáez Hermanos, 1932.
- En el poder y en la oposición (1932-1934).** Madrid, Espasa-Calpe, 1934.
- Mi rebelión en Barcelona.** Madrid, Espasa-Calpe, 1935.
- Discursos en campo abierto.** Madrid, Espasa-Calpe, 1936.
- Obras completas.** Edición y prólogos a cargo de Juan Marichal. México, Oasis, 4 volúmenes, 1966-1968.
- Ensayos sobre Valera.** Prólogo de Juan Marichal. Madrid, Alianza, 1971.
- La velada en Benicarló.** Edición y prólogo de Manuel Aragón. Madrid, Castalia, 1974.
- La velada en Benicarló.** Prólogo de Manuel Andújar. Contiene la versión teatral de José Luis Gómez y José A. Gabriel y Galán. Madrid, Espasa-Calpe, 1981.
- Memorias políticas y de guerra.** Barcelona, Crítica, 1982.
- Antología.** 1. Ensayos; 2. Discursos. Selección, prólogo y notas de Federico Jiménez Losantos. Madrid, Alianza, 1982 y 1983.
- Causas de la guerra de España.** Prólogo de Gabriel Jackson. Barcelona, Crítica, 1986.
- Fresdeval** (novela). Edición a cargo de Enrique de Rivas. Introducción de José María Marco. Valencia, Pre-Textos, 1987.
- Apuntes de memoria y cartas de 1938, 1939 y 1940.** Edición de Enrique de Rivas. Valencia, Pre-Textos, 1990.

## OBRAS SOBRE AZAÑA

- Aguado, Emiliano: **Don Manuel Azaña Díaz**. Madrid, Sarpe, 1986 (original, 1972).
- Alpert, Michael: **La reforma militar de Azaña (1931-1933)**, Madrid, Siglo XXI, 1982.
- Antón, Francisco: **Manuel Azaña, ese desconocido**, Alcalá, Puerta de Madrid, 1986.
- Arias, Luis: **Azaña o el sueño de la razón**. Madrid, Ed. Nerea, 1990.
- Arrarás, Joaquín: **Memorias íntimas de Azaña**. Madrid, Ediciones Españolas S.A. 1939.
- Carabias, Josefina: **Azaña. Los que le llamábamos don Manuel**. Barcelona, Plaza y Janés, 1980.
- Casares, Francisco: **Azaña y ellos**. Cincuenta semblanzas rojas. Granada, Editorial y Librería Prieto, 1939.
- Espín, Eduardo: **Azaña en el poder**. El partido de Acción Republicana, Madrid, CIS, 1980.
- Ferrer Solá, Jesús: **La pasión intelectual de Manuel Azaña**. Barcelona, Anthropos, 1990.
- Garosci, Aldo: **Los intelectuales y la guerra de España**. Madrid, Júcar, 1981.
- González Ruiz, Nicolás: **Azaña. Sus ideas religiosas, sus ideas políticas, el hombre**. Madrid, Gráficas Universal, 1932.
- Giménez Caballero, Ernesto: **Manuel Azaña (profecías españolas)**. Apéndice de Jean Bécarrud. Madrid, Turner, 1975 (original, 1932).
- Gordón Ordax, Félix: **Mi política en España**. México, Imprenta Figaro, 1961.
- Jackson, Gabriel: **Costa, Azaña y el Frente Popular**. Madrid, 1976.
- Juliá, Santos: **Manuel Azaña, una biografía política**. Madrid, Alianza, 1990.
- Marco, José María: **Azaña**. Madrid, Mondadori, 1990.
- Marco, José María: **Azaña, una pasión española**. Madrid, Centro Dramático Nacional, 1988.
- Marco, José María: **La inteligencia republicana. Manuel Azaña 1897-1930**. Madrid, Biblioteca Nueva, 1988.
- Marco, José María: **La creación de sí mismo. La literatura autobiográfica de Manuel Azaña**. Madrid, Biblioteca Nueva, 1990.
- Marco, José Mario (edición de): **Azaña** (catálogo de la exposición del Palacio de Cristal). Madrid, Ministerio de Cultura, 1990.
- Marichal, Juan: **La vocación de Manuel Azaña**, Madrid, Alianza, 1982.
- Marichal, Juan: **Unamuno, Ortega, Azaña, Negrín**. Madrid, Publicaciones de la Residencia de Estudiantes, 1990.
- Montero, José: **El drama de la verdad en Manuel Azaña**. Sevilla, Universidad de Sevilla, 1979.
- Muela, Manuel: **Azaña, estadista**. Madrid, Editorial Nuestra Cultura, 1983.
- Peña González, José: **Manuel Azaña; el hombre, el intelectual y el político**. Premio Investigación «Ciudad Alcalá de Henares». Col. «Alcalá Ensayo». Fundación Colegio del Rey. Alcalá, 1991.
- Rivas Cherif, Cipriano de: **Retrato de un desconocido**. Barcelona, Grijalbo, 1981.
- Rojas, Carlos: **Azaña (novela)**. Barcelona, Planeta, 1973.
- Rojas, Carlos: **Azaña y Companys**. Barcelona, Duros, 1977.
- Santidrián, F.: **España ha dejado de ser católica** (las razones de Azaña, las razones de hoy). Madrid, CIP, 1979.
- Sanz Agüero, Marcos: **Manuel Azaña**. Madrid, Círculo de Amigos de la Historia, 1975.
- Schmidt, Bernhard: **El problema español, de Quevedo a Manuel Azaña**. Madrid, Cuadernos para el Diálogo, 1976.
- Sedwick, Frank: **The Tragedy of Manuel Azaña and the Fate of the Second Republic**. Ohio State University Press, 1963.
- Serrano, Vicente-Alberto y San Luciano, José M. (comps): **Azaña**. Madrid, Edascal, 1980. **Azaña Alcalá de Henares**, Fundación Colegio del Rey, 1990. Segunda edición corregida y aumentada.
- Serrano Vicente-Alberto (edición de): **Azaña y Alcalá**. Alcalá de Henares, Colección Documentos, 1987.
- Serrano Vicente-Alberto y Marco, José María (edición de): **Azaña. Memoria Gráfica (1880-1940)**. Alcalá de Henares. Fundación Colegio del Rey, 1990.





*La segunda edición  
del  
libro-homenaje  
AZAÑA,  
se acabó de imprimir  
el día 4 de febrero de 1991,  
80 aniversario  
de la conferencia que con el título:  
**El problema Español,**  
*pronunció*  
**Manuel Azaña Díaz**  
en la Casa del Pueblo de su ciudad natal.*







*Sobre la trayectoria política de don  
Manuel Azaña* Gabriel Jackson

*Manuel Azaña y la creación  
del Frente Popular (1933-1936)* Paul Preston

*El presidente desposeído* Hugh Thomas

*España frente a la gran depresión.  
Cambios, precios y comercio exterior  
bajo la II República* Senén Florensa

## EL ESCRITOR

*El Joven Azaña (1880-1910)* Vicente Alberto Serrano

*Una novela inacabada  
de Manuel Azaña: Fresdeval* Jean Becarud

*Manuel Azaña y la crítica de la cultura* José Carlos Mainer

---

*Azaña y el Ateneo de Madrid.  
Una memoria olvidada* Francisco Villacorta

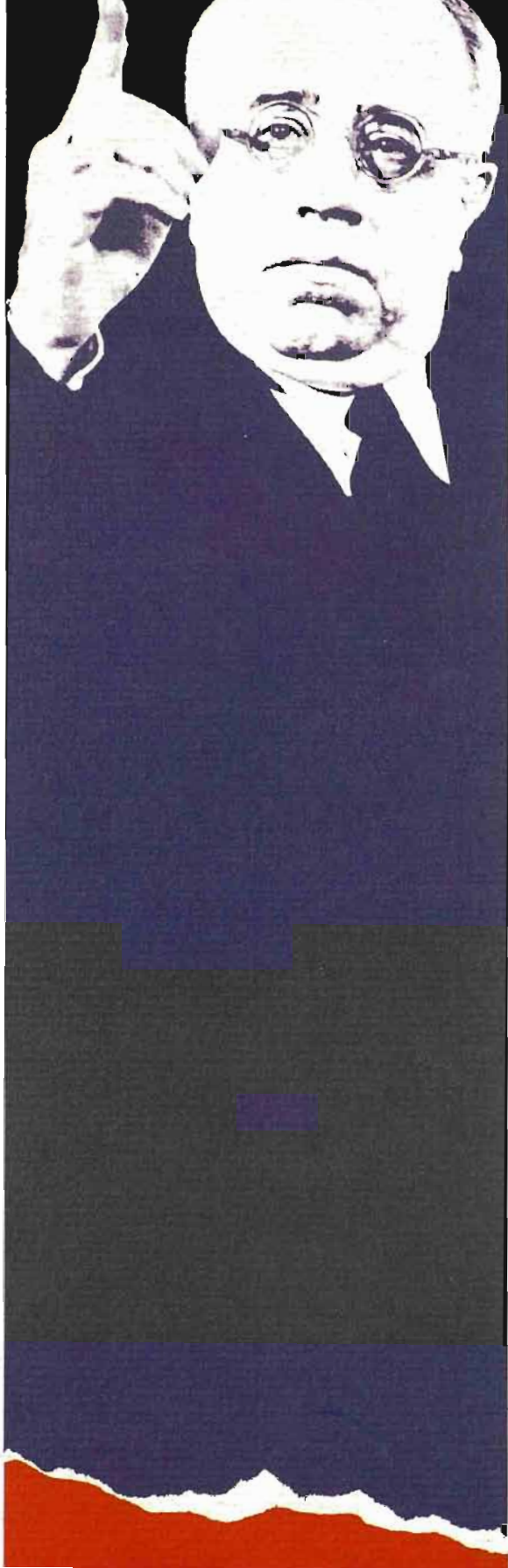
MEMORIA DE LA JUNTA GENERAL  
ATENEISTA MANUEL AZAÑA

---

ALCALÁ, LA GUERRA MANUEL AZAÑA

Reportaje fotográfico F. Aguayo





  
FUNDACION  
COLEGIO DEL REY  
ORGANISMO AUTONOMO DE CULTURA  
AYUNTAMIENTO DE ALCALÁ DE HENARES